JULIA BOYD

VIAJEROS EN EL TERCER REICH

EL AUGE DEL FASCISMO CONTADO POR VIAJEROS EN LA ALEMANIA NAZI

ÁTICO DE LOS LIBROS

Julia Boyd es autora de diversos libros de no ficción, entre los que destaca *Viajeros en el Tercer Reich,* ganador del premio de historia del *LA Times* y libro del año según el *Spectator.* Boyd es actualmente miembro del consejo de administración del Wigmore Hall y ha sido miembro de los consejos de la asociación sin ánimo de lucro English-Speaking Union y de la Fundación en Memoria de Winston Churchill. Está casada con *sir* John Boyd, que fue embajador británico en Japón. Tras diez años en Cambridge (donde su marido fue director del Churchill College), Julia Boyd ahora reside en Londres.

Viajeros en el Tercer Reich

Primera edición en este formato: octubre de 2022
Título original: *Travellers in the Third Reich*

© Julia Boyd, 2017
© de la traducción, Claudia Casanova, 2019
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022
Todos los derechos reservados.

ACCESO ABIERTO

Cuadernillo: pág. 1: (arriba) reproducida con el permiso de la Fundación Histórica Farrington, (abajo) Everett Collection Historical / Alamy Stock Photo; pág 2: (arriba) colección privada, (abajo) reproducida con el permiso de Thomas Cook Archives; pág. 3: reproducida con el permiso de Thomas Cook Archives; pág. 4: reproducida con el permiso de la familia; pág. 5: (arriba) Swim Ink 2 LLC, Getty Images, (abajo) Hulton Deutsch, Getty Images; pág. 6: colección privada; pág. 7: (arriba) mauritius images GmbH / Alamy Stock Photo, (abajo) © SZ Photo / Scherl / Bridgeman Images; pág. 8: (arriba) Cambridge University Library N8259 y N8260, (abajo) Hulton Deutsch, Getty Images.

Permisos de reproducción de las citas: Ida Anderson, permiso concedido por George Watson's College, archivo. Samuel Beckett, diarios de Alemania, con el permiso de los herederos de Samuel Beckett, Fundación Internacional Beckett / Universidad de Reading, Suhrkamp Verlag AG y Faber & Faber. Bridget von Bernstorff, permiso concedido por los herederos de la autora. W. E. B. Du Bois, documentos de W. E. B. Du Bois, permiso concedido por The Permissions Company Inc., en nombre de David Graham Du Bois Trust. Ivan Brown, permiso concedido por el Museo Olímpico de Lake Placid. Arthur Bryant, permiso concedido por el consejo de administración del Centro de Archivos Militares Liddell Hart. Victor y Thelma Cazalet, permiso concedido por los herederos de los autores. Manning Clark, permiso concedido por los herederos del autor. Geoffrey Cox, permiso concedido por los herederos del autor. Sibyl Crowe, permiso concedido por los herederos de la autora. Almirante *sir* Barry Domvile, permiso concedido por los herederos del autor. Ursula Duncan-Jones, permiso concedido por los herederos de la autora. Eric Fenn, permiso concedido por los herederos del autor. Martin Flavin, permiso concedido por el Centro de Investigación de Colecciones Especiales, Biblioteca de la Universidad de Chicago. Louis MacNeice, extracto del diario de otoño, IV (Faber & Faber), impreso con el permiso de David Higham Associates Limited. Princesa Margarita de Hesse, permiso concedido por los herederos de la autora. Barbara Pemberton, permiso concedido por los herederos de la autora. Barbara Runkle, permiso concedido por los herederos de la autora. Stephen Spender, permiso concedido por los herederos del autor. *Lady* Margaret Stirling, permiso concedido por los herederos de la autora. Joan Tonge, permiso concedido por los herederos de la autora. Antony Toynbee, permiso concedido por los herederos del autor. *Lady* Mairi Vane-Tempest-Stewart, permiso concedido por los herederos de la autora. Bradford Wasserman, permiso concedido por la Sociedad Histórica de Virginia.

Diseño de cubierta: Kid-Ethic
Corrección: Isabel Mestre

Publicado por Ático de los Libros
C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª
08009, Barcelona
info@aticodeloslibros.com
www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-18217-92-0
THEMA: NHD
Depósito Legal: B 18275-2022
Preimpresión: Taller de los Libros
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Impreso en España — *Printed in Spain*

JULIA BOYD

VIAJEROS EN EL TERCER REICH

Traducción de
Claudia Casanova

Barcelona - Madrid

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Para Mackenzie, Harrison, Bella, Robbie, Edie, Sebastian,
Matthew, Zoe, Jemima, Clio y Kit

Índice

Mapa 12-13
Introducción 15

1. Heridas abiertas 23
2. Aumentar el dolor 37
3. Sol y sexo 51
4. «El caldo de cultivo» 69
5. El nudo se estrecha 85
6. ¿Monstruo o maravilla? 101
7. Vacaciones de verano 119
8. Festivales y espectáculos 135
9. *Heil Hitler* 151
10. Antiguos soldados 171
11. «Turistas» literarios 189
12. Nieve y esvásticas 211
13. Los Juegos de Hitler 225
14. La tierra baldía académica 239
15. Acercamientos ambiguos 257
16. Álbum de viaje 275
17. Anschluss 291
18. «Paz» y cristales rotos 303
19. La cuenta atrás 319
20. Guerra 335
21. Fin del viaje 347

Epílogo 365

Agradecimientos 369
Bibliografía 373
Archivos consultados 383

Los viajeros 385
Notas 405
Índice onomástico 437

Territorio perdido por Alemania con el Tratado de Versalles
Frontera alemana en 1919
Otras fronteras
100 millas / 160 km
Proyección conforme de Lambert
Norte en la parte superior del mapa
DINAMARCA
MAR DEL NORTE
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Elba
PAÍSES BAJOS
Osnabrük
Bückberg
Hannover
LA HAYA
Hamelín
ALEM
Essen
Ruhr
Harz
Weser
Gotinga
Düsseldorf
BRUSELAS
Colonia
Weimar
Aquisgrán
Bonn
Rin
BÉLGICA
Coblenza
Fráncfort
Meno
Bayreut
Darmstadt
LUXEMBURGO
Núremb
SAAR
Francesa de
1919 a 1936
Heidelberg
PARÍS
Hesselberg
Alsacia y
Lorena
Estrasburgo
Rin
FRANCIA
Oberamm
Garmis
Parten
BERNA
SUIZA

ECIA
NHAGUE
MAR BÁLTICO
Memel
LITUANIA
Neman
Königsberg
Prusia Occidental (alemana)
Danzig
Corredor de Danzig
Memorial de Tannenberg
Vistula
VARSOVIA
BERLÍN
POLONIA
N I A
zig
S i l e s i a
Breslavia
esde
Gliwice
Alta Silesia
Sudetes
PRAGA
Marienbad
CHECOSLOVAQUIA
Danubio
VIENA
BUDAPEST
HUNGRÍA
Berchtesgaden
AUSTRIA

Introducción

Imagine que es verano de 1936 y que está de luna de miel en Alemania. El sol brilla, la gente es amable, la vida le trata bien. Ha conducido por el sur a través de Renania, ha admirado sus castillos y sus viñedos y ha contemplado con fascinación las enormes barcazas cargadas de productos que avanzan lentamente por el Rin. Ahora se encuentra en Fráncfort. Acaba de aparcar su coche, y la pegatina que indica que procede del Reino Unido se aprecia con claridad. Se dispone a explorar la ciudad, una de las joyas arquitectónicas medievales de Europa.

Entonces, de la nada, aparece una mujer de aspecto judío y se le acerca. Transmite ansiedad y agarra la mano de una chiquilla que cojea debido al zapato ortopédico que lleva puesto. Todos los rumores perturbadores que ha oído acerca de los nazis (la persecución de judíos, la eutanasia, la tortura y la prisión sin juicio de los disidentes) se concentran en ese momento en el rostro de esa madre desesperada. Se ha fijado en la pegatina de su coche y le suplica que se lleve a su hija con usted a Inglaterra. ¿Qué haría? ¿Le daría la espalda al horror en que está sumida y se alejaría? ¿Sentiría compasión por ella pero le diría que no puede hacer nada? ¿O se llevaría a la niña, para salvarla?

Escuché esta historia real por primera vez de labios de la hija de la pareja inglesa, mientras charlábamos en su tranquilo jardín de Cambridge y sorbíamos limonada una calurosa tarde de verano. Cuando Alice me mostró la fotografía de una sonriente Greta que la sostenía de pequeña, lo que confirmaba el feliz y notable final de la historia de esta viajera en concreto, traté de ponerme en el lugar de sus padres. ¿Cómo habría reaccionado yo de haberme encontrado en la misma situación? Solo me llevó unos segundos alcanzar la conclusión de que, por mucho que me hubiera conmovido la desgraciada situación de la mujer y por muy horrorizada que me sintiera ante la crueldad nazi, habría optado por un camino intermedio. Pero, aunque resulta fácil *imaginar*

nuestra reacción en unas circunstancias de ese tipo, ¿sabemos en realidad lo que haríamos? ¿Cómo interpretaríamos lo que sucede frente a nuestros propios ojos?

Este libro describe lo que sucedió en Alemania entre las dos guerras. A partir de relatos de primera mano escritos por extranjeros, nos brinda la atmósfera de cómo era, tanto física como emocionalmente, viajar en la Alemania de Hitler. Se han utilizado decenas de correspondencias y diarios no publicados hasta ahora para construir un nuevo y vívido retrato de la Alemania nazi que espero que ampliará, e incluso cuestionará, las percepciones actuales que pueda tener el lector. Para cualquiera que haya nacido después de la Segunda Guerra Mundial, siempre ha resultado imposible ver ese periodo desde la distancia y sin implicarse. Las imágenes de las atrocidades nazis son tan impactantes que no podemos suprimirlas o relegarlas a un segundo plano. Pero ¿cómo era viajar en el Tercer Reich, sin la ventaja que nos concede nuestra posición privilegiada, otorgada por la retrospectiva de la posguerra? ¿Cuán fácil era darse cuenta de lo que ocurría realmente, entender la esencia del nacionalsocialismo, permanecer incólume ante la propaganda o predecir el Holocausto? ¿Fue una experiencia transformadora o simplemente se limitó a reforzar los prejuicios establecidos?

Exploraremos estas preguntas y muchas más a través del testimonio personal de un amplio abanico de visitantes. Personajes famosos como Charles Lindbergh, David Lloyd George, el maharajá de Patiala, Francis Bacon, el rey de Bulgaria y Samuel Beckett desfilarán por estas páginas, por mencionar solo algunos. Pero también veremos personas normales y corrientes, desde cuáqueros pacifistas a *boy scouts* judíos; profesores afroamericanos y veteranos de la Primera Guerra Mundial. Estudiantes, políticos, músicos, diplomáticos, niños en edad escolar, comunistas, poetas, periodistas, fascistas, artistas y, por supuesto, también turistas (muchos de los cuales regresaron año tras año para pasar sus vacaciones en la Alemania nazi). Todos tendrán su momento de hablar, así como académicos chinos, atletas olímpicos y un premio Nobel noruego pronazi. Las impresiones y reflexiones de este ramillete diverso de viajeros difieren en gran medida, como es natural, y a menudo son profundamente contradictorias. Reunidas, sin embargo, nos proporcionan una

extraordinaria panorámica en tres dimensiones de la Alemania de Hitler.

Mucha gente visitaba el Tercer Reich por motivos profesionales, otros simplemente para disfrutar de unas buenas vacaciones. Muchos más acudían a causa del profundo amor que sentían hacia la cultura alemana, debido a raíces familiares o simplemente por pura curiosidad. Mientras en el resto del mundo las democracias parecían fallar y el paro era galopante, los simpatizantes de la derecha viajaban a Alemania con la esperanza de aprender de la «exitosa» dictadura y así aplicar en sus países de origen las lecciones que hubieran extraído. Por otro lado, los que suscribían una adoración «carlyleana» a los héroes querían ver a los verdaderos *Übermensch* (los 'superhombres') en acción. Al margen de lo diversas que fueran las orientaciones políticas o los antecedentes de los viajeros, todos coincidían en un punto: admiraban la belleza natural de Alemania. No había que ser pronazi para maravillarse frente a la campiña y los prados verdes, los ríos flanqueados de viñedos o los huertos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Mientras, las ciudades medievales primorosamente conservadas, los pueblos prístinos, los hoteles limpios, la calidez de la gente y la comida sana y barata, por no mencionar a Wagner, las macetas rebosantes de flores y las jarras espumosas de cerveza, atraían a los viajeros de regreso año tras año, incluso cuando los aspectos más horrendos del régimen se denunciaban con creciente indignación en sus países de origen. Por supuesto, la tragedia humana que tuvo lugar durante aquellos años es lo que quedará para la historia, pero el extraordinario encanto de preguerra de ciudades como Hamburgo, Dresde, Fráncfort o Múnich, destacado en numerosos diarios y cartas, sirve para recordarnos cuánto perdió a nivel material Alemania, y el resto del mundo, por culpa de Hitler.

Los viajeros procedentes de Estados Unidos y del Reino Unido superaban con creces a los de los demás países. A pesar de la Gran Guerra, una porción notable del público británico consideraba a los alemanes como parientes cercanos y, en todos los aspectos, más satisfactorios que los franceses. Martha Dodd, hija del embajador norteamericano en Alemania, expresaba un punto de vista común cuando dijo: «A diferencia de los franceses, los alemanes no eran ladrones, no eran egoístas ni tampoco impacientes, fríos o duros».[1] En el Reino Unido existía un malestar

creciente a raíz del Tratado de Versalles, pues, como muchos ahora reconocían, había sido especialmente severo para con los alemanes. Sin duda había llegado el momento de ofrecer al antiguo enemigo, ahora reformado, apoyo y amistad. Además, muchos británicos creían que su propio país tenía mucho que aprender de la nueva Alemania. Así, aunque la conciencia de la barbarie nazi se difundía y se hacía más profunda, los británicos siguieron viajando al Reich tanto por negocios como por placer. Según escribió el periodista norteamericano Westbrook Pegler en 1936, los británicos «tienen la ilusión optimista de que el nazi es un ser humano bajo sus escamas. Su actual tolerancia no significa que acepten al animal, sino que esperan que, al alentarlo y apelar al lado bueno de su naturaleza, un día puedan domesticarlo».[2] Había mucho de cierto en esas palabras.

Hacia 1937, el número de visitantes norteamericanos a la Alemania del Reich se elevaba a cerca de medio millón al año.[3] Decididos a disfrutar de su aventura europea al máximo, la gran mayoría consideraba los temas políticos como una distracción inoportuna y sencillamente optaba por ignorarlos. Era fácil hacerlo, pues los alemanes se esforzaban mucho en seducir a sus visitantes extranjeros, especialmente a los norteamericanos y a los británicos. Había otra razón por la cual los turistas norteamericanos eran reticentes a cuestionar a los nazis en exceso, sobre todo en lo relativo a temas raciales. Cualquier crítica sobre la persecución que sufrían los judíos invitaba a comparaciones poco halagüeñas con el trato que Estados Unidos daba a su población negra, y eso era un camino que pocos norteamericanos comunes estaban dispuestos a seguir. La mayoría de los turistas, cuando recordaban sus vacaciones en la Alemania de antes de la guerra, creían genuinamente que no podrían haber advertido lo que los nazis se traían entre manos. Y es cierto que, para el visitante ocasional de lugares turísticos como Renania o Baviera, las pruebas de los crímenes nazis no estaban claramente a la vista. Por supuesto que los extranjeros se fijaban en la profusión de uniformes y banderas, los desfiles constantes y los saludos militares, pero ¿acaso no era un comportamiento bastante típico de los alemanes? Los viajeros a menudo comentaban, molestos, la abundancia de carteles antisemitas. Pero, por desagradable que fuera el trato que recibían los judíos, muchos extranjeros consideraban que se trataba de un tema interno y que no era asunto suyo. Además, como muchos

de ellos también solían ser antisemitas, aceptaban que, efectivamente, los judíos se merecían ese trato. Por otra parte, los ataques contra el Reich que se publicaban en los periódicos a menudo se desechaban, pues todo el mundo sabía que los periodistas convertían hasta el incidente más nimio en algo sensacionalista y escandaloso. La gente también recordaba que las atrocidades alemanas que se habían denunciado en los diarios durante las primeras semanas de la Primera Guerra Mundial habían resultado ser falsas después. Como escribió Louis MacNeice:

> Pero eso, nos dijimos, no era asunto nuestro.
> Todo lo que el viajero quiere es el *status quo*
> y servido para él.
> Pensamos que los periódicos bromeaban
> hablando de política con sus invectivas vacías.[4]

Si bien mucho de lo que acabamos de decir era cierto para el turista normal y corriente, ¿qué sucedía con los que viajaban al Tercer Reich por motivos profesionales o iban especialmente para explorar y entender la nueva Alemania? Durante los primeros meses del gobierno nazi, a muchos extranjeros les costaba decidir qué pensar. ¿Era Hitler un monstruo o un prodigio? Aunque algunos visitantes se mostraban escépticos, las pruebas indican que, a medida que pasaban los años, la gran mayoría ya había tomado una decisión aun antes de poner el pie en el país. Iban a Alemania (como también iban a la Rusia soviética) para confirmar sus expectativas en lugar de para confrontarlas. Parece que un número sorprendentemente reducido cambió de opinión como resultado de sus viajes. Así pues, los que eran de derechas encontraron un pueblo confiado y trabajador que trataba de sobrellevar las injusticias del Tratado de Versalles y, al mismo tiempo, intentaba proteger al resto de Europa de los bolcheviques. Para ellos, Hitler no solo era un líder que los inspiraba, sino también (como los entusiastas, uno tras otro, no dudaban en declarar) un hombre modesto, totalmente sincero y entregado a la causa de la paz. En cambio, los que eran de izquierdas hablaban de un régimen cruel y opresivo alimentado por políticas obscenamente racistas que utilizaban la tortura y la persecución para aterrorizar a sus ciudadanos. Sin embargo, había un punto en el que ambos estaban de acuerdo: adorado por millones de personas, Hitler tenía a todo el país en su poder.

Los estudiantes son un grupo especialmente interesante. Parece que incluso en el contexto de un régimen tan desagradable, una dosis de cultura alemana se consideraba una parte esencial de cualquier formación. Pero es difícil entender por qué se enviaron a tantos adolescentes norteamericanos y británicos a la Alemania nazi hasta poco antes del inicio de la guerra. Los padres que despreciaban a los nazis y menoscababan su burda «cultura» no mostraban el menor escrúpulo a la hora de mandar a sus hijos al Reich para una estancia de larga duración. Para los jóvenes en cuestión, esta terminaría siendo una experiencia extraordinaria, si bien no exactamente igual a la que se habían propuesto vivir en un principio. Los estudiantes fueron algunos de los que, al regresar de Alemania, trataron de advertir a sus familiares y amigos del peligro latente. Pero la indiferencia pública o la simpatía hacia los «logros» nazis, los recuerdos alegres de las tabernas y de los trajes populares bávaros y, por encima de todo, el enraizado miedo a otra guerra provocaban que a menudo sus advertencias cayeran en saco roto.

El miedo a la guerra era el factor más importante en muchas de las reacciones de los extranjeros al Reich, pero entre los antiguos soldados era especialmente notable. Ansiaban creer que Hitler era un hombre de paz, que la revolución nazi se apaciguaría con el tiempo y se calmaría y que las intenciones de Alemania eran verdaderamente tan benignas como prometían sus ciudadanos. Por ello, muchos viajaron a la nueva Alemania para ofrecer su apoyo. La posibilidad de que sus hijos sufrieran la misma pesadilla que ellos —a la cual contra todo pronóstico habían sobrevivido— hace más fácil de entender su actitud. Quizá también el énfasis nazi en el orden, los desfiles y la eficiencia apelaba a lo más profundo del espíritu de los hombres que habían formado parte del ejército.

Por supuesto, los extranjeros se fijaban en las espectaculares procesiones con antorchas y los festivales paganos que conformaban una característica tan prominente del Tercer Reich. Algunos sentían rechazo, pero otros lo interpretaban como una espléndida expresión de la nueva confianza de Alemania. A muchos les parecía que el nacionalsocialismo había desplazado al cristianismo como religión nacional. La supremacía aria, subrayada por el binomio *Blut und Boden* ('sangre y suelo'), era ahora el evangelio de la gente; y el Führer, su salvador. Numerosos extranjeros, incluso

los que no eran especialmente pronazis, se vieron arrastrados por la intensa emoción que generaban eventos extravagantes como las manifestaciones en Núremberg o los desfiles masivos de antorchas. Los nazis sabían manipular mejor que nadie las emociones de las masas, y muchos extranjeros, a menudo para su propia sorpresa, descubrieron que ellos tampoco eran inmunes.

Todos los viajeros que visitaban el Reich, sin importar quiénes fueran ni el motivo de su viaje, estaban sometidos a una propaganda constante acerca de las iniquidades del Tratado de Versalles, los asombrosos éxitos de la revolución nazi, la devoción de Hitler por la paz, la necesidad de Alemania de poder defenderse, recuperar sus colonias, expandirse hacia el este y demás puntos. Pero, sin duda, el mensaje de propaganda nazi más persistente, y el que inicialmente estaban seguros de que convencería a los norteamericanos y a los británicos para unirse a ellos, era sobre la amenaza de los «judíos bolcheviques». Los extranjeros oían incesantemente que solo Alemania se interponía entre Europa y las hordas rojas que se disponían a asolar el continente y destruir la civilización. Muchos se acostumbraron a la letanía y dejaron de prestar atención. Para el viajero más inquieto, tratar de desentrañar la diferencia concreta entre el nacionalsocialismo y el movimiento bolchevique era un asunto confuso. Sabían, por supuesto, que nazis y comunistas eran enemigos acérrimos, pero ¿qué diferenciaba exactamente sus objetivos y métodos respectivos? Para un ojo inocente, la supresión que Hitler había llevado a cabo de la libertad personal, el control total de cada aspecto de la vida nacional y doméstica, el uso de la tortura y los juicios ejemplares, el despliegue de una policía secreta todopoderosa y la propaganda descarada se parecían notablemente, al menos de manera superficial, a las técnicas de Stalin. Como Nancy Mitford escribió con frivolidad: «No se puede distinguir a los comunistas de los nazis. Los primeros te torturan hasta la muerte si no trabajas, y los nazis lo hacen si no eres alemán. Los aristócratas suelen preferir a los nazis, mientras que los judíos se inclinan por los bolcheviques».[5]

Hasta 1937, cuando el coro antinazi se hizo más vehemente, fueron los periodistas y los diplomáticos quienes, con algunas excepciones obvias, emergieron como héroes. Viajaron en múltiples ocasiones por todo el país, se esforzaron por ofrecer un retrato honesto de la Alemania nazi y trataron consistentemente de denunciar lo que allí sucedía. Pero sus informes se recortaban

o chantajeaban de forma reiterada, o bien ellos eran acusados de exagerar. Muchos trabajaron durante largos años en Alemania en condiciones de extrema tensión y, en el caso de los periodistas, con la certeza de que en cualquier momento podían expulsarlos o arrestarlos adhiriendo cargos falsos. Sus relatos de viaje son muy distintos de las alegres descripciones que a menudo encontramos en los diarios y cartas de los visitantes que pasaron mucho menos tiempo en el país y que preferían creer que las cosas no iban tan mal como decían los periódicos. Aunque es natural que un residente asentado perciba la situación de un país de una manera muy distinta a la de un turista de paso, en el caso de la Alemania nazi el contraste entre los dos puntos de vista es especialmente **llamativo.**

Desde una perspectiva de posguerra, es fácil ver los temas a los que se enfrentaba el viajero de la década de 1930 en Alemania como una opción entre el blanco y el negro. Hitler y los nazis eran malos y todos los que no supieron verlo eran o bien estúpidos o fascistas. Este libro no pretende ser un estudio exhaustivo de todos los viajeros que pisaron la Alemania nazi, pero sí que intenta mostrar, a través de las experiencias que docenas de viajeros plasmaron sobre el papel en ese momento, que entender correctamente la situación del país no era una tarea tan fácil como la que muchos de nosotros hemos asumido. Las historias de estos viajeros van desde lo perturbador hasta lo absurdo, de lo conmovedor a lo profundamente trivial o trágico, y nos ofrecen una visión nueva de las complejidades del Tercer Reich, sus paradojas **y su destrucción final.**

Capítulo 1

Heridas abiertas

«ALEMANIA lo invita», anuncia el título de un folleto de viaje dirigido a los turistas norteamericanos. En la cubierta aparece un joven con una pluma en el sombrero, enfundado en unos *lederhosen,* el pantalón tradicional bávaro. Camina por un sendero rodeado de bosques, al filo de las montañas. Por encima de él asoma un castillo gótico y, a sus espaldas, las cimas cubiertas de nieve resplandecen, seductoras. El caminante, lleno de vigor, señala con actitud de invitación un panel destacado que muestra un transatlántico atracado en el puerto de Nueva York, donde el sol, que se levanta por detrás de la Estatua de la Libertad, anuncia un futuro nuevo y radiante.

Todo resulta muy atrayente, pero es la fecha del folleto lo que más llama la atención. Se imprimió solo meses después del final de la Primera Guerra Mundial y conformaba un valiente intento por parte de los principales hoteles alemanes (entre ellos el hotel Bristol de Berlín y el Englischer Hof de Fráncfort) de estimular el turismo. Como es natural, en sus breves páginas no se hablaba del horror que tan recientemente había consumido a Europa y del cual Alemania era considerada, en gran medida, responsable. Y, sin embargo, gran parte del mensaje positivo del folleto era cierto, pues, a pesar de la guerra, el paisaje alemán seguía siendo hermoso y virgen casi en su totalidad. Como las batallas se habían desarrollado lejos de sus fronteras, la gran mayoría de los pueblos y ciudades alemanas habían resultado indemnes, al menos físicamente. El folleto destaca veinte ciudades, pero solo hay una referencia a la guerra, en la descripción de Essen, que «fue el mayor arsenal del mundo, pero hoy es un centro para la producción de instrumentos de paz». Con el objetivo de apelar a la nostalgia de los norteamericanos que habían conocido el país en tiempos más felices, el texto esboza el perfil de un viajero que

regresa y «en cuyo pecho emerge la alegre oleada de los recuerdos» de una Alemania romántica y poética; de sus catedrales y castillos, de sus tesoros artísticos, de Bach, Beethoven y Wagner.

Un norteamericano de los que regresaba era Harry A. Franck. Solo tenía veintisiete años y era un escritor de viajes conocido cuando, en abril de 1919 (apenas cinco meses después del Armisticio), se dispuso a explorar la Alemania no ocupada al este del Rin.* Era una empresa aventurada, pues tras la visión seductora del folleto yacía agazapada una realidad mucho más dura. Era posible que el joven que salía en la portada no hubiera visto jamás una trinchera ni a sus amigos despedazados por un proyectil, pero para los que sí que habían vivido aquello, y para millones de alemanes hambrientos, la alegre propaganda publicitaria no debió de ser más que una broma de mal gusto. Mientras Franck preparaba sus viajes con todo el entusiasmo de un hombre joven y sano, los alemanes normales y corrientes (con quienes buscaba entrar en contacto con tanto ahínco) no tenían esperanzas de futuro tras la guerra, solo dolor, hambre e incertidumbre.

Cuando los representantes de la República de Weimar, que tenía solamente dos días de edad, firmaron el Armisticio el 11 de noviembre, los nuevos líderes alemanes se enfrentaron a la pesadilla del colapso interno y externo. Incluso antes de que la guerra terminara, la revolución desatada por un motín naval en Kiel se había propagado rápidamente por todo el país y había causado huelgas, deserciones y guerra civil. Enfrentados entre sí estaban, por un lado, los espartaquistas (cuyo nombre provenía del gladiador rebelde Espartaco), que pronto se transformaron en el Partido Comunista alemán, y, por el otro lado, los *Freikorps,* las milicias de extrema derecha que querían destruir a los bolcheviques. Los espartaquistas, liderados por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, no tenían ninguna posibilidad frente a las bandas paramilitares bien disciplinadas de soldados desmovilizados y, para agosto de 1919, la revuelta había sido aplastada y sus líderes, asesinados. Sin embargo, la agitación hervía por todo el país, e incluso los que no se hallaban en el fuego cruzado de la violencia de la posguerra se enfrentaban a un futuro miserable. Habían perdido la fe en el liderazgo, temían al comunismo y, con el blo-

* En 1918, Franck ya había publicado cinco libros de viajes, el más conocido de los cuales es *A Vagabond Journey around the World* (Nueva York: Century Co., 1910).

queo de guerra aún en pie, seguían muriéndose de hambre. Lejos de ser el atractivo destino turístico que prometía la publicidad, la Alemania de 1919 era un país lúgubre y desesperado.

El nuevo líder alemán era el socialdemócrata Friedrich Ebert. Era hijo de un sastre y talabartero de profesión, y no podía generarse un contraste más notable con el anterior jefe de Estado alemán: Guillermo II, emperador de Alemania, rey de Prusia y nieto de la reina Victoria. Sin embargo, aunque Ebert, corpulento y de rasgos bastos, carecía de sofisticación, los extranjeros instantáneamente se sentían cómodos ante sus maneras directas y sencillas. Un observador británico comentó que sus «ojillos astutos brillaban con honesto sentido del humor».[1] El 10 de diciembre de 1918, se encontraba frente a la Puerta de Brandemburgo en Berlín para recibir a los regimientos de la Guardia Real prusiana que regresaban a casa. Lorenz Adlon, fundador del famoso hotel que lleva su nombre, observaba desde el balcón mientras los soldados respondían a la orden: «Vista a la derecha». Para monárquicos como él, fue un momento amargo. Los soldados ya no fijaban la vista en el resplandeciente káiser uniformado y montado en un magnífico caballo, sino que contemplaban la achaparrada figura del presidente del Comité de los Representantes del Pueblo (ese era el cargo de Ebert entonces), de pie en un podio, con un abrigo negro y sombrero de copa. Sin embargo, hasta el monárquico más acérrimo debió de emocionarse al escuchar a Ebert exclamar frente a los soldados: «Habéis regresado sin ser derrotados».[2]

La convicción de que el ejército alemán no había sido derrotado estaba profundamente arraigada en los ciudadanos, como los extranjeros pronto descubrirían. Antes de que Franck se dedicara a viajar para relatar sus periplos, había sido oficial de las Fuerzas Expedicionarias Americanas (AEF, por sus siglas en inglés) en el Rin, en Coblenza. Entre sus deberes se contaba entrevistar a decenas de soldados alemanes que creían, del primero al último, que en términos de prestigio militar eran indudablemente los vencedores de la guerra. La rendición de Alemania se debía a que los traicioneros políticos de Berlín los habían apuñalado por la espalda, así como a la falta de alimentos provocada por el cobarde bloqueo de los Aliados. Franck oyó el mismo argumento repetidas veces, y también por parte de sus primos en la ciudad norteña de Schwerin. «Inglaterra nos mató de hambre, de otro modo no habría ganado —le dijeron—. Nuestros valientes soldados en el

frente jamás cedieron. Nunca se habrían retirado ni medio metro, de no haber sido por la crisis en la retaguardia».[3] Franck no detectaba el menor sentimiento de culpa. De hecho, no recordaba que un solo alemán hubiera expresado remordimiento alguno: «Todos parecían tomarse la guerra como algo que había sido natural e inevitable —escribió—, parte de la vida, como el jugador aborda la partida, sin más remordimiento que la mala suerte que les había hecho perder».[4]

Las raíces alemanas de Franck le hacían especialmente sensible a las humillaciones a las que sometían a los civiles durante la ocupación militar de Renania. «La ocupación supone que una horda de extranjeros armados impregne cada rincón y esquina de tu pueblo, tu casa y tu vida privada —escribió—. Implica que se exponga lo que has escondido en el armario detrás de la chimenea; significa que estás obligado a ceder una cama extra... y que te sometes, o al menos sometes tus planes, a las reglas, e incluso a veces a los caprichos de los ocupantes».[5] Según la información que recopiló, a los alemanes no se les permitía viajar, escribir cartas, telefonear, mandar telegramas o publicar periódicos sin permiso de los norteamericanos. Tampoco les dejaban beber alcohol más fuerte que la cerveza o el vino, o reunirse en una cafetería a menos que fuera con permiso expreso y por escrito. Reglas como las que obligaban a los dueños de una casa a mantener las ventanas abiertas por la noche recordaban a la gente hasta qué punto la ocupación afectaba a los detalles más íntimos de la vida de los civiles.[6] Y, por si a alguien en Coblenza aún le hacía falta que le recordaran quién mandaba, desde kilómetros a la redonda se divisaba una colosal bandera estadounidense, que flotaba por encima de la fortaleza de Ehrenbreitstein, que se erige sobre la orilla oriental del Rin. Era «la bandera más grande de la Ocupación»,[7] según dijo con mordacidad la esposa de un coronel británico, un descarado estandarte triunfal.

En el campo, los caminos se convirtieron en «ríos de soldados yanquis», que en sus vehículos militares ostentaban el dibujo de un casco alemán partido por la mitad por un hacha. En todas partes, niños enfundados en uniformes ofrecían recuerdos: un cinturón con la inscripción *Gott mit uns* ('Dios está con nosotros') o un casco prusiano con pincho. Jóvenes que vestían uniformes grises andrajosos campaban de nuevo por los prados y cargaban carretas con los enormes nabos de formas irregulares

que durante gran parte de la guerra habían salvado a los alemanes de la hambruna total. Si los caminos rebosaban de tráfico militar, por el Rin bogaban barcos de recreo llenos de soldados aliados que hacían visitas de un día y cantaban canciones antialemanas mientras dejaban atrás el símbolo más famoso del río: la roca de Lorelei. «El propio Baedeker —comentaba Franck— jamás aspiró a ver su país tomado por turistas y visitantes en la medida en que lo estuvo esa primavera de 1919».[8]

Otro oficial norteamericano, el teniente Truman Smith, que había participado activamente en la guerra y que, como Franck, posteriormente sirvió en la AEF, pensó que el Rin era «gloriosamente hermoso», pero también «oscuro y extraño», con sus colinas forradas de pinos, sus viñedos y sus torreones derrumbados.[9] Unas semanas después del Armisticio, le escribió a su esposa en Nueva Inglaterra: «Supongo que quieres saberlo todo de los "hunos", qué siente la gente y cosas así. Es un tema espinoso. No es fácil saberlo».[10] Pero pronto describiría a los alemanes como «orgullosos y reservados como una esfinge» y observaría que habían vuelto rápidamente a su disciplina de trabajo tradicional, a pesar de que carecían de las herramientas adecuadas. Smith también se fijó en que, aunque parecían aceptar la ocupación norteamericana sin rechistar, su actitud hacia la nueva república era profundamente cínica, y añadía que vivían «aterrorizados por el miedo a los bolcheviques».[11]

Sin duda, Smith habría suscrito lo que dijo otro observador (anónimo) norteamericano, quien sugirió que, «cuanto más tiempo se pasa en Alemania, más se asombra uno ante la simplicidad (a veces patéticamente ingenua, a veces exasperantemente estúpida) y la amistosa calidez de la gente». Esa inesperada calidez humana desafiaba la comprensión del escritor hasta que una mujer alemana que vivía en el sector británico de Colonia le ofreció una explicación:

> Antes de que llegaran los británicos, nos moríamos de hambre. Ahora el dinero circula y las tiendas están llenas de alimentos y hasta de productos lácteos que proceden de Inglaterra, Francia y Escandinavia. Muchos de los oficiales y de los hombres ingleses que han venido son amables. Yo misma me he casado con uno de ellos. Dos oficiales ingleses se alojaron en mi casa, invitaron a algu-

> nos amigos a cenar y les preparé un ponche. Uno de los invitados lo probó y dijo que no se iría de Colonia hasta que aceptara casarme con él. Y así fue.[12]

En el sector norteamericano, la política contra la confraternización con la población civil era mucho más estricta que la de la zona administrada por los británicos. Sin embargo, resultaba difícil lograr que se respetara, pues muchos de los soldados eran de origen alemán. Al inicio de la guerra, cerca de ocho millones de norteamericanos tenían padres o abuelos alemanes. Aunque los jóvenes soldados estaban dispuestos a luchar contra el Estado alemán, no tenían nada en contra de su gente. ¿Cómo iban a tenerlo, si las amas de casa alemanas les lavaban la ropa y les horneaban galletas, igual que hacían sus propias madres? En cuanto a las jóvenes, «al soldado común no le importa si es una *mamselle* o una *Fräulein* —comentaba Smith—. Solo quiere llevársela a casa».[13]

La complejidad de las relaciones entre ganadores y ocupados fascinaron a Violet Markham, nieta del arquitecto y jardinero *sir* Joseph Paxton y ultraliberal. En julio de 1919 acompañó a su marido, que era coronel, a su destino en Colonia. También ella se asombró ante la «educación de los alemanes, entre los cuales vivimos como conquistadores [...]. ¿Cómo pueden, al menos exteriormente, mostrar tan poco resentimiento hacia la gente que los ha derrotado?».[14] Tampoco comprendía el hábito *boche* de presentarse en gran número a cualquier evento militar que organizaban los ingleses en la *Domplatz,* desde donde, seguía escribiendo, la catedral se elevaba «gris y quejumbrosa» por encima de un mar de color caqui aliado. «¿Podríamos imaginar —se preguntaba— un desfile alemán que se celebrase frente al Palacio de Buckingham al que los habitantes de Londres acudieran en masa?». Una de esas ocasiones fue particularmente conmovedora. El 11 de noviembre de 1919, en el primer aniversario del Armisticio, Violet presenció la ceremonia de pie a pesar del frío que hacía mientras las cornetas avanzaban por los peldaños de la catedral y el silencio «solo lo rompía el gemido del viento», bajo la melodía del *Last Post.*[15]

El hogar al que los destinaron a ella y a su marido era cómodo (como muchos otros en Colonia, tenía calefacción central) y, a medida que pasaba el tiempo, las relaciones con su *Frau* se hicieron más amistosas, aunque la actitud de los sirvientes era harina de otro costal. «Gertrude, la cocinera enfadada, es una carga de

respetabilidad y virtud —comentaba Markham—. Aborrece a los ingleses con un odio absoluto y mortal, y de ahí la serie de encontronazos que ha tenido con varios sirvientes soldados».[16] Quizás el punto de vista de Gertrude era más extendido de lo que gente como los Markham estaban dispuestos a reconocer. La escritora Winifred Holtby ciertamente así lo creía. En una carta a su amiga Vera Brittain, describía Colonia como «una ciudad que te rompe el corazón», donde:

> Los *tommies* se pasean arriba y abajo, con aspecto alegre, amistoso e irresponsable. Sus cantinas se encuentran en los mejores hoteles y en un edificio encantador cerca del Rin. Fuera hay carteles enormes donde se lee «No se admiten alemanes». El dinero con el que pagan su comida procede de los impuestos a la población, y los niños alemanes se arremolinan cerca de las ventanas brillantemente iluminadas y los miran tragarse los bistecs. Es una de las cosas más vulgares que he visto jamás.[17]

Es sorprendente que, tan poco tiempo después de haber terminado la guerra, soldados como Franck y Smith dejaran así de claro que preferían con mucho Alemania antes que Francia. No solo los pueblos estaban más limpios, la gente era más diligente y las cañerías funcionaban mejor, desde su punto de vista, sino que los precios eran más reducidos y, como dijo Smith, «a uno no le atracan».[18] En marzo de 1919, le escribió a su suegra:

> Creo que la gran mayoría de los soldados norteamericanos odian y desprecian Francia cuando se van de allí. Es un hecho que detestan la actitud de los franceses hacia el dinero y que se han sentido incómodos casi todo el tiempo que han pasado en Francia. Los norteamericanos tienen la sensación de que les toman el pelo sin parar. Ni todas las iglesias y pueblos destruidos de Francia impresionan tanto a un soldado como que le cobren quince francos por un pañuelo. Y, de alguna manera, en Alemania, a los norteamericanos no les hacen pagar tales cantidades ni siquiera cuando los controles militares son algo laxos.[19]

Si tenemos en cuenta todo lo que Francia había sufrido a manos de los alemanes, se trata de una declaración curiosa, pero de ninguna manera excepcional. Este sesgo antifrancés es un tema recurrente en los textos de los viajeros por la Alemania de entreguerras y uno que repetían los comentaristas de toda clase y opción política.

Smith pronto dejó por escrito su admiración por la eficiencia alemana. «Hay muy poco encanto del viejo mundo aquí —le contó a su mujer—. Uno siente que está frente a frente con una nación enérgica y vigorosa, una que antaño fue arrogante y excesiva y que hoy pugna con la anarquía, desorientada».[20] Es posible que la derrota aplastara a Alemania, proseguía, pero «su fuerza y vitalidad se notan en el ambiente».[21] Sin duda esto se aplicaba a la relativamente próspera y ocupada Renania, pero, en el resto de Alemania, las cosas eran muy distintas, como Harry Franck pronto comprobaría.

Aburrido con su vida en la AEF, estaba deseando quitarse el uniforme y viajar por su cuenta. Pero, cuando por fin recibió el permiso, descubrió que entrar en la Alemania no ocupada era igual de difícil después del Armisticio que antes. Sin embargo, gracias a una mezcla de suerte, descaro y pura astucia, el 1 de mayo de 1919, Franck se encontraba vestido con un traje holandés que no le iba bien (había viajado en tren hacia Alemania vía Holanda), de pie en el andén de la estación Anhalter de Berlín, ansioso por empezar su aventura. Con sus enormes bóvedas y arcos parecidos a los de una catedral, la estación conformaba una introducción impresionante a la capital de Alemania, pues exudaba todo el poder y la confianza de una gran ciudad. Y en ese aspecto, al menos superficialmente, a Franck le pareció que Berlín había cambiado poco desde su última visita, una década atrás. Era cierto que el Reichstag le parecía «frío y silencioso», y los palacios del káiser ahora eran «almacenes abandonados», pero las enormes estatuas de sus antepasados, los Hohenzollern, seguían flanqueando la Siegesallee en el Tiergarten; las tiendas estaban abastecidas, la gente iba bien vestida y los numerosos locales de entretenimiento de la ciudad estaban llenos.[22]

Franck no era el único viajero en Alemania durante la inmediata posguerra a quien le llamaba la atención esa normalidad aparente. Pero, como el ministro de defensa Gustav Noske (antiguo carnicero) le explicó al teniente coronel William Stewart

Roddie, era engañoso de la misma manera en que «un repentino rubor hace que un paciente tenga el aspecto de estar sano cuando en realidad está muriendo a causa de una tisis galopante».[23]

La Oficina de Guerra de Londres había enviado a Stewart Roddie a Berlín precisamente para que informara acerca de la situación real de Alemania. Dado que hablaba el idioma (porque había recibido parte de su educación en Sajonia) y sentía afinidad tanto por el país como por su gente, era la persona idónea para la tarea. «No hubo ninguna capa social o vital en la que no penetrásemos para asegurarnos de que no nos formábamos una opinión sesgada o parcial —escribió—. Y en todas partes nos trataron con tolerancia y cortesía». Stewart Roddie, que se pasaría los siguientes siete años viajando por Alemania para llevar a cabo diversas misiones militares, proseguía: «Es quizá un hecho curioso que, aunque los deberes que debía cumplir podrían haberme convertido, de forma harto natural, en objeto de odio y de rechazo por parte de los alemanes, no recuerdo ni una sola ocasión en la que alguien fuera maleducado o me insultara. Dificultades, sí. Impedimentos, sí. Estupidez, sí. Pero jamás mala educación, y jamás servilismo».[24]

Como Stewart Roddie, a Franck también le sorprendió la tolerancia que los berlineses mostraban ante sus conquistadores y la manera en que los soldados aliados paseaban libremente por la ciudad, sin temer por su seguridad. «Los *doughboys* norteamericanos se sienten como en casa caminando por Unter den Linden, como si estuvieran recorriendo la calle principal de Des Moines», escribió. Sin embargo, el anticomunismo y el antisemitismo que iban a convertirse en características distintivas de la Alemania de entreguerras ya eran evidentes. En cualquier pared donde hubiera una superficie libre se pegaban virulentos pósteres de colores que representaban las terribles y estremecedoras hazañas de los bolcheviques y lo que le harían a la población si alguna vez Alemania caía en sus garras. Había llamamientos a los voluntarios y también peticiones de fondos «para detener la amenaza que ya está llamando a las puertas orientales de la patria». Estos mensajes encontraban eco en los berlineses, pues el recuerdo del violento alzamiento de los espartaquistas seguía muy vivo en sus mentes. Stewart Roddie había llegado a la estación de ferrocarril de Potsdam, en Berlín, en mitad de todo aquello: «Cuando bajé al andén, el repiqueteo de una ametralladora que

se encontraba inquietantemente cerca de mí me hizo vacilar un instante».[25] Tampoco debió de quedarse muy tranquilo cuando el conductor de su taxi le informó de que el hombre que disparaba el arma desde lo alto de la Puerta de Brandemburgo era uno de los «irlandeses de Roger Casement», que habían ido a Berlín a luchar contra el Ejército rojo.

Cuando los términos del Tratado de Versalles se hicieron públicos, en mayo de 1919, Franck se fijó en la proliferación de carteles vitriólicos. Conservó uno, con un mensaje típico:

> FIN DEL MILITARISMO
> ¡INICIO DEL DOMINIO JUDÍO!
> Durante cincuenta meses hemos permanecido en el frente, honorablemente y sin ser derrotados. Ahora regresamos a casa, ¡ignominiosamente traicionados por desertores y amotinados! Esperábamos encontrar una Alemania libre, con el gobierno del pueblo, ¿y qué nos ofrecen?
>
> ¡UN GOBIERNO DE JUDÍOS!
>
> La participación de los judíos en la lucha en el frente fue casi nula. ¡Su participación en el nuevo gobierno ya alcanza el 80 %! ¡Y, sin embargo, el porcentaje de la población judía en Alemania solo es del 1,5 %!
>
> ¡ABRID LOS OJOS!
> ¡CAMARADAS, YA SABÉIS QUIÉNES SON LAS SANGUIJUELAS!
> CAMARADAS, ¿QUIÉN SE OFRECIÓ VOLUNTARIO PARA IR AL FRENTE?
> ¿QUIÉN AGUANTÓ AHÍ FUERA SENTADO EN EL BARRO?
> ¡NOSOTROS!
> ¿QUIÉN SE QUEDÓ EN LA RETAGUARDIA?
> ¡LOS JUDÍOS!
> ¿QUIÉN ESPERÓ A SALVO Y CÓMODAMENTE
> EN LAS CANTINAS Y EN LOS DESPACHOS?
> ¿QUÉ MÉDICOS PROTEGIERON A SUS CONGÉNERES DE RAZA DE LAS TRINCHERAS?
> ¿QUIÉNES DECÍAN SIEMPRE QUE ÉRAMOS «APTOS» PARA EL FRENTE, A PESAR DE QUE ALLÍ NOS DESPEDAZABAN?

> Camaradas, como pueblo libre deseamos decidir nuestro futuro y que nos lideren hombres de NUESTRA raza. ¡La Asamblea Nacional solo debe permitir entrar en el gobierno a hombres de NUESTRA sangre y que compartan NUESTRA opinión!
>
> Nuestro lema debe ser:
> ¡ALEMANIA PARA LOS ALEMANES!
> ¡ABAJO LOS JUDÍOS!

Así como había hecho con los carteles omnipresentes, Franck también tomó nota de los anuncios que aparecían en los periódicos, muchos de los cuales ilustraban la pujante economía de trueque: «Cambio un par de botas de piel por un dachshund de pedigrí demostrable» o «Cuatro camisas de vestir a cambio de una blusa y un jersey de obrero».[26]

Pero, como Franck y Stewart Roddie no tardarían en descubrir, solo había un tema que les importase a los berlineses en 1919, y era la comida. Cualquier conversación rápidamente derivaba hacia este asunto, que impregnaba todos los aspectos de la vida de la gente, con la excepción de los estraperlistas o los que eran muy ricos. Todo el mundo tenía hambre en Alemania, pero en Berlín la situación era especialmente grave. A pesar de los carteles que por todas partes advertían «¡NO VAYÁIS A BERLÍN!», las autoridades no podían impedir que la gente viajara en masa a la ciudad en busca de trabajo.

Como los Aliados querían controlar a los alemanes hasta que se firmara el tratado de paz, el bloqueo que se había impuesto en 1914 permaneció rigurosamente activo, algo que causó una profunda amargura por todo el país. Cuando Franck cruzó la frontera por primera vez, fue testigo de la eficacia con la que los oficiales holandeses descubrían alimentos de contrabando, sin importar lo escasa que fuera la cantidad o lo ingenioso de la artimaña. Llegaron a confiscarle a una mujer la modesta porción que iba a comerse al mediodía. Mientras aguardaba encorvada en un rincón del compartimento, llorando en silencio, dos hombres que sí que habían tenido éxito abrieron sus respectivos botines una vez cruzada la frontera alemana. El primero extrajo un salchichón de la pernera de su pantalón y el segundo mostró un diminuto paquete de hojas de papel de jabón del tamaño de una tarjeta de visita.

«Le entregó tres o cuatro a su compañero. Este protestó y alegó que no podía aceptar un sacrificio tan serio. El otro insistió, y el que recibía la generosa donación se limitó a inclinarse y levantar dos veces su sombrero, en señal de agradecimiento, antes de guardar las preciadas hojas entre sus documentos».[27]

A ojos de un extranjero, era fácil identificar a los berlineses instantáneamente, por sus pómulos prominentes, el color mortecino de su piel y las ropas que les iban demasiado anchas. No solo los pobres tenían hambre: por una vez, la clase media también se veía afectada. Stewart Roddie contaba que los mercados se habían convertido en cocinas públicas a las que miles de personas de toda clase y condición acudían para alimentarse diariamente. «El hambre es el gran nivelador. El basurero estaba codo con codo al lado del profesor. ¡Y qué extraordinaria estampa presentaban! Alicaídos, con las mejillas chupadas, demacrados, temblando».[28] Era tabú decir algo así como «¡Madre mía, qué delgado estás!». En las escuelas, Franck observaba que «las mejillas rojas brillaban por su ausencia, a menos que hubiera un alumno recién llegado de una visita al campo, resplandeciente como la luna nueva en la neblina, que alteraba la media de palidez». La sensibilidad hacia el tema de la comida, o más bien la falta de ella, era tan elevada que ya no se podían interpretar escenas de banquetes o de cenas en el teatro, «pues el mero fingimiento de que se estaba comiendo transformaría la comedia más hilarante en un drama que haría llorar al público».[29]

A Franck, el pan «de guerra» de olor enmohecido le parecía particularmente repelente, «mitad serrín y mitad barro, más pesado y negro que un ladrillo de adobe». Pero escribía que «esta es la atroz sustancia gracias a la cual las masas de alemanes han sobrevivido desde 1915. ¡No me extraña que se dieran por vencidos!».[30] Ni siquiera el ocasional acompañamiento de jalea o mermelada de nabo lo mejoraba. Y, como era comida de poco contenido nutritivo, la capacidad de la gente para trabajar a jornada completa se veía seriamente comprometida. No solo la comida era de mentira. Todo, desde las cuerdas a la goma, las camisas o el jabón, era una imitación, de vez en cuando ingeniosa pero, a menudo, inútil. Los periódicos lo proclamaban: también Alemania se había convertido en una nación de mentira.

Sin embargo, la ayuda estaba cerca. El Domingo de Pascua de 1919, dos camiones a los que se les había permitido el paso

a través del bloqueo llegaron a Berlín. Su cargamento consistía en lujos inusitados: mantas, caldo de carne, leche condensada, cacao, pañales y camisones de noche. En cada paquete había una nota con el siguiente mensaje: «Un regalo de amor a los niños hambrientos y a sus pobres madres de parte de la Sociedad de Amigos en Inglaterra y de los que la apoyan».[31] Tres meses más tarde, el 5 de julio, cuatro cuáqueros ingleses (dos hombres y dos mujeres) «bastante asombrados» se encontraban en el andén de la estación Anhalter. Nadie había ido a recibirlos y no tenían dónde ir. Tampoco se atrevían a acercarse a nadie por temor a atraer la atención sobre sus personas.[32] Pero la fe se mueve de manera misteriosa y, para cuando anocheció, los habían instalado en la espléndida y muy poco cuáquera residencia del último embajador de la preguerra de Londres, el príncipe Lichnowsky. Joan Fry, la figura más prominente de los cuatro, cuyo hermano, Roger Fry, era miembro del grupo de Bloomsbury y amigo íntimo de la princesa Lichnowsky, contó que su primer acto consistió en celebrar una reunión en una de las suntuosas habitaciones de la princesa. Para tratarse de una mujer que hasta los cuarenta y cinco años jamás había salido de su casa sin carabina y ni siquiera había ido al teatro (pues descendía de ocho generaciones de cuáqueros por ambas partes de su familia), a Fry no parecía intimidarle su misión: mitigar el sufrimiento que causaba el bloqueo de los Aliados y demostrar empatía hacia un pueblo totalmente desmoralizado.

La posguerra inmediata de la Primera Guerra Mundial no era el mejor momento para que los extranjeros se pasearan por Alemania. Pero, para los pocos que, como Franck, Stewart Roddie, Smith o Fry, lograron salir de los sectores ocupados y explorar otros territorios, la experiencia fue muy profunda y, a menudo, conmovedora. Recordarían para siempre a un pueblo orgulloso y diligente que se enfrentaba a un destino desgraciado con estoicismo característico, si bien no resignado.

Capítulo 2

Aumentar el dolor

Los cuáqueros no perdieron el tiempo. A los pocos días de llegar, celebraron un pícnic en el hospital, con manjares como «Glaxo de la Cruz Roja, jalea de pollo de la señorita Playne y un puñado de [uvas] Dorothy Perkins», que regalaron a los pacientes. «Fue delicioso atiborrarlos de gruesas rebanadas de pan y margarina y un montón de melaza», comentaba uno de los colegas de Fry.[1] Un contingente mucho mayor de cuáqueros norteamericanos también llegó a Berlín para liderar la «Alimentación de los Niños», un programa de ayuda financiado por Herbert Hoover que, en su momento de apogeo, alimentó a cerca de 1,75 millones de niños.

Joan Fry y su pequeña banda no se quedaron mucho tiempo en Berlín. El 28 de julio de 1919, apenas un mes después de la firma del Tratado de Versalles, escribió una carta a casa en la que narraba un viaje a Essen y a Düsseldorf, donde habían ido para investigar la escasez de carbón. Regresaron desanimados. «El problema del carbón está por todas partes, presente en cada rincón con terrible insistencia», informó Fry a Londres. La falta de energía provocaba que los trenes terriblemente abarrotados en los que viajaban se vieran a menudo obligados a detenerse durante horas. «¿Qué cabe esperar? —le dijo un jefe de estación a Fry—. Si los franceses y los ingleses se llevan el carbón, nuestros trenes no pueden funcionar».[2] Los retrasos no eran lo único que convertía los viajes en accidentados. No había casi comida, hacía tiempo que habían arrancado los mullidos asientos de los vagones para convertirlos en ropa y las ventanas, desprovistas también de sus cierres de cuero, estaban atrancadas o rotas. Los cuáqueros eran viajeros infatigables y esta expedición solo fue la primera de otras muchas que Fry y sus compañeros emprenderían en los siguientes siete años desde su base de Berlín y en las que se dedicarían a

organizar servicios de ayuda a los civiles, a asistir a conferencias y a transmitir su mensaje de paz y de reconciliación a todo aquel que quisiera prestarles atención.

Para los pocos extranjeros civiles que, como Joan Fry y Harry Franck, viajaban al este del Rin durante el verano de 1919, el trauma y la desesperación que la gente normal sintió tras el Tratado de Versalles (que se firmó el 28 de junio) era imposible de ignorar. La gran mayoría de los alemanes estaban convencidos de que habían sufrido una derrota honorable y de que el presidente Wilson les garantizaría un trato justo, así que no estaban preparados para la humillación que se impuso a su país. Alemania perdería todas sus colonias (las más importantes se encontraban en África), sus áreas industriales más productivas estarían bajo control extranjero durante al menos quince años y el país tendría que pagar una compensación que ascendía a una cifra inimaginable. El ejército se reduciría hasta solamente cien mil soldados y también su fuerza naval se vería mermada. Para darle a Polonia acceso al Báltico, el puerto de Danzig pasaría a estar bajo control polaco (aunque su población era predominantemente alemana) y se crearía un «pasillo polaco», que dividiría el grueso de Alemania de la provincia de Prusia Oriental. Además, Alemania debía firmar «la cláusula de la culpabilidad» y aceptar la responsabilidad de haber iniciado la guerra. Pero mucha gente pensó que la petición más degradante de todas (que jamás llegó a cumplirse) era la entrega del káiser y mil figuras públicas a los aliados para juzgarlos por crímenes de guerra.

Las conversaciones que Franck y Fry mantuvieron con sus compañeros de viaje de ferrocarril ese verano fueron especialmente reveladoras. Una anciana le explicó a Joan que, aunque no había sentido odio durante la guerra, el tratado de paz había despertado en ella un intenso resentimiento: «Que nos traten como a apestados, seres con los cuales no es posible mantener relaciones de convivencia, es incluso peor que el hambre o la ansiedad constante». Otra mujer declaró que, en tiempos normales, habría disfrutado mucho hablando en inglés, «pero ahora un pueblo roto no quiere oírlo».[3] Franck se fijó en que las mujeres en general eran las que formulaban los comentarios más vitriólicos acerca del tratado, mientras que a los ancianos les preocupaba más la pérdida de las colonias. «Preferiríamos pagar una indemnización, la que fuera, antes que perder más terri-

torios [...]. Los aliados están tratando de balcanizarnos [...], quieren destruirnos completamente [...]. Creímos en Wilson y nos traicionó». Más ominosamente, otros expresaban su temor al futuro: «Ahora tenemos que instigar el odio en nuestros hijos desde la más tierna edad, para que dentro de treinta años, cuando llegue el momento...».[4]

Como habían vivido entre los alemanes los meses posteriores al Armisticio y llegado a admirar sus virtudes, Stewart Roddie y Truman Smith simpatizaban con estos sentimientos. Smith echaba la culpa a los franceses de la dureza del Tratado: «Desde luego, no puede esperarse compasión por parte de los franceses ni que el futuro del mundo venga de su mano. Así que también nosotros beberemos de la amarga copa de la desesperación. Esperaba que hubiera una era mejor aguardando en el horizonte y que nuestro trabajo, nuestros sacrificios y el habernos separado de los que amamos dieran sus frutos, crearan una paz "mayor"».[5] Stewart Roddie, según escribió más tarde, creía que el mayor error de los aliados había sido dejar que pasaran catorce meses entre el Armisticio y la ratificación del Tratado de Versalles en enero de 1920:

> El momento adecuado para emitir el veredicto aliado sobre Alemania ya había pasado. Alemania había tenido tiempo de reflexionar sobre las acusaciones contra ella y contra sus antiguos líderes y había decidido que lo peor de lo que se la podía condenar era de homicidio imprudente. Pero no se admitió: he aquí que la acusaban y la condenaban por asesinato y robo con violencia.[6]

Pero en mitad del desaliento también había espacio para perspectivas ocasionales de un mundo mejor. Joan Fry recordaba ver nueve pares de caballos arando un único prado mientras viajaba por los grandes campos de maíz de Mecklemburgo y cómo el sol poniente se reflejaba en las anchas extensiones de agua que se encuentran al norte del estuario del Elba. Tampoco olvidaría jamás (en una época en que «las pequeñas extremidades encogidas y los rostros viejos, grises y macilentos de los bebés hambrientos»[7] eran un recordatorio demasiado habitual de la miseria humana) la noche que permaneció bajo las estrellas, escuchando a su amigo

Albrecht Mendelssohn* tocar en el piano la música de su abuelo. Violet Markham recordaba Renania como «un jardín encantador» y hablaba del color verde vivo de sus campos, las manchas amarillas de la mostaza, los distintos tonos de los árboles y arbustos y cómo todo florecía «y se fundía y resplandecía a la clara luz del sol».[8]

Franck también recordaba tiempos mejores. Había decidido pasar seis semanas caminando desde Múnich a Weimar, la primera noche de las cuales pernoctó en una posada en el pequeño pueblo de Hohenkammer. «No me imagino —escribió —qué le ocurriría al hombre que caminara así entre un grupo de granjeros norteamericanos y anunciara sin pudor que es un soldado alemán recién licenciado, pero algo me dice que su camino no sería tan perfectamente agradable como la velada que pasé en la posada de Hohenkammer».[9] Al día siguiente, con un tiempo espléndido, se lanzó a caminar por

> plácidos prados de un verde profundo donde los manantiales se alternan con pedazos casi negros de bosques perennes, a través de los cuales el camino ancho y de color gris claro se enrosca y ondula tan suavemente como un inmenso transatlántico sobre un mar que palpita con lentitud. Cada pocos kilómetros emerge un pueblecito en el horizonte, ya sea elevado encima de la autopista o inclinado sobre ella desde una colina. Y son pueblos maravillosamente limpios, sin una mota de suciedad desde sus suelos impolutos a los campanarios blancos de sus iglesias, enmarcados por completo en praderas de verde terciopelo o campos fértiles, donde los habitantes de ambos sexos se afanan en sus tareas diarias, trabajosamente pero nunca

* Nieto del compositor Felix Mendelssohn, Albrecht Mendelssohn Bartholdy (1874-1936) fue profesor de derecho internacional y un pacifista decidido. En 1912 entró a formar parte de un comité que buscaba mejorar las relaciones entre Inglaterra y Alemania. En 1920 fue nombrado profesor de Derecho Extranjero en la Universidad de Hamburgo y en 1923 fundó el Instituto de Política Extranjera, uno de los primeros institutos de investigación para los estudios de la paz. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, Mendelssohn fue obligado a dimitir de todos sus cargos académicos. En 1934 se marchó a Inglaterra, donde lo eligieron investigador en el Balliol College. Murió en Oxford en noviembre de 1936.

> con prisas. Era difícil imaginar cómo estas personas sencillas y amables se habían ganado la reputación mundial de ser los guerreros más salvajes y brutales de la historia moderna.[10]

El 28 de febrero de 1923, Violet Bonham Carter, acompañada por su doncella, embarcó en un tren en la estación de Liverpool Street de Londres. Hija de Herbert Asquith (primer ministro británico de 1908 a 1916) y futura presidenta de la Federación Liberal Nacional, viajaba en ese momento a Berlín.

Su objetivo era investigar la ocupación francesa del Ruhr, un acto que consideraba «peligrosamente insensato». El 11 de enero, sesenta mil soldados franceses y belgas se habían internado en el corazón industrial de Alemania con la intención de extraer el carbón que se les había prometido a sus países en el Tratado de Versalles pero que Alemania no había entregado. En opinión de Bonham Carter, la política de reparaciones en la que insistía Francia (hacia 1923, la deuda alemana con los aliados alcanzaba los 6,6 billones de libras esterlinas, lo equivalente a 280 billones de libras en 2013) era moralmente injusta y un suicidio político. Muchos británicos y norteamericanos estaban de acuerdo, convencidos de que el colapso económico de Alemania solo brindaría una victoria a los comunistas.

El viaje a Berlín fue desagradable. El tren estaba sucio y atestado de gente. Y, como el carbón era de una calidad tan ínfima, también avanzaba a una lentitud frustrante. En la frontera, Violet experimentó su primer contacto con la inflación alemana, que pronto se convertiría en hiperinflación. Le dieron doscientos mil marcos a cambio de dos libras, «enormes fajos de billetes que apenas me cabían en la mano», y no le divirtieron en absoluto los comentarios groseros «de tres norteamericanos intolerables y grotescos, como salidos de una taberna», que pensaban que la tasa de cambio era una broma de proporciones mayúsculas («cinco mil marcos por un puñado de centavos»). Sin embargo, sí que disfrutó de la charla con un vendedor de pescado de Aberdeen que se dirigía a Alemania para comprar un barco alemán y contratar tripulación alemana porque, como le dijo, eran mejores que todo lo que podía encontrar en casa. «Ahora soy proalemán —le dijo—. Todos los somos».[11]

A las diez y media de la noche del 1 de marzo, después de viajar durante quince horas, llegaron a Berlín y se dirigieron a la embajada británica, donde el embajador lord D'Abernon y su esposa Helen habían invitado a Violet para que se alojara. «Fue divino llegar sucia y agotada y encontrar la embajada tan limpia y cómoda —escribió Violet en su diario—. El querido Tyler abrió la puerta y me informaron de que Helen se había ido a la cama después del baile de la noche anterior, pero que Edgar estaba despierto y a solas. Nos lo pasamos maravillosamente, en una preciosa estancia. La sala de baile está decorada con brocado amarillo y elegantes tapices que cubren unos grabados alemanes bastante feos».[12] La embajada se encontraba en Wilhelmstrasse y, si bien no tenía encanto, era imponente. La fachada daba a la calle y en la parte de atrás estaba el melancólico hotel Adlon.

Lord D'Abernon, el primer embajador británico en Alemania tras la guerra, llevaba en su destino desde octubre de 1920. Medía más de metro ochenta y tenía maneras de un dios del Olimpo: era el embajador perfecto. Su trabajo tal vez era difícil, pero no tanto como el del embajador francés, Pierre de Margerie, el cual, junto con sus compatriotas, se enfrentaba al ostracismo social tras la ocupación del Ruhr. El restaurante del Adlon era el único en Berlín que aún atendía a los ciudadanos franceses y belgas. En casi todos los escaparates de las tiendas aparecía el siguiente cartel: «*Französen und Belgier nicht erwünscht*» ('No queremos a franceses ni a belgas'). Según Bonham Carter, la situación fue especialmente dolorosa para De Margerie, que había llegado a Berlín hacía apenas unas semanas, «esperando que lo quisieran».[13]

Lady D'Abernon, una de las grandes bellezas de su generación, también era valiente. Había sido enfermera anestesista en Francia durante la guerra y no se hacía ilusiones sobre su misión en Berlín. «Para reestablecer unas relaciones normales y agradables hará falta una montaña de esfuerzo y de buena voluntad perseverante», escribía en su diario el 29 de julio de 1920. Como Alemania y los alemanes no le gustaban, su papel estaría en el lado del deber y no del placer. Fueran cuales fueran las atracciones que la ciudad ofrecía a sus visitantes, el encanto no se encontraba en los primeros puestos de la lista. En palabras de *lady* D'Abernon, no había «callecitas estrechas, cambios de nivel, pasajes angostos, patios o rincones inesperados».[12] Sin

embargo, sí que le gustaba ver los trineos tirados por caballos que se deslizaban por la nieve del Tiergarten:

> El caballo siempre está cubierto de pequeñas campanillas y el arnés está coronado por un inmenso penacho de cabellos blancos, como las plumas del casco de un guardia de su majestad, solo que de mayor tamaño. Con frecuencia, los trineos son de color escarlata o azul brillante, y los ocupantes, envueltos en pieles, componen una estampa pintoresca que parece sacada del *dix-huitième siècle* francés.[15]

A pesar de sus reservas personales, Helen d'Abernon se revelaría como una observadora astuta. «En Berlín, la moda es convertir la pobreza y la austeridad en un desfile y una exhibición —escribió después de reunirse con el ministro de Asuntos Exteriores y su esposa por primera vez—, así que, para estar a juego con la atmósfera actual, me vestí con un discreto vestido de color gris paloma de simplicidad puritana».[16] Aun así, abandonó toda sobriedad cuando dio su primera recepción diplomática, decidida a que la embajada británica resplandeciera con tanta dignidad y brillo como lo había hecho antes de la guerra. Las flores inundaban el salón. Los criados cumplían con sus tareas enfundados en magníficas libreas de color escarlata y *beige*. Dos sirvientes de antes de la guerra, Fritz y Elf, vestidos con chaquetas ribeteadas en oro y tricornios, permanecían de pie en la entrada con sendos ornamentados bastones (coronados por el escudo de armas de la familia real británica) que sostenían en los brazos extendidos. Golpeaban el suelo tres veces con la llegada de cada invitado importante. Más tarde, *lady* D'Abernon afirmó que «no había intercambiado ni diez palabras interesantes con nadie excepto con un bolchevique de Ucrania», cuyo credo político, según observó, «de ninguna manera le había impedido disfrutar de una fiesta del *ancien régime*».[17]

No era una mujer sentimental y las súplicas de los alemanes que se quejaban de la dureza de su situación no solían conmoverla. Joan Fry tampoco la impresionó: «La señorita Fry es toda autosacrificio y ardiente entusiasmo —anotaba—, pero su compasión parece reservada exclusivamente para los alemanes. Rehúye cualquier alusión a los sufrimientos y privaciones que

hubo en Gran Bretaña».[18] *Lady* D'Abernon tampoco dejó que Violet Bonham Carter albergara duda alguna en cuanto a lo que sucedía realmente en Alemania. «Créame —le dijo—, los alemanes no sufren como dicen. No existe una gran pobreza en este país. El 95% vive en la abundancia y el 5% se muere de hambre». Tras visitar el distrito más pobre de Berlín en persona, Violet tendía a estar de acuerdo, pues no vio «nada que pueda compararse con nuestros barrios más miserables. Todas las calles son anchas; las casas, grandes y con ventanas del mismo tamaño que las de la embajada».[19]

Para Violet, al igual que para muchos observadores de la Alemania asolada por la inflación, era la desgracia de las clases medias lo que despertaba mayor compasión. Como nadie podía permitirse sus servicios profesionales y la inflación había destruido su capital, muchos se veían degradados a la penuria más absoluta. Dentro de sus casas limpias, ordenadas y respetables, Violet descubrió que se producían «terribles tragedias silenciosas» cada día. Tras vender sus últimas posesiones, muchos de ellos, incluidos médicos, abogados y maestros, preferían suicidarse con veneno antes que sufrir la vergüenza del hambre.[20] Cuando la hiperinflación alcanzó su punto máximo, en noviembre de 1923, incluso la escéptica *lady* D'Abernon se emocionó ante el «desolador espectáculo de la gente decente medio escondida tras los árboles del Tiergarten, que estiraba sus manos tímidamente para pedir ayuda».[21] A Violet Bonham Carter le costó comprender que esta terrible situación conviviera con las joyas, pieles y flores que llenaban las carísimas tiendas de las calles más elegantes de Berlín. Pero, como le explicó *lady* D'Abernon, solo los especuladores (los *Schiebern),* que vivían como «gallos de pelea» en los mejores hoteles, podían permitirse esos lujos. También señaló que «sus mujeres llevan abrigos de piel con perlas y otras joyas y, además, añaden, sorprendentemente, botas altas amarillas al conjunto».[22]

El comunista y sindicalista británico Tom Mann supo identificar rápidamente a los especuladores cuando visitó Berlín para una conferencia del partido en primavera de 1924. Reparó en su «típica apariencia y comportamiento burgueses, comían en abundancia, fumaban largos y gruesos puros y, en general, actuaban como si tuvieran dinero a manos llenas». Pero a Mann le preocupó mucho más el divorcio entre los «jóvenes militantes»

y los «viejos sindicalistas reaccionarios» del partido. Informó de que el Partido Comunista esperaba ver un incremento en sus miembros en el Reichstag, de forma que pasaran de quince a cincuenta en las siguientes elecciones. Mann le dijo a su mujer que la confusión política general que se vivía en Berlín le inquietaba («Hay una mezcla muy grande: no menos de quince partidos políticos o secciones que presentan candidatos»). Fue mucho más satisfactoria la velada que pasó en una representación de *Die Meistersinger.* «En ocasiones pensaba que el anciano zapatero hablaba demasiado —comentó—, pero estaba maravillosamente bien hecha [...]. Había cerca de doscientas cincuenta personas en un escenario enorme, que no estaba abarrotado ni mucho menos, entre banderas y ornamentación; y el coro era magnífico».[23]

Sin duda no fue el único extranjero que se fijó en lo importante que era la música para los alemanes de a pie. «Es su medio de expresión más logrado y potente en momentos como este —escribía Violet Bonham Carter—, en Inglaterra es imposible imaginar que una manifestación política se abra con un larguísimo cuarteto de cuerdas».[24] Después de asistir a uno de esos acontecimientos, volvió a la embajada para encontrar a *lady* D'Abernon «recibiendo noblemente a treinta esposas inglesas de alemanes, qué criaturas tan patéticas». Una mujer vivía en una habitación con su marido, que no le había dirigido la palabra en un año. Sin embargo, dejando de lado alegremente la triste situación de sus compatriotas, Violet informaba de que «se animaron mucho cuando el coronel Roddie tocó el piano y cantó, y todas se quedaron a tomar el té».[25] Esa noche, durante la cena, la colocaron junto al segundo presidente de Alemania, el mariscal de campo Paul von Hindenburg. No la impresionó demasiado. «Me senté entre Hindenburg (un hombrecillo que no me gustó) y un italiano insignificante».[26]

En 1920 destinaron a Stewart Roddie a la Comisión Interaliada Militar de Control, cuya sede estaba en el Adlon y la cual tenía por tarea desarmar a Alemania. Sin embargo, a juzgar por sus memorias, *Peace patrol* ('Patrulla de paz'), Roddie se pasó casi tanto tiempo reconfortando a los preocupados miembros de la antigua familia imperial como persiguiendo el rastro de armas ilícitas. Con su aspecto a lo Rupert Brooke y su afable actitud, el

antiguo maestro de música de Inverness se movía discretamente entre ellos, escuchaba sus desgracias, ofrecía consejo y, ocasionalmente, hablaba a su favor frente a sus superiores. *Peace patrol* parece un repaso internacional al *Quién es quién* de la época. Además de los Hohenzollern, por sus páginas desfilan los nombres de celebridades políticas y militares, miembros de la realeza europea y nobles británicos; todos los cuales, al parecer, eran íntimos del ubicuo coronel.

En verano de 1919, Stewart Roddie había visitado a la princesa Margarita de Prusia, la hermana más joven del antiguo káiser y nieta de la reina Victoria. Aunque ella y su marido, el príncipe Federico Carlos de Hesse, aún vivían cerca de Fráncfort, en el vasto castillo de Friedrichshof, en Kronberg (heredado de su madre, la emperadora Federica), pasaban por una situación de dolor y de pobreza. No solo habían perdido a dos hijos en la guerra, sino que les habían confiscado todas sus tierras. El Estado no les había dado nada a cambio y habían perdido todos sus recursos a causa de la inflación. Stewart Roddie describe en sus memorias el momento en que esperaba de pie en el vestíbulo mientras la princesa descendía lentamente por la enorme escalera para recibirlo. «Era la imagen de la tristeza infinita, enfundada en un largo y serio vestido negro con un cuello pequeño y puños de linón blanco», escribió.[27] Varios años después, Joan Fry y un grupo de cuáqueros también visitaron Friedrichshof:

> Nos armamos de valor y entramos en el *Schloss*. Solo nos hicieron esperar un poco antes de permitirnos pasar a una estancia bien amueblada que daba a un precioso prado. Al cabo de un minuto o dos, el gran duque y la duquesa, o como deberíamos nombrarlos, la antigua familia real, entraron desde una habitación adyacente. Hablaron con nosotros de manera sencilla y amistosa. Todos permanecimos de pie, pues no daba la impresión de que quisieran que nos quedáramos mucho tiempo. Marion dijo que había visto la mesa ya dispuesta con la comida en la habitación de la que habían salido...[28]

La correspondencia de la princesa Margarita pone de manifiesto lo justos que iban de dinero: «Muchas muchas gracias por las cartas, y también por las redecillas para el pelo —le escribió a *lady*

Corkran* en 1924—. Dos libras parece muy poco dinero por las mesas, así que tal vez valga más esperar a una oportunidad mejor. ¿Le importaría mandarme un cheque por la mesa blanca? Le estoy muy agradecida por obtener tanto por ella, aunque, si hubiera sido más, también nos habría venido muy bien».[29] A pesar de los problemas de la princesa Margarita, sus cartas revelan que no había perdido el interés en el mundo contemporáneo por completo. Un anuncio incluido en una de las cartas decía: «Rícese el pelo en diez minutos. Sin calor ni electricidad. Simplemente deslice su pelo dentro del rizador West Electric». Y, encima de él, la hermana del káiser había anotado: «¿Cree que es verdad? ¿Me aconseja probar esos rizadores? Seguramente sea una exageración».[30]

Cuando Stewart Roddie visitó Friedrichshof, le indignó «encontrar el lugar bajo el control de las tropas negras». En efecto, el despliegue de soldados de las colonias francesas desató un coro de críticas, y no solo de los alemanes. En esos tiempos de racismo sin ambages, a muchos observadores británicos les pareció que era un intento consciente de Francia de asestar una nueva humillación a Alemania. Joan Fry se fijó en el creciente resentimiento de los alemanes, que se veían obligados a ofrecer sus casas para «los muchos bebés mulatos no deseados, que no pueden compartir hogar con los niños blancos».[31] Una cuáquera norteamericana, Dorothy Detzer, lo expresaba con rotunda claridad, sin la menor vergüenza:

> Llegué a Maguncia a eso de las cuatro de la tarde del 3 de septiembre. Cuando bajamos del tren, casi me enfermo al ver lo que nos aguardaba allí. Se oían muchos rumores sobre la ocupación francesa y esperaba ver soldados como nuestros negros sureños. En lugar de eso, vimos salvajes. Viví durante poco más de un año en las Filipinas, y mi primera impresión fue que habíamos regresado a ese país, solo que los nativos llevaban uniformes en lugar del acostumbrado taparrabos que tenían por «vestimenta». Y creo que sobre todo sentí piedad por ellos. No entiendo por qué deberíamos esperar más de esta raza de lo que esperamos de monos uniformados. A juzgar por sus caras, no me parece que estén más desarrollados que ellos.

* *Lady* (Hilda) Corkran era dama de honor de la princesa Beatriz, la hija más joven de la reina Victoria.

También se horrorizó al ver un enorme desfile de antorchas en Wiesbaden compuesto de soldados africanos que llevaban carteles en los que se caricaturizaba a los «cara de hunos». Un testigo francés le dijo que ese tipo de desfiles eran habituales y que su propósito era recordar a los alemanes quién había ganado la guerra. «Jamás olvidaré —escribió Detzer— las miradas de los silenciosos alemanes que permanecían allí, de pie, observando el desfile».

A Jacques Benoist-Méchin, un joven oficial que formaba parte de las fuerzas francesas de ocupación, también le chocó la incongruencia de toparse con una unidad de *tirailleurs marocains* ('francotiradores marroquíes') con los «rostros bronceados por el sol africano» mientras cruzaba una calle en Düsseldorf un día particularmente frío de invierno en 1923. Como Dorothy Detzer, confesó el malestar que le causaba verlos: «¿Qué hacían aquí, entre la suciedad y la niebla?», se preguntó.[33] Su recuerdo de la vida en la Ruhr ocupada sugiere que, si fue triste para los alemanes, para los franceses no fue mejor. Cuando se presentó en su destino, el oficial superior le explicó que estaban en un estado más o menos de guerra. Les habían cortado los cables de comunicación y se encontraban aislados. No le aconsejaba que fuera a ninguna parte solo. La fuerza de trabajo alemana, protegida por el Gobierno, había optado por desafiar a los franceses de la única manera que tenía a su alcance: con resistencia pasiva. Y no es que sus protestas siempre fueran pasivas. El 1 de febrero, Benoist-Méchin registró 1 083 actos de sabotaje. Capturó las desoladoras condiciones de la zona ocupada con su descripción de la factoría Krupp de Essen, hasta la cual escoltó a veinte ingenieros franceses: «Vuelve a nevar. Las grúas, los pilones y las gigantescas chimeneas dominan el paisaje. Los cuatro hornos enormes, cuyos perfiles masivos se recortan contra un cielo apocalíptico, están apagados. Los han abandonado».[34]

A los viajeros (al menos a los ingleses) les resultaba difícil, fuera cual fuera su interpretación de los hechos, no sentirse conmovidos por la dureza de las condiciones de vida de las personas que se cruzaron en su camino en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Alemanes de toda clase y condición les contaban en repetidas ocasiones lo traicionados que se sentían: por el káiser, por sus políticos y generales y especialmente por el presidente Wilson y el Tratado de Versalles. A pesar de no haber hecho

nada, habían perdido sus colonias, su carbón, su salud, su prosperidad y, lo que era más preocupante de todo, su autoestima. La divisa no valía nada y las reparaciones absurdamente altas jamás podrían pagarse, ya que los aliados estaban decididos a privarlos de sus materias primas. Tampoco entendían por qué Inglaterra permitía continuamente que Francia se vengara con tanta crueldad y enviara a sus brutales soldados negros, que, según decían, violaban y asesinaban a quienes se les antojaba.[35] ¿Y cómo iban a explicárselo a la nueva generación, a sus hijos desnutridos y raquíticos que, gracias al así llamado tratado de paz, ahora se enfrentaban a un futuro sojuzgados por los bolcheviques y los judíos? Aunque los viajeros extranjeros comprendían que algunas partes de la campiña alemana estaban volviendo a la normalidad lentamente y que la disciplina, la laboriosidad y el impulso nativos seguían como siempre, la gran mayoría regresaba a sus casas consciente del sufrimiento de los alemanes. Por lo que habían visto, había demasiados alemanes que pasaban hambre, frío y **que no conservaban esperanza alguna.**

Fue este panorama el que se encontró el capitán Truman Smith cuando llegó a Múnich el 15 de noviembre de 1922. Era una ciudad en la que hervían la inquietud ciudadana y las intrigas políticas. Smith, ahora agregado militar en la Embajada norteamericana en Berlín, había ido allí para informar sobre los nacionalsocialistas. No se le concedía mucha importancia a ese partido político, pero el embajador norteamericano quería saber más. Por tanto, a Smith le pidieron que hiciera averiguaciones dentro del entorno de Hitler y, a ser posible, que se entrevistara personalmente con él para evaluar sus capacidades y su potencial. Tres días más tarde, Smith anotó a lápiz en su cuaderno: «Momento de gran emoción. Me han invitado a ir con Alfred Rosenberg a ver a los *Hundertschaften* ('compañías de cien hombres') desfilar ante Hitler en la calle Cornelius». Después de eso escribió:

> Algo increíble. Mil doscientos soldados, de los más duros que he visto en mi vida, han desfilado frente a Hitler haciendo el paso de oca bajo la vieja Reichflag, llevando bandas rojas en el brazo con la esvástica... Hitler gritaba: «¡Muerte a los judíos!» y le respondían vítores frenéticos. **Jamás he visto algo así en mi vida.**

Varios días más tarde le presentaron a Hitler, que aceptó reunirse con él el lunes siguiente. La entrevista tuvo lugar el 20 de noviembre a las cuatro de la tarde en el tercer piso de Georgen Strasse, 42. El norteamericano recordaba la habitación como algo parecido a «un dormitorio trasero en un sótano venido a menos de Nueva York, de lo más gris y deprimente».[37] Al recordarlo años después, Smith deseó que, en lugar de tomar nota de las opiniones políticas de Hitler, se hubiera concentrado más en su personalidad e idiosincrasias.

Unos meses más tarde, el oficial superior de Jacques Benoist-Méchin entró en su despacho para preguntarle si sabía algo de un partido político fundado recientemente en Múnich por un tal Aloysius Hitler. La petición venía directamente del ministerio de guerra francés. Les había llamado la atención que ese tal Hitler estuviera dando discursos a salas llenas de fanáticos, en los que denunciaba a todo y a todos, incluida Francia. Benoist-Méchin jamás había oído hablar de Hitler o de su partido, pero sugirió que consultaran a los británicos.

Dos días más tarde, llegó la respuesta. Según la fuente británica, no había nada por lo que alarmarse. El partido nacionalsocialista solo era un fuego fatuo que se desvanecería tan rápidamente como había brotado. Los hombres que participaban en él eran separatistas bávaros sin importancia y sin la menor posibilidad de influir en lo que sucediera fuera de Baviera. De hecho, tal vez valiese la pena animar a Hitler, puesto que perseguía la independencia de Baviera, y eso podía llevar al restablecimiento de la monarquía Wittelsbach y hasta a la disolución del Reich alemán. «Y, por cierto —proseguía el mensaje—, el nombre de pila de Hitler es Adolf, no Aloysius».[38] El 10 de noviembre de 1923, casi exactamente un año después de la entrevista de Smith a Hitler, *lady* D'Abernon anotaba en su diario que a su marido lo habían despertado en mitad de la noche. Un diplomático alemán, muy preocupado, le pedía consejo sobre cómo hacer frente a una revuelta que se había desatado en Múnich. El principal agitador, escribió la dama, era «un hombre de origen oscuro llamado Adolf Hitler».[39]

Capítulo 3

Sol y sexo

En los meses anteriores al *Putsch* de noviembre de Hitler, las perspectivas de la República de Weimar no podían haber sido peores. La resistencia pasiva de la ocupación francesa del Ruhr quizá atenuara la humillación alemana, pero, como el Gobierno tenía que imprimir billetes para pagar a los huelguistas, también generó más hiperinflación. Horace Finlayson, asesor financiero de la Embajada británica, llevaba un registro diario del tipo de cambio. En su primera entrada, del 15 de agosto de 1923, anotó que una libra se cambiaba por 12 369 000 marcos. El 9 de noviembre (el día del golpe fallido de Hitler) valía 2 800 millones y, cinco semanas más tarde, la vertiginosa cantidad de dieciocho mil millones.[1] Numa Tétaz, un suizo que estudiaba ingeniería en Múnich, vivió allí la crisis:

> Casi todo el mundo trafica. Lo que hoy se compra por un millón mañana se vende por mil millones. La clave es encontrar siempre alguien que piense más lentamente que el vendedor. Todos saben que esto es insostenible, pero nadie tiene la menor idea de qué hacer. Nadamos en un río de suciedad y mentiras. Todos tienen miedo, pero de algún modo siguen adelante. No hablamos mucho de política entre nosotros. Apenas me di cuenta al día siguiente de que se había producido un *Putsch*.[2]

El golpe tuvo lugar en Múnich del 8 al 9 de noviembre de 1923. Hitler, el general Ludendorff y otros líderes nazis, junto con cerca de dos mil seguidores, se dirigieron al centro de la ciudad con la intención de hacerse con el control de Baviera y derrocar al Gobierno nacional. El *Putsch* fracasó cuando la policía armada se enfrentó a ellos y mató a dieciséis golpistas. Dos días más tarde,

Hitler fue arrestado y acusado de traición. Aunque el *Putsch* no había logrado su objetivo, el posterior juicio de Hitler generó una publicidad enorme y le ofreció la oportunidad perfecta para presentar sus puntos de vista a toda la nación. Lo sentenciaron a cinco años de cárcel, pero en realidad solo pasó nueve meses en prisión, donde le asignaron un alojamiento cómodo, le permitían visitas y le dieron papel en abundancia para que escribiera su libro *Mein Kampf*.

Por si no bastaba con la hiperinflación y con el *Putsch* de Hitler, el Gobierno, que también estaba dividido, tenía que lidiar con los separatistas de Renania, una insurrección comunista en Sajonia y un ejército en cuya lealtad no podía confiar. Muchos observadores creían que Alemania terminaría hecha pedazos. Pero, para algunos visitantes extranjeros, precisamente era esa sensación de crisis arrolladora lo que convertía al país en un destino tan seductor. Muchos se mostraban más compasivos que otros, pero este no era el caso de la californiana de diecisiete años Dorothy Bogen:

> Vi a montones de soldados británicos, ¡¡¡qué alegría!!! ¡¡Tres hurras por ellos!! Muchos franceses en Bonn, y la primera vez que comí bombones de licor. Tomé el tren de Colonia a Berlín, un viaje largo, pero la comida era buena. Solo vi a un soldado alemán, y tenía aspecto solitario, pero no se le veía pobre o desastrado, ¡qué va! Llegué a Berlín. Buen hotel, pero los camareros eran inútiles. ¡Un desastre! Nunca volveré aquí. Ni a Alemania, ¡ya he tenido bastante de Berlín y de los alemanes! *Jamais, jamais encore!* Me enojan de mala manera.[3]

Sin embargo, para cuando Joan Fry y Stewart Roddie abandonaron Alemania, en 1926, la situación había cambiado. No era de extrañar que el hombre de negocios Joel Hotham Cadbury escribiera una carta a la revista cuáquera *The Friend* en la que se preguntaba por qué los cuáqueros seguían enviando ayuda a los alemanes cuando él acababa de verlos bebiendo grandes cantidades de champán en Arosa y comprándose coches carísimos, ropa interior y muebles en París. Y la exhibición de repentina riqueza no era aparente solo en el extranjero. Cadbury se fijó en que Hamburgo hervía con nuevas inversiones e infraestructuras: canales fluviales, estaciones eléctricas y puertos interiores.[4]

El responsable, por encima de todos, de la recuperación de Alemania era el hombre de Estado más importante de Weimar: Gustav Stresemann. Aunque solo había sido canciller durante tres meses (de agosto a noviembre de 1923), fue ministro de Asuntos Exteriores en las sucesivas administraciones hasta su muerte en 1929. El historiador John Wheeler-Bennett, que vivió en la Alemania de Weimar durante varios años y conoció a todo aquel que merecía la pena conocer, describió a Stresemann como «uno de los hombres de aspecto más desagradable» que había visto jamás. «De rasgos porcinos, ojillos pequeños y juntos, pelo cortado casi al cero sobre un cráneo rosado y calvo, y con un inevitable michelín de grasa en la parte posterior del cuello».[5] Su esposa, por el contrario, según anotó *lady* D'Abernon, era una de las mujeres más guapas que había conocido en Alemania, aunque añadió: «En Berlín no se olvida que *Frau* Stresemann es de origen hebreo».[6]

A pesar de su aspecto,* Stresemann tenía las cualidades necesarias para dirigir el país y sacarlo de la crisis. Lord D'Abernon lo comparaba con Winston Churchill: «Ambos eran brillantes, atrevidos y valientes».[7] Convencido de que la única vía hacia adelante para Alemania era una coalición de los partidos políticos moderados, Stresemann luchó por contener tanto a los extremistas de izquierdas como a los de derechas. Era consciente de que la resistencia pasiva perjudicaba más a Alemania que a Francia, por lo que, en septiembre de 1923, puso fin a la huelga, y ese fue el primer paso hacia la estabilización del marco. Más tarde introdujo una nueva divisa, el Rentenmark, respaldada con solidez por tierras y fábricas, y la inflación que había devastado al país quedó entonces controlada. Pronto, un Rentenmark pasó a valer un billón de los marcos precedentes. Stresemann también fue uno de los primeros en convencer a su gobierno para que aceptara otro hito en la recuperación de Alemania: el Plan Dawes (1924). Esencialmente, Alemania recuperaría el control de Renania, y las reparaciones (aunque aún elevadas) se pagarían de forma gradual. Era una solución a corto plazo, pero Stresemann la describió como «un rayo de luz en lo que de otro modo sería un horizonte oscuro».[8] Con el marco estabilizado y el Plan Dawes en

* Hay un retrato de Stresemann pintado por Augustus John en la galería Knox-Albright de Búfalo, en Nueva York.

marcha, las inversiones y los préstamos extranjeros que Alemania tanto necesitaba, especialmente los norteamericanos, empezaron a circular hacia el país.

El Tratado de Locarno, que se firmó en Londres el 1 de diciembre de 1925, fijó el sello de la aprobación internacional de la rehabilitación de Alemania y abrió un periodo de distensión que duraría hasta la muerte de Stresemann. El diplomático y editor conde Harry Kessler anotó en su diario que la ciudad de Locarno (en el lago Mayor) «está totalmente hechizada por Stresemann. Hay fotografías de él por todas partes. Es inmensamente popular, se comporta con amabilidad con todo el mundo y va cuatro veces al día a la *pâtisserie* de *Frau* Scherurer; ella no para de alabarlo».[9] Después del tratado y de que Alemania entrara en la Liga de las Naciones en 1926, la recuperación siguió un ritmo tan acelerado que, solo diez años después del Armisticio, Alemania ya era la segunda potencia industrial del mundo.

A pesar de la transformación, el sucesor de lord D'Abernon, *sir* Ronald Lindsay, no tenía muchas ganas de tomar posesión de su cartera de embajador. «El Tratado de Versalles me parece extremadamente aburrido y los panfletos son capaces de hacer que me duerma de pie. En mi opinión, trabajar en Berlín consiste en barrer el agua colina arriba con una escoba de lo más ineficiente».[10] Pero otros extranjeros que visitaron o vivieron en Alemania durante el animado periodo de tiempo entre Locarno y el crac de Wall Street tenían un punto de vista diferente. De pronto, Alemania (y sobre todo Berlín) era moderna, innovadora, *sexy* y excitante. Incluso la inestabilidad política crónica le daba una cierta emoción a la vida, especialmente atrayente para los que buscaban escapar de los pétreos convencionalismos del Reino Unido.

Para Christopher Isherwood, tal como el título de su libro indicaba *(His Kind),* Berlín «significaba chicos»,[11] pero también había un cierto desafío en su elección de una nación que había matado recientemente a sus padres y a sus hermanos mayores. La sensación de haber dejado atrás a su clase y su país era una liberación, incluso embriagadora, y la disfrutaba no solo en los bares para homosexuales y los clubs nocturnos de Berlín, sino también en las experiencias de la vida corriente. Eddy Sackville-West (que más tarde sería lord Sackville y primo de Vita Sackville-West) escribía acerca del placer que le proporcionaba caminar en la «niebla escocesa» cerca de Dresde, donde en 1927 pasó algunos

meses estudiando la música y el idioma alemanes. «Al volver en el autobús, sentí lo mismo que antes de la independencia, me encantaban todos los escaparates de las tiendas frente a las que pasábamos y me divertía decir *"Hauptbahnhof"*».[12]

Pero Sackville-West había viajado a Alemania hacía apenas tres años, no para buscar muchachos, sino para apartarse de ellos. En 1924 se pasó varios meses en la clínica del doctor Karl Marten, en Friburgo, donde, en compañía de otros homosexuales, se sometió a pseudoterapias, charlatanerías y pretendidos psicoanálisis. Marten le explicó a Eddy que su indigestión se debía a un complejo de maternidad y, para curarle de su homosexualidad, le hizo tragar una sustancia tal que «al final de la cena», como registró el desgraciado Sackville-West en su diario,

> tuvo un efecto repentino en mis glándulas seminales y pasé unas tres horas y media de agonía intolerable. Martin *[sic]* dijo que mi mente subconsciente estaba preparada para que me doliera justo ahí. ¡Por Dios! ¡Qué horror! Me parecía que el dolor entraba y salía, como el viento que empuja una lámpara y la balancea a placer, así eran mis desgarradores ataques.[13]

En marzo, Sackville-West y un paciente compañero suyo, Eddie Gathorne-Hardy,* se las arreglaron para escapar brevemente del encierro:

> Salimos a las 5.30 de la madrugada hacia Berlín. Fue un día delicioso. Parecía que estábamos allí de vacaciones, que habíamos salido del internado. El amanecer sobre los campos que rodean Berlín fue precioso. Masas de pinos y abedules plateados, tierra cubierta de escarcha y un sol blanco. *Ariadna en Naxos* en la ópera, demasiado exquisita para describirla con palabras. Berlín es una ciudad pequeña. No tiene nada característico, se parece a un París de provincias. Carece del encanto de Viena; ni una calle es digna de ese nombre, excepto Unter den Linden.

* E. Gathorne-Hardy era el tercer hijo del *earl* de Cranbrook y miembro de la pandilla de la *Bright Young People*. Respetado anticuario, llegó a trabajar para el British Council.

Unos días más tarde, los dos Eddies se encaminaron a Danzig, solo para descubrir que no contaban con los documentos adecuados. «¡Los pasaportes no estaban en regla! Nos quedamos tirados en Lauenburg, un horrible pueblucho de la frontera polaca. ¡Fue heroico! El hotel era horrible y caro. Caminamos sobre la nieve, nos caímos al agua. ¡Un desastre! Las casas eran feísimas y la gente también, *algo irreal;* voces huecas y aire vacío». Cuando por fin llegaron a Danzig, sin embargo, fue un éxito. «¡Qué lugar! Casas como las inglesas isabelinas, de ladrillos rojos y amarillos. Enormes almacenes blancos y negros en el río Motlava, que estaba helado. La Kran Tor bastante divina, la catedral indescriptible». Aun así, tuvieron suficiente con tres días y se sintieron aliviados al regresar a Berlín. «¡Qué cómodo es el Adlon! Me tomé una cenita deliciosa en pijama, enfundado en el abrigo de piel de Eddy».[14]

La primera experiencia alemana de Christopher Isherwood estuvo también muy alejada del cabaret Berlín con el que su nombre está tan estrechamente relacionado. Pasó el verano de 1928 en Bremen con su primo, Basil Fry, el vicecónsul británico. Fry, de personalidad y aspecto ridículos, encarnaba todo lo que Isherwood, W. H. Auden, Stephen Spender y tantos otros jóvenes de su generación pugnaban por rechazar. Un verso de uno de los poemas publicados de Fry, «Inglaterra», lo dice todo:

> Ve a Inglaterra, y allí descansa la frente,
> sobre su pecho fresco y libre,
> y ella te envolverá
> como los brazos de su mar protector.[15]

La primera visión que Isherwood tuvo de Alemania fue Blumenthal, en el estuario del Weser, donde su barco atracó a primera hora de una mañana de verano. Un oficial del consulado le esperaba unos cuarenta y ocho kilómetros más arriba del río, en Bremen. «Condujimos por entre los barrios residenciales de fachadas cubiertas de hiedra. Había grandes arbustos de lilas. Las casas estaban limpias y tenían paredes estucadas. Los tranvías eran alegres. En el bulevar, dejamos atrás una fuente con un Laocoonte; la serpiente que vomita se enrosca satisfecha en los hombros de la estatua bajo el sol resplandeciente». Como era de esperar, en sus primeras impresiones no deja de hacer referencia a

los «muchachos»: «Alemania es el país de los chicos, totalmente. Vestidos con sus absurdas camisas de colores abotonadas hasta arriba, sus calcetines y sus gorras trenzadas de cazador. Todos van en bicicleta».[16]

Aunque se produjo algún que otro flirteo, a Isherwood no le gustó quedarse con su primo, al que menospreciaba. Pero su primera visita a Berlín, menos de un año después, fue una experiencia absolutamente distinta y, aunque apenas duró más de una semana, más tarde la consideraría uno de los acontecimientos más decisivos de su vida.[17] Su viejo amigo W. H. Auden, que ya llevaba varios meses en la ciudad, le abrió las puertas a un mundo tan deliciosamente distinto de la rígida Inglaterra de posguerra que, en las Navidades de 1929, ya había regresado a Berlín sin fecha de retorno a su país. Como escribió en sus memorias, cuando en la frontera le preguntaron cuál era el objeto de su viaje, podría haber respondido, con toda sinceridad: «Estoy buscando mi patria y he venido a descubrir si es esta».[18]

Para entonces, Auden ya había vuelto a Inglaterra y había dejado a Isherwood con un único conocido en Berlín: el caótico y alcohólico arqueólogo Francis Turville-Petre. En ese entonces, Francis recibía tratamiento por su sífilis en el Institut für Sexualwissenschaft ('Instituto de Investigación Sexual'), una de las manifestaciones más llamativas de la recién hallada modernidad de Berlín. Lo había fundado en 1919 el doctor Magnus Hirschfeld, y no se trataba de ninguna superchería, sino de un intento serio de analizar científicamente un amplio abanico de comportamientos sexuales. Una parte importante de la misión de Hirschfeld era convencer al mundo de que la homosexualidad no era ni una enfermedad ni un crimen, sino una parte perfectamente normal de la condición humana. Además de ser una clínica y un centro de investigación (que poseía un impresionante archivo y una biblioteca con más de treinta mil volúmenes), el Instituto aspiraba a educar al gran público, por lo que ofrecía numerosas conferencias sobre todos los aspectos del sexo. Varios miles de visitantes de toda Europa acudían cada año. Muchos iban para ser tratados de problemas específicos, pero otros simplemente querían explorar su propia sexualidad. Algunos, sin duda, solo llegaban atraídos por el morbo de los contenidos del museo del Instituto, a los que Auden se refería como «pornografía para la ciencia: un placer de eunucos».[19]

> Allí había látigos, cadenas e instrumentos de tortura diseñados para los practicantes del placer y del dolor; botas de tacones altos con intrincadas decoraciones para los fetichistas; ropa interior de mujer, transparente y seductora, que oficiales prusianos ferozmente masculinos habían llevado puesta bajo sus uniformes. Había partes inferiores de pantalones con bandas elásticas para mantenerlos en su sitio, entre la rodilla y el pie. Llevando eso y nada más que un abrigo y unos zapatos, uno podía salir a pasear por la calle, dar la impresión de estar totalmente vestido y ofrecer una rápida exhibición de la realidad cuando la persona adecuada se cruzara en el camino.[20]

Esos objetos contrastaban de forma notable con el elegante mobiliario que vestía las salas formales del Instituto: un recordatorio de que el edificio había sido propiedad de un gran amigo de Brahms, el violinista Joseph Joachim. Turville-Petre se alojaba en unas habitaciones alquiladas cerca del Instituto (situado en la esquina al noroeste del Tiergarten) y allí, en una pequeña y oscura habitación que daba a un patio interior, se instaló el propio Isherwood. Cada noche, los dos hombres se dirigían a los bares de ambiente; uno de sus favoritos era el Cosy Corner de Zossener Strasse, ubicado en un barrio obrero de la ciudad. Isherwood escribiría más tarde que solían considerarse como un par de exploradores que

> se adentraban en la jungla. Los nativos de la jungla [los muchachos alemanes de extracción humilde] los rodeaban, como niños curiosos, desconfiados, astutos, oscilando fácil e impredeciblemente entre la amistad y la hostilidad. Los exploradores tenían lo que los nativos querían: dinero. Cuánto obtendrían y qué tendrían que hacer para obtenerlo era el tema de la negociación. A los nativos les gustaba negociar porque sí, y Francis era muy consciente de eso. Jamás tenía prisa.[21]

A pesar de su promiscuidad, Auden, Isherwood y Spender (que al principio residía en Hamburgo) ansiaban relaciones más permanentes. Spender le explicó a Isaiah Berlin cómo se disponía a buscarlas:

> Hago esfuerzos heroicos por encontrar al muchacho adecuado, para quedarme con él. Eso implica acercarme a casi todos los chicos a los que conozco. Es sumamente fácil hacerlo en Alemania. Veo un chico, le pido fuego para un cigarrillo y luego me invento una pregunta del todo absurda. Me mira confundido y yo le digo que soy inglés y que no sé hablar bien alemán. Luego le ofrezco un cigarrillo y la maquinaria se pone en marcha. Concierto una cita con él. Por desgracia, cuando vuelve a casa y les cuenta a sus padres que ha conocido a un inglés, estos suelen prohibirle que se reúna conmigo y le ordenan que no vuelva a verme nunca jamás. Así paso la mayor parte del tiempo en que no estoy trabajando.[22]

Bares como el Cosy Corner o el Westens (donde Rupert Brooke escribió *Grantchester)* estaban muy lejos de los glamurosos cabarets nocturnos que recordamos de la película *Cabaret,* de 1972. «El Cosy Corner no parecía para nada decadente —escribió Isherwood—. Era sencillo, casero y sin la menor pretensión».[23]

No cabía duda de que Berlín ofrecía a sus visitantes, especialmente a los anglosajones, aventuras intelectuales y sexuales a las que no tenían acceso en sus países de origen. En 1927, Sackville-West pasó la Navidad en Berlín con Harold Nicolson. Habló de la «extraña y salvaje vida nocturna», la cual, según confesó a un amigo, prefería más bien que fuera «escuálida y furtiva». Le explicó que todo tenía lugar «alrededor de una iglesia gótica enorme y elegante, erigida en los noventa, cuando el distrito era una especie de Cromwell Road. Ahora parece triste y fantasmagórica, rodeada de carteles de neón y rincones de aspecto poco aconsejable, como alguien en una fiesta que finge no escandalizarse». A E. M. Forster le contó que lo habían «arrastrado de un bar homosexual a otro. El comportamiento es totalmente abierto [...] y algunas de las personas que pululan por ahí, como hombres enormes con pechos de mujer y rostros como el de Ottoline [Morrell], vestidos de bailarinas de flamenco españolas, son bastante incomprensibles... Se pasean como grandes incógnitas...». Pasó esa noche con un campesino de Lituania cubierto de perlas y después contó que no había sentido el menor temor cuando «la hermosa criatura» había insistido en llevar un revólver cargado a la cama, y aña-

dió que «era muy amable y encantador».[24] El artista Francis Bacon pasó brevemente por Berlín en 1927. Tenía apenas diecisiete años e iba acompañado de uno de los amigos de su padre, al que le habían encomendado la misión de convertirlo en un hombre. Cuando hablaba de la experiencia, unos cuarenta años después, Bacon recordaba: «Quizá Berlín me resultó violento porque yo venía de Irlanda, que era violenta en el sentido militar pero no en el sentido emocional, como lo era Berlín». Sin embargo, no fue la «muy muy emocionante vida nocturna» lo que dejó una impresión más honda en el Bacon adolescente, sino el desayuno del hotel Adlon, «que traían en maravillosos carritos con enormes cuellos de cisne enroscados en las cuatro patas».[25]

A pesar de la libertad sexual y la emoción de la vanguardia de Berlín, a muchos miembros de esa generación de «jóvenes y brillantes» intelectuales y artistas también les llamó la atención la fealdad y hostilidad de la ciudad y de los alemanes en general. Los comentarios críticos acerca de la apariencia física de los ciudadanos son comunes en la documentación disponible, y la caricatura del *boche* con cuello de toro y ojos saltones se acercaba bastante a la realidad, en opinión de muchos visitantes. Un viajero que acababa de regresar de Renania se quejaba del siguiente modo: «Los alemanes comen demasiada carne y consumen enormes tés con pasteles por la tarde. La salud nacional mejoraría mucho si se iniciara una cruzada para restringir la ingesta de comida a dos veces diarias, sin picotear entre horas».[26] Incluso lord D'Abernon, que era proalemán, preguntó en un momento poco diplomático durante una cena: «¿Por qué los alemanes tienen tres papadas en el cogote?».[27] Tras escribir largamente en su diario lo mucho que le gustaba el pueblo alemán, Emily Pollard, cuyo tío era el gobernador de Virginia, John Garland Pollard, no pudo evitar añadir: «Pero ¡no saben contenerse!».[28] La percepción de ese rasgo poco atrayente de los alemanes contribuyó a la neurosis de Spender, desatada, según le confesó a Isaiah Berlin, por largos viajes en tren:

> Mis compañeros de viaje me enfurecen, tanto que empiezo a encontrarme mal, se me altera la digestión, sudo y enloquezco durante cada minuto del trayecto. Siempre abandono el tren en un estado de agotamiento nervioso, con imágenes perturbadoras en mi cerebro de las cabezas afeitadas y gordas como bebés de los alemanes de clase

> media y de grandes y corpulentas muchachas alemanas sonrientes que emiten repugnantes rayos de sol cohibidos y que despiertan mi aversión sádica y reprimida hacia las mujeres feas y hacia la Mujer Que Miente en general.[29]

El a veces poeta y crítico (y más a menudo amargado y borracho) Brian Howard tampoco dejó lugar a dudas sobre lo que pensaba cuando le escribió a un amigo desde el Hospiz der Berliner en octubre de 1927:

> Estoy muy deprimido y solo. Odio Berlín con todas mis fuerzas, tanto que voy a regresar a casa muy pronto. Es insoportablemente feo y bastante espantoso [...]. No sé dónde están las cosas, no tengo dinero y este hotel es abyecto [...]. Cuando llegué, estaban cantando himnos. Nadie habla y consideran un ultraje el hecho de que fume [...]. El Unter den Linden es horrible. Todo es ruidoso, vulgar, comercial y está lleno de gente. Los autobuses van a más de ochenta kilómetros por hora y son verdaderas trampas mortales [...]. La vida homosexual de Berlín es fantástica desde el punto de vista de un psicólogo, pero muy aburrida para un ser humano. Dios, me siento tan solo.[30]

Un par de años más tarde, el compositor americano Paul Bowles (cuyo apellido Isherwood tomó prestado para el personaje de Sally Bowles en *Adiós a Berlín)* escribió: «He llegado a la conclusión de que Berlín es el lugar menos entretenido que he visto jamás. Es sinónimo de estupidez. No me importaría no volver a ver esta ciudad después de hoy [...]. Es difícil dejar atrás su pesado abrazo, que pende sobre uno como una amenazadora espada de Damocles. Berlín no es una ciudad hermosa».[31]

No era solo la fealdad de la capital lo que despertaba la censura extranjera. Eddy Sackville-West vivió en Dresde con una familia de clase media en su cómoda residencia de clase media, «grande, construida con despilfarro y horrenda». Reconoció que la familia que lo había acogido era muy amable con él y que hasta empezaba a sentirse «discretamente feliz», pero le irritaba el hijo, que «solía aplaudir cuando entraba en una habitación, lo cual es enloquecedor en sumo grado. Y, además, es feo y tiene granos».

Aunque los británicos como Sackville-West creían que al huir a Alemania habían abandonado sus raíces de clase alta, en realidad (excepto Isherwood y Auden) eran incapaces de desprenderse de su profundo sentido de superioridad cultural. Tom Mitford, que era el único hijo de lord y *lady* Redesdale y un germanófilo entusiasta, le escribía a su primo Randolph Churchill desde Austria para contarle las ventajas de coincidir con «los de nuestra clase» en un viaje, «pues sé lo terrible que puede ser a veces convivir estrechamente con una familia de clase media, por muy agradables que sean».[32] Como decía Eddy: «¡Qué poco me gustan los extranjeros, *sean los que sean,* en comparación con un inglés, *válgame Dios!*».[33] La conferencia que dio Harold Nicolson en la Universidad de Berlín (en aquel entonces trabajaba en la Embajada británica) dejaba traslucir no poco de esa sensación, tal como describía la esposa del embajador británico, *lady* Rumbold:

> Dio una charla en inglés de lo más entretenida en la universidad ayer, donde comparó los caracteres tan distintos que tienen ingleses y alemanes. Lo dijo todo medio en serio y medio en broma, y creo que los estudiantes se sorprendieron un poco y no supieron muy bien cómo tomárselo. A nosotros nos pareció divertidísimo. Su descripción de los ingleses, de su curiosa timidez, que no se da en ninguna otra nacionalidad, se ajusta muy bien a la realidad. El inglés protege de manera instintiva esa sensibilidad especial al desarrollar una especie de caparazón protector en forma de una actitud especialmente amable, y un código de «educación» que a veces se manifiesta en un aire de superioridad para con los extranjeros; y en realidad todo es para disimular su timidez. Harold dice que los ingleses y los alemanes *jamás* se entenderán.[34]

Sin embargo, estaba claro que después de invitar a los Nicolson y a los Woolf a tomar el té en su casa de Berlín, Harry Kessler había entendido a sus invitados ingleses a la perfección: «Leonard Woolf, inteligente e imaginativo, es un manojo de nervios que tiembla en cuanto abre la boca [...]. Virginia Woolf es la típica encarnación de la clase media-alta, del mejor tipo, hija de un profesor universitario, mientras que la señora Nicolson [Vita Sackville-West] es una aristócrata de manual, gran dama,

esbelta y muy elegante, de maneras educadas y movimientos calculados y con estilo, una persona que jamás ha experimentado el menor embarazo o percibido que existiera ninguna barrera social».[35] Del propio Harold Nicolson, Kessler escribió que «es una personalidad entretenida, pero en cierto modo no me gusta, sin poder decir exactamente por qué».[36] Ninguna de las invitadas de Kessler se sintió a gusto en Berlín. Vita, quien, según *lady* Rumbold, tenía «unas manos y unos pies enormes, tanto que resultaba imposible no fijarse en ellos», pasó allí el menor tiempo posible durante el destino de su marido en la Embajada británica, mientras que Virginia declaró que la ciudad era «un horror» y que jamás volvería a visitarla.[37]

En su libro *The Dark Valley,* Piers Brendon resume por qué Berlín ofendía tanto a la intelectualidad: «Berlín, con sus calles grises y rectas bautizadas con nombres de héroes nacionales y sus monótonas plazas cuadradas llenas de estatuas de generales olvidados, parecía más un monumento al espíritu prusiano que el nacimiento de una nueva Babilonia».[38] Y era cierto que, aunque de noche la capital se ganaba la reputación de una Sodoma moderna, de día su aspecto tenía más en común con una *Hausfrau* alemana tradicional.

Tal vez los extranjeros despreciaban el aspecto imperturbable de las generaciones más antiguas de Berlín, pero también les impresionaba la modernidad de Alemania, caracterizada por una profusión de desnudos (que no estaban ni mucho menos confinados en los clubs nocturnos) y que eran una expresión de lo más excitante. El sano vigor de los jóvenes semidesnudos con los que se cruzaban cuando iban a dar largos paseos por el campo o mientras tomaban el sol en las piscinas no tenía paralelismo alguno en sus países de origen. La visión de dos parejas jóvenes que jugaban a la pelota en los bosques cerca de Berlín encantó a la novelista británica y defensora de los derechos de la mujer Cicely Hamilton, quien pasó varios veranos viajando por toda Alemania durante los últimos años de la República de Weimar:

> Los dos hombres del grupo solo llevaban unos pantalones. De las chicas, una llevaba pantaloncitos cortos, o más bien la parte de abajo de un bañador, y arriba una *brassière* o sujetador; entre ambas prendas se veía claramente una notable parte de su diafragma. Mientras que la otra, ágil

> y delgada, se contentaba con llevar puesta solamente la parte de abajo y estaba desnuda de caderas hacia arriba. Tanto a ellos como a ellas no les causó el menor rubor que los espectadores que pasaban por ahí los vieran.[39]

La pasión por desnudarse no era ninguna moda de minorías, sino que la practicaban los alemanes de todas las clases sociales. A los visitantes extranjeros les llamaba la atención ver cuadrillas de obreros del ferrocarril o campesinos y granjeros con los cuerpos morenos desnudos hasta la cintura. Y, como un viajero señaló, «en Alemania jamás verán a un jardinero podando el césped enfundado en un grueso abrigo, con pantalones de lana y un sombrero hasta las cejas, como me sucedió el segundo día tras mi llegada a Inglaterra, en verano».[40]

A Auden, Isherwood y Spender les gustaba pasar las vacaciones en Rügen, una isla del Báltico, en compañía de varios muchachos. Allí, en las largas playas de arena, los bañistas desnudos que tomaban el sol se contaban por centenares. Spender describía cómo los chicos «que se habían puesto morenos como madera de caoba caminaban entre gente de piel más pálida, como reyes entre cortesanos», y añadía que «el sol curaba sus cuerpos de los años de la guerra y los hacía conscientes de la temblorosa y palpitante vida de sangre y músculos que cubría sus espíritus exhaustos como la piel que forra a los animales».[41] Incluso Arístides Maillol, que, como francés y escultor, debía de estar acostumbrado a los cuerpos desnudos, se quedó asombrado ante el despliegue de cuerpos sin ropa que le recibió en una piscina al aire libre de Fráncfort. Su anfitrión, Harry Kessler, le explicó que formaba parte de una nueva actitud frente a la vida que se había desarrollado después de la guerra. «La gente quiere *vivir* de verdad, en el sentido de disfrutar de la luz, del sol, de la felicidad y de la salud de sus cuerpos. Es [...] un movimiento masivo que ha sacudido a toda la juventud alemana».

La necesidad de sol y de luz también se reflejaba en la arquitectura contemporánea. Maillol se sintió especialmente impresionado por Römerstadt, el experimento de residencias sociales de Fráncfort. *«C'est la première fois que je vois de l'architecture moderne qui est parfaite. Oui, c'est parfait, il n'y a pas une tache».* [Es la primera vez que veo arquitectura moderna que es perfecta. Así es, no tiene el menor defecto].[42] En consonancia con las

necesidades y aspiraciones de la nueva generación, el arquitecto Ernst May construyó las casas de Römerstadt basándose en principios igualitarios, por lo que quiso asegurarse de que todos los ocupantes disfrutasen del mismo acceso a la luz del sol y al aire fresco. De igual modo impresionada por los modernos edificios alemanes, Cicely Hamilton se maravilló ante las paredes de cristal de la Dessau Bauhaus de Walter Gropius, que trajo consigo el culto de la luz en el lugar de trabajo. A los turistas que llegaban a Hamburgo, decía, ahora los llevaban directamente a la Chilehaus (un ejemplo asombroso de diez pisos del *Backsteinexpressionismus,* o expresionismo en ladrillo) en lugar de ofrecerles el típico paseo por el pintoresco barrio medieval de la ciudad.[43]

A Geoffrey Cox, un joven neozelandés a punto de entrar en la Universidad de Oxford con la beca Rhodes, también le inspiró el nuevo y moderno enfoque. Tras visitar la exposición de Berlín «Sol, aire y una casa para todo el mundo», le escribió a su madre desde Heidelberg: «Lo más admirable de Alemania hoy en día es la emergencia de un nuevo tipo de persona. Están por todas partes: morenos, vestidos con ropa sensata y con un físico envidiable. Hay muchísimos clubs de ejercicio físico y sociedades de bañistas, y siempre se organizan iniciativas para que la gente esté en el exterior, en la naturaleza». Proseguía alabando la manera en que se vestían los ciudadanos:

> Son mucho más sensatos que en Nueva Zelanda. Los hombres llevan camisas cómodas e informales, a menudo sin corbatas, y tampoco les hacen ascos a los pantalones cortos. Muchas de las chicas no llevan medias, solo calcetines. Uno puede ir a la moda en Berlín con una camisa de cuello abierto y pantalones de franela gris. Y, además, les gustan los colores vivos: hasta los hombres llevan camisas amarillas y azules. Yo mismo llevo puesta una ahora, elegante y cómoda. ¡Y barata![44]

La recién descubierta libertad no estaba confinada solo a los hombres. Según la periodista Lilian Mowrer (esposa de Edgar Mowrer, el corresponsal en Berlín del *Chicago Daily News),* una mujer podía hacer lo que se le antojara en la Alemania de Weimar. Con treinta y seis mujeres en el Reichstag, Alemania podía alardear de ser el país con más mujeres en el Parlamento y, al menos en teoría, las mujeres

eran libres de elegir la profesión que quisieran. Mowrer cuenta que había ingenieras eléctricas, constructoras de maquinaria y hasta carniceras que sacrificaban animales: «Margarethe Cohn era capaz de acabar con un ciervo asestándole un único golpe de mazo».[45]

Pero, aparte de todos los extranjeros que viajaban a Alemania deslumbrados por el sexo, el sol y la promesa de un nuevo mundo feliz, había muchos que solo acudían en busca de casitas tradicionales, calles adoquinadas, bandas de música y cerveza. En el diario de Emily Pollard no se mencionan las delicias de la vanguardia, los travestis, el *jazz* o el baile de la banana de Joséphine Baker, y es muy probable que tampoco oyera hablar de Max Reinhardt, Bertolt Brecht o la Bauhaus. Su relato de viaje nos recuerda que gran parte de la Alemania de Weimar permaneció incólume a la modernidad liberal que ha llegado a ser el símbolo de sus quince años de existencia. En Hildesheim, los habitantes locales miraban a Emily y a su amiga Marge con curiosidad indisimulada, pues no estaban nada acostumbrados a ver a turistas norteamericanas. Emily describe a las mujeres, vestidas con los trajes tradicionales, zuecos y delantales de color azul oscuro, y recuerda que ella y Marge se enamoraron perdidamente de las estrechas callecitas y de la ciudad con «setecientos edificios medievales». «En muchas ocasiones sentía que no podía dar ni un paso más, pero la visión de un nuevo grupo de casas medievales hacía que me olvidara de lo cansada que estaba».

Emily y Marge también se alojaron en Goslar, en el macizo del Harz, donde coincidieron con un grupo bastante grande de jóvenes *Wandervögel* ('excursionistas').

> Los niños y niñas, con sus mochilas a la espalda y los bastones en la mano, así como los estudiantes más mayores, parecen disfrutar muchísimo con esta actividad en plena naturaleza. El coche aún no los ha echado a perder. Los bastones están cubiertos con insignias plateadas. Cada pueblecito tiene las suyas, y los niños las añaden a su bastón a medida que los visitan. La cantidad que llevaban dejaba claro quiénes eran los veteranos y quiénes salían por primera vez de excursión.[46]

Para cualquier extranjero que viajase por el campo a finales de la República de Weimar, un encuentro con los jóvenes participantes

de la *Jugendbewegung* (el Movimiento Juvenil) era casi inevitable. A los extranjeros les impresionaba verlos. ¿Qué mejor manera había de insuflar patriotismo, espíritu de equipo y un sano amor por la naturaleza a las nuevas generaciones? Los hostales baratos donde los excursionistas pasaban la noche eran modelos de orden, limpieza y sencillez; cualidades básicas y esenciales en la percepción nacional de lo que significaba ser un «buen» alemán.

Sin embargo, si se analizaban esos movimientos juveniles con un poco más de detenimiento, resultaban no ser tan inocentes como parecían. Cicely Hamilton daba la voz de alarma cuando escribía: «Hay un peligro en los Movimientos Juveniles que puede resumirse en una sola palabra: política». Se había dado cuenta muy rápidamente de que la mayoría de esos grupos eran organizaciones juveniles que dependían de sociedades religiosas o de partidos políticos, cuya intención era adoctrinar a los jóvenes con su variante particular de sectarismo. «Algunos de esos jóvenes —destacaba Hamilton— se inclinan por la política que propugna su organización a una temprana edad, y lo hacen con fervor». En sus paseos de fin de semana se encontraba a menudo con «grupos de pequeñuelos, que no deberían saber nada de política, y que avanzan por los bosques en formación casi militar con una bandera roja abriendo su desfile». No eran solamente los jóvenes comunistas quienes la inquietaban. «Los "camisas pardas" son el ejemplo más destacado de jóvenes entrenados para pensar en términos políticos», observó, y añadió que «no son un ejemplo negativo. Sus doctrinas quizá sean peligrosas y sus métodos, provocativos, pero los muchachos en sí (hasta donde he visto) tienen un aspecto sano y muy estimable». Seguía informando a sus lectores de que «los "camisas pardas" son una rama del partido nacionalsocialista obrero alemán, un nombre que, como es demasiado largo para utilizarlo cada día, por suerte se ha reducido a la denominación más breve de "nazi"».[47]

Capítulo 4

«El caldo de cultivo»

A Emily Pollard le gustaban los alemanes. Apreciaba su educación y su diligencia; disfrutaba de su gastronomía e incluso aprendió a apreciar los edredones de plumas («no parecen saber que existen las mantas, quizá no tenían en la Edad Media»). Y, aunque frecuentaba más las tiendas que las exposiciones de arte expresionista, no era inmune a los nuevos tiempos, y se daba cuenta de que «Alemania está más avanzada que nosotros en su adopción de lo moderno», un punto de vista que confirmó al visitar el aeropuerto de Tempelhof, en Berlín. Anteriormente se había utilizado para los desfiles del ejército prusiano, pero hacia 1930 se había convertido en el principal aeropuerto del mundo: unos cincuenta aviones procedentes de todas las capitales europeas aterrizaban allí cada día. El aeropuerto era una de las principales atracciones turísticas de Berlín y, mediante el pago de una pequeña suma, cualquier persona podía entrar y quedarse tanto tiempo como quisiera. «Grandes multitudes se reúnen allí para sentarse en pequeñas mesas y comer y beber acompañadas del ruido de los motores»,[1] observaba Emily. El lugar también cautivó a Cicely Hamilton. «Siempre sucede, o está a punto de suceder, algo; ¡un monstruo nuevo y encantador que se abalanza al encuentro del viento o una llegada que desciende del cielo, procedente de quién sabe dónde!».[2]

Dos años antes, Tempelhof había sido escenario de una novedad cuando John Henry Mears y Charles Collyer aterrizaron su monoplano de motor único en la pista de aterrizaje, e interrumpieron brevemente el viaje con el que se habían propuesto romper el récord de la circunnavegación más rápida del mundo, una hazaña que al final lograron cumplir. Se habían perdido en la gran extensión de campos de cultivo llanos al oeste de Berlín en su trayecto a la ciudad, por lo que habían decidido que su única opción era aterrizar y preguntar dónde estaban:

> De repente oímos gritos y vimos que un campesino de cara rubicunda corría hacia nosotros y agitaba los brazos. Tras él venían tres niños, rubios y gordos, que también gritaban. Y luego dos niñas, que chillaban con voces infantiles y excitadas, con los delantales al vuelo y las coletas amarillas saltando a sus espaldas. Una bandada de ocas se paseó pomposa y apresuradamente desde el corral, y sumó sus gritos estridentes a los del clan de teutones.[3]

Como iban a contrarreloj, los hombres solo se quedaron unas pocas horas en Berlín, pero fue tiempo suficiente para que Mears se fijara en los anchos paseos, «tan limpios como la cocina de una ama de casa alemana», y en los policías, «elegantes y dignos como oficiales del ejército». Tras un vigorizante desayuno compuesto de huevos y jamón en el hotel Adlon y grandes jarras de cerveza negra espumosa, totalmente helada, despegaron de Tempelhof con doce horas de retraso, saludaron al público con un breve descenso y se dirigieron a Rusia. Alcanzaron Nueva York el 22 de julio de 1928. Habían batido un récord: su viaje duró veintitrés días, quince horas, veintiún minutos y tres segundos.[4]

El aeropuerto de Tempelhof, que simbolizaba tan bien el nuevo espíritu de Weimar, a menudo era el punto de entrada de las decenas de visitantes que se arremolinaban cada año en la Embajada británica. Además, tras la llegada de *sir* Horace y *lady* Rumbold a Berlín en septiembre de 1928, el número de visitantes fue en aumento, lo cual no era de extrañar. Se trataba de una localización muy cómoda desde la que explorar la ciudad o planificar más viajes por toda Alemania. A Ethel Rumbold le impresionaba su nueva residencia, «con cinco salones, sala de baile y un dormitorio que era "verdaderamente colosal"». Pero no le gustaba «la horrorosa escalera iluminada por altísimas lámparas de cobre con *globos de cristal* blancos que llegaban hasta la parte más elevada». Para su sorpresa, descubrió que los alemanes eran discretos y callados, y no encontró ni rastro de «su antigua arrogancia»; de hecho, «contrastaban de forma agradable con los franceses, los belgas y los españoles».[5]

La duración del destino de *sir* Horace era de cinco años y, a medida que el panorama político se oscurecía, para muchos visi-

tantes llegó a representar un reconfortante recordatorio de lo que significaba ser británico. Un invitado lo describió como un hombre «con el rostro redondo y rojizo de un bebé, un monóculo de mentira y una expresión intensamente estúpida, tras la cual ocultaba con verdadera perfidia británica un cerebro afilado como un bisturí».[6] Después de conocer a la familia en la estación de ferrocarril, Harold Nicolson le escribió a su esposa que «Rumbie, la señora Rumbie, la señorita Rumbie y el señorito Rumbie [...] salieron del tren en fila india, cada uno con una novela de John Galsworthy en la mano. Jamás he visto nada de aspecto tan inglés, sólido y decente».[7] *Lady* Rumbold, hija de un diplomático y sobrina de lord Lonsdale, había nacido para ser la esposa de un embajador. Cálida y divertida, era capaz de cautivar a todo el mundo. Cuando llegaron a Berlín con su hija de veintidós años, Constantia, su hijo Anthony (a quien también habían destinado al Foreign Office) estaba a punto de entrar en Oxford.

El primer acto social de los Rumbold fue «una cena tranquila para treinta invitados» en honor al líder del Partido Laborista, Ramsay MacDonald. Los criados vestían libreas de color negro y plata («más discretas que las rojas y doradas») mientras que la mesa estaba suntuosamente decorada con vajilla de oro y claveles rosas. La lista de invitados incluía a Albert Einstein y a los Oswald Mosley («ella estaba preciosa, ¡y no parecía para nada laborista!»).* La «deslumbrante» *lady* Drogheda también se encontraba allí, así como lord Curzon. Pero fue el canciller Hermann Müller† por quien *lady* Rumbold se interesó realmente. «Es la cosa más alemana que uno pueda imaginar —le dijo a su madre—, corpulento, gordo, enorme, con una gran cabeza cuadrada y el consabido pliegue de grasa en el cogote, ¡casi *típico!* Pero es un placer hablar con él, pues es encantador, natural y sin dobleces».[8]

Dos días antes, Ramsay MacDonald («un individuo muy atractivo, guapo y *distingué*») se había dirigido a un Reichstag a rebosar. Era el primer extranjero que lo hacía. «El presidente del Parlamento lo presentó como el hombre que había defendido la neutralidad británica al principio de la guerra, lo cual me *enfureció* —informa-

* Su nombre anterior era *lady* Cynthia Curzon, la segunda hija del primer lord Curzon. Murió de peritonitis en 1933.

† Hermann Müller (1876-1931) fue canciller en dos ocasiones: en 1920 y de 1928 a 1930. Fue uno de los firmantes alemanes del Tratado de Versalles.

ba *lady* Rumbold con indignación—, pero, aparte de eso, todo fue como una seda, y habló más del futuro. Fue *extraño* estar allí con un partido de bolcheviques sentado a nuestras espaldas. Y, por si fuera poco, ¡yo estaba de luto por la emperatriz rusa!».[9]

Algunos invitados se quedaban demasiado tiempo. «*Aún* tenemos a un miembro del Parlamento alojado en casa —se quejaba *lady* Rumbold unos meses más tarde—. Vino para pasar un par de noches, ¡y lleva aquí ocho! Es agradable, pero, *aun así,* es un poco indiscreto quedarse tanto tiempo».[10] El político en cuestión era el conservador por Chippenham, Victor Cazalet, de treinta y dos años, que, felizmente ajeno a la irritación de su «encantadora anfitriona», anotó en su diario que jamás había pasado una semana tan deliciosa. Justo antes de su llegada a Berlín el 5 de enero de 1929, había sido invitado en casa de los Bismarck:

> Una casa muy cómoda (aunque fea), con mucha agua caliente. Está a unos treinta kilómetros de Hamburgo, en mitad de enormes bosques. Somos dieciocho en la casa. Austríacos, alemanes y suecos. Estos últimos son encantadores. Divertidos y muy sencillos. Me encantaron. Todo el mundo habla inglés. Comimos lo que suele cazarse por aquí: pastel de carpa, liebre... No era muy apetitoso. La mayor parte de la propiedad se compone de bosque; en Alemania son bastante rentables. El jueves iremos a una cacería de liebres y faisanes.

Al día siguiente cazaron ciervos y jabalíes:

> Después de comer, una inspección prusiana típica examinó nuestras bolsas. Tras la cena, colocan a los animales frente a la casa y encienden antorchas. Entonces, todos salimos a mirarlos y los músicos tocan, se crea un ambiente muy formal. La corneta marca el ritmo. El jefe de los guardabosques es un tipo enorme, una especie de agente de la finca. Llevaba binoculares y nos saludó con cortesía a medida que nos iba colocando en cada sendero.

La visita obligada al museo y a las dependencias privadas del Canciller de Hierro no impresionaron a Cazalet: «Todo era muy muy feo. Increíble e inolvidablemente feo». Para un entusiasta incon-

tenible como el joven parlamentario, una cacería prusiana debía de ser una experiencia sorprendente, pero, de todos modos, se sintió aliviado cuando tomó el tren de la 1.33 hacia Berlín, en dirección a la comodidad de la Embajada. Una vez en la capital, lo primero que le llamó la atención fue la amabilidad que los alemanes mostraban hacia los británicos. «Nadie parece sentir ninguna hostilidad. Casi todo el mundo está encantado de verte y de hablar sobre la guerra».[11]

Sin duda, el duque de York (y más tarde rey Jorge VI) no se topó con la menor hostilidad cuando, en marzo de 1929, se convirtió en el primer príncipe británico que visitaba Berlín desde la guerra. Él y la duquesa se alojaron brevemente en la Embajada de camino a la boda del príncipe heredero Olaf, en Noruega. «La pequeña duquesa nos ha robado el corazón —escribía *lady* Rumbold—. Es una perla valiosísima. Tan linda, tan dulce, de sonrisa tan hermosa, sin aspavientos y con mucha dignidad».[12] La visita se prolongó inesperadamente cuando un retraso ferroviario obligó a la pareja real a quedarse una noche y un día adicionales. A *lady* Rumbold no le molestó lo más mínimo. «No querían visitar la ciudad ni ir a la iglesia, así que, después de una mañana apacible, los llevamos al club de golf de Wannsee con Harold Nicolson. Por suerte, el príncipe no estaba comiendo allí»,[13] le comentó a un amigo, sabedora de que un encuentro accidental entre el exprincipe real alemán y sus primos reales británicos habría causado un incidente diplomático de lo más embarazoso. El día anterior, el duque y la duquesa habían visitado el Schloss, la antigua residencia del káiser:

> Incluso vieron su diminuta habitación, que casi nunca se muestra, y que tenía un aspecto bastante trágico, abarrotada de cosas y con el papel de la pared desgastado. Era bastante pequeña y oscura, con un vestidor igualmente pequeño al lado, y daba a un patio. En su estudio está la famosa mesa sobre la que firmó la orden de movilizar al ejército el 1 de agosto de 1914. El escritorio está hecho de madera del The Victory, y el enorme tintero es un modelo del barco, con la famosa frase de Nelson «Inglaterra espera, etcétera» escrita en banderas de colores. ¿No es curioso?[14]

Al reflexionar sobre la naturaleza transitoria del imperio, el duque se sintió deprimido por lo que vio. «Le parecía terriblemente triste —escribía *lady* Rumbold—, y no dejaba de hablar de cómo todo había cambiado tanto en un espacio tan breve de tiempo y a nadie parecía importarle. Y es cierto; parece muy frío. ¡Los Hohenzollern ahora solo son historia!».[15]

Sin embargo, el destino de los Hohenzollern seguía fascinando a los extranjeros a pesar de su obsesión con la modernidad de Berlín. Como Cazalet decía en su diario, «Berlín es una ciudad interesante. Cuadros excelentes y mucha vida. Muy cara. Gente interesante. Tres óperas públicas cada noche y todo el aforo lleno. Las obras de teatro son excelentes, los cines también muy buenos. Vi dos películas bolcheviques, fotografía de primera clase y propaganda infumable. ¡Qué tiempos estos!».[16]

Como muchos visitantes, le asombraba la calidad y diversidad de las artes de la Alemania de Weimar. En 1927, Eddy Sackville-West había optado por vivir en Dresde porque sabía que podía ir a un «concierto maravilloso» o a una ópera distinta cada noche. Cinco de las óperas de Richard Strauss se estrenaron en la ópera de Dresde, entonces una de las mejores de Europa. El 12 de abril de 1929 se canceló el programa previsto para dar paso a una interpretación de Yehudi Menuhin, que en aquel momento tenía doce años. Esa noche tocó los conciertos de violín de Bach, Beethoven y Brahms frente a un público extasiado. «El feliz entusiasmo de los asistentes, que llenaban hasta la última butaca, reverberaba en el gran teatro», escribió el *Volkstaat*. La semana anterior, Yehudi había tocado en Berlín con la Orquesta Filarmónica bajo la dirección de Bruno Walter, con idéntica reacción del público. «Un chiquillo rubio y regordete sube al escenario —escribía un crítico—, y se gana de golpe todos los corazones de una manera irresistiblemente absurda, andando como un pingüino que coloca un pie tras el otro. Pero esperen, porque dejarán de reír en cuanto ponga su arco en el instrumento para tocar el concierto de violín en E mayor número 2 de Bach».[17]

Henry Goldman, el banquero neoyorquino que le había regalado a Menuhin su violín (el Stradivarius Príncipe Khevenhüller), había acudido especialmente desde Nueva York para asistir al concierto.

El *Berliner Morgenpost* informaba de que el público, «entre ellos Einstein, Max Reinhardt, y todos los poetas y músicos de Berlín, abrumó al talentoso Yehudi con un huracán de aplausos». Después, Einstein, supuestamente con lágrimas en los ojos, se reunió con el prodigio norteamericano entre bambalinas. «Mi querido muchacho, hace muchos años que no tenía el privilegio de recibir una lección como la que usted me ha enseñado esta noche».[18] Pero el río de entusiasmo que se rendía a los pies del joven genio judío solo disimulaba brevemente el persistente avance de los tambores del antisemitismo. Aunque todavía era una figura política periférica a finales de la década de 1920, ahora Hitler criticaba a los músicos judíos con regularidad. Para Bruno Walter, el director de la orquesta con la que tocaba el joven Yehudi esa noche, ya había empezado la cuenta atrás.

Las entradas de ópera y de conciertos musicales no eran baratas, pero, a juicio de Lilian Mowrer, las obras de teatro eran tan «monstruosamente» caras que se hizo crítica teatral para una revista de Londres a fin de poder ver tantas como le placiera. Pronto llegó a la conclusión de que los alemanes no solo eran los europeos que más iban al teatro, sino también los de gustos más refinados, aun si su aspecto era burgués en comparación con los elegantes asistentes a los teatros de Londres y París. Mowrer contó más de cien ciudades que disponían de una compañía de teatro propia y treinta con una ópera permanente, un legado feliz de los días anteriores a la unificación, cuando «Alemania» consistía en treinta y ocho Estados soberanos y cuatro ciudades libres. A Mowrer le gustó mucho la escenografía alemana. «La mera mecánica de los cambios de escena es prodigiosa; un escenario desaparece por completo de repente o se disuelve en la oscuridad mientras las nuevas escenas y los actores surgen elevados por ascensores o descienden de las alturas»[19]. Para aquellos intelectualmente inquietos, había obras de autores como Hauptmann, Wedekind, Bronnen y Brecht («el de aspecto degenerado»),[20] además de los últimos estrenos musicales de Schoenberg, Hindemith o Richard Strauss. La arquitectura de la Bauhaus, el expresionismo, el dadaísmo y las mordaces caricaturas de George Grosz eran perturbadoras y también estimulantes. Como decía Mowrer, «en Alemania, uno se sentía intensamente vivo».[21]

También el cine contemporáneo alemán era emocionante, y los visitantes extranjeros ansiaban ver las instalaciones de Univer-

sum Film AG (los estudios de la UFA, donde en 1929 se rodaba *El ángel azul).* En una pausa de su habitual ronda de deberes diplomáticos, *sir* Horace y *lady* Rumbold pasaron un día en el rodaje de la película, donde se fotografiaron con Marlene Dietrich. También presenciaron la filmación de una espectacular producción de ambientación rusa, donde cien o más cosacos a caballo «avanzaban sobre Petrogrado». «Los extras eran todos rusos *de verdad,* para que se ajustaran al modelo correcto —informó *lady* Rumbold a su madre—, y también un general ruso de verdad lideró las tropas, con lo que se ganó veinticinco marcos al día, algo por lo que estaba muy agradecido». Sin embargo, añadió, como la nieve era en realidad sal y cuanto había en el escenario era más bien roñoso, «a uno se le hacía bastante difícil mantener la ilusión».[22]

Brenda Dean Paul, miembro de los «jóvenes brillantes» londinenses, pertenecía al ejército de actores y actrices que aspiraban a encontrar fama y fortuna en la UFA. Su carrera interpretativa resultaría ser un desastre, pero dejó un vívido recuerdo de las pocas semanas que pasó en Berlín persiguiendo su sueño. Un joven agregado de la Embajada británica acompañó a Brenda por la vida nocturna de Berlín. Al cabo de unos días había conocido al príncipe Lexy Hochberg de Pless, a Max Reinhardt y a Conrad Veidt, el actor más popular de Berlín. Su «día habitual» era como sigue:

> Me levanto a eso de la una, y como la comida es bastante tarde (al estilo alemán), voy a Robert's, en Kurfürstendamm, generalmente después de pasar por Figaro, el famoso peluquero que hay en la misma calle. En Robert's te dan de todo, desde un julepe de menta hasta un guiso complicado con ostras. Te sientas en la barra y seguro que ves a los famosos del teatro y del cine. Hacia las tres o las cuatro termino de comer y me voy a bailar al Eden o al Adlon. ¿Te imaginas bailar en Londres a la hora del té? Qué espectáculo más absurdo sería. Pero en Berlín es lo que hace todo el mundo y está de moda. Luego cócteles en el club Jockey hasta las siete o las ocho, cuando Berlín se retira a descansar antes de la cena, que suele ser a las diez de la noche. Horscher es uno de los restaurantes que suelo frecuentar, porque soy muy codiciosa. Es el paraíso del *gourmet.* Solía ser una residencia privada y muy

> suntuosa, y conserva la atmósfera eduardiana del *grand luxe,* con paredes forradas de tela bermeja y mesas dispuestas en forma de herradura a lo largo de las paredes de lo que antes era una antigua biblioteca [...]. Si alguien se ríe o habla demasiado alto, lo fulminan con miradas pétreas. No es exactamente un lugar donde comer y departir, sino más bien un rito religioso [...]. Cuando no ceno en Horscher, me voy a Neva, el famoso restaurante ruso [...]. Luego, hacia las once o las doce, volvemos a ir a bailar, y es cuando la velada empieza de verdad.[23]

La parte más seria de la noche tenía lugar después de las doce, en los caros clubs nocturnos de estilo muy diferente al que frecuentaban Auden, Isherwood y Spender. Loelia Ponsonby (más tarde duquesa de Westminster) miraba «boquiabierta» a la «deslumbrante rubia con hoyuelos» que estaba sentada en la mesa de al lado en Eldorado y que «en realidad era un sargento de la caballería ligera polaca». Y después de visitar un club que se anunciaba con el cartel de «Baile solo para caballeros», comentó que los «hombres de mediana edad con atuendo deportivo que bailaban el tango juntos solemnemente, mejilla contra mejilla, parecían caricaturas de los padres alemanes tradicionales, y no había manera de tomárselos en serio».[24] Su amiga, Constantia Rumbold, de veinticinco años, describió la vida nocturna de Berlín y citó una serie de locales de moda, incluido el Beguine: el primero del conjunto de bares de negros que empezaban a aparecer en la ciudad.

> Es una galería en penumbra, iluminada con lámparas rojas y que huele a metro. Al final hay una puerta entreabierta. Más allá se oye el ritmo sordo de un tambor y la cacofonía mezclada de un saxofón. Un delgado rayo de humo azul y las mesas muy juntas. Hay estudiantes, millonarios, hombres de negocios y artistas, y se codean con las modelos y las mujeres de la noche. Con los ojos entrecerrados, drogados por la música, se balancean rítmicamente y sin decir nada en la pista de baile. Hay una negra cantando, gorda y con un vestido de satén de profundo escote [...]. Las luces se atenúan todavía más y empieza a cantar mientras marca el ritmo con el pie. Canta cada vez

> más rápido, con más fuerza, su voz se hace más penetrante [...] mientras su cuerpo lleno de grasa se contorsiona y gira en espasmos de agonía y ella levanta los brazos con frenesí, chillando casi, «*everybody noo wot was trubblin' her, crying for de Carolinas*». Hay un aplauso ensordecedor. Canta una y otra vez, y su voz intensa y aterciopelada se desliza por la sala en un gemido lastimero mientras su cuerpo sigue moviéndose.

Pero la noche todavía no ha terminado. La guinda del pastel para los «veteranos juerguistas» es sopa de pollo y salchichas calientes en el Künstler ('el rincón del artista'), oculto en una calle secundaria y tranquila. La pesada puerta se abría lo justo al llamar al timbre. Cuando entraba, el visitante cruzaba un patio silencioso antes de bajar unas escaleras de piedra hasta una pequeña habitación subterránea decorada con mesas y bancos sencillos. En un rincón, un hombre ciego tocaba suavemente el piano. «La sopa estaba caliente y deliciosa, la cerveza era rubia y sabrosa, y allí se reunían los artistas y los pintores, los escritores y los pseudointelectuales alrededor de las mesas».[25]

Entonces, el 24 de octubre de 1929, el Jueves Negro, el mercado de acciones de Wall Street se hundió y, con él, las esperanzas de Alemania de una prosperidad sostenida. De hecho, aun antes del hundimiento financiero, se habían dejado ver señales de que el oro de los años «dorados» de Weimar era solo una fina capa de oropel. Stephen Spender recordaba lo mucho que le oprimía la pobreza que había visto en Hamburgo el verano anterior, y añadía: «No me apetece entregarme a mis placeres habituales [...], como si fueran a sumarse a las desdichas corrientes de este país. Antes podía pensar en las hordas de prostitutas como una mercancía, pero ahora solo las veo como carroña, y no me produce el menor placer imaginarme como un buitre extranjero».[26]

Lilian Mowrer afirmaba que había anticipado la crisis. Además de ser crítica teatral, también escribía artículos generalistas y, junto con otros periodistas, la compañía de ferrocarril alemana la invitaba regularmente a visitar lugares menos conocidos del país. Se había quedado atónita ante la «orgía» de gasto público que había visto por doquier:

> Cuando me mostraban las espléndidas construcciones nuevas [...], los espaciosos edificios donde la gente vivía de alquiler, agrupados alrededor de patios arbolados, o las encantadoras casitas unifamiliares de los nuevos distritos residenciales, los comparaba mentalmente con lo que veía en otros países. Las áreas reconstruidas de Francia parecían baratas y miserables al lado de la opulencia alemana.[27]

Pero, como Mowrer pronto comprendió, el error fatal de este «carnaval de gasto público» fue que dependía de los préstamos norteamericanos a corto plazo y, cuando la burbuja estalló y se reclamó el pago de las deudas, las consecuencias para Alemania fueron catastróficas.

Un año después del crac, *sir* Horace reparó en que los ministros del Gobierno ya no celebraban ni asistían a cenas de gala: «No pueden permitirse devolver las invitaciones ni la hospitalidad de los extranjeros, pero es que, además de eso, sin duda temen la impresión que una fotografía de ellos asistiendo a un gran banquete causaría entre los funcionarios cuyos salarios están recortando [...] y las espléndidas fiestas que ofrecían los banqueros judíos, que hasta ahora habían sido habituales en la temporada berlinesa, se han suspendido este año. Todo eso comportará un inmenso beneficio para nuestras respectivas digestiones».[28]

Pronto, la situación de dureza general se intensificó. Spender, por ejemplo, se dio cuenta de que era imposible entrar en una tienda de Berlín sin que los pordioseros se abalanzaran sobre uno. Sin embargo, muchos visitantes franceses se mostraban escépticos y pensaban que los alemanes volvían a escudarse en la crisis económica para no pagar las reparaciones. «Los franceses que vuelven de Berlín no paran de hablar del increíble derroche y del lujo manifiesto que se ven por allí», le dijo el escritor André Gide a Harry Kessler.[29] Y Emily Pollard, mientras cenaba en Goslar el verano de 1930, disfrutó de un «festín para dioses» que incluía seis platos, entre ellos sopa de tortuga y cangrejo confitado.[30]

Sin embargo, Christopher Isherwood, que un año después del crac se alojaba en un suburbio pobre de alquiler con la familia de su novio de entonces, estaba más cerca de la verdad cuando escribía: «He aquí el caldo de cultivo de la historia, frente a nuestros propios ojos, uno que pondrá a prueba la verdad de todas las teorías políticas, igual que cuando uno decide cocinar para

comprobar si lo que aparece en un recetario de cocina funciona. El caldo de cultivo de Berlín rebosa de desempleo, desnutrición, pánico bursátil, odio al Tratado de Versalles y otros ingredientes muy potentes».[31] Es decir, exactamente las condiciones que necesitaban los nacionalsocialistas para convencer a los votantes de que la receta de Hitler de dictadura, odio y patriotismo pervertido era su única esperanza de recuperación nacional.

El 26 de febrero de 1924, cuando Hitler se había puesto en pie en un tribunal de Múnich para hacer frente a la acusación de traición tras su *Putsch* fallido, pocos dudaban de que su carrera política hubiera terminado. Pero apenas dos días más tarde el *Manchester Guardian* informaba de que «Hitler es el héroe del momento. Su defensa llena columnas y columnas en los diarios de la mañana y ha causado una honda impresión». Con un «torrente de emocionalismo histriónico, lleno de espumarajos», el joven de treinta y cuatro años había atrapado la atención de todo el país. Su condena apasionada del Gobierno de Weimar, de los judíos y del Tratado de Versalles encontró eco en los corazones de muchos alemanes, especialmente en el juez que lo condenó a una sentencia absurdamente leve, de solo nueve meses. Pero, cuando el periodista del *Manchester Guardian* asistió al desarrollo del juicio, le sorprendió la aparente falta de motivación de Hitler. «No parece consciente de que está luchando por los desheredados y los oprimidos —escribía—. Conspiró y arriesgó su vida y la vida de los demás sin ningún motivo inteligible». Ni tampoco, añadía, manifestaba la menor señal de interés o ambiciones personales que explicaran por qué había corrido riesgos tan enormes. Aun así, no cabía duda del triunfo que supuso el juicio para Hitler en cuanto a sus relaciones públicas, incluso aunque los nacionalsocialistas siguieran en los márgenes de la política alemana durante los años posteriores a su salida de la cárcel. Sin embargo, fue durante este periodo relativamente tranquilo cuando Hitler se convirtió en el líder incontestable de su partido. Desde ese momento, siempre fue *«Der Führer»*.

Entonces, el 14 de septiembre de 1930, el escenario político cambió drásticamente cuando los nazis obtuvieron 107 escaños en las elecciones federales. El largo periodo de espera había terminado. Y lo que era más: tras haber aprendido su lección después del fracaso del *Putsch,* había logrado su objetivo legalmente. El

barón de la prensa lord Rothermere, que se encontraba en Múnich en ese momento, estaba encantado, pues creía que Hitler había iniciado una nueva era para Alemania. Animó a sus compatriotas a reconocer las ventajas que el fascismo alemán podía ofrecerle a Europa, especialmente en la lucha frente al comunismo.[32] Rumbold tenía más dudas. Informó de ello al rey Jorge V un mes más tarde, el 13 de octubre, después de que el Reichstag se reuniera por primera vez desde las elecciones:

> Estaba en el parlamento cuando los fascistas alemanes entraron con sus uniformes militares prohibidos, que consisten en una camisa parda, pantalones, polainas y la esvástica en el brazo. Uno de los líderes llevaba incluso unos pantalones de golf que no le sentaban particularmente bien. Llegaron al edificio con abrigos que ocultaban sus uniformes, y su entrada podría haber sido orquestada por un Mussolini de cabaret. Pero, aunque sus gestos no son muy dignos y son más bien infantiles, sin duda han logrado despertar un nuevo espíritu en el país que se expresa en un deseo de «avanzar».[33]

A *sir* Horace le parecía que los nuevos políticos nazis estaban simplemente actuando y que el saludo fascista era aún una novedad, incluso para ellos. «Pronto se enfrentaron a los comunistas —le escribió a su madre—, y los dos bandos empezaron a insultarse a gritos de un lado al otro del parlamento. El presidente provisional, un provecto y venerable veterano de ochenta y tres años, no pudo impedir la algarabía, que era al tiempo muy indigna y propia de unos críos».[34]

Más tarde ese día, la violencia se desató en las calles. Profundamente conmocionado, Rumbold le describió a su hijo cómo grupos de jóvenes nazis habían destrozado los escaparates de las tiendas judías, entre ellas los famosos almacenes Wertheim y Tietz. *Sir* Horace no veía ninguna contradicción entre su genuina preocupación ante esa conducta y el casual antisemitismo en el que él y tantos miembros de su clase y su generación caían constantemente. «Estoy indignado ante la cantidad de judíos que hay aquí —le había escrito a su predecesor, *sir* Ronald Lindsay, al poco tiempo de llegar a Berlín—. Es imposible huir de ellos. Estoy pensando en encargar un amuleto de hueso para "espan-

tar el mal de la nariz aguileña", pero me temo que ni eso sería suficiente».[35] Y, al referirse a la «especie de congreso sionista» en el que le invitaron a «conocer a un puñado de hebreos en una cena»,[36] su desdén es indiscutible. Tampoco su esposa, una buena mujer, era inmune al prejuicio: «La verdad es que coincidimos con gente de lo más variada. Ayer tomamos el té con afganos. Hoy lo tomaremos primero con unos judíos llamados Israel (eso no se puede disimular, desde luego) y después con unos turcos. Mañana adornaremos el salón de los persas. ¿Lucy también recibe a gente tan variopinta en Oslo?».[37]

Incluso el economista John Maynard Keynes, autor de *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), que sin dudarlo elogiaba a sus amigos judíos, como Einstein y el banquero Carl Melchior, escribió tras una visita a Berlín: «Pero, si viviera aquí, siento que quizá me convertiría en un antisemita, pues el pobre prusiano es demasiado lento y torpe para el resto de los judíos, que no son demonios, sino diablos serviles con cuernos, horcas y colas aceitosas». Añadía que resultaba desagradable ver una civilización «tan sojuzgada por los feos pulgares de los judíos impuros que poseen todo el dinero, el poder y la inteligencia».[38]

Cicely Hamilton, que era una viajera reflexiva y sin duda no apoyaba a los nazis, reflejaba los puntos de vista de muchos de sus compatriotas cuando trataba de justificar el antisemitismo de los alemanes. Identificaba la envidia como la causa primera del *Judenhetze* ('odio a los judíos'):

> Un pueblo que ha sufrido y que es amargamente pobre ve una raza que asciende y florece sobre las ruinas de su propia fortuna. No es de extrañar que la envidia anide en sus corazones y despierte acusaciones de especulación contra todos los miembros de esa raza. ¿No es acaso porque ha crecido a expensas de las desgracias de los demás que Israel hoy reina sobre el Kurfürstendamm que fue antaño el distrito aristocrático, el Mayfair del Berlín imperial?[39]

Al abordar la «cuestión judía» en su libro *Hitler,* Wyndham Lewis, escritor, artista y cofundador del movimiento vorticista, o, como Auden lo describió, «ese viejo volcán solitario de la derecha»,[40] fue un paso más allá al desechar todo el asunto como un «subterfugio racial»:

> A los anglosajones les diría: no permitan que esos difíciles asuntos les alteren demasiado (aunque decididamente advertiría al rudo teutón que sea educado cuando esté en su compañía). Pero, aun así, permitan que la *Blutsfühl* ('los lazos de sangre') funcione [...] en favor de ese valiente y desgraciado pobre compatriota. No permitamos que el mero detalle de la *Judenfrage* ('la cuestión judía') se interponga en el camino.[41]

Hitler, en cuya portada aparecía una esvástica, era el primer análisis de larga extensión del Führer, y se publicó apenas cuatro meses después de un breve viaje que Lewis hizo a Berlín en noviembre de 1930. La violencia, les dijo a sus lectores, venía totalmente instigada por los comunistas, que también azuzaban a la policía para que disparara a los nazis inocentes.

Lewis asistió a un «encuentro monstruoso» en el Sportpalast donde Hermann Göring, recién elegido al Reichstag, y el genio de la propaganda, Joseph Goebbels, se dirigieron a una multitud de veinte mil personas. «Era algo así como la presión física de una única e inmensa idea indignada», observó.[42] Lilian y Edgar Mowrer asistieron a una convocatoria similar: «Mucho antes de que llegáramos a Potsdarmerstrasse, los piquetes de los camisas pardas detuvieron nuestro taxi, y solo nos dejaron pasar tras examinar nuestra tarjeta de invitación», escribía Lilian. Finalmente les permitieron acceder a la sala, cuyas paredes estaban pintadas de colores futuristas. No solo estaban los veinte mil asientos ocupados, sino que los espectadores también llenaban los pasillos entre las gradas. Y muchos más se agolpaban en la parte de atrás, «como un gran coro». Líneas de hombres uniformados, con botas de cuero y gorras militares, mantenían el orden. «Permanecían firmes, dispuestos a intervenir al más mínimo intento de interrumpir el acto. Su actitud era retadora, desafiante, como si estuvieran en guerra; su expresión era de lo más agresiva. Toda la atmósfera del lugar estaba tan cargada como una central eléctrica».[43] Y, aun después de ser testigos de un acto así, Wyndham Lewis era capaz de escribir que «es esencial comprender que Adolf Hitler no fomenta el ruido de sables».[44] Para hacer hincapié en ello, encabezó uno de sus capítulos así: «Adolf Hitler: un hombre de paz».

Después de su primera gran victoria electoral, los nazis no perdieron ni un segundo en hacer una exhibición de arrogancia y brutalidad. Sin embargo, para muchos observadores extranjeros, también insuflaron un nuevo dinamismo a su país. No era fácil, ni siquiera para un diplomático veterano como *sir* Horace Rumbold, leer las hojas de té políticas y adivinar el futuro. Aun así, estaba convencido, como le dijo al ministro de Asuntos Exteriores, Arthur Henderson, de que, pasara lo que pasara con los nacionalsocialistas, su determinación de mejorar la posición de Alemania tanto nacional como internacionalmente «era una realidad que había llegado para quedarse y sería el acicate de este o de cualquier otro Gobierno alemán en el futuro».[45]

Capítulo 5

El nudo se estrecha

Para cuando llegó la primavera de 1931, tal como Rumbold informaba al Foreign Office, las condiciones de vida en Alemania habían ido de mal en peor:

> Nadie tiene dinero, el precio del pan no se reduce, el desempleo sigue siendo muy alto [...]. La gente no sabe cómo sobrevivirá al invierno. Parece que no tienen nada que perder y ninguna ilusión [...]. Es la falta de esperanza lo que hace que la situación sea tan deprimente y lo que dificulta que Brüning [el canciller]* los mantenga a raya.[1]

El turismo se había visto seriamente afectado, con una caída del treinta por ciento en las reservas de hoteles y otros lugares vacacionales durante el verano de 1930. La Depresión causó problemas similares en toda Europa, pero los alemanes salieron especialmente perjudicados, puesto que, además, soportaban la carga adicional de las reparaciones. Asimismo, el incremento en los viajes a motor privados provocó que en los lugares donde los visitantes solían pasarse una semana ahora apenas se detuvieran unas horas. Pero la mayor amenaza al viaje de placer fue el repentino crecimiento del turismo organizado, pues, aunque las nuevas cocheras (los primeros autobuses) permitían que más gente visitara Alemania, los grupos que transportaban se gastaban menos por cápita que el viajero individual. El sur de Alemania, con sus múltiples destinos turísticos, entre ellos Bayreuth (el hogar del Festspielhaus de Wagner) y Oberammergau, con su mundialmente famosa Pasión, se vio menos afectado que el norte. En Baviera, o así decía el *Observer*, «por precios moderados se disfruta de trayectos

* Heinrich Brüning (1885-1970) fue canciller de 1930 a 1932.

excelentes y de un trato amigable en las alegres casitas pintadas», a diferencia de los «así llamados centros de fin de semana alrededor de Berlín, que nunca se han recuperado de los desagradables efectos de los nuevos ricos en el periodo de inflación».[2] Pero, si el río de turistas extranjeros se ralentizó notablemente a principios de la década de 1930, la innovación alemana, sus conocimientos y su cultura siguieron atrayendo a hombres de negocios, científicos, intelectuales y excéntricos. «A las cuatro en punto llegó Eric Gill* —anotaba Kessler en su diario—, y atrajo instantáneamente la atención hacia su persona en la estación debido a su extraordinario atuendo: medias hasta las rodillas, una especie de capucha negra corta y un pañuelo colorido y estridente».[3]

Desde luego, la Embajada británica no andaba escasa de visitantes. La mayoría recibía una cálida bienvenida, pero no era así para todos. «Aquí estamos divinamente», escribía *lady* Rumbold,

> y muy contentos con el baile de ayer noche, que fue estupendo. Tuvimos probablemente más de seiscientos invitados, ¡así que resultó *maravilloso* salir airosos con una multitud de ese tamaño! De hecho, fue bastante «histórico», pues se trataba de la primera vez que los oficiales navales y del ejército venían desde 1914 [...]. Edgar Wallace fue uno de los personajes que asistió, un horrible hombrecillo de lo más común, con una cara muy desagradable. Pero la gente se emocionaba mucho al conocerlo.[4]

Pero, si bien el creador de *King Kong* disgustaba a *lady* Rumbold (los editores de Wallace afirmaban que, en esa época, una cuarta parte de todos los libros que se leían en Inglaterra los había escrito él), se quedó fascinada ante Amy Johnson, la aviadora de veintisiete años que apenas el año anterior había hecho historia al volar en solitario hasta Australia en su Gipsy Moth, Jason. La que había sido recibida en Sídney como «la mujercita de quien el Imperio se siente tan orgulloso» ahora era una celebridad mundial a su pesar. Para escapar de la presión de la vida pública, llegó a Berlín desde Colonia una noche de principios de enero de 1931, en su viaje de camino a Varsovia, más tarde Moscú y finalmente Pekín,

* Eric Gill (1882-1940) era un escultor y estampador británico, estrechamente relacionado con el movimiento *Arts and Crafts*.

donde pensaba terminar. A pesar de que era invierno cerrado, planeaba volar siguiendo la ruta del transiberiano a lo largo de más de seis mil kilómetros, hasta China. A los Rumbold les parecía el equivalente a un suicidio. «Se ha lanzado al vacío sin hacer el menor preparativo —escribía un incrédulo *sir* Horace—. No habla idiomas excepto el inglés, lleva libras esterlinas y no tiene mapas detallados a escala».[5] La absoluta locura de la misión de Amy despertó los instintos maternales de su esposa:

> Una muchacha *tan* encantadora... No parece fuerte, tiene una voz dulce y suave y una actitud discreta. Estaba terriblemente cansada cuando llegó, y muerta de frío. Se había perdido y había volado durante una hora y media en la oscuridad. A una le entraban ganas de protegerla de sí misma, porque parecía tan jovencita y hasta patética, y *nada parecida* en absoluto a una muchacha de voluntad fuerte y decidida. Tenía un aspecto primoroso en su uniforme de piel verde de aviadora, y de una diminuta maleta extrajo un encantador vestido de tarde de color azul oscuro, su única muda de ropa.

Amy se dirigió a Varsovia a la mañana siguiente con solo un termo de té caliente y un paquete de sándwiches, pero al menos estaba equipada con un casco ruso ribeteado de piel que le había regalado el capellán de la embajada. «Espero de veras que regrese», comentó *lady* Rumbold.*

Unas pocas semanas más tarde, el 9 de marzo de 1931, Charlie Chaplin llegó a Berlín para promocionar su última y más exitosa película muda: *Luces de la ciudad.* «Tu madre no se quedó tranquila hasta que logró conocerlo —le escribió Rumbold a Constantia—, y está noche vendrá a cenar y tocará con nosotros. Seguro que llamaremos mucho la atención».[6] Tenía razón. El clip de noticias de Pathé News informaba de la llegada de Chaplin a

* En una carta de *lady* Rumbold a su madre, el 7 de enero de 1931. Después de perderse de camino a Varsovia, Amy Johnson hizo un aterrizaje forzoso en la niebla. Luego viajó a Moscú en tren, donde tuvo un gran éxito. Jamás alcanzó Pekín, pero, en julio de 1931, ella y su copiloto, Jack Humphreys, se convirtieron en los primeros pilotos en volar de Londres a Moscú en un solo día. Luego cruzaron Siberia y batieron el récord del vuelo más rápido desde Gran Bretaña a Japón.

Berlín con la siguiente leyenda: «Los reyes podrían envidiar las rendidas multitudes que dieron la bienvenida al famoso cómico cinematográfico». Miles de personas se arremolinaban en las calles desde la estación de Friedrichstrasse hasta el hotel Adlon, donde el invitado de honor se alojaba en la *suite* real. Sin embargo, no todos los que lo esperaban tenían actitud amistosa. Guiados por la errónea convicción de que Chaplin era judío, los nazis se reunieron frente al hotel Adlon para abuchearlo e insultarlo mientras un grupo de comunistas amenazaba con romper las ventanas del Adlon si la estrella no aceptaba recibir a su delegación.[7] La retórica nazi tenía su eco en el periódico nacionalsocialista *Der Angriff*, editado por Goebbels, que lo llamó «Chaplin el Judío» y dijo que sus «figuras cinematográficas típicamente judías alejaban a la juventud alemana del heroico ideal del alemán masculino encarnado en Siegfried» y que, por lo tanto, «amenazaba el futuro de la raza alemana».[8] La virulencia de la campaña nazi fue tal que Chaplin abandonó Berlín anticipadamente, sin asistir al estreno de su película.

Mientras que los británicos y los norteamericanos eran relativamente populares en Alemania durante los años de Weimar, desde luego no era el caso de los franceses. En efecto, cuando se trataba de culpar a alguien de sus desgracias, muchos alemanes creían que Francia no iba a la zaga de los judíos ni del Gobierno. Por ello, fue una suerte que André François-Poncet, el embajador francés, fuera un hombre de disposición alegre. Llegó a Berlín el 21 de septiembre de 1931, justo una semana antes de que su primer ministro, Pierre Laval, y el ministro de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, realizaran la primera visita oficial a Berlín de un político francés destacado desde la época de Napoleón. Según *lady* Rumbold, todo el mundo estaba nervioso. Era evidente que, a pesar de los mejores esfuerzos de los políticos de ambos lados, las relaciones entre Francia y Alemania seguían tan tirantes como siempre y que ni el público ni la prensa tenían el menor deseo de que se produjera una *détente*. Tras un banquete en la embajada francesa, «se oyó un ruido apagado desde la calle», recordó François-Poncet. «Salimos al balcón y vimos a un pequeño grupo de gente que recorría la plaza. De repente, se oyó un grito en francés. Creímos entender: *"Sauvez-nous!* ¡Salvadnos!". Pero Briand, que conservaba un oído agudo y una mente astuta, nos corrigió.

"No —apuntó—. Lo que decían era: *"Sauvez-vous!,* ¡Salvaos, salid de aquí!"».[9]

Lady Rumbold tampoco aprobaba demasiado a los franceses:

> Ayer noche me cansé un poco durante la cena en la embajada francesa: para empezar, nos dieron una serie de pequeños bocados para regar con varios champañas. El embajador francés es un conversador tremendo y no está dotado con mucho tacto. Horace se molestó un poco por algunas cosas que dijo, dado que había allí dos alemanes. Hay algo que no me gusta de los franceses. Creo que tienen una opinión demasiado buena de sí mismos, como si fueran chiquillos desvergonzados.[10]

Dos meses antes, Ramsay MacDonald, que ya era primer ministro, y el secretario de Asuntos Exteriores, Arthur Henderson, también habían llegado a Berlín, pero la bienvenida había sido muy distinta. «Al primer ministro lo vitorearon de corazón —anotaba Rumbold, satisfecho—. Me fijé en que había varios nazis entre el gentío que lo recibían con el saludo nazi. Cuando me acerqué, un hombre en la multitud gritó: *"Es lebe der Englische Botschafter. Hoch!"* ['Larga vida al embajador inglés'], y todo el mundo se sumó a los vivas. Debo decir que jamás esperé ser vitoreado por una multitud alemana».[11]

Los ministros británicos y franceses visitaban Alemania en un momento de terrible angustia económica. La quiebra del banco austríaco en mayo de 1931 había desatado un colapso financiero por toda Europa, lo que había intensificado la ya de por sí severa depresión económica. La pobreza y el miedo se multiplicaban, y atizaban más el fuego del incendio fascista. «Qué tiempos *más* desagradables —escribía *lady* Rumbold—. Y, cuando pienso en la terrible deuda mensual que debe pagarse el 1 de octubre y en que la libra se depreció ayer todavía más, me siento claramente desanimada».[12] Como de costumbre, les echaba la culpa a los franceses.

Los viajeros, a merced de la fluctuación de las divisas, se encontraban con frecuencia atrapados sin el suficiente dinero para regresar a sus hogares. Incluso hombres jóvenes de medios como los amigos de Oxford de Tony Rumbold aparecían sin avisar en la embajada, pues no se podían permitir una noche de hotel. Tom

Mitford estudiaba derecho alemán en la Universidad de Berlín. Ese mes de noviembre, en una carta a su primo Randolph Churchill, escribió: «La gente está desesperada y se gasta muy poco dinero en placeres innecesarios», y añadía: «Si así lo deseas, puedes mandarme las diez libras que me debes, pues, con esta tasa de cambio tan mala, la vida aquí me resulta muy cara».[13]

Sin embargo, el dinero no era un problema para la diputada *lady* (Nancy) Astor ni para George Bernard Shaw. A pesar de sus distintos puntos de vista políticos, los dos eran íntimos amigos y, como muchos visitantes de Berlín, habían optado por pasar allí un par de días en su viaje de camino a su destino definitivo: Moscú. *Lady* Rumbold pensó que GBS «era el típico irlandés, con su actitud extrañamente atractiva, chispeantes ojos azules y una voz suave y melosa», y más tarde leyó, divertida, la entusiasta bienvenida que sus amigos los bolches le dieron en Rusia. A pesar de que los fondos decrecían, los Rumbold siguieron recibiendo a los visitantes con todos los lujos; sin embargo, fuera de la embajada todo estaba paralizado, como comentaba *lady* Rumbold. «La gente no puede viajar ni comprar nada, y se teme que haya carestía de alimentos. Por supuesto, todos están muy nerviosos porque se acuerdan de los días de la inflación. Parece que haya calma, pero la gente tiene una expresión triste y preocupada por la calle, y hasta el cielo parece gris y deprimente».[14]

En marzo de 1932 se celebraron elecciones presidenciales. Se trataba de un hecho de gran importancia porque, en reacción a la creciente inestabilidad del Gobierno de Weimar, los poderes de Hindenburg se habían incrementado notablemente. Ahora tenía la facultad de legislar por decreto y de nombrar o anular gobiernos a voluntad. Unas semanas antes del voto, los Rumbold asistieron a una cena cuyo anfitrión era el mariscal de campo, que para entonces ya llevaba siete años siendo presidente. «Me alegró que fuera el gran Hindenburg quien nos invitara a cenar —escribió *lady* Rumbold—. Es muy posible que fuera su última cena oficial, pues quizá no lo reelijan presidente». Los contrincantes del anciano caballero eran Adolf Hitler y el líder comunista Ernst Thälmann. Al final, Hindenburg fue reelegido con bastante margen, pero para los que, como Stephen Spender, odiaban el «continuo desfile de partidos políticos, policía y ejércitos por las calles» Hitler era un candidato de una fuerza alarmante. El duradero caos político y el descontento del público evidenciaban que los

días de la República de Weimar estaban contados. Como Spender escribió tiempo después, había llegado el «Weimardämmerung» ('el crepúsculo de Weimar'). «El Gobierno iba de crisis en crisis, instalado mientras tanto en una crisis permanente, destrozado por fuerzas internas y externas, por las potencias y los prestamistas extranjeros, los conspiradores industrialistas, los generales amargados, la aristocracia que se había empobrecido, los dictadores potenciales, los refugiados de Europa del Este...».[15]

La agitación política (había veintinueve partidos distintos en el Reichstag) desembocó en cinco elecciones ese año. Tras impartir conferencias en Hamburgo y Berlín en enero, el diputado conservador Bob Boothby le dijo a Winston Churchill que los alemanes «están en un aprieto sin solución. No tienen olfato para la política y sus partidos son un batiburrillo enloquecedor de fuerzas y teorías en conflicto basadas en instituciones como los gremios y la Iglesia católica, que no tendrían que mezclarse en estos temas en absoluto». Pero pensaba que la gente aún era «tremendamente formidable» y añadía que «no culpo a los franceses de temerlos». Hitler, con quien había mantenido una larga entrevista, no le convencía, y Boothby resumía sus opiniones sobre los alemanes así: «Las dos cosas que más me impresionaron fueron las casas de los obreros, que son magníficas, y su desesperación ordenada».[16]

Geoffrey Cox, de veintidós años, se encontraba en Berlín durante las elecciones generales de julio de 1932. Aunque los nazis lograron muchísimos escaños (230) y su partido se convirtió en el líder del Reichstag, aún no tenían la mayoría. Cox describía los momentos previos a las elecciones en una carta a su madre:

> Se prohibieron las manifestaciones públicas para que no hubiera multitudes, y la gente solo se amontonaba en la calle para comprar periódicos y esperar los resultados de las elecciones. Había muchísima policía armada por todas partes y vigilantes en la puerta de la casa de Hindenburg. De vez en cuando, un coche patrulla cruzaba la ciudad a toda velocidad, llevaba dentro policías con rifles y bayonetas y una alarma que sonaba con furia para que el tráfico se apartara a su paso. Después venía una horda de coches, bicicletas y motos, y todo el mundo se agolpaba para ver qué ocurría. Creo que disfrutaban del espectáculo, aunque su posición sin duda es desesperada. Le doy

> seis meses a Alemania antes de que se vuelva comunista o [en su determinación por expandirse al este] entre en guerra con Polonia. El gran peligro que presiento es que el partido del dictador se lanzará a la guerra tan pronto como logren juntar un ejército alemán lo bastante fuerte para hacer frente a las fuerzas comunistas. Es una redomada vergüenza, porque los alemanes son gente espléndida de verdad. Entre los más jóvenes se percibe una desesperación ansiosa, como si supieran que van a ser carne de cañón. Como un estudiante alemán me dijo: «¿Qué vamos a hacer? ¡Lo único que nos queda es ir a las barricadas y luchar!».[17]

Cox se pasó el resto del verano aprendiendo alemán en la ciudad universitaria de Heidelberg. Dibujada contra un paisaje de colinas cubiertas de pinos, le recordaba a Dunedin, en su Nueva Zelanda natal. Admiraba el castillo en ruinas de arenisca roja, el puente arqueado sobre el río Neckar y los viejos edificios universitarios. «Hasta los estudiantes parecen pintorescos. La mayoría lleva gorras de uniforme de varios clubs de esgrima, y un número sorprendentemente elevado tiene cicatrices de sable en las mejillas». Las heridas de esgrima se consideraban una señal de clase y de distinción, sobre todo entre los estudiantes, y se lucían como un emblema de honor desde principios del siglo XIX. La música por doquier era un placer adicional:

> Las criadas cantaban por la mañana mientras sacaban los colchones a los balcones de madera para sacudirlos y limpiarlos; había gramófonos en las canoas que navegaban por el río, bandas de excursionistas, melodías de mandolinas que avanzaban hacia las colinas, la banda de *jazz* en la cafetería de los jardines del castillo por la tarde y paseantes que cantaban con profundas voces alemanas hasta altas horas de la noche. Más arriba, en el pueblo de Heilbronn, que se erige con sus techos rojos y sus paredes blancas en lo alto de una verde colina y al que se llega por un caminito blanco y polvoriento, a ambos lados del cual se cosecha el trigo bajo los manzanos, una pequeña orquesta toca una melodía del último éxito teatral en la cafetería.[18]

No era solo el paisaje circundante lo que contribuía a que Cox se sintiera como en casa. También le llamaba la atención la informalidad de los profesores que paseaban por la ciudad en mangas de camisa, con sus bañadores a cuestas y comiendo helado. «No son estirados, no tienen la actitud típica de maestros frente a estudiantes». Durante su último verano en Weimar, Cox y varios compañeros y amigos, junto con la nieta de su casera, se iban cada mañana al río, donde nadaban, hacían pícnics, navegaban en canoa y jugaban al tenis. Solo las lejanas chimeneas de las fábricas de Mannheim les recordaban la realidad del mundo exterior, donde «existen el fascismo y los bolcheviques y las guerras y las revoluciones y las crisis».[19]

Pero, incluso en la idílica Heidelberg, las tensiones sociales que vivía Alemania saltaban a la vista. La casera de Cox, que siempre vestía de negro, había perdido a su marido y a sus tres hijos en la guerra. Igual que sus vecinos, estaba asfixiada económicamente por los impuestos y las dificultades habituales de la posguerra. Además, el profesor de Cox era un gran partidario de los nazis. «Cuando Hitler llegue, todo se arreglará», solía decir. Tony Rumbold también estudiaba alemán ese verano, en Múnich. También él se alojaba con una familia de clase media empobrecida, pero, en su caso, el profesor que le impartía clases no era nacionalsocialista. «El pobre profesor de Tony se pasó tres semanas en una cárcel nazi*—informaba *lady* Rumbold a su madre—. Le hicieron tragar aceite de ricino a la fuerza solo porque era socialista. Está a la cuarta pregunta, tanto que le pidió a Tony que le pagara diez lecciones anticipadamente, porque tiene que mantener a su madre».[20]

De todos los extranjeros que estudiaban en la Universidad de Heidelberg en 1932, el que pasaba menos desapercibido era Milton S. J. Wright, por la sencilla razón de que era afroamericano. Como él mismo admitía, «despertaba la curiosidad de la gente». El público estaba familiarizado con los boxeadores, los músicos de *jazz* y los criados negros, pero poca gente en Heidelberg había conocido a una persona negra. Y, como Wright señalaba, el concepto de «negros como gente culta» les parecía a muchos toda una novedad. Recordaba que los transeúntes solían detenerse para mirarlo, pues esperaban que en cualquier momento se pusiera a

* No está claro lo que quería decir *lady* Rumbold con «cárcel nazi», pues escribió estas líneas antes de que los nazis llegaran al poder.

bailar. Otras veces le preguntaban si era un príncipe africano. De hecho, Wright estaba licenciado por la Universidad de Columbia y se encontraba en Heidelberg cursando su doctorado en Económicas. Diez años más tarde, justo después de Pearl Harbor, dio una entrevista en el *Pittsburgh Courier* donde contaba la extraordinaria historia de cómo había conocido a Hitler.

Cada verano, Heidelberg organizaba un vistoso espectáculo de luz y sonido. El castillo, que se erigía en lo alto del río Neckar, quedaba bañado en «llamas» rojas para conmemorar su destrucción por parte de los franceses en el siglo XVII. Entonces, cuando las luces sobre el castillo se apagaban, el cielo se inundaba con fuegos artificiales. En 1932, Milton Wright y un grupo de miembros de su fraternidad contemplaban el espectáculo desde el río, en un bote iluminado por linternas. Cuando terminó, la gente se puso a cantar *«Deutschland über Alles»* antes de que Hitler pronunciara una de sus habituales diatribas llenas de odio. Después, Wright y sus compañeros se retiraron al Europäischer Hotel, donde Hitler también se alojaba y donde tenían pensado cenar. Pero Wright llamó la atención de los nazis. En cuanto entraron en el salón del restaurante del hotel, dos SS de Hitler se acercaron a Wright y le informaron de que el Führer deseaba verlo. Antes de entrar en la sala donde iba a conocer a Hitler, Wright le dio su pasaporte a uno de sus amigos con instrucciones de informar al cónsul norteamericano si no regresaba. No debería haberse preocupado. «Hitler se pasó todo el tiempo haciéndome preguntas acerca de los negros de Estados Unidos —recordaría Wright—. Por supuesto, no tuve demasiado tiempo para responderle, porque, en cuanto terminaba de formular una pregunta, procedía a darme su propia respuesta». A pesar de eso, Hitler le pareció inesperadamente cortés. «Me sorprendió un poco —le dijo Wright al periodista— que pareciera saber tanto de los negros en Estados Unidos, aunque los únicos a quienes mencionó con respeto fueron Booker T. Washington y Paul Robeson». Hitler le dijo a Wright que consideraba a los «negros» ciudadanos de tercera, siempre destinados a ser esclavos de un tipo o de otro, porque, según él, si tuvieran el menor espíritu de lucha, no habrían permitido a los blancos que los lincharan, apalearan y segregaran sin haberse resistido o haberse levantado contra ellos. Le preguntó a Wright por qué quería «una educación de hombre blanco» si sabía que jamás podría usarla como uno de ellos. Sugirió que la

experiencia de Wright en Heidelberg solo le haría más desgraciado una vez regresara a Estados Unidos. En un principio, Wright se sintió halagado cuando Hitler elogió su alemán, pues le dijo que lo hablaba mejor que cualquier norteamericano o inglés que había conocido. Sin embargo, procedió a añadir que siempre había oído decir que los negros eran especialmente buenos en la imitación, y ese era el claro motivo por el que Wright hablaba tan bien «el idioma maestro».

El norteamericano resumió el encuentro recordando lo tranquilo que parecía Hitler y lo muy interesado que aparentaba estar en todo lo que Wright le decía. «Aunque hablaba en voz alta, con intención y como si tuviera la última palabra, jamás perdió su compostura y su aplomo». Antes de despedirlo de su presencia, Hitler le dio instrucciones a uno de los guardaespaldas para que le entregara a Wright una fotografía autografiada del Führer y sugirió que volvieran a reunirse en Múnich. La extraña anécdota tiene un colofón. El doctorado de Wright versaba sobre «El desarrollo económico y la política nacional de las antiguas colonias alemanas, 1884-1918». Cuando volvió a Estados Unidos, lo tradujeron del alemán original al francés y al inglés, y volvió a enviarse a Alemania. Entonces circuló ampliamente por toda Europa, impulsado por los nazis como parte de su campaña para recuperar las colonias africanas perdidas de Alemania. Uno se pregunta cuántos de ellos sabían que el autor era negro.[21]

En septiembre de 1932, la barriga de *sir* Horace, que siempre era causa de preocupación, obligó al matrimonio Rumbold a pasar su último verano en Weimar en el *spa* Marienbad de Bohemia, donde había un centenar de manantiales naturales que, según se creía, curaban los trastornos alimentarios y aliviaban el reumatismo. «La cura de Horace va muy bien —le dijo *lady* Rumbold a su madre—, y ya ha perdido unos ocho kilos». El *spa*, dominado por los grandiosos hoteles que se habían construido en los últimos años del siglo XIX, solía atraer a los ricos y famosos: Goethe, el rey Eduardo VII, Chopin, Wagner y el emperador Francisco José I de Austria, entre otros. Su popularidad había sobrevivido a la guerra, de modo que los Rumbold tomaban las aguas al lado de un puñado de aristócratas ingleses, el rey Alfonso XIII de España y el conde Von Metternich. Presidiendo los tratamientos se encontraba el «gran doctor» Porges:

> La noche anterior, Porges dio una fiesta espléndida. Nos invitó y vimos que había un buen ramillete de sus pacientes sentado a la mesa, que era muy elegante y estaba muy bien provista. Empezó pronunciando un pequeño discurso, en el que dijo que esa noche había una «tregua» y que todos podían comer y beber y pasárselo bien. ¡Qué idea más divertida, esa cena en mitad del tratamiento para sus pacientes más especiales! Su esposa es rica, hebraica y bastante amable, y lo hizo todo muy bien.[22]

Una de las pacientes que estaba visiblemente ausente de la mesa de los elegidos del doctor Porges era Margaret Sanger, una norteamericana y pionera del control de la natalidad. Ella también se encontraba en Marienbad ese verano, afectada por una fatiga severa y debilidad general. «Aquí estoy —le escribía a un amigo—, durmiendo en la mismísima habitación de Goethe, con su estufa y su reloj frente a mí y su retrato y el de su último amor colgados encima de mi cabeza».[23] El doctor Porges inyectó diversas sustancias en sus ovarios y le dio una cataplasma de barro para que se la aplicara sobre el hígado. Como todos los demás residentes del balneario, debía beber ingentes cantidades del agua de los manantiales, que sabía a rayos. Sanger no tenía una opinión muy elevada de los demás pacientes:

> Es divertido ver grupos de mujeres y hombres adultos y gordos que caminan al son de la música con vasos verdes, azules o rojos en la mano y beben agua por tubos de cristal como bebés con sus botellas de leche. Todos son feos y tienen cuerpos bastante horrendos, no entiendo cómo Dios puede crear tales monstruosidades.[24]

Un día, *lady* Rumbold condujo hacia el balneario de Karlsbad para visitar a «unos españoles *muy* tristes y a alemanes *igualmente* tristes. ¡Es tan extraño que ambos países "nuestros" hayan caído en pozos tan abyectos últimamente! [*Sir* Horace había sido embajador en Madrid antes que en Berlín]. Algunos españoles que habían sido *muy* ricos viven ahora en un hotelucho pequeño y sucio. Nos sentamos en el horrible salón. Los alemanes no tenían tantos problemas de dinero, pero estaban muy tristes y amargados. Ambos, marido *y* mujer, habían sido políticos, y él era un

hombre popular y bastante conocido».[25] Sin embargo, en la fiesta que celebró *lady* Rumbold en honor del rey Alfonso unos días más tarde no había rastro de dificultades económicas:

> La comida fue un gran éxito. El rey Alfonso estaba de un humor excelente y contó un montón de anécdotas deliciosas sobre el rey Eduardo y más gente. Todo el mundo estaba encantado. Además, comimos divinamente: *truites au bleu,* perdices, jamón, compota de melocotones y queso. En la mesa había dalias rojas y amarillas (por la bandera de España) y el rey se fijó enseguida; además, añadió que el verde de los tallos hacía referencia a que en España los partidarios del rey gritan «Verde» porque son las siglas de «Viva el rey de España». Así que todo fue estupendo. Luego salimos a jugar al golf.[26]

Mientras el rey Alfonso tomaba las aguas en Marienbad, Thelma Cazalet visitaba fábricas vacías y centros de desempleo de menores en Renania. El objetivo de estos centros era ofrecer trabajos temporales con salarios bajos para los jóvenes de dieciocho a veinticinco años. Thelma, como su hermano Victor, un diputado conservador, se encontraba de viaje en Alemania para recabar información con un grupo de parlamentarios. En unas escasas líneas escritas a lápiz, resumió sus impresiones:

> Los alemanes odian a los polacos, principalmente porque son asiáticos. Dan por sentado que estamos de su parte en su enfrentamiento con los franceses y que deberíamos adoptar una actitud más firme contra ellos. No tienen ni idea de las condiciones de vida en Inglaterra. Creen que apenas hemos sufrido y que hemos olvidado la guerra. Son *muy* insensibles como nación. Sin duda, el partido de Hitler ha salvado a Alemania de un gobierno socialista/comunista al dividir a la gente. Casi todos los jóvenes son favorables a Hitler. Los alemanes asumen que vamos a ponernos de su lado en la próxima guerra.[27]

Mientras la República de Weimar se adentraba en sus últimos meses, André Gide no había abandonado la esperanza de una reconciliación francoalemana. En todo lo que era realmente impor-

tante, creía que Alemania iba treinta años por delante de Francia. Su compatriota Roger Martin du Gard,* que visitaba Berlín por primera vez en noviembre de 1932, era incluso más entusiasta. Tras haber estudiado a conciencia la vida callejera de Berlín, creía que «el nuevo hombre, el hombre del futuro, se está creando en Alemania [...], el tipo de hombre que se alzará para encarnar la síntesis entre pasado y futuro, individualismo y socialismo».[28]

Sin embargo, lo que contaba *lady* Rumbold de las calles ese otoño presenta una imagen muy distinta: «Berlín está muy agitado estos días, la policía no para de recorrer las calles —le escribió a su madre—. Parece que estemos al borde de la revolución. Hace dos días hubo una manifestación arriba y abajo de Leipziger Strasse. No quedó ni un escaparate intacto de la enorme tienda de Wertheim y rompieron los ventanales de la mayoría de las tiendas con nombres judíos. Los culpables fueron "los nazis", una especie de grupo fascista», añadió por si su madre aún no estaba familiarizada con el término. Cuando caminaba sola un domingo desde la embajada al castillo, *lady* Rumbold giró una esquina y vio «una banda entera de nazis persiguiendo a un miserable comunista, al que procedieron a apalizar. Hay camionetas llenas de policías que recorren todo el Linden. De momento no hay disparos y la gente parece divertirse. La verdad es que hace que los paseos sean muy divertidos».[29] Pero, cuando Hitler fue nombrado canciller, toda «diversión» se trocó rápidamente en horror.

Cuando, incluso después de su éxito electoral en julio, aún no le habían ofrecido la cancillería a Hitler, es sabido que Hindenburg exclamó: «¿Ese hombre, canciller? Antes lo nombro cartero y que se ponga a lamer los sellos que llevan mi efigie».[30] Pero, después de seis meses de forcejeos políticos, convencieron a Hindenburg, contra sus más profundos instintos, para que cambiara de idea. Poco después del mediodía del 30 de enero de 1933, el nuevo canciller del Reich, Adolf Hitler, y su gabinete se reunieron en el despacho del presidente. Frente a Hindenburg, Hitler juró defender la Constitución, respetar los derechos del presidente y preservar el Parlamento. De hecho, exactamente cincuenta y dos días más tarde, el 23 de marzo, se aprobó la Ley para el remedio de las necesidades de Pueblo y Estado, que marcaba el

* Roger Martin du Gard recibió el Premio Nobel de Literatura en 1937, diez años antes que su íntimo amigo André Gide.

fin de la República de Weimar. La ley permitía a Hitler gobernar sin el Reichstag, lo cual equivalía a dotarlo de un poder absoluto y sin límites. Si bien su nombramiento como canciller no comportó técnicamente el fin de la República de Weimar, el juramento que pronunció ese día demostraría ser su primer estertor.

Capítulo 6

¿Monstruo o maravilla?

Un par de semanas antes de que Hitler se convirtiera en canciller, Christopher Isherwood escribía a Stephen Spender para quejarse de lo aburrida que era ahora la política alemana. «Ya no se detecta esa sensación ligeramente emocionante de crisis en los gestos de los mendigos y de los conductores de tranvía».[1] Pero, desde luego, fuera lo que fuera el espectacular desfile de antorchas que siguió a la inauguración del mandato de Hitler el 30 de enero de 1933, no podía decirse que fuese aburrido. Se trataba de una extravagancia nazi a gran escala y supuso la culminación del día que cambiaría el mundo para siempre.

Constantia Rumbold observaba la escena desde la ventana de su habitación:

> La columna de luz empezó a moverse como una serpiente brillante por las avenidas, bajo la Puerta de Brandemburgo, a través de la plaza Pariser y hasta Wilhelmstrasse. Toda la juventud de Alemania estaba presente en la marcha de esa noche. Avanzaban en filas de a seis con sus camisas pardas, cada hombre enarbolaba una antorcha, y, durante cinco horas, la procesión no se interrumpió. Las antorchas arrojaban una luz extraña y rosa que bailaba sobre los adoquines de la calle, habitualmente gris, y dibujaba enormes sombras distorsionadas sobre las paredes de las casas. Los centenares de banderas de color rojo sangre, rotas por las retorcidas esvásticas, ondeaban al viento, desde las más grandes, que los portadores de los estandartes cargaban sobre los hombros, hasta las más pequeñas, de papel, en manos de los niños.[2]

Constantia Rumbold se aventuró fuera y logró avanzar por entre la multitud hasta llegar a la Cancillería, donde, en una ventana,

divisó la vasta forma del presidente Hindenburg, medio oculto tras una cortina. A unos centenares de metros, Hitler permanecía rígido y atento en un balcón, con el brazo estirado. Aunque su silueta se recortaba contra una luz muy brillante, Constantia logró ver «su rostro tenso, tan blanco como el cuello de la camisa, que le iba grande». Lilian Mowrer recordaba un frío punzante, las chispas de las antorchas que crujían en el aire helado y cómo, durante la procesión sin fin, saltaba de un pie a otro en un vano intento por entrar en calor. Ninguno de los presentes esa noche olvidaría jamás el ruido de las botas al pisar la nieve y los redobles de los tambores, las canciones marciales de los nazis y los crudos gritos de *«Deutschland erwache; Kommen die Juden»* ('Alemania, despierta; llegan los judíos') o «el triunfo que se pintaba en todos los rostros». «Contra las fachadas de las casas, a empujones entre el gentío que estaba en la calle —escribió Constantia—, las mujeres de Alemania, las madres, esposas y hermanas de los hombres y muchachos que desfilaban, los jaleaban, agitaban pañuelos y bufandas, reían un poco histéricas mientras se aferraban a sus portales y se inclinaban en los alféizares».[3]

Para la sensata hija de un diplomático británico, o para norteamericanos liberales como los Mowrer, fue una experiencia perturbadora. Conscientes de que no era la mejor noche para que un extranjero paseara por las calles, Constantia regresó a la embajada y encontró a su padre sentado a solas en una sala interior, tratando de ignorar el clamor que se oía fuera. Mientras subían a sus habitaciones para descansar, *sir* Horace se preguntó en voz alta a qué conduciría todo aquello. Era una pregunta retórica, pues para Constantia estaba claro que «nadie que hubiera sido testigo de cómo había desfilado esa noche el alma de Alemania por las calles podía albergar la menor duda de lo que iba a suceder».[4] Sin embargo, aún habrían de pasar varios meses antes de que Hitler lograra desplegar plenamente su dictadura. Para aprobar la ley que iba a darle un poder absoluto, necesitaba un mandato más convincente. Se convocaron elecciones federales para el 5 de marzo.

Un par de semanas después de que Hitler fuera nombrado canciller, Owen Tweedy y Jim Turcan conducían por una pequeña carretera comarcal hacia Bonn en un Morris de segunda mano que habían comprado por diez libras. Eran amigos desde que se conocieran en la Universidad de Cambridge, donde

Tweedy había estudiado idiomas modernos. A ambos, ahora en los cuarenta, los habían herido en la Primera Guerra Mundial. Después de eso, Tweedy había pasado muchos años en Oriente Medio, pero en aquel momento se ganaba la vida como periodista radicado en Londres, donde trabajaba para diversos medios. Se había embarcado en su actual misión con la esperanza de que la nueva Alemania le proporcionara suficiente material para atraer la atención de diarios como el *Daily Telegraph*. El agradable y algo caótico Jim se había tomado unos días libres en su trabajo como ingeniero para acompañarlo. Los dos estaban muy animados. Era un día «precioso, soleado y fresco», escribió Tweedy en su diario, y, «según nos acercábamos al Rin, se volvió aún mejor: los pueblos eran hogareños y bonitos, había campos llenos de trigo, sin arbustos o separaciones, y un montón de árboles». La única nota desagradable era la propaganda electoral que los asaltaba en todo momento y lugar. A Tweedy le ofendía menos la esvástica que la enorme tipografía que utilizaban los comunistas y que a veces ocupaba hasta cincuenta metros de una pared.[5]

Pero, a pesar de los eslóganes agresivos, les alivió descubrir que «Bonn seguía siendo Bonn, limpia, sana y, de algún modo, alegre». El precioso y tradicional pueblo de Weilburg, a unos ciento diez kilómetros al este, con sus callejuelas estrechas y serpenteantes que ascendían por la colina y sus casas de madera con los tejados cubiertos de nieve, era otro símbolo tranquilizador de la antigua Alemania, que Tweedy recordaba de cuando había estudiado allí. En Kassel encontraron una vieja posada («como las Plumas de Ludlow») donde un amable y orondo posadero y su amable y oronda esposa les proporcionaron alojamiento barato, buena comida, sirvientes risueños y gente amiga que les dio muchos consejos sobre el mejor camino que podían tomar.

Para cuando llegaron a Kassel, llevaban una semana en Alemania, pero aún no habían visto ni rastro de las tácticas de terror, la violencia física o la intimidación que habían empleado los nacionalsocialistas durante la campaña electoral. Lo cierto es que la brutalidad nazi había silenciado toda oposición de forma tan eficiente que un residente británico, obligado a permanecer anónimo por miedo a las represalias, informó en *The Nineteenth Century and After* que los únicos que podían protestar eran los

periodistas, en su mayoría norteamericanos e ingleses.* «Una crítica hostil por parte de un alemán —escribió— era un suicidio, la mayor parte de las veces económico, pero otras físico».[6] Sin embargo, ni siquiera los que corrían un riesgo más obvio estaban en absoluto preparados para la masacre nazi. Abraham Plotkin, un activista norteamericano de izquierdas de orígenes ruso-judíos, se quedó asombrado ante la permisividad de sus colegas alemanes. Tras conocer a varios judíos ricos en Berlín el 6 de febrero, escribió en su diario que «por extraño que parezca y que me parezca a mí, no están demasiado preocupados ahora que Hitler ha llegado al poder. Su actitud es resignada, piensan que tenía que pasar [...] y que quizá sea mejor que el incendio que Hitler representa siga ardiendo hasta extinguirse».[7]

El fin de semana siguiente, Plotkin y un sindicalista holandés caminaron durante horas por los bosques cercanos a Berlín con el presidente del Sindicato de Sastres Alemanes para tratar de convencerle del peligro que amenazaba a los sindicatos:

> Le hice una docena de preguntas sobre escenarios alternativos, sobre lo que sucedería si Hitler hacía tal o cual cosa, y siempre respondía con una sonrisa y decía que todas y cada una de las cuestiones que le planteaba habían sido ya estudiadas y sopesadas [...]. Hindenburg no iba a tolerar una dictadura que se impusiera mediante el terror o mediante vías anticonstitucionales [...]. Nada de lo que decíamos perturbaba su plácida tranquilidad.[8]

El propio Hitler se volcó en la campaña y voló por todo el país en su avión privado Richthofen, por aquel entonces el más rápido de toda Alemania. El 23 de febrero, Gareth Jones y Denis Sefton Delmer del *Daily Express* esperaban la llegada del nuevo canciller en el aeropuerto de Tempelhof, bajo la nieve. Los dos jóvenes habían recibido la invitación de acompañar a Hitler a un mitin político en Fráncfort. Mientras Delmer grababa la escena con su cámara cinematográfica, Jones, un valiente periodista de investigación que acababa de regresar de Rusia, garabateaba sus notas: «Se oye un grito: "El líder viene". Un coche avanza por la nieve.

* Fue la primera vez en la larga historia de la revista en que se permitió que un colaborador se mantuviera anónimo.

Se baja un hombre de aspecto común, como si fuera un tendero de clase media». Al reparar en la reacción de deleite infantil de Hitler ante el coche nuevo de Goebbels, a Jones le sorprendió su actitud relajada: «No está fingiendo, es natural, no despliega gestos trágicos ni exagerados». Al cabo de una hora, Jones y Delmer estaban a seis mil pies de altura por encima de Berlín; eran los únicos en el vuelo que no pertenecían al partido nazi. «Si el avión se estrella —anotó Jones en su libreta—, toda la historia de Alemania cambiaría». A medida que el Elba se torcía a sus pies, se fijó en cómo Hitler (con tapones de algodón en los oídos) estudiaba el mapa. Goebbels, sentado justo detrás de él, se reía constantemente. Pequeño, moreno y con «ojillos notablemente vivaces», a Jones le recordaba a un *collier* de Gales del Sur. «Va a ser una de las grandes personalidades políticas de Alemania. Parece un "cerebro", alguien inteligente». Mientras, los guardaespaldas de Hitler, enfundados en sus uniformes negros adornados con calaveras y huesos de plata, estaban de un humor especialmente expansivo. Uno de ellos, «un hombre joven y corpulento, con una hilera de dientes blancos, como un conductor de autobús elegante», le dijo a Jones que, apenas un par de noches antes, había pillado a un manifestante comunista y le había «abierto el cráneo» contra un piano. A pesar de eso, Jones indicó que no había visto el menor atisbo de frialdad en sus compañeros de viaje; «no podían ser más amables y educados, ni siquiera aunque yo hubiera sido un nazi de pies a cabeza».[9]

Cuatro días después, a las nueve y cinco de la noche del 27 de febrero, Denis Sefton Delmer, que había regresado ya a Berlín, recibió una llamada telefónica del encargado de un garaje con la asombrosa noticia de que el Reichstag estaba en llamas. Corrió los dos kilómetros que separaban su oficina del edificio y fue uno de los primeros en llegar al lugar del incendio, donde las llamas ascendían por la gran cúpula de cristal en un pilar de fuego y humo. «A cada minuto llegaban nuevos refuerzos de bomberos, que tocaban sus campanas según avanzaban a toda velocidad por las calles». *Lady* Rumbold y Constantia volvían a casa después de un concierto de Beethoven dirigido por Wilhelm Furtwängler. Al ver la conmoción, aparcaron sus coches y se unieron al gentío que observaba el incendio. Delmer, tras pasar por debajo de las cuerdas que impedían el acceso, alcanzó una de las entradas del Reichstag justo cuando Hitler se bajó de su coche y, seguido

por Goebbels y su guardaespaldas, «subió los peldaños de dos en dos, con los extremos de su abrigo ondeando y su sombrero flexible de color negro cubriéndole la cabeza». Dentro se encontraba Göring, más enorme que nunca con un abrigo de piel de camello, con las piernas en jarras como «si fuera un soldado de la Guardia Real de Federico el Grande en una película de la UFA». Informó a Hitler de que los responsables del incendio eran los comunistas y que ya se había producido una detención. Delmer siguió a Hitler y a su séquito hasta el edificio: «Entre charcos de agua y restos quemados, a través de nubes de humo apestoso, avanzamos por salas y pasillos. Alguien abrió una puerta amarilla y barnizada y, durante un instante, vislumbramos la fragua ardiente en que se había convertido la cámara de debates. Fue como abrir la puerta de un horno». Hitler se volvió hacia él y dijo: «Que Dios conceda que esto sea la obra de comunistas. Es usted testigo del principio de una gran época de la historia alemana, *Herr* Delmer. Este fuego es el principio».[10]

«¡Cielos! Menudo lugar para que suenen alarmas y se hagan excursiones», escribía *lady* Rumbold unas horas más tarde.[11] Resumiendo la reacción popular frente a la catástrofe, le dijo a su madre que, aunque era improbable que se llegara a descubrir quién era el responsable, mucha gente, incluso los que apoyaban a Hitler, asumían que el fuego lo habían iniciado los propios nazis para desacreditar a los comunistas antes de las elecciones.*

El día antes de que el Reichstag fuera devorado por las llamas, Tweedy y Turcan se encontraban en un «*thé dansant* ('un té con baile') terriblemente elegante» en el mejor hotel de Lübeck, el Stadt Hamburg. Habían llegado con el aspecto de «un par de Rip Van Winkles desastrados» tras visitar uno de los campos de trabajo para los desempleados, que tan buena reputación tenían, situado en el campo, donde hacía un frío terrible. El centro, que era un edificio largo y bajo, como un barco dado la vuelta, le recordó a Tweedy a la casa de Peggotty en *David Copperfield.* Después de visitarlo a conciencia e inspeccionar uno de los dormitorios limpios y ordenados, «que más bien parecía una oficina de

* Fritz Tobias argumenta de forma convincente en su libro, *The Reichstag Fire: Legend And Truth* (1963), que, de hecho, los nazis no fueron los responsables del incendio y que Marinus van der Lubbe, el holandés que fue ejecutado por el crimen, sería el culpable único y actuaría por iniciativa propia.

consignas de equipaje», los invitaron a comer. A una señal del silbato del líder, todos se pusieron en pie y empezaron a cantar una canción medieval de ritmo marcial: «Nunca aceptaremos la muerte». A una poco apetitosa sopa de cacao y fécula le siguieron montañas de guiso y patatas, un poco de carne y medio pepino en conserva. La situación de los jóvenes deprimió a Tweedy: «Me parece terriblemente duro que esos chicos, para quienes la vida debería estar empezando, se encuentren en un punto muerto». Sin embargo, el viaje hasta Lübeck pronto volvió a animarlos. El camino sin asfaltar los llevó a través de pueblecitos encantadores cuyas casitas de ladrillo rojo arrojaban largas sombras sobre la nieve al atardecer. Lübeck, con sus hermosas calles del siglo XIV, sus pináculos y sus gabletes, era una maravilla. «La mejor ciudad medieval que he visitado jamás», anotó Tweedy en su diario.

Al día siguiente salieron hacia Berlín, en un viaje de casi doscientos noventa kilómetros. Aburridos por el paisaje del norte de Alemania, «mortalmente monótono», y por la carretera, que se alargaba hasta el infinito, decidieron pasar la noche en el pueblecito de Ludwigslust. A la mañana siguiente, cuando se disponían a partir, la casera apareció muy agitada, pues acababa de enterarse de la noticia del incendio del Reichstag. *«Alles ist verloren in Berlin»* ('Todo está perdido en Berlín'), gritaba mientras se retorcía las manos. *«Es brennt uberall!»* ('¡Todo está quemado!'). Tweedy se preguntó si el incendio los detendría de algún modo, si aquello era el comienzo de algo más. A sesenta y cinco kilómetros de Berlín comieron en un pueblecito donde los rumores estaban desatados. Hitler se encontraba en pie de guerra, los comunistas habían incendiado el Reichstag, sus líderes estaban ya detenidos, Berlín se hallaba bajo la ley marcial. «Buena suerte, como son ingleses, tal vez puedan pasar. Pero, si no es el caso, vuelvan aquí. Nuestras camas son buenas y nuestra comida, excelente». Condujeron con cautela hasta Spandau, a unos dieciséis kilómetros al oeste del centro de la ciudad. Todo estaba tranquilo. Luego siguieron hasta Charlottenburg, el Tiergarten y finalmente la Puerta de Brandemburgo, donde no encontraron la menor amenaza, más allá de que había mucho tráfico.

El 2 de marzo, tres días antes de las elecciones, Tweedy fue al Taverne, un pequeño restaurante muy conocido por ser el antro favorito de los corresponsales extranjeros de Berlín. Las salas de techo bajo llenas de humo, repletas de bancos de madera y mesas

largas, apestaban a vino, cerveza y café. El rugido de las conversaciones impedía que se oyera la orquesta.[12] Cada noche, los periodistas se reunían allí para compartir noticias sobre las últimas atrocidades. Robert Bernays, diputado liberal recién elegido, al principio pensó que la atmósfera conspirativa del Taverne era un poco absurda, hasta que comprendió que los periodistas corrían un peligro real, pues en cualquier momento podían acusarlos falsamente de espionaje. Sin embargo, no impresionaron a Tweedy: «Un puñado de gruñones desaliñados, muchos de ellos me recordaron lo peor del grupo de Bloomsbury». Fue más divertida la fiesta a la que asistió en la Embajada egipcia, donde, entre los bolivianos, los suizos, los suecos y los norteamericanos, había una dama finlandesa «que tenía el mismo aspecto que una porción de mantequilla». En otra fiesta conoció al «principal ayuda de campo de Hitler, un tipo deslumbrante y de aspecto ornamental, como si fuera una flor de Navidad enfundada en un uniforme de la Marina».*

Su primer encuentro con el lado oscuro de la nueva Alemania tuvo lugar el día antes de las elecciones, cuando vieron a un grupo de nazis darle una paliza a un muchacho. «Aquello nos aterrorizó y salimos huyendo a toda velocidad —anotó Tweedy—. Cuando las puertas del hotel se cerraron a nuestras espaldas, dimos las gracias, aliviados». Como dijo otro visitante británico en Berlín durante la campaña electoral, «el miedo nos convierte a todos en cobardes».[13]

El éxito de Hitler en las elecciones del 5 de marzo no fue ninguna sorpresa. Tweedy estuvo pendiente de los resultados en la radio del abarrotado vestíbulo de su hotel. «No había la menor excitación ni duda, y tampoco hubo aplausos. Hitler iba a ganar, estaba claro y así fue». Una semana más tarde, Tweedy expresaba su asombro ante el brutal cambio que se había producido en tan poco tiempo. «Las elecciones han transformado a Alemania por dentro y por fuera de una manera tan drástica que resulta difícil creer que estamos en el mismo país en el que entramos hace un mes. Los nazis están superando los límites del fascismo y yendo más allá». Dos días más tarde abandonaron Berlín, agradecidos por dejar atrás las turbulencias poselectorales.

* Identificado como Ernst «Putzi» Hanfstaengl. Era medio norteamericano, había estudiado en Harvard y era íntimo amigo de Hitler. En 1933 ostentaba el cargo de responsable de la oficina de la Prensa Extranjera.

Para ese entonces, Tweedy, al igual que otros muchos extranjeros, estaba completamente confundido. La nueva y brutal sociedad que emergía era muy desagradable, pero ¿estaba siendo demasiado crítico? Después de todo, Hitler «no era mal tipo». Cierto, a veces tenía ataques de «locura histérica», pero todos los grandes movimientos venían inspirados por personajes excéntricos. En las semanas anteriores, Tweedy había entrevistado a innumerables personas de todas las clases y orígenes sociales. Muchos eran hostiles a Hitler, pero a muchísimos más los había seducido la «nueva fe». Era «exuberante, excitante y palpitaba con energía. No era una lección. Rompía las barreras sociales, ofrecía estímulo y un sustrato común». En una palabra, era un nuevo evangelio. Y por añadidura, escribió Tweedy, «la policía era encantadora».

Como el Reichstag estaba en ruinas, la inauguración del Parlamento tuvo lugar en la iglesia de Garrison, en Potsdam, el 21 de marzo ante la tumba de Federico el Grande. Todo el cuerpo diplomático asistió. «Nos colocaron en sitios muy buenos, en una galería que daba directamente al lugar donde estaba sentado el presidente —recordaba *lady* Rumbold—, así que lo vimos y lo oímos todo de forma maravillosa. Debo decir que la organización fue *perfecta,* no se produjo el menor incidente y todo ocurrió con puntualidad». Detrás de la silla vacía del emperador se sentaba el príncipe heredero, mientras que la galería superior la ocupaban viejos generales y almirantes («una vista *impresionante* de uniformes militares y condecoraciones»). En la nave de la iglesia había una gran aglomeración de SA *(Sturmabteilung,* 'las tropas de asalto') con sus camisas pardas. *Lady* Rumbold describió cómo «Hitler, cada vez más parecido a Charlie Chaplin *[El gran dictador* no se filmaría y proyectaría hasta 1940], se sentaba en el borde de su silla, bastante pequeño y patético en su abriguito negro».[14] Esa noche, otra colosal marcha con antorchas impidió a los Rumbold llegar a la ópera, donde los nazis se habían reunido en masa para una representación de gala de *Die Meistersinger,* de Wagner.

Para entonces, Tweedy y Turcan ya habían llegado a Jena, «un pueblecito con todo el encanto del Viejo Mundo». Se alojaban en una posada «muy parecida al León Rojo de Cambridge» que estaba a rebosar de seguidores de los nazis que celebraban la apertura del Reichstag:

> Nuestros compañeros de velada eran de lo más divertidos. El Club de los Opulentos no paraba de tragar cerveza, las damas miraban a lo lejos pensando que los buenos viejos tiempos no tardarían en volver, había estudiantes, familias enteras y hasta una chica en una especie de uniforme nazi. El ruido era terrible, pero todo el mundo se lo pasaba bien y estaba de buen humor.

Dos días más tarde, el 24 de marzo, Hindenburg firmó la ley que entregaba a Hitler el poder que con tanta persistencia había perseguido. Ahora que no le hacía falta el Reichstag, la última chispa de la democracia se había apagado definitivamente.

Después de las elecciones, el clima mejoró. «Es el clima de Hitler», le dijo a Isherwood la esposa del portero de la casa donde se alojaba en Nollendorfstrasse, que, como todas las demás calles de Berlín, ahora estaba inundada de esvásticas. No era prudente negarse a colgarlas, según había observado Isherwood. Tampoco era prudente no apartarse si uno se cruzaba con nazis uniformados ni negarse a hacer una donación cuando entraban en restaurantes y cines y agitaban sus cajas para la colecta. Era imposible, asimismo, escapar de los altavoces que emitían continuamente discursos de Göring y Goebbels: «*Deutschland erwacht*» ('Alemania, despierta').

Pronto, los bares de ambiente empezaron a desaparecer. Los homosexuales más inteligentes se retiraron con discreción, pero «los tontos siguieron paseándose por la ciudad exclamando que los soldados de las tropas de asalto estaban muy sexis en sus uniformes».[15] Como por todos era sabido que el líder de los SA, Ernst Röhm, era homosexual, los más optimistas de la comunidad gay debieron pensar que había llegado su momento. Pero al cabo de unas pocas semanas habían asesinado y detenido a centenares, «para su propia protección», en el recién inaugurado campo de concentración de Dachau.

Sin embargo, la persecución de los homosexuales no fue nada en comparación con lo que sucedió con los judíos. La mañana del 1 de abril, en toda Alemania, los soldados SA se colocaron frente a las tiendas judías y bloquearon las entradas. Sostenían carteles con el mensaje «*Deutschland erwache: die Juden sind unser Unglück*» ('Alemania, despierta: los judíos son nuestra desgracia').

El día anterior, mientras llenaba el depósito de su Morris cerca de Leipzig, Tweedy se había fijado en un camión abarrotado de muebles en el surtidor de al lado. Habló con el dueño y descubrió que él y su esposa eran «judíos que huían». Después de meses de intimidaciones, habían decidido dejarlo todo, cerrar su tienda y abandonar su casa, y se dirigían a Suiza. Su historia, que pronto se convertiría en habitual, le pareció a Tweedy «extraña pero elocuente». Llegado a ese punto, ya había experimentado bastante la Alemania nazi para darse cuenta de que «los judíos iban a recibir». Después de escuchar una emisión que detallaba meticulosamente el boicot planeado contra los judíos, escribió: «Es una de las pocas ocasiones en las que siento simpatía por la comunidad judía». Menos de un mes después de las elecciones, Tweedy ya conocía lo suficiente la Alemania de Hitler como para asegurarse, antes de presentar su equipaje para la inspección de la policía aduanera, de que había borrado los nombres de todas las personas mencionadas en su diario.

Agradecido por abandonar Alemania, Tweedy no se quedó para ver el efecto completo del plan de boicotear las tiendas y comercios judíos. *Lady* Rumbold sí que lo presenció. «Fue muy cruel y bárbaro», le escribió a su madre.[16] En Berlín, a lo largo de toda la Kurfürstendamm, la calle de moda más famosa de la ciudad, los escaparates estaban inundados de carteles amarillos con mensajes parecidos, muchos decorados con la caricatura de una nariz judía. Varios extranjeros se presentaban, desafiantes, a comprar en las tiendas judías ahora vacías. Lilian Mowrer se pasó un día entero comprando en la Kaufhaus des Westens, mientras que Isherwood optó por ir a Israel's. En la entrada reconoció a un chico del Cosy Corner, que ahora llevaba la camisa parda de las tropas de asalto. A los extranjeros les quedó claro de manera inmediata que muchos de sus conocidos alemanes, fueran cuales fueran sus opiniones políticas, se volvían partidarios de los nazis simplemente como método de supervivencia. En mayo, justo antes de abandonar Berlín para siempre, Isherwood escribía sobre su casera:

> Ya se está adaptando, como se adaptará a cualquier régimen político nuevo. Esta mañana incluso le hablaba con reverencia sobre «el Führer» a la esposa del portero. Si alguien le recordara que en las elecciones del noviembre pasado votó a los comunistas, probablemente lo negaría

> con vehemencia y de absoluta buena fe. Simplemente se ha aclimatado al cambio político, siguiendo la ley natural, como un animal que cambia de piel para el invierno.[17]

James Grover McDonald, presidente de la Asociación de Política Extranjera y que pronto se convertiría en el comisionado de los refugiados procedentes de Alemania en la Liga de las Naciones, llegó a Berlín desde Estados Unidos un par de días después del inicio del boicot. Alto y de pelo rubio, McDonald anotó en su diario que los nazis le consideraban un espécimen ideal de la superioridad nórdica. Le preguntaban continuamente por qué no compartía sus creencias raciales. «Sin duda, usted, un perfecto ario, comprenderá nuestro punto de vista», le dijo un economista. Alemania, le explicaban, «libraba la batalla de la raza blanca» y lo hacía sin ayuda de los franceses decadentes, que se «estaban volviendo negroides», ni de los norteamericanos, cuya propia necesidad de purificación era obvia. Invitaron a McDonald a asistir a un funeral nazi para que fuera testigo de primera mano de la nueva moralidad en acción. Nadie le prestaba la menor atención al «patético» cura, pero, cuando el oficial nazi hizo chocar los tacones, saludó y habló, un estremecimiento sacudió a los presentes. «Es liderazgo espiritual».[18] El 7 de abril, Hitler le dijo a McDonald en una entrevista privada que iba a hacer «lo que el resto del mundo querría hacer. No saben cómo deshacerse de los judíos. Yo les enseñaré».[19]

Pero, como McDonald pronto descubrió, el antisemitismo no se limitaba a los nacionalsocialistas. Mientras viajaba en tren desde Berlín a Basilea, se puso a hablar con un compañero de viaje, a su parecer vendedor. Aunque no era nazi, sus opiniones no dejaban lugar a dudas: «El judío es el bacilo que corrompe la sangre y la raza alemanas. Una vez que es judío, siempre lo será, y no puede cambiar de un tipo de animal a otro. Los judíos solo son el uno por ciento de la población alemana, pero han dominado nuestra cultura, y eso es intolerable —dijo, y añadió con curiosidad—: No parece que su efecto sobre las razas latinas sea tan grave como entre los alemanes».[20]

Por cada extranjero, sobre todo periodista, que durante los primeros meses del Tercer Reich trató de denunciar la verdadera naturaleza de la revolución nazi, siempre hubo muchísimos más

dispuestos a alabarla. Para ellos, Hitler era un visionario, un líder inspirado que, en una era en que tantas otras naciones languidecían, lograba que la gente volviera a tener trabajo, creaba infraestructuras nuevas y emocionantes y, saltaba a la vista, devolvía el orgullo a su pueblo. Antes del golpe de Hitler, el número de visitantes extranjeros a Alemania había disminuido. Pero ahora quienes tenían intereses profesionales empezaron a regresar, pues deseaban ver por sí mismos el Tercer Reich naciente y formarse su propia opinión, ya que los mensajes contradictorios que llegaban desde Alemania los confundían. ¿Era una utopía moderna que otros países debían esforzarse en emular o se trataba, como tantos periódicos denunciaban, de un espectáculo horrendo de brutalidad, represión y antisemitismo?

Un académico británico, Philip Conwell-Evans, fue uno de los primeros apologetas del régimen, aunque, como Karina Urbach señala en su libro *Go-Betweens for Hitler,* ni siquiera ahora sabemos si Conwell-Evans era un auténtico partidario de los nazis o si trabajaba como espía para la inteligencia británica.[21] A principios de 1933 daba clases de historia de la diplomacia en la Universidad de Königsberg, donde el filósofo Kant se había pasado gran parte de su vida. Dada la posición de Königsberg como capital de Prusia Oriental y su proximidad a Polonia y a los Estados bálticos, no era sorprendente que sus estudiantes se interesaran activamente en la política extranjera. «Se sientan en una mesa en el pasillo a las cuatro, cada día, y allí mantenemos debates vigorosos sobre lo que sucede en el mundo», anotó Conwell-Evans. Jamás negó la violencia nazi, pero, como muchos otros comentaristas proalemanes, estaba convencido de que la prensa exageraba los hechos. Al hacer hincapié en las peleas callejeras y las palizas, los periódicos daban a sus lectores la falsa impresión de que ese comportamiento era común a todo el nacionalsocialismo cuando, de hecho, según escribió Conwell-Evans, «solo una pequeña minoría de animales desgracian el movimiento con su actitud. A la gran mayoría los impulsa el idealismo y el deseo de sacrificarse y servir al bien común».[22] Como muchos conservadores, Conwell-Evans se sentía profundamente conectado con los alemanes. Apoyar a los nazis era, desde su punto de vista, algo justo, no solo debido a que Hitler estaba revirtiendo las injusticias del Tratado de Versalles, sino a causa de la sangre que los unía. En lugar de perder el tiempo con asuntos

menores como «la cuestión judía» o unos pocos radicales sueltos, los británicos y los norteamericanos debían unirse con sus hermanos anglosajones germanos y luchar codo con codo contra el enemigo común: el comunismo.

A diferencia de Conwell-Evans, Robert Bernays era un acérrimo crítico del nacionalsocialismo. Y, a pesar de eso, también le impresionó la concentración de acero de los estudiantes nazis con los que se reunió voluntariamente durante una breve visita de exploración a Alemania. Un joven le invitó a su habitación en la Universidad de Berlín. Allí, Bernays descubrió un resumen encapsulado del movimiento. Aunque sobrio y austero, cada objeto que había en la estancia tenía un significado especial, sobre todo el enorme mapa de Alemania que colgaba de la pared y una lista de las colonias confiscadas marcadas en rojo. Solo había una fotografía en la habitación, y era de Hitler; el único mobiliario lo componían una mesa y dos sillas de madera. En un rincón había un equipo de montaña y, en otro, un traje de esgrima. El resto de elementos de la habitación eran una radio y una hilera de jarras de cerveza, trofeos de los concursos de bebida de los estudiantes. Como Bernays observó, un productor cinematográfico que hubiera tratado de ilustrar el auge de los nazis no se habría inventado un escenario más convincente.[23]

Evelyn Wrench, presidente de *The Spectator* y otro de los primeros visitantes a la Alemania de Hitler, viajó allí decidido a «entender el punto de vista del otro». Aunque condenaba sin reservas el trato del régimen hacia los judíos, intentó contextualizarlo. Al regresar a Inglaterra en abril, informó de que muchos de sus amigos alemanes estaban convencidos de que el antisemitismo del actual gobierno pronto terminaría. Se habían esforzado por señalarle a Wrench que Alemania acababa de pasar por una revolución virtualmente sin víctimas y que, como era natural y «como los ingleses sabían por su propia historia», en épocas así pasaban cosas lamentables. Al recordar la conducta de los Black and Tans en Irlanda en 1920, Wrench, que siempre estaba dispuesto a calmar las aguas turbulentas, reconocía sin ambages que no se habían producido incidentes desagradables solo en Alemania. La campaña antisemita, concluyó, se debía a la sensación extendida (y, por inferencia, no del todo irracional) de que, en una época de dificultades económicas y escasez de trabajo, «los judíos se habían quedado una parte desproporcionada del "pastel"». A

pesar de que había oído a jóvenes en Berlín gritar «*Juden verrecke*» ('muerte a los judíos'), Wrench regresó a Inglaterra convencido de que el Gobierno alemán estaba a punto de dejar atrás su cruzada antisemita. «Lo mejor que podemos hacer por los judíos alemanes —afirmó— es intentar mantener una actitud imparcial hacia Alemania y demostrar que verdaderamente deseamos comprender las aspiraciones de este país».[24]

Otros que también regresaban de observar las primeras semanas del Tercer Reich estaban de acuerdo en esa visión, igual que también reconocían lo que contaba Conwell-Evans. Recordaban una hospitalidad generalizada y generosa, casas pulcras y limpias, campos intensamente cultivados, ventanas y alféizares cubiertos de flores, jarras de cerveza espumosa y, por encima de todo, la juventud revigorizada de Alemania, y eso compensaba de sobra algún que otro encuentro incómodo con la agresividad de los camisas pardas. «La primavera está en el aire», escribía el dramaturgo norteamericano Martin Flavin en marzo de 1933:

> Los capullos se están abriendo. Todo es encantador y delicioso. No hay ningún rasgo superficial de angustia de ningún tipo. La campiña está hermosa y tranquila, y en las ciudades se podría oír caer una aguja en la calle. Fráncfort (desde donde te escribo estas líneas) es posiblemente la ciudad pequeña más encantadora del mundo. Quizá siento debilidad por Alemania y por los alemanes. Limpieza, eficiencia, capacidad, orden: me gustan esas cosas. Y también la *juventud* y la *fuerza,* y el hecho magnífico o la ilusión de *ir hacia adelante,* de avanzar hacia un *objetivo,* y la naturaleza trágica de su destino me conmueven; esta triste tardanza, la lucha patética por recuperar lo perdido y (qué maravillosa ironía) por alcanzar algo que es posible que ya esté listo y que para obtenerlo solo haya que esperar a que se disipe la profunda nube negra que llega desde el cielo oriental.[25]

Sin embargo, el siguiente truco propagandístico de Goebbels debió hacer dudar incluso a los más entusiastas. La quema ceremonial de libros en una treintena de pueblos y ciudades universitarias de toda Alemania desveló claramente las intenciones nazis y recordó las famosas palabras de Heinrich Heine: «*Dort, wo man Bücher*

verbrennt, verbrennt man am Ende auch Menschen» ('Allí donde se queman libros, terminarán por quemar también a la gente').

Dymphna Lodewyckx tenía dieciséis años y acababa de llegar a Múnich desde Australia para pasar un año estudiando en uno de los institutos de la ciudad. Pronto se acostumbró a decir *«Heil Hitler»* antes y después de cada lección y a escribir deberes sobre temas como «¿De qué manera pueden las muchachas alemanas servir a nuestra nación?». El 10 de mayo estaba con su madre entre el gentío que observaba «la encantadora procesión de las antorchas, alzadas por los estudiantes elegantemente vestidos que desfilaban por la ciudad iluminada». Cuando los estudiantes llegaron a la Königsplatz encendieron una gran hoguera. A su alrededor, miles de libros, tachados de corruptos o «antialemanes», esperaban para ser arrojados a las llamas. A Dymphna, demasiado joven quizá para entender el significado real de lo que sucedía, «las antorchas llameantes, los libros ardiendo, las llamaradas y los estudiantes uniformados» le parecieron «dignos de asombro».[26] Pero resulta difícil comprender cómo un académico de la talla de Conwell-Evans, que se había doctorado por la Universidad de Oxford, pudo considerar con ecuanimidad tal acto de barbarismo. «Fui un testigo cautivado de la quema de libros en la universidad [de Königsberg]», escribió, como si hablara de un partido de fútbol. Añadió que la quema de libros en Alemania era una tradición que había empezado Martín Lutero y que «por supuesto era más simbólica que comprensiva»,[27] con lo que trataba de dotar un acto abyecto de una apariencia de respetabilidad, una táctica que a menudo desplegarían los defensores extranjeros de Hitler en los años venideros.

Mientras, en Berlín, la incineración se llevó a cabo a escala masiva. Una multitud de cuarenta mil personas se reunió en la plaza entre la universidad y la ópera para contemplar el espectáculo. Cerca de ocho kilómetros de estudiantes llenaron las calles con las antorchas en alto y escoltaron los camiones y coches requisados para transportar los libros condenados. Frederick Birchall, del *New York Times,* describió la escena:

> Todos los grupos estudiantiles estaban representados, con gorras rojas y verdes, púrpuras y azules, junto a una banda de oficiales duelistas enfundados en pantalones blancos, túnicas azules, gorros de felpa y botas altas con espuelas.

> Llegaron portando banderas y entonando cánticos nazis y melodías estudiantiles. Cuando alcanzaron la plaza, ya era medianoche. Allí, en un bloque de granito del pavimento, protegido por una espesa capa de arena, habían erigido una pira funeraria de leños cruzados de unos tres metros cuadrados y casi dos de alto.

Naturalmente, *lady* Rumbold y Constantia estaban allí, en esa ocasión escoltadas por tres fieles y jóvenes miembros del cuerpo diplomático. Constantia describió cómo los estudiantes arrojaban sus antorchas encendidas a la pira mientras desfilaban. Pronto se convirtió en un infierno de llamas, con enormes lenguas de fuego que se alzaban hasta el cielo. *Lady* Rumbold, que opinaba que los estudiantes estaban locos y «que les faltaba una pizca de sentido del humor», se preguntó por qué, ya que destruían tan alegremente la literatura hebrea, no quemaban también la Biblia, «pues sería lo lógico».[28] El presidente de los estudiantes, con uniforme de nazi completo, pronunció un discurso en el que animaba a sus compañeros a proteger la pureza de la literatura alemana. A medida que se arrojaban los libros a la pira, se mencionaban en voz alta los nombres de los autores culpables: «Sigmund Freud, por falsificar nuestra historia y degradar sus grandes figuras; Erich Maria Remarque (el autor de *Sin novedad en el frente),* por degradar el lenguaje alemán y la más alta idea de patriotismo»; la lista parecía interminable. Además de los escritores judíos, también se añadieron figuras como Thomas Mann, que había ganado el Premio Nobel de Literatura en 1929, Helen Keller y Jack London, condenados de igual forma. Los documentos y libros saqueados del Instituto de Ciencia Sexual del doctor Magnus Hirschfeld se arrojaron a la pira con particular fervor. El clímax llegó cuando, a medianoche, Goebbels se subió al estrado y declaró que «el intelectualismo judío ha muerto [...] y el alma alemana puede volver a expresarse».

Mientras las hogueras ardían por todo el país, Birchall terminaba de escribir su pieza para el *New York Times:* «En el humo que se eleva hacia el cielo va algo más que el prejuicio y el entusiasmo de un puñado de universitarios —escribió—. Buena parte del viejo liberalismo alemán, si es que aún quedaba algo de él, se ha quemado esta noche». Hitler llevaba exactamente cien días en el poder.

Capítulo 7

Vacaciones de verano

Hacia el verano de 1933, la confusión que rodeaba la revolución nazi no había hecho sino crecer. Mientras que los viajeros con opiniones políticas firmes, ya fueran de derechas o de izquierdas, encontraban amplias pruebas que confirmaban sus respectivas posturas, muchos otros regresaban a sus casas sin saber qué creer. ¿La implementación de principios socialistas estaba inspirada en el idealismo o en la dictadura? ¿Los campos de trabajo voluntario eran verdadera filantropía o una tapadera de algo más siniestro? ¿Los interminables desfiles, las esvásticas y los uniformes eran una alegre expresión del recién recobrado orgullo nacional o un heraldo de futuras agresiones? Incluso para aquellos más sofisticados políticamente, la Alemania de Hitler era ambigua. En cuanto a lo que se decía sobre gente a la que sacaban a rastras de sus camas y sus casas en mitad de la noche, sobre la tortura y las intimidaciones, muchos extranjeros se limitaban a mirar a otro lado, pues esperaban que, si se centraban en los aspectos positivos del nacionalsocialismo, los más desagradables terminarían por desaparecer. Resultaba mucho más difícil ignorar la persecución contra los judíos. Pero lo cierto es que muchos visitantes en la Alemania de 1933 eran también antisemitas, aunque fuera de forma inconsciente. Para ellos, la desgracia o la incomodidad de unos pocos judíos era un precio muy pequeño que pagar a cambio de la restauración de una gran nación: una que, además, era el principal bastión europeo contra el comunismo.

Sin embargo, el periodista francés de izquierdas Daniel Guérin no tenía la menor duda acerca de la verdadera naturaleza de la Alemania nazi. En mayo emprendió un viaje en bicicleta desde Colonia a Leipzig vía Hamburgo y Berlín. El año anterior había recorrido a pie lo que entonces era la República de Weimar, así que estaba más que cualificado para detectar los cambios que se

habían producido en el breve periodo de tiempo desde que Hitler se había hecho con el poder. Le pareció un panorama devastador:

> Buscar una Alemania socialista más allá del Rin era como explorar una ciudad en ruinas después de un terremoto. Hasta hacía poco tiempo, allí estaba la sede de un partido político, allá la de un sindicato, más allá un periódico y, en esa otra esquina, una librería comunista. Hoy, enormes banderas con esvásticas cuelgan de esos mismos edificios. Esta solía ser una calle roja, sabían cómo luchar. Hoy, uno se cruza con hombres en silencio, y sus miradas son tristes y preocupadas, mientras que los niños te rompen los tímpanos cuando chillan *«Heil Hitler!»*.[1]

Apenas un año antes, el hostal juvenil de Essen estaba lleno de mochileros pacíficos. Ahora rebosaba de jóvenes nazis uniformados, con botas y cinturones, «y la corbata de las Juventudes Hitlerianas cruzaba sus camisas pardas como una mancha negra». En su anterior visita, Guérin escuchaba canciones de Bohemia suavemente acompañadas de guitarra. Esta vez eran cantos marciales, como «La bandera de Hitler nos llama a la guerra», lo que berreaban en una habitación asfixiante que apestaba a sudor y cuero. Pero, como Guérin decía con astucia, «cuando uno canta en un coro, no siente tanta hambre ni la tentación de buscar el *cómo* y el *porqué* de las cosas. Seguro que llevas razón, pues hay cincuenta más como tú que gritan lo mismo». Cuando se enfrentó a un miembro de las Juventudes Hitlerianas, la única respuesta del joven fue: «¿Es que no hemos salvado al mundo de los bolcheviques?».[2]

Esa afirmación, que los nazis repetían hasta la saciedad, hallaba eco entre los extranjeros, especialmente en gente como el teniente coronel *sir* Thomas Moore, que, además, era diputado británico y que había estado dos años en Rusia justo después de la Revolución. En la década de 1930 viajaba regularmente a Alemania y, después de entrevistarse con Hitler por primera vez en septiembre de 1933, escribió: «Si puedo juzgar a partir de mi contacto personal con *Herr* Hitler, la paz y la justicia son las palabras clave de su política».[3] Moore odiaba con ferocidad el comunismo, pero los puntos de vista políticos de *sir* Maurice Hankey, secretario de gabinete del Gobierno británico desde 1916, eran un

modelo de juicio equilibrado. Y, sin embargo, incluso él asumió que la asombrosa renovación en la confianza que él y su esposa observaban por doquier mientras conducían a través de Alemania ese agosto (y cantaban corales de Bach) se debía a que Hitler había liberado la nación de la amenaza bolchevique.

Era una teoría que *sir* Eric Phipps, el sucesor de Rumbold como embajador británico, rechazaba por completo. Él sostenía que Hitler había exagerado notablemente el elemento comunista, pero que lo había hecho con resultados excelentes. Los nazis sabían a la perfección que, de hecho, la amenaza había sido mínima, pero, al repetir hasta la náusea que existía, no solo habían logrado lavar el cerebro del público alemán, sino que también habían convencido a un buen número de extranjeros de que el Führer se las había arreglado para eliminar la «marea roja» él solo e impedir que asolara Alemania y, después, todo Occidente.[4]

Aunque Hankey insistía en que la única razón que lo llevaba a Alemania eran unas vacaciones, lo que contó después de su viaje lo tomaron muy en serio en Whitehall, naturalmente. Pronto se dio cuenta de que, a pesar de la intensa campaña para asegurar que cada ciudadano, instituto, universidad, oficina pública e institución alemanes abrazaba la doctrina nazi, el entusiasmo difería notablemente de un *land* ('región') a otro. Los ciudadanos de Baden-Wurtemberg, por ejemplo, aún se aferraban a una tradición liberal que, en muchos aspectos, tenía más en común con Francia que con Prusia. En ciudades como Darmstadt, Heidelberg y Karlsruhe, los Hankey habían visto muchas menos esvásticas en las casas y en los coches. Dresde, con su tozuda reputación «roja», era otra ciudad donde el apoyo a Hitler estaba lejos de ser universal. En cuanto a Renania, a Hankey le pareció una región particularmente próspera y alegre, una visión compartida por Nora Waln, la escritora norteamericana de *best sellers* que vivió en Bonn a mediados de la década de 1930. El nacionalsocialismo había llegado relativamente tarde a la zona e incluso entonces se había visto apaciguado por el catolicismo tradicional de sus habitantes y por el miedo de que una exhibición abierta de militarismo provocase otra invasión francesa. «Esta gente tiene vino en las venas, y no sangre —le había dicho un amigo berlinés a Waln poco después de su llegada—. Les importa más el carnaval que la política». Dejó claro que, tan pronto como Alemania volviera a ocupar Renania, esa actitud tendría que cambiar, y añadió

ominosamente: «Su vida y su vigor deben conducirse a fines más prácticos: al servicio del Estado».[5]

Pero, a pesar de las diferencias regionales, en el verano de 1933 no se podía negar la abrumadora presencia nazi en toda Alemania. «Al mirar atrás —concluyó Hankey unas semanas después—, la impresión que tengo es de un desfile sin fin; había incesantes marchas y contramarchas de los nazis, bandas de música, cánticos (no musicales, sino de tipo marcial, militar), patrullas, saludos fascistas y uniformes de color caqui por todas partes». Todo el país, informó, se encontraba en un estado de exaltación absoluta. «Hitler nos ha devuelto a nuestro nivel», era la frase que todo el mundo le repetía, desde abogados prominentes hasta asistentes de garaje.

La voluntad de la clase de media de aceptar la carga adicional que los nazis les impusieron le sorprendió. Las mujeres parecían satisfechas de abandonar las libertades que hacía tan poco habían obtenido bajo el Gobierno de Weimar. Ahora no solo las desanimaban para que no buscasen trabajo, sino que las censuraban de manera abierta si fumaban en público o llevaban maquillaje. Sin embargo, en general, todo el mundo parecía notablemente listo para realizar cualquier sacrificio que se les exigiese, siempre y cuando fuera en interés del pueblo alemán, según subrayaba Hankey. Y no todo era sacrificio, por supuesto. Informó de que las tiendas estaban llenas de productos, que los tranvías funcionaban de maravilla, que había agua caliente en las habitaciones de hotel y, por todas partes, gente bien vestida consumía grandes cantidades de vino y de cerveza. Era, dijo, «como si toda Alemania estuviera de vacaciones».[6]

Ningún viajero en la Alemania de 1933, por distraído que fuera, podía dejar de fijarse en el extraordinario alcance que el movimiento nazi tenía entre los jóvenes, ya fueran miembros de las SA, las SS, las Juventudes Hitlerianas o simples trabajadores voluntarios. Después de observarlos atentamente durante tres semanas, Hankey sintió que comprendía mejor la paranoia francesa, puesto que parecía imposible que estos jóvenes ardientes y disciplinados no pidieran armas a la menor señal de problemas. Y, dada la velocidad con la que se podía atender su petición, no le cabía ninguna duda de que «Hitler había sembrado los dientes de dragón».[7]

Los desfiles, las ceremonias, las bandas y los saludos que se empleaban con tanta efectividad para atraer a los jóvenes arios ya

no solo tenían lugar durante los grandes festivales nazis, como el Día Nacional del Trabajo (con el que Hitler había reemplazado al Día del Trabajador), sino que se escenificaban cada domingo en todas las ciudades, pueblos y villorrios del país. Esta «locura colectiva» semanal, como Guérin la describía, empezaba a las siete de la mañana cuando los altavoces vociferaban el himno nazi (la canción «Horst Wessel») y seguían hasta el inevitable desfile con antorchas, cerca de la medianoche. Un domingo de verano, Guérin se encontró entre una delegación de veteranos. Llevaban sus viejos uniformes y sus cascos prusianos con pincho y se habían acercado desde kilómetros a la redonda para participar en las festividades. Mientras permanecían de pie y escuchaban el concierto de la unidad 42 de las tropas de asalto, Guérin se fijó en el éxtasis con el que las chicas a su alrededor reaccionaban al menor ruido de botas pisando el suelo, lo que señalaba la llegada de más tropas de las SA, un recordatorio del perturbador erotismo que subyacía en el nazismo. «Sin las botas, sin el olor a cuero, sin el paso rígido y severo de un guerrero —escribió—, hoy es imposible conquistar a estas Brunildas».[8]

Nada podía constituir un mayor contraste con el color y la cacofonía de la ocasión que el oscuro y húmedo túnel bajo el Elba, en Hamburgo, donde Guérin visitó a sus camaradas comunistas varias semanas más tarde. Guérin también fue a las chabolas donde los hombres y mujeres vivían «en casas de madera roídas por la carcoma» y en cuyas paredes se leían pintadas desafiantes: «Muerte a Hitler» y «Larga vida a la revolución».[9] Al parecer, aún existían algunos lugares en Alemania donde ni siquiera los nazis se atrevían a aventurarse.

A Hankey le llamó la atención el aislamiento de Alemania. La gente no podía viajar al extranjero y sus periódicos, bajo una férrea censura, ofrecían pocas pistas acerca de lo que sucedía en el resto del mundo. A pesar de eso, los alemanes que conocía sentían una intensa curiosidad por el Reino Unido. La pegatina GB que llevaba en su coche demostró ser un pasaporte hacia el éxito en sus encuentros con los oficiales, los nazis y el público en general por igual. Se sentía perplejo sobre por qué su modesto Morris 8 despertaba tanto interés, hasta que se dio cuenta de que se debía simplemente a que era británico. Hankey escribió que resultaba muy agradable que tuvieran a Inglaterra en tan alta estima y también darse cuenta de hasta qué punto a los alemanes de a pie

les preocupaba que el Reino Unido, a su vez, tuviera una buena opinión de ellos.

Una vez terminadas sus vacaciones, los Hankey cruzaron la frontera de regreso a Bélgica. Y lo hicieron con alivio. A pesar de la amabilidad y la hospitalidad que les habían brindado durante sus tres semanas de asueto y de los hermosos paisajes, la buena comida y los hoteles cómodos, en última instancia había sido una experiencia perturbadora:

> Al llegar a la tranquilidad de Spa, en Bélgica, mi esposa y yo experimentamos la asombrosa sensación de haber regresado a la civilización. Todos los gritos y el ruido y los cánticos de los nazis, todos los estímulos y la excitación se habían desvanecido. Nos sentimos personas normales en un país que vivía en condiciones normales, y jamás he apreciado más la sólida normalidad de Inglaterra como cuando volví allí después de mi paso por Alemania.[10]

Tanto Hankey como Guérin eran los dos observadores entrenados que querían entender la situación política, pero otros extranjeros, como el artista norteamericano Marsden Hartley, podían llevar una existencia totalmente ajena a la realidad de la Alemania nazi. Justo cuando Guérin se disponía a partir en un largo trayecto en bicicleta, Hartley llegó a Hamburgo para instalarse sin fecha de regreso. Si tenemos en cuenta que no era fascista ni antisemita, que hablaba bien el alemán, conocía el país y era un defensor entusiasta del arte contemporáneo que los nazis tanto detestaban, las cartas que escribió ese verano son sorprendentemente ingenuas. Aunque admite que el trato que se daba a los judíos era «bastante horrible», Hartley creía que «Hitler como persona sí que representa una sensación nueva en el idealismo y la devoción nacional».[11] En otra carta, escribe:

> Apenas me doy cuenta de que estoy en Alemania [...]. Casi nunca hablo con nadie porque no me cruzo con gente nueva [...]. Supongo que uno debería ser más humano y preocuparse por que haya cientos de personas pasando hambre, pero terminamos por no verlos [...] porque no salen de sus casas. No pueden mendigar, porque, si lo hicieran, acabarían en prisión. Así que lo único que veo

> son las clases pudientes, que se toman tarros de nata y toneladas de comida porque pueden [...]. Bueno, todo es muy complicado y, además, no me atrevo a hablar con nadie por la calle porque soy extranjero, así que me limito a ocuparme de mis asuntos.[12]

Hartley era ya un germanófilo convencido cuando llegó a Hamburgo, pero hacia el verano de 1933, exactamente seis meses después de que Hitler ascendiera al poder, los turistas normales ya tenían una actitud cautelosa ante Alemania. Las historias de las «cazas de judíos», la quema de libros, las leyes de esterilización, los campos de concentración y el aplastamiento despiadado de la oposición no eran buenos eslóganes para atraer el turismo, sobre todo de los países que Hitler se esforzaba por seducir: Inglaterra y Estados Unidos. Los artículos periodísticos que comparaban a los nazis con el Ku Klux Klan (publicados en el *Manchester Guardian* poco después de la ceremonia de quema de libros)[13] no animaban precisamente a viajar a Alemania.

Aunque los nazis odiaban el internacionalismo, entendían muy bien la importancia del turismo como herramienta propagandística. Era esencial que la imagen negativa que proyectaban hacia el extranjero quedara contrarrestada, y no solo por los alemanes. Los turistas extranjeros debían regresar a sus hogares con experiencias memorables del Tercer Reich, para que, una vez allí, alabaran espontáneamente al régimen. Por lo tanto, atraerlos a Alemania se convirtió en una prioridad para el Comité del Turismo del Reich, que se fundó en junio de 1933. Esta poderosa oficina estuvo a la altura del reto. Se tranquilizaba a los visitantes potenciales: fuera lo que fuera que hubieran leído en sus periódicos «de tendencia judía», la vida en el Tercer Reich era totalmente normal. Alemania era «una nación progresista, de fiar y amante de la paz, un país feliz de gente que disfrutaba con los festivales y con la comida, y de campesinos sonrientes y amantes de la música».[14] Los folletos de viajes mostraban pueblecitos pintorescos, vestidos coloridos y policías amistosos, y se enviaron miles de ejemplares al extranjero, desprovistos de toda violencia antisemita, que ahora se reservaba solo para el mercado doméstico. «Vengan a comprobarlo —decía uno de los folletos—. Alemania está en cabeza: no hay desempleo, la producción está en niveles altísimos, hay seguridad social, enormes proyectos para

el desarrollo industrial, planificación económica, eficiencia organizada y una voluntad dinámica de ir hacia delante; somos un pueblo feliz y enérgico que gustosamente compartirá sus logros con usted».[15]

Y lo cierto es que la campaña funcionó. Durante los años siguientes, muchos viajeros que una vez vacilaron cayeron rendidos ante los encantos de Alemania, y el país les pareció tan delicioso que regresaron una y otra vez. En verano de 1933, sin embargo, la propaganda del Comité del Turismo del Reich aún no había dado sus frutos. Los turistas extranjeros escaseaban tanto que Bradford Wasserman, de quince años, y sus compañeros *boy scouts,* de camino a la cuarta Jamboree Scout Mundial en Hungría, debieron causar cierto revuelo. Bradford era un muchacho judío de Richmond, Virginia, y quizá no sabía mucho de política, pero estaba claro lo que pensaba de Hitler: «Tenemos que llevar pañuelos azules al cuello por toda Alemania, en lugar de rojos, porque el idiota de Hitler no permite que sean de color rojo. Es un *utsna* ('loco' en el latín de los cerdos que los niños usan para disimular lo que dicen)». Las breves entradas del diario de Bradford, donde mezcla banalidades turísticas con atisbos de la pesadilla nazi, tienen una fuerza especial:

> Fuimos a Múnich en tren. Fue un viaje muy cansado. Llegamos a las diez en punto. Me aseé y me fui a dormir. Un nazi subió a nuestro tren cuando estábamos en Múnich y al salir vi a un chico de siete o nueve años con un uniforme nazi. Vimos varios fuertes antiguos y también la Selva Negra. Aquí llueve mucho. El nazi era de los de Hitler.

La entrada del diario de Bradford cuando estuvo en Dresde, donde la oposición a Hitler aún coleaba, reza: «Compré un poco de helado para algunos. Antes de que llegáramos, habían matado entre doscientas y ciento cincuenta personas en Dresde. Mañana vamos a visitar la ciudad. Pasamos por los distintos hoteles para coleccionar etiquetas. Vi a algunos de los hombres de Hitler». Bradford, a quien le gustaba ir de compras, se sintió decepcionado porque no era posible regatear en Berlín. «Fui a comprar. El dinero se va volando. Veo muchas banderas nazis y tiendas donde hay uniformes y cuchillos nazis. Es muy difícil hacer el judío, cuando lo intento, me señalan un cartel que dice que los

precios son fijos».* Sin embargo, tuvó más éxito en una visita a Potsdam. «Subir por el río fue muy bonito. Me hice con un pedacito de madera del suelo del palacio del káiser. Se ven muchos niños y soldados con el uniforme de Hitler. Saqué una fotografía del palacio de la Orangerie porque era muy hermoso. Una banda de nazis pasó cantando».

Para un adolescente que estaba en su primer viaje al extranjero, debió resultar una experiencia inolvidable. Pero, a pesar de la brevedad de su diario, queda claro que Bradford había comprendido lo suficiente de la nueva Alemania como para estar agradecido de regresar a Estados Unidos, aun si el barco no era «nada del otro mundo». Una vez en alta mar, se fijó en que «había muchos judíos y alemanes a bordo. Supongo que se alegran de irse de Alemania. Ahora veo un señor con una kipá. Tengo sueño».[16]

Clara Louise Schiefer, de Rochester, Nueva York, pasó un mes en Alemania ese verano, en un viaje de escuela. Hicieron excursiones y montañismo, cantaron y comieron grandes cantidades de helado. Por el diario de Clara, es obvio que la comida era una prioridad importante. «En Goslar nos dimos un *festín,* con tomates y todo», y en Wuppertal, añade, «hubo una merienda excelente con muchos tipos distintos de pastel y uno especialmente bueno de cerezas».[17] Los adolescentes se alojaron en *Jugendherbergen* ('albergues juveniles'), incluido el primero en abrirse en todo el mundo, en Altena, a unos setenta kilómetros al noreste de Colonia. Lo abrió en 1912 un maestro de escuela local, Richard Schirrmann, y estaba ubicado en un castillo del siglo XII encaramado en una colina que daba al pueblo.

Después de la guerra, la iniciativa de Schirrmann se había popularizado y los albergues juveniles se multiplicaron como setas por toda Europa. Para entonces, había abandonado su trabajo como maestro para liderar el movimiento. Era un idealista y esperaba que, al fundar la Federación Internacional de Albergues Juveniles en 1932, los jóvenes de distintos estratos y orígenes sociales se entenderían mejor al coincidir en los albergues y promoverían la paz mundial. No podía haber sucedido en

* La expresión «hacer el judío», hoy tabú, se utilizaba con frecuencia hasta hace muy poco. En 2013 se produjo un escándalo cuando un político republicano de Oklahoma dijo que le habían hecho «una judiada con el precio» durante un debate público.

un momento peor. Sus ilusiones tenían muy poco que ver con el objetivo de educar a los jóvenes alemanes para convertirlos en la disciplinada y despiadada raza suprema. Inevitablemente, Schirrmann perdió su trabajo, y el albergue juvenil donde Clara y sus compañeros habían cantado hacía poco con sus nuevos amigos alemanes pronto se llenó de los ecos de los cánticos militares de las Juventudes Hitlerianas. Clara no menciona a los nazis en su diario ni a Hitler o la «cuestión judía». Su Alemania es un país alegre y benévolo, lleno de sol y de música. Tampoco hay comentarios políticos en el diario de Louise Worthington, una maestra de escuela de Kentucky. Aunque ese agosto viajó durante tres semanas por toda Alemania, la única vez que menciona a los judíos es cuando describe su distrito en Núremberg: «Entonces llegaron las calles judías, Hof y Gassen, estrechas y tortuosas y sucias».[18]

Mary Goodland quería mejorar su alemán antes de ir a la Universidad de Oxford en otoño de 1933, así que optó por pasar unas semanas con una familia en Düsseldorf. Recordaba con perfecta claridad, a los cien años, lo ajena que había sido a los tremendos cambios que tenían lugar por ese entonces en Alemania. Y también sus anfitriones: solo cuando los elegantes escaparates *art nouveau* de Tietz, los almacenes locales judíos, quedaron hechos pedazos (a las cuatro de la madrugada del 1 de abril), *Frau* y *Herr* Troost, después de una acalorada discusión, decidieron que seguirían el ejemplo de sus vecinos y colgarían algunos carteles pronazis. Por eso mismo, *Herr* Troost pensó que sería prudente participar en el siguiente desfile de antorchas de las SA. No era un hombre dinámico, así que fue en taxi. Cuando regresó, también en taxi, no tenía ganas de hablar del resurgimiento de Alemania, de las iniquidades del Tratado de Versalles ni del odio a los judíos, sino de las inmensas picaduras de los mosquitos que le habían acribillado los tobillos durante el desfile.[19]

Poco antes de que los Rumbold abandonaran Berlín de forma definitiva el verano de 1933, Constantia recibió una curiosa invitación. Lexie, una joven de su edad a la que conocía superficialmente, le preguntó si quería conocer a los guardas personales de Hitler, los *Schutzstaffel,* más conocidos como las SS. Lexie le explicó que esos hombres eran todos bávaros, que habían apoyado

a Hitler desde el principio y que habían estado a su lado durante el golpe de Múnich.

La noche siguiente, Constantia se encontraba en el elegante coche de Lexie mientras se dirigían al este, hacia el distrito del canal de Berlín. Se detuvieron frente a una casa grande y de aire misterioso, que, según le informaron, pertenecía al capitán Ernst Röhm. Cuando Lexie llamó tres veces, la puerta «se abrió de repente con dramatismo». No parecía que hubiera nadie. Pero, en lo alto de una empinada escalera, se alzaba un soldado, dispuesto a acompañarlas hacia «un torbellino de luz». Doce hombres recibieron a Constantia con un rígido saludo y haciendo chocar los talones. Sus uniformes negros y plateados decorados con calaveras y huesos, sus botas negras y altas, los cinturones y los revólveres que llevaban a la vista le resultaban chocantes y fuera de lugar en aquel *gemütliche* ('acogedor') salón de Berlín, con los muebles de caoba oscura, el juego de café de porcelana y la mesa iluminada por velas. Entonces se fijó en algo extraño en la sala: había una serie de camas arrimadas a las paredes. «¿Por qué hay tantas camas?», preguntó inocentemente. Tras una pausa incómoda, le explicaron que el capitán Röhm tenía muchos visitantes de lugares muy diversos del Reich y que era necesario tener siempre camas listas en caso de que alguno quisiera pasar la noche. Añadieron que Röhm lamentaba no estar allí para recibirla, pero que le mandaba sus saludos personales. Esperaba que disfrutase de la típica fiesta bávara que habían preparado en su honor. Una vez sentada a la mesa, Constantia recuerda que «tenía que pellizcarme continuamente para asegurarme de que estaba en verdad sentada en un extremo de esa larga mesa con Lexie delante de mí y, en medio, a la luz de las velas, doce de los hombres más duros que había visto jamás». Entonces la propaganda empezó a manar con intensidad. Convencidos de que todo cuanto le dijeran llegaría directamente a oídos de su padre, y de ahí al Gobierno británico, los jóvenes se pusieron manos a la obra:

> Durante el plato de salchichas trabajaron incansablemente, y cada uno hablaba por turnos como un disco de gramófono. Era imposible interrumpirlos. Al principio trataba de llevarles la contraria o de transmitirles mis opiniones, pero descubrí que los desconcertaba totalmente. Me miraban sin comprender nada. Se producía una pausa

> y luego todos se lanzaban a brindar con cerveza, y el gramófono volvía a ponerse en marcha. Me rendí.[20]

Hacia el final de la cena, la puerta se abrió de repente y entró Rudolf Hess. Constantia se fijó en que el pelo negro se le erizaba por encima de la frente y que bajo sus pobladas cejas negras brillaban unos ojos astutos y grises. El interés en la hija del embajador inglés desapareció entre los discípulos de Hitler, que corrieron a arremolinarse alrededor del Führer adjunto, ansiosos por enterarse de las últimas noticias del partido.

A diferencia de Röhm y de Hess, Joachim von Ribbentrop era relativamente desconocido en verano de 1933. Como su esposa era miembro de la familia Henkell, que había hecho su fortuna con el champán, y él hablaba bien inglés, se lo consideraba socialmente superior a la mayoría de los integrantes del círculo íntimo de Hitler, aun cuando su «von» era falso. Ribbentrop se convirtió en una figura habitual del circuito diplomático, aunque pocos extranjeros en esa época conocían sus lazos con los nazis. Después de conocerlo en la Embajada francesa, Constantia a menudo frecuentaba su casa en Dahlem para jugar al tenis. «La villa Ribbentrop era blanca y moderna, y se erigía en un pequeño jardín. Estaba bien amueblada y llena de pinturas francesas de arte contemporáneo. Había una pista de tenis y una piscina. Tenía todo el aspecto decadente del sur de Francia», recordaba. Después de un partido especialmente agotador (él era buen jugador), Constantia y Ribbentrop se sentaban a tomar limonada y hablar de política. «En Inglaterra no parece que ustedes entiendan que Alemania es el baluarte que los defiende contra los bolcheviques, y también al resto de Europa», decía, repitiendo constantemente el mantra ya familiar. Según Constantia, su esposa, Annelise, «tenía una expresión ansiosa permanente» gracias a migrañas interminables y a una enorme piara de ruidosos niños. Años más tarde, un «destacado alemán» le dijo que Ribbentrop solo se había hecho nazi por orgullo herido. Despreciado por los Graf y los Junker como un vendedor de vino arribista sin familia, habían rechazado su petición para unirse al club más prestigioso de Alemania. Fue entonces cuando giró su atención hacia los nazis.[21]

Después de semanas de fiestas de despedida agotadoras, los Rumbold finalmente se fueron de Alemania el 1 de julio de 1933. Esa misma tarde, Arthur Duncan-Jones, decano de Chichester,

volaba hacia el aeropuerto de Tempelhof tras disfrutar del vuelo, «excepto por el ruido». El decano tenía una misión. La Iglesia de Inglaterra acababa de fundar el Consejo de Relaciones Exteriores, presidido por el obispo de Gloucester, y le habían pedido que informara sobre el estado de la Iglesia evangélica. Aunque el contraste entre Chichester, salida de una novela de Trollope, y el Berlín nazi era más que notable, el decano se sumergió en su tarea con entusiasmo y disfrutó claramente del aire de espionaje que emergía de la tarea que le habían encomendado. «No me resulta posible describir las últimas y atareadísimas veinticuatro horas —le escribió a su esposa—, aun si fuera aconsejable hacerlo, que no lo es. Tengo la sensación de que ya saben que he llegado». Asistió a una misa llena de gente en la Karl Friedrich Gedächtniskirche para oír la prédica del obispo nazi Joachim Hossenfelder. «*Nun Danket, Ein Feste Burg,* el coro del Aleluya y todo eso», informó a su esposa. «Y muchos nazis. ¡Bueno, bueno! Ahora estoy disfrutando de un puro y una copa de Mosel. Volaré de regreso el martes. Siento que acabo de protagonizar una historia detectivesca a lo Anthony Hope, Phillips Oppenheim o Edgar Wallace». Y, al despedirse, añadió: «¡Qué alemanes son los alemanes, y Lutero es el peor de todos ellos!».[22]

Un fascista de clase alta a quien el decano había conocido en el avión le presentó a otros personajes, y de ahí salió una inesperada audiencia con el propio Führer. «Me pareció que había resultado bastante difícil conseguir la entrevista —informó el decano al Consejo de Relaciones Exteriores—, y cuando entré en la sala para reunirme con él, sentí que la atmósfera era tensa». Sin embargo, salió convencido de que, en conjunto, Hitler decía la verdad cuando afirmaba que, como católico, no deseaba mezclarse en los asuntos de los protestantes ni interferir en la libertad de la Iglesia.

Aunque su viaje fue breve, el decano pensó que se había hecho cargo de la situación y que era capaz de informar al Consejo con fiabilidad. Había descubierto que incluso los que sufrían bajo el nuevo régimen apoyaban a Hitler porque consideraban a los nazis como la única alternativa frente a los bolcheviques. Cristo se había convertido ahora en un líder más importante en la lucha contra el comunismo que en la salvación del pecado. «Muchos de ellos están convencidos —escribió el decano— de que Hitler es un enviado de Dios y de que el éxito de su movimiento después de sus humildes inicios y diez años de lucha es la prueba de que

Dios ha obrado el milagro». La gran pregunta era qué tenía que hacer la Iglesia de Inglaterra, si es que debía tomar alguna postura declarada. Después de hablar con muchos clérigos en primera línea, el decano no dejaba lugar a dudas: cualquier expresión de simpatía con los perseguidos por parte de la Iglesia de Inglaterra sería considerada «absolutamente desastrosa».[23]

Otros extranjeros interesados en el bienestar de la Iglesia pronto se dieron cuenta de que «la religión» que muchos nazis preferían tenía muy poco que ver con el cristianismo tradicional. Philip Gibbs, periodista y autor, dejó escrito un análisis muy interesante de la fe nazi que le había proporcionado un empresario francés al que había conocido en Alemania en 1934. El francés le dijo que se trataba simplemente de una regresión al paganismo tribal y racial. La nueva religión rechazaba enfáticamente el Gobierno constitucional, el Parlamento y el debate de ideas. Los jefecillos gobernaban al pueblo bajo un líder supremo, cuya palabra era ley. Y, a la manera de las antiguas deidades, él también era mitad dios y mitad guerrero. Las fronteras nacionales dejarían de existir porque, en este sistema, la sangre llamaba a la sangre. El objetivo último era una confederación flexible de tribus germánicas cuyas raíces se remontaban a la selva primitiva. A los grupos escandinavos en Polonia, Hungría y Rusia se les permitiría unirse al núcleo, pues ellos también descendían de la selva alemana. Los viejos dioses no habían muerto, solo estaban dormidos. El mito cristiano los había desposeído y, como era hostil al instinto y a la naturaleza, había debilitado el espíritu germánico al privarlo de vitalidad y deshumanizarlo. Ahora, la fuerza, el valor y la energía volverían a erigirse como las verdaderas virtudes de la masculinidad, y se apartaría a un lado la introspección, el intelectualismo y la conciencia mórbida. Los dioses paganos y el espíritu pagano volvían a cabalgar, reencarnados.[24]

Es difícil adivinar cuánto de todo esto pudo comprender el decano de Chichester en su breve viaje a Berlín (el obispo de Gloucester le aseguró al obispo de Chichester que se reembolsarían las veinticinco libras esterlinas de gastos del decano). Pero en una carta escrita varios años más tarde, el decano sostenía que muchos alemanes habían abandonado el credo cristiano y que preferían recitar: «Creo en la madre alemana que me engendró. Creo en el campesino alemán que surca la tierra. Creo en el obrero alemán que fabrica cosas para la gente. Creo en los muertos que

dieron sus vidas por su gente. Pues mi Dios es mi pueblo. Creo en Alemania».[25] Curiosamente, el principal profeta de esta visión pangermana era un inglés, Houston Stewart Chamberlain, y su meca era un pueblecito que no se encontraba en lo más profundo de los bosques germanos, sino entre las plácidas colinas del norte de Baviera, a medio camino entre Berlín y Múnich, en un lugar llamado Bayreuth.

Capítulo 8

Festivales y espectáculos

Hijo de un almirante británico, Houston Stewart Chamberlain había desarrollado de joven una relación obsesiva con Alemania, compensada por un desagrado igualmente obsesivo hacia su país de origen. En 1882 se bautizó en la fe wagneriana al asistir a seis representaciones consecutivas de *Parsifal* en Bayreuth. Abrumado por la fusión de Wagner de música, drama, religión y filosofía, por no mencionar a los héroes arios y el bosque primigenio, Chamberlain descubrió un mundo que encajaba perfectamente con el suyo. En 1899, a la edad de cuarenta y cinco años, publicó *Las bases del siglo XIX,* una obra abiertamente antisemita. Su mensaje central era sencillo: «Física y mentalmente, los arios son superiores a todas las razas; por ese motivo son por derecho propio [...] los amos del mundo».[1] El libro pronto se convirtió en un superventas, y no solo en Alemania. Chamberlain presentaba su repugnante tesis de forma tan convincente que se granjeó aplausos en Francia, Estados Unidos y especialmente en Rusia. En el Reino Unido, George Bernard Shaw la calificó de obra maestra histórica. Antes de la Primera Guerra Mundial, se habían vendido cien mil ejemplares y, hacia 1938, unos doscientos cincuenta mil. El káiser estaba encantado con el libro, y le dijo a Chamberlain: «Dios le ha enviado al pueblo alemán el libro de usted».[2] Para Hitler, el libro se convertiría en un texto sagrado y su autor, que en 1908 se casó con una de las hijas de Wagner, en su profeta favorito.

Es curioso que dos de los más ardientes y tempranos acólitos de Hitler fueran británicos. Emparentados por sus respectivos matrimonios y vecinos en Bayreuth, Houston Chamberlain y Winifred Wagner (cuyo apellido de soltera era Williams), se volvieron tan implacablemente alemanes que ni siquiera hablaban en inglés entre ellos. Ambos habían tenido infancias desgraciadas, sobre todo Winifred. Huérfana desde muy pequeña, terminó siendo

adoptada por una pareja de alemanes de mediana edad, y así fue como se introdujo en el círculo de Wagner. En 1915, a los dieciocho años, se casó con el hijo de cuarenta y cinco años de Wagner, Siegfried. Al año siguiente, Chamberlain se hizo ciudadano alemán.

Con el estallido de la Gran Guerra, un crepúsculo prolongado se cernió sobre las obras musicales de Wagner. Bajo espesas capas de polvo, los decorados de *El holandés errante* aún permanecían en el escenario del Festspielhaus en 1919, listos para la representación del 2 de agosto de 1914 que jamás tuvo lugar. El día anterior, justo antes del tercer acto de *Parsifal,* Alemania le había declarado la guerra a Rusia. Cuando Harry Franck visitó Bayreuth cinco años después, el futuro del festival no era muy halagüeño. La «representación de gala» a la que asistió en la Festspielhaus no era nada del otro mundo. Vio que el foso de la orquesta estaba lleno de sillas rotas y atriles y que la orquesta apenas parecía estar viva. «Una luz, ligeramente más potente que una vela, brillaba bajo la cúpula de la ópera y arrojaba unas sombras retorcidas y extrañas sobre su esplendor majestuoso y polvoriento». Aunque era un agradable y cálido día de verano, dentro de la sala hacía tanto frío que el escaso público «temblaba audiblemente en sus cortas prendas de imitación».[3]

Pero en verano de 1923, a pesar de la inflación y del desánimo general, ya estaban en marcha los preparativos para la reapertura del festival al año siguiente. El gran tenor danés Lauritz Melchior se presentaba a las audiciones para los papeles de Sigmund y de Parsifal. Entonces desconocido, había llegado a Bayreuth con su mecenas, el exitoso y sobre todo riquísimo escritor inglés Hugh Walpole. Este se había prendado de Melchior (al que llamaba David) después de oírlo cantar en un concierto al aire libre en Londres. Aunque en esta ocasión Walpole solo se quedó en Bayreuth diez días, fue tiempo suficiente para que se desarrollaran idilios dignos de *Noche de reyes*, la obra de William Shakespeare. Melchior era un mujeriego empedernido al que Walpole adoraba; a este, a su vez, lo adoraba Winifred, cuyo marido, Siegfried, era homosexual. A pesar de las complicaciones, Walpole se hizo amigo de Winifred, a quien describió como una «mujer sencilla y dulce».[4] Admiraba su coraje al hacer frente a las «insuperables dificultades» que la vida le planteaba y se sintió conmovido cuando lo escoltó personalmente a rendir homenaje a la tumba del Maestro, en el

extremo más alejado del jardín. Apenas unas semanas más tarde, el 1 de octubre de 1923, Winifred acompañó a otro hombre a la tumba de Wanger, alguien que la había hechizado aún más. Fue el día que marcó el principio de su famosa amistad con Adolf Hitler y su igualmente famosa relación con el Festival de Bayreuth.

Hitler no pudo asistir a la reapertura del festival en 1924 por la sencilla razón de que aún estaba en prisión tras su *Putsch* fallido. Pero sí que estuvo allí al año siguiente, el 23 de julio, sentado con Hugh Walpole en el balcón privado de la familia Wagner para ver la representación de *Parsifal*. «Un día dramático —anotó Walpole—. Truenos por todas partes, dentro y fuera».[5] No mencionó a Hitler en esa ocasión, pero, quince años más tarde, en un artículo para una revista literaria de Londres, rememoró: «Me pareció que era terriblemente maleducado y de muy bajo nivel —escribió—. Cuando Winnie Wagner dijo que sería el salvador del mundo, me limité a reírme [...]. Pensaba que era estúpido, valiente y desastrado».[6] La representación conmovió profundamente a ambos hombres. Al inglés, debido a su amor no correspondido por Melchior, que cantaba el papel protagonista. «Fue una actuación magnífica, encandiló a todo el mundo».[7] Y Hitler, «con lágrimas en el rostro»,[8] sin duda debió ver en Parsifal un reflejo de sí mismo, el hombre sencillo y humilde llamado por el destino para sanar la hasta entonces incurable herida de Alemania.

Naturalmente, la presencia de Hitler en el festival de 1925 le dio al evento un notable aire nacionalsocialista, ya bastante aparente el año anterior. En aquella ocasión, a Winifred le habían reprochado duramente que hablase inglés con Walpole en la Festspielhaus, mientras que, para horror tanto de wagnerianos extranjeros como de los nativos, los hitlerianos en el público se habían puesto en pie de forma espontánea al final de *Die Meistersinger* para cantar *«Deutschland über Alles»*. Pero, aunque el patrioterismo descarado era ahora parte inseparable del festival, Walpole aún se veía capaz de decirle a su editor: «Son todo amabilidad para conmigo, y debo decir que los alemanes musicales, cuando uno logra apartarlos de la política, son gente de lo más cálida y de buen corazón», aunque proseguía, «las intrigas entre bambalinas son asombrosas».[9] Hacia principios de agosto, ya se había cansado: «No lamentaré irme de aquí. El tiempo es atroz y hay un montón de cosas que me sacan de quicio».[10] Se marchó de Bayreuth el 8 de agosto y no volvió jamás.

El extranjero más deslumbrante relacionado con el festival fue Arturo Toscanini. Si la xenofobia wagneriana le había impedido dirigir en el festival durante la década de 1920, sus propios instintos políticos deberían haberle advertido de que era mejor mantenerse alejado de la ciudad en la década posterior. Pero el amor del maestro por Wagner demostró ser más fuerte que su odio al fascismo. Así que, ignorando la deteriorada atmósfera de Bayreuth y las advertencias de sus amigos judíos, como Francesco von Mendelssohn, aceptó la invitación de Siegfried de dirigir en el festival de 1930 con tanto entusiasmo que hasta se negó a recibir ningún pago a cambio. Su presencia causó sensación, y no solo musicalmente hablando. Para los wagnerianos conservadores, cualquier extranjero que dirigiera las tan sagradas piezas, y no digamos un italiano, era el equivalente a una blasfemia absoluta. Pero el *Tristán* y el *Tannhäuser* de Toscanini fueron tan deslumbrantes que hasta los más fanáticos se convirtieron. Como dijo la revista *Time:*

> *Tannhäuser* se elevó con sublime sonoridad hasta su gran coral final de piedad y perdón. Cuando terminó, los críticos se peleaban por vitorear la representación y ensalzarla como el estreno más brillante de Bayreuth en muchos años. Antes de él, ningún europeo del sur había sostenido la batuta de director en la Festspielhaus. Después de cada acto, el enorme público gritaba y aplaudía estentóreamente, arrojaba sus sombreros, daba golpes en el suelo y reclamaba al director y a los cantantes, en vano. En Bayreuth no se sale a saludar.[11]

Sin embargo, el éxito del italiano planteaba un problema para los tradicionalistas. Como era imposible, según afirmó el wagneriano Paul Pretzsch, «que una representación ideal de la música alemana estuviera dentro de las capacidades de un latino puro», debía haber otra explicación. Pretzsch la encontró: «La gran mezcla de sangre nórdica en el norte de Italia —escribió en un diario local—, la han destacado a menudo incluso en nuestros días los investigadores de la raza».[12] Así que, para alivio de todos, Toscanini, nacido en Parma, era ario, después de todo. No es que se comportase como tal: según el secretario de Winifred Wagner, se enfadó tanto con los segundos violines durante el primer ensayo

que rompió la batuta en dos, arrojó los pedazos a sus espaldas y dio patadas en el suelo.[13]

En términos musicales, la aparición de Toscanini en Bayreuth al año siguiente fue un triunfo más, pero entre bambalinas las cosas eran muy distintas. Una serie de incidentes lo llevó a abandonar el festival y a declarar que jamás volvería a dirigir música allí. Le escribió a Winifred que había ido a Bayreuth pensando que aquello era un templo, pero que, en vez de eso, había descubierto que se trataba tan solo de un teatro de ópera más.[14] Sin embargo, como dejó claro en una entrevista en Nueva York, no habían sido solo las diferencias artísticas y de organización lo que había causado el distanciamiento. En primavera de 1931 había rechazado formalmente la Italia de Mussolini solo para llegar a Bayreuth unas semanas más tarde y descubrir que la nuera de Wagner estaba promoviendo activamente el nacionalsocialismo. Declaró que no estaba dispuesto a «llevar al genio de Wagner hacia la propaganda de Hitler».[15] Sin embargo, tras muchas súplicas de la familia Wagner, aceptó volver a dirigir en el festival de 1933. Pero el ascenso de Hitler al poder ese mes de enero lo cambió todo. Profundamente consciente de la persecución que sufrían músicos judíos como Bruno Walter y Otto Klemperer, Toscanini fue uno de los firmantes destacados de una protesta enviada a Hitler desde Estados Unidos. Winifred estaba convencida de que para arreglar las cosas solo hacía falta una carta personal del Führer al italiano, pero estaba equivocada. En mayo de 1933, Toscanini le escribió a Winifred lo siguiente: «Los lamentables acontecimientos que han herido mi orgullo de hombre y de artista no han cambiado, en contra de todas mis esperanzas. Por lo tanto, es mi deber [...] informarle [...] que es mejor que no vuelva a pensar en mi regreso a Bayreuth».[16] Para un devoto admirador de Wagner, era una decisión muy dolorosa, que durante años le haría lamentarse: «¡Bayreuth! La mayor tristeza de mi vida».[17]

La sabiduría de la decisión de Toscanini de boicotear el festival quedó subrayada por un artículo en el *Manchester Guardian* titulado «EL FESTIVAL DE BAYREUTH DE 1933 "PROTAGONIZADO" POR *HERR* HITLER».[18] En él, el crítico musical del diario, Walter Legge,* se quejaba de que los visitantes accidentales podrían equi-

* Legge se casó más tarde con Elisabeth Schwarzkopf.

vocarse y creer que habían ido a un festival de Hitler y no a uno de Wagner. En años anteriores, escribía, se veían docenas de figurillas de Wagner en los escaparates de las tiendas de porcelana, y las librerías exhibían ejemplares de la autobiografía del maestro. «Ahora las tiendas están a rebosar de placas de Hitler, y *Mein Kampf* ha desplazado a *Mein Leben*». Después de la retirada de Toscanini, cientos de extranjeros habían devuelto también sus entradas, que rápidamente se redistribuyeron entre nazis leales al régimen. Legge describía cómo, tras esperar muchas horas en el exterior de la Festspielhaus para ver al Führer, el público se abalanzaba a sus asientos para contemplarlo con admiración, «casi con reverencia», en su palco hasta que las luces se apagaban. «Al final de cada acto, el centro de atracción cambiaba con rapidez, del escenario al canciller».

Friedelind Wagner, la rebelde hija mayor de Winifred, que se oponía ferozmente a los nazis, recordaba un ejemplo destacado de la manía hitleriana en Bayreuth. La esposa del bajo barítono austríaco Josef von Manowarda llevaba una enorme esvástica de oro en la mano derecha, sujeta por cadenitas a una pulsera y a unos anillos en sus dedos pulgar y meñique. Cuando le preguntaban por la curiosa joya, replicaba que cubría el lugar donde el Führer había depositado un beso.[19] Legge resumió el festival de 1933 con notable sutileza: «Sería ocioso pretender que la exhibición exterior de política nacional ha incrementado el placer del melómano internacional».[20]

El Festival de Bayreuth estaba lejos de ser la única extravagancia nazi que tenía lugar una vez al año. Profundamente conscientes del poder del espectáculo a la hora de atraer gente a su régimen, los nazis se aseguraron de que se celebraran de manera regular festivales o manifestaciones de algún tipo a lo largo de todo el año. En octubre, les tocaba a los campesinos.

En Bückeberg, una pequeña colina cerca del pueblo del flautista de Hamelín, de 1933 a 1937 tuvo lugar un festival de la cosecha como ningún otro. Cuando la novelista norteamericana Nora Waln les mencionó a un grupo de amigos alemanes liberales que tenía ganas de visitarlo, le sorprendió el silencio incómodo con el que recibieron su propuesta. Se dio cuenta de que había metido la pata, pero ¿en qué? ¿Qué podía ser más inocente que un festival de la cosecha en el pintoresco macizo

del Harz, al que asistían miles de granjeros con sus vestimentas tradicionales? Sus jóvenes amigos Rüdiger y Otto, devotos miembros de las Juventudes Hitlerianas, eran chicos amables y sensibles que le habían hablado del festival con intenso entusiasmo. Le habían contado que las familias campesinas se vestían de morado, naranja, verde, azul y bermejo y viajaban en autobús o en tren hasta Hamelín desde todos los rincones del Reich. Luego, formaban un río de colores brillantes, con sus elaborados tocados ondeando al viento, y caminaban los ocho kilómetros que los separaban de Bückeberg, que a su vez lucía un aspecto hermoso, cubierto de hojas otoñales. Los que llegaban antes lograban sentarse entre las rocas grises de la cima, desde donde disfrutaban de una vista panorámica. Para el observador casual, era una escena conmovedora, con sutiles ecos bíblicos, pero, como el anfitrión alemán de Nora Waln le dejó claro, los nazis la convertían en algo abyecto. Quizá ignoraba, añadió, que Mefistófeles había conducido a Fausto a una cumbre de granito similar en el Harz, una anécdota perturbadora del festival que sin duda Rüdiger y Otto desconocían.[21]

Waln jamás fue al festival de la cosecha, pero a las diez de la mañana del 1 de octubre de 1933, un periodista del *Times* se encontraba en Bückeberg bajo el «sol inclemente», esperando junto a miles de campesinos el gran momento, que tardó seis horas en llegar, en que Hitler y su séquito aparecieran. Todo el acto estuvo orquestado a la perfección para encandilar a los granjeros gracias a cuya «sangre pura, fuerza sencilla y libertad de deudas» los nazis prometían construir la nueva Alemania.[22] A Konrad Warner, un periodista suizo que se encontraba en el festival de 1935, le impresionó la extraordinaria tensión en el ambiente, la expectación palpable de la inmensa multitud que se movía por la colina, donde todo el mundo buscaba un punto desde el que erguirse o en el que sentarse hasta el sagrado momento en que su Führer llegase para caminar entre ellos. Por fin apareció el convoy en la distancia, sobre la llanura. «A medida que se acercaba —escribió Warner—, los *"Heil"* ininterrumpidos de miles y miles de voces se deslizaban como un huracán implacable desde la colina hasta el hombre que había embrujado al pueblo alemán».[23]

Los embajadores británicos, franceses y norteamericanos solían rechazar las invitaciones al festival de la cosecha, pero, en

1934, el ministro belga, el conde de Kerchove, decidió aceptar para demostrar, en palabras de *sir* Eric Phipps, que no siempre «seguía el paso que marcaban las grandes potencias».[24] Él y su esposa contemplaron la caballería, que ejecutaba complejas maniobras en forma de esvástica, escucharon los discursos interminables y disfrutaron del escenario otoñal. El «ramillete» de entretenimientos, tal como la condesa informó a *lady* Phipps, incluía una batalla fingida contra un pueblo construido ex profeso para la ocasión en el valle que había más abajo. Los campesinos disfrutaban de una vista privilegiada desde la colina, como si fueran pájaros exóticos, y les encantaba. Warner informó del gran «¡Ah!» que ascendía entre el público ante la velocidad de los tanques, los incendios que lo devoraban todo y las bombas que explotaban, y especialmente cuando los aviones se hundían como tiburones, volaban bajo sobre el pueblo «capturado» y lo bombardeaban hasta arrasarlo. «El rumor de los motores —escribió Warner— se fundía con los vítores del gentío».[25]

Esta mezcla embriagadora de tradiciones folclóricas, despliegue de poder militar moderno, fuegos artificiales, comida y, por supuesto, el propio Führer, constituía una excursión perfecta para toda la familia. Pero, como el corresponsal del *Times* informaba, la hasta entonces inmaculada organización de los nazis se vino abajo en cuanto los asistentes emprendieron el regreso a sus casas. A lo largo de kilómetros a la redonda, las carreteras se colapsaron tanto que miles de personas tuvieron que dormir en campo abierto. «El pueblo de Hamelín —concluyó— jamás había visto tanta gente desde los días del flautista».[26]

Es improbable que muchos turistas extranjeros asistieran al Festival de Bückeberg, pero sí que acudieron en masa a la Pasión de Oberammergau. El 1 de agosto de 1934, la compañía Thomas Cook & Son colocó el siguiente anuncio en *The Times:*

> ALEMANIA ES NOTICIA
> Hoy todo el mundo habla de Alemania: especula, se pregunta qué sucederá y, en muchos casos, exagera. Demasiada gente confunde los altibajos políticos con la interferencia en la vida cotidiana normal y, sin duda, será una sorpresa agradable para ellos descubrir que la vida en Berlín es tan pacífica y plácida como en Londres.[27]

Thomas Cook tenía sus motivos para disimular las malas noticias que venían de Alemania ese verano, pues era el tricentenario de la Pasión de Oberammergau. Cuando se había representado por última vez en 1930, la obra había atraído a unos cien mil visitantes extranjeros, en su mayoría británicos y norteamericanos, así que las expectativas para 1934 eran muy elevadas, pues se trataba del año del aniversario. Cook, un hombre tranquilo y decidido, siempre había considerado su negocio de viajes principalmente como una empresa social y religiosa. Por fortuna, la piedad y el becerro de oro conjugaban bien a la hora de enviar grupos de turistas a Oberammergau, un hito que los viajes organizados de Cook coronaban con gran éxito y habilidad desde 1890. Era el paquete vacacional perfecto. Un acontecimiento de nivel mundial que transcurría en un pueblecito medieval, donde los campesinos actuaban en el impresionante escenario de los Alpes bávaros. La seguridad del evento tranquilizaba a las mujeres jóvenes que viajaban solas y la visita ofrecía a todos los recién llegados una combinación satisfactoria de placer y propósito. No es de extrañar que la compañía de viajes Cook no quisiera que la política se entrometiera en su cometido.

Los orígenes de la Pasión de Oberammergau se remontan a 1633, cuando los habitantes del pueblo, asolado por la peste bubónica, juraron representar la Pasión de Cristo una vez cada diez años si Dios salvaba la vida de los supervivientes. Convencidos de que el Todopoderoso había cumplido con su parte del pacto, los habitantes mantuvieron la suya y representaron la obra por primera vez el año siguiente. Después de cuarenta años, decidieron trasladar la celebración al cambio de década. Debería haber tenido lugar en 1920, pero fue imposible hacerlo, al haber terminado la guerra hacía tan poco tiempo. Dos años más tarde, sin embargo, a pesar de las permanentes dificultades económicas, los campesinos estaban dispuestos a realizar la celebración, aunque la comida escaseaba tanto que los turistas recibieron instrucciones de traer sus propios alimentos. Ignorando las dificultades logísticas, Cook comprendió rápidamente que la Pasión de 1922 constituía una oportunidad de oro para hacer que los turistas británicos volvieran a Alemania. Su revista mensual destacó el evento como una «Fiesta de la Reconciliación», y subrayó al mismo

tiempo que, gracias a la inflación, el viaje salía mucho más barato que en 1900. Cierto, los horrores de la guerra seguían vivos en la memoria del público, pero ¿a quién no le tentaría una fiesta como aquella?

> Con su larga calle de pulcras casitas de madera y la iglesia de torre baja, las granjas dispersas entre los opulentos huertos y el torrente cristalino del Ammer que se desliza veloz bajo los puentes de madera, los prados llenos de flores y rodeados de pinos que se elevan hasta las cimas rocosas de los Alpes bávaros, donde sobre la cumbre del Kofel se yergue la inmensa cruz de mármol, Oberammergau es una comunidad de artesanos y campesinos sencillos, de talladores y alfareros que se vuelcan en la Pasión [...] con reverente devoción y habilidad entusiasta para cumplir una antigua promesa.[28]

Hacia 1930, miles de personas en todo el mundo consideraban a los habitantes de Oberammergau y su Pasión una reliquia única de un pasado más sencillo y espiritual, ahora irremediablemente perdido. Como un periodista británico dijo: «Todo el asunto parecía pertenecer a la niñez pasada del mundo moderno».[29] La fantasía del viaje al pasado se acentuaba con el encanto de las casitas pintadas de Oberammergau, el escenario montañoso virgen y el hecho de que los campesinos que participaban en la obra (cerca de un millar) se dejaban crecer el pelo y la barba hasta longitudes bíblicas. Las mujeres, por su lado, seguían llevando sus faldas largas y rojas, azules o negras, con delantales. Muchos visitantes extranjeros, como la escritora y sufragista norteamericana Ida Tarbell, creían que la intensidad de la implicación de los habitantes en la obra los distinguía de los simples mortales: «Todo lo que hacen parece simple, directo, honesto, salido de lo más profundo de su ser y lejos de estar estropeado por la imitación, la avaricia o el engaño».[30] Otro observador que se alojaba en la pensión propiedad de Alois Lang, que, además, hizo el papel de Cristo en 1930 y 1934 y era un ferviente nazi, se fijó en que los invitados norteamericanos le pedían que bendijera a sus hijos.[31] En una sociedad cansada por la guerra y la depresión económica, un cuadro así (real o imaginario) estaba destinado a inspirar un río de senti-

mientos. En 1934, Raymond Tifft Fuller escribió, dirigiéndose a sus lectores:

> Oberammergau se encuentra a noventa y cinco kilómetros al sur de la gran ciudad de Múnich y trescientos veinte metros más cerca de las estrellas. ¡También, como descubrirán, está mucho más cerca del cielo! Unas horas después se pone el sol; ahora ensimismados descubrimos algo más que las primeras impresiones pasajeras. Quizá el visitante comprenda el nuevo significado de palabras como permanencia, fe y sinceridad.[32]

No todo el mundo se sentía de la misma manera. Sydney Larkin (padre del poeta Philip Larkin), que vio la obra en 1934, pensaba que el pueblo era «el pedazo de religión más comercializado que se pueda concebir». Había oído hablar del famoso Anton Lang, que había interpretado a Jesús en 1900, 1910 y 1922, y lo había imaginado en su banco en una «humilde tienda», tallando figuras de madera. En lugar de eso, Larkin escribió en su diario que «la tienda era un establecimiento enorme que no haría mal papel en el West End de Londres. Tiene muchas ventanas y numerosas secciones [...] y, por cierto, hace muchos años que él no talla madera». Reconocía que la obra estaba bien producida, pero dudaba de que fuera fruto del trabajo de los supuestos campesinos. «La estructura del teatro —observó— indica que se ha invertido una gran cantidad de dinero y está tan lejos de la concepción de la vida de pueblo como uno pueda imaginar». De hecho, prosiguió: «Todo en su conjunto es un enorme fraude y la perfecta encarnación de una tomadura de pelo».[33]

Es notable que entusiastas como Tifft Fuller se olvidaran siempre de mencionar el lado negativo de Oberammergau: el antisemitismo. Desde el principio, la Pasión retrataba a los «asesinos de Cristo» con una virulencia que la convertía en un regalo propagandístico para los nazis. He aquí una obra campesina centenaria que representaba, en palabras de Hitler, «el lodazal enfangado de la comunidad judía».[34] Entre los cincuenta mil norteamericanos que asistieron a la producción de 1930 estaba el antisemita Henry Ford. «El señor Ford —informaba el *New York Times*—, para expresar su emoción y alegría, le regaló hoy

un coche a Anton Lang* y dejó que *Herr* Lang escogiera el coche que más le gustaba en Múnich».[35] Pero Ford fue solamente uno de las docenas de famosos internacionales que acudieron a Oberammergau ese año. Rabindranath Tagore se sintió tan inspirado por la experiencia que de inmediato compuso su principal poema escrito directamente en inglés: «El niño». Ramsay MacDonald era un habitual de la zona. En 1900, él y su esposa habían pasado una semana caminando hacia Oberammergau como «peregrinos». Pero esta, su cuarta visita, fue especialmente significativa, dado que era la primera vez que un primer ministro británico visitaba Alemania desde la guerra.

Hitler era un acérrimo defensor de la Pasión y creía que debía representarse en toda Alemania. ¿Qué mejor manera de demostrar la amenaza que planteaban los judíos para la sangre aria? Sus ideas llevaron a la prensa extranjera a convencerse de que la producción de 1934 se convertiría en una extravagancia nazi con un Cristo nórdico y un escenario teutónico. Pero, aunque varios habitantes del pueblo se vistieron de nazis, algo que «les sentaba muy mal con el pelo tan largo»,[36] para alivio de los aficionados extranjeros, los textos de la obra siguieron siendo «puros».

Al cubrir la visita de los turistas británicos que asistían a la Pasión ese verano, *The Times Court Circular* no mencionó a dos maestras de escuela, la señorita Lucy Fairbank y la señorita Clarice Mountain, de Linthwaite, West Yorkshire. Emocionadas por su primera visita a Oberammergau en 1930, habían regresado para el tricentenario, solo que esta vez iban armadas con una cámara cinematográfica. Después de aprender a utilizarla en los cines de Huddersfield, Lucy se había comprado una para ella. En aquella época, un objeto así era muy extraño, especialmente en manos de una mujer de mediana edad, así que, tras «las preguntas de su hotel en Múnich y de un policía en la calle», decidieron que, *después de todo,* no sería demasiado peligroso llevar el aparato.[37] Su llegada a Oberammergau estuvo a la altura de sus expectativas:

> Al bajar del tren, nos sentimos transportadas a un mundo diferente, uno que parece un sueño de fantasía. Hombres

* La interpretación que Anton Lang hizo de Cristo en 1900, 1920 y 1922 lo convirtió en una celebridad internacional. También intervino en el prólogo de las obras de 1930 y 1934.

> de largas melenas con camisas blancas, tirantes bordados y largas piernas morenas bajo sus cortos pantalones de cuero acarrean las maletas sobre sus anchas espaldas como si fueran tan ligeras como plumas. Subiendo la calle mayor, rodeada de casitas con gabletes, se cruza el río Ammer por un pequeño puente: toda la masa que viene de la estación sigue el mismo camino. Llegamos a la plaza del pueblo, con su típica posada en un lado y el hotel Wittelsbach en el otro. De los balcones caen cascadas de flores, los profundos aleros son el hogar de atareadas golondrinas y hay paredes pintadas y parasoles por todas partes.[38]

El 13 de agosto de 1934, Lucy y Clarice estaban fuera, frente al hotel Wittelsbach, y esperaban a que apareciera Hitler. Aunque la multitud excitada la empujaba, Lucy logró grabar al Führer cuando lo llevaban hasta la obra en su coche descubierto. Una vez dentro del teatro, es poco probable que Hitler se fijara en el señor y la señora Geoffrey Russell, de Hampstead, Londres, sentados apenas unas filas por delante de él, «pero no tan directamente enfrente como para no girarnos, de vez en cuando y sin resultar maleducados, para mirarlo». Observaron con interés el desaliño de su sobretodo y el hecho de que solamente lo acompañara un soldado. Mientras contemplaban la escena del Sanedrín y el gentío que se alzaba contra Jesús, la pareja experimentó «la sensación ineludible» de que estaban, en realidad, en la escena de la obra de *Hamlet,* donde todos se observaban entre sí. Con las miradas disimuladas hacia Hitler, lo descubrían leyendo su texto y mirando a través de los binoculares de ópera «como el resto de la gente». Al final de la obra se marchó de forma discreta. «Pero el hecho de que estuviera presente —escribió Russell— asaltaba nuestra mente con tanta persistencia que, para prestar la atención necesaria a la Pasión, tuvimos que volver».[39]

Entre los asistentes a la Pasión de ese año también se encontraba una serie de baptistas que habían viajado a Alemania para el V Congreso Baptista. Se trataba de un enorme acontecimiento que atraía a unos novecientos delegados de todo el mundo y que tuvo lugar en Berlín, en el Sportpalast, entre el 4 y el 10 de agosto de 1934. Aunque el congreso condenó rotundamente el racismo y el antisemitismo (en unas instalaciones decoradas con esvásticas y cruces), la delegación norteamericana admiraba mu-

cho a Hitler. «Sin duda, un líder que no fuma ni bebe, que desea que las mujeres sean discretas y que está en contra de la pornografía no puede ser tan malo».[40] De hecho, como otro delegado recordaba, «fue un gran alivio estar en un país donde la literatura sexual salaz no puede venderse, donde las pútridas películas de gánsteres no se proyectan». A tenor de estas opiniones, hasta la famosa quema de libros del año anterior recibía la aprobación de los baptistas norteamericanos, puesto que «la Nueva Alemania ha quemado grandes cantidades de libros y revistas corruptores junto con las hogueras de las bibliotecas comunistas judías».[41] La prensa alemana se dio prisa en destacar que hubo treinta ministros afroamericanos mezclados entre el resto de los asistentes al congreso. Uno de ellos, Michael King Sr., se sintió tan inspirado tras su visita a Alemania, y en particular por el ejemplo reformador de Martin Lutero, que, al volver a Atlanta, cambió tanto su nombre como el de su hijo a Martin Luther King.

El 2 de agosto, dos días antes de que los baptistas empezaran sus deliberaciones, el presidente Von Hindenburg murió. Lucy y Clarice, de camino a Oberammergau, se enteraron del importante acontecimiento al escuchar las campanas de duelo de la catedral cuando su tren llegaba a la estación de Colonia: «Todo era solemne y triste». El funeral del presidente se celebró el 7 de agosto en el Memorial de Tannenberg, lúgubre y con el aspecto de una fortaleza, en Prusia Oriental, unos cuatrocientos ochenta y dos kilómetros al norte de Oberammergau.* Para el periodista de veintitrés años del *Daily Telegraph* Hugh C. Greene (futuro director general de la BBC y hermano menor de Graham Greene), «el día en Tannenberg fue infernal». Después de pasar la noche sin dormir en el tren, tuvo que esperar con un compañero sentado en un asiento «bastante duro» durante cuatro horas a que la ceremonia empezara. «Me llevo de recuerdo una ampolla en un sitio muy especial». Después, sentado a pleno sol en mitad de un campo, escribió la crónica. «El negro de los soldados nazis, el gris de la Reichswehr, el verde de la policía de Göring, el azul acero de los "jinetes del aire", el verde olivo de los Cuerpos de Trabajo y el pardo de las SA —recordó— se unían a los exóticos

* Tannenberg era el lugar de Prusia Oriental donde Hindenburg derrotó a las tropas rusas entre el 26 y el 30 de agosto de 1914.

uniformes de los generales avejentados y los agregados militares extranjeros para crear una imagen de fuerza uniformada».[42] *Sir* Eric Phipps, presente junto con el resto del cuerpo diplomático, informó de que las últimas palabras de Hitler en el funeral fueron para despedir al gran hombre a Valhalla, o, como dijo Phipps, «a esa horrenda morada de dioses falsos y lúgubres de Wagner donde ningún ser civilizado querría pasar ni un fin de semana».[43]

Una vez Hindenburg desapareció, no quedó nada para detener a Hitler, que asumió el poder de canciller y el de presidente en su persona. En un plebiscito que se celebró doce días después, el país le entregó el liderazgo, lo que hizo su dictadura aún más imbatible. En la pía y pintoresca Oberammergau, el noventa y dos por ciento de los habitantes votaron a Hitler, lo que hizo que un periódico de Berlín se preguntara: «¿Acaso Judas votó que no?».[44] Según el *New York Times,* cuando se supo en el pueblo la noticia de la arrolladora mayoría de Hitler, encendieron una hoguera en una colina cercana. «Cerca de un millar de visitantes, muchos de ellos de allende los mares, contemplaron a los habitantes, casi todos miembros del elenco de la obra de la Pasión, reunirse alrededor del fuego para celebrar el éxito de su líder».[45]

Aparte de su flagrante antisemitismo, el mensaje de la obra de la Pasión no tenía el menor atractivo para un nazi de línea dura. Pero las celebraciones neopaganas que tenían lugar durante el solsticio de verano eran harina de otro costal. En la víspera del solsticio, cuando miles de hogueras se encendían por toda Alemania, los oradores nazis azuzaban a la juventud alemana hasta el éxtasis patriótico. Hesselberg, una colina a unos doscientos kilómetros al norte de Oberammergau y el punto más elevado de Franconia, se consideraba la montaña sagrada de los nazis. Ahí, el *Gauleiter* ('el líder político') de Franconia, Julius Streicher, orquestaba anualmente un festival teutón de bailes con fuego, rezos al sol y adoración al Führer. El discurso de Göring desde lo alto de Hesselberg era un reto directo al cristianismo:

> No se ha construido iglesia más hermosa, más grande y poderosa, más fuerte en la fe que la cúpula de Dios sobre esta montaña. Si otros dicen que hemos dejado a un lado nuestra fe, les preguntaremos: ¿cuándo ha habido en Alemania una fe más profunda y apasionada que hoy?

> ¿Cuándo ha habido una fe más fuerte que la fe que tenemos en nuestro Führer?[46]

Sin embargo, dejó claro que los no alemanes no iban a ser excluidos automáticamente. «Si los extranjeros con sangre buena y nórdica ascienden esta montaña —Streicher les decía a los miles que se reunían allí—, bajarán de nuevo purificados y capaces de entender Alemania. Sentirán el poder que ha unido a Alemania y la ha convertido en una comunidad».[47] Aunque no parece que muchos extranjeros de a pie aceptaran el ofrecimiento de Streicher, una mujer inglesa muy poco común lo hizo. El 23 de junio de 1935, Unity Mitford, de veinte años, se subió al podio junto a Streicher, levantó su brazo enguantado en un saludo a Hitler y se dirigió a una multitud de doscientas mil personas. Dos meses y medio más tarde, estaba presente como invitada de honor de Hitler en uno de los espectáculos más dramáticos que el régimen nazi organizaría: el congreso de Núremberg.

Capítulo 9

Heil Hitler

El 1 de septiembre de 1933, el cónsul norteamericano en Fráncfort, Robert Heingartner, encendió su radio para escuchar lo que los periódicos alemanes describían como la reunión de masas más grande que había tenido lugar en el mundo: el quinto congreso del partido nacionalsocialista en Núremberg. Pronto la apagó. Como escribió en su diario, «Hitler hablaba de la maldición del marxismo, su tema habitual. Cuando volví a encender la radio media hora más tarde, seguía con lo mismo, con la voz un poco más ronca pero aún con energía».[1] Heingartner era escéptico, pero los centenares de extranjeros que asistieron a las concentraciones de Núremberg entre 1933 y 1938 estaban deslumbrados. Muchos de ellos, al menos los que no eran nazis comprometidos, debieron de echar la vista atrás en años posteriores y sorprenderse ante su propia credulidad. Pocos, no obstante, fueron tan honestos como Michael Burn, que lo confesó públicamente. En sus memorias, publicadas en 2003, Burn reprodujo una carta que le escribió a su madre desde Núremberg en 1935, cuando era un joven periodista que trabajaba para el *Gloucester Citizen:*

> El congreso del partido ha terminado esta mañana. No puedo pensar con coherencia después de esta semana. Ha sido maravilloso ver lo que Hitler ha devuelto a este país y cómo le ha enseñado a mirar hacia adelante. Lo escuché en un discurso ayer, después de todas las ceremonias, y no creo que lo olvide jamás. Creo que voy a hacer que lo traduzcan. Por favor, mándame una Biblia.[2]

Era imposible para cualquiera, incluso para un observador extranjero, reaccionar con objetividad a los mítines de Núremberg. El espectador terminaba, como Burn, arrastrado por una orgía

de emoción o, como en el caso del escritor Robert Byron, completamente asqueado. «No puede haber ningún compromiso con esta gente —escribió Byron desde Berlín después de asistir al congreso de 1938—. No hay lugar en el mundo para ellos y para mí, y uno de los dos debe desaparecer».[3] Ya fuera emocionado o repugnado, todo visitante extranjero se asombraba ante la simple escala del espectáculo. Los incesantes desfiles militares al son de los tambores, las antorchas, los focos, las miles y miles de gigantescas esvásticas rojas y negras que ondeaban al viento... Todos los elementos se desplegaban con habilidad para rendir homenaje a un jefe supremo, al semidiós predestinado a liderar a la tribu desde la oscuridad hasta su debido lugar en el sol. Durante horas, los visitantes extranjeros, a menudo invitados personales del propio Führer, contemplaban oleadas de jóvenes arios marcar el paso de la oca en perfecta sincronización: toda una generación programada para creer que tenían derecho a gobernar el mundo. ¿Y qué extranjero, en su condición de diminuta mota en el vasto mar de discípulos adoradores, podía asegurar en ese instante que algo así jamás sucedería? El rugido de un millón de *«Heils»* en los oídos de los no alemanes debió de hacer que todos ellos se estremecieran, ya fuera de miedo o de anticipación.

El *Manchester Guardian* informó de que el congreso de 1934 fue como el Primero de Mayo en Rusia, el Día de la Independencia en Estados Unidos, el Día de la Bastilla en Francia y el Día del Imperio en el Reino Unido, todos juntos y de una duración de una semana.[4] Era una imagen sugerente, pero no consigue transmitir el verdadero poder del grotesco *son et lumière* de Hitler. Nadie lo hizo mejor que Leni Riefenstahl, cuya película sobre el congreso de 1934, *El triunfo de la voluntad*, es seguramente el documental más famoso que se haya rodado jamás. El estudiante de la beca Rhodes, Geoffrey Cox, de regreso en Alemania tras dos años de ausencia, la observó trabajar: «Una figura llamativa en este escenario tan masculino, con su traje de color crema y su sombrero ceñido, de pie junto a su equipo de cámaras al lado de la tribuna, frente a la que desfilaban y saludaban todos».[5]

Es menos conocida la película *La victoria de la fe,* que Riefenstahl rodó sobre el congreso de 1933. Aunque asistió medio millón de personas, el evento fue relativamente más modesto en comparación con sus cinco sucesores. Los planes arquitectónicos megalomaníacos de Hitler, cuya intención era rivalizar con los

del mundo clásico, aún no se habían hecho realidad (y muchos jamás lo hicieron), y asistieron menos extranjeros prominentes a ese congreso que a otros posteriores. El 3 de diciembre de 1933 invitaron al corresponsal del *Observer* en Berlín al estreno de gala de *La victoria de la fe*. En un artículo titulado «Ave César», la describió como «una larga apoteosis del espíritu de César en la cual *Herr* Hitler interpreta el papel de César y las tropas hacen de esclavos romanos». Recomendó que la película se proyectara en el extranjero tan ampliamente como fuera posible, para que se comprendiera mejor «el embriagador espíritu que anima a Alemania hoy en día».[6] Resultó que el periodista fue uno de los pocos extranjeros que llegó a ver el documental, porque unos meses después Hitler ordenó que se destruyeran todas las copias. El motivo era que, en la película, Ernst Röhm, responsable de las SA y en ese entonces el colega más cercano de Hitler, desempeñaba un papel muy destacado. Sin embargo, apenas diez meses después del congreso, Röhm había muerto, víctima de una lucha de poder interna que alcanzó su clímax el 30 de junio de 1934, la Noche de los Cuchillos Largos, cuando decenas de nazis acusados de conspirar para derrocar a Hitler fueron asesinados. No fue hasta la década de 1990 cuando se descubrió una copia de *La victoria de la fe* en el Reino Unido.

Pocos extranjeros ejecutaron el saludo de *«Heil Hitler»* con más entusiasmo que Unity Valkyrie Mitford. Desde que se prendara del Führer en el congreso de Núremberg de 1933, el brazo se le disparaba en alto a la menor ocasión. Incluso *sir* Eric y *lady* Phipps, que estaban muy familiarizados con los angustiados padres de clase alta cuyas hijas habían caído rendidas ante los «horrendos tipos de las SS», se quedaron atónitos al escuchar el alegre *«Heil Hitler»* de Unity cuando esta entró en su salón de Berlín. *Sir* Eric, que era mucho más bajito que la alta y corpulenta Unity, respondió poniéndose de puntillas y estrechándole su mano alargada.[7] Unos meses más tarde, Jessica Mitford compartía cabina con su hermana en un crucero por el Mediterráneo. Describió cómo Unity yacía en la cama del camarote por la noche y, después de rezar a Hitler, levantaba solemnemente el brazo para hacer el saludo nazi antes de quedarse dormida.[8] La historia de Unity (la quinta hija de la famosa prole de siete de lord y *lady* Redesdale) es la de una joven infeliz y no muy lista que encontró *glamour* y un

propósito en un culto religioso. Podría haber caído presa de varias creencias o deidades pintorescas, pero desgraciadamente para ella, y para los que la rodeaban, cayó a los pies del Führer.

Unity era una fan muy poco sofisticada y un caso especialmente famoso, pero hubo innumerables jóvenes de perfil similar que viajaron y estudiaron en Alemania en el periodo de entreguerras, lo cual nos hace plantearnos la pregunta de por qué. Es bastante asombroso, como mínimo, que el *establishment* británico estuviera dispuesto a preparar a sus vástagos para la vida adulta enviándolos a un régimen vil y totalitario. Incluso los que simpatizaban con el supuesto objetivo de Hitler de aplastar el comunismo y devolver la grandeza a su país se habrían mostrado más que reticentes a la hora de dar la bienvenida a un camisa parda como yerno. Y, sin embargo, a pesar de la Gran Guerra y de la creciente concienciación acerca de la iconoclasia nazi, el control tradicional alemán de la imaginación intelectual británica siguió tan férreo como siempre. Aquí, en mitad de la barbarie y la crudeza nazis, jóvenes en su edad de oro esperaban profundizar su educación y ampliar sus miras. ¿Qué mejor manera de prepararse para Oxford o para el Foreign Office que sumergirse en Goethe, Kant, Beethoven y los verbos irregulares alemanes? Y, además, se podía hacer de forma barata, alojándose con alguna de las *Baroninnen* ('baronesas') empobrecidas, que alquilaban habitaciones a los estudiantes en ciudades universitarias como Múnich, Friburgo o Heidelberg.

Una de las primeras decisiones que cualquier viajero debía tomar al cruzar la frontera a mediados de los años treinta era si iba a hacer el saludo nazi o no. Hacia 1934, cuando Unity se mudó por primera vez a Múnich, el saludo nazi era tan omnipresente que resulta imposible esquivar la cuestión. En los primeros años del Tercer Reich aún se podía saludar con espíritu de buena voluntad y sin darle un significado político ni sentirse, por lo tanto, políticamente comprometido. Después de todo, muchos de los «logros» nazis parecían, al menos en la superficie, altamente elogiables, lo cual llevaba a los optimistas a asegurar que la brutalidad y el antisemitismo, en los que tanto insistían los que eran críticos con Hitler, se reducirían a medida que las condiciones mejoraran. John Heygate, que rozaba la treintena, no dudaba en hacer el saludo nazi frente a los guardias de aduanas mientras entraba en Alemania con su deportivo un soleado día de marzo de

1934. Había trabajado durante varios meses en los estudios UFA de Berlín, donde había dirigido y escrito guiones ingleses, pero en esta ocasión su destino era Praga. Como se sentía conspicuo en su Magna MG abierto, prefirió ser prudente y saludar con el brazo en alto a todo el mundo con el que se cruzaba en el camino:

> Me lo pasé bien. Era como un juego, y a los jóvenes y a los niños de los pueblos les gustaba. Se ponían a los lados de las carreteras y en los campos, con los brazos en alto de forma solemne, orientado hacia el motor del coche del enemigo, y se reían cuando en este aparecía un amigo [...]. Me salieron agujetas en el brazo de tanto levantarlo. Ojalá hubiera tenido un artilugio mecánico, como un indicador direccional, que activase una mano metálica automáticamente mientras yo seguía conduciendo.[9]

Heygate, antiguo estudiante de Eton, había provocado un escándalo unos años antes, al fugarse con la esposa de Evelyn Waugh, con la cual más tarde se casaría. Como tantos otros en su círculo social, simpatizaba políticamente con la derecha. En consecuencia, aunque había mucho de lo que burlarse en la nueva y poco sofisticada Alemania, también le parecía que había mucho que admirar. Las banderas le fascinaban. Conducía por las calles de pueblos «forrados con esvásticas», avanzaba como «un moderno caballero bajo las cruzadas de rojos estandartes». Se le ocurrió que sería «divertido» hacer volar su propia esvástica, así que hizo poner una en su coche, tarea de la que se ocupó con placer el encargado de un garaje. Pero la diversión se terminó pronto, cuando vio la pequeña esvástica ondear «orgullosa» al viento y experimentó una «profunda reverencia». Por un instante, la bandera se le antojó «mucho más que algo que agitar y colgar de las ventanas. Era una bandera por la que luchar, que iba por delante en la batalla y que los hombres seguían».[10]

Cuando llegó al Tirol austríaco, le escribió a su amigo Henry Williamson, autor de *Tarka la nutria* (1927). Exceptuando Alemania, le dijo, todos los países europeos estaban desesperados. Y, dada la fuerza y el propósito de la juventud alemana, no le sorprendía en lo más mínimo que se sintieran aterrorizados. Proseguía contando que ahora Austria estaba organizada en logias secretas. Mensajeros que partían de Alemania atravesaban cada

día las montañas para transmitir la propaganda nazi a los pueblos austríacos. De repente, enormes banderas con esvásticas ondeaban por todo el Tirol o se veían en la ladera de una montaña, dibujadas en la nieve. Heygate admitió que también él llevaba ejemplares de un documento nazi prohibido (que le había entregado el jefe del partido nazi austríaco exiliado en Múnich) que distribuía clandestinamente. La lucha secreta a favor del nazismo en Austria, le dijo a su amigo, era una historia fascinante.[11]

Un contemporáneo de Heygate, Robert Byron, se movía en círculos similares (ambos conocían a las Mitford), pero su reacción era muy distinta. «No sé cómo me contengo —le escribió a su madre desde Danzig— cuando hacen el saludo nazi por teléfono. Y ese saludo que se dan dos amigos cuando se despiden al bajarse uno en su parada de autobús también es casi cómico, pero supongo que me acostumbraré a ello».[12]

De hecho, el no saludar, incluso para un turista extranjero, era cada vez más peligroso. «La otra noche viví una experiencia curiosa —informó Geoffrey Cox a su hermano en Nueva Zelanda—. Un camisa parda me golpeó porque no hice el saludo nazi al pasar frente a una bandera con esvástica». Era medianoche en una oscura calle berlinesa cuando el joven neozelandés se cruzó con una columna de tropas de las SA que iban a la estación de ferrocarril de camino al congreso de Núremberg. «Me dio en el costado, sin advertirme, mientras yo discutía con otros dos», recordaba Cox, y añadió que, como no se había asustado, hasta recordaba el incidente con placer. Le explicó a su hermano que había sentido «una cierta euforia mientras estaba de pie allí, en medio de un grupo hostil y sin sentir miedo. Por supuesto que podría haber sido más valiente y haberles devuelto el golpe, aun si con eso me hubieran propinado una paliza. Pero eso ya lo haré la próxima vez».[13]

Dados los sólidos puntos de vista de Cox, fue mejor que no visitara el Feldherrnhalle ('el Salón del Mariscal de Campo') de Múnich, el monumento más sagrado de los nazis. Allí, donde había tenido lugar el golpe fallido de Hitler, se habían erigido dos templos de piedra blanca para alojar los enormes ataúdes de color plomo de los dieciséis «mártires» que habían muerto esa noche de noviembre de 1923, cuando la policía había abierto fuego contra Hitler y sus seguidores. «Durante todo el día y sin importar el clima llegan peregrinos para visitar el lugar —conta-

ba el escritor y periodista británico J. A. Cole—. Llegan autobuses de turistas risueños o familias felices que están de excursión, pero, a medida que se acercan, su semblante cambia; suben los peldaños despacio y en silencio, miran los ataúdes durante un minuto o dos, hacen el saludo nazi y luego salen lentamente hacia el otro santuario».[14] Casi todos los que visitaban el Feldherrnhalle, ya fuera en coche o a pie, debían saludar al monumento. A Tim Marten, de dieciocho años, que acababa de terminar el instituto en el Winchester College y estudiaba para entrar en el Foreign Office, le pareció hilarante ver que un hombre se caía de la bicicleta al intentar conducir y levantar el brazo al mismo tiempo.[15]

Cuando, en una visita a Múnich, la madre de Derek Hill le dijo que le gustaría ver a Hitler, este la llevó al salón de té del Carlton, que era uno de los lugares que el Führer frecuentaba. Justo cuando estaban a punto de irse, llegó Hitler acompañado de Goebbels y de Hess. Derek telefoneó de inmediato a su amiga Unity para decirle que Hitler estaba allí. Unos minutos más tarde, esta apareció en taxi, temblaba de emoción ante la perspectiva de ver a su ídolo de cerca por primera vez. «Es lo más amable que alguien ha hecho por mí en toda mi vida —le dijo a Derek—. Jamás lo olvidaré». Es posible que Unity fuera mentalmente inestable, pero la señora Hill, escocesa y apolítica, no lo era en absoluto, e incluso ella se quedó tan enmudecida por la situación que, para asombro de su hijo, levantó el brazo e hizo el saludo nazi cuando se fueron.[16]

Joan Tonge, de dieciocho años, estaba hecha de una pasta más dura. Se puso su «encantador abrigo de piel de ocelote y su sombrero cosaco» para asistir a un mitin de las SA escoltada por un elegante oficial prusiano. Todo había ido bien, recordaba, hasta que empezaron los *«Heil Hitler»*. Entonces, «como un brote ofensivo de ruibarbo», se quedó de pie con ambos brazos rígidos a los lados y se negó a saludar. Al cabo de unos segundos, «varios camisas pardas feos y achaparrados llegaron al galope, gritaban con ferocidad y agitaban los brazos como si fueran molinos», hasta que «Helmut apareció dando fuertes pisotones con su abrigo hasta los tobillos que ondeaba como una capa y gritando aún más fuerte que yo era una *Engländer*».[17]

Kenneth Sinclair-Loutit y «Matthew» (probablemente su verdadero nombre era Robert Dummett)[18] ya estaban matriculados en el Trinity College de Cambridge cuando decidieron pasar el

verano de 1934 viajando en bicicleta desde Hamburgo hasta Salzburgo. Al desembarcar del SS *Kooperatzia* (un barco soviético era el medio más barato para viajar a Hamburgo), se fueron a la ciudad, compraron bicicletas por tres libras cada uno y partieron en ruta. A pesar de que habían acordado viajar juntos, apenas se conocían y pronto descubrieron que tenían muy poco en común. Gracias a un romance que había mantenido con la esposa de su antiguo profesor de Heidelberg, Dummett, que era de extrema derecha, hablaba un alemán excelente. Sinclair-Loutit no. Además, después de ser testigo de una protesta reciente con huelga de hambre en Cambridge, su posición política era decididamente izquierdista. Unidos en una incómoda aventura, los dos jóvenes se dirigieron al sur. A Dummett enseguida le impresionó la disciplina alemana («que tanto escasea en Inglaterra»), las autopistas y los campos de trabajo y el elevado estándar de limpieza que se veía por todas partes. Sinclair-Loutit, por contra, descubrió que el funcionamiento del nacionalsocialismo le repugnaba cada vez más. «Los dos nos llevábamos razonablemente bien hasta que nos acercamos a la nueva Alemania —recordó—. Aún me acuerdo de la sorpresa que sentí en Luneburgo cuando Matthew hizo el saludo nazi frente a un santuario improvisado que contenía el busto de Hindenburg, que había fallecido hacía poco».[19] Su compañero indicó que era un simple gesto de cortesía, como sacarse el sombrero cuando uno entraba en una iglesia. Pero para Sinclair-Loutit el saludo era nada más y nada menos que la aceptación pública de un régimen profundamente desagradable.

El incesante grito de *«Heil Hitler»* al final sacaba de quicio hasta al viajero más tolerante. Edward Wall era un joven maestro de escuela, que, junto a su amigo Tom Iremonger, pasaba el mes de abril de 1935 recorriendo Alemania en un Austin 7. Recordaba cómo en Helmstedt su excelente comida

> se estropeó a causa de la insistencia de todo el mundo, ya entraran o salieran, de proferir el saludo de *«Heil Hitler»* y luego saludar a todos los demás ***a su vez***. Estábamos cerca de la puerta, así que nos tocó una ración excesiva de dichos saludos. Quizá es normal que los habitantes de la zona que la guía describe como «una campiña llana con muchos centros industriales» exhiban su entusiasmo nazi de forma tan agresiva.[20]

Sin embargo, el hecho de que no todos los alemanes eran nazis entregados quedó bastante claro unos días más tarde, en la ciudad de Bayreuth (descrita por Wall como una «Cirencester alemana»), cuando una pareja de cierta edad entró en la cafetería donde los dos jóvenes comían. «Levantó su mano con laxitud de la muñeca hasta la cara —recordó Wall—, y dejó que su antebrazo se doblara débilmente por el codo mientras decía, tan bajito como podía, casi como si le diera las buenas noches a un niño, *"Heil Hitler"*».

Wall y Iremonger no eran especialmente políticos, pero a través de la familia Schlauch, a quien Wall conocía de unas vacaciones anteriores, descubrieron lo dura que era la vida para los que estaban en el lado malo del régimen. *Herr* Schlauch, pastor luterano, había estado hacía poco en prisión durante un breve periodo de tiempo por predicar contra la adoración de deidades paganas teutonas. Un responsable nazi en la congregación lo había denunciado, y desde ese día había uno presente en cada iglesia para censurar previamente los sermones. Después de que lo soltaran, había entrado en una lista negra y no había podido encontrar empleo. Esa experiencia, tan común a mediados de la década de 1930, no llevaba automáticamente, como sería de esperar, a un sentido de solidaridad con las víctimas. Wall se fijó en que *Frau* Schlauch, a pesar de las tribulaciones de su marido, no dejaba de alabar a los nazis por haber prohibido a novelistas judíos y «eliminado gran parte de la abyecta literatura sexual que circulaba».[21]

El recuerdo de Wall de sus vacaciones está lleno de escenas vívidas: el sendero blanco y ondulante a través de un bosque de pinos oscuros y misteriosos, el grupo de obreros encantados porque el rey Jorge V había mandado una felicitación de cumpleaños a Hitler y las cajetillas de cigarrillos con dibujos de la policía militar francesa maltratando a los civiles alemanes del Ruhr. *El triunfo de la voluntad,* que vieron en un cine repleto de humo, «lleno hasta reventar y terriblemente caluroso», fue tan desagradable como la sofocante ópera donde las viejas damas silbaban a Iremonger, que no se estaba quieto, para que tuviera más *«Rücksicht»* ('consideración') con los demás. Se acostumbraron a los fornidos policías bávaros, con sus «túnicas azules azules» y sus relucientes cascos negros adornados con pinchos de plata, pero temieron por la integridad física de un librero antinazi que levantó la voz en Aquisgrán. Una impresión les marcó por encima de todas las demás: la

extraordinaria profusión de carteles que proclamaban un único mensaje: «*Juden sind nicht erwünscht*» ('Los judíos no son bienvenidos').[22]

Los dos jóvenes ingleses pasaron un día especialmente agradable a orillas del lago Ammer. «Las nubes se habían despejado y una fuerte brisa transformaba la inmensa extensión del lago en un brazo de mar», escribió Wall el 28 de abril de 1935, mientras disfrutaban de *Kaffee und Kuchen* ('café y pastel') y contemplaban las aguas. Unos meses antes, Sinclair-Loutit y Dummett se encontraban al noreste del lago, de camino a Múnich, cuando, unos veinticuatro kilómetros antes de llegar, Dummett insistió de repente en que pedaleasen sin pausa durante un largo tramo. Solo después explicó el porqué: al examinar el mapa, se había fijado en que estaban muy cerca de Dachau, el campo de concentración que Hitler había abierto poco después de ser nombrado canciller. Dummett temía que su presencia en el área despertara sospechas. Sinclair-Loutit no había oído hablar jamás de Dachau, así que Dummett tuvo que explicarle que el campo era un método de los nazis para lidiar con «vagos, mendigos, personas socialmente indeseables, especuladores judíos y basura similar» y reeducarlos a través del trabajo.[23] Hugh Greene, que también se encontraba en Múnich en esa época y trataba de situarse profesionalmente como periodista, escuchó el admonitorio lema de la familia con la que se alojaba: «*Lieber Gott, mach mich stumm, Dass ich nicht nach Dachau komm!*» ('Dios mío, por favor, hazme tonto para que no termine en Dachau').[24] Unos meses más tarde, el desgraciadamente conocido lema «*Arbeit macht frei*» ('El trabajo os hará libres') se colocaba en la entrada de Dachau.

Dummett no debería haberse preocupado. Las autoridades alemanas, al menos al principio, estaban tan deseosas de exhibir sus campos de concentración a los extranjeros que, hacia mediados de la década de 1930, Dachau se había convertido en algo parecido a una atracción turística para los visitantes británicos y norteamericanos, especialmente para políticos y periodistas. Aliviado porque no había detectado miseria ni incomodidad indebidas, el diputado Victor Cazalet pensó que el campo «no era muy interesante, aunque lo gestionaban de manera eficiente». En su diario anotó que «el ayudante dice que la mayoría de los prisioneros son comunistas. Si es así, que se queden aquí todo el tiempo que haga falta». Sin embargo, pensaba que los nazis eran unos «estúpidos» por no liberar a la mayoría

de los prisioneros, pues estaba claro que cualquier oposición al régimen sería de todo punto impotente ante el «poder total y absoluto de Hitler».[25] El colega parlamentario de Cazalet, *sir* Arnold Wilson, era más ambivalente. Wilson realizó numerosos viajes por Alemania entre 1934 y 1936 para tratar de comprender la nueva Alemania y mantuvo innumerables conversaciones detalladas con el abanico de gente más amplio posible. Produjo muchísimos artículos, que se publicaron en el volumen *Walks and Talks Abroad* (1939). En julio de 1934 se dirigió a un público amplio en Königsberg cuando habló del nacionalsocialismo en estos halagadores términos:

> Durante los tres últimos meses he observado la labor y el esfuerzo de la joven Alemania en todos los rincones del país. Admiro la intensa energía que el movimiento nacionalsocialista ha despertado. Respeto el ardor patriótico de la juventud alemana. Reconozco, casi con envidia, la profundidad y sinceridad de la búsqueda de la unidad nacional, que inspira sus escuelas e institutos, porque es completamente desinteresada y esencialmente buena.[26]

Pero su entusiasmo por los nazis no nubló sus impresiones sobre Dachau. Observó que los hombres parecían bien tratados y alimentados, como cualquier voluntario en un campo de trabajo, pero escribió que «en la atmósfera del campo hay algo contra lo que mi alma se rebela».[27] James Grover McDonald (norteamericano y Alto Comisionado para los Refugiados procedentes de Alemania) estaba de acuerdo con esa posición. Mientras los prisioneros se presentaban ordenadamente frente a él, los miró a los ojos. «Y lo que vi allí no lo olvidaré jamás —escribió esa noche en su diario—. Miedo, un miedo arrollador, la sensación de absoluta sumisión frente a una voluntad despiadada y arbitraria». Pero, cuando presionó a su guía y le preguntó cuál era la necesidad de un campo así, este le señaló que Alemania se encontraba en los últimos estadios de una revolución y que, mientras que en la mayoría de las revoluciones los prisioneros políticos se ejecutaban, en Dachau «intentamos reformarlos». Después de la visita, McDonald se sintió agradecido al encontrar una galería de arte abierta en Múnich, «lo que me permitió sacarme el sabor del terror del campo de concentración de la boca».[28]

Décadas después de la guerra, el comando, escritor y poeta Michael Burn recuperó un texto suyo inspirado en una visita a Dachau en 1935. Se quedó sin palabras al descubrir lo indiferentes que le habían resultado los aspectos más brutales del campo.* El relato del comandante de los horribles castigos que sufrían los prisioneros solo había despertado el siguiente comentario en Burn: «Los que se estremezcan harán bien en recordar que en Inglaterra el látigo de siete colas aún no es obsoleto».[29] Años más tarde, se preguntaría por qué, en tanto que periodista del *Gloucester Citizen,* no había exigido que le dijeran qué tipo de juicio o defensa habían tenido los prisioneros o cómo justificaban moralmente los nazis la encarcelación de un individuo simplemente por criticar al Gobierno. Al Burn más sabio y más viejo también le resultaba chocante su propia hipocresía al tratar de convencerse a sí mismo (y al mundo entero) de que la visita a Dachau lo había traumatizado. Pero no fue el único visitante extranjero que pasó de largo ante las abyectas implicaciones que tenía el campo. El antisemitismo era algo habitual en las clases altas inglesas, como sucedía en Francia y en amplios sectores de Estados Unidos. De la misma manera, el destino de los comunistas, los gitanos, los homosexuales y los «lunáticos» que terminaron en Dachau junto a los judíos no constituía un tema candente para nadie. Desde luego, el joven Derek Hill, que en aquel entonces tenía dieciocho años y que estaba emocionado ante la perspectiva de estudiar diseño teatral en Múnich, no le dedicó ni un pensamiento de más al mal intrínseco que anidaba en aquel lugar. Pasó un día en el campo en 1934, observándolo para el periodista del *Morning Post* Peter Matthews, que estaba casi ciego. Comieron en la misma sala que los prisioneros, pero en la mesa de la tarima, con el comandante Theodor Eicke, una organización de las mesas que a Hill le recordó la disposición habitual de alumnos y profesores en los refectorios de Oxford o Cambridge.[30]

A lo largo de la década de 1930, una serie de «chicas inglesas bien» llegaron a Múnich para «terminar su educación». Varias de ellas asistían a las clases de la escuela de la baronesa Laroche, donde Unity también pasó un tiempo. Dedicaban los días a estudiar arte, música

* El comandante que Burn conoció fue Heinrich Deubel. Unos meses más tarde, Himmler lo echó por ser demasiado compasivo.

y alemán, y alternaban la actividad lectiva con excursiones, meriendas, expediciones culturales, bailes y cenas. «Conocíamos a muchos jóvenes oficiales —recordaba Joan Tonge—. Eran terriblemente elegantes, arrogantes y engreídos y tenían una presencia arrolladora. Sus uniformes siempre estaban inmaculados y su autoestima, por las nubes».[31] A Ariel Tennant, otra adolescente que estudiaba arte en Múnich por ese entonces, le llamaba la atención cuánta gente en Inglaterra se negaba a creer lo que les refería acerca de las agresiones nazis. Cuando, en una breve visita a su casa, describió algunas de sus experiencias más alarmantes, le quitaron importancia y le dijeron que era demasiado joven como para comprender lo que sucedía.[32] Como su primo, Derek Hill, también era amiga de Unity y recordaba caminar con ella por el Englischer Garten cuando Unity la tomó del brazo y exigió que confesara que a ella también le gustaba Hitler: «Si no lo haces, te retorceré el brazo».[33]

Dos noches a la semana, las chicas iban a la ópera, que se encontraba a unos pocos kilómetros de Dachau, precisamente. Para Sarah Norton (que más tarde estuvo casada brevemente con el vizconde Astor), el ciclo del *Anillo* de Wagner era una tortura,[34] pero, tras escuchar el *Tristán* por primera vez, *lady* Margaret Boyle, hija del conde de Glasgow, escribió catorce páginas extáticas a su casa. «Me alegro mucho de que te gustase la ópera, querida», replicó su madre.[35] Sarah Norton era plenamente consciente de la «atmósfera de terror» que asolaba la ciudad. Odiaba a los nazis y frecuentaba el salón de té del Carlton con amigos que opinaban como ella, donde se sentaban lo más cerca posible de la mesa de Hitler y le sacaban la lengua o lo miraban mal. «Era una actividad bastante estúpida —admitiría más tarde—, porque no creo que se fijase en nosotros, pero nos proporcionaba un gran placer».[36] En la mesa de Hitler siempre había un tarjetón donde ponía que estaba *«RESERVIERT FÜR DEN FÜHRER»*. En una ocasión, un joven estudiante de arte inglés la robó y la metió en el abrigo de su novia. La chica tuvo suerte de poder volver al establecimiento de la baronesa sin que la arrestasen.[37] Con el tiempo, Sarah Norton fue detenida por vandalizar una copia pública del virulento periódico antijudío de Julius Streicher, *Der Stürmer,* y tuvo que volver a casa por indicación del Foreign Office. La reacción de su madre fue mejor de lo esperable: «Bien hecho, a pesar de que no sirvió de nada. Espero que, al menos, aprendieras algo de alemán».[38] De hecho, aprendió lo suficiente como para traba-

jar en Bletchley Park, el centro de descodificación de los mensajes cifrados alemanes, durante la guerra.

Aunque Hugh Greene se opuso implacablemente a los nazis desde que entró en Alemania, como joven periodista aspirante era importante para él observarlos tan de cerca como fuera posible. El 11 de enero de 1934 le escribió a su madre lo siguiente:

> Las cosas se han puesto mucho más interesantes después del Año Nuevo. Suelo ir a una cafetería que Hitler también frecuenta, con la esperanza de verlo. La semana pasada fui por la tarde y allí estaba, en su rincón. Más tarde llegó Goebbels. Es un hombrecillo que cojea, pero muy atractivo y con una sonrisa encantadora.[39]

La «cafetería» en cuestión era la Osteria Bavaria, el restaurante favorito del Führer. Allí fue donde Unity lo espió durante meses hasta que finalmente, un sábado de febrero de 1935, la invitaron a unirse a la mesa de Hitler. Hablaron de la película favorita del Führer, *Cavalcade,* y de cómo no debía permitirse nunca más que los judíos fomentaran una guerra entre dos razas nórdicas. Más tarde ese mismo día, Unity escribió a su padre para anunciarle que era tan feliz que no le importaría morirse.[40]

Unos meses después de que Unity tuviera su primer encuentro con Hitler, un gran grupo de estudiantes chinos apareció en Berlín. No estaban allí para sumergirse en la poesía de Goethe o estudiar el nacionalsocialismo, sino porque era más barato que pasar unas largas vacaciones veraniegas en París, donde vivían. Para ellos, el concepto de vacaciones era algo totalmente novedoso, pero en París descubrieron que «hasta los mendigos recogen sus gorras o sus violines y se van al campo, a pedir dos o tres días para alimentarse y que se note que están de vacaciones». Al llegar a Berlín, su primer problema fue encontrar un lugar donde alojarse. Las habitaciones se alquilaban el primer día de cada mes, y ellos habían llegado el quince. «Caminamos todo el día sin éxito, y estábamos tan cansados que no podíamos dar un paso más, así que terminamos en la casa de un judío», escribió Shi Min, autor de su volumen de memorias colectivas.[41] Encantados ante el tamaño y la comodidad de las habitaciones, pronto se instalaron allí de forma permanente. Shi Min admiraba especialmente el lavabo. «Sentado en él —recordaba con añoranza— estaba más

cómodo que en el Trono del Dragón en el palacio Qing. Fumando un cigarrillo con un ejemplar de *Space Wind...;* las palabras no bastan para describir lo maravilloso que era». Y también había más ante lo que asombrarse:

> Las calles de Berlín son anchas y están limpias, con pulcras hileras de árboles de altura idéntica a ambos lados. Jamás se verán excrementos de caballo en mitad de la calle y no hay basura ni suciedad en el pavimento, algo que los habitantes de París no podrían ni imaginar [...]. Hay macetas llenas de flores colocadas en los alféizares, rodeadas por barandillas de hierro forjado, de modo que, vistas desde lejos, es como si incontables jardines en miniatura estuvieran pegados a los cielos y a los precipicios de las paredes.

Pero los jóvenes chinos, que llevaban en Occidente el suficiente tiempo como para familiarizarse e internalizar los prejuicios europeos, no tenían nada de inocentes: «Al abrir las ventanas, nuestros rostros amarillos se inclinaban hacia fuera para disfrutar de la fresca brisa —escribía Shi Min—. Ya sabemos que los pueblos y las nacionalidades "de tercera categoría" no pueden aspirar a la fortuna de las superiores. Es la injusticia del dios, que no debería haber creado pieles distintas de tantos colores».

A los estudiantes les fascinaba el contraste entre las mujeres francesas y alemanas. En Francia, destacaba Shi Min, «llevan ropas de un centenar de colores y distintos tipos de zapatos, y jamás se encuentra una que se vista igual que la otra». Pero las mujeres alemanas «llevan zapatos planos y tienen los pies grandes, y caminan por la calle a paso de camello». La ropa que llevan parece «prestada por sus tías». Y había otra diferencia notable: en las incontables instalaciones deportivas de Berlín y alrededores, las mujeres eran tan activas como los hombres. «Se ponen pantaloncitos cortos y camisetas y se desnudan las piernas y se ponen zapatillas deportivas como los hombres, y olvidan que son jóvenes damas. Si hubiera una guerra, ellas podrían participar, a diferencia de lo que pasaría en Francia o China». Shi Min era lo bastante buen observador como para entender la situación judía:

> No tienen influencia en ninguna organización gubernamental. No tienen poder para defenderse, pero son ricos.

> Los caballeros de la policía a menudo los tratan muy mal. Tienen que llenar un formulario hoy y emitir un recibo mañana; no pueden desplazarse libremente. Todo lo que pueden hacer es obedecer las «Regulaciones para judíos» y vivir como viven las nueras.

Llegó a la conclusión de que era imposible saber si la gente creía de veras en el movimiento de Hitler, pero la constante exhibición del saludo nazi le disgustaba. En cuanto a los nazis en general, observó que «tienen una opinión muy elevada de sí mismos, van por la calle con el cuerpo rígido y la nariz orgullosamente erguida (aunque las narices alemanas son cortas y pequeñas), y entonces sí que parecen la raza superior». La policía a menudo detenía a los estudiantes para preguntarles si eran japoneses. Shi Min recuerda que se ruborizaban, avergonzados, cuando admitían nerviosamente que eran chinos. «Los japoneses no les gustan, pero los respetan —escribió—. En cuanto a los chinos, les caen bien, pero los desprecian». Consciente de las actuales y deplorables condiciones de vida en su propio país, añadía que «no hace falta que profundicemos en las razones ni que les echemos la culpa».

Si la visita a Dachau era obligada para cualquier viajero de pro durante los primeros años del Tercer Reich, también lo era una visita a un campo de trabajo. Geoffrey Cox se decidió por algo mucho mejor. El 7 de agosto de 1934 le escribió a su hermano: «Estoy de camino como voluntario a un campo de trabajo. Empiezo esta tarde. He disfrutado de una estancia incomparable en Alemania. Te lo contaré todo después. Pero, si hay un momento en el que he podido avanzar en mi vida, han sido estas últimas dos semanas».[42] Las tres semanas de Cox en el campo de trabajo cerca de Hannover no fueron desagradables. Naturalmente, había un montón de *«Heil Hitler»* y desfiles en uniformes grises, con las palas al hombro como si fueran rifles. Pero, para un neozelandés acostumbrado al trabajo duro, las tareas no eran difíciles. Cox estuvo cavando zanjas a través de pantanos y marismas y cortando las raíces del sotobosque para hacer leña. Cuando su jefe de sección no miraba, él y sus compañeros de trabajo, la mayoría de Hannover y del Ruhr, «se tendían a tomar el sol o cazaban culebras entre los arbustos». Se puso muy en forma.

> Empezábamos a trabajar a las siete de la mañana en un paisaje que se parece a Anglia Oriental y seguíamos avanzando por campos con bosques en el horizonte, aún colmados por la niebla, o donde a mediodía grandes masas de nubes se movían por el enorme cielo azul del norte de Alemania. Trabajábamos, nos limpiábamos en los barracones, jugábamos al fútbol, nos escabullíamos por la noche para hacernos con un botín de peras del huerto de al lado, y así rápidamente surgió la fácil camaradería entre los que somos jóvenes.[43]

No había entrenamiento con armas, aunque Cox destacaba mucho en un juego en el que «corres unos cien metros, te arrastras luego por el firme y después arrojas falsas granadas a un objetivo marcado en el suelo». Cuando sugirió que se parecía mucho a un entrenamiento militar, sus compañeros de unidad se sintieron ofendidos. ¿Acaso no sabía que era un juego de niños que se practicaba en cada escuela alemana? Aunque sus camaradas de campo disfrutaban del aspecto militar de la vida en el campamento (muchos preferían los entrenamientos simulados al fútbol de las tardes), ninguno era un nazi de pies a cabeza. Cox resumió su experiencia en el campo en un artículo para *The Spectator*. En conjunto, no creía que el Servicio de Trabajo en Alemania pudiera considerarse una defensa o fomento de la guerra, pero sin duda se aseguraban de que, si había guerra, «la juventud alemana estaría lista, en cuerpo y mente, para entrar en el campo de batalla».[44]

Cox poseía toda la iniciativa y fuerza de voluntad necesarias para extraer el máximo de sus viajes en el Reich, pero, para un joven inseguro como Antony Toynbee, el hijo mayor del historiador Arnold J. Toynbee, la Alemania nazi era el peor entorno posible. Durante la mayor parte de su estancia en la Universidad de Bonn, donde estudiaba ruso y serbio, así como esgrima, se sintió deprimido y confuso. Un día estaba en una manifestación contra el Tratado de Versalles, cantaba la canción «Horst Wessel» y lanzaba vítores a Hitler («Por cierto, hay mucho de benéfico en el gesto del saludo nazi, pues desarrolla los músculos del brazo de la espada»),[45] y al día siguiente jugaba con el comunismo: «Debo lograr que M me hable del comunismo, porque no sé mucho acerca de él. Si me gusta, quizá me con-

vierta en comunista, en serio. Sería algo excitante y en contra de los animales nazis».[46]

Unos meses más tarde ya se había decidido, al menos por el momento. El 11 de mayo de 1934 anotó en su diario que se había unido a una célula comunista incipiente que planeaba operar bajo la guisa de un club de *bridge*. «A la luz de esto —escribió Toynbee—, consideramos que todos los miembros deberían saber jugar al *bridge*. Yo no sabía, así que ayer M me enseñó». La ambición inmediata de los jóvenes era participar en una rebelión que se planeaba iniciar en Saarbrücken si el plebiscito del 13 de enero de 1935 resultaba en el retorno de la región del Sarre a Alemania. «Los rifles y las ametralladoras probablemente serían de modelos franceses —anotó escrupulosamente Toynbee después de una de sus sesiones de *«bridge»*—. Dije que también podíamos utilizar las de Thomson, porque serían muy útiles para la lucha en las calles. M mencionó la posibilidad de que, si la revuelta tenía éxito, algunos de nosotros obtuviéramos rangos nominales en el Ejército Rojo». Por supuesto, era todo una fantasía digna de una revista de muchachos, y su futilidad queda aún más de manifiesto por el hecho de que Toynbee detalle todos sus planes en su diario. Tanta inocencia quizá resultase enternecedora si no fuera por el peligro al que exponía a todos sus compañeros, sobre todo porque se alojaba con una familia pronazi. En cualquier caso, ni siquiera Toynbee llegó a creer en la posibilidad de un levantamiento ni en el comunismo: «Todo parece muy improbable y descabellado —admitió en su diario—, pero es excitante pensar en ello, y, si no sucede nada, más adelante resultará divertido leer esto».

Con su carrera como revolucionario terminada antes de haber empezado siquiera, Toynbee siguió pasando el tiempo en Bonn, buscaba a la chica adecuada, remaba en el Rin («remamos cuarenta y seis kilómetros hasta Linz en asientos fijos») y bebía. «La última parte de la velada la pasamos en un *Lokal* interesante de muy mala reputación en una zona bastante miserable de la ciudad. Había montones de judías, y esa profesión es una de las pocas que aún se permiten a las mujeres no arias en Alemania». Ocasionalmente veía algo que le animaba:

> Dos recuerdos hermosos en este lúgubre día de noviembre: uno, la vista de la que disfrutamos al otro lado del valle del Rin, con las colinas al fondo, desde las alturas

> de Oberkassel, justo cuando empezaba a oscurecer y las luces se encendían; la otra fue el cementerio, con todas las tumbas iluminadas por las velas, porque era el Día de Todos los Santos. Tenía un aspecto encantador y me hizo sentir, de una forma extraordinaria, que la gente no estaba realmente muerta.[47]

En sus memorias, Biddy Barlow, que también procedía de una familia intelectual y se había casado con Erasmus Barlow, uno de los nietos de Charles Darwin, reflexionaba sobre lo raro que era que sus padres la hubieran enviado a Alemania en aquella época:

> Fue una paradoja de los años treinta que los padres con puntos de vista liberales y de izquierdas casi invariablemente enviaran a sus hijos a la Alemania nazi cuando querían que ampliaran su educación y abrieran su mente viajando por el extranjero. Mi hermana había estudiado arte en Stuttgart, mi hermano fue a la Universidad de Tubinga y Erasmus se alojó cerca de la Selva Negra después de terminar la universidad, con la familia de un maestro de escuela.[48]

¿Es que los padres de estos inocentes jóvenes no leían los periódicos? ¿O simplemente pensaban que la violencia y el espíritu filisteo de los nazis eran detalles irrelevantes en comparación con las maravillas de Schiller y Bach? En el caso de Biddy Barlow, parece que se trataba en gran parte de puro pragmatismo. Su familia odiaba a Hitler, temía que fuera el instigador de una nueva guerra mundial y despreciaba la idea de una raza superior, «pero la tasa de cambio era buena».[49] Cualquiera que fuese la explicación en un sentido más amplio, está claro que para muchos británicos había una desconexión desconcertante entre su tradicional respeto por la cultura alemana y las realidades del nacionalsocialismo. El resultado era que, a pesar de la deteriorada situación política, los jóvenes siguieron explorando la Alemania nazi casi hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial.

Capítulo 10

Antiguos soldados

En septiembre de 1935, el primer secretario de la Embajada, Ivone Kirkpatrick,* acababa de regresar de un viaje en coche de 965 kilómetros a través de Mecklemburgo y Pomerania, y había visto «a mucha gente». Aunque Kirkpatrick fue testigo de una gran pobreza y descontento, llegó a la conclusión de que el Führer dominaba a la población de forma tan absoluta que «resulta difícil predecir qué acontecimiento político o económico podría alterar la posición de Hitler». Pensaba que «la nueva ley de ciudadanía» (las infames leyes de Núremberg, que privaban a los judíos de su nacionalidad) era un movimiento particularmente astuto. «Cada alemán se verá obligado a obedecer la ley al pie de la letra para obtener el certificado de ciudadanía y, cuando lo tenga, seguirá siendo un ferviente seguidor del Gobierno por miedo a perderlo».[1]

Truman Smith, que trece años antes había sido el primer funcionario norteamericano en entrevistar a Hitler, era ahora el agregado militar en la Embajada estadounidense. Creía que «Alemania aún tiene opiniones divergentes», pero estaba de acuerdo con Kirkpatrick en que la crítica popular se dirigía contra el partido y no contra el Führer. En su opinión, el mayor problema de Hitler era la terrible calidad de los líderes nazis que habían surgido de los «desesperados y la escoria» que habían aflorado a la superficie después de la Gran Guerra. Aunque esos semimatones que ahora desfilaban como *Gauleiter* ('cabezas de los brazos regionales del partido nazi') y ministros del Gobierno eran muy impopulares,

* Kirkpatrick resultó herido en la Primera Guerra Mundial, pero rechazó la admisión en el Balliol College para regresar a la lucha. Entrevistó a Rudolf Hess tras el aterrizaje de este en Escocia en 1940 y fue nombrado Alto Comisionado para Alemania en 1950. Terminó su carrera como subsecretario permanente en el Foreign Office.

curiosamente, como observaba Smith, el resentimiento de la gente rara vez se centraba en el Führer. «Los alemanes, sin importar la clase a la que pertenezcan —escribió—, adoran y reverencian a este hombre extraño y le atribuyen cualidades de altruismo, falta de ostentación y participación en las alegrías y tristezas del pueblo alemán».[2]

Es significativo que Kirkpatrick, que no había vivido en Alemania antes de que los nazis llegaran al poder, hiciera hincapié en las privaciones que vio, mientras que Arthur Yencken, diplomático australiano que había trabajado en la Embajada británica durante la Depresión y que también viajaba por Alemania en septiembre de 1935, tenía una perspectiva muy distinta:

> Cualquiera que regrese a Alemania tras dos o tres años de ausencia se quedará asombrado ante la mejora notable que se ve en el aspecto de la gente. La horda de monstruosidades de Europa del Este ha desaparecido hace tiempo de las calles y las cafeterías, por supuesto, pero eso no es todo. La población al completo parece renovada. Por donde quiera que vayas, los hombres llevan pantalones planchados y almidonados; parece como si se hubiera producido un movimiento nacional del planchado y del corte de pelo, pero una vez más se han pasado de la raya, por desgracia. Los jóvenes ya no caminan encorvados para imitar al proletariado descontento. Se han espabilado, caminan erguidos y, al parecer, han recuperado la voluntad. Y también su autoestima y el respeto por sí mismos.[3]

Yencken se fijó en algo raro: la nación se había vuelto más rubia desde la última vez que había estado allí. Según las estadísticas oficiales, en 1934 se vendieron diez millones de productos de tinte del pelo, mientras que «el lápiz de labios, que a las judías tanto les gusta», se consideraba poco alemán y había terminado en la basura.[4] Cuando la hija de once años de Truman Smith hizo un dibujo en clase de su abuela norteamericana con los labios pintados de rojo brillante, su maestra respondió con horror: «Oh, Kätchen, ¡las abuelas no usan pintalabios!».[5] Yencken también reparó en asuntos más graves, como la permanente escasez de alimentos, el hecho de que muchísima gente solo tenía empleos parciales y que los materiales de esos «pantalones tan bien planchados» no

iban a proteger a sus dueños del frío en invierno. Un antiguo soldado de las SA le dijo que, como él y sus amigos no podían permitirse ropa de abrigo, «cada día se daban friegas con aceites y productos para fomentar el crecimiento del vello corporal».[6]

Yencken, que había ganado una cruz militar, no era ajeno a los argumentos habituales que justificaban el maltrato a los judíos y los compartía. Después de cuatro años como diplomático en la República de Weimar, pensaba que la dominación judía de los asuntos de Alemania había sido negativa, y se trataba de una posición que no se limitaba en absoluto a los simpatizantes nazis. Citó las librerías que «por toda Alemania están repletas de publicaciones mórbidas y repugnantes», así como los teatros y cines que, según él, exhibían «la misma tendencia pornográfica» y estaban bajo el control absoluto de los judíos. «Desde luego, al país le hacía falta una limpieza», escribió en su informe al Foreign Office.[7] Y, para muchos hombres de formación o trayectoria militar que visitaron Alemania durante el Tercer Reich, la sensación era que los nazis estaban haciendo un trabajo excelente dedicándose precisamente a esa tarea.

La «comandante» Mary Allen no era una «antigua soldado», claro está, pero siempre se había comportado como si lo fuera. En efecto, resulta difícil imaginar a una persona más alejada del ideal nazi de la femineidad alemana que Mary. No solo no sentía el menor interés por *Kinder, Küche, Kirche* ('los hijos, la cocina y la iglesia'), sino que su uniforme inmaculado, las botas militares, el pelo corto y el enorme ego suponían un reto flagrante a la autoridad masculina. Pero, a pesar de eso, a última hora de una noche de marzo de 1934, Mary salió de su hotel en Berlín, cruzó la Wilhelmplatz cubierta de nieve y entró en la Cancillería del Reich para mantener una reunión privada con Hitler, con lo que se adelantó así al puesto de Unity Mitford casi un año.

No era la primera visita de Mary a Alemania. En 1923, cuando el ejército británico aún ocupaba Renania, el Ministerio de Guerra le había pedido a ella que les mandara seis mujeres de su Servicio Auxiliar Femenino a Colonia para ayudar a la policía alemana a controlar la prostitución. La petición era un triunfo personal, pues apenas dos años antes la propia Mary había sido detenida por llevar un uniforme similar al de la policía metropolitana y la habían multado con diez chelines. Por fin, o así se lo de-

bió parecer entonces, Mary había obtenido la aprobación oficial para la fuerza policial permanente de mujeres que tan decidida estaba a impulsar. Fue un falso amanecer. A pesar del éxito de su misión en Colonia, la policía metropolitana tenía sus propios planes para introducir a las mujeres entre sus rangos, y estos no incluían a la supuesta «comandante» Allen. Resuelta, Mary viajó continuamente durante mediados de la década de 1920 (una fotografía la muestra de uniforme y montada en un camello frente a las pirámides)[8] para predicar la necesidad de que hubiera mujeres policía a todo aquel que le prestara atención.

En 1934 había vuelto a Alemania. Su misión consistía en convencer a las autoridades para fundar una fuerza policial femenina basada en la doctrina nazi. En sus memorias, publicadas dos años después, recuerda haberse sentido «absolutamente cautivada» en un mitin masivo mientras permanecía sentada «al lado de la encantadora hermana del canciller, escuchando al gran dictador».[9] Describe las oleadas de emoción que recorrieron todo el espacio y «los robustos generales alemanes, con uniformes de guerra desteñidos y gastados y sus calvas rosadas a causa de la excitación».[10] Mary era una promotora muy convincente, al menos fuera de su propio país, y los nazis debieron suponer que se trataba de un miembro importante del *establishment* británico, a pesar de que solo era una mujer, y bastante rara, por añadidura. O quizá simplemente la consideraron un hombre honorario. En cualquier caso, aunque era medianoche y Hitler acababa de terminar un discurso de dos horas y media, aceptó verla. «Subí en el ascensor —recordó Mary— y recorrí brevemente varias antesalas llenas de flores» hasta llegar a la presencia de «uno de los hombres más notables de Europa».[11] En privado, el Führer le pareció (como les sucedía a muchos otros visitantes extranjeros) un hombre encantador, «cortés, paciente, tranquilo». En efecto, *sir* Eric Phipps constantemente trataba de convencer a los visitantes británicos de que el individuo «encantador» que acababan de conocer solía soltarle diatribas furibundas durante sus reuniones privadas.[12] En una carta al Foreign Office, Phipps declaraba que después de una de esas incómodas entrevistas le habían informado de que el Führer había tratado de calmarse bebiendo jarras de agua fría y comiendo grandes cantidades de col hervida. «Yo también estaba cansado —añadió Phipps—, pero no intenté recuperarme empleando los mismos medios».[13]

Como era natural, Mary Allen se sintió profundamente halagada cuando Hitler le aseguró que Göring tenía pensado reclutar a cien mujeres policía para Berlín. Hechizada por la entrevista, Mary se convenció de que Hitler era «un amigo duradero de Inglaterra y un hermano de sangre de la gente decente y normal de Europa, fuesen cuales fuesen sus nacionalidades, que deseaba paz para prosperar y seguridad para sus hijos».* Su encuentro con Göring unos días después resultó igual de satisfactorio, especialmente porque convino en que era esencial que las policías nazis que hubiese en el futuro llevaran uniforme. Su obsesión compartida por los uniformes se expresaba de maneras bastante diferentes. Mary vestía el mismo y austero uniforme de policía día sí y día también (y a veces añadía un monóculo), mientras que Göring prefería llevar un uniforme tras otro, y los alternaba con coquetería. Su uniforme de Reichsmarschall, el más deslumbrante de todos, incluía un bastón con una joya engarzada. Le gustaba cambiar de vestimenta para que se adaptase a su estado de ánimo, como informaba *sir* Eric Phipps en un informe, y a menudo varias veces durante la misma velada.

Aunque Phipps (descrito por el corresponsal norteamericano William Shirer como «alguien que parece un dandi húngaro con una cara de póker perfecta»)[14] detestaba todos los aspectos del nacionalsocialismo, a veces sucedía algo que lo divertía y que, al mismo tiempo, le ofrecía información valiosa acerca de los rasgos más absurdos del comportamiento nazi. Fue esto lo que sucedió a principios de junio de 1934, cuando lo invitaron, junto con cuarenta o más colegas diplomáticos, a la residencia de campo de Göring, donde este se divertía cazando, en Schorfheide, que estaba a una hora conduciendo al noreste de Berlín. «Nuestro anfitrión llegaba tarde, como de costumbre —dijo Phipps—, pero por fin hizo su aparición conduciendo un coche deportivo a toda velocidad. Llevaba un traje de aviador, con caucho y botas altas, y un enorme cuchillo de caza que asomaba en su cinturón».[15] El principal objetivo del día era exhibir un nuevo recinto de bi-

* Allen, página 151 de sus memorias. Esta apasionada defensa de Hitler iba a causarle dificultades más adelante. El 6 de noviembre de 1940 tuvo que presentarse frente a un comité encargado de decidir si era lo bastante peligrosa como para que la confinasen. «¿Qué opinión tiene [de Hitler] ahora?», le preguntaron. «Ninguna», replicó ella. (NA, documentos de Mary Allen, HO 144/1933).

sontes. Para abrir las festividades, Göring dio un discurso en el que celebraba la belleza del bosque primigenio alemán (lo habían nombrado «Dueño de los Bosques Alemanes» recientemente), donde las bestias primigenias alemanas habían merodeado en libertad. Su intención, según dijo a los diplomáticos allí reunidos, era recrear un antiguo *Wald* ('bosque') para asegurarse de que los alemanes modernos pudieran ver animales primitivos alemanes en un escenario alemán auténtico. Cuando terminó de hablar,

> condujeron a tres o cuatro bisontes hembra a una enorme jaula donde había un macho. Un pequeño ejército de operadores de cámara y fotógrafos dirigieron sus objetivos a la jaula antes de que saliera el animal. Los que como yo habían visto cómo carga un toro cuando sale del toril esperábamos un espectáculo similar en esta ocasión, pero nos decepcionamos mucho cuando vimos que el bisonte emergía de su jaula con gran reticencia y, después de inspeccionar a las hembras con un aire tristón, trataba de regresar a su recinto. Esta parte del programa, por lo tanto, no colmó nuestras expectativas.[16]

Más tarde condujeron a los diplomáticos a través del bosque en carruajes tirados a caballo hasta Carinhall, la residencia de caza de Göring, que daba a un lago, donde el anfitrión, que empuñaba un arpón enorme, los saludó, esta vez con «zapatillas deportivas blancas, pantalones cortos blancos, camisa de franela blanca y una chaqueta de piel verde con el enorme cuchillo de caza todavía colgando del cinturón». Después de otro discurso, en el que Göring ensalzó la belleza de Carinhall, construida con los mejores materiales alemanes, invitó a los diplomáticos a que entraran. Para su sorpresa, había un árbol creciendo en el salón, esperando (imaginaba Phipps) que el Wotan de Wagner apareciese para clavar en su tronco la espada mística destinada a permanecer allí hasta que la liberara un verdadero héroe alemán como Sigfrido «o el general Göring».[17] Nadie podía burlarse con mayor habilidad de los nazis que *sir* Eric, pero lo absurdo del día también despertó una grave preocupación en el británico. Göring, escribió Phipps en su informe, había exhibido sus juguetes durante ese día «como un niño mimado y gordo», pero el embajador añadía la advertencia de que el ministro de Aviación de Hitler «también poseía

otros juguetes, menos inocentes y con alas, que algún día tal vez enviara a una misión asesina con el mismo espíritu infantil y con la misma satisfacción infantil».[18]

Gran parte de la constante corriente de visitantes que pasaron por la Embajada británica durante la década de los años treinta había luchado, por supuesto, en la Gran Guerra. Resultó que varios de los antiguos soldados más valientes y más condecorados que firmaron el libro de visitas de la embajada también eran entusiastas defensores del régimen nazi. El teniente coronel Graham Seton Hutchison había ganado la Orden del Servicio Distinguido y la Cruz Militar Británica y había recibido cuatro menciones de honor. Después de la guerra se quedó en Alemania como miembro de la Comisión Interaliada, fue un miembro fundador de la Legión británica y se convirtió en un exitoso escritor de novelas de aventuras. Para cuando Hitler llegó al poder, y esto es lo más sorprendente, ya estaba a sueldo de los nazis como publicista y había fundado un partido fascista tremendamente antisemita: el Movimiento de Obreros Nacionales. Unos pocos días después de la fiesta de los bisontes de Göring, Hutchison escribió al poeta norteamericano de derechas Ezra Pound: «Durante doce años he estudiado de cerca Alemania y también a algunos de sus líderes. Existe una crudeza que las inteligencias privilegiadas reconocen, pero sin duda verás cómo termina tomando una forma correcta». Como no era culpable de falsa modestia, proseguía diciendo que, «entre los ingleses, soy yo al que probablemente escuchan con mayor respeto en Alemania, sobre todo en Bavaria. Hoy Alemania no es un país militarista, de eso estoy seguro».[19] Como extremista, Hutchison solo representaba a una minoría excéntrica, pero, aun así, su punto de vista expresaba una posición muy extendida entre los veteranos al decir que «los que sobrevivimos la Gran Guerra estamos más preocupados que los demás por preservar la paz. En lo relacionado a cuestiones médicas, resulta razonable suponer que, puesto que fuimos físicamente capaces de participar en la guerra, serán nuestros hijos los primeros en ser llamados al deber nacional para luchar en la siguiente».[20]

Que los hombres que habían luchado en las trincheras harían todo lo posible por impedir que una guerra igual volviera a producirse es fácil de entender, pero no explica del todo por qué tantos de ellos se obsesionaron con el fascismo. El capitán

George Henry Lane-Fox Pitt-Rivers, nieto de Augustus Lane-Fox Pitt-Rivers, cuya colección antropológica es la base del museo de Oxford que lleva su nombre, había luchado con valentía y había resultado herido durante la guerra. Como su abuelo, era un distinguido antropólogo, pero también estaba a favor de la eugenesia. El 28 de noviembre de 1934, el periódico *Königsberger Allgemeine* informaba acerca de una conferencia que había impartido en la universidad: «Pitt-Rivers considera la raza como un grupo biológico caracterizado por la propiedad común de un número firmemente definido de rasgos característicos, que distinguen este grupo de otros».[21] Una frase en apariencia inocente, pero el gran antisemita Pitt-Rivers pronto empezó a reunirse con gente como el profesor Karl Astel, presidente del Tribunal Supremo de Salud Hereditaria; era el tribunal de Weimar que decidía quién sería sometido a una esterilización forzosa. «Nuestra misión —le escribió Astel a Himmler— es promover incesantemente una vida más sana, sólida y noble en conformidad con la especie». Y seguía diciendo que tenía pensados una serie de experimentos, incluida una investigación sobre la homosexualidad. «Para esta tarea necesito que me envíe al menos a cien homosexuales clasificados de Turingia, y le pediría que me los mandara muy pronto».[22] Este era el hombre con quien Pitt-Rivers (que estaba emparentado con Clementine Churchill y con la familia Mitford) desarrolló una cálida amistad.* «Le mando mis mejores deseos para el Año Nuevo —le escribió Astel en la Nochevieja de 1935—, y, por encima de todo, que continúe el progreso de la ciencia de higienización de la raza en su país».[23]

El 15 de julio de 1935, un convoy de automóviles avanzaba lentamente a través de una gran multitud de berlineses. Una fotografía muestra cuántos vitorean el desfile de vehículos con el brazo en alto, aunque otros tienen semblantes más escépticos. Sin embargo, todos parecen sentir curiosidad por ver a los pasajeros. En un coche descapotable que abría la procesión estaba el mayor Francis Fetherston-Godley sonriendo con amplitud, y su brazo semilevantado es un compromiso incómodo entre un saludo amistoso y

* Después de la guerra, el hijo mayor de Pitt-Rivers, Michael, fue juzgado por «sodomía». El juicio resultó ser uno de los catalizadores de la reforma de la ley de homosexualidad.

el saludo fascista.[24] El mayor estaba a cargo de una delegación de cinco miembros de la Legión británica en una misión de buena voluntad en la que esperaban que la camaradería natural entre antiguos soldados contribuyera de veras a la paz mundial.

Las razones que animaban a la delegación eran totalmente honorables y la integridad personal de cada uno de sus miembros estaba más allá de todo reproche, pero la polémica rodeó a la iniciativa desde el principio. El hecho de que el príncipe de Gales les hubiera dado su bendición, en comentarios que más tarde fueron retransmitidos por toda Alemania, era suficiente para garantizar que recibirían una publicidad de nivel mundial. Los nazis tomaron las palabras del futuro rey como una señal de que la posición del Gobierno británico se había acercado a una política más proalemana. Eso se confirmó, al parecer, con la firma del Acuerdo Naval Anglo-Germánico en junio de 1935. Hitler, convencido de que el tratado era el primer paso hacia una alianza formal con el Reino Unido, se refirió al día en que se firmó como el más feliz de su vida.[25] Por lo tanto, la llegada de la delegación de la Legión británica justo un mes después suponía un sueño propagandístico hecho realidad. Cuando Fetherston-Godley depositó una guirnalda de flores en el monumento de guerra en Unter den Linden, fue bajo los focos de la maquinaria de comunicación nazi y frente a los ojos de miles de personas.

Unas semanas más tarde, la gaceta *Regimental Chronicle of the Prince of Wales Volunteers (South Lancashire)* publicó un resumen de la visita de la Legión británica. «En vista de la importancia que se le dio a nuestra visita —escribía el teniente coronel Crosfield, también condecorado con la Orden del Servicio Distinguido—, fue natural que conociéramos a algunos de los dirigentes del Gobierno, incluido a ese maravilloso personaje, el propio Hitler».[26] Crosfield, cuya reacción al perder una pierna en la Primera Guerra Mundial había sido unirse a la RAF, venía de una antigua familia cuáquera y no era ningún fascista. De hecho, admitió que viajaba a Alemania con muchos prejuicios contra Hitler. Pero entonces lo conoció:

> Hitler pertenece a una categoría en sí mismo. Nadie rivaliza con él en intensidad de objetivos ni en la maravillosa devoción que inspira en los demás. Tuvimos el privilegio de pasar una hora y media con él, y gran parte del tiempo

> lo pasamos hablando de nuestras experiencias de guerra y comparando los distintos frentes de la contienda [...]. Salimos profundamente impresionados por su sencillez, sinceridad y devoción fanática hacia su país, y convencidos de que estaba verdaderamente preocupado por evitar otra guerra mundial.[27]

A pesar de su entusiasmo por el Führer, Crosfield no se hacía ilusiones con respecto al nacionalsocialismo: estaba convencido de que no funcionaría en el Reino Unido. No le gustaba su obsesión por la uniformidad, el aplastamiento de toda crítica y la hipótesis de que los que llevaban más tiempo en el partido tenían derecho a recibir la mejor «parte del pastel». Tampoco le convencía el argumento de que las políticas antisemitas estaban dirigidas solamente hacia «el vil judío» que había invadido Alemania desde la guerra. Pero, dada la enorme calidez de la bienvenida a la delegación y la generosa hospitalidad con la que los recibieron, habría parecido grosero detenerse en esas incómodas cuestiones. Sin embargo, había un problema que no podían esquivar. Como parte del itinerario por Múnich, los organizadores habían dispuesto astutamente que Fetherston-Godley depositara otra corona de flores en el monumento en recuerdo a los «mártires» nazis del Feldherrnhalle. Eso era llevar la buena voluntad demasiado lejos, y el mayor se ocupó de que revisaran rápidamente el programa de actos para eliminar esa parada.

Tras asistir a una recepción en la residencia de Hitler en las montañas de Berchtesgaden y después de comer con los Göring en su villa cercana, el grupo realizó la visita obligatoria a Dachau. Lo que no podían adivinar era que los «criminales degenerados» que desfilaron frente a ellos eran, en realidad, guardias del campo disfrazados, y que así habían engañado a numerosos extranjeros que iban de visita. La delegación terminó su periplo en Colonia, donde recibieron la bienvenida más espectacular de todas. «Colonia entera se inundó de luz en nuestro honor» —escribió Crosfield—. En el muelle había una masa de hasta diez hileras de habitantes de la ciudad, y desde allí hasta nuestro hotel condujimos a través de densas multitudes de ciudadanos que gritaban *"Heil den Engländern"* ('Vivan los británicos'), un tributo magnífico al espléndido comportamiento de nuestras tropas durante la ocupación».[28] ¿Era esta la verdadera razón de la exuberante bienvenida?

¿O era solo otro ejemplo de la brillante organización de eventos de los nazis? De regreso a Inglaterra, Fetherston-Godley y sus colegas sin duda se aferraron a la ilusión de que sus esfuerzos habían valido la pena, aunque en realidad la idea de que su delegación, por bienintencionada que fuera, pudo haber cambiado en lo más mínimo las ambiciones de Hitler es un triste error.

Un par de semanas más tarde, otra delegación británica se dirigió a Alemania con las mismas buenas intenciones pero con un perfil mucho más discreto. Se trataba de un grupo de hombres de Iglesia y educadores que, aunque iban a Berlín como «cristianos» y no como «antiguos soldados», tenían más o menos la misma motivación. Estaban allí para asistir a una conferencia académica con el objetivo de explorar las ideas nazis sobre filosofía, economía y educación. Era un grupo ilustrado. Entre los teólogos se encontraban el obispo Neville Talbot, el decano de Exeter, Spencer Carpenter, y el reverendo Eric Fenn (director adjunto del Movimiento Cristiano Estudiantil). Entre los pedagogos estaban John Christie, director de la Westminster School, y un profesor de economía de la Universidad de Leeds. También había dos mujeres en el grupo, Elizabeth Pakenham (que más tarde sería *lady* Longford) y Amy Buller, la instigadora y organizadora de la conferencia. Eric Fenn recordaba «la estupefacción de los nazis ante el espectáculo que suponía la señora Pakenham, una guapa madre de dos niños y, sin embargo, licenciada por Oxford, concejal laborista y autora publicada que sabía mucho sobre economía».[29] En otras palabras, una mujer a años luz de la versión *Kinder, Küche, Kirche* que el régimen tanto amaba.

Amy Buller era una mujer formidable en la cuarentena y, en ese momento, la responsable de una residencia femenina en Liverpool, y conocía bien Alemania. Al principio, como muchos otros extranjeros, los nazis la habían impresionado, pero en visitas recientes todo lo que veía y oía la perturbaba notablemente.[30] Le parecía que era urgente lograr un diálogo formal entre los teólogos y académicos de ambos países. Así que, con el respaldo del arzobispo de York, William Temple, se puso manos a la obra con todas sus energías para organizar una conferencia.

Tuvo lugar en el Kaiserhof, el hotel en el que Hitler había instalado su cuartel general antes de convertirse en canciller. El decano Carpenter recordaba lo que Amy les había advertido, que la sala donde se reunían cada día tenía una «máquina de escu-

cha» oculta en la chimenea y que tuvieran buen cuidado de no mencionar a ningún alemán por el nombre. Los profesores que conocieron eran «en lo personal de lo más agradables —recordaba Carpenter—, pero decían cosas muy sorprendentes».[31] Uno de los conferenciantes les definió los distintos tipos de socialismo. «Está el socialismo marxista. Eso es una abominación. Luego el socialismo cristiano, que significa aliviar al pobre. No hay malo en ello. Pero el verdadero es el nacionalsocialismo».[32] Lo más preocupante de todo fue la declaración (que se hizo durante una conferencia titulada «Humanismo») de que toda filosofía se basaba en la raza. «Y eso lo dijo un profesor de filosofía», señalaba un atónito Carpenter. Una noche se celebró un encuentro clandestino en lo que Fenn describió como «una cafetería subterránea de dudosa reputación». Los techos eran muy bajos, así que el obispo Talbot, que medía más de dos metros, tenía que doblar el espinazo para entrar. Una chica en una de las mesas, recordaba Fenn, «miró asombrada el hábito del obispo Talbot y su figura encorvada y le preguntó a su acompañante: *"Was für ein wunderbares Tier ist das?"* ('¿Qué es esa criatura maravillosa?')».[33] Supuso un escaso destello de humor en lo que, en todos los demás aspectos, fue una semana desoladora. Aunque uno de los miembros del grupo sugirió que las dictaduras tenían su qué si se daba con el tipo adecuado de dictador,[34] todos regresaron a casa con sus buenas intenciones hechas pedazos, llenos de temor por el futuro.

El 4 de agosto de 1935, unos días después de que la delegación de la Legión británica llegara a su hogar, *lady* Domvile despertó a su marido a las cuatro de la mañana en su casa de Putney. Al cabo de una hora, el vicealmirante *sir* Barry Domvile, que poseía la Orden del Imperio Británico y era caballero de la Orden de Bath y de la Orden de San Miguel y San Jorge, estaba camino al aeropuerto de Croydon y hacia mediodía había aterrizado en el aeropuerto de Tempelhof de Berlín. Su anfitrión era Walter de Sager, un empresario suizo-alemán pronazi instalado en Londres que había invitado a Domvile a Alemania en una visita de comprobación. El vicealmirante, que acababa de retirarse de la presidencia del Colegio Naval Real de Greenwich y había sido responsable de la Inteligencia Naval británica, era exactamente el tipo de británico destacado que los nazis deseaban atraer. Las primeras impresiones de Domvile durante el breve trayecto al hotel Adlon fueron

positivas. Se sentía aliviado de haber dejado atrás el «lúgubre» Croydon, y Berlín, con sus cafeterías y sus coloridos escaparates, le pareció refrescantemente alegre. Y lo que era mejor: no había límite de velocidad ni regulaciones absurdas, y los conductores podían aparcar donde les viniera en gana. «La verdad es que este país no es *verboten* ('prohibido') igual que Inglaterra tampoco es el país de los hombres libres», comentó en su diario.[35] Pero le parecía extraño alojarse en un hotel en lugar de en el apartamento de los De Sager. ¿Quién era su verdadero anfitrión?

A la mañana siguiente fue a recogerlo al hotel Theodor Eicke, inspector jefe de los campos de concentración y antiguo comandante de Dachau, donde apenas unos meses antes había sido anfitrión de James McDonald y Derek Hill. Escoltados por un coche oficial, condujeron hacia los suburbios y se dirigieron al cuartel general del Regimiento Adolf Hitler. Este regimiento de élite, liderado por el antiguo chófer de Hitler, Josef Dietrich, consistía en una selección de hombres de las SS («tipos enormes —anotó Domvile—, criados en los más estrictos principios morales y que han jurado lealtad a Hitler»). Lo saludaron con un montón de *«Heil Hitler»* y hasta el mismo Domvile, en sus propias palabras, «se hizo experto» en el saludo nazi. Mejor, porque después de inspeccionar el tatuaje de tambor que ostentaban algunos asistentes, invitaron al almirante a inspeccionar la guardia y a recibir el saludo nazi mientras desfilaban con un inmaculado paso de oca. Para entonces ya estaba claro que su verdadero anfitrión era nada más y nada menos que el jefe de las SS en persona: Heinrich Himmler. «¡Qué mundo tan divertido!», observó Domvile.[36]

En la recepción que se celebró en su honor después del desfile, Domvile se fijó en que algunos de los oficiales llevaban un anillo con una calavera. Era el anillo de la Calavera de la Muerte, según descubrió, un regalo personal de Himmler a cualquier miembro de las SS que hubiera demostrado un valor excepcional. Al examinar uno de ellos, vio que en la superficie interior había una cifra inscrita: 30/06/34. Era la fecha de la Noche de los Cuchillos Largos, cuando Himmler finalmente se había deshecho de su rival, Ernst Röhm. Domvile ignoraba que Eicke, con el que acababa de tener una charla agradable, se había presentado voluntario para ejecutar a Röhm en su celda en la prisión después de que este se negara a suicidarse. Dietrich, al que Domvile juzgó «un hombre de modales bastante rudos, pero un

buen líder», también había emergido de la famosa purga de Hitler con honores. En un momento era el chófer del Führer y, al siguiente, un general en las SS.

Tras dejar los barracones, Domvile visitó a *sir* Eric Phipps. El registro no revela qué le contó sobre la pintoresca mañana que acababa de pasar, pero sin duda le transmitió su convicción de que una entente anglo-alemana era una de las principales prioridades de los nazis.[37] Al menos con Domvile, las SS habían logrado dar en una diana digna de su esfuerzo, pues el vicealmirante era claramente una personalidad en las altas esferas británicas que había ostentado cargos de responsabilidad e influencia. Pero, en general, los burdos esfuerzos de los nazis para comprender a los británicos no lograron hacer que la ansiada alianza emergiera entre ambos países. El liderazgo alemán ignoraba hasta tal punto la historia británica que la anécdota siguiente, referida por el primer secretario de la embajada, Ivone Kirkpatrick, lo resume bien. Julius Streicher, que trataba de ilustrar a un grupo de oyentes en Berlín sobre lo poco que los británicos entendían la amenaza judía, les dijo que «la reina Victoria había ennoblecido al político judío Disraeli con el título de "lord Gladstone"».[38]

A la mañana siguiente, el señor y la señora De Sager recogieron a Domvile en su Mercedes y se dirigieron al sur. En algún punto al sur de Leipzig se detuvieron a comer, y ahí el camarero les contó que hacía poco había pagado cinco marcos para ver cómo decapitaban a un hombre. Después de contemplar muchas decapitaciones en China, había querido comparar las distintas técnicas. «Dijo que los alemanes eran muy habilidosos con las hachas», recordaría Domvile antes de regresar a su tema favorito: lo encantadoras que eran las macetas de flores en los alféizares de las ventanas en Alemania.

La importancia que los alemanes le atribuyeron a la visita de Domvile quedó aún más clara cuando, varios días más tarde, el almirante acudió a una comida con el propio Heinrich Himmler en la villa de este en Tegernsee, a unos cincuenta kilómetros al sur de Múnich. Esa tarde se dirigieron a las montañas, donde, en lo alto de los bosques bávaros, se dedicaron a cazar y a compenetrarse como verdaderos hermanos arios. «Condujimos —escribió Domvile— por bellísimos bosques, a lo largo de una carretera impresionante con precipicios vertiginosos, hasta el coto de caza de HH, a mil cien metros de altura». El quisquilloso Domvile, que ya no estaba

muy contento porque tenía que compartir habitación con De Sager, descubrió que solo había agua fría y que «el baño» consistía en un agujero profundo. El grueso cocinero dormía en una estantería en la cocina. «Un escondrijo de lo más primitivo», comentó para sí. Quedaba, en efecto, muy lejos de Putney.

A la mañana siguiente, Himmler despertó a Domvile a las 3.20 de la mañana cantando «Dios salve al rey». Domvile respondió con un «*Heil Hitler*». Willy Sachs, empresario nazi, dueño de la empresa de ingeniería Fichtel & Sachs y propietario de amplios terrenos en Bavaria, estaba al frente de la partida. Fue él quien condujo a Domvile a la cumbre de la montaña al amanecer en busca de una pieza de caza. La relación casi «feudal» de Sachs con sus criados impresionó al almirante, pues le recordó a «los árabes del desierto y sus esclavos». Justo cuando estaban a punto de rendirse y regresar a la cabaña, apareció un pequeño antílope, lo que ofreció al almirante su momento de gloria. Para alivio de todos, acertó. «La alegría de Sachs fue exagerada —escribió Domvile—. Me abrazó y no dejó de repetir lo feliz que era. Insistió en que lo llamara Bill, así que lo bauticé como "Bill de Bavaria". Terminé como si fuera el mejor cazador de los Alpes bávaros». El animal fue ceremoniosamente transportado de vuelta a la cabaña, donde «Bill hizo el paso de la oca en la veranda».

Durante la velada, Domvile descubrió que Göring (el Maestro de los Bosques Alemanes) había emitido personalmente un permiso de caza especial para el vicealmirante. Esa noche siguieron estrechando sus lazos.

> Pasamos una típica velada bávara, con música de acordeón y tres bailarines, dos de ellos hombres. Los bailes locales son extraordinarios, con muchos saltos, gritos y choque de traseros, pies o muslos, y a veces fingen levantar las faldas de las muchachas en un gesto que recuerda a los *reels* de las *highlands* escocesas. Bill se animó mucho: cantó y bailó con el cocinero gordo. Todo el mundo bailó por turnos: Walter de Sager, Wolff,* Himmler; solo yo me abstuve. Así que seguimos pasándolo bien, charlando y bebiendo y comiendo. Me retiré a descansar a la medianoche, pero ellos siguie-

* Karl Wolff era jefe de gabinete de Himmler y oficial de enlace de las SS con Hitler.

> ron hasta las tres de la madrugada, cuando hasta la última gota de la considerable cantidad de bebida que teníamos se hubo terminado. HH es muy agradable.

Para cuando regresaron a Tegernsee, la partida había crecido para incluir a un matrimonio de Chicago que se dedicaba a las retransmisiones de radio, el señor Finsterwald (diplomático norteamericano) y su esposa, así como el férreo defensor de Hitler en la Cámara de los Comunes, el teniente coronel *sir* Thomas Moore. El 12 de agosto se dirigieron todos a pasar el día en Dachau. Hacía calor y los nervios de Domvile estaban ya bastante alterados. «Tuve que ceder mi asiento en la parte delantera del coche a la bruja de la señora Finsterwald, que tenía una epidermis de rinoceronte y a la cual jamás debieron permitir venir». Pasaron varias horas con los prisioneros. «No hay un tipo definido, son muy variados», escribió Domvile, que por supuesto no tenía ni idea de que los prisioneros eran guardias disfrazados. «Muchos crímenes contra niñas, un asesino o dos [...]. Entré en una celda llena de homosexuales». Ambos hombres alabaron la comodidad y el orden del campo, y les pareció que era espléndido que los nazis proporcionaran a los «desechos humanos» una segunda oportunidad. El grupo se fue de Dachau (con jarras de cerveza de madera de recuerdo, hechas por los prisioneros de verdad) muy impresionados por todo lo que habían visto. «La prensa británica se ha portado de manera lamentable con sus mentiras acerca de Alemania», escribió esa noche Domvile en su diario.

Pero, un par de días más tarde, su humor había empeorado. Los De Sager eran cada vez más irritantes, el tiempo había cambiado y llovía y hacía frío. «Moore sigue hablando machaconamente sobre los judíos» y los detalles del viaje y la organización «eran un desastre de primera clase». Domvile comentó: «Los nazis se pelean demasiado entre ellos; hay tres departamentos dedicados al extranjero: el de Von Ribbentrop, el Ministerio de Asuntos Exteriores nazi y el normal, y todos compiten entre sí». El viaje de Domvile a Alemania confirmó una creencia arraigada, y que muchos de los que habían luchado en la Gran Guerra compartían, de que sin una alianza fuerte entre Inglaterra y Alemania no habría paz mundial. La nueva Alemania iba de maravilla, pero, dos semanas después de su llegada a Berlín, Domvile se embarcó en un avión de regreso a su hogar con considerable alivio.[39]

Tres semanas después de que el almirante Domvile hubiera vuelto sano y salvo a Putney, un visitante inusualmente exótico llegó a Berlín. Con su flota de coches, esposas e hijos (había al menos ochenta y ocho de estos últimos), *sir* Bhupinder Singh, maharajá de Patiala, era todo lo que un maharajá debía ser. Extravagante, enjoyado y jugador de críquet de primer nivel, y también teniente coronel honorario del Ejército británico. Tras asistir a las celebraciones por el aniversario del rey Jorge V a principios de año, se había retirado a pasar una temporada en un balneario de Francia. Desde allí, el 9 de agosto, escribió al coronel Neal del Ministerio para la India con instrucciones para sus viajes venideros. Aparte de visitar al rey y a la reina de Bélgica y a la reina de Holanda (a la cual «no había tenido aún el placer de visitar en su país»), estaba particularmente interesado en conocer al «dictador de fama creciente, *Herr* Hitler». Le dijo al coronel que «le daría mucho placer verlo en persona y así juzgarlo en función de sus méritos u otras cualidades».[40]

A pesar de ciertas reticencias iniciales, Berlín respondió positivamente. El maharajá, después de todo, empleaba a una serie de alemanes en Patiala y había comprado equipamiento alemán para su hospital e invitado a diseñadores de interiores alemanes para que decoraran sus palacios. El potencial comercial estaba claro, pero los nazis también debieron darse cuenta de que su visita les daba la oportunidad perfecta para pulsar la tecla sensible del Reino Unido: la India. Así, a pesar de que el principal médico del dignatario era judío, se decidió hacer la vista gorda, hasta el punto de conceder a *sir* Bhupinder una audiencia con el Führer. La entrevista no empezó bien. El maharajá inició la conversación quejándose de que, en su última visita a Berlín, un médico alemán le había cobrado la astronómica cifra de quince mil libras por una única consulta. Eso no le gustó al Führer, y solo cuando el maharajá empezó a expresar su entusiasmo por la nueva Alemania, el ambiente se relajó.

Sir Bhupinder estaba muy contento con la creciente influencia de Alemania en la India y recomendó que trasladaran el consulado general de Calcuta a Delhi o Shimla, «que están más cerca del objetivo». Sostuvo que, aunque Alemania no podía competir con Japón en la categoría de «productos de bazar», en lo referente a las grandes instalaciones técnicas era tan buena o mejor que Inglaterra. Como parte de su habilidoso ejercicio de cizaña, el maharajá

sabía perfectamente lo que hacía al preguntarle al joven diplomático barón Dietrich von Mirbach por el nombre de un buen abogado alemán, capaz de escribir una nueva constitución para Patiala.* Era una petición que, a la luz de la permanente reticencia del Gobierno británico por estrechar los lazos con Hitler, sin duda a los superiores de Von Mirbach no les pasaría desapercibida.

Muchos antiguos soldados aliados viajaron al Tercer Reich durante la década de 1930 y, naturalmente, sus reacciones frente a los nazis fueron muy distintas. Si bien todos convenían en su determinación por impedir lo que había sucedido en las trincheras de 1914, unos pocos, como el capitán Pitt-Rivers, quedaron tan seducidos por la dictadura de Hitler que parecieron perder el sentido del bien y del mal. Muchos más, y el teniente coronel Crosfield es un buen ejemplo de ello, permitieron que su habitual sentido crítico se viera apaciguado por la propaganda nazi. La pregunta que hombres totalmente decentes como Crosfield deberían haber formulado tras visitar la Alemania de Hitler era que, si un Gobierno basado en la supresión brutal del otro, en las leyes corruptas y en la persecución sin piedad de toda oposición era inaceptable en el Reino Unido, ¿por qué debía admitirse en el Tercer Reich? La tragedia es que, al apartar la mirada de cuestiones tan candentes, lo único que consiguieron aquellos valientes soldados fue que el conflicto que tan desesperadamente querían eludir terminara por ser inevitable.

* La ley del Gobierno de la India acababa de aprobarse en Londres apenas dos semanas antes de la visita del maharajá a Alemania. Para una narración completa de la visita del maharajá ver el informe de Mirbach, Auswärtiges Amt Politisches Archiv, Berlín, R77444.

Capítulo 11

«Turistas» literarios

La libertad de expresión para un escritor es tan fundamental que supone un *shock* descubrir cuántas figuras literarias famosas del siglo XX se sintieron atraídas por el fascismo. La mera idea de que autores del nivel de Ezra Pound, Wyndham Lewis o el ganador noruego del Premio Nobel Knut Hamsun defendieran de forma abierta un régimen que se dedicaba a quemar libros en público o torturaba y mataba a la gente solo por expresar una opinión política es profundamente desconcertante. Y, sin embargo, T. S. Eliot estaba entre los que han sido acusados de flirtear con el fascismo, mientras que W. B. Yeats apoyaba a los Camisas Azules.* Aun si dichas acusaciones fueran infundadas o exageradas, sigue planteándose la pregunta de cómo era posible que los escritores extranjeros, en conciencia, no condenaran activamente una dictadura cuyos sellos distintivos eran la brutalidad, la censura y la represión.

No parece que esos aspectos le importaran demasiado a Henry Williamson, cuyo libro *Tarka la nutria* ganó el Premio Hawthornden en 1928. Veía en la Alemania de Hitler solo lo que quería ver. Como soldado de infantería en las trincheras, había participado en la famosa tregua de Navidad de 1914, una experiencia intensa que le había convencido de que, en contra de lo que decía la propaganda, él y el enemigo estaban esencialmente de acuerdo. Quince años después del final de la guerra, su propio país seguía atrapado en la depresión, mientras que Hitler (a su juicio) lideraba a los alemanes hacia un futuro nuevo y resplandeciente al tiempo que reavivaba su apetito por la tradición nacional. El grito nazi de *«Blut und Boden»* era la ansiada llamada

* Camisas Azules es el nombre de una organización profascista que operaba en Irlanda durante la década de 1930.

a una era más sencilla, cuando los campesinos labraban la tierra en armonía con la naturaleza y tribu y territorio eran uno. Para Williamson, inmerso en el mundo natural, este pasado místico contenía un profundo atractivo romántico. En Hitler veía a un líder en perfecta sintonía con sus opiniones y, además, uno cuyas Juventudes Hitlerianas inspiraban a los más jóvenes.

A principios de agosto de 1935, Williamson, que entonces vivía en Devonshire, recibió una carta de su viejo amigo y colega John Heygate en la que lo invitaba a asistir al *Reichsparteitag* en Núremberg, el Día de Celebración del Reich. Se ofrecía a pagarle los gastos de desplazamiento.[1] Después de las aventuras de Heygate en el Tirol distribuyendo propaganda nazi, había recuperado su trabajo en los estudios UFA en Berlín. Le dijo a Williamson que la invitación procedía del Reichsschrifttumskammer (la 'Oficina para la Dirección de Escritores Alemanes'), que claramente era la verdadera fuente de los fondos para el viaje. Impertérrito ante el hecho de que existiera un organismo de tan siniestro nombre con esa función en el Gobierno, Williamson aceptó encantado. Los nazis habían hecho una inversión astuta. Desde el momento en que pisó Alemania, el naturalista y novelista se convirtió en un ardiente defensor del régimen, se empapaba en su propaganda y jamás cuestionó sus afirmaciones. Le atraía particularmente la visión del Führer («una versión mejorada del paraíso de Lenin»), que «se basa en que cada hombre sea dueño, como si la nación le hubiera cedido el usufructo, de un pedacito de tierra, en el cual se realizaría viviendo una vida natural».[2]

Al escribir sobre su visita un año después, Williamson refirió que había dejado Berlín para ir a Núremberg a primera hora del 7 de septiembre en el MG de Heygate. «Corríamos entre la neblina del amanecer, a unos ciento treinta kilómetros por hora —escribía—. Era emocionante dejar atrás las tropas que desfilaban, con sus uniformes grises, botas altas y ruedas polvorientas. Cada soldado llevaba una flor en el casco o en el uniforme». A medida que se acercaban a Núremberg, fuegos artificiales iluminaron el horizonte y lo hicieron «resplandecer y ensancharse como si fueran disparos». A su llegada, a Williamson le sorprendió ver a tantos extranjeros, muchos de ellos hacinados en vagones que se habían colocado en los laterales. Se fijó en las «líneas y líneas de vagones Mitropa llenos de agregados militares, secretarios, personal de la

Embajada, miembros de la organización cristiana el Grupo de Oxford, jefes de los *boy scouts,* periodistas, conferenciantes, empresarios millonarios y docenas y centenares de extranjeros, incluida gente diversa como nosotros».

A las ocho de la mañana del día siguiente, los dos hombres ya estaban sentados en el vasto Luitpoldarena, la zona donde se celebraría el mitin del partido nazi. «Disfrutamos de un buen sitio, al final de la pasarela —recordaba Williamson—. Yo me senté en el borde, con las mangas de la camisa enrolladas para que me diera el sol». Pero, al cabo de unos minutos, su día se fue a pique. No por la terrorífica exhibición de totalitarismo que se desplegaba frente a sus ojos, sino porque «un bruto enorme se arrojó contra mi muslo y me echó del asiento. Me giré y miré al chiflado rollizo [...] y vi que en sus pálidas y regordetas manos sostenía un sobre grande, y en él se leía la dirección de la Universidad de Oxford». El nombre que leyó a continuación reveló que el vecino no deseado de Williamson era nada más y nada menos que el reverendo Frank Buchman, el fundador norteamericano del Grupo de Oxford.[3]

El Grupo de Oxford, más tarde conocido como Rearme Moral, tenía un eslogan: «Control de Dios». La gran idea de Buchman era que la paz mundial solo llegaría mediante «naciones controladas por Dios» creadas por «personalidades controladas por Dios». Y, en tanto que testigo del alcance real del poder del Führer, magnificado por los millones de adoradores, debió soñar con un Hitler «controlado por Dios» y lo que este podría lograr para su movimiento. Ahí estaba un líder, un auténtico *Übermensch* que ya había demostrado que podía derrotar al Anticristo en forma de comunismo. «Este visionario de largo alcance puede mostrarnos el camino del futuro»,[4] escribió después Buchman. Pero ni a él, un hombre de Dios, ni al sensible amante de la naturaleza Williamson les preocupaba en lo más mínimo el destino de los judíos; en el mismo mitin al que acudieron se anunció que en unos pocos días los judíos perderían su nacionalidad.

Buchman viajó a menudo a Alemania durante mediados de la década de 1930, una época en que el Grupo de Oxford disfrutaba de considerable éxito por toda Europa. Su debilidad por la realeza y por los hoteles cómodos no pasó desapercibida, aunque a él le gustaba presentarse como un hombre sencillo («una maleta de más es un pecado»), que viajaba y trabajaba «de país en país,

de casa en casa, de corazón en corazón». Quería reducir la «brecha entre los que tienen y los que no, entre las clases y entre las naciones». Los únicos momentos en los que se detenía durante las «arduas» jornadas de viaje los empleaba para «dejar que la aún pequeña voz que lo guiaba dirigiera su curso futuro».[5] Un par de semanas después de Núremberg, el guía divino de Buchman lo llevó a Ginebra, donde, con el recuerdo del Führer, las banderas y el pisar de las botas todavía presente en su mente, pronunció un discurso: «Hay quienes sienten que el internacionalismo no es suficiente —dijo a sus oyentes—. El nacionalismo puede crear una nación. El supernacionalismo puede crear un mundo. El nacionalismo controlado por Dios es la única base segura para la paz mundial».[6]

Williamson era solo uno de los muchos ingleses invitados oficialmente por el partido nazi a Núremberg ese año. Unity Mitford, su hermana Diana Guinness (que por aquel entonces era la amante de *sir* Oswald Mosley) y su hermano Tom (que en breve se alistaría en la Unión de Fascistas británica) también se encontraban entre los invitados de honor. Algunos de ellos, según informó el agregado militar británico, el mayor Hotblack, a Londres, expresaron «puntos de vista muy antibritánicos». Destacó a Williamson como «especialmente dispuesto a compartir sus puntos de vista críticos» e hizo hincapié en que afirmaba, de forma falsa, ser corresponsal especial del diario *The Times*.[7] Aunque el entusiasmo de Williamson por el nacionalsocialismo se mantuvo al mismo nivel, físicamente el cansancio empezó a hacer mella. «Las masas y el movimiento me han dejado exhaustos los nervios oculares, pues estoy acostumbrado a la hierba, a los árboles y a la tranquilidad de la vida en la campiña», escribió. Después de pasar otra semana en un periplo organizado por los nazis para periodistas extranjeros, la excursión alemana de Williamson terminó de manera muy poco gloriosa en Berlín, en el hotel Adlon:

> Mis cheques del Reich se habían agotado y no tenía dinero. Los demás regresaban a Inglaterra. Me quedé solo y pensando en cómo conseguir unos marcos para pagar la propina del botones, y también mi billete de vuelta a Bremerhaven y Southampton. No me gustaba pedirle prestado a John [Heygate], ni tampoco ir al editor berlinés de mi

> única traducción, *Tarka,* que de todos modos solo había liquidado once marcos el año pasado. Finalmente le confesé la situación a nuestro anfitrión del Ministerio de Propaganda, al que vi en el vestíbulo del hotel. Se fue al despacho del director del hotel y, cuando volvió, pidió un café. Mientras bebíamos, deslizó discretamente un fajo de billetes por la mesa mientras miraba hacia otro lado. «Esto será suficiente». Eran ciento cincuenta marcos.[8]

Sería más fácil simpatizar con Williamson si después de la guerra hubiera admitido que se había equivocado. Pero en 1969, cuando Roy Plomley le entrevistó en *Desert Island Discs,* simplemente dijo que no había sido lo bastante listo como para saber que «un hombre de gran temperamento artístico jamás debe estar a cargo de una nación». Lo más cerca que estuvo de reconocer los crímenes de los nazis fue cuando dijo que Hitler había sido un perfeccionista y que, «cuando uno obliga a los demás a seguirle en ese perfeccionismo, se convierte en el demonio».[9]

El novelista más famoso de Noruega, Knut Hamsun, estaba en una liga diferente, tanto en términos de altura literaria como de devoción hacia la Alemania nazi. Sus libros, que se centran en el ego individual y están escritos con un estilo espontáneo, tuvieron un profundo impacto en la literatura europea. Cuando Hamsun ganó el Premio Nobel en 1920 por *La bendición de la tierra*, Thomas Mann comentó que jamás lo había ganado nadie más merecedor del galardón. Hemingway le recomendaba las novelas de Hamsun a Scott Fitzgerald; André Gide lo comparó con Dostoyevski. Anticipándose a Kafka, Joyce y Sartre, muchos escritores de primera categoría consideraban al noruego como el padre de la literatura moderna.[10] Pero, si la energía emocional y psicológica de sus novelas inspiró a la vanguardia literaria, paradójicamente Hamsun también conectó en profundidad con los nazis. En efecto, lo citaron como su escritor favorito tanto Hermann Hesse como Joseph Goebbels.

Los nazis despreciaban el menor atisbo de modernidad, pero Hamsun, que había nacido en una familia de campesinos y había crecido rodeado de la dura belleza del círculo polar ártico, se ganó su admiración por su reverencia nórdica hacia la naturaleza y los temas de *Blut und Boden* que emergían, particularmente, en sus

últimas novelas. Y lo que era más importante desde el punto de vista nazi: el escritor, reconocido en el mundo entero, estaba total y públicamente dedicado a su causa. Un beneficio añadido era su profundo amor por todo lo alemán, que se combinaba, además, con un odio igualmente profundo por todo lo inglés. Hamsun criticaba amargamente a los británicos y los tachaba de hipócritas arrogantes que solo querían la dominación mundial mediante la traición y el asesinato. Hitler, por otra parte, era un cruzado, un reformador dispuesto a forjar «una gran comunidad mundial germánica», en la que Noruega desempeñaría un papel clave. A pesar de su empatía por Alemania («Soy [...] noruego y alemán», telegrafió una vez a la Sociedad Nórdica),[11] pasó sorprendentemente poco tiempo en ese país. Cuando, tras una ausencia de treinta y cinco años, regresó en enero de 1931 con setenta y dos años, los periódicos saludaron su regreso con el titular *«Willkommen, Knut Hamsun»*. La excitación del público era tan intensa que no se sintió capaz de abandonar la habitación de su hotel en Berlín. Dos días más tarde, se marchaba con su esposa e hijo en tren a Italia.

Aunque Hamsun nunca se quedó mucho tiempo en Alemania, se aseguró de que sus hijos sí que lo hacían, pues creía que solo entre «el pueblo alemán, decente y absolutamente capaz» recibirían una educación adecuada. «Mando a mis hijos a Alemania uno tras otro —le escribió a un amigo—. Durante años los han acogido como si fuera un segundo hogar, y allí los cuidan bien y vuelven como seres humanos más maduros».[12] Esta declaración no casa con los hechos. Unas semanas después de que escribiera estas palabras, su hija más pequeña, Cecilia, que tenía dieciséis años, enviaba a su casa comentarios perturbadores sobre la vida en Berlín. Hamsun no le permitió seguir en ese tono:

> Cecilia, estás viviendo en un país grande y maravilloso. No le escribas a la criada para contarle que tal o cual persona se ha suicidado, porque pensarán que Alemania es horrible. Escribe sobre las cosas que Hitler y su gobierno están logrando, a pesar del odio y la hostilidad del resto del mundo. Tú y yo y todos le daremos las gracias y nuestra bendición a Alemania. Es el país del futuro.[13]

A pesar de su entusiasmo, no le alegró precisamente que su hijo Tore se uniera a las SS, y dijo: «Es a la vez algo bueno y algo

malo».[14] Desde luego, no le gustó nada el coste adicional que eso implicaba. «En una carta anterior me escribiste diciendo que no necesitarías más de doscientos cincuenta marcos. Te di trescientos, ¡y ahora resulta que necesitas más para pagarte un abrigo de las SS! Recuerda que estás en un país arruinado [...]. Si yo estuviera en tu lugar, actuaría de la forma más prudente posible, sería frugal y no le diría a nadie que tu apellido es Hamsun, en lugar de buscar favoritismos gracias a eso. ¡Piénsalo bien, Tore!».[15]

Los viajes del novelista norteamericano Thomas Wolfe nos ofrecen una perspectiva más matizada. El profundo amor de Wolfe por Alemania sin duda se veía incrementado por el hecho de que sus libros se vendían particularmente bien allí: hasta los nazis lo adoraban. Cuando llegó para su quinta visita, en mayo de 1935, su último libro recién publicado, *Del tiempo y el río*, ya estaba causando revuelo. Idolatrado en Berlín, se sumergió en «un torbellino fantástico, enloquecido, increíble de fiestas, meriendas, cenas, copas de todo tipo, entrevistas con los periódicos, propuestas radiofónicas, fotógrafos y docenas de personas, entre ellas sobre todo Martha y los Dodd».[16] William E. Dodd (a quien la esposa de Truman Smith, Kay, describió como «un hombre pequeño y arrugado, seco, con la piel y el pelo incoloros; su alma era igual»)[17] era el embajador norteamericano y Martha, su poco convencional hija. En su libro *My years in Germany,* Martha escribió: «Para la desolación de la vida intelectual alemana, Thomas Wolfe era el símbolo de un pasado en que los grandes escritores eran también grandes hombres».[18]

De camino a Berlín, Wolfe pasó por Hannover, donde comió en el restaurante Knickermeyer's. «Un lugar enorme y lleno de madera de roble, a lo Bürgerbräu, con enormes Wotans y comida a la altura, con modelos de grandes barcos que colgaban del techo, jóvenes aviadores, mesas especiales y camareros obsequiosos con ganas de servirlos». Un bar en el que entraron por casualidad fue menos agradable: «Abrí la puerta y me recibió un puñetazo de olores fétidos y apestosos y rostros embrutecidos y corruptos frente a los que mi corazón se apartó. Un anciano, todo pelo y ojos y con un bigote amarillento [...], estaba sentado en una de las mesas, tragaba en parte el repugnante contenido de su plato y, en parte, lo transfería a su barba».[19] Pero la desagradable escena

fue para Wolfe una aberración que no guardaba relación con la verdadera Alemania, el país de belleza romántica donde «el verde es el más verde sobre la faz de la Tierra y proporciona a todo el follaje una especie de oscuridad selvática, un sentido legendario de la magia y del tiempo».[20] Wolfe es igualmente persuasivo cuando describe escenas urbanas:

> Un tranvía de color amarillo crema, sin una mancha, reluciente como un juguete perfecto, se deslizó por la calle con un silbido, el ruido de los raíles en contacto con el vagón. Exceptuando eso, no hacía ningún ruido. Como todo lo que hacen, el tranvía es perfecto en su función. Hasta los pequeños adoquines que pavimentan la vía están limpios y relucientes, como si alguien los hubiera barrido a conciencia, y los parterres de hierba a ambos lados son tan verdes y aterciopelados como el césped de Oxford.[21]

Aunque amigos como Martha Dodd se esforzaron en abrirle los ojos a Wolfe, este se negaba a abandonar su idilio alemán, y tampoco se dejaba influir por las opiniones de los demás. Pero, aunque en esa ocasión volvió a Estados Unidos con sus ilusiones intactas, en gran parte las semillas de la duda habían empezado a arraigar en su interior.

Un año más tarde volvió a Alemania. Como las actuales restricciones de divisas le impedían sacar sus sustanciales regalías del país, decidió gastárselas allí en unas largas vacaciones. Cuando llegaron a su fin, Wolfe dejó Berlín; el primer tramo de su viaje de vuelta a casa lo hizo en un tren hacia París. En el pueblo fronterizo de Aquisgrán estaba prevista una parada de quince minutos, y allí fue cuando se produjo su caída del caballo de Damasco. Había trabado conversación con algunos de sus compañeros de viaje y paseaba con ellos por el andén mientras esperaban el momento de volver a subir al tren. Justo cuando se disponían a regresar a su compartimento, se hizo patente que se había producido un altercado. Wolfe inmediatamente reconoció las señales. «Uno nunca sabe, claro, las circunstancias exactas, pero lo que sientes al instante es el estadio final de una tragedia [...]. Incluso antes de llegar, lo deduces por el elocuente silencio de los hombros, las cabezas y las espaldas: algo horrible y tremendo acaba de suce-

der». Pronto se descubrió que ese drama en concreto tenía que ver con uno de los pasajeros que viajaba en el mismo vagón que Wolfe, un hombrecillo intranquilo con el que había hablado durante toda la mañana y al que había bautizado mentalmente con el apodo de «Nervioso». Solo entonces Wolfe se enteró de que su nuevo amigo era judío y que lo habían descubierto mientras trataba de abandonar Alemania con una elevada suma de dinero. El oficial que lo había arrestado, según Wolfe, «tenía pómulos marcados, un rostro rubicundo y bigote leonado [...]. Llevaba la cabeza afeitada y en la base del cráneo y en su cuello había pliegues profundos». Wolfe no sentía especial simpatía hacia los judíos, pero empezó a

> temblar con una furia asesina e incomprensible. Quería aplastar el cuello gordo del oficial y los surcos que tenía, y descargar puñetazo tras puñetazo en el rostro rojizo y brutal hasta convertirlo en pulpa. Quería darle patadas, hundir el pie en el mismísimo centro de la obscena grasa de sus torpes nalgas. Y sabía que no podía hacer nada, que **todos nosotros éramos incapaces de hacer nada** [...]. Me sentí impotente, atado de manos, frente al muro de una **autoridad obscena pero inamovible.**[22]

Wolfe sí que contaba con un arma, sin embargo: su pluma. Pero, como bien sabía, la denuncia pública del incidente le generaría un gran coste a nivel personal. Sus libros se prohibirían en Alemania y jamás podría volver a visitar al país que tanto amaba. «Tengo una cosa que contar» se publicó en *The New Republic* unos meses después de su regreso a Estados Unidos. Es un relato poderoso que termina con una conmovedora despedida. «De esa vieja tierra alemana con toda la grandeza de su verdad, su gloria, su belleza, su magia y su ruina —escribió Wolfe—, de esa tierra oscura, de esa tierra antigua a la que he amado durante tanto tiempo: me despido y le digo adiós».[23]

En octubre de 1935, el filósofo cultural y literario suizo Denis de Rougemont aceptó un puesto en la Universidad de Fráncfort para enseñar literatura. Sus amigos académicos en París se quedaron asombrados, pero, como les explicó, creía que era importante estudiar a Hitler en su propio entorno y a través de los ojos tanto

de sus seguidores como de sus víctimas. De Rougemont tenía una mente más fría que Thomas Wolfe y se dedicó a diseccionar la Alemania de Hitler con admirable objetividad. El resultado es un análisis forense de cómo el régimen afectó a la gente normal en sus vidas cotidianas y está meticulosamente desgranado en *Journal d'Allemagne*. Como quería estar seguro de que sus observaciones aguantarían la prueba del tiempo, De Rougemont esperó dos años antes de publicar su diario, en 1938.

Aunque llegó a Alemania convencido de que el «hitlerismo» era un movimiento de derechas, cuanto más hablaba con gente de distintas trayectorias, más le confundían. Después de unas semanas en Fráncfort, se preguntaba: *«Le régime est-il de gauche ou de droite?»* ('¿Es un régimen de derechas o de izquierdas?').[24] Lo que le inquietaba era el hecho de que quienes de manera natural tendían a la derecha, como abogados, médicos, empresarios y demás, eran los que más amargamente denunciaban el nacionalsocialismo. Lejos de ser un muro de contención del comunismo, se quejaban, era un comunismo disfrazado. Señalaban que solo los obreros y los campesinos se beneficiaban de las reformas nazis, mientras que sus propios valores eran sistemáticamente destruidos mediante métodos sibilinos. Tenían que pagar impuestos desproporcionados, sus vidas familiares se habían visto irremediablemente perjudicadas, la autoridad de los padres era una burla, se ridiculizaba a la religión y la educación brillaba por su ausencia.

A De Rougemont, un federalista con poco tiempo que dedicar al totalitarismo de cualquier color, no le impresionaban mucho esas quejas. En su opinión, la culpa era de la clase media, que no se había enfrentado a los problemas sociales durante el período de Weimar. Ahora tenían la misma actitud apática ante los excesos de Hitler. «Cuando les pregunto cómo van a resistir —escribía De Rougemont—, esquivan la cuestión. Logro que admitan que el comunismo pardo, aunque ellos lo consideran igual que el rojo, es menos peligroso. No se ha producido ninguna masacre y todo tiene lugar de manera progresiva y bien organizada».[25]

Amy Buller y sus inclinaciones académicas habrían respondido que las críticas de De Rougemont eran injustas. Sus lazos con los altos escalafones de la Iglesia de Inglaterra y su implicación con el Movimiento Cristiano Estudiantil la llevaron a visitar con regularidad la Alemania de entreguerras, donde entrevistó

a docenas de profesionales de clase media. En su libro *Darkness over Germany* (1943) recuerda vívidamente el tormento que sufrieron los que trataban de decidir cuál era la mejor manera de resistir frente a los nazis. La verdad era que la supresión brutal de Hitler de cualquier oposición había sido tan rápida y total que quienquiera que se atreviera a enfrentarse al partido abiertamente solo podía escoger entre el exilio o el martirio. De otro modo, estaban condenados a un agónico silencio de compromiso. Un joven maestro le dijo a Buller que muchos de sus colegas habrían preferido ir a los campos de concentración en lugar de la tortura diaria de impartir la doctrina nazi si no fuera porque sus familiares también sufrirían castigos.[26]

De Rougemont no era el único que cuestionaba la distinción entre nacionalsocialismo y comunismo. Muchos extranjeros se preguntaron cómo era posible que dos movimientos políticos tan violentamente enfrentados compartieran tantos elementos en común. Kay Smith, que se enorgullecía de llamar al pan pan y al vino vino, escuchó atentamente una larga exposición sobre la teoría nacionalsocialista antes de preguntar: «Pero, Rochus, ¿entonces cuál es la diferencia entre nacionalsocialismo y comunismo?». El alemán se llevó las manos a la cabeza, horrorizado: *«Psst, Katie, das darf man nicht sagen»* ('¡Calla, Katie! No se puede decir eso').[27] Joan Wakefield, de diecisiete años (y cuyo lema familiar era «Sé justo y no temas»), fue aún más valiente. Acababa de salir de un internado inglés y estaba estudiando alemán en la Universidad de Berlín. Una tarde se encontraba sentada en una sala llena a rebosar, escuchando una arenga nazi, cuando se levantó y, con su marcado acento inglés, preguntó al conferenciante si sería tan amable de explicarle la diferencia entre nacionalsocialismo y comunismo. Hubo un silencio de asombro. Cuando Joan le contó el episodio, no sin cierto orgullo, a su anfitriona, la baronesa se puso blanca, aterrorizada por si el tremendo paso en falso de su joven huésped podría perjudicarla.[28] En una carta a su hermana Debo varios años después, Nancy Mitford escribió: «De hecho, siempre he dicho que entre bolcheviques y nazis no había la menor diferencia, excepto que los últimos, como están mejor organizados, probablemente sean más peligrosos».[29]

Así pues, se trataba de una pregunta que los extranjeros solían formular, pero, como De Rougemont descubrió, raramente obtenían una respuesta satisfactoria. Un exmilitante comunista

le ofreció una explicación parcial cuando le contó por qué, a los cincuenta años, había decidido cambiar de bando:

> Queremos trabajo y nuestra taza de café con leche por la mañana [...], nada más. La política no les interesa a los obreros cuando tienen alimento y trabajo. ¿Hitler? Ahora que ha ganado, solo tiene que implementar su programa. ¡Si era casi el mismo que el nuestro! Pero él ha sido más astuto, porque ha tranquilizado a los burgueses al no atacar de entrada la religión [...]. Le diré una cosa: si todos esos cerdos gordos que están con él lo abandonan, [...] yo iré a defenderlo. Al menos es un hombre sincero: el único.[30]

En cuanto a la posición exacta del nacionalsocialismo en el espectro político, De Rougemont llegó a la conclusión de que, aunque el régimen estaba mucho más a la izquierda de lo que creían en Francia, en realidad era mucho menos izquierdista de lo que la burguesía alemana pretendía.

En lo referente a la «cuestión judía», De Rougemont, como muchos otros extranjeros que visitaban o vivían en el Tercer Reich, prefería enfatizar la diferencia entre el tipo «liberal europeo» de judío y el judío «vulgar y arrogante» que, por implicación, casi siempre procedía de Europa del Este. Al establecer dicha distinción, la gente revelaba su antisemitismo latente (y a menudo inconsciente). Un judío del tipo «correcto», y amigo de De Rougemont, le contó que había trabajado incansablemente para la reconciliación franco-alemana. «No concibe el hitlerismo en todo su absurdo —anotó el suizo—. No es el antisemitismo lo que le parece tan extraordinario, ¡ni de lejos! Muchos judíos lo comparten, de hecho. No, es la idea de un mundo basado en la fuerza, donde el raciocinio no tiene lugar». En cuanto al tipo «equivocado» de judío, como los que De Rougemont veía cada día reunidos en una cafetería de la Opernplatz, eran ellos la verdadera raíz del problema, a su juicio. «Gordos y enjoyados, con un puro en la boca», justificaban la peor propaganda de Hitler. «No hace falta recurrir a documentos claramente falsos como los *Protocolos de los sabios de Sion* —comentó—. Basta con tocar sus barrigas con el dedo o recordar a los padres humillados por sus hijos, porque, cuando hay judíos en la clase, nunca podrán ser los primeros».

Dado que Leonard Woolf era judío, es curioso que él y Virginia optaran por viajar en coche por Alemania en mayo de 1935 en su viaje de camino a Roma. Harold Nicolson (con quien se habían alojado en Berlín siete años antes) les sugirió que primero consultasen al Foreign Office. A Woolf le pareció bastante absurdo que «cualquier inglés, ya fuera judío o gentil, tuviera que plantearse si viajar o no a un país europeo».[31] Sin embargo, se llevó como protección una carta firmada por el príncipe Bismarck, entonces diplomático en la Embajada alemana en Londres.

Una vez en Alemania, los Woolf condujeron siguiendo el Rin, pero, a diferencia de otros turistas extranjeros, no sintieron el menor entusiasmo. Leonard pensó que «era uno de los pocos ríos realmente feos del mundo»,[32] mientras que Virginia describía el país como «pretencioso»; el escenario, «propio de una ópera»; las colinas, «altas pero insignificantes» y las famosas torres y ruinas de Renania, como «correctas». El río «está lleno de barcazas de carbón, como si fuera Oxford Street», añadió.[33] En Heidelberg se fijó en «los profesores y sus hijas, que entraban y salían de sus respectivas casas con partituras de Beethoven en carpetas azul pálido bajo los brazos».[34] La obsequiosidad inicial de los Woolf hacia las autoridades nazis pronto se trocó en furia cuando los obligaron a conducir a paso de caracol por una carretera obstruida por una multitud eufórica que esperaba el séquito motorizado de Göring. Resultó al final que su corta estancia en Alemania se transformaría, pero no por la impresionante carta de Bismarck, sino por su mascota, un mono tití llamado Mitzi. Colgado del hombro de Leonard, se convertía en una celebridad allí donde iba y conmovía hasta el corazón nazi más duro. «Niños con coletas, *Fräuleins* arias de pelo claro, amas de casa rubias, siniestros soldados de las SA», escribía Leonard, todos se rendían a la pequeña criatura peluda «con gritos extasiados». Todo el mundo tenía claro que el dueño de una «cosa tan graciosa» no podía ser judío.[35]

La comunista Maria Leitner no tenía ninguna mascota encantadora ni una carta de un príncipe para protegerla durante los viajes ilegales que hacía por el Tercer Reich entre 1936 y 1939, solo el valor. Había nacido en el seno de una familia judía que hablaba alemán en lo que hoy es la Croacia moderna y había crecido en Budapest. Para cuando visitó Alemania de incógnito, había traba-

jado por toda Europa y se había pasado cinco años viajando por el continente americano, donde complementaba lo que ganaba escribiendo con trabajos de limpieza. Su novela *Hotel América* (1930) era una denuncia, en su opinión, del sueño estadounidense. En otro de sus libros, *Elisabeth, Ein Hitlermädchen* (1937), denunciaba hasta qué punto los nazis habían secuestrado a la juventud alemana, un tema que los padres desesperados también le habían reiterado a De Rougemont. «Cada noche, mis dos hijos caen en manos del partido», se quejaba la esposa de un abogado:

> Mi hija tiene dieciocho años y es la líder de un grupo de jóvenes a las que debe educar dos veces a la semana: practican gimnasia y les enseña cultura política. Tiene que asegurarse de que hacen trabajo voluntario para los pobres y de que los visitan cuando están enfermos. Es un medio de control más, pues todo lo que hacen se transmite al partido. Con todas esas tareas, apenas la vemos, ¿y entonces cómo pueden mantener la autoridad los padres? El partido está antes que nada. Nosotros, para nuestros hijos, solo somos civiles. Ellos sienten que son soldados [...] y naturalmente están encantados. Se sienten libres, porque para un adolescente la libertad es no tener que estar con la familia.[36]

Maria Leitner tenía unos cuarenta años cuando, en una serie de artículos publicados en periódicos extranjeros de izquierdas,* empezó a denunciar implacablemente la siniestra cara oculta del régimen nazi. En sus viajes por la Alemania rural, se encontró muchos ejemplos de la *Blut und Boden* que tanto había inspirado a Hamsun y Williamson, pero la sangre y la tierra que halló estaban muy lejos de la imagen «romántica» de la vida campesina que los nazis explotaban. Estos campesinos eran terriblemente pobres, demasiado como para dedicarse a celebrar una unión heroica con su tierra.

Un maestro de pueblo le contó a Leitner que en invierno estaban completamente aislados. Los caminos eran impracticables y, a pesar de las desesperadas necesidades de los granjeros, nadie había construido carreteras. «A menudo los contratan para que hagan ocho viajes en carro a la escuela —explicó—, pero suelen ser reti-

* Por ejemplo, *The Paris Daily, The Word* (de Moscú) y *The New World Stage.*

centes y no me vienen a buscar, porque los caballos no aguantan». La atmósfera en su clase era cargada. Los granjeros, responsables de acarrear el combustible para la calefacción, no soportaban que se abrieran las ventanas para airear, ni siquiera un minuto. Cincuenta y dos niños de todas las edades permanecían encerrados en una única aula. En la pizarra, entre imágenes del hombre, del cuidado de los dientes y de insectos, había también fotografías de arios y judíos. «¿Quién de vosotros tiene un cepillo de dientes?», preguntó Leitner. «Los niños se echaron a reír». Intentó otra pregunta: «¿Qué comisteis ayer?». «Sopa de patata», respondieron todos al unísono, excepto un niño pequeño. «Comimos pato asado». «¿Era una celebración?». «No, es que nuestro pato se asfixió».

Como Leitner señalaba, los pueblos como este desempeñaron un papel importante en el auge de los nazis y su llegada al poder. Antes de Hitler, los granjeros eran en su mayoría apolíticos, pero en los primeros tiempos del nacionalsocialismo se sentaban en sus tabernas (como la de ese pueblo, donde en las paredes negras había pintados relucientes glaciares y gencianas) y ahí escuchaban y creían todo lo que los nazis les prometían. Unos años más tarde, ni siquiera tenían leche para alimentar a sus propias familias. Como los niños debían trabajar tan duro en el campo, tenían poco tiempo o energía para estudiar. Pero, aunque apenas supieran leer o escribir, había asignaturas en las que despuntaban. Por supuesto en la de racismo, pero también sabían cosas sobre defensa aérea. «¿Por qué necesitamos una defensa aérea?», les preguntaba el líder del grupo local nazi. «Nuestro ministro del Aire Göring dice que cada pueblo y ciudad alemana es un objetivo potencial de los bombarderos, así que la defensa aérea es una cuestión de supervivencia para nuestro pueblo», entonaba un niño. «¿A qué distancia puede llegar un bombardero moderno?». «Quinientos kilómetros». «¿Cuál es la carga de un bombardero moderno?». «Mil quinientos kilogramos».[37]

Sin embargo, las informaciones más estremecedoras de Leitner no se centran en la pobreza rural, sino en los preparativos de Alemania para la guerra. Es un misterio cómo esta mujer, de aspecto claramente judío, fue capaz de obtener tantos datos de los proyectos secretos nazis sin atraer sospechas. Jamás lo sabremos, pues Leitner moriría en circunstancias poco claras en 1942 en Marsella, mientras trataba de obtener un visado para ir a Estados Unidos. De todos los reportajes perturbadores que escribió desde

la Alemania nazi, seguramente el más terrible es *Die Stummen von Höchst* ('Los tontos de Höchst'). Leitner visitó Höchst, un suburbio de Fráncfort que tomaba su nombre de una fábrica de tintes, un verano a mediados de la década de 1930, cuando los árboles de la lima estaban en flor. Pero su habitual aroma dulce quedaba disimulado por un hedor que lo invadía todo. «Las casas cerca de la fábrica tienen las puertas y ventanas cerradas a cal y canto. La gente no se atreve a dejar entrar el aire, pues, en cuanto lo hacen, es imposible expulsar el mal olor. Se mezcla como una especia horrible y no deseada con el alimento; aparece en los sueños, como un portento terrible». Un anciano sentado en un banco cerca de la fábrica le dijo que en Höchst jamás había habido un olor tan desagradable, y que él tenía setenta y dos años. Siguió hablando en un susurro: «Nadie se atreve a hablar de lo que fabrican ahí, pero deben haber descubierto un veneno mortal». Le dijo a Leitner que todos los trabajadores estaban obligados a jurar por escrito que jamás revelarían lo que pasaba dentro de las paredes de la fábrica. «Tal vez puedan hacernos callar —dijo—, pero los tontos han revelado el secreto». «¿Los tontos? ¿Quiénes son?», preguntó Leitner. «Los peces», replicó él. Una piscifactoría bastante grande operaba cerca de la fábrica, y resultó que una pequeña cantidad de peces se habían colado por una tubería de la fábrica hasta llegar al río Meno, que discurre cerca del lugar. De repente, en cuestión de minutos, las carpas y las tencas habían empezado a morir a un ritmo inusitado. Y luego a pudrirse, y dejaron ir una peste enfermiza. Decenas de miles de peces muertos arrojados a la orilla del río. Reclutaron a obreros para recoger los cadáveres putrefactos, y Leitner descubrió más tarde que los que habían retirado los peces sufrieron náuseas y dolores de estómago durante semanas. Naturalmente, los dueños de la piscifactoría querían reclamar a la fábrica, pero les dijeron que cualquier demanda pública sería considerada traición, así que se callaron.

El primer domingo después de la fuga de los peces había una competición de pesca nacional. Durante cuatro horas, centenares de pescadores esperaron en las orillas del río, pero nadie pescó ni una sola pieza. «Todos se fueron a casa desolados», escribió Leitner:

> ¿Pensaban en los peces que no habían podido cazar o vislumbraron una escena terrorífica del futuro de la huma-

> nidad? El veneno está pensado para seres humanos como ellos, y no para los peces inofensivos. Apenas una gota había llegado al río Meno, pero ¿qué hay de las enormes cantidades que se están preparando en la fábrica de tintes de Höchst? Si los humanos son el objetivo, ¿dejará de haber vida en nuestro planeta de la noche a la mañana, como sucedió en las aguas del río?[38]

Maria Leitner era muy valiente, pero hacía falta tener un coraje muy especial para entrar en la biblioteca pública de Düsseldorf y pedir, frente a una estancia llena de empleados silenciosos, ver la sala Heinrich Heine. «Todos me miraron fijamente, como si fuera algún tipo de animal mítico», escribió. La biblioteca también acogía un museo en conmemoración a Albert Schlageter, el superhéroe nazi que había sido ejecutado por sabotaje durante la ocupación francesa del Ruhr. Hasta Schlageter, Heine había sido el hijo pródigo de Düsseldorf. Pero Heine era judío y la sala de la biblioteca que contenía sus libros, su busto y hasta su loro disecado llevaba cerrada y olvidada muchos años. La petición de Leitner de verla se recibió con incredulidad. Finalmente, un hombre «de aspecto cadavérico» la condujo por un largo pasillo y abrió la sala de la vergüenza. Dentro todo estaba cubierto de polvo. Durante unos preciados minutos, la dejaron contemplar los libros del poeta en sus frágiles encuadernaciones. «Luego salimos. Las llaves volvieron a girar en la cerradura».[39]

La experiencia de Samuel Beckett con la burocracia nazi fue más prosaica. La irritación de negociar el acceso al arte censurado durante los seis meses que pasó en la Alemania nazi se convirtió en una rutina deprimente. Como recientemente le había dado la espalda a la academia, y con la idea de iniciar una posible carrera en el mundo de los museos,* se embarcó en el estudio intenso de la colección de arte de Alemania. Pero, para cuando llegó a Hamburgo en septiembre de 1936, una gran cantidad de obras, así como de historiadores del arte, condenados por los nazis como decadentes o impuros, ya habían desaparecido del circuito público. Entonces, pocas semanas después de su llegada, todas las gale-

* En 1933, Beckett había solicitado un puesto de conservador adjunto en la National Gallery de Londres.

rías de arte y museos recibieron la orden explícita de eliminar de sus paredes las pinturas modernas «degeneradas». Por todo el país, miles de obras de arte de artistas como Klee, Nolde o Munch se arrojaron al olvido. A veces se le permitía a Beckett verlas en los sótanos donde terminaban ocultas, pero otras tantas sus peticiones recibían una negativa por respuesta. Aun así, logró ver una cantidad sorprendente de arte moderno mientras estuvo en Alemania, y también conoció a un buen puñado de artistas contemporáneos de primer nivel. En Hamburgo estableció contacto con la mayor parte del círculo de pintores conocidos que vivía allí y se familiarizó con las miserables condiciones en las que se veían obligados a trabajar. A pesar de su simpatía natural por la situación (no se les permitía exponer sus obras, las inspecciones nazis los acosaban, sus bibliotecas y posesiones eran confiscadas...), se cansó de las historias siniestras que contaban «los grandes y orgullosos y furiosos recargados en sus refugios» y no fue capaz de seguir diciendo «sí, señor, o no, señor, durante mucho más tiempo».[40]

La mayor parte de las anotaciones del viaje de Beckett están dedicadas a analizar con meticulosidad los centenares de pinturas que vio. Pero también están llenas de los pequeños detalles de la vida cotidiana, sobre todo de las comidas: cuánto costaban, qué comió exactamente... «Desayuno en un restaurante, miel y pequeños rollos testiculares».[41] No es que disfrutara mucho. «La comida alemana es verdaderamente terrible. ¿Qué se *puede* comer aquí?».[42] Eran los detalles poco importantes de la experiencia humana lo que más le fascinaba: los «desechos, restos, nombres, fechas, nacimientos y muertes», porque, según él, era todo lo que realmente se podía *saber*.[43] Cualquier intento de comprender el caos humano, ya fuera a escala individual o histórica, era fútil. Como su biógrafo James Knowlson dice, «a Beckett le gustaban las cronologías, los detalles pequeños y verificables de las vidas humanas individuales y no tenía tiempo para amplios análisis de motivos o movimientos».[44]

Eso quizá explica por qué en los diarios falta una condena más tajante y declarada de los nazis, aunque nadie que los haya leído puede dudar de que Beckett (que se uniría a la Resistencia francesa durante la guerra) odiaba al régimen. Pero, en lugar de imponer su propio comentario, Beckett opta por cartografiar a los nazis con estudiada objetividad. Un librero con el que Beckett había trabado amistad le contó a un conocido mutuo que

«Beckett lo mide todo solo según los estándares intelectuales, y jamás será capaz de comprender la angustia que sentimos en Alemania, por mucho esfuerzo que invierta para investigar y explorar las actitudes, las apariencias y a la gente».[45]

Fuera o no cierto, Beckett pronto se dio cuenta de lo absurdo del sistema, como en la anécdota que le refirieron acerca de un criado y un lechero. Para impedir la *Rassenschande* (la 'impureza racial'), ningún criado ario menor de cuarenta y cinco años podía trabajar en un hogar judío. Cuando un confundido lechero le preguntó a la ama de llaves gentil por qué trabajaba en la casa de *Herr* Levi, esta replicó que era en parte judía. Cuando su empleador, aún más perplejo, le preguntó por qué había mentido al lechero, esta le dijo que no podía confesarle que tenía cuarenta y cinco años.[46]

En Dresde, Beckett encontró a un espíritu gemelo en Will Grohmann, un influyente crítico de arte judío que había perdido su puesto como director de la galería Zwinger en 1933. Los dos mantenían largas discusiones sobre la situación del intelectual bajo los nazis. Grohmann era filosófico, y le explicaba a Beckett que, aunque fuera posible irse, no lo haría, porque creía que era más interesante quedarse. «No pueden controlar las *ideas*», decía.[47]

Antes de llegar a Hamburgo, Beckett había escrito en su diario: «Pero ¿cómo será estar en Alemania durante seis meses, además de dar vueltas por ahí, sobre todo?».[48] Y desde luego que dio vueltas, y caminó largos trayectos, a menudo solo, deprimido y muy incómodo. Durante su viaje en el Tercer Reich se encontró muy mal: herpes en los labios, nariz irritada, un bulto preocupante en el escroto, un dedo infectado. Y luego estaba el clima gélido, la falta de dinero, la lluvia y los agujeros en las suelas de sus zapatos. Era todo propio del *Winterreise* de Schubert:

> Camino a ciegas en el frío helado cerca de Brühl, sin ver el lugar de nacimiento de Wagner o de Kätchen Schonhopf en Goethestrasse, sin ver dónde se alojaba Gellert en Grimmaischstrasse y sin ver el lugar donde estudiaba Lessing; o por la iglesia de Thomas sin ver el menor atisbo de Johann Sebastian; más y más helado en Neumarkt, donde veo el lugar en el que Goethe se alojaba de estudiante, pero no la casa de Clara Schumann. Finalmente caigo re-

> dondo cerca del Keller de Auerbach, donde contemplo la agradable estatua de Seffner de Goethe [...] y me deslizo ciegamente, tembloroso, para comer cordero especiado en una taberna. Sigo arrastrándome hasta que ya casi no me tengo en pie y entro en Felsche, que está a rebosar. Así que me voy, un poco más caliente, y llego a la cafetería Fürst Rechschezler, donde el café es execrable y los periódicos, abundantes. Estoy tan desanimado que leo *The Times.* Luego vuelvo rápidamente al hotel Nord, donde la nueva habitación no está más caldeada ni es más agradable que la otra, pero quizá sí más tranquila.[49]

Ocasionalmente, el desánimo se disipaba y revelaba momentos poéticos, como el que sintió Beckett en Berlín el día de Nochevieja de 1936.

> Un paseo por el Tiergarten [...], el día es delicioso y radiante. Veo un puñado maravilloso de globos y cipreses que se balancean suavemente [...]. Al atardecer, los patos sobrevuelan el agua como si estuvieran consternados y vuelven a zambullirse en un largo y líquido valle mientras vuelan furiosamente en pareja. Son tan distintos en el agua y en el aire... Cómo ADORO la soledad.[50]

Para cuando Beckett llegó a Múnich, en marzo de 1937, se había cansado de viajar, lo cual probablemente influyó en su visión desanimada de la ciudad. «El Isar es un riachuelo de orín después del lírico Meno en Wurzburgo y el heroico Danubio en Ratisbona», le escribió a un amigo.[51] Desde el inicio de su viaje, Beckett había admitido que «Alemania *tiene* que luchar pronto o estallará».[52] Mientras se subía a un avión con destino a Inglaterra el 1 de abril de 1937, estaba convencido de que jamás regresaría.[53]

Por supuesto, figuras literarias de todo tipo viajaron a Alemania durante el Tercer Reich, desde Albert Camus a Karen Blixen y de Max Frisch a Sven Hedin. El creador del inspector Maigret, Georges Simenon, se topó con Hitler en un ascensor de hotel[54] y Graham Greene, según su hermano Hugh, «estaba tan encantado por el hechizo de Berlín [...] que casi está a punto de quedarse a

vivir aquí».[55] Jean Genet se habría quedado más tiempo en Alemania si sus intentos por vivir como un criminal existencialista entre los nazis no se hubieran visto frustrados. «Es una raza de ladrones —escribió—. Si robo aquí, no cumplo con ningún hito singular que me haga sentir satisfecho. Simplemente obedezco el orden establecido [...]. No altero nada. Lo inaudito es imposible. Robo en el vacío».[56] Jean-Paul Sartre se pasó nueve meses en Berlín por una beca, pero tanto los dos diarios que mantuvo durante el período como su correspondencia con Simone de Beauvoir (que lo visitó varias veces) se han perdido. Somerset Maugham, a pesar de que sus libros fueron quemados por los nazis, viajaba regularmente a Múnich para el *Fasching* ('carnaval') con su amante Alan Searle.[57]

Pero los escritores de los que hemos hablado aquí, aparte de Hamsun, que tendría un dramático enfrentamiento con Hitler en 1943, no solo pasaron mucho tiempo en la Alemania nazi, sino que también pusieron por escrito sus experiencias inmediatamente o poco después de sus viajes. Así, las impresiones no han sufrido ninguna distorsión literaria debido a la retrospectiva desde la posguerra. Además, representan ambos extremos del espectro político y, en el caso de De Rougemont, un punto de equilibrio. De esta pequeña pero significativa muestra, solo en el caso de Thomas Wolfe se produjo un cambio radical en sus puntos de vista a resultas de sus experiencias personales. Hacia mediados de la década de 1930 era difícil que alguien interesado en política no tuviera una opinión sobre Hitler. O bien se estaba a favor o bien en contra. Intuitivamente, solemos pensar que los escritores son liberales y de mente más abierta que el individuo medio, pero, en lo que respecta a la Alemania nazi, parece que muchos de ellos, como tanta gente corriente, ya habían tomado una decisión aun antes de llegar a su destino.

Beckett viajó por Alemania justo después de las Olimpiadas, justo cuando el Tercer Reich había alcanzado su cenit. Como veremos en el siguiente capítulo, a diferencia de él, los millares de extranjeros que viajaron a Alemania para ver los Juegos de Hitler se convirtieron en presa fácil de la persistente y persuasiva propaganda nazi.

Capítulo 12

Nieve y esvásticas

La idea de que el deporte y la política puedan separarse jamás resultó más absurda que en 1936, cuando Alemania fue el país anfitrión de las Olimpiadas de verano y de invierno. La maquinaria política nazi impregnó cada aspecto del evento, desde las elaboradas ceremonias de inauguración hasta el desayuno de cada equipo. La invasión sin precedentes de visitantes extranjeros ofrecía a los nazis la oportunidad perfecta para defender su régimen frente al mundo. Su implacable propaganda se elaboró para convencer a cada visitante de que la nueva Alemania no solo era una nación poderosa y formidablemente eficiente, sino que, además, era tolerante y amaba la diversión. Y, gracias a un hábil juego de ilusionismo y medias verdades, en gran parte logró su objetivo.

Si, como el embajador francés, André François-Poncet, sugirió, las Olimpiadas de verano marcaron «la apoteosis de Hitler y del Tercer Reich»,[1] seis meses antes, las celebraciones olímpicas de invierno se adelantaron a ello con no menos brillantez. Aunque tuvieron lugar a mucha menor escala, los cuartos Juegos Olímpicos de Invierno, celebrados en los pueblos gemelos de Garmisch-Partenkirchen («separados por un río y un guion»),[2] condensaron muchos de los elementos que poco después convertirían a los Juegos de Berlín en un acontecimiento tristemente célebre y, sin embargo, tan fascinante.

La ceremonia de inauguración fue el 6 de febrero. Arnold Lunn, el esquiador británico pionero gracias a cuyos esfuerzos el eslalon y la carrera de esquí se incluirían por primera vez como deportes olímpicos, permaneció sentado temblando en la tribuna mientras esperaba que la ceremonia empezase. Su hijo Peter, capitán del equipo británico, era tan antinazi que se había negado a desfilar. «De repente —escribió Lunn—, a través de la nieve aparece una procesión, encabezada por el equipo griego. Incli-

nan el estandarte en señal de saludo, aunque el receptor habría estado más a gusto en Esparta que en Atenas [...]. Del brasero emerge una llama envuelta en nieve, y las antorchas olímpicas en las colinas se hacen eco del fuego olímpico. El fuego, que reina por encima de la nieve y del viento». Cuando en una entrevista de radio unos días después le preguntaron a Lunn cómo pensaba que iban los Juegos, solo pudo decir: «Alemanes, déjenme que les cuente un pequeño secreto. Aún hay mucha gente que solo esquía para pasárselo bien».[3]

Para su sorpresa, el periodista William Shirer se divirtió mucho. «Ha sido un interludio más agradable de lo que había esperado —escribió—. El escenario de los Alpes bávaros, especialmente al amanecer y en el crepúsculo, es soberbio; el aire de las montañas, tonificante; las muchachas de mejillas rosadas enfundadas en sus trajes de esquí, generalmente atractivas; los juegos, emocionantes; especialmente los saltos de esquí, con el suspense de si algún participante se romperá o no los huesos, y las carreras [...]. También los partidos de *hockey* y Sonja Henie».[4] Su entusiasmo por la estrella del patinaje noruego* quizá habría sido más contenido si hubiera visto el ferviente saludo con el cual la atleta había obsequiado a Hitler en Berlín unos días antes. El gesto no causó una buena impresión en los periódicos noruegos. Al día siguiente se publicaron titulares que se preguntaban: «¿Es Sonja una nazi?». Dado lo mucho que le gustaba a la patinadora codearse con el alto mando nazi, no era una pregunta irracional. Poco después de los Juegos aceptó una invitación de Hitler para visitar Berchtesgaden.

A diferencia de Shirer, Westbrook Pegler, cuya columna, titulada *«Fair Enough»*, se publicaba en todos los diarios de Estados Unidos, no residía en Alemania y, por lo tanto, se sintió capaz de adoptar una posición más dura. Su hostilidad hacia los nazis quedó clara desde el momento en que llegó a Múnich «algo aprensivo»:

> La estación de tren estaba llena del mismo tipo de hombres y mujeres, todos rubios, la gran mayoría avanzaban a trompicones en botas de esquí, hacían cola para subirse a los trenes cremallera hacia las montañas; sus tacos de

* Henie ganó medallas de oro en tres Juegos Olímpicos sucesivos. Más tarde se convertiría en una estrella de Hollywood.

> acero chirriaban en los andenes de cemento. Ellos estaban claramente sanos y eran corpulentos, y las muchachas de piernas largas en pantalones de esquí acarreaban sus propias mochilas y esquís, y no les pedían a los hombres ningún acto de caballerosidad.[5]

Pegler describió los Juegos Olímpicos como una «gran manifestación político-militar dirigida por el Estado nazi bajo los auspicios nominales del Comité Olímpico Internacional (COI)».[6] Por supuesto que tenía razón, pero, como Shirer señaló, los centenares de visitantes extranjeros a Garmisch solo veían la manera «fastuosa» y «eficiente» en que los nazis lo habían organizado todo. Y, además, contrariamente a lo que habían esperado, «sus modales corteses les impresionaron mucho». Cuando Shirer organizó una comida para que el agregado comercial de la Embajada estadounidense informara a los empresarios de visita sobre el verdadero estado de la cuestión, las palabras del diplomático cayeron en saco roto.[7] Sus invitados se creyeron la propaganda porque querían. Como muchos otros que observaban el progreso de Hitler desde la distancia, preferían creer que los periodistas y los diplomáticos se equivocaban. Cierto que los nazis se dejaban llevar por el entusiasmo a veces, pero, cuando uno los trataba de cerca, se daba cuenta de que no eran tan malos.

Cuando Mary Tresidder, de California, se bajó del tren en Garmisch junto con «un montón de gente, esquís y maletas», no le preocupaban los aciertos o los errores del nacionalsocialismo, sino cómo subirse a las montañas para esquiar lo antes posible. «Nos embutimos en el primer autobús que había frente a la Bahnhof —escribió en su diario el 8 de febrero—, y de allí hacia la *Torlauf für Damen* (el 'esquí alpino de las mujeres'), donde Christl Cranz* ya estaba batiendo récords entre la gloria y el entusiasmo, en cada una de sus dos carreras con una serenidad *[sic]* y un ritmo que daba gloria ver [...]. G-P es un lugar muy pintoresco».[8] Christl Cranz quizá fuera la estrella del espectáculo, pero fue una esquiadora canadiense, Diana Gordon Lennox, intrépida hija de un almirante, la que conquistó el corazón del público. Su equipo de cuatro se había organizado en el último minuto y no

* Cranz (1914-2004) dominó los campeonatos de esquí en la década de 1930. En 1936 ganó la medalla de oro en la nueva categoría de carrera alpina combinada.

estaba en forma. Durante el entrenamiento, ella se había roto varios dedos, un miembro de su equipo llevaba un pie vendado y otro se recuperaba de la gripe. Mientras esperaban en lo alto de la montaña a que fuera su turno, el final del recorrido parecía terroríficamente lejos. «Creo que me convertí en otra persona de otro mundo antes del inicio de esa enorme carrera montaña abajo», escribió su capitana poco después. Diana, con el brazo enyesado, un solo bastón y el «pelo negro volando al viento», cruzó la línea de llegada en la última posición, pero, para alegría de los treinta mil espectadores, con su monóculo de cristal de una sola pieza y firmemente colocado.[9]

Las esquiadoras norteamericanas, conocidas como las «Medias Rojas», quizá fueron más rápidas que las canadienses, pero no estaban a la altura del equipo alemán, con quien compartían alojamiento. Para las norteamericanas, el éxito de estas tenía otras explicaciones. Les habían asignado el segundo turno a la hora de comer, con lo cual muchas veces terminaban comiendo el sobrante que habían dejado atrás las alemanas; para cuando les permitían usar el baño, ya no había agua caliente. «Jamás olvidaré cómo se nos caía el alma a los pies cuando esas fornidas *Fräuleins* alemanas entraban en el comedor y se zampaban sus salchichas y su *sauerkraut* —recordaba la capitana, Alice Kiaer—. Cuando vimos a las chicas alemanas en el circuito, fue aún peor. Son supermujeres». A Kiaer la invitaron a inspeccionar el recorrido con un funcionario alemán. En un punto del camino, se toparon con el tronco de un enorme pino atravesado. «El doctor Votsch sacó un pequeño silbato de su bolsillo y emitió un solo pitido. Dos minutos después, diez soldados nazis emergieron del bosque esquiando en fila india y cantando armoniosamente. Siguiendo sus órdenes, retiraron el árbol y desaparecieron de nuevo en el bosque, aún cantando».[10]

En el diario de Tresidder no hay ningún comentario político, a pesar de que ella y su marido, que más tarde sería presidente de la Universidad de Stanford, visitaron la Casa Marrón (es decir, el cuartel general nazi) en Múnich y el Feldherrnhalle, la sagrada tumba de los mártires nazis. Pero, claro, en medio de tantas festividades («fuimos al baile de Fasching, una celebración de carnaval muy alegre»),[11] ¿por qué amargarse? Ivan Brown, el medallista de oro de carreras de trineo estadounidense, tampoco menciona ni una sola vez a los nazis en las cartas que escribió a su familia. Jun-

to con muchos de los atletas norteamericanos que participaron tanto en los Juegos de verano como en los de invierno, la modesta educación rural de Brown no le había preparado para su aventura europea, y mucho menos para una evaluación equilibrada de la situación política alemana. Se dirigía a su esposa como «Mi querida niña», y sus cartas revelan una mezcla de excitación, nostalgia y frustración:

> Bueno, aquí estamos, y qué bien nos lo estamos pasando. Todo el mundo es encantador y, aunque me siento un poco solo, creo que lo superaré. Las montañas de este sitio se elevan hacia el cielo como torreones. Fuimos al circuito de entrenamiento para la carrera de trineos, y qué instalaciones, mucho mejores que las nuestras. No tan inclinadas, llenas de curvas. Me ha gustado.[12]

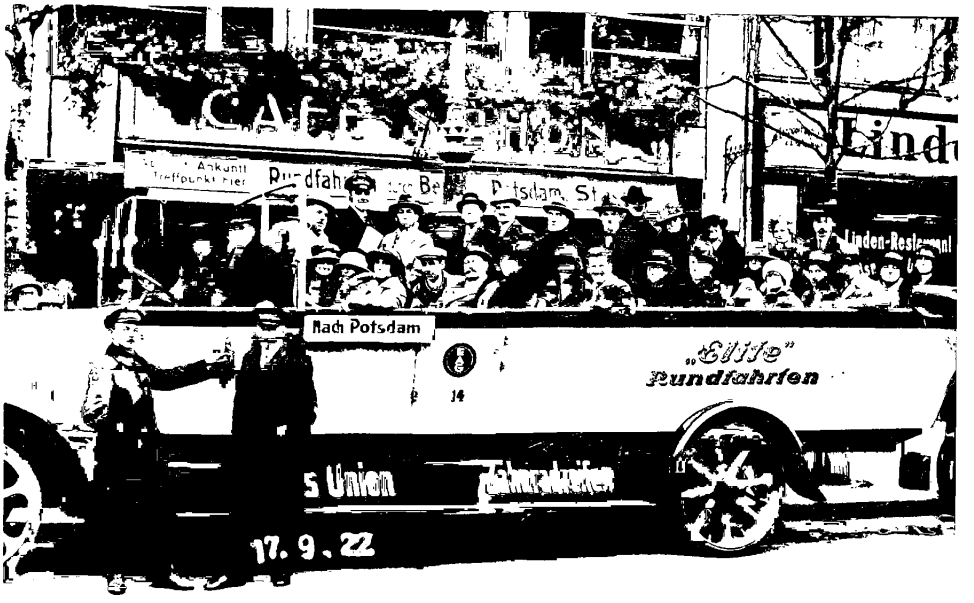
«Hitler es un tipo de aspecto normal y agradable, mucho más alto de lo que parece en las fotografías —escribió a su mujer después de la ceremonia de inauguración—. Espero que escucharas el desfile, porque tu chico estaba allí, orgulloso como un pavo real, y todo por ti».[13]

Para *lady* Mairi Vane-Tempest-Stewart, de quince años y la hija más joven del séptimo marqués de Londonderry y su esposa Edith, el principal recuerdo de su primer día en los Juegos Olímpicos de Invierno fue «un maravilloso almuerzo: ostras además de caviar».[14] Su padre estaba firmemente convencido de que la mejor manera de garantizar la paz en Europa era negociar con Hitler en lugar de despreciarlo. Así pues, aunque ya no ostentaba ningún cargo político (había sido secretario de Estado de la Aviación en el Gobierno de Ramsay MacDonald), los nazis le consideraban una figura tan clave en sus intentos de tender puentes con el Reino Unido que no repararon en gastos ni en esfuerzos para hacer que su visita fuera un éxito. Empezó en Berlín. Naturalmente, había que pasar un día en Carinhall, la residencia de caza de Göring. «Mamá le disparó a un ciervo —anotó Mairi en su diario de cinco años—, papá a un ciervo rojo y yo a un gamo».[15] Mairi no solo era buena cazando, sino que había pilotado su primer avión a la edad de doce años, así que es más probable que disfrutara más que la mayoría de los adolescentes de su edad con la visita a la fábrica Junkers en Dessau. «Fue

muy interesante y vimos cómo hacían los aviones y los motores. Comimos allí y me regalaron un modelo Junkers. Cenamos con Hitler».[16] Las sencillas yuxtaposiciones de la muchacha son frecuentes en su diario: «Comimos con el duque de Sajonia-Coburgo y luego fuimos a un campo de trabajo».

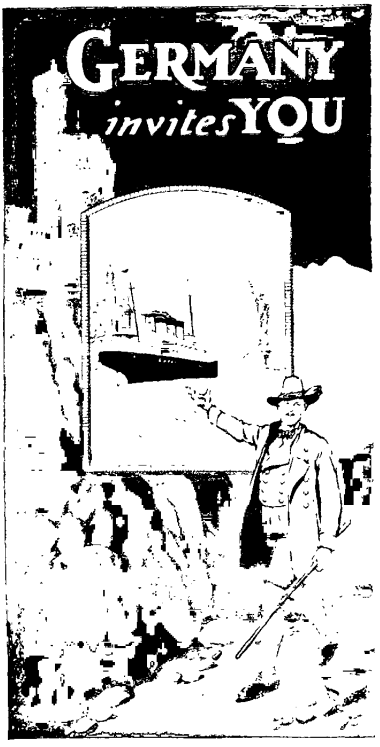
Es poco probable que los Londonderry, a pesar de sus relaciones, supieran de la existencia de Haus Hirth, a unos ocho kilómetros al oeste de Garmisch. Como revelan las páginas de su libro de invitados, este modesto chalet había sido la meca de los literatos e intelectuales, principalmente británicos y norteamericanos, desde principios de la década de 1920. Siegfried Sassoon, Rex Whistler, la actriz norteamericana Katharine Cornell, el historiador del arte John Pope-Hennessy, la escritora Edith Olivier, así como figuras públicas como lord Esher y George Vincent (presidente de la Fundación Rockefeller) se encontraban entre los nombres distinguidos que aparecían regularmente a lo largo de los años en el libro. William Walton compuso el último movimiento de su Concierto para viola en Haus Hirth, y allí fue donde Stephen Tennant, entonces el más brillante de los miembros del grupo Bright Young Things, mantuvo su romance con Sassoon mientras se recuperaba de la tuberculosis. Entre el recuento de invitados que revela el libro de firmas, emerge una figura más sorprendente, el hijo adoptivo de Chiang Kai-shek, que se encontraba en Alemania para entrenarse con las tropas de montaña de élite de la Wehrmacht: Chiang Wei-kuo. La cálida cordialidad de Haus Hirth debió suponer un contraste notable con la rutina habitual de Chiang Wei-kuo, que consistía en escalar montañas fuera de pista con una mochila de trece kilos a la espalda.

Johanna y Walther Hirth, los dueños de la residencia, tenían unos contactos impecables. El padre de Johanna había sido juez del Tribunal Supremo del Gran Ducado de Hesse y su hermano, Emil Preetorius, era considerado el diseñador artístico más brillante del Festival de Bayreuth. Pero, después de la guerra, la inflación acabó con la fortuna de la familia, lo que obligó a Johanna y Walther a retirarse al chalet de su madre en Untergrainau. Allí, bajo el Zugspitze, la montaña más alta de Alemania, y rodeados de dachshunds, gallinas y avellanos, se ganaban la vida cobrándoles una libra al día a sus invitados, seleccionados cuidadosamente. Los extranjeros adoraban a la «alta y regia» Johanna



La joven Dorothy Bogen (última fila, tercera empezando por la derecha) en un autobús turístico de camino a Potsdam para visitar Sanssouci, el palacio de verano de Federico II el Grande, 17 de septiembre de 1922.

Charlie Chaplin contempla el famoso altar griego del Museo de Pérgamo el 13 de marzo de 1931. El actor se marchó antes de lo previsto de Berlín como consecuencia de la virulenta campaña nazi contra su persona.



Este folleto, publicado tan solo unos meses después del final de la Primera Guerra Mundial, constituyó el intento por parte de veinte hoteles importantes de animar a que los turistas estadounidenses visitaran Alemania de nuevo.

GERMANY

THE BAVARIAN TYROL

OBERAMMERGAU

TERCENTENARY PERFORMANCES of the PASSION PLAY

Three hundred years ago the Passion Play was first performed at Oberammergau in thankful fulfilment of a vow taken by the elders of this Bavarian mountain village. This year, the Tercentenary Performances, from May to September, offer you a unique opportunity of combining a visit to this world-famous spectacle with a tour of the most picturesque parts of Germany.

Everywhere in this country of infinite variety, the most hospitable of welcomes awaits you. Throughout Germany—in mountain villages, in mediæval towns, in the depths of the mighty forests or beside the banks of the romantic Rhine—you will meet that friendly hospitality for which she is renowned. Visit Germany this Summer, and enjoy a holiday that will linger in your memory.

Come to GERMANY and see for yourself...

BAYREUTH FESTIVAL

The Bayreuth Festival Performances of Wagner's Operas will be held from July 22nd to August 21st

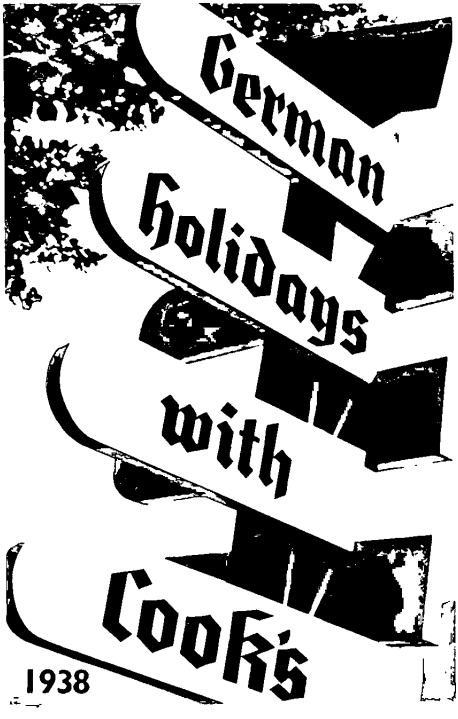
The Performances of "Parsifal" will be conducted by Dr. Richard Strauss.

For information and Literature apply
GERMAN RAILWAYS INFORMATION BUREAU
19 Lower Regent Street, London, S.W.1
or any office of
THOS. COOK & SON, LTD.
BERKELEY STREET, LONDON, W.1
OR OTHER PRINCIPAL TRAVEL AGENCIES

REGISTERED MARK
TRAVELLERS CHEQUES
REDUCE YOUR EXPENSES
IN GERMANY. OBTAIN
THEM BEFORE LEAVING

Thomas Cook & Son aprovechó los famosos acontecimientos de la Pasión de Oberammergau y el Festival de Bayreuth de Wagner para promocionar Alemania entre la población británica. Este anuncio apareció en la revista semanal *Punch* el 4 de abril de 1934.

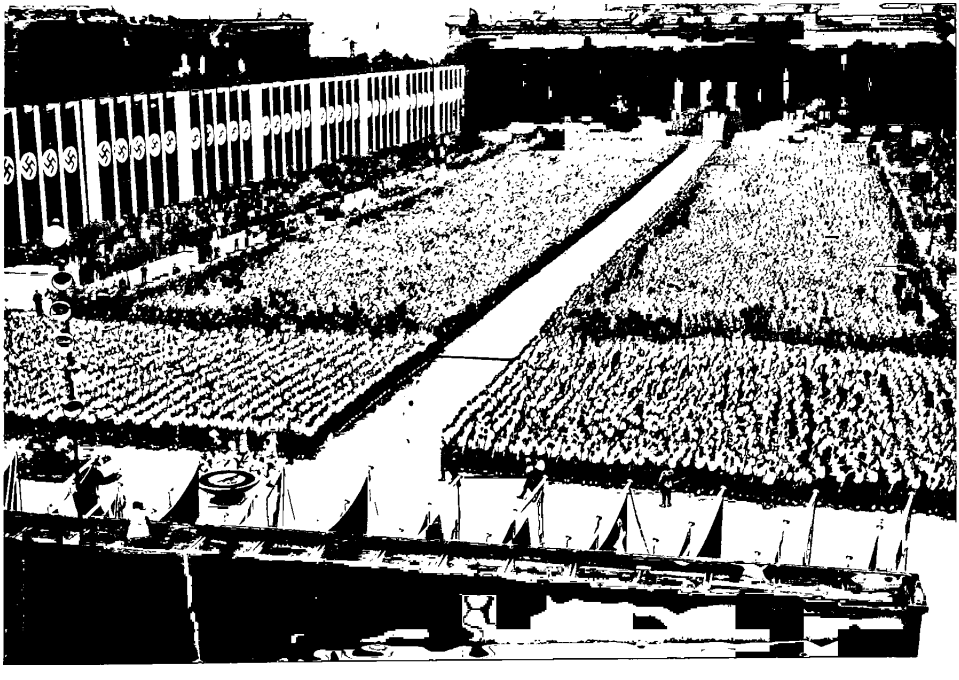
Folletos de Thomas Cook de los años 1937, 1938 y 1939. Apenas dejan entrever la crisis política en la que estaba sumida Europa. En ellos, Alemania se presenta todavía como un país feliz y benévolo, cuyas amables gentes solo deseaban ofrecer la mejor experiencia posible a los turistas extranjeros.



Ethel Rumbold (izquierda) y su prima Edith Lowther. Las observaciones que hizo *lady* Rumbold sobre la República de Weimar y los primeros meses bajo el poder nazi son tan agudas como amenas.

Lady Rumbold flanqueada por sus hijos, Constantia y Anthony. *Sir* Horace aparece sentado. Los Rumbold ofrecieron una imagen puramente británica a los cientos de visitantes que pasaron por Berlín durante los cinco años que *sir* Horace sirvió como embajador en la ciudad.

La maquinaria propagandística de Hitler trabajó en numerosos pósteres durante las Olimpiadas. Este ejemplo es una demostración del poder y la fuerza de Alemania. Otros se diseñaron con el objetivo de convencer a los extranjeros de que los nazis eran «benévolos».

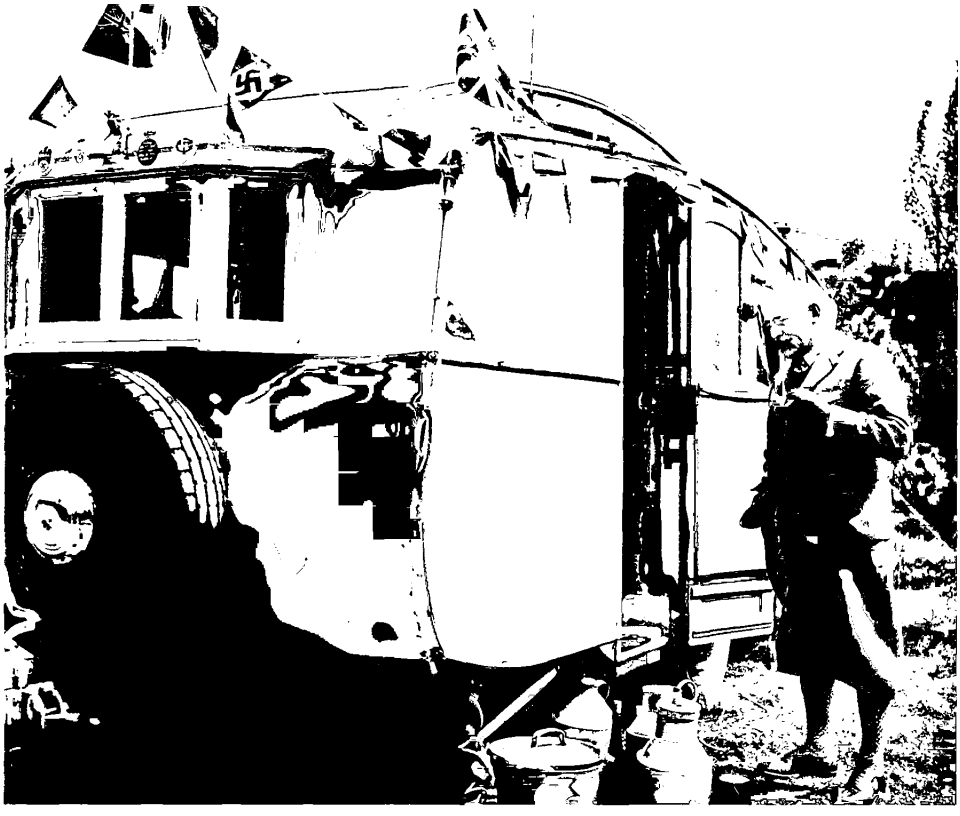


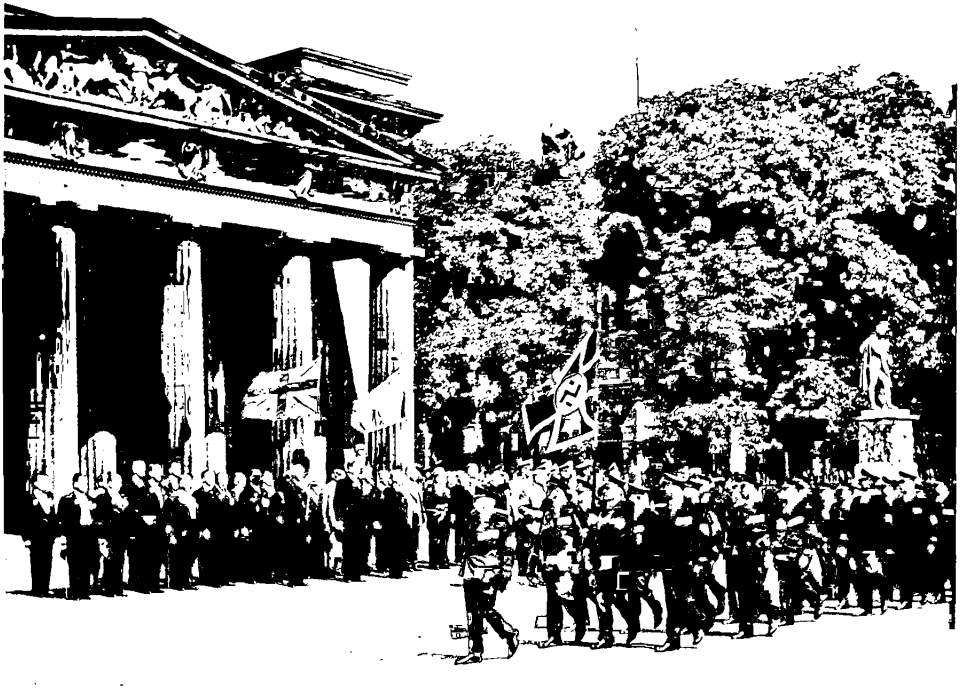
Un corredor solitario porta la antorcha olímpica a través de una muchedumbre perfectamente disciplinada en dirección al estadio donde la llama olímpica se prendió ante cerca de 100 000 espectadores.

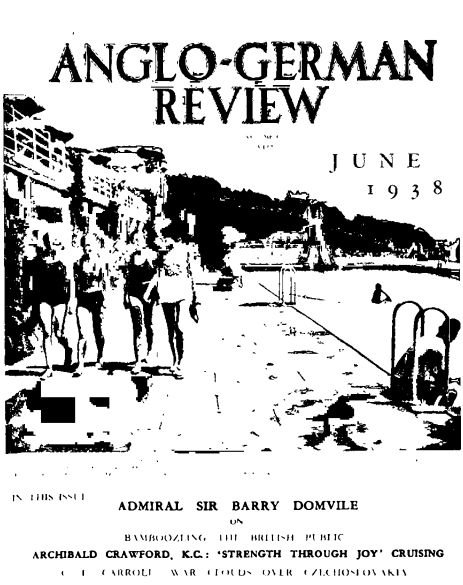
Arriba: Miembros de la familia Matthews (y amigos) junto a Hitler en Berchtesgaden (1935). La familia, que se encontraba de vacaciones, conoció al Führer por casualidad cuando paseaban cerca de su casa. Su padre, un médico de familia de Bournemouth, conservó esta fotografía en la repisa de la chimenea de su consulta hasta que un paciente dio aviso a un policía local, quien sugirió que lo más prudente sería guardarla hasta el final de la guerra.

Página derecha, arriba: Un turista británico contempla sus cacharros de cocina durante unas vacaciones en Alemania en la década de 1930.

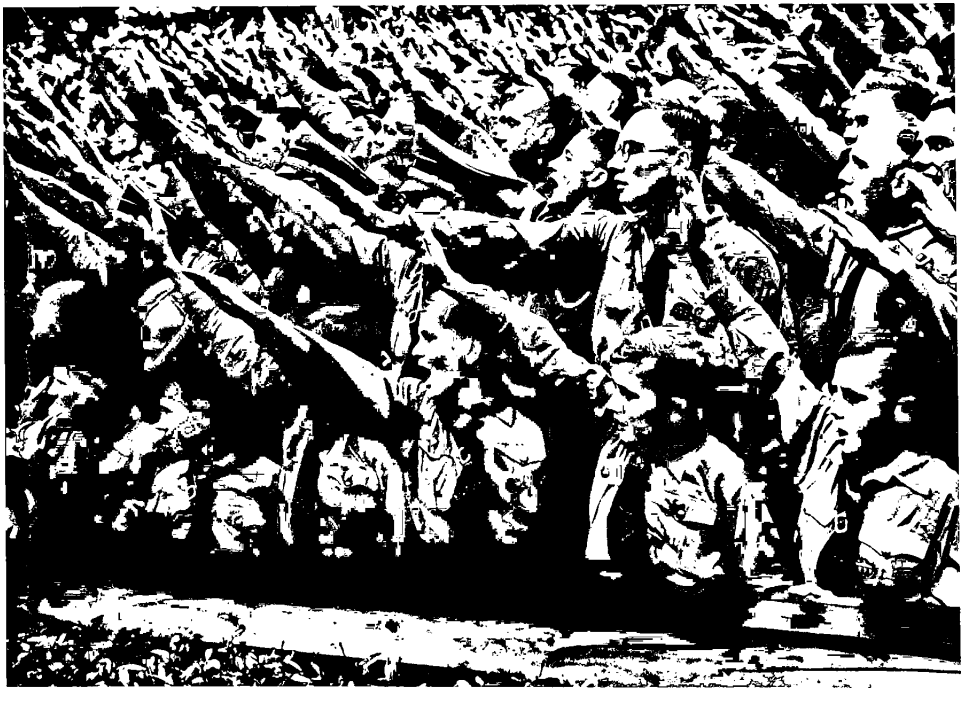
Página derecha, abajo: Antiguos soldados británicos en el monumento conmemorativo de la Nueva Guardia en 1938. Organizaciones de veteranos de la Primera Guerra Mundial alemanes y británicos estuvieron en contacto de forma significativa a finales de la década de 1930 con la vana esperanza de que estas reuniones contribuyesen a alcanzar la paz mundial.







Cubiertas de los números de *AGR* de junio y septiembre de 1938. La *Anglo-German Review* continuó publicando «buenas noticias» sobre la Alemania nazi hasta su último número, en agosto de 1939.



Cientos de apasionados miembros de las Juventudes Hitlerianas saludan al escuchar un discurso de Adolf Hitler en el congreso de Núremberg de 1937.

y sus vestidos tradicionales, su inglés exquisito, su habilidad con la aspiradora y, por encima de todo, «su capacidad para lidiar con lo que fuera, desde una pierna rota a un corazón destrozado».[17] El corpulento Walther, desde cuyos pantalones tradicionales *lederhosen* asomaban unas enormes rodillas, era menos sofisticado, pero se ganaba el cariño de sus invitados con su inglés excéntrico, con frases como «que Dios bendiga sus ingresos» o «en todos los aspectos soy un comunalista».[18]

John Christie, fundador de la Ópera de Glyndebourne, intentó desentrañar por qué tantos intelectuales se sentían atraídos a Haus Hirth:

> Todo el mundo parecía pasárselo bien [...] y, sin embargo, apenas hacíamos nada excepto hablar, y de vez en cuando pasear. Ninguno de nosotros esquiaba o escalaba, no había críquet ni *rugby* ni fútbol y, a pesar de todo, volvíamos año tras año [...]. Ahora que lo pienso, creo que fue un logro convertir ese lugar en un punto de encuentro, solo basándonos en las vistas que uno veía cuando miraba hacia arriba [...]. No había festival de ópera, semana del críquet ni ninguno de los elementos esenciales del entretenimiento inglés, y, sin embargo, funcionaba.[19]

Cuando la conversación intelectual se volvía muy exigente, los invitados podían dedicarse a pasatiempos típicos de Baviera, como el baile de los leñadores, que se celebraba anualmente en el pueblo, aunque no fue hasta 1935 cuando permitieron que los extranjeros asistieran a la fiesta. Los leñadores, según contaba un visitante estadounidense, tenían un aspecto sublime con sus sombreros, chaquetas y pantalones verdes, y sus rasgos esculpidos y largas barbas le recordaban las imágenes de los apóstoles. En la fiesta, que empezaba el domingo después de la misa de mediodía y seguía hasta las seis de la mañana del día siguiente, se servían grandes cantidades de cerdo, regado con una cerveza de sabor particularmente desagradable (en opinión de los extranjeros). Un estallido ensordecedor marcaba el principio y el fin de cada baile.

Pero, en invierno de 1936, los visitantes solo fueron a Garmisch por un motivo: los Juegos Olímpicos. Y si en retrospectiva parece que muchos de ellos eran políticamente ignorantes de la situación, hubo otros que se limitaron a no profundizar

demasiado en las cosas. Sin embargo, nadie podía pasar por alto los uniformes. Estaban por todas partes, hasta el punto de que Pegler comentó que el pueblo parecía «una ciudad tras el Frente Occidental durante un importante movimiento de tropas». Le indignaban en particular los vehículos militares con pintura de camuflaje que «se abrían paso por las calles hasta las montañas mientras derretían la nieve a su paso por las estrechas callecitas». El motivo por el cual era necesario mantener una presencia militar tan intensa en un pequeño pueblecito de montaña donde los deportistas se reunían en un ambiente de amistad era una pregunta que ni siquiera el intrépido Pegler se atrevía a formular por temor a que le acusaran de espía. Pero tenía que admitir que todo rastro de antisemitismo había desaparecido. Los habituales carteles que prohibían a los judíos entrar en los establecimientos se habían retirado sistemáticamente. A pesar de la eficiencia nazi, Pegler se fijó en que las copias de *Der Stürmer* (el tabloide antisemita de Julius Streicher) entraban de contrabando a Garmisch para mostrárselas a los incrédulos visitantes.

Varios días después del inicio de los Juegos, «con unas diez mil banderas con esvásticas que ondeaban suavemente en la brisa invernal», Hitler hizo otra aparición. «Era el Día del Dictador —escribió Pegler—. Las Olimpiadas eran secundarias, si es que tenían alguna importancia». Se fijó en lo extraño que resultaba que, aunque la presencia del Führer generó una gran concurrencia de poder militar, atascos de tráfico y «oscureció completamente el ideal de paz al que los Juegos estaban dedicados», Hitler se sentó en su tribuna baja en el campo de *hockey* sobre hielo casi sin protección y, al parecer, encantado de saludar al río sin fin de extranjeros que se acercaban a él. «Les daba su autógrafo —observaba Pegler—, tan contento como si fuera Babe Ruth, lo cual contrastaba mucho con las negativas malhumoradas del coronel Lindbergh y de Greta Garbo».

Los Juegos Olímpicos de Invierno tocaron a su fin el 16 de febrero. «Gran éxito —escribió *lady* Mairi—, la final de *hockey* sobre hielo, Inglaterra ganó. Noche de gala. Bailé con un montón de gente».[20] Pegler describió la ceremonia de clausura:

> Los fuegos artificiales por encima de las montañas en los ejercicios finales fueron un despliegue maravilloso de color, y los focos militares bañaron las colinas nevadas

> de luz de luna artificial mientras las baterías de las ametralladoras de 7 mm disparaban desde una posición oculta a media altura de la colina y nos recordaban que la hermosa llama olímpica, que ahora moría lentamente en la torre, solo era luz después de todo, y que no significaba nada.[21]

Una vez más había sido tarea de un periodista denunciar la verdad, aunque, a medida que los preparativos para los Juegos Olímpicos de Berlín se aceleraban, pocos lectores de Pegler estaban listos para aceptarla. Si lord y *lady* Londonderry hubieran leído su columna, seguramente la habrían descartado como un ejemplo más de periodismo irresponsable; otro agravio injustificado contra un gran país, que, bajo el liderazgo de un gobernante inspirado, se esforzaba por hacer frente a un futuro incierto.

Al regresar a casa, lord y *lady* Londonderry mandaron una entregada carta de agradecimiento a sus anfitriones alemanes. Mientras que el marqués, que escribió a Ribbentrop, al menos mencionaba los temas más delicados, como la política de Hitler en Europa y el antisemitismo, la carta de su esposa a Hitler solo contenía una admiración desatada. «Decir que quedé profundamente impresionada no haría justicia a lo que viví —escribió—. Estoy asombrada. Usted y Alemania me recordaron al Génesis de la Biblia. Nada logra describir mejor su posición. La belleza de los edificios es algo que jamás olvidaré. Su poder y simplicidad son, según creo, símbolos de su creador».[22] Claramente, el viaje (que sería el primero de los seis que lord Londonderry realizaría a Alemania durante los siguientes dos años) había sido un éxito. Pero también despertó amplias sospechas. Shirer escribió en su diario, diez días después del fin de los Juegos de Invierno, lo siguiente: «Me he enterado de que lord Londonderry estuvo aquí a principios de mes [...]. Es un pronazi sin ambages. Me temo que habrá estado haciendo de las suyas».[23]

El 7 de marzo de 1936, tres semanas después de la ceremonia de clausura de los Juegos de invierno, y en una flagrante violación del Tratado de Versalles, las tropas alemanas ocuparon de nuevo Renania, que desde el fin de la guerra había sido una zona desmilitarizada. Durante días, Kay Smith había presentido que algo iba a suceder: «Se notaba en el ambiente». Más tarde, el 6 de marzo,

en una recepción en su apartamento de Berlín, había escuchado una conversación:

> Era un día agradable. Las puertas de las ventanas de la terraza estaban abiertas. Yo me encontraba cerca cuando vi a Remondeau [el agregado militar francés] llevarse a Von Pappenheim [un alto funcionario del gabinete alemán] del brazo y sacarlo fuera, a la terraza. Me acerqué y les di la espalda a ellos, pero me quedé lo bastante cerca como para escuchar su conversación. Oí que Remondeau preguntaba: «¿Van a reocupar Renania?». [...] Pappenheim pareció sorprendido. Se puso rojo y empezó a tartamudear. «No, no, seguro que no». «¿Lo jura por su honor?». *«Ich schwöre»*. [...] Apenas podía esperar a decirle a Truman que la reocupación era un hecho.[24]

Esa misma noche, Denis de Rougemont cruzaba la Opernplatz en Fráncfort cuando vio los titulares de los periódicos, que anunciaban que el Reichstag había sido convocado a una reunión extraordinaria al día siguiente. Las furiosas diatribas del Führer se oían desde la radio de su vecino a la mañana siguiente, aunque no lo bastante claras como para entender de qué hablaba. De Rougemont sabía que debía ser importante, porque sus vecinos habían cerrado sus puertas a cal y canto y no contestaban al timbre.[25] En Berlín, a unos quinientos sesenta kilómetros al noreste, Kay también escuchaba su radio. Recordaba que Hitler, después de su discurso en el tono habitual, bajó la voz a un nivel normal antes de anunciar que el ejército alemán estaba cruzando en ese momento el puente del Rin. «Entonces se oyeron las campanas de la catedral de Colonia tocando».[26]

A medida que el discurso de Hitler tocaba a su fin, De Rougemont oía puertas que se abrían y se cerraban por todo el bloque de pisos y pasos apresurados en las escaleras. «El hijo del casero sale de la bodega gesticulando, con una botella en la mano —escribió en su diario—. Sube los peldaños de dos en dos, silbando la canción "Horst Wessel". Los vecinos hablan animadamente. Oigo que gritan la palabra *"Frankreich"* ['Francia'] [...]. Las banderas empiezan a asomar en los balcones». Salió a comprar un periódico. «¿Es la guerra?», le preguntó el quiosquero. «¡Guerra, por el amor de Dios! —replicó De Rou-

gemont—, solo porque están poniendo algunos soldados en su frontera. Los franceses no están tan locos».[27]

Truman Smith no compartía esa opinión. En cuanto llegó a casa, le preguntó a su esposa cuánto tardaría en hacer las maletas y cerrar el piso. Ella le dijo que tres días. «¡Tres días! Solo tendremos treinta minutos si los franceses reaccionan como deben [...], los bombarderos estarán aquí dentro de media hora». La mujer hizo dos maletas, llenó el depósito del coche de gasolina y estaba dispuesta a partir con su hija pequeña en cuanto oyera el menor rumor de un motor de avión.[28] Pero, aunque las luces tras las ventanas de la Embajada francesa estuvieron encendidas toda la noche, no llegó ningún bombardero. Ni tampoco al día siguiente ni en las semanas posteriores. La gran apuesta de Hitler había salido bien.

Un mes después, decidido a pesar de los dramáticos acontecimientos que habían tenido lugar en Renania, el equipo de *hockey* de Charterhouse se subió al tren lanzadera en la estación de Victoria con destino a Colonia. Una gran multitud asistió al primer partido, que se jugó en un campo sucio y desigual, aunque pronto quedó claro que a los espectadores les interesaban más los jugadores que el resultado. «Era evidente, como pudimos comprobar allí donde íbamos —escribió un miembro del equipo en la revista de la escuela—, que ciertos aspectos de los "muchachos ingleses" les resultaban altamente divertidos a los nativos». Entre ellos, «los distintos y diversos estilos de peinado de los chicos», sus ropas originales y, en particular, los excéntricos cascos; todo ello producía un contraste notable con el uniforme estándar de los nazis, el pelo cortado casi al cero y las botas militares. El recuerdo más vivo de la gira, que incluía Leipzig y Dresde, fue «la maravillosa calidez» de todos cuantos se cruzaban en su camino. Para resumir, el autor terminaba: «Desde el momento en que, como decían los periódicos alemanes, "los chicos ingleses empezaron a relajarse", nos sentimos unos verdaderos embajadores de paz y de buena esperanza. Teníamos la sensación de que, si las relaciones internacionales dependieran de los equipos de *hockey* de Charterhouse, las guerras y los rumores de guerra cesarían para siempre».[29] El 8 de julio de 1941, uno de los embajadores del equipo de *hockey*, Charles Petley, moriría al ser derribado su avión sobre Holanda cuando se dirigía a bombardear Osnabrück. Tenía veintitrés años.

Fue una suerte que Kay no tuviera que huir de Berlín, porque, cuatro meses después de la crisis de Renania, los Smith fueron los anfitriones del coronel Charles Lindbergh, sin duda la celebridad más famosa de la época. En tanto que agregado militar, Truman Smith llevaba tiempo intentando transmitir a Washington un informe preciso acerca de la capacidad aérea del Ejército alemán. ¿Quién mejor para ayudarle que el aviador más famoso del mundo? Lindbergh y su familia vivían en Inglaterra, donde se habían refugiado a resultas de la inmensa publicidad que el secuestro y asesinato de su hijo pequeño había generado en 1932. Smith dirigió la carta allí, resumió su problema y lo invitó a Alemania. Para su alegría, Lindbergh aceptó.

El 22 de julio, la esposa de Lindbergh, Anne, anotaba en su diario:

> Nos vamos a Alemania. Hay que levantarse pronto [...]. Conducimos al aeropuerto de Penshurst. Tan extraño, tan tranquilo y tan inglés. El aeropuerto era grande y estaba vacío, excepto por nuestro pequeño monoplano gris. No se oía nada, aparte de los pájaros en los aleros de los edificios. El césped era alto y suave, cubierto de rocío [...] y había un secadero de lúpulo al final del campo, y ovejas.

Después de repostar en Colonia sobrevolaron el macizo del Harz, y luego «Potsdam y los lagos y las velas diminutas. El palacio. Berlín frente a nosotros, muy verde y con extensiones de agua. El campo: aviones Junkers todos dispuestos en orden».[30] Aterrizaron en Tempelhof, donde los Smith, junto con varios altos funcionarios nazis, los esperaban para recibirlos. Kay estaba animada, aunque un poco inquieta, «pues se decía que Lindbergh era "difícil"».[31] No tenía que haberse preocupado. Un poco después, sentados en la terraza de su apartamento, empezaron a conocerse a la luz del crepúsculo del cálido verano. Los cuatro trabaron una amistad que iba a durar muchos años.

La visita de los Lindbergh era un regalo para los nazis, sobre todo porque tenía lugar una semana antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Berlín. Los días siguientes se llenaron con visitas a aeródromos y fábricas y con demasiados eventos sociales para el gusto de Charles Lindbergh. El discurso más importante que pronunció en el Club Aéreo de Berlín recibió cobertura

internacional, aunque ninguno de los diarios alemanes se atrevió a publicar ninguna pieza sobre sus palabras. No era de extrañar, pues Lindbergh se había esmerado en destacar que, gracias a la aviación moderna, ahora era posible arrasar todo lo que el mundo civilizado más valoraba. «Es nuestra responsabilidad —concluyó— asegurarnos de que [...] no vamos a destruir precisamente las cosas que deseamos proteger».[32] No era una idea que al Führer fuera a gustarle. En la misma comida, la señora Lindbergh reparó en un instante revelador durante una conversación con el general Milch, el principal responsable de la Luftwaffe de la posguerra. Le comentó que los ingleses siempre se habían sentido muy cercanos a los alemanes en carácter, raza y temperamento:

> «¿Lo cree de veras?». Me miró brevemente, y sus ojos se clavaron en mí. Fue una de esas miradas que son como un rayo de luz y permiten ver el mundo que hay más allá. Esa breve mirada reveló placer, ansia, esperanza, vulnerabilidad, todas controladas para no desvelarse, pero con esa frase expresó la sorpresa que había sentido. «¿Lo cree de veras?». No podía hablar sobre ello. Pero lo desean tantísimo. Esa vulnerabilidad... [33]

La cúspide social de los nueve días que los Lindbergh pasaron en Berlín fue la comida con Hermann Göring, a la cual también invitaron a los Smith. «Llegó un enorme Mercedes negro descapotable para recogernos y llevarnos a la residencia del mariscal del Aire —recordó Kay—, incluso íbamos escoltados por guardaespaldas en moto [...]. Al llegar al vestíbulo nos encontramos con todos los héroes de la aviación alemana, que nos esperaban en un círculo mirando la entrada, con Göring en el centro con un uniforme blanco y *Frau* Göring a su lado». Después de la comida, cuando los invitados se reunieron en la biblioteca:

> Las puertas se abrieron de par en par y trajeron un joven león atado [...] que se asustó mucho al ver tanta gente y no parecía muy contento. Göring se sentó en un enorme sillón. «Quiero que vean lo bueno que es mi Augie. Ven aquí, Augie». El león cruzó de un salto la habitación y se sentó en su regazo. Puso las garras encima de los hombros de Göring y empezó a lamerle la cara. Yo estaba detrás,

> había una gran mesa entre nosotros y una distancia prudencial. De repente, un ayudante se rio. ¡El león se había orinado abundantemente sobre el uniforme blanco! Una oleada de color rojo subió por el cuello de Göring. Apartó al león de sí con el brazo y se puso en pie. El león rebotó contra la pared opuesta. Göring se giró rápidamente, rojo de ira, y nos miró con furiosos ojos azules. «¿Quién ha sido?», preguntó. *Frau* Göring corrió hacia él, se agarró a su cuello y suplicó: «Hermann, Hermann, ¡si es como un bebé!». Eso lo calmó. Se llevaron al león. «Sí, tienes razón. Es como un bebé», dijo. Entonces todos pudimos reírnos, aliviados.[34]

Truman Smith tenía sus motivos para estar complacido con su iniciativa. Como había anticipado, los nazis tenían tantas ganas de impresionar a Lindbergh que le habían dado acceso a aviones, información y tecnología que un mero agregado militar jamás habría podido obtener. Los alemanes también estaban encantados porque, claramente, habían conseguido convencer a Lindbergh de que la Luftwaffe era más poderosa de lo que en realidad era. Y podían estar seguros de una cosa: cualquier información que el coronel Lindbergh transmitiera a Londres y a Washington no dejaría de impresionarlos. Los Lindbergh, aunque al principio no querían quedarse para los Juegos Olímpicos, se encontraban ahí el 1 de agosto (el corresponsal del *New York Times* los vio), rodeados de uniformes nazis, entre los visitantes extranjeros privilegiados que presenciarían la ceremonia desde la tribuna de Hitler. Al día siguiente se fueron de Alemania en su propio avión, pero pronto volverían.

Capítulo 13

Los Juegos de Hitler

El 1 de agosto de 1936, cientos de miles de personas ocuparon las calles de Berlín para intentar divisar al Führer mientras lo conducían al estadio olímpico. «Por fin llegó —escribió Thomas Wolfe, que asistió a los Juegos junto a Martha Dodd—. La multitud se agitó como el viento que sopla entre un campo de hierba; la marea lo seguía desde lejos, y en ella estaba la voz, la esperanza, la plegaria de la tierra». Wolfe se fijó en que Hitler estaba en el coche erguido, sin moverse y sin sonreír, «con la mano levantada y la palma hacia afuera, sin hacer el saludo nazi, sino recta, en un gesto de bendición más propio de Buda o del Mesías».[1] Cuando el Führer comenzó a descender las escaleras de Maratón hacia el estadio, escoltado por altos funcionarios nazis y miembros del COI, los espectadores se levantaron como un solo hombre, según cuenta Birchall en el *New York Times,* «con los brazos extendidos y lanzando vítores en una bienvenida frenética».[2] En ese momento, la orquesta y la banda militar empezaron a tocar el «Desfile de Homenaje» de Wagner. Entonces, cuando Hitler tomó asiento, la muchedumbre rugió el «Deutschland über Alles», seguido de la inevitable canción «Horst Wessel».

El esplendor de la ocasión se vio «enormemente incrementado», según el *Manchester Guardian,* «por la nobleza del gran estadio en que se desarrollaba».[3] Kay Smith estaba de acuerdo. Junto con muchos otros comentaristas extranjeros, admiraba la austera simplicidad del estadio. Construido en cemento y capaz de acoger a más de cien mil espectadores, se encontraba medio hundido a nivel de suelo, así que, una vez que entraban en el estadio, los visitantes ya estaban a medio camino de las gradas que daban al césped y a los circuitos rojos de las carreras que se veían más abajo. En lo alto de las torres que flanqueaban la Puerta de Maratón, escribía un periodista, había bandas militares con cascos de acero,

«y los gestos del director de orquesta se recortaban claramente y diminutos contra el cielo occidental».[4] Richard Strauss también estaba allí para dirigir la Orquesta Filarmónica de Berlín y un coro de mil voces, cuyos integrantes iban todos vestidos de blanco.

«Ninguna nación desde la Grecia antigua ha capturado el verdadero espíritu olímpico como Alemania».[5] Sorprendentemente, la frase no salió de boca de Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del régimen, sino del presidente del Comité Olímpico Estadounidense, Avery Brundage. Tras librar varias batallas para evitar que boicotearan «los Juegos de Hitler», Brundage debió sentir un gran alivio cuando la ceremonia de inauguración, que Leni Riefenstahl supo capturar tan bien con su cámara, se desarrolló frente a sus ojos. La organización era impecable; la atmósfera, cálida y festiva, pero, más allá de eso, los alemanes se mostraron sensibles al lado más espiritual de los Juegos al traer a Berlín al campesino griego de sesenta y tres años que había ganado el primer maratón moderno, en los Juegos Olímpicos de 1896. En cuanto a las actitudes antisemitas, por mucho que Brundage se esforzaba en buscarlas, no las veía por ningún lado.

A las 4.15 empezaron a sonar las campanadas olímpicas. ¿Cuántos de los miles que las oyeron ese día sabían que su benigna inscripción *(Llamo a la juventud del mundo)* era, de hecho, una llamada a la guerra? Siguiendo la tradición, los griegos guiaron a los atletas al estadio con las campanadas. Como relata el *Olympia-Zeitung:*

> Spiridon Louis [ataviado con el traje nacional] se separa de sus camaradas. En su mano lleva la sencilla rama de olivo del bosquecillo de Olimpia. Hace cuarenta años ganó en la primera maratón. Hoy trae al líder de los XI Juegos saludos de su patria [...]. El Führer se levanta [...]. El vencedor griego de Maratón está frente a frente con Adolf Hitler. Intercambian unas palabras. El campesino se inclina noblemente, el orgullo se pinta en el semblante de Adolf Hitler. El momento más bello de la ceremonia de inauguración ha terminado.[6]

Quizá fue una suerte que Spiridon no viviera para ver cómo Hitler invadía su país, cuatro años y medio más tarde. A medida que todas las naciones desfilaban frente al Führer, los vítores de la

multitud se elevaban o decaían en función de si los atletas utilizaban el saludo nazi. Este era tan similar al saludo olímpico que se generaba mucha confusión, tanto entre los equipos como entre los espectadores, sobre quién hacía qué. Según el *New York Times,* los neozelandeses resolvieron el problema limpiamente al levantar sus sombreros frente a un atleta alemán porque lo habían confundido con Hitler.[7] Su entrenador, *sir* Arthur (más tarde lord) Porritt, que también era miembro del COI, mantenía un diario. En contra de toda la excitación que despertaba ese día, su entrada para el 1 de agosto es refrescantemente sucinta:

> Servicio en la catedral, encopetados. Vamos a la tumba de un soldado desconocido. Desfilan el Ejército, la Marina y las Fuerzas del Aire, ¡todos al paso de la oca! A Lustgarten para una exhibición de juventudes (¡49 000!) y llegada de la antorcha olímpica. Conocemos a Göring y a Goebbels. Comida con Hitler en su casa. Procesión al estadio (con el Hindenburg escoltándonos por el aire). Ceremonia inaugural. Desfile de los equipos, encendido de la llama olímpica, palomas, etcétera.[8]

Liberadas de sus jaulas, las palomas que menciona Porritt hicieron inmediatamente lo que hacen los pájaros. «Llevábamos sombreros de paja, del estilo de Buster Keaton —recordaba el corredor de pista estadounidense Zamperini—, eran muy elegantes. Estábamos todos en el centro del estadio cuando soltaron a las palomas. Sobrevolaron un rato nuestras cabezas y empezaron a defecar encima de nosotros, y se oía todo el rato splat, splat, splat en los sombreros. Todos tratamos de aguantar el tipo y permanecer firmes, pero no era fácil».[9]

La imagen que emerge de las entrevistas que dieron los atletas estadounidenses décadas después es conmovedora. Muchos procedían de familias pobres y, antes de haber sido seleccionados para representar a su país en Berlín, jamás habían viajado más allá de la ciudad de su lugar de origen. Para ellos, cruzar el Atlántico era una aventura en sí. El recuerdo más destacado que todos compartían de la travesía a bordo del SS *Manhattan* era «una abundante cantidad de comida».[10] Para el corredor de maratón Tarzan Brown, un indio narragansett de Maine, la poco habitual

generosidad de las raciones resultó ser fatal. Engordó tanto durante el viaje que, cuando llegó el día del maratón varias semanas después, tuvo que abandonar después del primer kilómetro.

Cuando el SS *Manhattan* llegó a Alemania, ascendió lentamente por el río Elba hacia Hamburgo al atardecer. A medida que el barco dejaba atrás incontables tabernas con alegre iluminación, miles de alemanes se arremolinaban en las orillas para verlo pasar mientras cantaban, bailaban y los saludaban. Para los jóvenes estadounidenses, fue una experiencia inolvidable. «Esa gente cantó al equipo durante todo el recorrido del hermoso río —rememora el jugador de polo Herbert Wildman—. Probablemente es lo más bonito que he visto jamás. Lo recordaré mientras viva».[11] En Berlín, el entusiasmo por los estadounidenses había alcanzado cotas insospechadas. En todas partes los rodeaban centenares de curiosos, algo que revelaba lo aislada que vivía Alemania bajo el régimen nazi. «Un montón de gente se reunía y nos seguía para ver lo que hacíamos y lo que mirábamos —recordaba Wildman—. Pocos de ellos hablaban inglés, pero, cuando nos reíamos, ellos también lo hacían».[12]

La ciudad olímpica (a unos veinticuatro kilómetros del centro de Berlín) era un motivo más de excitación. Zamperini, hijo de un minero inmigrante italiano, recordaba «animales salvajes» que correteaban por el recinto, una sauna construida especialmente para los finlandeses y césped tan cuidado que se podía jugar al golf en él. Cada país tenía sus propios menús («se podía pedir lo que uno quisiera, desde un bistec pasando por una costilla hasta *filet mignon;* era simplemente maravilloso»).[13] Si alguien tiraba una piel de plátano, aparecía como por arte de magia un joven asistente alemán y la recogía. Muchos extranjeros repararon en la extraordinaria limpieza de Berlín durante los Juegos: «No había ni un solar con hierbajos».[14] Pero los pocos que se aventuraron al exterior de la burbuja olímpica se dieron de bruces con una historia muy distinta. El equipo de waterpolo estadounidense fue al extrarradio norte de Berlín para jugar un amistoso en Plötzensee, el lugar de la famosa prisión nazi donde se ejecutaría a más de tres mil personas en el futuro. Les sorprendió descubrir que «la piscina» solo era una sección separada de un canal lleno de suciedad. «Es un poco difícil practicar cuando tratas de evitar la porquería que flota a tu alrededor», recordaba Wildman. Se quedó atónito al ver a niños de tres o cuatro años jugando en el agua sucia y

helada, al igual que al presenciar la habilidad del equipo alemán: «No me podía creer lo buenos que eran».

Había más sorpresas esperándolos. Herman Goldberg, un jugador de béisbol judío de Brooklyn, quería saber qué había detrás de una puerta en su zona de la ciudad olímpica. La abrió y vio otra puerta y, tras ella, una cadena. La soltó y bajó a un sótano donde se encontró con un área cavernosa hecha de cemento reforzado, de casi cuarenta centímetros de espesor. «No sabía para qué era, pero lo descubrí muy pronto: tanques Panzer». De repente apareció un vigilante que gritaba: «*Raus, raus, raus,* fuera de aquí, fuera de aquí».[15] Wildman, igual de inquisitivo, quería saber más sobre los planeadores que veía por todas partes. «Por lo que parecía, bastaba con quitar la parte frontal y enganchar un motor para convertirlos en aviones de combate». Lo mismo valía para los autobuses que los transportaban de la ciudad olímpica a Berlín. Wildman se fijó en que los autobuses tenían soportes en la parte delantera del vehículo. Después de preguntarle con insistencia al conductor para qué servían, finalmente obtuvo su respuesta: «Ahí es donde van las ametralladoras». Fue un *shock* comprender que un autobús con un aspecto de lo más normal podía transformarse, en unos minutos, en un vehículo de combate.[16]

Al gimnasta Kenneth Griffin, este tipo de descubrimientos, junto con el hecho de que cuando los estadounidenses iban y venían de Berlín a menudo veían a jóvenes que se arrastraban por los bosques con rifles y uniformes de combate, le dieron la «inquietante sensación de que Alemania se estaba preparando para la guerra en serio».[17] Fue una verdadera sorpresa para ellos, porque, como muchos de sus compañeros atletas, no sabían casi nada de los nazis antes de llegar a Alemania. Tampoco habían recibido ninguna información oficial, aparte de las advertencias de comportarse correctamente.[18] El afroamericano John Woodruff, ganador de los ochocientos metros, confirmaba el estado general de ignorancia del grupo de deportistas. «Cuando fuimos a las Olimpiadas, no nos interesaba la política. Solo nos interesaba ir a Alemania, participar en nuestras competiciones, tratar de ganar el mayor número de medallas posible y volver a casa».[19] En cambio, Halet Çambel, de veinte años y miembro del equipo turco de esgrima, sí que tenía fuertes posiciones políticas. Como hija de la recién nacida República turca (fundada apenas trece años antes) y la primera musulmana en participar en unas Olimpiadas, no

daba crédito a la apatía generalizada de sus compañeros frente al nacionalsocialismo. Odiaba a los nazis y habría preferido no estar en Berlín. Cuando le preguntaron si quería conocer a Hitler, su respuesta se hizo famosa: «No».[20]

Aunque los periodistas estadounidenses hacían lo que podían para sacar a la luz las historias de discriminación contra los miembros negros y judíos del equipo norteamericano, ningún otro grupo los ayudaba demasiado. Hitler quizá se negara a estrechar la mano de Jesse Owens, ganador de cuatro medallas de oro, pero los alemanes sí que se encariñaron con el atleta negro, y cantaban *«¡Oh-vens! ¡Oh-vens!»* cada vez que aparecía. Otros se comportaban mucho peor. Después de uno de los triunfos de Owens, un diplomático italiano le dijo sarcásticamente a Truman Smith: «Permítame que le felicite por esta espléndida victoria estadounidense», a lo cual Smith respondió: «No se preocupe, Mancinelli, el año que viene con sus etíopes ustedes también pueden lograr una victoria».[21]

Frederick Birchall, que cubría las Olimpiadas para el *New York Times,* pensaba que la actitud nazi hacia los atletas afroamericanos era extraña, pues un corredor como Woodruff no solo cumplía con los ideales arios al alcanzar su objetivo con la mayor velocidad posible, sino que, al mirarlo de perfil, «era la perfecta reproducción de la sagrada esvástica».[22] El propio Woodruff solo tenía buenos recuerdos de los alemanes. No sufrió a causa de ningún prejuicio racista cuando visitó los monumentos de Berlín. Por el contrario, la gente se acercaba a él y le pedía su autógrafo. «No noté absolutamente nada negativo durante el tiempo que participé en los Juegos Olímpicos de 1936»,[23] diría años más tarde. Archie Williams, el medallista afroamericano que se hizo con el oro en los cuatrocientos metros, evidenció la cuestión subyacente en una entrevista con el *San Francisco Chronicle.* «Cuando volví a casa, alguien me preguntó: "¿Cómo te han tratado esos sucios nazis?". Y yo contesté que no había visto a ningún sucio nazi, solo a un montón de gente alemana muy amable. Y no tuve que sentarme en la parte trasera del autobús».[24]

Su colega judío Marty Glickman, que, junto a su compañero también judío Sam Stoller, fue excluido de la competición de relevos sin razón aparente, dijo lo mismo. Cuando le preguntaron si había visto actitudes antisemitas cuando estaba en Berlín, replicó: «No vi nada ni oí nada antisemita, excepto el día en que

se suponía que iba a correr las pruebas de relevos de los cuatrocientos metros. Ese fue el único acto antisemita que experimenté, y vino por parte de los entrenadores estadounidenses, no de los alemanes».[25]

Tal vez estos atletas no fueran testigos de ningún acto de discriminación obvia contra compañeros judíos o negros durante las Olimpiadas, pero sus compañeras indudablemente recibían un trato ajustado a seres inferiores, al menos en lo referente a las condiciones de las instalaciones de sus residencias. No tenían habitaciones de lujo ni filetes a placer, sino camas duras como piedras y carne hervida con verduras. Johanna von Wangenheim estaba al frente del dormitorio de las mujeres, un edificio de ladrillo cercano al estadio. En una entrevista con el *Sydney Morning Herald,* ansiosa por demostrar su modernidad, *Freifrau* von Wangenheim afirmaba que estaba totalmente a favor de que las atletas recibieran amigos masculinos en la residencia. «No se me ocurre que un apretón de manos con un camarada deportivo masculino sea menos apropiado que un saludo entre atletas femeninas». Adicionalmente, para ayudar a las jóvenes a su cargo a sentirse como en casa, «una azafata supervisora» siempre estaba a mano para dar consejos en tres idiomas o «para indicar dónde tenía que ir una atleta para arreglarse el pelo, coser sus medias o planchar una falda que hubiera quedado empapada».[26] Esto no convencía a la nadadora Iris Cummings, que describía a la *Freifrau* como «una vieja gruñona y dominante».[27]

Un visitante extranjero que el régimen deseaba cortejar con ahínco era *sir* Robert (más tarde lord) Vansittart, responsable del Foreign Office. Muy conocido por sus firmes posiciones antinazis, su intención era rechazar la invitación para asistir a los Juegos Olímpicos de Berlín. Pero «una campaña de susurros intangibles», dirigida por el *lobby* extremadamente proalemán que había en Inglaterra contra su cuñado Eric Phipps (que iba a dejar Berlín al año siguiente para convertirse en embajador en París), le hizo cambiar de idea. Plenamente consciente de su categoría de bestia negra en Alemania, Vansittart se sintió aliviado al descubrir que «el apuro» pronto desapareció y fue sustituido por «un general aumento del interés, que se trocó en cordialidad».[28] Con la tregua olímpica, como la calificó, «flotando pesadamente en la ciudad», los nazis estaban tan ansiosos por evitar «senderos complicados

y rincones discutibles» que las reuniones formales de Vansittart fueron relativamente anodinas.

En «A Busman's Holiday», escrito poco después de su regreso a Londres, Vansittart retrató a los principales protagonistas. Después de conocer formalmente al Führer y de cenar con él en la Cancillería del Reich, describió a Hitler como «amigablemente sencillo, bastante tímido, del todo ascético, burgués con el pelo y la piel finos que acompañan a una sensibilidad extrema [...]. No tiene sentido del humor, no es atemorizador, no es magnético», pero «tiene una gran dignidad natural, o quizá una dignidad que ahora es natural».[29] Esta benévola lectura no significaba, sin embargo, que Vansittart no viera la violencia y el odio que consumían a Hitler, ni el estado de extrema tensión nerviosa en la que mantenía a todos los que estaban a su alrededor, tanto en Alemania como en el extranjero. De hecho, desde que había llegado a Berlín, el diplomático ya había oído varias veces que el estadio olímpico se comparaba con el cráter de un volcán.[30] En cuanto a Ribbentrop, Vansittart no tenía nada bueno que decir. Y no era el único. Todos lo despreciaban, incluso sus propios colegas, y hasta la mismísima Unity Mitford. Vansittart lo describió como hueco y preocupado por su propia gloria, y añadió que «nadie que haya analizado su boca se sentirá tranquilizado».[31] La reacción de Ribbentrop al principal diplomático del Reino Unido fue igualmente negativa: «Jamás tuve una conversación más yerma».[32] Sobre Göring, Vansittart observó que «disfruta de todo, especialmente de sus propias fiestas, con el entusiasmo de un estudiante de Smith que de repente tiene pleno acceso a la despensa de la universidad». Aunque no se tomaba a Göring en serio, le encantó conocer a su esposa, como les sucedía a muchos extranjeros. «Su mujer, realmente encantadora —escribió—, es una joven dama de Riga que sin duda sabe conservar tanto la posición como la sonrisa frente al ataque de un tigre».[33] El único alto cargo nazi con el que Vansittart sentía una conexión sincera era Goebbels. «Me pareció que tenía mucho encanto: un jacobino delgado que cojea, rápido como un látigo y, a menudo, no me cabe duda, igual de cortante [...]. Es calculador y, por lo tanto, se pueden hacer tratos con él».[34] El sentimiento era mutuo. «Sin duda podemos ganarnos su buena voluntad —anotó Goebbels en su diario—. Me dediqué a él durante toda una hora. Le expuse el problema bolchevique y le expliqué nuestras operaciones polí-

ticas domésticas. Se fue con una nueva comprensión del asunto [...] y profundamente impresionado. Creo que le he abierto los ojos a una nueva realidad».[35]

Vansittart era un hombre ocupado. Entre su asistencia a las festividades olímpicas y las reuniones donde conocía a la jerarquía nazi, logró sacar tiempo para ir a una tragedia griega («perfectamente escenificada y execrablemente ejecutada»)[36] y a dos largas charlas con el rey Boris II de Bulgaria. El rey, «que había llegado a Berlín para incrementar las posibilidades de tener un heredero mediante una operación a la que la reina debía someterse», primero le sugirió que se encontraran en un bosque. Al final se vieron en su hotel, pero, como el rey estaba convencido de que había micrófonos en su habitación, la conversación «se vio ligeramente imposibilitada».[37]

El rey Boris, que según Goebbels había cerrado un trato armamentístico durante su estancia en Berlín,[38] no era el único miembro de la realeza presente en la ciudad. Entre los invitados a la comida que celebró Hitler el día de la inauguración de los Juegos se encontraba el príncipe heredero Humberto de Italia y su hermana la princesa María de Saboya, el príncipe heredero de Grecia, el príncipe Felipe de Hesse y la princesa Mafalda, su mujer, el príncipe Cristóbal de Hesse y la princesa Sofía, su mujer, y el príncipe Gustavo Adolfo de Suecia. Ese mismo día, la sobrina del rey de Dinamarca, la princesa Alexandrine-Louise, conoció a un guapo conde alemán con el que se comprometería al cabo de apenas dos semanas.* Aunque, como dijo el *New York Times*, «en toda la historia de Berlín jamás se han visto tantos visitantes políglotas»,[39] el número total de extranjeros se quedó a unos decepcionantes diez mil por debajo de las expectativas. El déficit de británicos y estadounidenses se vio compensado por una notable llegada de escandinavos, entre ellos, el famoso explorador Sven Hedin, que era pronazi. «Estoy convencido —declaró en una entrevista a un periódico— de que los Juegos Olímpicos tienen mayor significado para el futuro que la Liga de las Naciones».[40]

Siempre alerta para comentarios polémicos o anécdotas jugosas, los centenares de periodistas que cubrían los Juegos debieron quedar encantados cuando, justo antes de que terminara la competición de los mil quinientos metros libres masculinos, «una

* Se trataba de Luitpold zu Castell-Castell, quien murió en Bulgaria en 1941.

mujer regordeta con un llamativo sombrero rojo [...] rompió el cordón de seguridad [...] y besó a Hitler. La multitud de treinta mil asistentes se echó a reír a carcajadas».[41] Cuando más tarde le preguntaron por qué había hecho algo así, la señora Carla George de Vries, de Norwalk, California, dijo: «Pues simplemente le di un beso porque parecía muy amistoso y amable [...]. Supongo que soy una mujer impulsiva».[42]

Durante la segunda semana de las Olimpiadas, los Vansittart, junto con los ricos y famosos de toda Europa y Estados Unidos, asistieron a una celebración extravagante tras otra. «Las orquídeas llevan agotadas en Berlín dos días —anunciaba el *Chicago Tribune*—, y se hacen traer más flores a la capital desde las ciudades colindantes, porque las mujeres que asisten a las fiestas oficiales que da el Gobierno alemán en honor de los Juegos Olímpicos han comprado todas las flores que había».[43] Como el embajador francés señaló, Hitler siempre quería que los visitantes extranjeros de alto rango asistieran a dichas celebraciones. Por supuesto, su objetivo era que quedasen deslumbrados por el estilo y la elegancia nazis, pero también quería que los invitados fueran conscientes de que los estaban deslumbrando. «Los alemanes, como su líder —escribía François-Poncet—, combinan un complejo de inferioridad con un alto sentido del orgullo».[44]

Göring dio el pistoletazo de salida el 6 de agosto, cuando celebró un banquete de Estado en la Ópera de Berlín, donde decenas de criados con libreas rosas del siglo XVIII permanecían de pie alineados en las escaleras y sostenían antorchas en recipientes de cristal mientras las bailarinas revoloteaban deliciosamente entre las mesas. Mucho menos «deslumbrante» fue la recepción para mil invitados que se celebró en la Embajada británica y que el diputado de origen estadounidense *sir* Henry «Chips» Channon tachó de «aburrida, abarrotada y nada elegante».[45]

La mañana del 11 de agosto se anunció el nombramiento de Ribbentrop como embajador en Londres. Esa noche, él y su esposa dieron una fiesta en el jardín de su residencia en Dahlem. Entre los numerosos invitados británicos presentes destacaban los barones de la prensa Rothermere, Beaverbrook y Camrose. Como los Vansittart se pasaron todo el rato bailando con entusiasmo y se quedaron hasta tarde, Ribbentrop esperaba que, después de todo, Berlín no le hubiera parecido tan repulsiva a *sir* Robert.[46] «Me lo pasé la mar de bien —escribió Channon—. La velada magnífica,

la colección fantástica de notables, lo extraño de la situación, la excelencia del champán del embajador (o, mejor dicho, de *Frau* von Ribbentrop), todo se me subió a la cabeza».

Por muy espléndido que fuera, el festín de los Ribbentrop quedaría eclipsado apenas dos días después. No contento con haber sido anfitrión de una fiesta magnífica, Göring celebró otra en las praderas de su recién inaugurado Ministerio del Aire, en esa época el edificio de oficinas más grande de Europa. Un extremo del jardín, envuelto en la oscuridad, se iluminó repentinamente para revelar un pueblo del siglo XVIII entero, con sus campesinos y *Schuhplattler* ('bailes tradicionales'), su taberna, su oficina de correos, la panadería, las mulas y un tiovivo. El propio Göring, según informaba el embajador francés, se subió al carrusel hasta que se le cortó el aliento.[47] Anchas mujeres distribuían *pretzels* y cerveza entre los invitados. «No se ha visto algo así desde los días de Luis XIV», le comentó un invitado a Channon. «Desde Nerón», replicó Channon, y añadió que tanto Goebbels como Ribbentrop «se desesperaban de lo celosos que estaban el uno del otro».[48] La fiesta de los Goebbels tuvo lugar la noche antes del último día de los Juegos, en una isla en el río Havel. Todos los equipos olímpicos estaban invitados. Iris Cummings, a la que le gustaron mucho las praderas verdes, los enormes manteles blancos y la deliciosa comida, recordaba que varios atletas se emborracharon debido a la gran cantidad de «champán del Rin» que se ofrecía a los invitados. La noche terminó con una batería de fuegos artificiales. Cuando por fin cesaron, «los cielos siguieron iluminados un buen rato —escribió Channon—, antes de que la oscuridad se atreviera a desafiar a Goebbels y volviera a ocupar su lugar».[49] Los extravagantes despliegues de los nazis impresionaron hasta al cosmopolita Vansittart, que comentó que «el gusto de sus entretenimientos es muy notable». Pero los tremendos gastos que comportaban le llevaron a dar las gracias de que el Reino Unido se hubiera retirado de la carrera por ser la sede de las siguientes Olimpiadas. «Los japoneses pueden quedárselas, y regaladas».[50]

Tras la ceremonia de clausura del 16 de agosto, la mayoría de los atletas hicieron las maletas y regresaron a sus casas. También lo hizo Frank Buchman, el ubicuo líder del Grupo de Oxford, al que se había visto mucho durante los Juegos. Diez días después de volver a Estados Unidos, Buchman concedió una entrevista

al *New York World Telegram* que causó sensación. En ella decía: «Le doy las gracias al cielo por un hombre como Adolf Hitler, que ha construido una barrera de defensa contra el anticristo del comunismo». Por supuesto que no defendía todo lo que hacían los nazis. «¿El antisemitismo? Es malo, por supuesto». Pero proseguía: «Piense en lo que significaría para el mundo que Hitler se rindiera al control de Dios. O Mussolini. O cualquier otro dictador. A través de hombres así, Dios controlaría a las naciones de la noche a la mañana y solucionaría todos los problemas hasta ahora irresolubles».[51]

Vansittart volvió a su casa con unas conclusiones muy distintas. Sin duda se lo había pasado bien («Dejé Berlín tras haber trabado relación con muchas personas agradables y lleno de gratitud por su hospitalidad universal y generosa»). Sin embargo, había «un reverso de ese medallón, un perfil delgado y casi transparente, con la frente alta y los ojos asustados», cuyo nombre era «Israel». Una noche, un judío había visitado a Vansittart en la embajada británica, y había entrado por la puerta de atrás. Murmuraba («nunca habló más alto que un murmullo») y le dijo que, si se descubría que había ido a verlo, sería su final. Vansittart recordó cuán a menudo había sentido la tentación de sacar a relucir la situación de los judíos en sus conversaciones con los nazis, pero que Phipps le había advertido de que cualquier intervención sería más perjudicial que beneficiosa para las víctimas. Para resumir sus impresiones sobre los alemanes tres semanas después, Vansittart escribía: «Este pueblo es la proposición más formidable que se ha hecho jamás; y ahora se están entrenando, pero no para los Juegos Olímpicos, sino para romper otros récords mundiales, en absoluto deportivos, y quizá hasta para romper el mundo entero». Y, sin embargo, añadía: «Quizá se pueda sacar algo de ellos».[52]

Hubo otros que también, a la luz de las Olimpiadas, esperaban la mejor resolución del conflicto, algo que el *Evening Post* de Londres reflejó así:

> Indudablemente, Alemania ha logrado su objetivo de impresionar a sus visitantes, pero a todo el mundo le ha sorprendido la extraordinaria impresión que los visitantes han creado en sus anfitriones, pues a los alemanes les han enseñado durante los últimos tres años a sospechar de los extranjeros, y al principio los recibían con educación pero

> con frialdad. Hoy la gente de Berlín ha acogido a sus visitantes en sus corazones con sorprendente calidez.[53]

El artículo proseguía contando que se había visto a una larga hilera de jóvenes, en su mayoría franceses, estadounidenses y alemanes, que caminaban alegremente hacia el estadio con los brazos entrelazados.

No todo el mundo se fue de Berlín justo después del fin de los Juegos. El baloncestista Frank J. Lubin pasó una semana más en la ciudad antes de regresar a su Lituania natal. Esa semana le dejaría una imagen muy distinta de la ciudad. A pesar de las horribles instalaciones que le habían asignado a su deporte (a Hitler no le interesaba el baloncesto y no había equipo alemán), la experiencia olímpica, según sus palabras, le había parecido «hermosa». Pero pronto vería la realidad con otros ojos. Cuando él y su esposa escogieron un restaurante en concreto, su acompañante señaló la estrella de David en el escaparate y los apartó rápidamente del local. Luego fueron a nadar, y entraron en las instalaciones bajo un enorme cartel que decía «*Juden verboten*». A Lubin le sorprendió aquello, y comentó que esos carteles no estaban ahí unos días antes. «No, pero ahora los Juegos Olímpicos han terminado», fue la respuesta.

Tres meses antes, el *Evening Post* hablaba de una canción que recorría las calles de Berlín:

> Cuando terminen las Olimpiadas
> nos lo pasaremos bien con los judíos.[54]

Al final, las Olimpiadas no atrajeron a tantos visitantes extranjeros como los nazis habían esperado. A pesar de eso, la afluencia de extranjeros en Berlín fue inusitada. Eran un grupo muy diverso, y muchos de ellos visitaban Alemania por primera vez. Naturalmente, se marcharon con recuerdos muy variados, pero la gran mayoría se fue con la impresión de que Alemania era un país eficiente y amistoso que prosperaba, aunque obsesionado por los uniformes. No obstante, el académico afroamericano W. E. B. Du Bois, que estuvo en Alemania durante los Juegos y trataba de desentrañar sus propias sensaciones, tenía razón cuando escribió: «El testimonio del visitante ocasional, que no habla alemán, en los Juegos Olímpicos no tiene el menor valor, en ningún sen-

tido».[55] El veredicto se vio confirmado por el reverendo Philip Cook, obispo episcopal protestante de Delaware. Al regresar a Estados Unidos después de los Juegos, el obispo le dijo a la prensa que «Alemania era el mejor país del mundo para un turista estadounidense. Si te adaptas a sus costumbres y haces lo que te dicen —afirmó—, se ocuparán maravillosamente de ti». Su esposa y sus siete hijos estuvieron de acuerdo.[56]

Capítulo 14

La tierra baldía académica

De todos los extranjeros que permanecieron en Berlín después de los Juegos, pocos debían presentar un aspecto tan curioso como el profesor William Edward Burghardt du Bois. Procedente de la Universidad de Atlanta, donde enseñaba historia, sociología y economía, Du Bois ya llevaba varias semanas disfrutando de sus seis meses de permiso cuando los últimos visitantes olímpicos se marcharon. Como muchos otros estudiosos y académicos estadounidenses (el embajador William Dodd se contaba entre ellos), había caído rendido ante el hechizo de Alemania cuando aún estudiaba, en su caso, en la Universidad de Berlín en la década de 1890. Sin embargo, el profesor de sesenta y ocho años difería notablemente de sus compañeros germanófilos por la sencilla razón de que era negro. Fue el primer afroamericano en doctorarse en Harvard y se había convertido en un prominente académico, activista de los derechos civiles y escritor. Ahora, más de cuarenta años después, había regresado a Berlín para investigar la educación y la industria germanas con la esperanza de que las escuelas industriales para personas de color en el sur de Estados Unidos pudieran imitar el modelo alemán.

Que un académico negro de larga trayectoria escogiera pasar una temporada en Alemania en el momento álgido del Tercer Reich para estudiar las maneras de mejorar la educación de los «negros americanos» apenas parece creíble. Sin duda eso fue lo que pensó el señor Victor Lindeman, de Nueva York. Después de leer sobre el proyecto de Du Bois en la prensa, le escribió para decirle que «le divertía sobremanera». Entonces, tras enumerar una lista de crímenes nazis contra los no arios, Lindeman le preguntaba: «Dígame, ¿qué se puede obtener desde un punto de vista educativo que mejore las posibilidades de la educación de los negros en cualquier parte de Estados Unidos?».[1] Era una pregunta razonable, a

la cual Du Bois replicó: «No veo por qué la búsqueda de la verdad por parte de alguien, bajo las circunstancias que sean, debe causarle la menor diversión. Mis investigaciones en Alemania no me comprometen con ninguna conclusión ni actitud política. Siempre vale la pena estudiar a sesenta y siete millones de personas».[2]

El viaje de Du Bois a Alemania ilustra la ambigüedad que subyacía en muchos de los viajes de extranjeros al Tercer Reich. En un momento crucial de su juventud, Du Bois había descubierto en Alemania un tesoro intelectual inalcanzable para la gran mayoría de los afroamericanos de su época, sin importar lo brillantes que fueran. Ahora, ya mayor y en un tiempo en que el futuro de Europa parecía cada vez más frágil, ansiaba (a pesar de Hitler) regresar al país que le había ofrecido tantos y tan espléndidos regalos culturales. Pero, más allá de sus intensos motivos personales, estaba convencido de que, como «Alemania se encontraba en un instante crítico donde el destino de la cultura moderna se dirimiría»,[3] era importante ser testigo presencial del drama que se desarrollaba. El Oberlaender Trust, «dedicado a fomentar un mayor entendimiento transatlántico al promover viajes de intelectuales entre Estados Unidos y Alemania», le ofreció una beca de mil seiscientos dólares para analizar la educación industrial. El creador del fondo que financiaba su viaje, Gustav Oberlaender, era un emigrante de Renania que había hecho una fortuna fabricando medias en Pensilvania antes de dedicarse a la filantropía. Inevitablemente, con el auge de los nazis, las nobles intenciones del fondo se habían vuelto más turbias, sobre todo desde que el Führer y otros líderes del régimen recibieran a Oberlaender con afecto siempre que visitaba Alemania. Aunque Oberlaender le dejó claro a Hitler en persona que no aprobaba el antisemitismo, seguía admirando muchas cosas del Tercer Reich, especialmente la manera en que los nazis gestionaban los conflictos industriales.

La relación del Oberlaender Trust con el nacionalsocialismo era un claro motivo de vergüenza para Du Bois. En una carta en la que rechazaba una invitación para sumarse al Comité Estadounidense para la Literatura Antinazi, escribió:

> El Fondo Oberlaender me ha encargado que investigue en Alemania durante seis meses. Al principio quería centrarme en el estudio de los prejuicios raciales o en la cuestión de las colonias directamente, pero eso no encajaba en

> sus objetivos; sin embargo, me han permitido realizar un estudio de la educación y la industria. Por supuesto, no hay limitaciones en lo que puedo decir a mi vuelta. Sin embargo, no sería prudente por mi parte unirme públicamente a un comité antes de mi regreso, pues quizá no me permitirían seguir con mi trabajo.[4]

Ya en Alemania, Du Bois ofrecía unas crónicas regulares de su avance en una columna cotidiana para el semanario afroamericano *Pittsburgh Courier*. En su primer informe desde Berlín dijo que, para el 1 de septiembre, todas las ornamentaciones olímpicas habían desaparecido de las calles y que las cafeterías de Unter den Linden estaban medio vacías. Al escribir sobre los atletas negros, cuyos triunfos estaban aún en la mente del público, decía con optimismo: «Han tipificado un nuevo concepto del negro norteamericano para Europa, y también una nueva idea de las relaciones raciales en Estados Unidos».[5] Unas semanas después les contaba a sus lectores que, a las nueve de la mañana de un día otoñal, se había presentado en la Ciudad de Siemens, un inmenso complejo industrial a unos seis kilómetros al norte del estado olímpico, donde trabajaban unas treinta y seis mil personas. Lo trataron con gran cortesía y le acompañaron en una visita completa a la Escuela Siemens. Todo lo que veía le impresionaba: el proceso de selección, las clases, el equipamiento, el cuidado con el que maximizaban el potencial de cada estudiante y la visión a largo plazo del curso de cuatro años. «El ambiente es notable, y no es de extrañar —escribió—. Los estudiantes no pagan por estudiar, les pagan para que estudien [...]. Los animan y los entusiasman de todas las maneras posibles: clubs estudiantiles, campos de juegos, veladas y entretenimientos para sus familias y amigos, y la comida del mediodía es gratuita».[6]

Sin embargo, a pesar del entusiasmo de Du Bois por la educación progresista, las excelentes residencias que veía por doquier, la comida barata y abundante («aunque me pareció que le faltaban grasas»), el orden público perfecto y el ambiente general de prosperidad, no había nada inocente en su análisis de la Alemania nazi. Cuando un periodista le preguntó, tras su regreso a Estados Unidos, si pensaba que los alemanes eran felices, replicó: «Felices no, pero sí que están llenos de esperanza».[7] Se preocupaba de explicarles a sus lectores que había viajado a lo largo y ancho

del país, leído los periódicos, escuchado las conferencias, visto las obras de teatro, ido al cine y mantenido conversaciones con todo tipo de personas. Había visto «una nación jugando y trabajando». Y, aun así, le costaba alcanzar conclusiones firmes. «No es posible conocer a sesenta y siete millones de personas, y mucho menos condenarlos —declaró—. Simplemente los he observado».

Sin embargo, no era ambiguo en absoluto en lo referente al mal del antisemitismo. «La campaña contra los judíos —les contaba a sus lectores— supera en crueldad vengativa e insultos públicos a todo lo que yo haya visto jamás, y he visto muchas cosas».[8] No había tragedia en la era moderna comparable a la persecución implacable que sufrían los judíos. «Es un ataque contra la civilización —escribió—, solo comparable a los horrores de la Inquisición española y a la trata de esclavos africanos».[9] Por supuesto, era una opinión que compartían muchos viajeros al regresar a sus hogares, pero Du Bois añadió algo más. Era imposible, sostenía, comparar la situación de los negros en Estados Unidos con la de los judíos en Alemania, porque «lo que sucede en Alemania se hace de acuerdo con las leyes y abiertamente, aun si es cruel e injusto. En cambio, en Estados Unidos, se persigue y se reprime al negro en secreto, en una flagrante violación de las leyes».[10] Entonces, ¿por qué Du Bois no denunció con más contundencia la hipocresía de los estadounidenses, que, mientras expresaban su ofendida indignación ante el trato que recibían los judíos alemanes, se contentaban con ignorar los linchamientos y las torturas infligidas a los afroamericanos?

Aunque Du Bois detestaba la persecución a los judíos, la desvergonzada propaganda nazi, la censura y muchas otras facetas desagradables de la Alemania nazi, esto no quería decir, como les explicó a sus lectores, «que no haya disfrutado de mis cinco meses en Alemania. Lo he hecho. Me han tratado con cortesía y consideración en todo momento». Entonces, haciéndose eco de los comentarios de los atletas olímpicos de color, escribió: «Habría sido imposible pasar un período de tiempo similar en ninguna parte de Estados Unidos sin casos esporádicos, si no frecuentes, de insultos contra mi persona o de discriminación. No recuerdo ni un solo incidente aquí».[11] Era una afirmación pública muy rotunda, pero, en privado, Du Bois no se hacía ilusiones. «No me engaño acerca de la actitud de los alemanes hacia mí y hacia los pocos negros que en ese momento visitaban el país —le escribió al secretario del Comité Judío Estadounidense—. En teoría, su

actitud hacia los negros es tan mala como contra los judíos, y, si hubiera negros en Alemania, se expresaría de la misma manera». Sin embargo, su viaje le había convencido de que, en contraste con su actitud hacia los judíos, los alemanes de a pie no tenían prejuicios contra las personas de color.[12]

De todos los motivos por los que Du Bois quería volver a Alemania con semejante fervor, ninguno le importaba tanto como su pasión por la ópera, en especial por Wagner. Escribiendo desde Bayreuth durante el festival de 1936, reveló su adicción a los lectores del *Pittsburgh Courier* en un insólito artículo titulado «La ópera y el problema de los negros». Consciente de que su admiración por un compositor ampliamente conocido por sus opiniones racistas podía extrañar a muchos, empezaba diciendo lo siguiente: «Me imagino a cierto tipo de negros estadounidenses reflexionando y diciéndose para sí mismos: "Pero ¿qué tienen que ver Bayreuth y la ópera con los trabajadores negros hambrientos en Arkansas o con los licenciados negros que buscan trabajo en Nueva York?"». La respuesta, sugería, eran los problemas a los que se había enfrentado Wagner, tan similares a los de un negro. Wagner también había tenido que luchar para conseguir una educación, había conocido el desempleo y la ruina. También sabía lo que era exiliarse, ser despreciado por su propio país. «Los dramas musicales de Wagner —argumentaba Du Bois— hablan de la vida tal y como la vivió, y ningún ser humano, blanco o negro, puede permitirse no conocerlos si quiere conocer la vida».[13] Era una afirmación atrevida y, desde luego, hablaba a través de su corazón. Pero, aun así, resulta difícil pensar que convenciera a muchos de sus lectores.

La llegada de Du Bois a Alemania coincidió con las celebraciones del 550 aniversario de la Universidad de Heidelberg. Aunque la institución, la más antigua de Alemania, en realidad había recibido su carta de fundación el 1 de octubre de 1386, los nazis optaron por festejar la ocasión durante los cuatro últimos días de junio, exactamente dos años después de la Noche de los Cuchillos Largos de Hitler. Ignorante de ese detalle, Sibyl Crowe,* que por ese entonces trabajaba en su tesis doctoral en la Universidad de

* Sibyl Crowe era hija de *sir* Eyre Crowe (de madre alemana), el principal experto en Alemania del Foreign Office durante los años previos a la Primera Guerra Mundial.

Cambridge, llegó a Heidelberg a primera hora de la mañana del 27 de junio para quedarse con unos amigos. Había viajado desde Inglaterra en tren, donde le había impresionado mucho un grupo de viajeros que se dirigían a un pueblecito en la región del Mosela. «Eran unas treinta personas que venían desde Mánchester, en su mayoría tenderos, ayudantes, mecanógrafas y obreros, gente bastante sencilla y de origen humilde —destacó Sibyl—. Algunos de ellos tenían un aspecto terriblemente demacrado y pálido, pero todos estaban muy animados ante la perspectiva de irse de vacaciones». Para su sorpresa, descubrió que la gran mayoría ya había viajado varias veces a Alemania. «Uno de ellos, un vendedor de telas, me dijo que llevaba viniendo siete años seguidos; no cesaba de cantar las alabanzas de los alemanes y de decir que eran encantadores». Un joven dependiente de unos grandes almacenes de Mánchester había ido de excursión por los Alpes bávaros y se había alojado en los albergues juveniles de la zona. «Más gente se sumó a la conversación —recordó Sibyl—, y pronto el compartimento se convirtió en una oda elegíaca a la belleza del paisaje alemán, del pueblo alemán y del carácter alemán».[14]

Justo antes de las ocho de la noche, después de un agradable día visitando la ciudad, Sibyl y su amiga encontraron un buen sitio en la Plaza de la Universidad, desde donde contemplaron la inauguración de las celebraciones. Frente al elegante nuevo auditorio de la universidad, construido con el dinero que había reunido un exalumno y antiguo embajador estadounidense en Alemania, Jacob Gould Schurman, se extendían hileras de banderas pertenecientes a las aproximadamente cincuenta naciones que habían mandado representantes. La inclusión de la Union Jack y de la bandera tricolor era una ilusión, pues todas las universidades británicas y francesas se habían negado a mandar delegados. Su boicot era una protesta contra el despido de cuarenta y cuatro profesores de Heidelberg por motivos raciales, religiosos o políticos, y porque, al destruir la libertad académica de la universidad, los nazis habían destruido su credibilidad. Esta descarada negación de la Ilustración no desmotivó a todo el mundo. No menos de veinte facultades y universidades estadounidenses enviaron a sus representantes, entre ellas, Harvard y Columbia. A pesar del furor público que rodeó a la decisión de Harvard de asistir, el presidente de la universidad, James Conant, se mantuvo firme. En una declaración que recordaba al apoyo de Avery Brundage a

las Olimpiadas nazis, sostuvo que «los antiguos lazos que unen a las universidades del mundo [...] son independientes de [...] las situaciones políticas».[15]

Tal vez si Conant hubiera conocido el tipo de literatura estudiantil que el escritor suizo Denis de Rougemont (que se encontraba en ese momento enseñando en la Universidad de Fráncfort) leía ese verano, habría cambiado de idea. «No hay nada en Francia —escribía De Rougemont— que pueda transmitir una idea de la violencia demagógica de esos artículos [...], de su nivel de ataque, de la determinación de perseguir a la oposición y aplastarla totalmente, incluso hasta aniquilarla en lo más profundo de su vida íntima. Ya no se contentan ni siquiera con una sumisión ejemplar. Todo aquel que no demuestre un ardor satisfecho al servicio del partido es denunciado». Para demostrarlo, citaba una letanía nazi publicada en el diario del partido de la Universidad de Fráncfort:

> He seguido mi curso con fervor,
> he brillado en el seminario,
> les he dado limosna a los pobres desesperados
> y no he faltado al servicio de las SA esta noche,
> mi presencia se ha sentido y he leído
> con entusiasmo *Der Völkische Beobachter,**
> hoy he pagado mi suscripción a las SA
> porque soy un espíritu de la orden.[16]

Las publicaciones de la Universidad de Heidelberg estaban llenas de los mismos mensajes deprimentes. Desde luego, los exalumnos estadounidenses que regresaron para el aniversario apenas la reconocieron. Ya no estaban los viejos uniformes ni los coloridos cintos de los cuerpos de duelistas, las tabernas de cerveza como Seppl ya no exudaban la misma atmósfera alegre y las rollizas camareras que habían servido jarras espumeantes de cerveza a los jóvenes aristócratas con un feliz *«Prost!»* brillaban por su ausencia. Ahora, los estudiantes llevaban monótonos uniformes de las SA y se pasaban las veladas debatiendo cosas como «el destino racial de Alemania», «la ciencia nórdica» o «el lugar de la mujer en el Estado nacionalsocialista».[17] Eran los estudiantes que, la tarde del

* El periódico nazi oficial, que se publicaba diariamente desde 1923.

27 de junio, llenaban las calles y formaban una barrera con las tiras de cuero que normalmente colgaban de sus hombros como parte de su uniforme. Sibyl se fijó en que eran muy jóvenes y que rompían filas «con muy buen humor» siempre que ella y su amiga querían cruzar la calle.

Mientras las dos jóvenes esperaban entre el gentío a que aparecieran los dignatarios, una cuadrilla de bomberos encendió el contenido de cuatro braseros bruñidos colocados sobre unos pilares gigantes que había en la plaza. Mientras contemplaba las grandes columnas de humo que ascendían en espiral hasta el cielo del atardecer, Sibyl se sintió hechizada por «el esplendor extraño y bárbaro» de una escena que le recordaba a las antiguas ceremonias de sacrificios. «El silencio que había —escribió— era casi religioso, y la multitud contenía el aliento, muda de asombro». Era una puesta en escena típica de los nazis, aunque, en esa ocasión en concreto, las cosas no salieron del todo bien. El combustible era de mala calidad, por lo que el humo se ennegreció tanto y se volvió tan espeso que, en cuestión de segundos, la dorada luz del crepúsculo se oscureció por completo. «Una ominosa oscuridad —escribió Sibyl—, comparable a las lúgubres sombras que preceden a un eclipse, llenó el aire. De repente, sobre la gente empezaron a caer torrentes de hollín que cubrieron de negro las cabezas, las caras y las ropas». Podría haber añadido que era una metáfora perfecta del Tercer Reich. Pero, antes de que los murmullos de enojo se trocaran en ira, la atención de la multitud se concentró en los aproximadamente cuatrocientos delegados extranjeros que se reunieron en los peldaños del auditorio Schurman. Hasta hacía poco, una estatua de Palas Atenea había adornado la entrada principal, junto con la inscripción «Al espíritu eterno». A la diosa de la sabiduría la había sustituido un águila de bronce con las alas extendidas, y la palabra «eterno» se había cambiado por «alemán». No es de extrañar que Jacob Schurman, a quien la universidad había pedido que asistiera como su principal invitado de honor, optara por permanecer alejado de la escena. Cuando abandonaron la plaza, Sibyl y su amiga miraron por unas rejas hacia un patio donde entrevieron la estatua de Atenea abandonada, «con las manos cruzadas sobre las rodillas débiles y hundidas, rechazada».[18]

Los tres días siguientes se llenaron de pompa, desfiles, banquetes y de los inevitables fuegos artificiales. Invitaron a Sibyl y a sus amigos a contemplar la exhibición desde una casa con vistas al

pintoresco castillo de Heidelberg, al otro lado del río. Era el hogar de uno de los profesores judíos despedidos. Por suerte, contaba con unos ingresos independientes, pues la exigua pensión de la universidad no era suficiente para mantenerse, y, por el momento, la familia no había podido obtener permiso para irse del país. Pero, aparte del hecho de que le prohibían emplear a una criada aria menor de cuarenta y cinco años, Sibyl no detectó el menor estigma social en la residencia ni en los sirvientes del profesor. Se fijó en que sus anfitriones pensaban que era perfectamente natural socializar con sus amigos judíos, «y no tenían miedo a las consecuencias».[19] En cuanto a los fuegos artificiales, Sibyl jamás había visto algo parecido. Pero, por si alguien olvidaba de qué iba en realidad el Tercer Reich, la oscuridad más absoluta descendió tras los últimos fuegos artificiales, seguida por el terrorífico y ensordecedor rugido de un «bombardeo» sostenido. Su amiga informó a Sibyl de que así «la gente se acostumbraría a lo que tal vez algún día tendrían que soportar de verdad».

A pesar del calor, que le resultaba difícil de sobrellevar, el delegado de la Universidad de Columbia, Arthur Remy, que era profesor de la Cátedra Villard de filología alemana, se lo estaba pasando espléndidamente en las celebraciones de Heidelberg. Junto con los demás invitados extranjeros, lo habían convidado a una magnífica «recepción del siglo XVI» en el castillo, cuyo anfitrión era Goebbels, y donde hasta los sirvientes iban vestidos de época. El *ballet* de Berlín interpretó un espectáculo durante la cena, y resultó bastante memorable. «Fue una velada de lo más entretenida —informaba—, y no puede considerarse propaganda bajo ningún concepto».[20] Pero, al día siguiente, hasta el ingenuo Remy se sorprendió ante el discurso del ministro de Educación, que, obviamente, se había diseñado para ser el centro de la celebración del aniversario. *Herr* Rust declaró que cada institución de enseñanza superior de Alemania debía ajustarse armoniosamente a los ideales raciales, políticos y sociales del Reich. «Nos dijeron con toda franqueza —escribió Remy— que no había sitio en el profesorado de una universidad alemana para los hombres que no aceptaran esas condiciones, y que, por lo tanto, la expulsión de ciertos profesores era necesaria y estaba justificada».[21] Remy se fijó en que el discurso del ministro, que duró más de una hora, despertó no pocas críticas entre los delegados extranjeros, «y confieso que me parecieron justificadas». Remy daba a entender que

el discurso había sido una sorpresa para los invitados foráneos. Pero ¿cómo podían ignorar las purgas que ya tenían lugar en las universidades alemanas? ¿Y cómo podían ignorar que muchos académicos alemanes de primer nivel, el más notorio de los cuales era Martin Heidegger (considerado por muchos el mejor filósofo del siglo XX), apoyaban de buena gana el nacionalsocialismo? Heidegger, al que le gustaba impartir sus conferencias ataviado con el uniforme nazi en la Universidad de Friburgo (donde había sido rector de 1933 a 1934), estaba personalmente implicado en la expulsión de los judíos de su universidad. Y, a pesar de todo eso, Remy aún escribía: «Ni Columbia ni ninguna de las universidades estadounidenses que aceptaron la invitación para asistir a la celebración deben excusarse por el curso que han tomado».[22]

Los delegados no fueron los únicos que tuvieron el privilegio de escuchar la oratoria del ministro. Los altavoces llevaron sus palabras kilómetros a la redonda y destrozaron el placer de Sibyl de disfrutar de la paz y belleza de Heidelberg esa hermosa mañana de junio. «Mientras caminábamos por las calles —afirmaba—, vimos que había altavoces por todas partes, en jardines y plazas, y que a su alrededor se habían reunido corros de personas para escucharlos». Más tarde, cuando leyó las crónicas de lo sucedido en los periódicos, se sintió decepcionada al no encontrar ninguna mención a los discursos que habían pronunciado los delegados extranjeros. Pronto descubrió por qué: solo les habían otorgado cinco minutos a cada uno. Era, como informó el *New York Times,* perfectamente obvio que las festividades estaban controladas por completo por los nazis, de principio a fin. De hecho, se había instalado una oficina especial del Ministerio de Propaganda en la ciudad para repasar cada evento hasta el último detalle.[23]

Para Sibyl, el aniversario había confirmado sus peores temores. Los nazis eran aún más desagradables de lo que la prensa británica le había dado a entender. No habría esperanza para Alemania, decidió, hasta que el movimiento nazi fuera destruido por completo. Sin embargo, al resumir su experiencia, Remy escribía: «Creo que, en conjunto, la celebración fue digna e impresionante, y también primordialmente académica [...]. Desde luego, no puede atribuirse a la presencia de uniformes negros o marrones ningún significado siniestro». Se marchó de Heidelberg convencido de haber asistido a un «notable evento académico».[24]

Unos días después de la celebración del aniversario, un grupo de chicas del colegio para damas George Watson de Edimburgo posaba para una fotografía de grupo antes de partir a Alemania en un viaje de fin de curso. «Recuerdo lo animadas que estábamos —cuenta Ida Anderson a los setenta años— cuando nos reunimos en la estación de Waverley, con nuestras chaquetas marrones y nuestros sombreros de panamá». Cuando llegaron a Colonia, ya era de noche. Anduvieron en fila india hasta el albergue juvenil. «Allí —exclamó la señorita Thompson— está la catedral de Colonia». Y, de repente, recordaba Ida, «como si lo hiciera solo para nosotras, un relámpago la iluminó, seguido del estallido de un trueno y de una lluvia torrencial». Los bordes de sus sombreros de panamá se empaparon y el agua se coló por el cuello de las camisas y las chaquetas. Cuando visitaron Heidelberg unos días más tarde, unos miembros de las SA «inmaculados» les hicieron de guía. Como le pasó a Sibyl Crowe, Ida Anderson se quedó impresionada por sus excelentes modales. «¡Qué encantadores y bien educados!». A medida que se acercaban a la Selva Negra, no parece que las chicas se preocuparan al ver «lo que parecía un pedazo del bosque que se movía hacia nosotras, pero que resultó ser un conjunto de soldados y tanques de combate camuflados». Bromeando acerca de su encuentro con la máquina de guerra nazi, afirmaron jocosamente que ahora sabían cómo se sentía Macbeth.[25]

Cuando Ji Xianlin* llegó a Alemania como estudiante en 1935, se cumplió un sueño largo tiempo anhelado. Para él, Alemania era la encarnación de un ideal, visto a través de una «nube dorada». Pero, cuando llegó a Gotinga unos meses más tarde, confesó que sus ilusiones se habían visto «ligeramente decepcionadas». A pesar de eso, decidió quedarse dos años más para estudiar un doctorado en sánscrito. Resultó que se quedaría allí una década. Durante este largo período, Ji Xianlin vivió en la misma casa. Describió a su casera, a quien le tenía cariño, como una típica *Hausfrau:* conservadora, con una educación general básica y una excelente cocinera. Todo eso le parecía normal al joven académico chino, pero había otras cosas que le extrañaban. ¿Por qué se enfadaba con su mejor amiga simplemente porque esta se había comprado el mis-

* Uno de los eruditos chinos más brillantes de su generación: Ji Xianlin fue un especialista en historia de la India y en sánscrito. Vivió en Alemania de 1935 a 1946.

mo sombrero que ella? «Las mujeres occidentales (y los hombres también) —anotó en su diario— no soportan que otra persona lleve la misma ropa o tocado que ellas. Eso es muy difícil de comprender para un chino».[26] Para cualquier persona acostumbrada a las sucias calles de la China urbana, ver a unas ancianas lavando el pavimento de Gotinga con jabón era algo extraordinario. Adoraba las altas casas medievales con sus tejados voladizos y disfrutaba sentándose entre los bosquecillos de robles que había en el centro de la ciudad. Cada domingo iba de excursión al campo con otros estudiantes chinos de intercambio. A veces subían a la colina, hasta la «pagoda» de Bismarck, o merendaban en los bosques. De vez en cuando iban a un restaurante local para comer oso negro, «que se parece bastante, en el sabor, a la comida china».[27] Ji jamás hablaba de política en público, aunque no le pasaba desapercibido que los alemanes veneraban a Hitler «como lunáticos», y se quedó sin habla cuando una guapa joven le dijo que tener el bebé de Hitler sería la mayor gloria que podría imaginar.[28]

Ji y sus amigos chinos se acostumbraron al «griterío» (de los discursos de Hitler) en la radio, especialmente durante los congresos de Núremberg. En vísperas de la reocupación de Renania por parte de las tropas alemanas, el Reichsparteitag de 1936 (del 8 al 14 de septiembre) fue bautizado como el «Congreso de Honor». A primera vista, no era el tipo de evento que fuera a atraer a muchos académicos. Du Bois, que lo escuchó por la radio, pensó que la retórica del ruido de sables «daba miedo» y que era probable que precipitase la guerra. Pero el profesor Charles C. Tansill, de la Universidad Americana de Washington DC, era un proalemán de extrema derecha implacable. También era un católico devoto. En tanto que uno de los catorce norteamericanos que habían tenido el «honor» de recibir una invitación oficial a Núremberg, le confió a un colega que tenía muchas ganas de conocer a Hitler y a «otros hombres notables del partido».[29] Además de su puesto universitario, Tansill estaba empleado como historiador para el Senado de los Estados Unidos, donde trabajaba en documentos diplomáticos clave. Aunque no ocultaba su revisionismo, sus obras publicadas se habían granjeado el respeto de sus colegas historiadores, y tenía no poca influencia.

El 20 de octubre de 1936, a petición de las autoridades alemanas, realizó una emisión de radio desde Berlín a Estados Uni-

dos.* Tras describir las maravillas de la Alemania nazi, se centró en el Führer. «Jamás es extravagante en sus gestos ni alza la voz ni su expresión es sensacionalista —explicó a sus oyentes—. Posee una simplicidad y un dominio de sí mismo que resultan muy atrayentes, y pocos negarán su sinceridad». Los nazis debieron quedarse encantados con el elocuente apologeta, que, además, y a diferencia de muchos visitantes extranjeros, comprendía a la perfección y abrazaba dos puntos esenciales: que su maquinaria militar en expansión era «un verdadero ejército de defensa» y el hecho de que el Reich desempeñaba un papel clave en la derrota del comunismo.

«Hasta los críticos estadounidenses más hostiles al régimen —informó Tansill a su público— reconocerán que, sin el alegre optimismo del Führer, Alemania habría caído en brazos de los bolcheviques».[30]

Du Bois opinaba de manera muy distinta. Sostenía que era *por culpa* de Hitler que Alemania, de hecho, estaba ya «en brazos de los bolcheviques». Desde su punto de vista, el Gobierno nazi era una copia de la Unión Soviética, hasta tal punto que no había diferencia alguna entre los dos sistemas. Citaba «la propiedad y el control de la industria; el control del dinero y de los bancos, los esfuerzos hacia la posesión de la tierra y el control por parte del Gobierno; la gestión del trabajo y los salarios, la construcción de infraestructuras y casas, los movimientos juveniles y el estado de un único partido durante las elecciones».[31]

Barbara Runkle, de veinticuatro años, estaba de acuerdo. Aunque no era académica (estudiaba canto y piano en Múnich), estaba inmersa en la vida universitaria, pues había crecido en Cambridge, Massachusetts, donde su abuelo había sido presidente del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT por sus siglas en inglés). Escribió:

> La política es lo que más me interesa, por supuesto, desde que descubrí que el mejor lugar para el comunismo está en los libros. Lentamente, pero sin duda, me he convertido en una acérrima enemiga del nacionalsocialismo, y lo

* En aquel entonces, Tansill trabajaba en lo que sería su libro más conocido, *America goes to war* (1938), un análisis del papel de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

> sorprendente es que ha sucedido por las mismas razones que me apartaron del comunismo. Son asombrosamente iguales, por lo que me parece de una estupidez increíble que la próxima guerra sea entre Alemania y Rusia, donde cada una protegerá ostensiblemente sus «religiones» respectivas.[32]

En un comienzo, como Barbara Runkle admitía, había sentido simpatía por los nazis. «Al principio, una se inclina a su favor, sobre todo al ver que la gente se siente más segura y esperanzada». Aunque comprendió su error pronto, sus cartas muestran que, de una manera sorprendentemente madura, entendía a los alemanes de a pie en ese momento concreto de la fortuna nazi: muchos de ellos, quizá por primera vez en sus vidas, se sentían verdaderamente optimistas acerca del futuro. En ese contexto, vale la pena citar de forma íntegra su retrato del joven soldado alemán Karl Maier, con el que salió unas cuantas veces:

> Por fuera, Karl era una de las personas más confiables que uno se podría imaginar: en absoluta armonía con su uniforme, con el pelo marrón muy corto y limpio, el rostro claro y pequeño, los dientes blancos y una sonrisa ancha y encantadora. Cuando llevaba el sombrero inclinado sobre sus ojos verdes, era deslumbrante. Su carácter era igual de confiable que su aspecto. De hecho, era lo que aquí llaman *ein einfacher Mensch* ('un hombre sencillo'). Es decir, sus padres vivían en el campo y él hablaba una especie de alemán que al principio apenas entendía, pero sus virtudes se debían en gran parte a su estirpe familiar. Era muy orgulloso, sensible, divertido, afectuoso y tocaba la guitarra y cantaba maravillosamente; era un buen esquiador y sabía disparar. Además, por supuesto, a mí resultaba fascinante por su vida y sus ideas. Era el típico soldado de la mejor clase: rápido, limpio, valiente, orgulloso y plenamente convencido de que Alemania debía ser *wieder gross und stark* ('fuerte y grande una vez más'); no quería ir a la guerra, pero decía que, si llegaba, lucharía hasta la muerte. Tuve un debate de lo más curioso con él acerca de los judíos y los comunistas. Al principio, ni siquiera me dejaba mencionarlos, pero finalmente aceptó que había

> judíos muy agradables, y hasta llegó a admitir que, en la teoría, el comunismo tenía algunas buenas ideas. Adora cada detalle de la vida de un soldado y, sin duda, llegará lejos. Tiene solo mi edad, lo cual es inconcebible, y ya es un *Unteroffizier* [caporal].[33]

Es un retrato curiosamente conmovedor y un buen recordatorio de que, en 1936, no todos los jóvenes alemanes llevaban un uniforme para propinarles palizas a los judíos.

Si Barbara hubiera buscado la compañía de otros jóvenes estadounidenses durante su estancia en Múnich, le habría resultado de lo más fácil encontrarlos. El programa Un Año en el Extranjero llevaba en marcha desde la década de 1920 y formaba parte de la educación de los universitarios estadounidenses; a través de él, se enviaron grandes cantidades de alumnos a Alemania (especialmente a Múnich) durante el período nazi. Fue especialmente popular entre los colegios universitarios femeninos más prestigiosos, conocidos como «las Siete Hermanas».[34] Por extraño que parezca, la corriente de estudiantes femeninas que viajaron a Múnich durante el Tercer Reich no se redujo, a pesar de que, en aquel entonces, a las mujeres alemanas se las desanimaba si querían acceder a estudios superiores. Se consideraba mucho más importante para una hija del Reich estudiar para ser comadrona en una de las miles de escuelas de maternidad que habían brotado por todo el país. Después de todo, la función primordial de la mujer alemana era dar hijos a la patria y proporcionar aliento infalible a su marido. Pero Lisa Gatwick no pensaba en la falta de oportunidades de las mujeres alemanas cuando informaba acerca de su viaje al extranjero a su colegio de Bryn Mawr. Se lo estaba pasando de miedo. Una de las emocionantes experiencias recientes de Lisa había sido ver la ceremonia del 9 de noviembre que honraba a los dieciséis nazis muertos en el golpe de 1923.

> Había montones de personas de toda Alemania abarrotadas en las aceras, y, hacia medianoche, ni siquiera se podía cruzar la calle, de tan llena que estaba. De hecho, tuvimos que quedarnos de pie durante cuatro horas en una esquina, y, aun si no hubiéramos querido, no habríamos tenido más remedio, a causa de la multitud. Había tropas

> y más tropas de soldados, SS, SA, Juventudes Hitlerianas, veteranos, todos desfilaron durante tres horas hasta que se hizo de noche, sin tambores ni música ni nada, perfectamente solemnes y trágicos, porque los dieciséis muertos se consideran los héroes de la actual Alemania, y esa gente había venido desde lugares muy lejanos, incluso a kilómetros de distancia, para honrarlos. Ni siquiera cuando Hitler desfiló lo recibieron con el tradicional saludo, aunque uno o dos no pudieron aguantarse y gritaron *«Heil Hitler»,* pero rápidamente los hicieron callar.[35]

Estuvo encantada de confirmar que había visto a Hitler «de cerca cuatro o cinco veces». La carta de Lisa está llena de emoción, pero ni una sola vez menciona la persecución contra los judíos ni cualquier otro horror nazi. En lugar de eso, habla del público en la ópera que «aplaude y aplaude hasta que uno piensa que se les tendrían que caer las manos», del baile semanal en la Hofbräuhaus, donde «todo el mundo está muy alegre por culpa de la maravillosa cerveza», y de la familia con la que comía diariamente. «Casi cada día, *Herr* Klussmann nos da estadísticas sobre las relaciones entre Alemania y Estados Unidos (con mucho cuidado y enunciándolas con orgullo desde su pequeña libreta, donde lo anota todo): población, linaje, temperatura. *¡Alles!*».

Lisa incluso disfrutaba de la comida, aunque comentaba que nunca comían más de dos veces al día, y generalmente solo una. «Hoy hemos comido una especie de pastelitos con uvas pasas y mermelada en lugar de sirope, y sándwiches de mantequilla con el té. Ayer comimos una espesa sopa vegetal para cenar y, luego, arroz frío mezclado con albaricoques». Después de cenar, la familia se reunía alrededor de la radio, «que es todo un lujo», observaba Lisa, y charlaban, cosían y leían juntos. De hecho, la radio se había convertido en una herramienta de propaganda vital, y no era tan escasa en los hogares alemanes como Lisa suponía. En 1934, un tribunal de Fráncfort decretó que los alguaciles ya no podían confiscar las radios, porque se habían convertido en objetos indispensables para la nueva Alemania. «Es de importancia esencial para la educación del ciudadano y para la lucha por la unidad del pueblo alemán», informaba el *Manchester Guardian,* que citaba a una fuente nazi.[36] A las 9.30, la radio de los Klussmann se apagaba y la familia se iba a dormir. Era difícil

conseguir baños de agua caliente, informaba Lisa, pero al menos había calefacción central en el apartamento. En conclusión, «era una buena vida».[37]

Su visión acrítica de la Alemania nazi puede deberse a la inocencia de la juventud. En una época en que un viaje de esas características era una experiencia única para la gran mayoría de las jóvenes estadounidenses, ¿quién puede culparla por no querer que la política estropeara su gran aventura? Pero esa excusa no es válida para los académicos responsables de enviarla (y a sus veintisiete compañeras de clase) a Múnich en ese preciso momento. Debían ser plenamente conscientes de lo que sucedía en Alemania y, si no lo sabían, es que no hacían bien su trabajo. Incluso suponiendo que ignoraran la situación, es extraordinario que, frente a una atmósfera represiva y contraria a los intelectuales, la profesora Grace M. Bacon del colegio Mount Holyoke (profesora de alemán y directora del año de intercambio del programa de Múnich) sostuviera hasta en 1938 que «estudiar en Múnich ayuda a ampliar las miras de las alumnas, pues proporciona una tolerancia y un conocimiento de otra civilización que solamente pueden obtenerse mediante el contacto directo».[38]

Por supuesto, había profesores, como Tansill, que simpatizaban con la ideología nazi de forma genuina y que buscaban afanosamente identificarse con el régimen. Pero muchos otros académicos optaron por viajar al Tercer Reich porque el legado cultural de Alemania era simplemente demasiado preciado para renunciar a él por motivos políticos, por desagradables que estos fueran. Permitieron que su reverencia por el pasado distorsionara su juicio del presente. En consecuencia, optaron por ignorar abiertamente la realidad de una dictadura que hacia 1936, a pesar del espejismo olímpico, ya exhibía sin ambages todos sus inconcebibles rasgos.

Capítulo 15

Acercamientos ambiguos

Hacia finales de 1936 era difícil que alguien en el Reino Unido que no fuera un ermitaño, un antisemita o un nacionalsocialista convencido se escudara en la ignorancia para no reconocer la brutalidad nazi. Los refugiados judíos, los innumerables artículos en los periódicos, los supervivientes de los campos de concentración y los perseguidos por su religión ofrecían suficientes pruebas de que la dictadura de Hitler no era para nada benévola. Sin embargo, los optimistas, entre los que se contaban aún muchas personalidades prominentes, seguían aferrados a su creencia en la «sinceridad» del Führer y argumentaban que, si se accedía a sus peticiones más razonables a su debido tiempo, todo acabaría bien. En consecuencia, una serie de distinguidos individuos viajó a Alemania a finales de la década de 1930 con la esperanza de que el contacto personal y el diálogo racional lograsen, en última instancia, la paz. Otros viajeros a la Alemania posolímpica incluían antisemitas, simpatizantes fascistas, celebridades, espías, realeza y las inevitables Mitford. Mientras, a pesar de lo que leían en los diarios, la mayoría de los centenares de turistas estadounidenses y británicos corrientes que seguían viajando a Alemania para pasar las vacaciones simplemente ignoraban la situación política. Era cierto que no podían evitar reparar en la curiosa adicción de los alemanes a los uniformes y los desfiles, pero, en conjunto, volvían a sus casas con la impresión de que se trataba de un pueblo alegre y amistoso que siempre se esforzaba por dar a sus visitantes extranjeros la bienvenida más cálida posible. El campo seguía siendo hermoso; los pueblecitos medievales, pintorescos y la cerveza, barata. Así que, ¿por qué estropear unas buenas vacaciones preocupándose por los judíos?

El Festival de Bayreuth de 1936 le trajo a Winifred Wagner la habitual ristra de ansiedades y preocupaciones y, además, ese

año se vieron agravadas por la presencia de *sir* Thomas Beecham. Ribbentrop, que, como de costumbre, no se enteraba de nada, había informado a Hitler de que el director de orquesta británico era íntimo amigo del rey Eduardo VIII, y, como el rey simpatizaba con los nazis, Beecham también debía de ser un simpatizante nazi. Basándose en esa hipótesis, habían propuesto a Beecham hacer una gira con la Orquesta Filarmónica de Londres por Alemania ese año, con los gastos pagados por el régimen nazi.

Como se esperaba la asistencia de Beecham en la inauguración del festival, *Frau* Wagner organizó una pequeña comida de celebración para que conociera a Hitler en un entorno informal. Pero, unas horas antes de la esperada llegada de *sir* Thomas, en su lugar llegó un telegrama: «Lo siento, no puedo ir. Saludos. Beecham». La despreocupada cancelación causó un profundo disgusto en Wahnfried, puesto que el Führer deseaba especialmente que *sir* Thomas se sentara en su tribuna Wagner con él.[1] Pero solo cuando Beecham estuvo seguro de que Hitler había abandonado Bayreuth y de que no regresaría, hizo su aparición, durante la segunda parte del festival. Repartiendo encanto por doquier, el cortés e impecablemente vestido Beecham se preocupó, sin embargo, de abandonar rápidamente el teatro después de cada representación para evitar hablar con gente como las «hermanas burguesas y bastante vulgares» de Göring, que se decía que eran grandes chismosas.[2]

Está claro que Beecham despreciaba el régimen de Hitler. Pero, como tantos otros, al final, el atractivo de Alemania fue más fuerte y permitió que los nazis influyeran en sus planes de viaje. La gira propuesta a la Orquesta Filarmónica de Londres causó una polémica notable en Inglaterra, pero Beecham no pudo resistirse a la tentación de exhibir su nueva orquesta (con los gastos pagados) en un país donde, a pesar de los nazis, la música de orquesta seguía siendo importante. Lo que resulta más difícil de comprender es cómo un hombre de autoestima tan firme como Beecham pudo ceder a la presión alemana y eliminar la sinfonía «escocesa» de Mendelssohn del programa simplemente porque se trataba de un compositor judío. Pero, como *sir* Thomas sabía muy bien, eran los nazis los que pagaban la fiesta.

Hitler, acompañado de gran parte de su gobierno, estuvo presente en el concierto de inauguración de la orquesta, que tuvo lugar en Berlín el 13 de noviembre de 1936. Después de la pri-

mera pieza (la rapsodia n.º 3 de Dvořák), se lo vio aplaudiendo con entusiasmo. El concierto fue retransmitido por todas partes, algo que sin duda Beecham debía saber cuando hizo el famoso comentario frente al micrófono: «Al viejo demonio parece que le ha gustado».[3] A pesar de lo que Hitler pudiera pensar de la interpretación, Goebbels consideraba que era una porquería. «La diferencia entre Furtwängler y Beecham —anotó en su diario— era la misma que entre Gigli [el famoso tenor] y Kannenberg [el acordeonista de Hitler]».[4] Y añadió que «era embarazoso porque había que aplaudir por cortesía».[5] Al día siguiente apareció una fotografía falsa en los diarios donde se veía a Beecham en la tribuna de Hitler durante el intervalo, charlando con destacados nazis. De hecho, no abandonó la sala de los artistas, entre bambalinas, en ningún momento.

Como era de esperar, toda la panoplia de propaganda nazi acompañó a la orquesta durante su gira por Alemania. Pero, entre todas las recepciones, esvásticas y discursos, siempre se podía vislumbrar ocasionalmente la otra Alemania, la que aún existía, aunque sumida en un profundo secretismo y entre sufrimientos. En Leipzig, Beecham recibió en secreto una carta anónima que le informaba de cómo, apenas unos días antes, la gran estatua de bronce de Mendelssohn que estaba frente a la Gewandhaus había desaparecido. «Nadie sabe dónde está —relataba la desesperada misiva—. Probablemente vayan a fundirla para hacer armas». Pero continuaba diciendo: «Su música es inmortal, y la seguirán tocando en todos los países civilizados con la excepción de Alemania, donde está tajantemente prohibida. Todo el mundo cultural alemán siente y piensa lo mismo que yo [...] e incluye en sus plegarias cotidianas un grito para pedir ayuda y en favor de la libertad».[6] Si la gira de la orquesta británica había aportado siquiera un atisbo de esperanza a esta gente, entonces estaba justificada, podría haber argumentado *sir* Thomas. Pero ¿y si, por el contrario, había ofrecido a los nazis una maravillosa oportunidad propagandística y los había ayudado en sus objetivos? Este dilema, ir o no ir, era el mismo al que se enfrentaban todos los potenciales visitantes del Tercer Reich que amaban Alemania y odiaban a los nazis. Fuesen cuales fuesen las conclusiones que alcanzó Beecham tras la gira, cuando viajaba de camino a París y de regreso al mundo libre, la sinfonía «escocesa» de Mendelssohn debió recordarle durante largo tiempo su propio pacto faustiano.

El oportunismo fue lo que llevó a Beecham a la Alemania nazi, pero, en el caso de David Lloyd George, resulta difícil detectar un verdadero motivo para su famosa visita en septiembre de 1936, excepto la soberbia. A los setenta y tres años, Lloyd George estaba convencido de que los actuales problemas de Europa se derivaban de la falta de un liderazgo fuerte; en otras palabras, el tipo de liderazgo que tan brillantemente había demostrado él mismo como primer ministro británico durante la Gran Guerra. En consecuencia, hasta el momento en que la nación volviera a suplicar a su antiguo líder que la guiara (como el *Western Mail* tan irónicamente dijo: «Oh, día alegroso: ¡A mis brazos, mi deslumbrante muchacho!»),[7] los dictadores como Hitler seguirían superando a las democracias como el Reino Unido, pobremente dirigidas, al menos en lo relativo a asuntos tan importantes como el desempleo y las infraestructuras.

En este contexto, Lloyd George llegó al hotel Vier Jahreszeiten de Múnich a primera hora de la mañana del 3 de septiembre. Con él iban su hija Megan y su hijo Gwilym (ambos diputados), el doctor Thomas Jones, secretario adjunto al gabinete durante el mandato de Lloyd George (y que ahora hacía lo mismo para Stanley Baldwin), su secretario personal, Arthur Sylvester, su médico, lord Dawson de Penn, y el editor del *The Times,* Geoffrey Dawson, que era un ardiente defensor del apaciguamiento. Con el grupo también viajaba el académico Philip Conwell-Evans, que tres años antes había sido testigo de la quema de libros en la Universidad de Königsberg con notable ecuanimidad. Conwell-Evans había optado por operar discretamente entre bambalinas, y había sido clave al atraer a una serie de influyentes personalidades británicas a los círculos nazis. Por ejemplo, fue él quien, en diciembre de 1934, había impulsado la primera cena de celebración en la que Hitler fue anfitrión de visitantes extranjeros y en la que lord Rothermere había sido el invitado de honor. Y, de nuevo, era Conwell-Evans quien ahora, en complicidad con su íntimo amigo Ribbentrop, movía los hilos de la expedición de Lloyd George. «Está tan ciego a las faltas de los alemanes —escribió el doctor Jones sobre su compatriota galés en su diario— que hace que los franceses parezcan perfectos».[8]

La cena con los Ribbentrop la primera noche no fue bien. Para gran irritación de Lloyd George, el nuevo embajador alemán en Londres se ciñó sin disimular a su tema favorito: la incapaci-

dad del Reino Unido de hacerse cargo de la amenaza comunista. Sin embargo, al día siguiente todo fue luz y dulzura. Exactamente a las 3.45, el coche del Führer se detuvo frente al Grand Hotel Berchtesgaden, donde el grupo se alojaba, para recoger a Lloyd George y acompañarlo a que tomara el té con Hitler en su refugio de las montañas. De entre los miembros del grupo inglés, solo Conwell-Evans lo acompañó, y los demás esperaron en vilo hasta su regreso. Según llegaba el coche a la entrada del Berghof, Hitler descendió los peldaños de las grandes escaleras de piedra para recibir al hombre de Estado galés. Luego acompañó a Lloyd George bajo los arcos hasta su salón privado, donde el invitado se instaló en un incómodo sofá sin respaldo frente a un retrato del joven Federico el Grande. Cuando Lloyd George hizo un comentario sobre el cuadro, Conwell-Evans observó que el canciller se reía y miraba a su compañero «con benevolencia y admiración». Advirtió que Hitler «no pudo dejar de mirarlo» durante toda la visita.[9]

Su conversación sobre política trató temas habituales: la amenaza comunista, el deseo de paz de Alemania y su necesidad de *Lebensraum* ('espacio vital'), la devolución de sus colonias, la guerra civil española y demás. Entonces, una vez que hubieron hablado de todo eso, se trasladaron a una amplia sala de estar, «como el gran salón de un viejo castillo», según Conwell-Evans. Había un busto de Wagner encima de un piano Bechstein y tapices de los Gobelinos en las paredes. Pero dominando la estancia, puesto que ocupaba la mayor parte de la pared norte, estaba el famoso ventanal, «tan grande como la cortina de un teatro», según Conwell-Evans. Cuando hacía buen tiempo se podía bajar el cristal mediante un mecanismo hasta el piso de abajo, y los invitados de Hitler quedaban deliciosamente expuestos a las inmensas vistas del cielo y las montañas. Salzburgo, al norte de la Austria nativa de Hitler, se divisaba en la distancia. «La belleza dramática del espectáculo de la naturaleza casi nos arrebató el aliento», consignó Conwell-Evans.[10]

Mientras tomaban un café, Hitler habló animadamente de uno de sus temas favoritos, la construcción de autopistas. Le encantó descubrir que Lloyd George había viajado de Múnich a Berchtesgaden en una de las espléndidas carreteras nuevas, que, como no dejó de señalar, habían hecho tanto por aliviar el desempleo. Han llegado hasta nosotros los restos de una cinta que muestra el Mercedes del grupo británico mientras conducía por

una carretera completamente vacía en dirección a las montañas. El único tráfico de vehículos con el que se cruzan es un coche solitario de vez en cuando y una moto. Cuando el radiador del motor del coche se estropea y los obliga a detenerse, aparece un carro tirado por bueyes y cargado de paja que avanza lentamente por uno de los puentes que cruzan la autopista.[11]

La tarde siguiente, Lloyd George volvió al Berghof, pero esta vez lo acompañaba toda la partida británica. Mientras la cámara cinematográfica de Sylvester vibraba en segundo plano, Conwell-Evans seguía tomando sus notas:

> Durante un rato, la conversación fue general, pero de repente todos prestamos oídos a lo que se decían el señor Lloyd George y Hitler. Es difícil describir la atmósfera. Todo se volvió súbitamente muy solemne. Advertimos que el gran líder de la guerra del Imperio británico y el gran líder que había devuelto Alemania a su actual posición compartían puntos de vista. Era como si fuésemos testigos de un acto de reconciliación simbólica entre dos pueblos. Todo el mundo escuchaba atentamente; fue una experiencia conmovedora.[12]

Y aún quedaban más momentos conmovedores. «Si los Aliados ganaron la guerra —dijo Hitler muy tranquilo—, la victoria no se debió tanto a los soldados, sino a un gran estadista, y ese es usted, señor Lloyd George». Con «emoción en la voz»,[13] el anciano político replicó que le emocionaba el tributo personal que el Führer le rendía y que se sentía especialmente orgulloso de que viniera del «alemán más grande de su era».[14]

Después de tantas emociones, el té del día siguiente con Rudolf Hess en su casa a las afueras de Múnich fue algo anticlimático. Sin embargo, Lloyd George bombardeó con preguntas a su anfitrión. Cuando le preguntó por la diferencia entre el nacionalsocialismo y el fascismo italiano, no obstante, el segundo del Führer solo pudo replicar que no tenía la menor idea, lo que causó «gran hilaridad en todos los presentes».[15]

Los nazis estaban tan ansiosos por exhibir todos los beneficios con los que habían bendecido a Alemania que quedó poco tiempo para más entretenimientos durante los diez días restantes de la gira. Las visitas a las fábricas, a Daimler-Benz, a un molino de

algodón, a la Compañía Lechera Württemberg, a las casas modelo para los campesinos, a una escuela en el campo y a las oficinas del Frente del Trabajo estuvieron acompañadas de serios debates, estadísticas infinitas y muchos kilómetros de conducción. En uno de los diversos campos de trabajo que visitaron, Conwell-Evans informó que, cuando algunos de los hombres internados se colocaron en fila para que les preguntaran, «lord Dawson les pidió que respiraran profundamente para medir la expansión de sus cajas torácicas». El eminente médico, que ocho meses antes había apresurado la muerte del rey Jorge V para que el anuncio llegara a tiempo de la primera edición de *The Times,* recomendó que se introdujera gimnasia correctiva para mejorar los distintos defectos físicos que había observado en los jóvenes hombres.[16] No se registra la reacción nazi a esta útil sugerencia.

De vuelta en Inglaterra, las alabanzas de Lloyd George hacia Hitler rozaban el éxtasis, como deja claro su famosa entrevista con el *Daily Express.* «Es un líder nato. Posee una personalidad magnética y dinámica, concentrada en un único objetivo, tiene una fuerza de voluntad férrea y un corazón valiente [...]. Es el George Washington alemán, el hombre que logró la independencia de su país contra todos sus opresores». Y, sobre todo, Hitler era indudablemente un hombre de paz. La idea, según le contó Lloyd George al periódico, «de que Alemania intimida a Europa con la amenaza de que su invencible ejército pueda cruzar las fronteras colindantes no forma parte de su nueva visión [...]. Aprendieron esa lección durante la guerra».[17] En privado, empleó el mismo tono de entusiasmo en una carta a Ribbentrop en la que describía el viaje como la visita más memorable que él y el resto de sus compañeros habían realizado jamás a Europa. La admiración que siempre había sentido por «su maravilloso Führer» se había hecho más intensa y profunda. «Es la mayor fortuna que le ha tocado a su país desde Bismarck —escribió Lloyd George—, y, personalmente, añadiría que desde Federico el Grande».[18]

Aunque sus comentarios se recibieron con cierta burla, Lloyd George no era el único que expresaba dichos puntos de vista. Muchos de los que compartían esas ideas eran miembros de la Alianza Anglo-alemana (AGF por sus siglas en inglés), fundada hacia finales de 1935. Conwell-Evans y Ernest Tennant (un importante empresario que, en 1919, había servido en Berlín con el teniente coronel Stewart Roddie), junto con Ribbentrop, eran los

principales instigadores de la unión. Desde el principio, la AGF se propuso atraer a los ricos y poderosos y, por lo tanto, entre sus miembros se contaban numerosos políticos, empresarios y aristócratas. Algunos eran rotundos pronazis y otros simplemente se unieron porque querían fomentar unas relaciones más estrechas con Alemania.

Desde noviembre de 1936 hasta julio de 1939, la AGF publicó una revista mensual, la *Anglo-German Review (AGR).* Sus páginas estaban llenas de magníficas historias sobre Alemania escritas por viajeros, desde expertos profesionales hasta turistas de vacaciones. La señora Ursula Scott-Morris «visitó Alemania con la esperanza de quedar impresionada por el redoble de tambores, el brillo de las medallas y el sonido de las botas al desfilar». En lugar de eso halló «flores: violetas, pensamientos y rosas en cada rincón».[19] A Frank Clarke, diputado que había formado parte del gran grupo británico que había visitado Alemania en septiembre de 1937 para estudiar las carreteras, lo conmovió el recibimiento que les dieron «los hermosos niños de Bayreuth». Estos, «enfundados en sus bonitos vestidos y pulcros trajes», salieron a la carretera para recibir a la delegación con saludos, vítores y canciones. Cuando los visitantes volvieron a sus vehículos, descubrieron que en cada asiento habían dejado una bolsita cuidadosamente preparada con sándwiches, pastelillos y fruta. «¡Cómo se rieron al ver nuestras caras de sorpresa!», recordaba Clarke.[20] En cuanto al escándalo por lo de los judíos, el señor William Fletcher, de Kensington, que acababa de pasar varios meses en Friburgo, confirmaba que «había visto a judíos arremolinarse para rezar en sus sinagogas los viernes sin el menor obstáculo ni castigo» y también a «niños judíos de aspecto feliz que jugaban frente a la escuela judía».[21]

Si bien es posible atribuir dichos comentarios a la credulidad, en algunas ocasiones al menos, difícilmente se podría pensar lo mismo del abogado escocés Archibald Crawford KC. El artículo que publicó en la edición de enero de 1937 de la revista *AGR,* «Nuevas leyes para lo antiguo», es un asombroso panegírico del sistema jurídico nazi. Después de presenciar un juicio penal mientras asistía a una conferencia en Múnich, Crawford era capaz de asegurarles a sus lectores ingleses que, en su larga experiencia en los tribunales, «jamás había sido testigo de una justicia impartida con tanta paciencia o con más imparcialidad». Se fijó en que los jóvenes acusados de homicidio «no solo

gozaron de todos los aspectos que pudieron subrayarse en su defensa, sino que, cuando los declararon culpables, los sentenciaron a condenas que puedo afirmar que eran más leves de las que yo he observado en el sistema jurídico escocés».[22] Crawford no menciona a la víctima. ¿Era quizá hebreo o hebrea? ¿Y es posible que los asesinos fueran matones nazis? El artículo no menciona para nada Dachau, que estaba situado a veinte kilómetros de Múnich.

A pesar de todos los esfuerzos de la AGF por establecer relaciones amistosas con la Alemania nazi, por no mencionar los de emisarios eminentes como los marqueses de Lothian* y Londonderry, hacia mediados de 1937 estaba claro que las relaciones anglo-alemanas se habían enfriado. En el lado alemán, era resultado de la persistente reticencia del Reino Unido a colaborar abiertamente con los nazis, la potencia creciente de Alemania y la hostilidad de la prensa británica. *Sir* Barry Domvile sintió el cambio de temperatura en cuanto llegó a Núremberg para el Reichsparteitag de 1937. «Las SS están más hostiles que de costumbre —observó, y le molestó descubrir que lo habían relegado a una habitación en el tercer piso—. Ni la mitad de buena que el año pasado».[23] De hecho, era afortunado de que lo hubieran alojado en Núremberg, pues la mayoría de los invitados británicos estaban en Bamberg, a unos sesenta kilómetros de distancia, y, además, les habían pedido que contribuyeran a pagar el coste de su estancia. En los cócteles de esa noche, Domvile encontró a Ernest Tennant y Philip Conwell-Evans sumidos en un lúgubre estado de ánimo. Para hombres como ellos, que tanto habían invertido en fomentar la amistad con la Alemania de Hitler, ese cambio palpable de actitud era deprimente. Incluso se publicó un artículo en el *Daily Telegraph* que destacaba el cambio de estatus de los invitados británicos.[24]

Sin embargo, un estremecimiento de excitación recorrió las filas de presentes† mientras esperaban la llegada de Hitler a la

* Lord Lothian era un decidido defensor de la opción del apaciguamiento y se reunió con Hitler en enero de 1935 y en mayo de 1937. Fue nombrado embajador británico en Estados Unidos en 1939.

† Entre los invitados más notables que asistieron al congreso de Núremberg de 1937 se encontraban el escritor antisemita Gordon Bolitho; el coronel *sir* Thomas

velada, que se había convertido en un evento anual, pues era la recepción de los invitados de honor extranjeros que asistían al Reichsparteitag. Para subrayar la importancia de la ocasión, ese año se les había pedido a los invitados que fueran vestidos de etiqueta formal de mañana. A Domvile no le pareció bien, y comentó que «la sencillez no pasará el examen ni siquiera en un régimen nacionalsocialista».[25] Y se sintió todavía más decepcionado cuando el Führer se cruzó con él en la recepción y no le dirigió la palabra. Efectivamente, a medida que Hitler avanzaba por la hilera de invitados británicos, permaneció impávido y no reaccionó hasta que le presentaron a Francis Yeats-Brown, momento en el que prorrumpió en sonrisas. La autobiografía de Yeats-Brown, *The Lives of a Bengal Lancer* (1930), se había convertido en una película de Hollywood interpretada por Gary Cooper, *Tres lanceros bengalíes*, y era una de las favoritas de Hitler. Pensaba que la película era una demostración muy valiosa de cómo los arios debían relacionarse con las razas inferiores y había determinado que su visionado fuera obligatorio para las SS.[26]

Por primera vez, un embajador británico también estaba presente en Núremberg, en lo que sin duda fue uno de los gestos de acercamiento más ambiguos del Reino Unido en 1937. *Sir* Nevile Henderson (que había sustituido a *sir* Eric Phipps en abril), junto con su colega francés François-Poncet y el diplomático estadounidense Prentiss Gilbert, asistieron durante dos días a los eventos. Los alojaron en unos vagones de tren aparcados en una vía muerta. Mientras desayunaban la primera mañana, un escuadrón de la Luftwaffe voló dos veces por encima de su tren en una formación en esvástica perfecta.[27] Esa noche, a Henderson le impresionó el extravagante espectáculo de luz y sonido. Unos trescientos focos se unieron a centenares de metros de altura para formar un «te-

---

Cuninghame, a quien habían concedido la medalla de la *Orden del Servicio Distinguido*, *y lady* Cuninghame; el teniente coronel John Blakiston-Houston; Robert Grant-Ferris, diputado; *sir* Nevile Henderson, embajador británico; Diana Mosley; Unity y Tom Mitford; el profesor A. P. Laurie; lord Rennell; William Stourton, 22.º barón Stourton, 26.º barón Segrave y 26.º barón Mowbray; *lady* Snowden (viuda del canciller laborista de la Hacienda, Philip Snowden); George Ward Price (corresponsal del *Daily Mail*), *lady* Helen Nutting; el capitán George Pitt-Rivers; *sir* Assheton Pownall, diputado; *lady* Hardinge, viuda de *sir* Arthur Hardinge; *sir* Arnold Wilson, diputado, y Francis Yeats-Brown.

jado» cuadrado, lo que le pareció «solemne y hermoso». Era «indescriptiblemente pintoresco», como si estuvieran en el interior de una «catedral de hielo». Y, en términos de «grandiosa belleza», hasta el *ballet* ruso que tanta admiración le había causado en Moscú no podía competir con la coreografía nazi.[28] Pero, para un visitante inglés en concreto, la excitación fue excesiva. Después del espectáculo de luces, al representante de la AGF, al mayor Watts, que había contemplado la exhibición desde una tienda de campaña donde se servía cerveza, tuvieron que acarrearlo hasta el autobús a hombros de un joven SS. Para horror de sus compatriotas, el mayor se pasó toda la hora del viaje de regreso a Bamberg tirado en su asiento, para finalmente deslizarse al suelo.[29]

A pesar de su atareado programa de actos, Domvile encontró tiempo para comprar una reproducción de la pintura al óleo *En el principio fue la palabra,* de Hermann Otto Hoyer, donde Hitler aparecía como «el portador de la luz». Estaba tan contento con su adquisición que volvió para comprar una segunda copia para un compañero de gira. «Es baratísimo, 3,60 marcos —anotó en su diario, y añadió—: Seguro que tienen la intención de deificar a Hitler».[30]

Aunque el Reichsparteitag había sido una experiencia positiva, también resultó agotadora, y Domvile se «alegraba de irse de una vez».[31] De regreso a Inglaterra, escribió un vivaz resumen para la revista *AGR.* Les contó a sus lectores que volvía de Núremberg convencido de que, si la gente iba a Alemania «y se cercioraba con sus propios ojos» de la realidad, en lugar de quedarse en casa y escribir acerca de «esclavos, histeria de masas y toda la jerga de los plumillas irritados», les sorprendería el abismo que existía entre la imaginación y la realidad. Terminaba con una advertencia: «El pueblo alemán quiere nuestra amistad, pero empiezan a desesperar de conseguirla alguna vez. Ya se nota una ligera impaciencia ante nuestra incapacidad o falta de voluntad de intentar comprender sus puntos de vista, a medida que recuperan la confianza y la creencia en sí mismos [...]. No se puede pretender que Alemania nos espere para siempre».[32]

Lord Londonderry, que regresó a Inglaterra ese septiembre después de su tercera visita a Alemania en algunos meses, tampoco ofrecía demasiados ánimos, pues había «detectado un notable deterioro en nuestras amistosas relaciones con Alemania».[33] Esta vez, en lugar de que Göring lo agasajara en Carinhall, habían

enviado a Londonderry a un coto de caza en el Báltico, donde su anfitrión había sido el aristócrata Franz von Papen.* Parecía que los nazis habían comprendido por fin que el antiguo ministro de Aviación, aunque fuera un aristócrata, no era tan influyente como habían esperado. Al menos en esta ocasión, Londonderry, en un gesto notablemente no ario, se negó a disparar al ciervo que le señalaron bajo la explicación de que «sentía el mismo placer al observar a los espléndidos animales que al dispararles».[34]

Domvile había subrayado el hecho de que los nazis «no esperarían para siempre» y, cuando llegó el momento de prepararse para la guerra, desde luego que así era. El 20 de septiembre, Ji Xianlin, que estudiaba sánscrito en Gotinga, anotó en su diario que era el primer día de las prácticas de alarmas aéreas. «No se permite tener la luz encendida en ningún lado. Todas las ventanas están cubiertas de papel negro. Duran una semana».[35] Al día siguiente, Kay Smith le escribió a su hija Kätchen, que estaba estudiando en Suiza:

> Llevamos una semana con alarmas aéreas. Tuvimos que poner papel negro en las ventanas de la cocina y en las habitaciones y los baños de las criadas, no entra el menor atisbo de luz. La iluminación de las calles también está apagada. Han tapado los faros de los coches y solo se permite una diminuta franja de luz y la mitad de las luces de freno. La última noche hubo luna llena, así que de todos modos había luz. Fuimos a cenar con el agregado húngaro y condujimos lentamente desde aquí hasta allí. Hoy llueve, así que nos quedaremos en casa. Fuera está muy oscuro. No se ven luces en ninguna casa. Los aviones sobrevuelan la ciudad y los focos los detectan, y entonces oímos ruido de ametralladoras en la distancia. No se han activado sirenas por la noche, pero de día sí que sonaron (ayer por la mañana, dos veces), y todo se detuvo y la gente salió y corrió a esconderse en los sótanos y los refugios hasta que las sirenas volvieron a sonar. La

* Fue Von Papen quien urgió a Hindenburg a nombrar canciller a Hitler, pues creía que este sería fácil de controlar. Escapó de la muerte por los pelos durante la Noche de los Cuchillos Largos en 1934.

> señora Vanaman [la esposa del agregado aéreo estadounidense] pensó que ella también tenía que irse, así que bajó al sótano y dijo que, aunque su marido había sido piloto durante años, era la primera vez que comprendía lo que significaba un bombardeo aéreo y que podía sucederle a ella. Ahora se llevan mucho mejor.[36]

Cuando se activaban las alarmas, cada coche debía detenerse allí donde estuviera y sus ocupantes debían correr al refugio más cercano. Permanecer en la calle durante un «ataque aéreo» era un delito penado con prisión.[37] La esposa del agregado aéreo estadounidense no pudo haber sido la única extranjera en Berlín esa semana (casi dos años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial) para quien la visión de más de cien «bombarderos» que sobrevolaban la ciudad fue una experiencia que la afectó profundamente.

Y, sin embargo, a pesar del enfriamiento de las relaciones con el Reino Unido, de la semana de ataques aéreos, de la persistente exigencia de «armas antes que mantequilla» y a pesar de la implacable presión de Hitler para tener mano libre en Europa del Este, los distinguidos extranjeros volvían a sus casas uno tras otro convencidos de que la guerra era lo último que estaba en la mente del Führer. «Hitler es un pilar de la paz —declaró *sir* sultán Mahommed Shah, el Aga Khan III, presidente de la Liga de las Naciones, tras una visita a Berchtesgaden en octubre—. ¿Por qué? Pues porque la paz es esencial para todos los planes que Hitler tiene para reconstruir la nación». El líder musulmán ismailí declaró que jamás había visto un «socialismo tan constructivo y práctico» como en la nueva Alemania. «Todo se organiza para conseguir la mayor felicidad del mayor número de ciudadanos —informaba—. *Herr* Hitler es un hombre muy grande, y nadie puede negarlo».[38]

Aunque el viaje del Aga Khan atrajo mucha publicidad, no podía competir con el interés que despertó la visita del duque y la duquesa de Windsor. En cuanto a celebridad y lo ostensiblemente inapropiado de su viaje, que también tuvo lugar en octubre, fue la visita más espectacular de cualquier extranjero a Alemania en 1937. «El duque de Windsor, que llegó aquí a primera hora del lunes para una visita de doce días —informaba el corresponsal en Berlín del *Observer*—, tiene un programa de actos muy intenso».[39] Y así era. El antiguo rey estaba muy interesado en las con-

diciones de trabajo y de alojamiento de los trabajadores, lo cual daba a los nazis la oportunidad perfecta para hacer gala de sus reformas sociales. Alardeando de la gran cantidad de extranjeros que habían visitado Alemania para estudiar sus instituciones, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* destacaba: «Ahora también el duque de Windsor se ha convencido de primera mano de la energía con la que la nueva Alemania hace frente a sus problemas sociales».[40] No eran ni de lejos los titulares que el rey Jorge VI (que había sido coronado apenas cuatro meses antes y al que su hermano no había advertido de sus planes de viaje) y su Gobierno deseaban. Escoltado por el doctor Robert Ley, el peculiarmente desagradable jefe del Frente del Trabajo, los Windsor recorrieron fábricas, residencias y, según el caballerizo mayor del duque, Dudley Forwood, hasta vieron un campo de concentración. Era un enorme edificio de cemento que parecía desierto, según recordaba Forwood. «Cuando el duque preguntó qué era, nuestros anfitriones replicaron: "Aquí es donde se guarda la carne refrigerada"».[41]

Probablemente, Forwood no se equivocaba al afirmar que el principal objetivo de la visita del duque de Windsor a Alemania era hacer que la duquesa se sintiera como una reina. Pues ¿qué mejor manera de hacerlo que brindándole una «visita de Estado»? Por encima de todo, Forwood opinaba que «el duque quería demostrarle que no había perdido nada al abdicar».[42] Solo había un país donde una visita de esas características lograría su propósito, y era naturalmente Alemania. El cortejo de los nazis hacia el duque era un bálsamo calmante para su ego herido. Y, dada la obcecación de su propia familia con el tema, la insistencia de los alemanes de dirigirse a la duquesa como «su alteza real» era una fuente de placer especial. El duque, que siempre se había sentido muy cercano a sus raíces alemanas y hablaba bien el idioma, claramente disfrutó de la visita. Se fue a beber cerveza a una taberna, llevó un falso bigote, se unió cantando a un coro y jugó a los bolos.[43] Las multitudes que lo vitoreaban, los funcionarios obsequiosos y las cámaras que no cesaban de chisporrotear para fotografiarlo debieron de hacer que le resultara fácil imaginar que aún era rey. Aunque la reunión con Hitler en Berchtesgaden consistió en palabras vacías, perjudicó irremediablemente la reputación del duque y fijó para siempre en la mente del público británico la percepción de que era un entusiasta defensor de Hitler. Además, era evidente que disfrutaba con todo lo que veía, lo

cual animaba a los nazis a creer que, en palabras de Bruce Lockhart, pronto regresaría al trono como un «rey social-igualitario que inauguraría en Inglaterra una forma británica de fascismo y una alianza con Alemania».[44]

El 13 de octubre de 1937, cuando la visita del duque y la duquesa de Windsor tocaba a su fin, el vizconde Halifax, el lord presidente del Consejo (y, más importante en este contexto, dueño de perros de caza), recibió una carta de la Asociación Alemana de Caza en la que lo invitaban a asistir a la Exhibición Internacional Deportiva que tendría lugar en Berlín al mes siguiente. Era un pretexto poco verosímil para el que sería el gesto más serio de acercamiento del Gobierno británico a Hitler desde que Neville Chamberlain se convirtiera en primer ministro en mayo. Cuando Halifax aceptó, todo el mundo era consciente de su verdadero objetivo. Evitar la guerra negociando constructivamente con Hitler era, como después le escribiría a Henderson, «sin duda la tarea más importante a la que se enfrenta esta generación».[45] Pero antes, para dar credibilidad a su coartada, visitó la Exhibición Deportiva. En palabras del biógrafo de Halifax, era «un asunto obscenamente teutón». Al lado de varios enormes retratos de Göring había un mapa igualmente vasto de las colonias perdidas de Alemania.[46] Aunque la participación británica se había sumado en el último momento, ganó el primer premio en la sección de caza mayor, un éxito al que sin duda contribuyó el hecho de que varias de las bestias habían sido abatidas por el rey Jorge VI y la reina Isabel. Jack Mavrogordato, secretario del Club de Halconeros Británicos, recordaba que el triunfo despertó comentarios sardónicos entre los alemanes, que no dejaron de señalar que la única razón por la cual no habían desafiado a los británicos era la injusta confiscación de las colonias africanas.

Tras visitar la exhibición y admirar debidamente el panda gigante disecado, Halifax quedó libre para dedicarse a su verdadera misión: reunirse con el Führer. Por insistencia de Hitler, el encuentro debía tener lugar en Berchtesgaden, lo que significaba un viaje de un día hacia Múnich en el tren especial de Hitler. Con el fin de preservar la ficción de que la visita era totalmente «privada» e «informal», el primer secretario de la embajada, Ivone Kirkpatrick, acompañó a Halifax en vez del embajador. «Los criados del tren —escribió Kirkpatrick— evidentemente pensaban que los ingleses vivíamos a base de *whisky,* porque aparecían cada media

hora más o menos con una bandeja de *whisky* y soda».[47] Fue a recibirlos una flota de Mercedes que los transportó a través del paisaje nevado directamente al Berghof. «Mientras miraba por la ventanilla —anotó Halifax en su diario—, vi [...] un par de pantalones negros, con calcetines de seda y zapatillas. Supuse que era un criado que había venido a ayudarme a salir del coche [...], pero entonces oí un susurro ronco en mi oído: *"Der Führer, Der Führer"*, y entonces comprendí que las piernas no pertenecían a un sirviente, sino a Hitler».[48] No era un comienzo muy prometedor, pero la cosa iría a peor.

Lord Rennell (antiguo embajador en Roma y suegro de Nancy Mitford) había coincidido con el Führer en Núremberg numerosas veces. Ansioso por hablar con Halifax antes de que este viera a Hitler, le había aconsejado abordarlo «por su lado humano, de hombre a hombre». Entonces, Rennell le había asegurado, encontraría a Hitler «realmente receptivo».[49] Si Halifax creyó estas palabras de ánimo, iba a llevarse una sorpresa. Para cuando los dos hombres se reunieron, Hitler estaba «irritable» y en absoluto receptivo. Tras un par de horas de conversación que no iba a ninguna parte (en el caluroso salón de Hitler), fueron a comer. Kirkpatrick reparó en que les sirvieron en un comedor «horrendo», con una larga mesa de madera satinada y sillas forradas de color rosa. La comida no era nada del otro mundo y, desde el punto de vista social, la conversación era «glacial». Los temas se agotaban uno tras otro: el tiempo, volar, el nacimiento del hijo de Hess y la Exhibición Deportiva. Hitler, al que no le gustaban nada los deportes que involucraban matar animales, condenó furiosamente la caza con la memorable frase: «Uno sale armado con un arma perfectamente moderna y, sin riesgo para sí mismo, mata a un animal indefenso». Las cosas no mejoraron durante el café, cuando Hitler declaró que el remedio para restaurar el orden en la India era «fusilar a Gandhi» y que, si eso no funcionaba, había que «fusilar a una docena de los principales miembros del Congreso»; la solución, si eso tampoco tenía éxito, consistía en «fusilar a doscientos más, y así hasta terminar». No es de extrañar que Halifax, que había sido virrey en la India, como Kirkpatrick observó, «se quedara mirando a Hitler con una mezcla de asombro, repugnancia y compasión».[50]

En términos diplomáticos, la visita de Halifax fue un cierre deprimente a un año deprimente. Pero, aunque los esfuerzos de

las principales figuras políticas por cortejar a Hitler obtenían resultados cada vez menos satisfactorios, la gran mayoría de los viajeros ordinarios, aunque más reducidos en número, seguían vagando por Alemania con una satisfacción infinita. Quizá estaban ciegos y eran inocentes, pero su filosofía, como la de las agencias de viajes que allí los enviaban, era sencilla: mirar siempre el lado bueno de la vida.

Capítulo 16

Álbum de viaje

A medida que el régimen endurecía su control sobre todos los aspectos de la vida en Alemania, «ver el lado bueno» resultaba cada vez más difícil. No obstante, en 1937 e incluso a principios de 1938, aún existía un sorprendente número de turistas (mayoritariamente británicos y estadounidenses) que no solo sentían curiosidad por la Alemania nazi, sino que también iban a pasárselo bien. Uno de ellos era Rhys Jones,* de veinte años, cuyos diarios inéditos nos ofrecen una panorámica tan vívida que vale la pena citarlos ampliamente:

> **Domingo 8 de agosto de 1937: llegada a Coblenza a las 12.15 del mediodía**
> Primera impresión: una sensación de masividad y solidez.
>
> La gente aquí es definitivamente más atractiva que nosotros. La forma física se antepone al aspecto personal. Las chicas a menudo están demasiado gordas según los estándares ingleses.
>
> Las colinas están cubiertas de coles y cosechas. No hay setos.
>
> Vestimenta: bastante discreta excepto por los pantalones cortos negros y otros estilos peculiares. Los zapatos blancos son una novedad. Los alemanes *no* se visten según el tiempo que hace. No usan camisas abiertas de críquet. Las boinas son impopulares, ¡francesas!
>
> Idioma: vigoroso, casi agresivo.
>
> Preocupado por si me toman por judío, dados mis rasgos ligeramente aquilinos.

* Jones se convertiría en profesor de francés en Lampeter, facultad de la Universidad de St. David, y en editor de la revista *Trivium*.

He descubierto Woolworths.

Cada país tiene su aroma peculiar (excepto el nuestro). El de Alemania es de tabaco perfumado *[sic]* mezclado con pescado.

Los hombres caminan erguidos, al estilo militar, con las rodillas casi tiesas. Dan la sensación de caminar con tacones y haciendo equilibrios. Casi todos llevan la cabeza afeitada o el pelo muy corto.

Familias muy grandes. Los niños son limpios y pulcros, aunque algo anticuados (con volantes, etcétera). Los escaparates están *llenos* de carritos de bebé.

Escasez *[sic]* de coches. Los alemanes son demasiado pobres, solo les alcanza para una moto.

Las mujeres, terriblemente vulgares. Acarrean paquetes a pleno sol. ¡A un hombre le costaría! No parece que utilicen corsés.

La mejor prueba de la pobreza se halla en los cines. Solo se llenan los asientos más baratos. La solemnidad en las iglesias es ejemplar, no se ve en Inglaterra. ¡No fumar! ¡No comer dulces! ¡No murmurar! ¡No aplaudir! Fuertes silencios. La gente, como ostras. No saben qué aplaudir y qué no. ¡No aplaudir a Hitler! ¡No hay himno nacional al final! Pocas risas. No se mencionan «noticias» de Inglaterra ni de Francia. Música clásica casual. Toda la atmósfera es como de prisión.

No hay ruido en ninguna parte. No suenan las bocinas de los barcos en el río y mucho menos las de los coches en las calles. Todo es tan ordenado que no hace falta nada, ni siquiera la policía. Una sensación de total seguridad.

No hay barrios pobres ni tiendas decadentes.

No se enseña francés en la escuela.

He pasado por el famoso Lorelei. No hay rastro de ninfas, solo una bandera nazi en lo alto.

Me encontré con compañeros escoceses en el barco. Nos dijeron que los alemanes eran amigos de escoceses e ingleses, pero, en cuanto a los franceses, ¡rat-tat-tat en tres años! No he oído ni una palabra de francés en todo el tiempo que llevo aquí.

Los libros y carteles son excepcionalmente morales. Muy pocos «pájaros» por las calles.

Hay armónicas y acordeones en todas partes. Les encanta la música tradicional.

Los cigarrillos llevan demasiado salitre. Turcos.

Aquí uno puede ponerse moreno de un glorioso color caoba que no se ve en Inglaterra.

No te miran fijamente como los franceses.

Cafetería Zimmersmann, pedí panecillos, pero ¡no había mantequilla! Mejor pasteles.

No hay papeleras, pero no se ve basura en las calles.

Compré *Mein Kampf*. El vendedor me miró con suspicacia, pero pagué y no dijo nada.

He oído disparos en la fortaleza Ehrenbreitstein esta noche.

Está claro que la gente hace todo lo que puede para ganarse el favor de Inglaterra.

Los rostros son muy amables, rara vez brutales.

La gente es extremadamente honesta. No hace falta contar el cambio ni dar propina.

Vi una iglesia protestante cerrada y rodeada de alambre de espino como una prisión.

Solo he visto una tienda judía desde que he venido aquí y no sé si habré visto, conscientemente, a un judío.

Domingo 15 de agosto. Nos fuimos de Colonia a las 10.02 de la mañana[1]

Sin duda, la atracción turística más llamativa de Alemania mientras Rhys Jones estuvo allí fue la Exposición de Arte Degenerado en Múnich. «No hay lugar en el Tercer Reich —había declarado Hitler en Núremberg en 1935— para los charlatanes cubistas, futuristas, impresionistas u objetivistas».[2] Para poner de manifiesto lo depravado de dichos artistas, se organizó esta exposición en julio de 1937. Obras de Klee, Kokoschka, Kandinsky, Dix, Nolde, Grosz, Beckmann y Kirchner se expusieron desordenadamente con el único propósito de invitar a su ridiculización. A poca distancia, en la Haus der Deutschen Kunst (el monumental nuevo museo del arte construido por el arquitecto favorito de Hitler, Paul Troost), se abrió una exposición, aprobada por los nazis, llamada «Gran Arte Alemán». Sin embargo, cuando llegó el momento de elegir entre los castos desnudos arios y una pizca de degeneración, el público votó decisivamente sin el menor género de duda.

En su libro *Just Back from Germany* (1938), el escritor inglés J. A. Cole reflejaba una visión muy popular cuando escribía que «algunas de las obras me gustaron, otras me dejaron indiferente y otras, francamente, no fui capaz de entenderlas». Advirtió que, por todas partes, había carteles, etiquetas y signos de exclamación e interrogación que hacían burla de las piezas expuestas. «Era como si los nazis temieran que los visitantes no fueran a reírse lo bastante». El hombre de mediana edad que vio animando a los visitantes de la exposición a reírse del arte expuesto sin duda era un actor empleado por la galería para esa tarea. De hecho, Cole observó que la gran mayoría de la gente no mostraba la menor reacción. «Solo paseaban estúpidamente, miraban las imágenes como si hubieran estado en cualquier otro museo una tarde de domingo de lluvia, y luego volvían a salir al exterior». Aunque Cole no era precisamente un aficionado a la vanguardia, a medio camino de la exposición empezó a sentir una extraña sensación de euforia. «La audacia de las imágenes era contagiosa —escribió—. Era como entrar en un asilo de lunáticos y comprender que uno llevaba años tratando de convertirse en uno de ellos».[3]

Truman y Kay Smith, junto con Charles y Anne Lindbergh, se contaban entre los miles de visitantes que acudieron a la exposición de Arte Degenerado. Kay se horrorizó y comentó que «la visión continua de rostros y formas feos y contorsionados, que expulsan sangre y vómito en escenas vulgares y asquerosas, sin duda producía una reacción física». Una vez a salvo en el exterior, al aire libre, Lindbergh admitió que necesitaba beber un trago por primera vez en su vida. Kay, que había leído artículos en la prensa estadounidense que condenaban el filisteísmo nazi, ahora compartía enteramente la posición del Führer, al menos en este tema. «Desde luego, apoyo plenamente el nombre con el que han bautizado a la exposición —escribió—, pues es arte degenerado, y me alegré cuando Hitler anunció que "la era de la vaca púrpura" había terminado».[4]

Tras visitar la exposición el 12 de octubre de 1937, los Smith y los Lindbergh cenaron con el general Von Reichenau. Anne Lindbergh se quedó impresionada:

> Es uno de esos hombres completamente maduros, sensatos, encantadores, cultos, de gran experiencia, fortaleza y capacidad de concentración combinada con una agudeza

> de percepción y anchura de miras que resulta maravillosa para conversar durante las veladas. No creo que haya conocido más de dos o tres personas como él a lo largo de mi vida. No es que dé la sensación de ser un «gran» hombre o un genio, o que tenga una presencia especialmente poderosa [...]. Es algo que uno siente gradualmente, de manera imperceptible a medida que avanza la velada. He aquí un hombre civilizado, tan equilibrado y educado como sea posible encontrar.[5]

Exactamente cuatro años más tarde, el 10 de octubre de 1941, cuando la invasión alemana de la Unión Soviética llevaba ya varios meses en marcha, el encantador anfitrión de Anne Lindbergh (para entonces mariscal de campo) emitió la «Orden de Severidad Reichenau» al Sexto Ejército. «El objetivo más importante de esta campaña contra el sistema judío-bolchevique —decía— es la completa destrucción de sus fuentes de poder y la exterminación de la influencia asiática en la civilización europea [...]. En este frente oriental [...], el soldado debe comprender plenamente la necesidad del castigo justo pero severo que debe aplicarse a las especies subhumanas judías».[6] Posteriormente, las tropas de Von Reichenau participaron en la masacre de treinta y tres mil judíos ucranianos.

Para cuando Barbara Runkle (que aún estudiaba música en Múnich) le escribió a su hermana el 16 de marzo de 1937 para describirle un encuentro con el sumo sacerdote del antisemitismo, Julius Streicher, ya no se hacía ninguna ilusión acerca de los logros de los nazis:

> Hace poco tuve una experiencia bastante emocionante. Vi que Julius Streicher, el gran cazador de judíos de Alemania, iba a dar una conferencia en la Hofbräu House una noche. Klaus Lüttgens, el hijo de la casa, y yo decidimos ir. Cuando llegamos allí, descubrimos que nuestras entradas no nos permitían acceder a la sala principal, sino solamente a una de las salitas secundarias, donde se retransmitía el discurso por radio. Fue un sustituto bastante patético, así que decidimos que sí o sí entraríamos en la sala más grande. Me acerqué al tonto de la puerta con mi pasaporte y le expliqué que era una estadounidense

muy interesada en la cuestión judía. No se creyó que no era alemana hasta que finalmente un espectador más inteligente le aseguró que así era, y por fin me dejó pasar. Eso hizo que Klaus se quedara fuera, pero, cuando nadie miraba y le gritaban *heil* a *Herr* Streicher, se metió por una ventana. Así que allí estábamos, ambos en la enorme sala llena de humo y ruido. El discurso que siguió fue el primero de ese tipo que había oído en mi vida. Sabía que iba a enfurecerme, por supuesto, pero no esperaba que me hiciera temblar de furia, tanto que creí que no podría tenerme en pie. En primer lugar, es un soberbio demagogo que fascina absolutamente a su público. Sabe cuándo hacerles reír y cuándo ponerse sentimental, y cómo azuzar las llamas del prejuicio racial hasta que los oyentes babean de ganas de atacar a los judíos. Soltó una interminable serie de mentiras: que no hay ningún judío decente en el mundo, que todos tienen un bacilo en la sangre que contagia enfermedades a la gente «blanca», que fueron los causantes de la Gran Guerra, de la caída de Roma y de Dios sabe cuántas cosas más. Refirió pormenorizados relatos acerca de chicas alemanas mancilladas por haberse casado con judíos y no se dejó ningún aspecto morboso sin subrayar con una broma vulgar. Yo miraba desesperada alrededor de la sala para ver si había una persona sana que no se lo estuviera creyendo todo al pie de la letra, pero, con la excepción de Klaus, que, aunque es nacionalsocialista, también estaba asqueado, nadie se perdía ni una de sus palabras. Por supuesto, era una masa sencilla y poco inteligente; la gente respetable no va a escuchar a Streicher porque ya saben qué tipo de persona es, pero, si fueran a verlo, quizá tendrían una visión más realista del régimen. Klaus no ha sido ni la mitad de ardiente en su lealtad a los nazis desde entonces.

Se pasó un buen rato apuntando frases en un pedazo de papel, cosas que quería debatir conmigo, y, cuando nos disponíamos a salir, un SA uniformado se le acercó y le dijo que tenía que ir con él para hablar con el responsable porque su esposa (es decir, yo) estaba obviamente en contra de todo lo que se había dicho, y no había hecho el saludo nazi ni había cantado, y él (Klaus) había tomado

> apuntes en un cuaderno de notas. En ese momento, toda mi ira contenida y mis nervios se desataron como un torrente y cayeron sobre el hombre uniformado. De hecho, estaba aterrorizada porque sabía algo que Klaus ignoraba, y es que en la misma libreta que le había prestado yo había un ensayo a medio terminar escrito por mí sobre la cuestión judía en Alemania. Klaus, muy jovial, regresó al cabo de unos minutos y dijo que lo habían llevado a hablar con un responsable inteligente que ni siquiera había querido ver la libreta, a Dios gracias. Fue bastante emocionante, eso seguro. Quienquiera que hable de un sistema social donde el Estado es todopoderoso y crea que será el paraíso más le vale quedarse muy quieto y darle las gracias a Dios por que nada parecido haya sucedido aún. Porque simplemente no sabe lo que dice.[7]

Un par de meses después de que Barbara Runkle asistiera a la reunión de Streicher, el doctor William Boyle y su mujer se dieron de bruces inesperadamente con la realidad del antisemitismo. Se habían casado recientemente en Nairobi, donde William tenía una consulta médica. Su suegro, el general de brigada *sir* Joseph Byrne, era gobernador de Kenia. Tras regresar a Inglaterra para visitar a sus familias, la pareja decidió pasar la luna de miel en Alemania. Después planeaban conducir a Marsella, donde se embarcarían en un barco de regreso a Kenia. Aunque no pusieron una bandera del Reino Unido ondeando en su coche (tal y como recomendaba el artículo de la *AGR* titulado «Consejos prácticos para viajeros en coche»),[8] sí que llevaban una pegatina con las siglas de GB. A pesar del enfriamiento de las relaciones entre los Gobiernos nazi y británico, la pegatina seguía atrayendo a los alemanes de a pie, que, al verla, hacían esfuerzos extraordinarios para ser amistosos con sus dueños.

Sin embargo, nada podía preparar a Eithne y William para lo que iba a suceder un día soleado en Fráncfort. Acababan de aparcar su coche y se disponían a visitar la ciudad cuando una mujer judía acompañada de una adolescente se les acercaron. La joven cojeaba visiblemente, tenía unos quince años y llevaba un zapato ortopédico. La mujer no se anduvo con rodeos. Había visto la pegatina en su coche e imploró a la pareja para que se llevaran a su hija consigo a Inglaterra. Eithne fue quien tomó la

decisión. Ya había visto lo bastante durante sus vacaciones como para saber qué le esperaba a una niña judía tullida en la Alemania nazi, y aceptó al instante. Fue un notable acto de caridad por su parte y de confianza ciega por parte de la madre. La desesperación de la mujer también quedó clara cuando, al decirle que no irían a Inglaterra sino a África, no cambió de idea ni por asomo. Solo le importaba una cosa: sacar a su hija de Alemania. En cuanto el consulado británico hubo aportado los documentos necesarios, el doctor y la señora Boyle prosiguieron con su viaje, ahora con la niña en el asiento de atrás. Años más tarde, una fotografía de Greta tomada en el jardín de Nairobi de los Boyle la muestra sosteniendo al nuevo bebé de la pareja. Sonríe ampliamente.*

Los Boyle procedían de una clase social que miraba la creciente tendencia de los viajes masivos con desdén. Sin embargo, la revista *AGR,* consciente del potencial de esta forma relativamente nueva de viajar, publicó varios artículos con la idea de animar a secretarias y dependientes a viajar así a Alemania. En 1938 recomendaba unas vacaciones de dos semanas (para un mínimo de quince personas) que recorrían Renania, Múnich, Viena, Innsbruck, Salzburgo y Berchtesgaden. Todo incluido, costaba treinta libras (unas quinientas libras en 2016).[9] En Alemania, las vacaciones para los trabajadores las gestionaba una organización estatal con el pegadizo nombre de «La Fuerza por la Alegría» (Kraft durch Freude, KdF). Fue una de las iniciativas más exitosas de los nazis y ofreció vacaciones a bajo coste, excursiones y eventos culturales para unos veinticinco millones de obreros alemanes entre 1933 y 1939.

Como Archibald Crawford, consejero del rey, había demostrado ser un apologeta tan entusiasta de la Alemania nazi, se convirtió en uno de los cuatro británicos invitados en agosto de 1937 a unirse a los mil quinientos obreros alemanes y sus familias que se embarcaron en el *Wilhelm Gustloff*† para un crucero hacia

* Entrevista con Alice Fleet (que es el bebé de la fotografía), hija de William y Eithne. Se desconoce la posterior historia de Greta, aunque se está intentando localizarla.

† El barco se llamaba originalmente *Adolf Hitler,* pero el propio Hitler decidió cambiarle el nombre a *Wilhelm Gustloff* en honor del líder nazi suizo, asesinado en 1936. Fue hundido por un submarino soviético en 1945. Murieron unos nueve

Madeira y Portugal. El barco, que había sido fletado tres meses antes, se había construido ex profeso para la KdF. Crawford se fijó en que todo a bordo se hacía conjuntamente, como una masa: los juegos, los debates, los paseos, las canciones y los desfiles. «Parecíamos más un gran internado que un grupo de adultos —escribió—. Las órdenes se daban para todos, pero siempre se aceptaban alegremente y se obedecían con una prontitud que me asombró». A muchos británicos les hubiera puesto nerviosos esa actitud, pero Crawford trató de fijarse en los aspectos positivos. «Llegué a la conclusión de que los alemanes son socialistas natos —observó—, probablemente los únicos en todo el mundo».

Desde luego, los principios socialistas gobernaban la vida a bordo del *Wilhelm Gustloff*. Como parte del esfuerzo de los nazis por estimular las relaciones entre los invitados a bordo, los miembros de la clase media se incluyeron en el crucero sin ningún privilegio especial. Por ejemplo, las cabinas se asignaban al azar. Crawford tuvo muchas oportunidades de hablar con los pasajeros. Aparte del resentimiento por la hostilidad de la prensa británica hacia el nacionalsocialismo y el temor de que «algunos de vuestros comunistas provoquen disturbios», estaba claro que el Reino Unido era el lugar que todos querían visitar. Aunque admitía que unas vacaciones a bordo del *Wilhelm Gustloff* no encajaban precisamente en los gustos británicos, Crawford se quedó impresionado:

> Este viaje en concreto, con sus dos semanas en alta mar en un crucero de lujo y sus visitas a Lisboa y Madeira, sus seis comidas al día, los constantes entretenimientos, entre los que se cuentan la mejor compañía de marionetas del mundo, cantantes de ópera de primer nivel, varias orquestas y dinero de bolsillo en moneda portuguesa para las excursiones, le ha costado a cada uno de los obreros una fracción de lo que tendría que pagar en circunstancias normales.[10]

Aunque la gran mayoría de los pasajeros eran solo obreros o campesinos con salarios muy bajos, gracias al programa de la KdF,

---

mil cuatrocientos alemanes, lo cual lo convierte en el naufragio con mayor pérdida de vidas en toda la historia.

cuando viajaban no había límite. Y muchos ya esperaban con ganas el momento de volver a subir al crucero para su viaje a Tokio en 1940.

Para cualquier escéptico que visitara Alemania a finales de los años treinta, la sensación debía ser que el nacionalsocialismo lo había impregnado todo, hasta el último rincón de la existencia humana. Y, sin embargo, como Sylvia Morris recordaba, en Dresde (una ciudad hostil a Hitler de forma consistente) logró ignorar a los nazis y al mismo tiempo extraer lo mejor de su viaje a Alemania:

> Fui a Dresde en 1937 para estudiar violín y canto. Vivía con otras chicas en una *Töchterhaus* (un 'albergue para señoritas'). La música me mantenía completamente ocupada. Cada noche iba a la ópera, y recuerdo la alegría que sentía cantando en el coro, dirigido por Richard Strauss. Nadie hablaba de Hitler ni de política. Una vez a la semana tenía que presentarme en la comisaría y una vez a la semana iba a la *Brautschule* (la 'escuela de novias'), donde aprendía a cocinar sopas y a coser (algo que me fue muy útil en la guerra, cuando trabajé para el MI5 y alimentaba con sopa a los prisioneros alemanes en la cárcel de Wandsworth). Si alguna vez quería desviarme de mi rutina habitual, una doncella tenía que acompañarme. Cada mes había un baile, pero todo era muy formal. Solo podíamos bailar con un hombre si ya nos habían presentado. Las carabinas se sentaban contra la pared. Se suponía que solo debíamos hablar cuando nos dirigían la palabra y se esperaba que hiciéramos una reverencia de cortesía frente a nuestros mayores. Conocí al músico Fekko von Ompteda. Varias veces a la semana se iba a bombardear España. Fui dos veces al Festival de Bayreuth. El camino de la colina hasta la Festspielhaus estaba lleno de gente que esperaba para ver a Hitler. Todavía recuerdo el olor a sudor, pies y botas de cuero.[11]

Sin embargo, para Ursula Duncan-Jones, de diecisiete años, que salió en febrero de 1938 hacia Alemania para estudiar en Osnabrück, ignorar a los nazis no era posible. Sus anfitriones, el doctor y la señora Heisler, eran favorables a Hitler, pero «como

todo el mundo». Y, al igual que un número sorprendente de sus contemporáneos, Ursula había salido del mundo protegido de un internado femenino directamente hacia la Alemania nazi. En su caso, la transición era aún más extraordinaria, pues su padre, Arthur Duncan-Jones, deán de Chichester, había visitado Alemania tres años antes. No solo había experimentado de primera mano la vida bajo los nazis, sino que también, a lo largo de 1937 (en lo que Ursula llamaría «el año de la invasión alemana»), había abierto las puertas del deanato a innumerables refugiados. Su cocinera y su secretaria eran víctimas de los nazis.

Entonces, ¿por qué consideraban el deán y su esposa que Osnabrück era un lugar adecuado para su inocente hija adolescente? La verdad es que el amor que sentían por Alemania (que visitaban regularmente desde su luna de miel en Múnich) y por el pueblo alemán estaba tan arraigado que, como les sucedía a muchos otros británicos, no solo había superado la Gran Guerra, sino que también era inmune a los nazis.

Ursula, que a pesar de su juventud era una observadora astuta, consideraba que el doctor Heisler era aburrido, «una criatura retorcida y saltarina» con un sentido del humor bastante simple a quien, «como de costumbre», su esposa y su familia le permitían cualquier capricho. Tampoco le gustaban demasiado los dos hijos de la familia, que se pasaban la mayor parte del tiempo asistiendo a reuniones y desfiles de las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, *Frau* Heisler, pequeña, achaparrada y amistosa, hizo todo lo que pudo para que Ursula se sintiera como en casa. Y finalmente estaba la tía Bertchen, que se pasaba las horas sentada en un rincón de la cocina, tejiendo y escuchando propaganda nazi por la radio. A pesar de lo mucho que le desagradaba el régimen, Ursula pronto se acostumbró al ritmo de la casa Heisler. Entonces, un día se anunció que Hitler iba a visitar Osnabrück en una rápida parada de su gira.

> La efervescencia que se palpaba en el ambiente era intensa. Toda la familia marchó como un solo hombre hasta la estación, junto con lo que parecía el resto del pueblo. Y esperamos y esperamos hasta que finalmente llegó el famoso tren. Hitler avanzó por él, apareció en cada ventanilla y se aseguró así de que todos lo veíamos. La respuesta de la muchedumbre fue un rugido indescriptible. No po-

> día creerlo. Durante el resto del día y toda la semana siguiente, la familia no habló de otra cosa: de lo maravilloso que había sido ver a nuestro Führer y lo afortunada que era porque lo había podido ver, y así todo el rato. Adopté una actitud relativamente distante, porque me negaba a reconocer que había sido más que un incidente simplemente interesante, y no quise ir más allá.[12]

Justo cuando Ursula se embarcaba en su aventura alemana, Barbara Pemberton disfrutaba de una experiencia muy distinta. Era hija de padre inglés y de madre medio alemana y medio belga, y había crecido en Hamburgo durante la mayor parte de su vida. Por motivos de salud solía pasar los inviernos en Bad Oberdorf, en Baviera. Una tarde, mientras vigilaba a unos niños en unos toboganes de la guardería, se le acercó una mujer de aspecto agradable que le preguntó si le importaría incluir a «un niño con el pelo rubio y rizado» en el grupo. Barbara se enteró después de que la mujer era Ilse Hess, la esposa del segundo de Hitler, Rudolf Hess, y de que probablemente el niño era el sobrino de Hess. «Llegué a conocer a Ilse y, de hecho, me caía bien —escribió—, aunque era una nazi de pies a cabeza».

En febrero de 1938, Ilse invitó a Barbara a quedarse en su casa durante el Carnaval de Múnich, el *Fasching*. Barbara aceptó encantada, aunque su padre no estuvo tan complacido. Después de una discusión, el hombre dio su brazo a torcer y Barbara obtuvo permiso para ir, pero él le dijo a su hija que, si abrazaba la doctrina nazi, ya no sería bienvenida en la familia. Con esta advertencia muy presente, Barbara llegó a la estación de Múnich, donde la recibieron unos soldados de las SA y la condujeron directamente a la residencia de los Hess. Se erigía en medio de un gran parque, constantemente vigilado por patrullas SA y por perros guardianes. Tras una cálida bienvenida, le ofrecieron sentarse cerca de la radio, pues toda la familia se había reunido allí para escuchar el discurso anual del Führer, que siempre daba el 30 de enero, el día en que se había convertido en canciller. «Aún los veo —recordaba Barbara—, pendientes de cada una de sus palabras». Las hijas del embajador sueco y una condesa italiana también se unieron a los invitados. En una ocasión, todos salieron a dar un paseo, con Hess abriendo el camino. «Nos dio un ataque de risa —escribió Barbara—, porque se le veía perfectamente la calva y

alguien sugirió en voz baja que, si cortábamos un pedacito de forro de nuestros guantes y se lo poníamos en la coronilla, quedaría perfecto».[13]

En Berlín, Emily Boettcher, una concertista de piano estadounidense de Dakota del Sur, se enfrentaba a un sinfín de regulaciones que le impedían desarrollar su carrera musical. Desde 1935 (cuando tenía veintiocho años) había pasado largas temporadas en Alemania para estudiar con algunos de los más grandes pianistas de ese siglo: Wilhelm Kempff, Artur Schnabel y Edwin Fischer. Decidida a tener éxito, trató de ignorar las circunstancias desagradables que la rodeaban y de concentrarse en su música practicando largo tiempo cada día. Le costaba mucho encontrar una habitación, como queda claro en esta carta que escribió a sus padres:

> Bueno, pues ya estoy en el sitio nuevo, pero dudo que me quede mucho tiempo aquí, porque uno de los que se aloja en la casa me impide practicar debidamente. Tengo una mala suerte terrible con este tema. La mayoría de la gente que subalquila habitaciones se esfuerza por ocultar los puntos negativos o no muestra lo peor de la casa. Suele ser el baño, o quizá algún enchufe que no funciona. No vi nada malo en esta casa cuando vine por primera vez, pero, cuando sirvieron la comida, me di cuenta de que *Frau* Doctor me había ocultado algo: ¡sus otros realquilados! Tiene tres, y eso hace que haya cuatro personas en la casa, todas mayores de setenta años. Me siento como si estuviera en una residencia de ancianos.[14]

Poco después de esta misiva y de trasladarse a una habitación nueva, el 5 de febrero de 1938 escribía: «Hay chinches en la cama. Tendré que echar algo en la habitación, y, si eso no funciona, habrá que fumigarla o me tendré que ir. Apenas hay mantequilla y no tienen huevos». Dos meses más tarde, desde otra habitación, reflexionaba:

> Por primera vez me doy cuenta del devastador efecto que la maquinaria de propaganda nazi ha tenido en mis nervios. Sin darme cuenta, he sucumbido como miles de personas a temerlo todo. Aun así, no es solo la propaganda

> lo que me ha empujado a sentirme de esta manera. Han puesto micrófonos en mi teléfono, se negaron a servirme cuando fui a comer con un amigo portugués que tiene rasgos hebreos y todas las cartas que llegan del extranjero vienen censuradas.[15]

Dado que no se trata de una descripción poco común de la vida cotidiana en Alemania, ¿cómo es posible que un goteo estable de turistas normales siguiera optando por pasar las vacaciones allí en 1938? Resulta aún más desconcertante que, una vez que habían visitado Alemania y tras ver el régimen con sus propios ojos, no regresaran a sus hogares y lo condenaran tajantemente.

Los recuerdos de las vacaciones familiares de la doctora Jill Poulton, a finales de la década de 1930, ofrecen una respuesta parcial. Para Jill, una adolescente, y su hermana mayor, Alemania era un paraíso: los pueblecitos medievales, la ausencia de tráfico, los hoteles encantadores (en los que jamás había que reservar con antelación) y las numerosas y alegres tabernas de cerveza. Lo mejor de todo eran las piscinas en cada pueblo, por no mencionar los «guapos adolescentes» que se bañaban en ellas. Era muy distinto de todo lo que había experimentado Jill en Inglaterra. La familia avanzaba por Alemania hacia Austria conduciendo un viejo Rover a un ritmo apacible; jamás cubrían más de ciento cincuenta kilómetros en un día. Tampoco les resultaba difícil aparcar en la plaza principal de cada pueblo y ciudad que visitaban. Todo el mundo era educado y encantador, hasta los funcionarios y los policías. En un sendero cerca de Berchtesgaden se encontraron con un grupo de jóvenes ataviados con trajes y pantalones tradicionales que cantaban en perfecta armonía mientras subían por la montaña. La familia jamás hablaba de política y jamás se sintió amenazada. A las dos chicas les impresionó la pulcritud de los jóvenes uniformados. El Fráncfort medieval era uno de los recuerdos más vívidos de Jill. Cuando su guía les mostró la calle de las Pulgas, en el distrito judío, estrecha y maloliente, su madre (de origen alemán) profirió uno de sus habituales comentarios antisemitas. Años más tarde, Jill y su hermana descubrieron que su madre también era judía.[16]

Asimismo, el escritor J. A. Cole, que no era ningún simpatizante nazi, lograba decir, tras una estancia prolongada en Alemania entre 1937 y 1938:

> Es imposible ver un pueblo alemán por primera vez en una mañana soleada sin que el espíritu se regocije y sienta que tenemos delante un lugar deliciosamente ajeno y, al mismo tiempo, uno donde se podría vivir felizmente. Las calles de Aquisgrán son anchas y están bordeadas de árboles. Los pavimentos, las calzadas y los peldaños de las casas siempre tienen aspecto de estar recién limpiados. La cara de la gente resplandece. Los conductores de carros agitan sus látigos animadamente, aunque no esté permitido. Es difícil encontrar a gente pobre de verdad. Las tiendas son preciosas y hay un número estupendo de cafeterías. No hay rastro de mendigos ni de pedigüeños.[17]

Parecería que hasta los viajeros fundamentalmente hostiles a los nazis miraban más allá del régimen para buscar lo que imaginaban que era la Alemania real: un país que, a pesar de todo, conservaba su poder imperecedero para seducir y hechizar a sus visitantes.

Capítulo 17

Anschluss

El 12 de marzo de 1938 tuvo lugar la anexión de Austria, el Anschluss. Aunque a muchos extranjeros les dejó sin habla el despiadado movimiento de Hitler, otros pensaron que era una consecuencia perfectamente lógica y que mejoraría las perspectivas a largo plazo de Austria.

Ese día, en Gotinga, Ji Xianlin abrió la puerta para encontrar a su amigo Long Tongtian de pie y muy nervioso en el umbral. «Jamás me habría imaginado la noticia tan impactante que traía —escribió en su diario—. El ejército alemán ha ocupado Austria. La guerra ya es inevitable y me temo que no podré regresar a China pronto. Tendré que vivir en el extranjero, sin dinero y hasta pidiendo limosna por las calles. ¿Volveré a ver alguna vez mi patria?».[1] Mientras tanto, en Dresde, Sylvia recordaba que todo el mundo había celebrado el Anschluss comiendo un montón de nata, «lo cual resultaba especialmente notable dada la escasez de alimentos».[2] *Lady* Margaret Boyle, la aficionada a la ópera e hija del octavo conde de Glasgow, se encontraba en una escuela preparatoria de Múnich cuando Hitler invadió Austria.

> Unity Mitford nos preguntó si queríamos verlo. Como pensábamos que era un momento bastante histórico, algunos de nosotros dijimos que sí y fuimos al tren para verlo pasar. Había soldados alineados en la calle y una isla frente a nosotros, así que no sabíamos por qué lado aparecería. Por supuesto, fue por el más alejado, así que empujamos a los soldados y nos acercarnos a su coche corriendo. Estaba de pie, enfundado en su habitual abrigo de cuero y, en lugar de sonreír con dulzura, nos miró SIMPLEMENTE FURIOSO porque los soldados no nos habían contenido. De todos modos, lo *vimos*. Era igual que en las fotos.[3]

Entre la multitud que también esperaba en Linz la llegada triunfal del Führer se encontraba Kay Smith, que recordaba el rugido del *«Sieg Heil, Sieg Heil»* de la gente, «tan repetitivo que parecía un pulso gigante que latiera en mi oído».[4]

A Ursula Duncan-Jones le horrorizó el Anschluss, al que consideraba una «anexión despreciable de Hitler de un país pequeño y alegre como Austria». Era imposible escapar a la inacabable propaganda que emitía la radio, «a todo volumen, dentro y fuera de las casas». Estaba perpleja. «Después de todo, esa gente, por la que yo sentía bastante afecto y que parecía inteligente y equilibrada, daba la impresión de haber caído en el engaño de la propaganda. En tanto que observadora, me callaba y me guardaba muy mucho de decir lo que pensaba. Pronto se me acabaron las réplicas evasivas a las alabanzas que siempre manaban de sus labios».[5]

Cuatro días después del Anschluss, *The Times* publicó un artículo titulado «En la Austria nazi: impresiones de un viajero»:

> El trayecto hasta la estación de Viena fue difícil y lento a causa de las largas columnas de unidades mecanizadas alemanas que llegaban y de las multitudes casi histéricas. Desde las ventanillas del tren que atraviesa la noche, se ve una continua procesión fantasmagórica de camiones, grúas y vehículos de combate que se dirigen a Viena, con los faros encendidos e iluminando la campiña. En las ciudades, los oficiales y sus ordenanzas han tomado los grandes hoteles. Los restaurantes de las estaciones son el monopolio de soldados alemanes, y toda la escena recuerda a Bélgica durante la Gran Guerra [...]. Los trenes hacia la frontera están llenos, sobre todo, de judíos, pero también de un gran número de visitantes ingleses que se encontraban en los pueblos turísticos alrededor de Innsbruck para practicar deportes de invierno y que ahora piensan que es mejor abandonar Austria. A los judíos se los llevaron todos a los cuarteles de la policía en Innsbruck y los registraron por si portaban divisas de contrabando. A los visitantes ingleses les permitieron quedarse con el dinero que llevaban encima.[6]

Este artículo en concreto provocó una intensa discusión política entre Joan Wakefield, de diecisiete años, y una chica alemana esa mañana durante el desayuno, tal y como anotó Joan en su diario el 28 de marzo. Uta era miembro entusiasta de la Bund Deutscher Mädel ('Liga de Jóvenes Alemanas'), la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas, y acababa de volver de Berlín después de pasar seis meses trabajando con familias campesinas. «¡Discutimos durante dos horas! ¡En alemán!», escribió Joan, que estudiaba en la Universidad de Berlín. El día del triunfal regreso de Hitler desde Viena había acompañado a su casera, la baronesa Von dem Bussche-Streithorst, a Wilhelmplatz para escuchar el discurso del Führer. Joan se encontraba de pie al lado de una fuente en la que, en lo alto, estaban sentados varios camisas pardas, que balanceaban las piernas en el aire. Cuando no hizo el saludo nazi, le golpearon la cabeza con los pies. Esa noche, la baronesa decoró la mesa con esvásticas en un arrebato de patriotismo.

Un mes más tarde, el 10 de abril, se celebró un plebiscito por todo el Reich para la aprobación del Anschluss. La noche antes de la votación, Joan se encontraba en un tren que la llevaba de Stuttgart a Múnich. Por la ventanilla, veía hogueras enormes en todas las cimas de las colinas y fuegos artificiales sobre cada pueblo. Llegó el resultado: el 99,7 por ciento del electorado aprobaba la anexión, supuestamente. Ji Xianlin no era uno de ellos. La entrada de su diario reza: «Hoy es día de elecciones en Alemania. Todos los alemanes están en la calle, con chapas y distintivos. Las puertas de los colegios electorales están llenas de perros negros [SS] y amarillos [SA]». Al día siguiente, añadía:

> Ayer me desperté a medianoche. Abajo en la radio se oía el ruido de un perro que aullaba. Sin duda se trataba del Viejo Xi [Hitler] o quizá de algún otro. Después de los aullidos se oyeron unos aplausos tremendos que rompieron con estridencia el silencio de la noche como una *banshee*. Los alemanes se han vuelto locos. No puede faltar mucho para el día en que todo se caiga a pedazos.[7]

Inmune a la situación política, el equipo de *hockey* de la escuela Charterhouse partió a principios de abril para iniciar una gira por Alemania. Un miembro del equipo recordó su aventura en la revista de la escuela:

> Hay que admitir que el equipo de *hockey* de Charterhouse no era el foco de atención a su llegada a Colonia. No resulta difícil imaginar el porqué: Hitler se había pasado allí todo el día y había exhortado a los alemanes a que votasen «*Ja*» en el plebiscito que había de celebrarse [...]. Todos los edificios públicos, desde la tienda más humilde hasta la Ópera de Leipzig, estaban literalmente forrados de propaganda nazi. En Colonia nos alojamos en un magnífico estadio deportivo, un ejemplo espléndido de la arquitectura alemana moderna. Fue el único sitio donde no nos hospedamos con familias, pero no fue porque no nos quisieran, sino porque todo el mundo tenía amigos y parientes en casa, procedentes del campo, que habían ido a la ciudad para ver al gran líder [...].
>
> Creo que es justo decir que la mayor parte del grupo se lo pasó mejor en Leipzig [...]. La atmósfera era más inglesa, el espíritu de Hitler no anidaba con tanta seriedad en la ciudad como en el resto de los lugares de Alemania que visitamos [...]. En todas partes encontramos el mismo deseo de trabar amistad con Inglaterra [...]. Su franqueza es casi trágica, les parece imposible que prefiramos como aliados a los franceses, que son amigos de Rusia y Checoslovaquia, antes que a ellos, los primos sajones.[8]

El capitán George Pitt-Rivers también estaba perplejo. No entendía por qué el Reino Unido se mostraba tan reticente a reforzar sus lazos con Alemania. Hacia mediados de 1937, el número de simpatizantes nazis británicos ya se había reducido notablemente, pero, de los que aún quedaban, no había nadie más ferviente que Pitt-Rivers. Desde su punto de vista, el Anschluss era un logro espléndido. Al volver de uno de sus múltiples viajes a Alemania, escribió para felicitar al Führer: «Permítame que, en tanto que viejo oficial británico y sincero amigo de Alemania [...], le exprese mis sentimientos de profundo agradecimiento por el Anschluss con Austria que se ha llevado a cabo bajo su liderazgo, sin derramamiento de sangre y con la alegría de los pueblos austríaco y alemán».[9]

El 6 de julio de 1938, cuando hacía tres meses que Austria formaba parte del Reich, un tren avanzó lentamente por un ramal

desde Fulda hasta Hannover y se detuvo en todas las estaciones, sin importar lo pequeñas que fueran. Corvey, a sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Gotinga, era uno de esos pueblecitos rurales, y fue allí donde Joan Wakefield se apeó en el andén para empezar lo que serían unas vacaciones de verano memorables. En Berlín había conocido por casualidad al duque de Ratibor en la casa de su profesor de alemán. Al duque, que también ostentaba el título de príncipe de Corvey y príncipe de Hohenlohe-Schillingsfürst, le había caído bien la muchacha británica y, unos días más tarde, la invitó a pasar el verano con su familia para que sus hijos pequeños mejoraran el inglés. «Me llevó directamente al castillo —recordaba Joan—, donde la duquesa esperaba en los peldaños de la entrada para recibirme».[10]

Era una tarde perfecta de verano y el «castillo», que en realidad era una antigua abadía benedictina, estaba bañado en luz dorada. Es posible que la familia fuese una de las más antiguas de Alemania, «el equivalente social de los reyes»,[11] pero había pocas comodidades modernas y aún menos muebles. En toda la residencia solamente había dos baños. Joan abrió sus maletas, los hombres volvieron de cazar y todos fueron a cenar. A lo largo y ancho de Alemania había escasez de comida, pero ahí los alimentos procedían de las tierras del príncipe, y era todo abundante y delicioso. Joan no anotó nada sobre la conversación de esa velada, pero es improbable que mencionaran una importante noticia de ese día: a los judíos se les prohibía comerciar u ofrecer ciertos servicios comerciales concretos. «Me sentí como en casa y muy feliz después de mi primera noche con la familia Ratibor», escribió Joan ese día antes de caer rendida.

Se pasó la primera semana yendo en canoa por el río Weser. Una fotografía tomada frente al castillo, justo cuando se disponían a partir, muestra a un grupo de jóvenes atractivos, resplandecientes de alegría y emoción. El mundo era perfecto y ni siquiera las nubes grises que cubrían el cielo iban a desanimarlos. Sobrevive un álbum titulado *«Paddel-Fahrt auf der Weser 9/07-16/07 1938. Münden bis Minden»* ('Viaje en canoa en el Weser. De Münden a Minden'). Son pequeñas fotografías desteñidas en blanco y negro (con los bordes decorados) que muestran una campiña extraordinariamente vacía que se extiende a ambos lados del río. De vez en cuando aparece un niño curioso o un ciclista solitario en la imagen. Las casas mitad piedra y mitad madera, al igual que las

iglesias y los pueblos tranquilos, aparecen capturadas para formar el paisaje de fondo en el que se desarrollan las hazañas del grupo de amigos con la canoa. Pasaron por tormentas de relámpagos, ataques de mosquitos, una colisión con un *ferry,* filtraciones de agua, pieles quemadas y hasta una casera que los espiaba a través de un agujero oculto en la pared. Cuando no se dejaban llevar perezosamente corriente abajo o remaban furiosamente contra el viento de cara, se dedicaban a escalar el Bückeberg, comprar zuecos y comer grandes cantidades de jamón de Westfalia. La noche que pasaron en Kirchohsen (unos ocho kilómetros al sur de Hamelín) fue la más divertida. La banda de mandolina del pueblo tocaba mientras los primos españoles bailaban un tango y Joan, una polca. Hacia el final de la velada, todo el pueblo se había unido a ellos. Fue, como dijo Joan, «una fiesta muy divertida».

Una semana más tarde regresaron a Corvey después de hacer autoestop en un camión de verduras. A medida que el calor se intensificaba, los días se disolvían deliciosamente uno tras otro. Jugaban al tenis, cazaban, iban a montar y nadaban en el Weser. De noche bailaban al ritmo de la música del gramófono, bebían *«bowle»* (que era una mezcla de vino blanco y champán) y hablaban de política. Una semana después de su viaje en canoa, algunos de ellos se marcharon para ver el Gran Premio de Alemania. Aunque las carreras eran emocionantes, para Joan fue mucho más excitante volver a casa con Viktor, el hijo mayor de los Ratibor y su heredero, en su Frazer Nash. «Incluso me dio algo de miedo —escribió—, pero la luz iluminaba los viñedos gloriosamente al atardecer: era romántico y encantador». Al día siguiente se anunció que a los médicos judíos se les prohibía ejercer la medicina.

Es posible que el castillo de Corvey fuera lo más impresionante que Joan había visto jamás, pero tan solo se trataba de la casa de verano de la familia. La residencia principal de los Ratibor era la impresionante antigua abadía cisterciense de Rauden, en la Alta Silesia. En ese período previo a la guerra, el castillo, rodeado de enormes terrenos, se encontraba a pocos kilómetros de la frontera polaca. El 3 de agosto, todos, incluida a Joan, abandonaron Corvey para instalarse en Rauden, unos ochocientos kilómetros al este. El trayecto hasta Berlín, donde pasaron noche, fue largo y caluroso. Como a todos los extranjeros, a Joan le impresionó la eficiencia de las autopistas alemanas, pero le parecieron monótonas. Una vez en Berlín, se cambiaron rápidamente y se enfunda-

ron en ropa deportiva para jugar al tenis, un par de sets antes de pasar la velada bailando en el hotel Eden. «Franz Albrecht no sabe bailar el Jiggedy Jig», anotaba Joan. Recordaba que, varios meses antes, había bailado en el mismo hotel con el sobrino de la baronesa, Axel von dem Bussche-Streithorst. El atractivo y alto oficial se convertiría más adelante en un héroe de la resistencia alemana. En 1943, a los veinticuatro años, en lo que estaba previsto que fuera una misión suicida, planeó asesinar a Hitler ocultando una granada en el nuevo uniforme de la Wehrmacht que le habían pedido que se probara para mostrárselo a Hitler. El encuentro jamás tuvo lugar, ya que las bombas aliadas destruyeron el tren que transportaba los uniformes. Decidido a intentarlo de nuevo, los planes de Axel volvieron a torcerse cuando se canceló una reunión prevista con Hitler. Por suerte para él, cuando se produjo la conspiración de la bomba del 20 de julio, se encontraba en el hospital (porque había perdido una pierna) y, por ello, quedó fuera de toda sospecha. Mientras tanto, esa calurosa noche de agosto de 1938, Joan escribió nostálgica en su diario: «Me he acordado de cuando cené en el Eden con Axel y bailamos juntos. ¡Fue divino!».

Al día siguiente, la partida se puso en marcha de nuevo hacia el inmenso castillo Koppitz, que incluso contaba con torreones góticos, arbotantes y unos magníficos jardines. «No me parece nada bonito», comentó Joan. El castillo pertenecía a la familia Schaffgotsch, cuya riqueza procedía de las minas de carbón de Silesia. Habían invitado al grupo de los Ratibor a quedarse en Koppitz para un torneo de tenis que duraba dos días. El evento, organizado con la habitual precisión alemana, fue un acontecimiento social de primer orden. «Me daba algo de miedo —anotó Joan—. Tuve que desfilar hacia el pabellón de tenis bajo los ojos de un montón de gente y me sentí inspeccionada». Para una chica inglesa sencilla que apenas llevaba unos meses fuera de su internado, seguramente debió ser una experiencia bastante intimidante. «No conocía a nadie. El conde habló conmigo. Había cientos de criados. Después del té nos cambiamos para jugar al tenis, aunque estuvimos poco tiempo. No lo hice mal, y eso me ayudó a sentirme más confiada». Le presentaron al príncipe Jorge de Dinamarca, que también tenía su edad. «Un muchacho agradable y sano», escribió. El príncipe le confesó lo mucho que detestaba a los alemanes y tener que hablar alemán. «¡Me dijo

que era horrible la manera en que las madres siempre empujaban a sus hijas a bailar con él!». Joan no pudo evitar fijarse en que, en efecto, la habitación del príncipe quedaba justo delante de la que ocupaba la hija más bonita de los Schaffgotsch. Es posible que el príncipe tuviera un pedigrí impresionante, pero el tenis se le daba fatal. «Jugó peor que mal —se quejó Joan, porque le había tocado de pareja en los dobles mixtos—. ¡Tuve que contenerme para no echarme a reír! Ni siquiera corría para alcanzar la pelota».

El torneo resultó espléndido. «Había bebida en abundancia, un montón de criados, helados y todo lo demás: maravilloso», escribió Joan. Pero, mientras las pelotas de tenis rebotaban en las pistas de Koppitz ese 8 de agosto, a unos quinientos kilómetros al sur de Linz, en el pueblo natal de Hitler, se construía el nuevo campo de concentración de Mauthausen. Estaba pensado para internar a los enemigos más acérrimos del Reich, muchos de ellos intelectuales, y el plan era exterminarlos mediante la esclavización y los trabajos forzados en las canteras, minas y fábricas de munición locales. Mientras tanto, en Koppitz, después de la entrega de premios se celebró un gran banquete. «El príncipe Jorge me acompañó a la cena —anotaba Joan—. Nos llevamos muy bien. Después bailé prácticamente toda la velada con él, incluido el Paseo de Lambeth. Había un montón de gente joven y todos estábamos muy contentos».

Al día siguiente, Joan y sus amigos se dirigieron al castillo de Rauden, una estructura inmensa rodeada de bosques. Tres días más tarde, el 12 de agosto, Hitler movilizó a 750 000 soldados. Esa tarde, Joan fue a Gliwice* para que le quitaran una caries. Mientras el dentista, que era un ferviente seguidor nazi, trabajaba, le dio una lección sobre los méritos del nacionalsocialismo. En el viaje de regreso a Rauden, se toparon con «centenares» de tanques y camiones cargados de soldados. «Todo esto da un poco de miedo», comentó Joan. Pero su ansiedad se desvaneció cuando volvió a sumergirse en el ciclo diario de salidas a caballo, baños en los tranquilos lagos de los bosques, fiestas, bromas y las inevitables partidas de tenis. A Joan le gustaban particularmente las expediciones de caza a las que iba con el duque. Se reunían todos los

* Casi exactamente un año después, el 31 de agosto de 1939, tuvo lugar el así llamado «incidente de Gliwice». Lo organizaron los nazis y le dio a Hitler el pretexto para invadir Polonia al día siguiente, el 1 de septiembre.

días a las seis de la mañana y salían en su viejo Ford con guardabarros de color naranja brillante y tapicería verde. «*Wildschwein* ['jabalíes salvajes'], muy emocionante. Los vi, pero no me acerqué lo bastante para disparar», informaba Joan después de una salida. Los días de lluvia le gustaba pasear con los perros por el bosque, aunque a veces se perdía por completo. El 17 de agosto la rescataron unos granjeros locales. «Hablé con los campesinos, todos muy pobres pero encantadores. Creo que nunca habían tratado con una joven inglesa». Ese mismo día, se obligó a los judíos que no tenían nombres judíos a que se identificaran como «Israel» en el caso de los hombres y «Sarah» en el de las mujeres.

A medida que se acercaba septiembre (y el congreso de Núremberg), la exigencia de Hitler de que los Sudetes se separasen de Checoslovaquia y se incorporasen al Reich se volvió más estridente. Los Sudetes estaban conformados por las partes del país (en las fronteras de Bohemia, Moravia y la Silesia checa) habitadas principalmente por hablantes de alemán y que antes de la Primera Guerra Mundial pertenecían a Austria. Pero, cuanto más amenazadora era la situación política, más parecía florecer la vida en Rauden, dentro de su propia burbuja de ensueño. Aun así, se podría argumentar que la sensación de una crisis inminente dotaba a los placeres que los jóvenes vivieron ese verano de un estímulo añadido. Sin embargo, pocos eran capaces de predecir la catástrofe que se desencadenaría sobre las poderosas familias alemanas de la Alta Silesia y que destruiría su forma de vida para siempre. Una noche, en un castillo cercano, Joan conoció a un médico de Praga. «Me dijo que los checos lucharían pasara lo que pasara. Que morirían antes que ceder ni una pulgada de su territorio». No suelen darse ese tipo de comentarios políticos en su diario. De hecho, al leerlo resulta difícil adivinar que Europa estuvo al borde de la guerra durante todo el tiempo que pasó como invitada de los Ratibor. Al final, fue el duque quien decidió que debía irse, pero antes se celebraría una última fiesta.

La noche del baile, el duque y sus hijos estaban resplandecientes en sus trajes de gala familiares. Joan eligió un vestido negro de topos, «que a todo el mundo le encantó». Había sesenta invitados, vestidos de gala, y la cena consistió en cinco platos. Cuando terminó, la duquesa y Guido Henckel von Donnersmarck bailaron danzas tirolesas y valses vieneses «maravillosamente». La música procedía de una banda local particularmen-

te alegre y se prolongó hasta las cuatro de la madrugada. «Los criados también bailaban —observó Joan—, pero al otro lado de la pared».

Por fin llegó su último día, el miércoles 31 de agosto:

> Terminé de hacer las maletas y se las llevaron. Me bañé en la laguna, la duquesa vino conmigo. Jugamos al tenis y le di una paliza a Franz-Albrecht. El duque y los demás miraban. Nos lo pasamos muy bien. Entonces, Franz-Albrecht y yo nos fuimos a dar un último paseo por el bosque. Las hojas se están tiñendo de unos colores preciosos. Me sentí un poco triste. Volvimos a paso rápido porque era bastante tarde y se había hecho de noche. Fuimos a cazar por última vez, un encanto. Cena de despedida. Me tomé cuatro refrescos de helado de café. A las diez y media, todos fuimos a dormir. Me despedí del duque y le di un beso a la duquesa. Franz-Albrecht fue a buscar el disco que yo quería. La duquesa volvió para despedirse de nuevo, otro beso y se marchó. Todos los demás se despidieron y se fueron a dormir. Franz-Albrecht fue el último, y se marchó rápido.

Tras ultimar los detalles del viaje, Joan escuchó al Big Ben por la radio. Se despertó a las tres de la mañana. «¡Entré de puntillas en la habitación de FA! Dejé una nota y el disco». El mayordomo le sirvió el desayuno y la acompañó al coche. Llegó el momento de «despedirse de Rauden y los Ratibor, dos de los meses más felices de mi vida, llenos de amistad y crecimiento». Casi exactamente un año después, el 18 de septiembre de 1939, el teniente Viktor von Ratibor, príncipe heredero de Hohenlohe-Schillingsfürst, murió quemado vivo en su tanque en la batalla de Brochów, a sesenta y cinco kilómetros de Varsovia.

Joan se marchó de Rauden un día gris y lluvioso al amanecer. El trayecto hasta Oderberg, en la frontera checa, duró una hora. Le dejó una propina al conductor, le entregó una nota para la duquesa y se subió a un tren en dirección a Viena. Del lado checo, las sombrías barreras de cemento y el alambre de espino constituían un claro recordatorio de que la guerra era inminente. Le sorprendió ver la gran cantidad de mujeres que trabajaba en las estaciones y en los trenes. A medida que el suyo partía, empezó a

llover a cántaros. «Todo era gris y deprimente», escribió. Se había ido de Rauden hacía apenas dos horas, pero esa vida ya parecía completamente remota.

Cuando el tren se detuvo en la frontera austríaca, los policías nazis subieron a bordo para comprobar la documentación de los pasajeros. Con las prisas por irse de Rauden, Joan se había olvidado de que necesitaba un visado de regreso para volver a entrar en Austria. El guardia giró lentamente las páginas de su pasaporte y las examinó con atención. Al devolvérselo, le dijo que debía bajarse del tren e ir a Praga para obtener el visado correcto y así entrar en Austria. Fue un momento terrible. Joan no tenía dinero (era ilegal sacar más de diez marcos del país) ni contactos en Checoslovaquia a quienes pedir ayuda. Por lo tanto, hizo lo más lógico: se echó a llorar. Y funcionó. El guardia murmuró que probablemente no era ninguna amenaza para el Reich y abandonó el vagón.

En Viena disponía de tiempo de sobra antes de tomar el tren a Salzburgo, donde iba a alojarse con una conocida estadounidense. Alquiló un coche, «que era caro, pero así lo vi todo». El conductor se alegró muchísimo, porque «estaba muy abatido —escribió Joan—, ya que no había extranjeros ni buenas carreras». La estación de ferrocarril era un lugar profundamente triste. «Había pequeños grupos de judíos que se despedían entre lágrimas». En el tren a Salzburgo reinaba la misma tristeza, y estaba «lleno de judíos que se marchan». Pero, al menos, el paisaje a lo largo del Danubio era precioso. «Linz, el camino triunfal de Hitler hacia Austria. Vi un montón de tropas en tren que se dirigían a la frontera. El nuestro tuvo que esperar durante horas. Me tomé un té, el más barato y el mejor, en la estación de Linz. No me encontraba muy bien. Tomé también un pedazo de pastel estupendo y enorme y una taza de café por muy poco dinero. ¡Maravilloso!».

Su anfitriona, Edith Keller, había vivido en Austria durante doce años. Como le explicó a Joan mientras cenaban, cuando los alemanes habían llegado cinco meses antes, la gente los había recibido con alegría, especialmente en Linz. Los austríacos creían que los alemanes convertirían a su país en un lugar próspero sin necesidad de que ellos se esforzaran. Ahora, a pesar de que trabajaban más duro que nunca, seguían siendo pobres. En consecuencia, Austria había perdido todo su encanto y alegría. Lo

que menos les gustaba a los austríacos era que alguien intentara organizarlos. Pero, aunque la desilusión acerca del Anschluss se había extendido, no había una resistencia activa. En lugar de eso, según la señora Keller, muchos austríacos se habían marchado a las montañas para evitar unirse al Ejército o a las Juventudes Hitlerianas. Los extranjeros habían dejado de visitar el país y los mejores hoteles se veían obligados a aceptar a los turistas de la KdF a la mitad del precio habitual.

Fue un resumen bastante melancólico, pero no le estropeó a Joan la alegría provocada por el precioso paisaje que rodeaba Salzburgo. Aun así, sabía que debía irse. A primera hora del 4 de septiembre, después de comprobar las noticias para asegurarse de que no se había declarado la guerra de la noche a la mañana, Joan se embarcó en un tren hacia Múnich. Unos días más tarde tomaba otro con destino a Ginebra. Cuando el tren cruzó la frontera para entrar en Suiza, se sintió feliz y aliviada.

Capítulo 18

«Paz» y cristales rotos

La partida de Joan Wakefield de Alemania el 6 de septiembre coincidió con el primer día del Reichsparteitag de Núremberg de 1938. Para celebrar el Anschluss, lo habían bautizado como «el congreso de la Gran Alemania». La diputada Thelma Cazalet, a diferencia de los demás «invitados de honor» británicos que asistieron, se oponía a los nazis, y solo había aceptado la invitación de Ribbentrop porque pensaba que era importante «estar al tanto de lo que sucedía».[1] Cuando entró en el comedor del Grand Hotel la primera noche, vio inmediatamente a Unity Mitford sentada en la larga mesa «británica» con sus padres, lord y *lady* Redesdale. «Unity es alarmantemente bonita —escribió en su diario—, pero jamás he visto alguien tan bien parecido sin el menor encanto en su rostro y con una expresión tan estúpida».

A Thelma no le gustó Núremberg. Permaneció sentada durante horas bajo la lluvia, mientras observaba los cuerpos de trabajo desfilar a paso de oca frente al Führer, con sus palas erguidas como si fueran escopetas; además, se pilló un dedo al cerrar la puerta de un coche y no le gustó la ópera de segunda clase que sus acompañantes alemanes los llevaron a ver. Sin embargo, el peor momento fue cuando abrió *The Times* una mañana y leyó que la anexión de los Sudetes era inminente. «Fue un día aciago para la mesa de los británicos en Núremberg —escribió—. Me fui a casa en cuanto pude y me sentí obligada a enviarle un telegrama al presidente Roosevelt para sugerirle que volara a Europa en un esfuerzo por mantener la paz».

Desde el punto de vista de Truman Smith, el agresivo discurso de Hitler el último día del congreso (el 12 de septiembre) fue «uno de los acontecimientos más importantes desde la Gran Guerra».[2] Tres días después, Neville Chamberlain voló a Berchtesga-

den para reunirse con Hitler. Smith le escribió a su hija una carta en la que describía la atmósfera del momento:

> El miércoles por la noche me disponía a cenar en el hotel de Königsberg, en Prusia Oriental, cuando el muchacho de los periódicos entregó en todas las mesas una edición especial que acababa de salir de la imprenta. El diario contenía la noticia más asombrosa que el mundo había visto en mucho tiempo. El ministro presidente Chamberlain *[sic]* de Inglaterra le había pedido a Hitler que lo recibiera en el Berghof y le había dicho que estaba dispuesto a partir al día siguiente. Miré a mi alrededor, donde había numerosos agregados diplomáticos y funcionarios alemanes en las mesas circundantes. Todos estaban anonadados. En los rostros extranjeros había preocupación; en los de los alemanes, felicidad. Fue como si hubiera llegado la hora fatal para Europa.
>
> Ahora da la impresión de que la entrevista que tuvo lugar al día siguiente ha sido uno de los acontecimientos históricos más importantes de la era moderna. Chamberlain le dijo a Hitler que él estaba personalmente a favor de dividir Checoslovaquia, pero que no contaba con la aprobación de su Gabinete ni del Gobierno francés, y que tendría que regresar primero a Londres [...]. El domingo, el decimoctavo Gabinete británico aprobó el plan de Chamberlain de que los distritos alemanes de Checoslovaquia se cedieran a Alemania [...]. Para hoy, día 22, se calendarizó una nueva reunión entre Chamberlain y Hitler en Godesberg, en el Rin, que, como probablemente recuerdas, es ese tranquilo pueblecito a la sombra de la montaña de Drachenfels, desde donde se ve la catedral de Colonia [...]. La visita de Chamberlain, por supuesto, es una indicación de que Francia e Inglaterra jamás lucharán por Checoslovaquia.[3]

Durante estas negociaciones, el empresario suizo Numa Tétaz aún trabajaba en Baviera. Su libro *Ich war dabei, 20 Jahre Nationalsozialismus 1923-43* ['Yo estuve allí. 20 años de nacionalsocialismo'] es una lectura apasionante. Pero, como se publicó en 1944, lo hizo bajo el pseudónimo de René Juvet. Desde que Hitler había llegado al poder, Numa se había dedicado a revisar

el efecto del nacionalsocialismo en sus colegas empresarios con creciente pesimismo. Su jefe, que había sido un hombre culto con numerosos amigos judíos, se había convertido en un ardiente nazi. Advertía a Tétaz de que los suizos no podrían estar siempre agachando la cabeza sin comprometerse. De ese momento en adelante, todo el mundo debía apoyar activamente al Führer.

Hacia 1938, la mitad de los directivos y un cuarto de la fuerza laboral de la empresa se habían unido al partido nazi. En vísperas de la primera reunión de Chamberlain con Hitler, Tétaz escribió sobre la opresiva atmósfera que había en la oficina y sobre que trabajaban como gallinas sin cabeza. El nazi más entusiasta de la empresa iba por las mesas diciéndoles a todos que, al cabo de ocho días, los checos «estarían acabados». Luego llegó la noticia bomba. «No recuerdo —escribía Tétaz— una noticia más inesperada y asombrosa que cuando se anunció que Chamberlain iba a visitar a Hitler en Berchtesgaden».

«Ya verás —le decía un colega—, la paz se preservará y Hitler logrará su propósito sin violencia. Si Alemania e Inglaterra no estuvieran ya fundamentalmente unidas, el viejo Chamberlain no se habría arriesgado a ir a Berchtesgaden y convertirse en el cabeza de turco en caso de que la reunión hubiera fracasado». El nazi estaba exultante. El mundo se dividiría en las dos razas maestras germanas (Alemania e Inglaterra), según él, y eso permitiría que Alemania gozara de su *Lebensraum* en Europa y que el Reino Unido dominara los mares. Por fin les devolverían las colonias arrebatadas durante la Gran Guerra, aunque eso ahora no era tan prioritario, pues pronto obtendrían tierras en el este con las que mantener a sus ciudadanos durante generaciones.

La reacción de los trabajadores era muy diferente. Muchos todavía se aferraban a sus principios marxistas. Como había un espía nazi entre ellos, varios habían sido denunciados y enviados ya a campos de concentración. Ellos también creían que Chamberlain era un mensajero en favor de la paz, pero uno que liberaría a los alemanes de Hitler.

Ese mes de septiembre, varios empleados de la empresa fueron reclutados forzosamente, incluido el contable. «Se fue con aspecto preocupado —observó Tétaz—. Las cosas no pintaban bien. Seguramente habría preferido quedarse en casa con sus ideales nacionalsocialistas en lugar de tener que defenderlos en el frente, empuñando un arma».

El Acuerdo de Múnich, que permitía a Alemania anexionarse partes de Checoslovaquia, se firmó el 30 de septiembre de 1938. Ese día, Tétaz se encontraba en Múnich por casualidad. Todo el mundo, afirmaba, trataba de ver a los cuatro grandes: Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier. Era un día de otoño precioso y cálido; «el clima de Hitler», decía la gente. Había banderas por todas partes que ondeaban con la suave brisa. Por una vez, la tricolor y la bandera británica estaban al lado de las esvásticas. Tétaz observó que, incluso antes de que se supiera la noticia, nadie dudaba de que el resultado sería exitoso. Allá donde iba el primer ministro británico en Múnich, el gentío jubiloso lo vitoreaba. El suizo reparó en que la propaganda nazi se basaba en explosiones públicas genuinamente espontáneas, lo que no era nada habitual.

Más tarde, Tétaz cenó con amigos que, aunque eran profundamente contrarios a Hitler, también estaban contentos y animados porque la paz parecía cercana y segura. Su rechazo al régimen no iba tan lejos como para querer una guerra que lo destruyera. Entonces llegó la extraordinaria noticia: la petición de Alemania con respecto a los territorios de Checoslovaquia se había aceptado completamente. Hubo una alegría indescriptible en Múnich. Una multitud se congregó frente a los hoteles de Chamberlain y Daladier y pidió sin descanso que los estadistas se asomaran a los balcones. Tétaz se fue con sus amigos a las celebraciones del Oktoberfest. Había ido otras veces, pero no podían compararse con esta. La cerveza manaba sin fin y, en las enormes carpas, la gente entrelazaba los brazos despreocupadamente y bailaba con alegría toda la noche al son de la música de las orquestas. Hitler había conseguido el Reich prometido a su pueblo sin luchar, había triunfado por encima del odiado Tratado de Paz de Versalles, había eliminado el desempleo y había convertido los enemigos del ayer en amigos.

El cerrajero de la empresa no se unió a las celebraciones. Aunque no era ni mucho menos el único individuo en Alemania a quien no le emocionaba lo que sucedía, era consciente de que justo ese día habría sido un suicido expresar lo que pensaba de verdad.[4]

Hacia mediados de octubre, la vida en Alemania había vuelto más o menos a la normalidad. El director del programa de intercambios estadounidense, Edmund Miller, que estaba en Múnich, le escribió a su consejo ejecutivo:

> Algunos días tememos que el Acuerdo de Múnich no produzca los resultados permanentes que habíamos esperado y, otros, todo parece bastante estable. Hay opiniones de toda clase: desde los que adscriben la paz europea a Chamberlain hasta los que ridiculizan la debilidad de Inglaterra y alardean del hito que ha logrado Hitler al obligar a los políticos occidentales a aceptar su voluntad. ¡En nuestra casa incluso hay un anciano que lamenta de que se haya evitado la guerra! Pero, en conjunto, los alemanes están contentos de que se haya eludido el conflicto.[5]

Truman Smith también tranquilizó a su hija, y le dijo que toda Europa se había apaciguado:

> El ejército regresa de Checoslovaquia y los reservistas ya vuelven a sus casas. Los caballos y los vehículos se devuelven a sus dueños. Ayer fuimos a Dresde y, de regreso, quedamos atrapados en un atasco debido a toda la gente que iba en la misma dirección que nosotros, es decir, hacia el norte y de vuelta a sus casas. Todos los coches y los soldados llevaban flores y los vehículos acorazados tenían guirnaldas de flores en las ruedas. Me pareció muy curioso ver todas esas flores llenas de barro.[6]

Su esposa escribió: «El cambio del estado de guerra inminente a la paz fue tremendo [...]. Me sentí aturdida, y otros también. ¡No iban a bombardearnos en la siguiente media hora! Era increíble».[7]

Pero entonces, menos de tres semanas después de la carta de Truman Smith, llegó la catastrófica noticia de la Noche de los Cristales Rotos. La noche del 9 de noviembre, todas las tiendas judías de Alemania quedaron hechas pedazos, se asesinó a cientos de judíos y muchos más fueron humillados y apaleados. Miles fueron detenidos y enviados a campos de concentración. Para los extranjeros que habían apostado por la Alemania de Hitler, la Kristallnacht fue una terrible revelación que cayó como un mazazo. Eliminó de un plumazo cualquier argumento que quedara en favor del apaciguamiento y dejó claro que el

Acuerdo de Múnich, firmado apenas seis semanas antes, había sido un espejismo.

Kay Smith escribió inmediatamente a su hija Kätchen para contarle lo que había pasado. «Ayer noche, por toda Alemania, rompieron las ventanas y escaparates de todas las tiendas judías como represalia, y futura advertencia, por la muerte de Ernst vom Rath, asesinado en la Embajada alemana de París por un judío polaco [oriundo de Alemania]».[8] En Dresde, Sylvia Morris fue testigo de cómo saqueaban los almacenes judíos Etam. «Dresde era pacífico y no era pronazi, así que fue un acontecimiento terrible —recordaría—. Las chicas que estábamos en la *Töchterhaus* enviamos a nuestra aterrorizada casera a la tienda a que comprara cosas. Abrimos todas las ventanas y cantamos a Mendelssohn con toda la fuerza de nuestros pulmones».[9]

Margaret Bradshaw no esperaba estar en Berlín la noche del 9 de noviembre. Debería haber estado en Jodhpur con su marido, el coronel John Bradshaw del Servicio Político Indio. Pero había tenido un accidente en el ojo que la había obligado a regresar a Inglaterra para que la curasen. Allí la habían informado de que solo había un médico capaz de ayudarla y que vivía en Berlín. Así que ahí fue, y se instaló en un hotel sencillo frente a una tienda de moda. En el escaparate había un vestido escarlata que ansiaba comprar, pero no se atrevía porque no sabía cuánto le costaría el tratamiento médico. Sin embargo, después de dos dolorosas inyecciones, descubrió, para su alegría, que tenía el dinero justo para comprárselo al día siguiente, antes de volver a Inglaterra. Esa noche durmió profundamente, pero, aun así, advirtió que había movimiento y gritos por la calle y oyó el ruido de cristales rotos. A la mañana siguiente se despertó pronto, deseosa de comprar el vestido. Pero, cuando apartó las cortinas de su habitación, vio que la tienda estaba hecha pedazos y que el vestido ya no se encontraba ahí.[10]

Samuel Honaker, cónsul general estadounidense en Stuttgart, informaba acerca de la quema de sinagogas de esa noche:

> A primera hora de la mañana del 10 de noviembre, prácticamente todas las sinagogas, de las doce que hay en Wurtemberg, Baden y Hohenzollern, empezaron a arder. Los fuegos los encendieron jóvenes de civil, bien disciplinados y aparentemente equipados con todo lo necesario.

> El procedimiento fue casi el mismo en todas las ciudades del distrito, es decir, en Stuttgart, Karlsruhe, Friburgo, Heidelberg, Heilbronn y demás. Forzaron las puertas de las sinagogas. Rociaron con gasolina varias secciones del edificio y del mobiliario y les prendieron fuego. Arrojaron a las llamas biblias, libros de plegarias y otros objetos sagrados. Luego avisaron a la brigada de bomberos local. En Stuttgart, los policías ordenaron a los bomberos que salvaran archivos y cualquier otro escrito que contuviera información de estadísticas vitales de la población judía. De otro modo, los bomberos limitaban sus actividades a impedir que las llamas se extendieran. Al cabo de pocas horas, de las sinagogas solo quedaba, por lo general, un montón de ruinas humeantes.[11]

Tétaz se dio cuenta del horror cuando el 10 de noviembre, mientras conducía, pasó frente a una sinagoga quemada en Bayreuth. Una multitud feliz y excitada observaba a los bomberos, que seguían sacando muebles quemados de las ruinas humeantes. Había pasado la noche anterior en Núremberg con amigos judíos. Había sido una velada civilizada, con música y vino. Su anfitrión, un anciano, había perdido un ojo y una pierna en la Gran Guerra y lo habían condecorado con la Cruz de Hierro de clase I y II. Preocupado por sus amigos, Tétaz dio la vuelta y recorrió el camino de regreso a Núremberg. Cuando llegó a su casa, en los alrededores al norte de la ciudad, vio una escena de destrucción absoluta. Las puertas estaban arrancadas, los muebles yacían tirados por todo el jardín y los grifos abiertos dejaban correr el agua. Habían destrozado con un hacha el magnífico piano Steinway que el propio Tétaz había tocado apenas unas horas antes. Todos los cuadros estaban rasgados. La esposa emergió de la casa cubierta de cardenales. Habían llevado a su marido al hospital, pero falleció al día siguiente.

Más tarde, Tétaz habló de la Kristallnacht con el representante de la empresa en Núremberg. Aunque el hombre era miembro de las SA, Tétaz pensaba que era una persona inofensiva y que se esforzaba mucho en su trabajo. Le dijo al suizo que se sentía aliviado por no haber estado en Núremberg esa noche, porque no habría soportado la violencia. Tétaz le preguntó entonces si, de haber estado allí, habría participado en las

represalias. «Por supuesto —replicó el otro—. Las órdenes son las órdenes».[12]

Emily Boettcher, que acababa de regresar a Berlín, estaba ensayando arduamente para una gira de conciertos que daría comienzo la primavera siguiente. El 11 de noviembre le envió una carta a su marido inglés (se habían conocido cinco semanas antes en el SS *Washington):* «Supongo que te has enterado y has leído sobre el saqueo que tuvo lugar aquí ayer —escribió—. Fue una experiencia horrible. Salí justo a tiempo de ver cómo apedreaban la tienda de pianos Newman y destrozaban los instrumentos que había en el escaparate. Todas las tiendas judías de la ciudad están completamente arrasadas y también han quemado las sinagogas [...]. Kurfürstendamm parece que haya sufrido un pequeño bombardeo aéreo». Pero dos meses después le escribía: «Berlín parece tan tranquilo después de ver Londres... Las calles están casi vacías, excepto por la gente que pasea tranquilamente y mira los escaparates. La gran mayoría de las ventanas rotas ya se han reparado, y han vendido las tiendas a propietarios arios. Las antiguas tiendas judías debían ir muy bien, porque tenían mejores productos a la venta».[13]

Para el viajero casual, la angustia judía quedó en gran parte oculta durante las semanas posteriores a la Kristallnacht. Como Boettcher señalaba, no solo las ciudades habían recuperado su aspecto normal, sino que ahora no había virtualmente ningún judío por la calle. Las restricciones que gobernaban sus vidas eran tan draconianas que, para un extranjero, era posible pasarse semanas en el Reich sin ver a ninguno. Sin embargo, Manning Clark, de veintitrés años, iba a ser testigo de toda la fuerza de la desgracia de los judíos a los pocos días de llegar a Alemania. El futuro historiador visitaba a su novia, también australiana, Dymphna Lodewyckx. Él estaba estudiando en la Universidad de Oxford después de obtener una beca para Balliol mientras que ella, tras pasar un año en Múnich en 1933, se preparaba ahora para su doctorado en la Universidad de Bonn.

El 11 de diciembre, casi un mes después de la Noche de los Cristales Rotos, la pareja fue a tomar el té con el distinguido geólogo y geógrafo el profesor Alfred Philippson, que era judío. «Su mujer hablaba en tono quejumbroso», escribió Clark en su diario.

> Su voz y su semblante traicionaban la conciencia de una carga que apenas podía soportar. Estaba muy abatida y entristecida. Su hija fumaba y trataba de aparentar tranquilidad. Él hablaba con amargura. «Vivimos entre cuatro paredes, y Dios sabe cuánto tiempo seguiremos así. Los demás países hablan y hablan, pero no hacen nada». Sus ojos estaban animados, pero sus palabras eran tajantes y breves, casi cortantes como un cuchillo.

Lejos de indignarse frente a la terrible situación del anciano profesor (que tenía setenta y cuatro años), Clark escribió en su diario: «Uno hasta entendía las críticas contra los judíos: [Philippson] era tan destructivo en sus críticas que daba miedo pensar lo que fuera a decir. Su tono era malicioso y siempre tenía una burla sardónica a punto. Era la personificación de la astucia. La cuestión judía es muy compleja».*

En otra ocasión, un profesor de física jubilado de la Universidad de Bonn le dejó muy claro a Clark su absoluta desaprobación del reciente pogromo, pero pidió que no mencionara su opinión a nadie más. Eso sí, estaba convencido de que Hitler no había tenido nada que ver con ello. Si el Führer hubiera sabido de antemano lo que iba a suceder, jamás lo habría permitido. «Fue la primera vez que comprendí —escribió Clark— que la persona de Hitler era sacrosanta. Jamás estaba conectado con aspectos dudosos o que fueran a ser impopulares. Siempre era cosa de Göring o de Goebbels. La reputación de Hitler permanece inmaculada y, para el alemán común, hay un halo de infalibilidad alrededor de su cabeza».[14]

Si a Clark aún le parecía que «la cuestión judía» era compleja, cualquier duda que el doctor Edmund Miller albergara se desvaneció durante la Kristallnacht. Para él, fue la gota que colmó el vaso. En una carta de dimisión que mandó poco después, escribió: «La señora Miller y yo llevamos desesperados desde el 10

* Manning Clark, Diario, 11 de diciembre de 1938, Biblioteca Nacional de Australia, documentos de Manning Clark, MS 7550, serie 2, ítem 1. Cuatro años después, a la edad de setenta y ocho años, Philippson, su esposa y su hija fueron enviados al campo de concentración de Theresienstadt. El hecho de que todos lograran sobrevivir se debió en parte a la intervención del colega de Philippson, el geógrafo sueco Sven Hedin, que era simpatizante nazi.

de noviembre [...]. La implacable eficiencia con la que se lleva a cabo la *Aktion* antijudía y la abyecta esclavitud del pueblo alemán» era más de lo que podían soportar.

> Se dice mucho a favor y en contra del actual movimiento. Algunos dicen que los propios alemanes no lo aprueban, pero conocemos a algunos que definitivamente sí que lo defienden. Y dicen que pronto van a someter a los católicos a un trato parecido. En conjunto, tenemos que admitir que nuestros oponentes estadounidenses que insisten en que es perjudicial someter a la juventud norteamericana a un entorno tan deprimente están más cerca de la verdad que nunca. Y, si esto no es perjudicial, desde luego es innecesario. Había algo idealista acerca del programa del Año Júnior, y amor y alegría ante un Bien Futuro. Pero, por el momento, todo eso se ha perdido. Ya no nos interesa importar el espíritu de este régimen a Estados Unidos. No tengo el valor de escribir las cartas para la promoción de 1939-40. Sirva la presente para confirmar que los Miller no desean regresar a Múnich. No queremos abandonar nada, pero creo que nuestro tiempo aquí ya ha terminado.[15]

Mientras, poco después de la Kristallnacht, el Comité de Servicios de Amigos Americanos (AFSC por sus siglas en inglés) se reunió urgentemente en Filadelfia para reflexionar sobre cómo responder a la estremecedora noticia. Preocupados por si tras la violencia llegaba el hambre, su primera preocupación fue cómo proporcionar alimentos a los judíos. Los que estaban presentes en la reunión sentían un *déjà-vu.* ¿Era realmente posible que hiciera falta otro programa de alimentos cuáquero en Alemania veinte años después? Mantuvieron una serie de conversaciones «veladas» antes de mandar una pequeña delegación a Alemania de la manera más discreta y rápida posible con el fin de evitar la publicidad. Se eligió a Rufus Jones, escritor e historiador eminente, como líder del grupo. Lo acompañaban Robert Yarnall, un fabricante que había participado en 1919 en un programa de alimentación infantil en Alemania, y un maestro de escuela, George Walton. Antes de partir, Jones puso su misión en perspectiva.

> No debemos hacernos ninguna ilusión acerca de nuestra empresa. Es posible que superemos las dificultades de espacio, distancia y de tozudas extensiones oceánicas. Se pueden perforar las montañas, y hasta eliminarlas. Sin duda, la materia es tozuda, pero en el universo no hay nada tan inconquistable como una mente poseída por un conjunto de ideas que han echado raíces y se consideran sagradas [...]. Veremos si se puede influir en las mentes y suavizar los corazones o hacer que la fuerza espiritual se vea real. Haremos lo que podamos y lo más sabio, y avanzaremos con la fuerza de Dios.[16]

Era un propósito extraordinariamente valiente, aunque lunático. Los tres hombres no tenían ni idea de cómo los recibirían en Berlín, o si les darían siquiera la bienvenida. Existía un riesgo real de que terminaran arrestados o resultasen heridos. El tiempo era amargamente frío y a Jones le faltaban unas pocas semanas para cumplir setenta y seis años. Pero el 2 de diciembre, llenos de fe, zarparon de Nueva York en el *Queen Mary.* Yarnall se pasó el viaje leyendo *Mein Kampf.* No le pareció alentador. Jones se compró una boina y se aprendió una cancioncilla:

> De Valera con sus Camisas Verdes y la espalda contra la pared.
> Mussolini con sus Camisas Pardas y a punto de caer.
> Hitler con sus Camisas Negras los domina por doquier.
> Hurra por Gandhi, ¡que no lleva camisa!

A pesar de todos los intentos por que su misión fuera secreta, en mitad del océano solicitaron que Jones aceptara una llamada del *Philadelphia Record* desde el radioteléfono del barco. Aunque Jones no dijo nada, al día siguiente unos titulares sensacionales anunciaban que tres cuáqueros iban a interceder por los judíos frente a Hitler. Cuando en Londres se hicieron eco de la noticia, esta no tardó en llegar a oídos de Goebbels, que escribió un furibundo artículo: «La llegada de los "Tres Reyes Magos" para "salvar" Alemania».[17] La pequeña delegación ni siquiera había alcanzado Europa y su misión ya estaba en apuros.

Tras una breve pausa en París, el valiente trío se embarcó en un tren nocturno hacia Berlín. En la frontera tuvieron que

vestirse a toda prisa para lidiar con los funcionarios de aduanas. A la mañana siguiente, a medida que se acercaban a Berlín, Jones se vio envuelto en otra crisis: no encontraba su pijama. Los otros dos se unieron a la búsqueda, pero fue infructuosa. Jones estaba tan angustiado (se lo había hecho su esposa) que quería enviar un telegrama a la estación anterior por si se lo había dejado ahí. Sus colegas, temerosos de que eso despertara el tipo erróneo de publicidad, le convencieron con dificultad de que no lo hiciera y le aseguraron que, en cuanto el tren llegara a Varsovia, mandarían un telegrama a esa estación. En Berlín los recibió un grupo de Amigos internacionales, y pronto los tres se instalaron en el hotel Continental. A la mañana siguiente, Yarnall y Walton se reunieron con Jones para desayunar. Este dijo en voz baja: «Ya lo he encontrado». «¿Dónde estaba, Rufus?». «Lo llevaba puesto».[18]

Lo primero que hicieron los cuáqueros para contactar con las autoridades fue ir al Ministerio de Exteriores alemán. Pero, cuando el embajador alemán para Estados Unidos (que había sido llamado a Berlín) los vio en un pasillo, salió corriendo. «Jamás lo encontramos de nuevo —informaba Jones—, porque siempre que llamábamos estaba fuera, y lo hacíamos a menudo». Después de muchas visitas sin éxito, abandonaron la idea de conseguir la ayuda del Ministerio de Exteriores. Mientras, en conversaciones con líderes judíos, descubrieron que la principal necesidad no era la comida, sino cómo facilitar la emigración. «Pronto quedó claro —escribió— que solo los jefes de la Gestapo podían emitir los permisos que necesitábamos». Después de llegar a esta desalentadora conclusión, fue el cónsul general estadounidense, Raymond Geist, quien logró desencallar la situación. «Si alguna vez hubo un hombre bueno, era este», escribió Jones. Después de intentar varias veces hablar por teléfono con el cuartel general de la Gestapo en vano, Geist «tomó su sombrero» y desapareció en la peor tormenta y en las temperaturas más bajas que se registraban en Berlín desde hacía ochenta años.

Media hora después, Geist convocó a la pequeña banda de cuáqueros. «Nos subimos a un taxi y condujimos hasta el enorme edificio —escribió Jones—. Seis soldados con camisa negra, cascos y armas nos escoltaron hasta las grandes puertas de hierro. Nos dieron unos papelitos y nos dijeron que no los necesitábamos para entrar, pero ¡sí para salir!». Los llevaron a través de siete pasillos, cada uno abierto a una plaza descubierta. Luego subieron cinco pisos de escaleras hasta una habitación donde Geist

los esperaba. Había logrado lo imposible. Dos altos cargos de la Gestapo, el doctor Erich Ehrlinger* y el mayor Kurt Lischka,† estaban dispuestos a escuchar el plan de los cuáqueros. Desde una ventana, Jones veía a Reinhard Heydrich,‡ que trabajaba en la mesa de su despacho en la habitación contigua.

George Walton describió a los principales protagonistas de la escena. «Rufus, positivo, claro, breve, atrevido; Geist, brusco, directo y astuto, un ábrete sésamo mágico; Lischka, alto, rápido y entregado, receptivo, en parte calvo, puntilloso».[19] Jones les tendió a los hombres «de rostro de granito» una declaración que traía preparada. Era un recordatorio de la cálida relación que los alemanes habían mantenido con la organización cuáquera después de la Gran Guerra y de cómo los cuáqueros habían alimentado a más de dos millones de niños al día mediante la importación de centenares de vacas para garantizar leche a los niños hospitalizados y de carbón para mantener la calefacción de los hospitales. El documento hacía hincapié en el hecho de que la organización de Amigos cuáquera no representaba a ningún gobierno, organismo internacional, partido político o secta. Tampoco les interesaba la propaganda. Mientras Jones observaba a los hombres de la Gestapo leer el documento «lentamente y a conciencia», se convenció de que los había «conmovido», y añade: «Percibimos que sus rasgos se suavizaban, y a fe que eran rostros que necesitaban suavizarse». Siguió un debate largo y detallado antes de que los dos hombres anunciasen que hablarían de las propuestas cuáqueras con Heydrich y volverían al cabo de media hora. «Durante ese asombroso lapso —escribió Jones—, inclinamos las cabezas y nos adentramos en un espacio de tranquila y profunda meditación y plegarias; ¡la única reunión cuáquera que jamás tuvo lugar en el cuartel de la Gestapo!».

Para su asombro, Heydrich aceptó el plan. Pero, cuando Jones pidió confirmación por escrito, le informaron de que, aunque la Gestapo jamás emitía sus decisiones por escrito, cada palabra de su

* Ehrlinger sería más tarde responsable del asesinato en masa de judíos en Rusia y Bielorrusia.

† En 1940, Lischka se convirtió en responsable de la Gestapo en Colonia. Más tarde fue responsable de la mayor deportación masiva de judíos desde Francia.

‡ Heydrich, el «verdugo del Reich», fue uno de los principales arquitectos del Holocausto. Lo asesinaron en Praga en 1942.

conversación había sido grabada. «Entonces nos alegramos —escribió Jones— de haber mantenido el silencio y el recogimiento durante los momentos en que habíamos estado solos y de no haber pronunciado ni una palabra que pudiese quedar registrada». Lischka les dijo que cada comisaría de Alemania recibiría por telégrafo instrucciones para que los cuáqueros investigaran los problemas de los judíos e instauraran un programa de ayudas. Aquello les parecía demasiado bueno para ser verdad. Y, por supuesto, así era. Ni siquiera Jones, el sempiterno optimista, creyó jamás que mandaran ese mensaje. Aun así, estaba convencido de que su misión no había sido un fracaso total. Se autorizó a dos comisionados cuáqueros para que viajaran a Alemania y supervisaran el desembolso de la ayuda y los fondos cuáqueros, y, en particular, para que ayudaran a los judíos que no estaban afiliados a ninguna sinagoga a emigrar. Durante un breve período, al menos, a la oficina cuáquera de Berlín le otorgaron cierta libertad en sus esfuerzos por acelerar la emigración de los judíos. Como escribió Jones,

> siempre será un misterio por qué la Gestapo, que era una institución tan profundamente dedicada a producir la trágica situación que nos esforzábamos por aliviar, nos recibió atentamente, escuchó nuestras súplicas y finalmente nos concedió nuestra inusual petición para intentar reparar parte del terrible daño que habían causado.

Desde luego, Jones seguía convencido de que habían logrado conmover el corazón de sus crueles interlocutores. «La amabilidad de los hombres al finalizar la reunión, el hecho de que fueran a buscar nuestros abrigos y nos ayudaran a ponérnoslos, nos estrecharan las manos y nos desearan lo mejor, hasta con una brizna de amabilidad, me hizo sentir entonces, y sigue haciéndolo ahora, en retrospectiva, que algo único había tenido lugar en su interior». Por fortuna, Jones, que falleció en 1948, jamás llegó a saber que fue el propio Lischka quien, justo después de la Kristallnacht, lideró la operación que aprisionaría a treinta mil judíos.

La Noche de los Cristales Rotos empujó al Gobierno estadounidense a retirar a su embajador en Alemania, Hugh Wilson, como gesto de protesta. Su adjunto, Prentiss Gilbert, que estuvo al frente de la Embajada durante la ausencia del primero, pensaba que

la vida en Berlín era confusa. En un informe al Departamento de Estado, describió el «carácter peculiar» del Gobierno alemán, que a su juicio se había convertido en «una masa de incoherencias». Aunque cada día anunciaban nuevos decretos, muchos jamás se implementaban. Gilbert sugería que era porque aún existían funcionarios y policías «justos» y «humanos» que aprovechaban cualquier oportunidad para mitigar la insoportable situación en la que se hallaban los judíos y otras víctimas de los nazis. «Estos hombres —proseguía Gilbert— nos dicen repetidamente que no pueden poner nada por escrito ni formular declaraciones generales sobre lo que les está permitido, pero hacen, y seguirán haciendo, excepciones notables y favorables en casos concretos».[20]

Gilbert también comentaba el comportamiento de sus colegas diplomáticos después de la Kristallnacht. Ya no aceptaban invitaciones de Rosenberg ni de Goebbels. Y, en las fiestas a las que sí que asistían, apenas cruzaban palabra con los alemanes; preferían juntarse y hablar de los últimos excesos contra los judíos. Gilbert informó de que los italianos eran los más divertidos a la hora de hablar de sus relaciones con los alemanes:

> La esposa de uno de los secretarios, que estaba sentada a mi lado, me preguntó si Berlín no me parecía muy monótona y aburrida. Repliqué que, naturalmente, había momentos difíciles, dado que Estados Unidos y Alemania ahora mismo se hablaban a pedradas. Replicó que la situación aquí era mucho más fácil para los estadounidenses que para los italianos, porque ellos estaban obligados a ver a muchísima más gente terrible, les gustara o no.

Quizá se produjera algún que otro momento más ligero, pero para Gilbert, a pesar del renombre profesional que implicaba que lo colocaran en el centro de una crisis global, Berlín se había convertido en un destino claramente indeseable. Hablaba de corazón al escribirle a su embajador las siguientes palabras: «Imagino que seguirá en las Bermudas para Navidad, y le reitero mi envidia por el hecho de que disfrute del sol cerca del mar».[21] A medida que se acercaba el fin de 1938, debían ser pocos los extranjeros, entre aquellos que, cada vez en menor cuantía, viajaban aún a Berlín, que no estuvieran de acuerdo con Gilbert cuando le escribía a Wilson, dos días antes de Navidad: «Aquí las cosas siguen muy sombrías».[22]

Capítulo 19

La cuenta atrás

El año 1939 no fue bueno para el negocio del turismo en Alemania. Naturalmente, la Kristallnacht no fomentó lo poco que quedaba de este, pero luego, apenas cuatro meses después, el 15 de marzo, el mundo se vio obligado a contemplar cómo Hitler invadía Praga y hacía añicos el Acuerdo de Múnich en el ínterin. Checoslovaquia dejó de existir; su territorio ahora designaba el «Protectorado Alemán de Bohemia y Moravia».

Aunque la entrada de turistas se había reducido de forma drástica, no se detuvo por competo, como la *AGR* dejaba claro en sus artículos. El número de julio de la revista incluye una fotografía de un grupo de muchachas en bañador en una playa del mar del Norte (una de ellas practica deporte vigorosamente), titulada «Risas al sol». «Los viajeros que justo ahora regresan de Alemania —reza la leyenda— dicen que lo que les ha impresionado más profundamente ha sido ver un país de sonrisas y tranquilidad, lleno de música alegre y libre de las preocupaciones y los sinsabores que asolan el mundo exterior. Las crisis quizá oscurecen otros horizontes, pero, al parecer, no los de Alemania».[1] No eran solo las revistas proalemanas como la *AGR* las que se lanzaban a promocionar las vacaciones en el Reich. En 1939, Thomas Cook publicó un folleto publicitario en el que animaba a la gente a ver la «nueva Alemania» con sus propios ojos. «Todo el antiguo encanto sigue allí, gran parte de lo nuevo lo impresionará tremendamente y en todas partes encontrará la comodidad, la amabilidad y el buen viajar, que son los elementos esenciales de unas vacaciones inolvidables».[2]

Aunque, a pesar de las entusiastas recomendaciones, pocos extranjeros se decantaban por pasar las vacaciones en Alemania, algunos seguían frecuentando el país por una batería de razones distintas. El profesor *sir* Frederick Hobday, por ejemplo, pronun-

ció una conferencia en Múnich frente a los criadores de purasangres titulada «Treinta años de experiencia en la operación de retirada del saco ventricular».[3] Una serie de personalidades distinguidas, entre ellas el historiador *sir* Arthur Bryant y *sir* Evelyn Wrench, hacían fútiles intentos diplomáticos en el último momento mientras grupos de gente con intereses especiales o puntos de vista de extrema derecha se dirigían a Alemania sin importarles las oscuras circunstancias. Ida y Louise Cook, dos damas de mediana edad que aún vivían con sus padres en el Londres residencial, utilizaron su pasión por la ópera como tapadera para sus numerosos viajes de ida y vuelta a Alemania, cuando en realidad sacaban joyas de contrabando para los judíos que querían emigrar. Hombres de fe, músicos, empresarios, cuáqueros, maestros, espías y hasta buhoneros chinos *(Qingtian),* todos viajaban al Reich durante los últimos meses de paz. La guerra parecía ahora inevitable e inminente al mismo tiempo, y eso hace que sus comentarios tengan aún mayor interés.

La Nochebuena de 1938, Manning Clark y Dymphna Lodewyckx salieron de Bonn para visitar Múnich, donde, cinco años antes, Dymphna (entonces una colegiala) había sido testigo de la quema de libros. «El tren era casi insoportable —escribió Clark—. Estábamos apretujados en un compartimento, sentados en un duro banco de madera y helados de frío». Los «carámbanos en el tren, los carteles en el vagón y el mero hecho de estar en la Europa de Hitler, corriendo a través de la noche», despertaban su sentido de la aventura, pero las «eternas incomodidades» pronto hicieron que se olvidara del «sentimentalismo y las reflexiones inocentes».[4]

El día de Navidad fueron a misa a la Frauenkirche. «Los ancianos y la gente de mediana edad estaban bien representados —escribió Clark—, pero era raro ver a algún joven». Había unos pocos soldados en la congregación, pero «parecían fuera de lugar y miraban confundidos y avergonzados a su alrededor, como si se sintieran culpables por algo». A los australianos les impresionó el valiente sermón. «El párroco estaba entusiasmado, su lenguaje era puro y estaba bellamente modulado, y el tema que abordó era sólido».[5] Aunque el cura había evitado hacer una crítica directa contra los nazis, dejó muy clara la posición católica, lo cual llevó a Clark a la conclusión de que, a pesar de todo, el peso de la Iglesia aún era notable.

Visitaron a varios antiguos conocidos de Dymphna. Uno de ellos era judío («su esposa era una aria pura de Polonia») y les proporcionó una narración atroz de su reciente paso por Dachau. Clark se fijó en que su «trágica posición» se veía intensificada a causa del miedo hacia su criada. «Cada pocos minutos, la esposa se acercaba a la puerta para comprobar si nos estaba espiando».[6] Fue mucho más divertida la velada que la joven pareja pasó en el famoso Hofbräuhaus de Múnich, la taberna de la cerveza. Sentados en las largas mesas de madera en una enorme sala de techo bajo llena de humo, observaron a las «camareras rechonchas con mejillas rubicundas y rostros feos y hermosos a la vez mientras servían cerveza a las clases humildes de la sociedad de Múnich». A Clark, que siempre estaba atento al trato que recibían las mujeres, no le gustó la pareja con la que les tocó en suerte compartir mesa. «El comportamiento del marido era casi bestial y, en su mente, su esposa claramente solo era un instrumento que obraba en su poder». Les resultó más entretenido un viejo campesino, «una reliquia del pasado», que les dijo que «ese hombre, Hitler, tiene más cerebro que todos los demás juntos». Según Clark, en la taberna «había una buena atmósfera».[7]

Unos días más tarde estaban de regreso en Bonn, donde el impulsivo Clark decidió que debían casarse de inmediato. Pero como, incluso siendo extranjeros, no podían hacerlo sin prueba de su estirpe aria, el pastor anglicano de Colonia no tuvo más remedio que rechazar su petición. Por lo tanto, Clark regresó a Inglaterra, seguido rápidamente por Dymphna, quien, a pesar de (como decía su prometido) «la creciente oleada de brutalidad, bestialidad y barbarie», era reticente a abandonar su doctorado. Se casaron en Oxford el 31 de enero, casualmente casi seis años después de que Hitler se convirtiera en canciller.

Seis semanas más tarde, cuando los tanques alemanes entraron en Praga, a Ji Xianlin lo despertó el himno nacional a todo volumen por la radio en Gotinga. «Alemania ha invadido Checoslovaquia», anunció su casera. Y no dejaba de repetir: «Hitler solo quiere la paz, los checos estaban tiranizando a los alemanes, todo es culpa de los judíos, como dicen los periódicos». «Me puse furioso —escribió Ji Xianlin— y no sabía si reír o llorar [...]. El alemán medio, el muy bastardo, se lo cree. Moriré infeliz si no llego a ver toda la estructura alemana derrumbarse y a todos ellos reducidos a la esclavitud». Cuando salió de la universidad

esa tarde, se fijó en que todo el mundo parecía muy alegre y en que habían colgado banderas nuevas en las ventanas de todas las casas. Se fue al Schwarzer Bär en busca de consuelo con sus amigos, Long y Tian. «Bebimos algo de vino y hablamos de cómo volveríamos a las buenas universidades en China y haríamos las cosas como es debido. Regresé andando a casa mientras pensaba en que lo que los alemanes habían sembrado ese día lo cosecharían el día de mañana».[8]

El 25 de marzo, Ward Price le escribió a lord Londonderry desde el hotel Adlon de Berlín. Como corresponsal del *Daily Mail,* llevaba varios años en los círculos reservados nazis, lamiéndoles las botas, por lo que sus comentarios tenían cierta importancia: «He mantenido largas conversaciones con Göring y Ribbentrop durante esta pasada semana —escribió—, y con varios miembros del gabinete personal de Hitler». Como resultado de dichas conversaciones, confirmó con seguridad que nada apartaría a Hitler de la consecución de sus ambiciones en Europa del Este. «Su mayor ansiedad, durante los días inmediatamente anteriores a la ocupación del territorio checo —informó Ward Price a Londonderry—, era que el viejo caballero se subiera a un avión de nuevo para intentar convencerlo de que no lo hiciera. Los más cercanos a Hitler dicen que, durante la entrevista, llegó a la conclusión de que Chamberlain tenía una mente negociadora y que no poseía la capacidad de mirar con amplitud las cuestiones internacionales. Daladier le causó una impresión mucho mejor».[9]

Robert Jamieson, un joven profesor de inglés en Essen, también se carteó con Londonderry poco después de la violación territorial de Checoslovaquia. En referencia a la garantía que Chamberlain había formulado el 31 de marzo (en la Cámara de los Comunes) a Polonia y Rumanía de que el Reino Unido y Francia acudirían en su ayuda si Hitler los invadía, escribió: «Creo que un buen número de gente está nerviosa e intranquila aquí, pues casi todo el mundo con quien he hablado desde la promesa de Chamberlain a Polonia me ha dicho espontáneamente que no quiere la guerra. Lo dicen con un sentimiento profundo, como jamás he sentido en casa». Jamieson, un aspirante a periodista cuya estancia en Alemania estaba financiada por Londonderry, hizo un admirable esfuerzo por informar de las reacciones de los alemanes de a pie frente al drama que se desarrollaba. Jamieson informó a su mecenas de que realmente creían que el Gobierno

checo había buscado de forma voluntaria la protección de Hitler, y «que todos se morirían de hambre si no obtenían el espacio vital *[Lebensraum]* del que hablaban, además de las colonias. En realidad, no hay escasez de alimentos, solo de algunos productos, como los lácteos y las verduras, lo que le confiere credibilidad a esta entelequia».[10] Mientras, añadió, cada alemán esperaba en vilo que Hitler anexionara Danzig, un movimiento que estaba convencido de que sería recibido con la aprobación de todo el mundo, incluso de los que no eran nazis. Un soleado fin de semana de junio, Jamieson viajó en la parte de atrás de una moto a la ciudad universitaria de Marburgo, donde conoció a un profesor de inglés. A pesar de que el profesor (una autoridad sobre Shakespeare) leía regularmente *The Times* y escuchaba cada noche la BBC, también estaba del todo convencido de que Alemania se encontraba rodeada de países hostiles y de que se morirían de hambre si les impedían expandirse hacia el este.

Parte de la información más interesante de Jamieson procedía de un grupo de inspectores de ingeniería británicos instalados en Essen. Uno de ellos refirió que lo habían echado físicamente de una oficina de correos polaca en cuanto empezó a hablar alemán, aunque en anteriores viajes siempre había hablado ese idioma. Parece extraordinario que esos inspectores pudieran viajar por toda Europa y comprobar materiales para los compradores extranjeros hasta apenas unas semanas antes del estallido de la guerra. Sin duda, sus informes también llegaron a algún que otro escritorio en Whitehall. Otro de los contactos alemanes de Jamieson le hizo una pregunta curiosa: ¿se había fijado en que los diarios británicos hablaban de un posible pacto entre Rusia y Alemania? Solo lo preguntaba porque los periódicos alemanes decían en ese momento cosas tan buenas de la Unión Soviética que pensaba que «algo se estaba cociendo». Tres meses más tarde, el 23 de agosto, Ribbentrop y Mólotov firmaron el Pacto Ruso-Alemán de No Agresión.[11]

Tal vez el antisemitismo latente de Jamieson se vio atemperado por la Kristallnacht, pero de ninguna manera se había apagado. «Me temo que he descubierto lo bastante acerca de los judíos, hechos indudables que me hacen simpatizar con los alemanes con respecto a sus problemas —escribió el 20 de mayo, y añadió—: Sin embargo, nadie va a perdonar el asunto de noviembre».[12] Después de visitar una serie de pueblos locales alrededor de Mar-

burgo (donde le mostraron vestidos de novia exquisitamente bordados), Jamieson decidió que «los campesinos están encantados de haberse deshecho de los judíos, pues hubo un tiempo en que todos los mercados de reses de esa parte del país estaban en sus manos y, como se puede imaginar, a los campesinos les tocaba la peor parte en el reparto».[13]

Jamieson era un hombre joven bastante pomposo de experiencia limitada, pero, al menos, hacía un esfuerzo genuino por registrar la opinión de la base alemana en un momento de alta tensión. Pero ¿qué excusa había para un hombre de fe viajado como el reverendo Henry Percival Smith para viajar por Alemania el verano de 1939? En apariencia, iba para asistir a una conferencia en Berlín con la Hermandad Anglo-Alemana, una organización conservadora fundada en 1936 para promover el entendimiento entre el clero británico y el alemán. En un artículo de la revista *AGR* que describía el viaje, Percival Smith no ocultaba su admiración por la Alemania de Hitler:

> Personalmente, acabo de pasar poco más de tres semanas en Alemania, pero pasar diez días allí y no recibir ni una mirada de disgusto, sino, en cambio, ser tratado con la mayor amabilidad y consideración por parte de todo el mundo es algo, creo, que un alemán que visitara Inglaterra no tendría garantizado en estos tiempos. Me parece que hay un tremendo deseo por parte del alemán medio de tener buenas relaciones con los británicos [...]. Para un inglés, escarmienta ver en Durham o en Gales del Sur a hombres jóvenes de veintidós años que no han trabajado ni un solo día desde que abandonaron la escuela a los catorce años y luego compararlos con todos los jóvenes alemanes que no cesan de trabajar, de un modo u otro [...]. Todo esto significa que los alemanes solo se conforman con lo mejor, ya sea en los servicios que ofrecen o en los privilegios que reciben.

En su artículo, Percival Smith no mencionaba ni la Kristallnacht ni la invasión de Checoslovaquia, pero sí que hacía hincapié en la admiración alemana por la «integridad personal de Hitler», su «fuerza de carácter» y su «sagacidad política». Además, no dejó de subrayar (apenas unas semanas después de que las tropas ale-

manas invadieran Praga) cómo «todos ridiculizan la idea de que [Hitler] pretende dominar a las demás naciones, mientras que ellos mismos temen ser dominados por otras, especialmente por la Internacional Comunista». El objetivo de asistir a la conferencia, según informó el clérigo a sus lectores, era «introducirnos bajo la superficie política de nuestra relación con el pueblo alemán y esforzarnos por entenderlos». El actual cáncer de «sospechas y desconfianza» solo se curaría en una «atmósfera de buena voluntad y hermandad».[14]

¿Contribuyó la conferencia a que «comprendiera» cosas como Dachau, el pogromo judío o el encarcelamiento de los curas católicos? En cualquier caso, su entusiasmo por la Alemania nazi no perjudicó su carrera. En 1956 lo ascendieron a archidiácono de Lynn en la Catedral de Norwich.

Cuando, en la primavera de 1939, el escritor y nacionalista irlandés Francis Stuart recibió una invitación del Servicio Alemán de Intercambio Académico para dar conferencias en Alemania, representó una solución para varios problemas que lo apremiaban. En primer lugar, necesitaba el dinero, pero también quería escapar de un matrimonio desgraciado. Stuart no era una elección obvia para Alemania, puesto que los quince libros que había publicado hasta la fecha eran desconocidos allí. Pero, dado que ningún autor británico de reputación iba a aceptar una invitación así en ese momento, el irlandés al menos estaba disponible y abierto a ir.

Stuart pertenece claramente a la categoría de los extranjeros que permitieron que los prejuicios políticos personales nublaran su percepción de los nazis. Mientras que en el caso de Percival Smith (como en el de tantos otros extranjeros pronazis) el comunismo era el fantasma que justificaba el régimen de Hitler, con Stuart era la lealtad a la causa republicana y el deseo de que se estableciera un nuevo orden mundial. En Hitler veía a una «especie de Sansón ciego que derrumbaba los pilares de la sociedad occidental tal como la conocíamos, lo que yo creía que era el primer paso antes de que pudiera surgir el nuevo orden».[15] En cualquier caso, Stuart estaba tan centrado en sí mismo que parece que consideraba la Alemania al borde de la guerra casi exclusivamente en términos de su propia vida y desarrollo personal. La situación judía no le conmovía demasiado. «He oído algo de las actividades judías antes de 1933 aquí y en cooperación con

los comunistas —le escribió a su esposa—. En muchos casos, eran espantosas. En cuanto a la presencia actual de judíos, apenas se los ve en esta parte de Berlín [central] o en el lado occidental. Pero en el oriental, más allá de Alexanderplatz, donde fui un día, aún quedan muchos».[16] Después de su gira de conferencias, invitaron a Stuart a volver más tarde para enseñar literatura inglesa e irlandesa en la Universidad de Berlín. Su decisión de aceptar ese puesto iba a tener consecuencias de gran alcance, y ni él ni su reputación quedarían libres de ellas.

El historiador *sir* Arthur Bryant era otro extranjero notable cuya visión benigna de los nazis duró más de lo que era decente. En este caso, su determinación de ver el lado más positivo de la Alemania de Hitler estaba alimentada por su suspicacia innata hacia los intelectuales y la política de izquierdas. El 9 de julio de 1939 voló a Berlín, supuestamente para unas breves vacaciones y para investigar para su actual libro. De hecho, tenía la misión, aprobada por Neville Chamberlain, de explorar la posibilidad (incluso en ese momento) de animar a los nazis a mostrar «contención» y «postergar» sus planes. Poco después de regresar a Inglaterra, escribió acerca del viaje (por supuesto, sin referirse a su verdadera naturaleza) en su habitual columna del *Illustrated London News.* En ella recordaba cómo, cuando había sobrevolado Alemania en 1918 por primera vez, lo habían recibido los «estallidos blancos de las bombas y el tartamudeo de las ametralladoras». Pero esta vez, cuando miró hacia abajo desde el avión «a este fabuloso país de ejércitos que no tiene mantequilla, de desfiles, pogromos y campos de concentración», le había parecido tan apacible como Inglaterra. «Una tierra de granjas y fincas y campos cuidados y pequeñas iglesias antiguas [...], vestigios de una civilización común: el limpio *ferry,* que se vislumbraba en el último rayo de luz, recordaba de algún modo a Bablock Hythe [un pequeño pueblecito en Oxfordshire, famoso por su *ferry]».* La idea de que un lugar así fuera objeto de un ataque aéreo no le «proporcionaba el menor placer». Mientras volaban en la oscuridad, el piloto hizo circular un pedazo de papel con los nombres de los pueblos y ciudades que dejaban atrás. «Osnabrück y Minden —escribió Bryant—, donde, doscientos años atrás, las hambrientas tropas inglesas con un monarca a su cabeza lucharon y vencieron por un desayuno, y Hannover, que nos dio a nuestra familia real y al viejo Haendel». Este artículo se publicó el 5 de agosto, menos de un mes antes

del estallido de la guerra. Las imágenes teñidas de color sepia que evoca, comparadas con la realidad del conflicto inminente, sin duda debieron conmover el corazón de numerosos lectores que atesoraban recuerdos afectuosos de la antigua Alemania. «Incluso antes de que las luces de Berlín emergieran de la oscuridad como una aparición —escribió Bryant—, se apoderó de mí con fuerza la conciencia de que, a pesar de las diferencias superficiales, nuestra civilización europea es una unidad».[17]

Dos días después conoció a Walther Hewel en un hotel de Salzburgo. Hewel, veterano del *Putsch* de 1923 que había compartido encarcelamiento con Hitler, era uno de los pocos íntimos amigos del Führer. Esto, junto con el hecho de que fue uno de los primeros miembros del partido nazi, lo convertían en un aristócrata de los círculos de poder. Como hablaba bien inglés (porque había trabajado vendiendo café para una empresa británica en las Indias Orientales Neerlandesas), a menudo era él quien recibía a los visitantes británicos de Hitler. La infatigable Amy Buller (del Movimiento Cristiano Estudiantil) había cruzado sables con él en Berlín apenas unos meses antes, cuando trató de convencerla de que su delegación aprendería más acerca del nacionalsocialismo si estudiaba sus autopistas que su teología.[18] Ahora le tocaba a Bryant lidiar con Hewel. Su principal objetivo era dejar claro que la promesa del Reino Unido a Polonia iba a sostenerse. Hewel, que tenía aspecto cansado después de pasar toda la noche con Hitler en el Berghof (Berchtesgaden estaba a menos de treinta y dos kilómetros de distancia), solo tenía una respuesta: había que devolver Danzig al Reich. También habló de la amarga decepción de Hitler sobre cómo el espíritu del entendimiento amigable que había alcanzado con Chamberlain en Múnich había quedado deshonrado. «Se refería —escribió Bryant en su informe al primer ministro— a los violentos y continuos ataques que recibió el Führer después de Múnich por parte de la prensa británica en todo el espectro político y también en la radio, los cuales habían reducido a Hitler en aquel momento a un estado de furia casi incontrolable, pues era incapaz de creer que el Gobierno británico no habría podido, si hubiese querido, evitar esos ataques».[19]

Al principio, Bryant no se entendió bien con Hewel y lo describió como alguien que tenía más del «tipo clásico de empresario atrevido que de estadista», pero sí que sintió que hablaba con «un hombre de mundo y un caballero».[20] En conclusión, le dijo

a Chamberlain, pensaba que, si su visita no había logrado demasiado, al menos no había causado ningún daño. Incluso creía que «el leve lazo de comprensión y simpatía personal» que había establecido con Hewel «quizá llegara a ser de utilidad en el futuro».[21] A la luz de lo que después sucedió, lo absurdo de la misión de Bryant se puede resumir en los gastos de su viaje, de los cuales reclamó el reembolso: veintiocho libras esterlinas.[22]

Sir Evelyn Wrench, una destacada personalidad británica, también viajó a Alemania ese verano, acompañado de su esposa Hylda. «Nuestro objetivo —escribió en su autobiografía— era asegurarnos sobre el terreno de si aún había posibilidades de entendimiento entre las democracias occidentales y los estados totalitarios». El 28 de junio llegaron a Constanza. El primer alemán que se encontraron tras cruzar la frontera suiza (a menos de dos kilómetros de su hotel) fue una muchacha, «una portera que nos sonrió amistosamente, lo cual nos pareció un buen presagio».[23] Pero pronto un cartel de propaganda antibritánica que mostraba a unos soldados ingleses que hacían estallar un pueblo árabe hicieron añicos su optimismo. «No era una bienvenida muy halagüeña para un viajero inglés», comentó Wrench. Aunque el hotel Insel seguía siendo igual de agradable que la pareja recordaba de sus anteriores visitas, había pocos clientes. «Solo unos veinticinco —anotó Wrench—, la gran mayoría alemanes, dos o tres holandeses y creo que somos los únicos ingleses». Para un hombre de su amplia experiencia (emprendedor, periodista, fundador de la Unión de Hablantes de Inglés y defensor del Imperio británico que había viajado por doquier), parece curiosamente inocente. «Los camareros alemanes no han estado en Inglaterra —anotó en su diario con aparente sorpresa—, y no parece que hablen inglés». Esta decepción, además de las nubes que se cernían sobre la ciudad y los estallidos de los truenos, no mejoró su humor para nada. «Nos fuimos a dormir bastante abatidos».

El 1 de julio condujeron hasta Friedrichshafen, donde se reunieron con un viejo amigo de Wrench, Hugo Eckener, el exitoso líder del proyecto Zeppelin y antiguo capitán del *Graf Zeppelin*. A Wrench le alivió ver que Eckener, abiertamente crítico con los nazis, era «el mismo ser humano encantador», a pesar de vivir bajo la constante amenaza de que lo arrestaran. Wrench recordó que, en una ocasión, incluso se había hablado de Eckener como sucesor del presidente Hindenburg. La agradable reunión y un

paseo al atardecer a orillas del lago, «donde las aguas translúcidas tenían un color entre el aguamarina y el gris perla», fueron momentos destacados de unos días que, de otro modo, habrían sido bastante desoladores. «Hace frío y llueve —escribía Wrench—. Me he puesto la ropa gruesa; H. lleva su capa de piel y está encantada de tenerla». Echaban de menos a los «políticos alemanes de la vieja escuela» y eran muy conscientes de que los miraban con frialdad por la calle. «Hay una atmósfera de *Gott straffe England* [que Dios castigue a Inglaterra] en el aire —observó Wrench—. Nos parece terriblemente opresivo». Tampoco estaban cómodos en el comedor del hotel. «El café es muy malo y el pan ya no es crujiente, está hecho con harina de poca calidad. ¡Ayer por la noche pedimos tostadas y mantequilla en la cena y nos cargaron un coste adicional en la cuenta!». Lo peor de todo fue que, cuando visitaron la catedral, un grupo de jóvenes bien vestidos se burló de ellos al grito de «oh, oh, oh, ja, ja, ja»; era «algo que jamás me había pasado antes», anotó entristecido Wrench. Se pasaron el último día en Constanza sentados bajo los árboles podados cerca del lago mientras observaban a los paseantes. «Nos impresionó mucho la femineidad de las mujeres alemanas —comentó Wrench—. Parecían encantadoras, con sus vestidos tradicionales. Por todas partes se ven madres con sus hijos. Después de las mujeres deprimidas que nos encontramos en los demás países, es muy refrescante ver a las mujeres de aquí, que no llevan ni las uñas ni los labios pintados. Todas las jovencitas se peinan el pelo en dos largas trenzas».

El 5 de julio salieron para Berlín en lo que sería un trayecto de trece horas de viaje ininterrumpido y agotador. «Nuestro tren salió a las ocho de la mañana, pasó frente al Insel y los porteros del hotel nos saludaron en señal de despedida; fue un detalle muy amable». Después de la decepción que había supuesto la comida del hotel, el desayuno en el tren resultó un regalo. «Panecillos realmente crujientes y frescos. Mucha mantequilla». Al mirar por la ventana, vieron a hombres ancianos y a mujeres que recogían la cosecha en carros tirados por caballos. «*¡Mujeres!* —anotó Wrench, asombrado—. En los campos, en todas partes, ¡y trabajando mucho!».

> Apenas vimos a hombres jóvenes. No había nadie con aspecto desarreglado, ni tampoco edificios descuidados en

> el campo. Todo tenía una apariencia exterior de prosperidad y bienestar. Casi no vimos soldados. Hasta donde sabemos, podríamos haber atravesado un país amante de la paz de nombre Utopía. Como es evidente, los soldados no están ahora en el centro de Alemania. Vimos residencias de obreros modernas y bien construidas, con techos inclinados. En los pueblos secundarios hay numerosas piscinas, en algunos balcones de las residencias privadas se ven enormes parasoles, a topos rojos, blancos, azules y amarillos. No vimos techos de uralita y, por supuesto, ningún campo de golf. Prácticamente no vimos ni una hectárea que no estuviera en uso durante todo el viaje. Me recordó con algo de vergüenza el abandono en que se encuentra nuestra campiña inglesa. Su producción de alimentos debe ser enorme.

En Berlín se alojaron en el hotel Adlon, y Wrench se dedicó a organizar reuniones con viejos amigos. Cuando trató de ver a *Herr* Dieckhoff, que aún era nominalmente el embajador alemán para Estados Unidos, tuvo más éxito que los cuáqueros seis meses antes. La franqueza de Dieckhoff le pareció «desarmante». El embajador no entendía por qué el Reino Unido mostraba súbitamente un interés «frenético» por Polonia. Desde su punto de vista, eso solo había contribuido a que la actitud polonesa, ya de por sí irrazonable, se hiciera más rígida, y había impedido que Alemania alcanzara un acuerdo amistoso. Lo que Alemania no entendía, según le dijo Dieckhoff a Wrench, era porqué el Reino Unido insistía en actuar como el hada madrina moral del resto del mundo. ¿Y por qué la prensa británica y el Parlamento se centraban en las supuestas iniquidades de Alemania e ignoraban los defectos de otros países, como, por ejemplo, Rusia? Fue una entrevista incómoda, y Wrench se marchó convencido de que «Alemania era incapaz de comprender la marea de idealismo que, sin duda, desempeña un papel importante en el mundo anglosajón y que intenta establecer un sistema colectivo, con el juicio de terceras partes cuando los propios intereses están implicados en un conflicto». Pero, cuando trató de explicarle eso al embajador, el otro le dio la vuelta al razonamiento con habilidad y le preguntó al inglés si pensaba por un momento que el Reino Unido estaría dispuesto a que los problemas relacionados con sus propios in-

tereses nacionales fueran dirimidos por terceras partes. Cuando abandonaba el edificio, Wrench hizo el saludo nazi al pasar frente a un grupo de oficiales. Fue algo extraño, pero, como anotó en su diario, «cuando uno va a Roma hay que fijarse en lo que hacen los romanos».

Uno de los encuentros más interesantes que Wrench tuvo en Berlín se produjo en una cafetería mientras tomaba té con limón con dos damas representantes de la Liga Femenina Nacionalsocialista. «Hablamos con absoluta franqueza —informó Wrench—. Las dos eran encantadoras y *verdaderas idealistas,* pero uno siempre termina frente a un muro de piedra cuando se toca el tema de los intereses de Alemania».

> Casi todos los alemanes que hemos conocido le quitan importancia a la violación de Checoslovaquia porque afirman que su existencia era una amenaza para Alemania, que necesita afianzar su «seguridad». Viven tan atrapados en los agravios de los últimos veinte años que ignoran el sufrimiento de las demás naciones. Es simplemente imposible convencerlos de que miren las cosas desde una perspectiva europea. Sufren de resentimiento y de un complejo de inferioridad, sin la menor duda. Como me dijo un alemán de razonamiento impecable, «hoy mi nación está mentalmente enferma, y nadie es capaz de ver la realidad».

El 12 de julio, Wrench visitó al embajador británico, *sir* Nevile Henderson, a quien no veía desde Eton, donde habían sido buenos amigos. Le pareció que estaba algo «picado» e indignado con *The Spectator* (Wrench era presidente del consejo del diario) por defender la inclusión de Winston Churchill en el Gobierno. Henderson recitó la letanía de que debían ser leales a Chamberlain. «Sostuvo con firmeza —anotó Wrench— que, si se empleaba la fuerza bruta, no debíamos vacilar en actuar, pero, al mismo tiempo, también defendió que debíamos conseguir un acuerdo justo para Danzig». Henderson pensaba que era una lástima que Danzig tuviera tanto protagonismo, puesto que «a los alemanes no les faltaba cierta razón». Sin embargo, desde la ocupación de Checoslovaquia, el embajador no tenía duda de que «el Reino Unido debía defender la máxima moral de que ninguna nación grande tenía el derecho de imponer su voluntad por encima de

un territorio más débil». Quizá a Wrench jamás se le había ocurrido que su propio país había impuesto su voluntad por encima de naciones más grandes y más pequeñas en numerosas ocasiones; después de todo, tanto él como Henderson se habían pasado gran parte de sus vidas promoviendo el Imperio británico. Pero también era cierto que la concepción de imperio de Wrench no era racista y se definía por una libre asociación de pueblos que cooperaban para obtener el autogobierno y la estabilidad internacional, lo cual era muy distinto de lo que Hitler tenía en mente.

Wrench, que amaba de veras Alemania y la había visitado numerosas veces, llegó a la reticente conclusión de que «estar en Alemania ahora no es una experiencia placentera». Cualquier amabilidad o cortesía de la que fueron objeto en el pasado constituía ahora una sorpresa. A la vista de la situación, la pareja decidió partir hacia Suecia antes de lo previsto. Siguiendo los consejos de un amigo alemán que les dijo que era mejor que llegaran «a Inglaterra antes del 1 de septiembre», zarparon desde Gotemburgo el 26 de agosto. «Nuestro barco estaba lleno de veraneantes británicos que regresaban a casa y de reservistas franceses a los que habían convocado de vuelta —comentaba Wrench—. Llegamos a Tilbury el 28 de agosto».[24]

Si bien el número de gente desesperada por salir de Alemania en 1939 era cada vez mayor, había quienes estaban igualmente decididos a entrar en el país, como las aficionadas a la ópera Ida y Louise Cook. En 1937, el director de orquesta austríaco Clemens Krauss y su esposa Viorica Ursuleac (la soprano favorita de Richard Strauss) les habían hablado por primera vez de la crisis judía. Desde ese momento hasta apenas dos semanas antes del estallido de la guerra, las hermanas viajaron con regularidad a Alemania para ayudar a los judíos a organizar sus documentos para emigrar y pasaron de contrabando sus objetos valiosos hasta Inglaterra. Era una actividad costosa, pues, para ser creíble a ojos de los nazis, era esencial que se alojasen en los mejores hoteles. Sin embargo, tras la publicación de su primer libro en 1936, Ida se ganó bien la vida como novelista romántica (publicaría más de cien novelas en Mills & Boon con el pseudónimo de Mary Burchell) y dispuso de amplios fondos para financiar su heroica aventura.

Aunque la genuina devoción de Ida y Louise por la ópera les brindaba una tapadera perfecta, los peligros a los que se enfren-

taban no eran pocos. Normalmente, Louise (que se tomaba el sábado por la mañana libre) dejaba su aburrido trabajo de oficinista el viernes por la noche y corría con su hermana al aeropuerto de Croydon, pues llegaban justo a tiempo de embarcarse en el último vuelo a Colonia. Después se subían en el tren nocturno hacia Múnich. «Bien en la ida o en la vuelta nos deteníamos probablemente en Fráncfort, donde se encontraba la mayoría de nuestros casos»,[25] recordaba Ida en sus memorias.

Su operación de contrabando se volvió cada vez más sofisticada. Al volar hacia Alemania y regresar a Inglaterra en tren, evitaban cruzarse dos veces con los mismos oficiales nazis. Eso era esencial, porque en el viaje de ida vestían con mucha sencillez y no llevaban ninguna joya, ni siquiera un reloj. Sin embargo, en el viaje de vuelta, las damas austeras se transformaban en «mujeres inglesas llamativas y envueltas en pieles que exhibían su exagerada afición a la joyería».[26] Como ninguna de las dos hermanas tenía agujeros en las orejas, jamás llevaban ese tipo de pendientes, sabedoras de que sería precisamente el detalle discrepante que los policías alemanes estaban entrenados para detectar.

Si les preguntaban por las numerosas joyas que portaban, su plan era hacerse «las solteronas nerviosas e insistir, sencillamente, en que siempre nos llevábamos nuestros objetos de valor con nosotras, porque no confiábamos en nadie que pudiera cuidar de ellos mientras estábamos lejos de nuestros hogares».[27] Por lo general, volvían a través de los Países Bajos y cruzaban hasta Harwich en un barco nocturno. El primer tren hacia Londres permitía a Louise llegar puntualmente a su oficina, a primera hora del lunes por la mañana.

Mientras Ida y Louise llevaban a cabo su último viaje a Alemania en agosto de 1939, la revista *AGR* seguía emitiendo noticias con sesgo positivo. Por ejemplo, Nancy Brown ofrecía una entusiasta narración de las dos semanas que acababa de pasar en el Reich con la organización pronazi Link, en lo que sería el último número de la revista. «Estas vacaciones en las tierras del Rin me han dejado con espléndidos recuerdos de la Alemania moderna —escribía— y me gustaría transmitírselos a los demás lectores».

> Se oían voces infantiles que entonaban una canción mientras, sentados en una taberna llena de flores y a la sombra de los dulces limeros, observábamos el lago y sus aguas ondulantes. Los niños aparecieron por fin desde el oscuro

> bosque, con sus mochilas a la espalda, y se esparcieron por el jardín de la taberna en busca de refrescos y algo de comer. Un niño de ojos brillantes tocaba el acordeón y, mientras, las relucientes trenzas de las niñas que se congregaban a su alrededor brillaban al sol, como si fueran de oro.[28]

En el mismo número de agosto aparecía el siguiente anuncio: «Joven inglesa de veinte años busca puesto como *au pair* en Alemania durante el mes de octubre».

A medida que agosto se acercaba a su fin, Sylvia Heywood seguía estudiando música en Dresde. Su billete de tren hacia Inglaterra tenía fecha del 3 de septiembre, pero, a la vista de los últimos acontecimientos, le pareció prudente adelantar su vuelta una semana. Sin embargo, como no pensaba estar fuera más de un par de semanas (porque, sin duda, regresaría a Múnich), dejó dos de sus objetos más preciados a cargo de su casera: su abrigo de pieles y su violín. El 1 de septiembre, las tropas alemanas invadieron Polonia y, dos días más tarde, Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Tiempo después, Sylvia supo de sus posesiones a través de su casera, gracias a una carta enviada mediante la Cruz Roja. El abrigo de piel se lo habían llevado unos soldados; Sylvia esperaba que hubiera servido para abrigar a algún pobre desgraciado que luchaba en el frente oriental. El violín fue harina de otro costal: cuando las bombas empezaron a caer sobre Dresde, la casera lo envolvió cuidadosamente, lo llevó a un parque cercano y lo enterró.[29]

Capítulo 20

Guerra

Durante los primeros meses de conflicto, resultaba difícil creer siquiera que se estuviera librando una guerra. Era cierto que el racionamiento era más riguroso, pero como, de una manera u otra, ya llevaba tanto tiempo en funcionamiento, la gente apenas lo notó. Eran más preocupantes los bombardeos aéreos, aunque, al menos al principio, infligían relativamente pocos daños. En otras palabras, «la buena vida» bajo el nacionalsocialismo que la revista *AGR* tan a menudo describía se vio, por sorprendente que parezca, poco afectada. Por el contrario, los cortes de luz y los innumerables carteles que prevenían de que «el enemigo siempre escucha» eran un constante recordatorio para los ciudadanos de que el país, efectivamente, estaba en guerra. Y si bien al principio no parecía haber muchos cambios, como el periodista estadounidense Howard K. Smith observaba, sí que insufló «un miedo sin límites»[1] en el corazón de los alemanes.

Desde enero de 1940, cuando Smith llegó a Berlín, hasta el 6 de diciembre de 1941, cuando se subió al último tren hacia Suiza antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, el periodista se propuso controlar la moral de los ciudadanos. La invasión de Rusia en junio de 1941 fue un punto de inflexión. Hasta entonces, las esperanzas de la gente habían dado bandazos: de esperar una paz rápida a resignarse al conflicto. Cualquier propaganda absurda o el rumor más endeble desataba un remolino de alegría o desesperación. Pero, al ver que la materialización de la promesa de la conquista oriental fracasaba sistemáticamente, el alemán medio empezó a comprender que lo habían engañado. No habría una paz rápida ni una victoria final. Mientras, periodistas, diplomáticos, simpatizantes nazis, refugiados, cónyuges y algún que otro empresario eran los únicos viajeros capaces aún de viajar al Reich durante la guerra. Gente tan diversa como la muy británica princesa

«Peg» de Hesse y del Rin y Erik Wallin, un sueco que servía en las Waffen-SS, estaban entre los testigos que verían de primera mano el largo descenso de Alemania hacia la desgracia y la derrota.

Las memorias de Biddy Macnaghten de la guerra componen una vívida visión desde un punto de vista izquierdista. Rebelde desde niña, Biddy era la hija de un juez de Irlanda del Norte (y bisnieta del reformista social Charles Booth). Fue a vivir a Berlín en 1927 tras estudiar arte en la Escuela Slade de Londres. Para cuando estalló la guerra, estaba casada con Willi Jungmittag, un fotógrafo formado en la Bauhaus de orígenes humildes y delineante técnico. Ambos pertenecían al partido comunista. Como el 3 de septiembre de 1939 era domingo, se llevaron a su hija Clara, de cinco años (bautizada en honor de la comunista del Reichstag Klara Zetkin), al parque y allí se sentaron en la hierba. «Había un cartel blanco enorme, como para anunciar los resultados del críquet, donde se escribían las noticias —recordaba Biddy—. Vimos que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania. Era el fin».

Casi tres meses después nacía su segunda hija. En la sala de un hospital, con once mujeres más, Biddy no podía escapar a la canción *«Wir fahren gegen Engeland»* ['Nos vamos a luchar contra Inglaterra'], que sonaba cada vez que se hundía un barco británico. No era el mejor momento para tener un bebé. No había raciones extras para las madres que tenían que amamantar a sus hijos y, como Biddy no daba suficiente leche, la pequeña Gerda tuvo que sobrevivir con mantequilla y harina de trigo mezclada con leche y agua en una sartén. Apenas tres semanas después del nacimiento de la niña, la Gestapo llamó a Biddy para entrevistarla. Resultó que la mujer que les proveía leche la había implicado en un reciente intento de asesinato contra Hitler. Por fortuna, las conexiones irlandesas de Biddy y la existencia de su bebé convencieron a sus interrogadores de que la acusación era falsa. Si la lechera hubiera tenido éxito, habría conseguido una recompensa de mil marcos.[2]

Bridget Gilligan también se había casado con un alemán, pero el origen social de este era completamente distinto. El conde Hugo von Bernstorff pertenecía a una gran familia aristocrática muy relacionada con Dinamarca. Después de su boda, en enero de 1939, la pareja se fue a vivir a su residencia ancestral, el castillo Wotersen, a cuarenta y ocho kilómetros al este de Hamburgo. Podrían haberse casado antes de no ser por las dificultades de

Bridget para demostrar su pureza de sangre. En noviembre de 1938, Hugo le había escrito a su novia, que en ese momento se encontraba en Inglaterra:

> Querida, si tienes la menor sospecha de que haya sangre no aria en tu familia, por favor, dímelo. Lo peor que podría suceder es tener que descubrirlo después de casados, porque entonces tendríamos que divorciarnos. Así que acláralo todo lo antes posible. No digas que es muy caro: ningún gasto lo es a la hora de averiguar este tipo de cosas.[3]

La reacción de Bridget no fue muy reconfortante. «Creo que *jamás* obtendremos los certificados de bautizo por la parte Gilligan de la familia —replicó—, pues, como todos eran de la Iglesia metodista de Wesley y esa religión hace mucho que pasó de moda, todas las iglesias se han derruido, así que no creo que haya muchas esperanzas de localizar sus archivos».[4]

Por suerte, Bridget era competente y dura. Una vez declarada la guerra, enviaron a Hugo con su regimiento a Noruega, y dejó a su esposa inglesa embarazada de ocho meses a cargo de una casa complicada y de una gran propiedad. No fue fácil. En febrero de 1940 se marchó a Garmisch y Haus Hirth, donde en tiempos de paz gente como Siegfried Sassoon y William Walton se habían alojado con gran placer. De camino, pasó un par de noches en Múnich. Desde el hotel Regina Palast, le escribió a su marido que, ahora que había abandonado Wotersen, no podía ni aguantar pensar en ese sitio. «Toda esa gente gruñona, que siempre está discutiendo y quiere algo más —se quejó—. Y el cocinero que nos toma el pelo. Me pongo enferma solo de pensarlo. Vuelve pronto, *muy* pronto, y deja a tus soldados construyendo muñecos de nieve».[5] Mientras, estar en Múnich era sinónimo de «felicidad», porque ahí, a diferencia de Berlín o de Hamburgo, aún se podían comprar naranjas. Una vez instalada en Haus Hirth, fue todavía más fácil olvidar la guerra. «Montañas de mantequilla, té de verdad y chocolatinas después de cenar, y un pastel de carne delicioso», le escribió a Hugo en Noruega. Sin embargo, la ausencia de hombres jóvenes en el pueblo y el hecho de que en las tiendas no había productos («ni siquiera una *Damenbinden* ['compresa']»),[6] eran recordatorios inevitables de que la guerra ya estaba muy presente en sus vidas.

Bridget no carecía de apoyo desde Inglaterra. Varias mujeres inglesas que se habían casado con familias aristocráticas alemanas estaban a tiro de piedra de Wotersen y, quinientos sesenta kilómetros al sur, Peg Hesse vivía con su marido, el príncipe Ludwig (Lu), en el igualmente hermoso castillo de Wolfsgarten, dieciséis kilómetros al norte de Darmstadt. La pareja se había conocido mientras estaban de vacaciones en Haus Hirth en 1936. Se casaron al año siguiente en Londres, donde el príncipe Ludwig trabajaba en la Embajada alemana. Peg y Bridget, una princesa y la otra condesa, se escribieron con regularidad durante la guerra y, como veremos en sus cartas, se ofrecían apoyo y consuelo mutuos.

Un mes después del viaje de Bridget a Múnich, la escritora danesa Karen Blixen, más conocida por su libro *Memorias de África,* llegó a Berlín. Era corresponsal de varios periódicos escandinavos y tenía planeado quedarse un mes. Su recuerdo de una visita a Bremen captura la curiosa mezcla de normalidad y desasosiego que caracterizó los primeros meses de la guerra. La catedral medieval de Bremen y el ayuntamiento la impresionaron profundamente, igual que las casas patricias de la ciudad, un tributo «a la profunda y vital cultura de una ciudadanía que ha viajado mucho», como escribió. Había barcos por todas partes. «Las pinturas y los tapices muestran flotas enteras y enormes de barcos mercantes y, en los grandes salones patricios, hay modelos de proporciones exactas y monumentales de los barcos que pertenecieron antaño a las familias, con todas las velas y amarras, hasta el último detalle». Pero frente a la imagen de una gran ciudad marítima estaba la sombría realidad de marzo de 1940. Blixen llegó tarde por la noche, y nevaba con fuerza. A causa de los cortes de luz era imposible ver nada. Un portero entrado en años le ofreció su ayuda. «Caminamos agarrados de la mano por las calles oscuras —recordaba Blixen—, del tren al hotel, y de ahí a la comisaría [donde todos los visitantes debían registrar su llegada] y de regreso». Había luchado en la Gran Guerra y tenía dos hijos en el frente. Se fijó en que, como los africanos en su granja en Kenia, el anciano expresaba su pesar «chasqueando la lengua y haciendo como si fuera a dar un beso».[7]

En Berlín, ahora los proyectos de los tiempos de paz coexistían con las exigencias de la guerra. Aunque los enormes edificios, encargados por Hitler tiempo ha, seguían elevándose hacia el cielo («Todas las obras de madera, piedra o hierro que he visto aquí están magníficamente ejecutadas», observó Blixen), las

estructuras defensivas y de camuflaje habían brotado a su lado. Sin embargo, desde su punto de vista, la frenética actividad no ocultaba el hecho de que Berlín había perdido su lustre, «como un hermoso pájaro en la época de muda».[8] Las calles «estaban sucias por todas partes, más allá de toda descripción». La gente caminaba «cautelosamente» vestida con la ropa del año pasado, y solos los porteros de hotel tenían aspecto de pertenecer al mundo de «oro, mármol, bronce y cristal» del Adlon.

Le sorprendió ver que en el teatro se representaba *El rey Lear*, hasta que comprendió que la Alemania nazi se apropiaba de los grandes artistas y escritores foráneos igual que invadía los países de los demás. «Dicen que Shakespeare en realidad es germánico, debido a su poderosa humanidad; y Kierkegaard, a causa de su profundidad mental; Rembrandt, en su honestidad artística y Miguel Ángel, en virtud de su tamaño».[9] Los teatros a reventar de Berlín desconcertaron a Blixen, pero, como señalaba Howard K. Smith, la gente no tenía mucho más en que gastar el dinero. Y, a diferencia de las pantallas de cine llenas de propaganda, al menos los clásicos conocidos (porque las obras contemporáneas estaban prohibidas) distraían a la gente de la guerra durante un par de horas.[10]

Naturalmente, la imagen de la Alemania en guerra que pintaban los periodistas estadounidenses antinazis era muy distinta de la que ofrecían los simpatizantes extranjeros. El explorador sueco Sven Hedin, invitado que el Reich agasajaba en abundancia, tenía acceso habitual a Hitler y otros líderes nazis. El 6 de marzo, mientras Blixen se encontraba en Bremen, Hedin comió con Göring en Carinhall. «Mantequilla, queso gruyer de verdad, caviar, langosta, espárragos frescos, guisos y dulces de todo tipo» componían el menú. Después, la hija de diecinueve meses de Göring, Edda (para quien las esposas de los diplomáticos italianos «no cesaban de tejer diminutas prendas»)[11] «entró dando saltitos y saludó a los invitados con modales deliciosos». A pesar de la escasez de gasolina y la prohibición de viajar en coches particulares, cuando Hedin tuvo que ir desde Berlín a Múnich seis meses después, lo llevaron en un coche oficial. Su trayecto fue muy distinto del que tuvieron que sufrir la mayoría de los viajeros durante la guerra, quienes se veían obligados a permanecer de pie durante horas en trenes sucios, fríos y atestados de gente que llegaban con horas de retraso. Mientras, el coche en el que viajaba Hedin «avanzó veloz por Potsdam, entre Wittenberg y Dessau, entre Leipzig y Halle, y

luego a toda velocidad por la infinita autopista, que se desvanecía como un lazo blanco frente a nosotros». Se fijó en los palos de madera que se habían erigido cada treinta metros para impedir que los aviones enemigos aterrizaran sobre la autopista y su apetecible superficie. Recorrieron más de seiscientos cuarenta kilómetros (la mitad por carreteras normales) en exactamente siete horas. «Habíamos viajado más deprisa que con el tren exprés».[12]

El 18 de junio de 1940, Bridget escribió a Hugo desde Wotersen: «¿No es maravilloso que la guerra en Occidente haya terminado? Justo cuando el viejo de Mecklemburgo [quizá un nombre en código de Hitler] dijo que pasaría».[13] Es posible que la guerra le fuera bien a Alemania, pero había un montón de problemas adicionales. «Aún no tenemos criada, lo cual es terrible», le escribía a su marido tres días después. En julio, la presión empezaba a ser excesiva. «Por favor, cariño, tienes que volver a casa *ya.* Todos estos ataques aéreos son una locura. Me siento muy triste, las bombas caen a nuestro alrededor y ahora dicen que al ejército que está en Noruega lo destinarán a Inglaterra. Esta estúpida guerra me aburre».[14] Pap, un criado anciano, estaba particularmente furioso porque los británicos habían bombardeado el monumento a Bismarck en Hamburgo. Unas semanas después, olvidando momentáneamente la nacionalidad de Bridget, anunció que «era una pena que los bombarderos alemanes no le hubieran dado al rey Jorge VI y a su reina cuando se dirigían en tren a Escocia el otro día».[15] Una cosecha de patatas desastrosa («todas se han podrido») y un enorme pago a causa de los impuestos desmoralizaron a Bridget aún más.

Hacia las Navidades de 1940, Harry Flannery, que había reemplazado a William Shirer en las emisiones de la CBS, llevaba en Berlín unas seis semanas. Reparó en que había raciones más abundantes de lentejas, judías y guisantes, y también más azúcar y mermelada. Había árboles de Navidad a la venta y muchos juguetes: aviones, submarinos y trajes de soldadito. Para sumarse al espíritu festivo, los diarios publicaron un poema escrito por el embajador japonés:

> Mirad, la mañana se acerca al Santuario.
> El día de Asia Oriental se avecina.
> Alegres, la esvástica y la bandera roja, blanca y verde ondean al viento.
> Llega la primavera a Europa.[16]

Biddy y su familia pasaron la Navidad con el hermano de Willi en su granja cerca de Bremen. Llamaron al carnicero en mitad de la noche para que matara a un cerdo que se estaba ahogando. «Nos quedamos en el establo —anota Biddy—, a la luz de una lámpara de aceite para observarlo. Era como un cuadro de Rembrandt. El establo y la casa se encontraban bajo el mismo techo». Matar a un cerdo era algo peligroso. Solo por eso, en septiembre habían decapitado a un granjero en Rostock, por hacerlo sin permiso.[17]

El día de Año Nuevo, la familia ya estaba de vuelta en Berlín, donde, cerca de la medianoche, Flannery preparaba una emisión en la oficina de prensa. William y Margaret Joyce, más conocidos como lord y *lady* Haw-Haw, también se encontraban en el edificio y lo invitaron a tomarse una botella de champán con ellos.

> [Haw-Haw] se inclinó por debajo de la persiana y salió al balcón a por una botella. La radio estaba puesta. Se oyeron las campanas de la catedral de Colonia dar la medianoche y, luego, una emisión nazi con la canción de Horst Wessel. *Lady* Haw-Haw se puso rígida, su expresión tensa, y levantó el brazo para ejecutar el saludo nazi. Haw-Haw regresó con la botella. Vio a su esposa, dejó la botella, chasqueó los tacones y se unió al saludo.[18]

A principios de año, Flannery entrevistó a un piloto alemán que había realizado una veintena de ataques aéreos sobre Londres. El inglés impecable del joven sorprendió a Flannery, hasta que el piloto admitió que su madre era británica y que sus abuelos vivían en Londres. El estadounidense le preguntó si alguna vez había bombardeado su área. «Sí —replicó el piloto—. Trato de no pensar en eso».[19]

Si Londres sufría bombardeos, Hamburgo también. El 13 de marzo, Bridget von Bernstorff se encontraba en el Vier Jahreszeiten, el mejor hotel de la ciudad. Aparentemente ajeno a la guerra, según Flannery aún ofrecía vinos exquisitos y té de verdad a sus clientes. Cada tarde, una orquesta tocaba canciones estadounidenses clásicas como «Carry Me Back to Old Virginny» y «Chinatown».[20] «Ni te imaginas la terrible noche que hemos pasado», le escribió Bridget a Hugo desde Dresde un par de días más tarde.

> Estuvimos en el sótano desde las once hasta las tres y luego de nuevo de las cuatro a las cinco y media. Las bombas llovían sobre nosotros. Nos fuimos a las siete de la mañana para tomar el tren hacia Altona. Todo el cielo resplandecía con estallidos rojos y la mayoría de las calles estaban cerradas. Había grandes columnas de humo por toda la ciudad. El tren estaba lleno de gente exhausta con niños que no habían pegado ojo. Desde luego, viajar no es ningún crucero de placer en estos momentos.[21]

Le dijo que se alegraba de que aún estuviera en Noruega, ahora que enviaban a tantos soldados a África: «Los vemos a todas horas en los trenes».[22]

Desde luego, en lo que respectaba a las bombas y a la comida, la vida en la campiña era mucho mejor que en las ciudades. Como decía Ji Xianlin, «si alguien tenía contacto con un campesino, los demás babeaban de envidia». Un día del verano de 1941, conoció a una chica alemana que conocía a un granjero que vivía a unos kilómetros de Gotinga. Fueron en bicicleta hasta su huerto, donde se pasaron el día recogiendo manzanas. Además de la fruta, volvieron a casa con una bolsa de patatas. «Cuando volví —escribió Ji—, herví las patatas, las mojé en el azúcar blanco que tenía apartado y me lo comí todo. Aun así, no me sentí saciado».[23]

Exactamente un mes después de Pascua, a las 17.45 de la tarde del 10 de mayo, el segundo del Führer, Rudolf Hess, se subió a su Messerschmitt y voló a Escocia. Su fútil intento de abrir negociaciones de paz con el Reino Unido a través del duque de Hamilton constituyó un *shock* para el público alemán. Bridget sin duda expresaba una sensación extendida cuando decía, en una carta a Hugo, que «el asunto de Hess me parece una victoria del enemigo. Ha hecho algo terriblemente estúpido. Debería haberse pegado un tiro antes de hacer lo que ha hecho. Lo siento mucho por el Führer».[24]

Sin embargo, apenas seis semanas después, el acto inconsciente de Hess palideció al lado de lo acontecido el 22 de junio. Ese día, como le contó su casera a Ji, Alemania invadió Rusia. Para distraerse, el joven estudiante se fue a pasear con dos conocidos, *Frau* Pinks y *Herr* Gross. «Gross se había traído su acordeón y tocó por el camino. Desde el *ferry* veíamos a chicas jóvenes que se

bañaban en el río. Era una sensación arrolladora».[25] Poco tiempo después escribió: «Ahora, siempre que me entero de una derrota alemana me siento indescriptiblemente feliz. Pero, si Alemania ocupa una ciudad, tengo que tomarme un tranquilizante o no puedo dormir. No amo a Rusia ni amo a Inglaterra, y realmente no entiendo por qué odio tanto a Alemania».[26]

Unas semanas antes de la invasión, mientras los alemanes estaban ocupados sometiendo a los Balcanes, Howard K. Smith se había dado cuenta de que pasaba algo. Su libro favorito de cuentos satíricos rusos había desaparecido del escaparate de la librería local. Era algo notable, porque llevaba un año allí. Smith entró en la tienda (que estaba justo al lado de Alois, el restaurante propiedad del medio hermano de Hitler) para preguntar por los libros sobre Rusia que tenían en el fondo. Cuando le dijeron que solo tenían títulos como *Mi vida en el infierno ruso,* supo a ciencia cierta que la invasión de Rusia era inminente.[27]

Biddy también contó con una advertencia. Vivían justo al lado de una estación de tren y durante varias semanas había observado trenes llenos de soldados que partían con regularidad hacia el este. El primer día de la Operación Barbarroja, se encontró con *Frau* Schroeder en el jardín del bloque de apartamentos donde ambas tenían una parcela. «Ahora —le dijo su vecina, llorosa— seguro que la guerra no termina jamás».[28] Por el contrario, Bridget von Bernstorff estaba convencida de que todo terminaría al cabo de tres semanas. «Me pregunto qué pasará después». No tuvo que esperar mucho tiempo. Dos meses después le escribía a Hugo: «En Hamburgo se ve a *tantísima* gente vestida de negro; es muy deprimente». Felix von Schaffgotsche era solo uno de sus muchos amigos que habían muerto. «Le dispararon en el pulmón y ahora yace en una cabaña para vacas en el sur de Rusia mientras se lo comen los bichos».[29]

Ese verano, Biddy y Willi llevaron a sus hijas de vacaciones a una granja, un viejo molino cerca de Fráncfort del Óder, a noventa y seis kilómetros al este de Berlín. Pertenecía a un primo de un amigo. «Le di a Friedel un cupón para zapatos —recordaba Biddy—, y ella lo organizó todo».

Cuando llegaron a la estación, ya no había autobuses, así que tuvieron que recorrer a pie los catorce kilómetros de distancia hasta la granja, empujando el carrito del bebé. A un lado del camino había un bosque y, al otro, los «pálidos campos de agosto».

Biddy se hizo amiga de uno de los trabajadores polacos esclavos de la granja. Tenía un ojo dañado y el pie afectado por el frío. Le dieron todos sus cigarrillos. (Estos, como todo lo demás, también estaban racionados: doce al día para un hombre y seis para una mujer, pero solo hasta que tuviera cincuenta años. Después no le daban ninguno). Dos mecanógrafas de Berlín, «muy elegantes con sus trajes, sus permanentes y sus gafas», también se alojaban allí. La estampa de los trabajadores esclavos desaliñados y harapientos les confirmaba todo lo que siempre les habían dicho: que los polacos eran subhumanos. Después de varios intentos de sacarlos de su abulia, Biddy dejó la tarea por imposible.

Los días pasaban de manera agradable. Salían a coger setas y arándanos al bosque y Willi llevaba a Clara a pescar a un lago «silencioso donde se reunían los vientos». Cuando llegó la hora de partir, un policía jubilado se ofreció a acompañarlos a la estación. Avanzaron por el bosque con la carreta de la granja tirada por dos caballos.[30]

El verano de Bridget fue menos agradable. Aparte de la incesante preocupación que le causaban los amigos que luchaban en Rusia, el tiempo era horrible. «Llueve, llueve, llueve cada día y hace un frío horroroso —le escribía a Hugo—. La cosecha se ha echado a perder y es mucho peor que el año pasado». En octubre, las cosas no habían mejorado. «Cariño, echo de menos mi casa. Quiero estar allí y tomar el té y estar con la abuela e ir al cine, sin disputas ni arreglos, y ver a todos mis amigos. ¡Cuánto lo echo de menos!».[31]

Mientras Bridget soñaba con regresar a su hogar, el autor francés Jacques Chardonne, junto con un puñado de escritores extranjeros, se encontraba inmerso en una gira literaria por Alemania tras haber sido invitado por los nazis. Era un ferviente seguidor del régimen. «La sensación que me invade cuando pienso en la sociedad alemana en su conjunto —escribiría después en un largo ensayo— es de naturaleza estética. Es una cuestión de belleza moral (de valor, voluntad, espíritu de sacrificio, decencia y varias formas de salud) y también de estilo y creatividad». La atmósfera «de tono elevado» del nacionalsocialismo era el sello distintivo de la bienvenida con que los habían recibido en el Hofburg de Viena.

> La tropa de extranjeros [...] no estábamos a la altura de los apartamentos reales. Nos sentaron alrededor de una

> veintena de mesas, cada una iluminada con velas rojas dispuestas en círculo y decorada con un ramo de hojas de otoño y un espléndido juego de porcelana de otra época. La luz eléctrica se apagó. Escuchamos una coral de Bach, una canción entonada por un coro de niños; luego un quinteto de Mozart, después del cual volvió a repetirse la pureza de la canción anterior. El silencio general, la semioscuridad que nos rodeaba, el resplandor de las velas rojas, la decoración otoñal y la música, verdaderamente hermosa, se unieron para crear un espectáculo cuasi espiritual. No hubo discursos esa noche.

No fue solo el tranquilo esplendor de la ocasión lo que impresionó al francés. Estaba convencido de que la «nobleza» y el «buen gusto» de esos eventos nazis se debía tanto a cierta «calidad mental» como a la música y la bella decoración. Su visión de las SS era igualmente romántica. Las veía como una «nueva creación alemana», pero que emergía del pasado ancestral. Comparaba a los soldados con una orden de «monjes militares» cuando paseaban por las calles, altos y elegantes con sus uniformes. «Viven de manera ingenua —escribió—, en un estado de sacrificio personal total [...], no parecen sentir tristeza ni miedo ni hambre ni deseo; son los ángeles de la guerra que han descendido por un instante del cielo de Niflheim* para ayudar a los hombres a llevar a cabo una tarea demasiado difícil para ellos».[32]

Después de casi dos años en Alemania, la visión de Howard K. Smith de los nazis era muy distinta. «Todas las pequeñas cosas que hacen la vida agradable han desaparecido —escribió a finales de 1941—. Todo lo que se precisa para la vida física se ha deteriorado y, en ocasiones, ha caído por debajo del umbral necesario para la supervivencia humana». Citó a la esposa de un obrero que conocía: «¿Para qué vamos a vivir?», se preguntaba.[33]

A medida que se acercaba el final del año, Smith y los demás periodistas estadounidenses que aún permanecían en Berlín ansiaban salir de Alemania. Finalmente, a última hora de la tarde del 6 de diciembre, aprobaron su visado de salida. Ahora que ya lo tenía, sentía la tentación de quedarse un día más para des-

* Un mundo primigenio envuelto en neblina de la mitología nórdica.

pedirse de sus amigos. Por fortuna, un colega lo convenció de que sería una locura permanecer tan siquiera una hora más. Los amigos se reunieron en la estación de Potsdamer para despedirlo. Cantaron y bebieron champán hasta que llegó la hora de subir al tren. Por fin estaba de camino a Suiza. Demasiado excitado para dormir, apartó las cortinas de la ventana del vagón y se quedó mirando la oscuridad de la noche y oyendo el «rítmico avanzar de las ruedas» del tren. Al amanecer se veía el Rin a un lado del tren. Detrás estaban «los búnkeres verdes de la Línea Maginot, sin las ametralladoras». Al otro lado se veían claramente «los búnkeres grises de la Línea Sigfrido, el Westwall». La luz del día revelaba el lamentable estado del tren y la «moqueta deshilachada y manchada de quemaduras de cigarrillos» de su vagón, así como el barniz deslucido de los paneles de caoba desgastados. Cuando el tren se detuvo en Friburgo, Smith salió a comprar un periódico. Le llamó la atención un anuncio del Mando Supremo. Informaba a sus lectores que, debido a un invierno «sin precedentes» que había llegado antes de tiempo, las tropas alemanas recogerían sus líneas en el frente oriental y se prepararían para un invierno defensivo. El periódico llevaba la fecha del 7 de diciembre de 1941. Esa tarde, a las 19.48 hora alemana, la Armada Imperial Japonesa lanzó su ataque contra Pearl Harbor, hecho que hizo entrar en guerra a Estados Unidos.[34] Cualquier estadounidense que todavía se encontrara en Alemania se enfrentaba a un internamiento inmediato y a un futuro incierto.

Capítulo 21

Fin del viaje

Las narraciones de los extranjeros que pudieron viajar de manera independiente por el Tercer Reich incluso durante los últimos tres años de la guerra son a la par conmovedoras y horrendas. Un tema las une a todas: los bombardeos. Porque, cuando llegaba la hora de quedar atrapados durante horas en un sótano abarrotado, maloliente y a menudo helado mientras el mundo en el exterior estallaba entre fuego y escombros, poco importaba si alguien era princesa o comunista, amante de los nazis o acérrimo enemigo de estos, ruso, sueco, erudito del sánscrito o nacionalista irlandés. Era, como decía Bridget von Bernstorff, «un verdadero infierno».

Hacia 1942, Numa Tétaz observaba que la «guerra se había arraigado profundamente» en la psique nacional. Era incluso cada vez más desagradable ser un extranjero «libre» en Alemania, especialmente para los que, como el propio Tétaz, se sabía que contaban con un medio para escapar. Su pasaporte suizo, objeto de burla tan a menudo, ahora se había convertido en un motivo de intensa envidia. La fábrica seguía funcionando tras haber sido bombardeada y, como había tantos obreros alemanes en el frente, estaba en gran medida en manos de no alemanes. De hecho, varios millones de extranjeros de todos los rincones de la Europa controlada por los nazis trabajaban ahora en Alemania; la gran mayoría lo hacía contra su voluntad. Las mujeres del Este se asignaban a las fábricas de armamento y los húngaros y los rumanos atendían los hoteles y restaurantes. Por lo general, se destinaba a los italianos a la limpieza de escombros.[1] También había millones de trabajadores esclavos, muchos de Polonia y Rusia, obligados a trabajar en condiciones inenarrables. Para los arios nativos, el enorme número de extranjeros hostiles que vivía tan cerca de ellos era una fuente de ansiedad cada vez más intensa.

Tétaz reparó en que los franceses gozaban de más libertad que otros extranjeros. Por ello, se habían quedado la gran mayoría de los buenos empleos que habían dejado los alemanes. Para su sorpresa, en lugar de atizar su tradicional enemistad, este nuevo contacto había hecho que las dos nacionalidades se dieran cuenta de lo mucho que tenían en común.[2] Si Tétaz estaba en lo cierto, era un escaso ejemplo de algo positivo derivado de la guerra, pues, en general, la gente se encontraba absolutamente agotada y harta. El hecho era que, a medida que transcurría 1942, como el final no estaba a la vista, todo el mundo se sentía más deprimido, sin importar el signo político de sus creencias.

Al igual que Tétaz, el sueco Gösta Block, que retransmitía para los nazis en Berlín, percibía claramente la creciente animosidad contra los extranjeros. No se podía hablar de Suecia con un alemán «sin que lo riñeran». Los holandeses, los daneses y los noruegos se quejaban del mismo problema. Block había sido un ávido nacionalsocialista en tiempos, pero había cambiado de opinión. Sostenía que la gran mayoría de los extranjeros, por muy simpatizantes de los nazis que fueran, ahora estaban dispuestos a abandonar Alemania a la mínima de cambio. Solo se quedaban para ganarse la vida, por miedo y para proteger a sus familias, que los ataban a una causa en la que ya no creían.[3]

Francis Stuart, que también trabajaba en la radio para los nazis, reaccionó de manera distinta. En marzo de 1942 escribió en su diario: «Me han pedido que dé conferencias por la radio para Irlanda [...]. Por el momento, al menos, hay cosas que me gustaría decir».[4] A medida que pasaban los meses, sin duda debió compartir la urgencia de Block por irse, aunque no quisiera admitirlo. A pesar de que, como todos los demás, se veía afectado por los bombardeos aéreos, su descripción de un avión ruso solitario que vio una noche desde su apartamento es casi poética:

> Brillaba como una suave estrella, y las bombas planas hacían estallar varios puntitos rojos o blancos a su alrededor. Venía del este, pasó por detrás de dos chopos frente al balcón, giró al sur y desapareció lentamente. Me sentí extraño. No había visto nunca un bombardero. Pero el hecho de que fuera ruso, volara solo y hubiera venido desde un lugar tan lejano me emocionó.[5]

Block citó la escasez de alimentos como una de las principales razones por las que los alemanes se habían vuelto contra los extranjeros. Sin duda, para Ji Xianlin, los alimentos (o la falta de ellos) se estaban convirtiendo en un problema cada vez más doloroso. En una ocasión, mientras hacía cola para comprar verduras, una anciana perdió su monedero. «Se me quedó mirando y me preguntó si se lo había robado yo. Me sentí como si me hubiera golpeado y me quedé sin habla», anotaba el ultrajado Ji. A juzgar por su diario, se pasaba más tiempo en busca de comida que estudiando sánscrito. «Me fui a comer al Junkerschank. No había ni una gota de aceite en la col avinagrada y el huevo hervido, así que, aunque tenía mucha hambre, no me lo pude comer. Siempre había creído que podía comer de todo, pero ahora sé que no es así». Pero, unas semanas más tarde, su diario hablaba en detalle del cordero frito «indeciblemente bueno» que había comido. «Después de meses de carestía, disfrutar de repente de una comida tan maravillosa... Mi corazón no supo cómo reaccionar». En una rara visita a Berlín, pasó por un restaurante de Tianjin porque le habían dicho que allí servían pollo.

> Fue como entrar en un mundo extraño. La sala estaba llena de mis compatriotas, en su mayoría empresarios con dientes de oro. Sentí que había llegado a una región de demonios, contrabandistas y malhechores. También había estudiantes chinos allí, que se comportaban como sus hermanos: intercambiaban cosas en el mercado negro y jugaban al *mahjong*. Pocos se concentraban en sus estudios. Me sentí helado al contemplar con temor el futuro de China.[6]

El 8 de noviembre de 1942, Tétaz comía con su esposa en «la bella ciudad universitaria de Friburgo» cuando un breve anuncio por la radio hizo estremecer al restaurante. Los ejércitos británicos y estadounidenses habían llegado a África del Norte.[7] A medida que pasaban los días, las noticias que llegaban eran cada vez peores. Hacia finales de año, hasta a Stuart le costaba mantener su habitual compostura distante. «Durante las últimas semanas apenas he pensado o me he dedicado a mi escritura, ni a nada más, la verdad —escribió en su diario—. La guerra no va bien para Alemania, ni en la campaña de África del Norte ni en la ofensiva rusa en Stalingrado».[8]

El 2 de febrero de 1943, la rendición alemana puso fin al asedio de Stalingrado. Una semana más tarde, Peg Hesse viajó desde Potsdam (donde su marido estaba destinado, en la escuela de tanques del ejército de Krampnitz) de regreso a Wolfsgarten. Como le escribió a Bridget, «fue un viaje plutocrático» en trenes nocturnos y con «porteros que esperaban una señal mía para ocuparse de todo». El tratamiento vip no se debía a su condición de princesa, sino a que viajaba con la esposa del general Von Lenski, que en ese entonces no podía saber que a su marido lo habían hecho prisionero en Stalingrado.

Para Peg y Lu, los pocos días de descanso robados en Wolfsgarten iban a representar una pausa en la angustia de la guerra. «Café, ginebra y champán Veuve Clicquot, una maravilla —le escribió Peg a Bridget esa Pascua—, y Lu y yo volvimos a estar bien». Una producción «excelente» de *La fierecilla domada* en Darmstadt fue un lujo adicional.[9] Es curioso que las representaciones de Shakespeare fueran tan frecuentes en Alemania durante la guerra. Francis Stuart acababa de salir de una representación de *Antonio y Cleopatra* cuando, el 1 de marzo de 1943, empezó «el peor ataque aéreo sobre Berlín». Después volvió a casa andando, «mientras dejaba atrás calles con casas incendiadas». A la mañana siguiente seguían humeando. A lo largo de Kaiser Allée, se apilaban, bajo la «lluvia envuelta en niebla», muebles, cuadros, ollas, sartenes y libros. Nada de todo eso lo conmovió, o eso asegura. «En plena destrucción —escribe—, uno permanece emocionalmente incólume».[10]

A diferencia de Stuart, Knut Hamsun sí que quedó emocionalmente devastado a causa de la guerra. No es que el Premio Nobel hubiera dejado de admirar a Hitler o, más especialmente, a Goebbels. El 19 de mayo de 1943 se pasó varias horas con el ministro de Propaganda, tan sensible a la literatura, en la casa de este en Berlín. Goebbels estaba indignado porque acababa de enterarse de que las *Obras completas* de Hamsun ya no se leían en los países nórdicos, y decidió imprimir una edición de cien mil ejemplares. Hamsun objetó y señaló que no era el momento, dada la severa escasez de papel que sufría Alemania. El breve encuentro debió dejar honda huella en el noruego porque, tan pronto como llegó a su casa, tomó la notable decisión de obsequiar a Goebbels con su medalla del Premio Nobel. «No sé de nadie, *Herr Reichsminister* —escribió en la nota que acompañaba el obsequio— que haya escrito y defendido a Europa y a la huma-

nidad con tanta firmeza e idealismo, sin desfallecer, año tras año, como usted. Le pido perdón por enviarle mi medalla. Sé que no le sirve de nada, pero es lo único que puedo ofrecerle».[11]

Si la admiración de Hamsun por el liderazgo nazi seguía intacta, lo mismo sucedía con su odio hacia Inglaterra. Lo dejó claro con un discurso en una conferencia internacional de escritores en Viena apenas cinco semanas después. «Soy ferviente y profundamente antianglófilo y antibritánico —dijo a los quinientos delegados—. La agitación, los problemas, la opresión, las promesas rotas, la violencia y los conflictos internacionales... Todo se origina en Inglaterra, y por eso hay que doblegarla».[12]

A pesar de la firme lealtad de Hamsun hacia los nazis, seguía desesperado por obtener una entrevista con Hitler. El motivo era que odiaba profundamente a Josef Terboven, *Reichskommissar* para Noruega. Hamsun sostenía que su brutal régimen estaba minando cualquier posibilidad de convencer a los noruegos de que aceptasen la supremacía alemana. La ansiada entrevista con el Führer, durante la cual Hamsun estaba seguro de que lograría convencerlo para cambiar a Terboven, tuvo lugar en el Berghof el 26 de junio de 1943. No fue ningún éxito. Sin duda, Goebbels había informado a Hitler del genio de Hamsun y, por lo tanto, el Führer solo quería hablar de literatura, mientras que Hamsun solo quería hablar de política. A pesar de sus ochenta y cuatro años, de que había sufrido un derrame cerebral hacía poco y de que estaba sordo, el anciano se negó a dar su brazo a torcer e insistió en su objetivo, e incluso llegó a cometer el pecado mortal de interrumpir al Führer. Llegado a un punto, el viejo se echó a llorar mientras se confesaba. «Los métodos del *Reichskommissar* no encajan con nuestro país —le dijo a Hitler—. Su estilo prusiano es intolerable. Y luego están las ejecuciones. No podemos más». Furioso, Hitler respondió levantando los brazos en el aire con disgusto y abandonó la sala para salir a la terraza.[13] Para Hamsun fue un resultado desastroso. Sin embargo, como indica su biógrafo, cuando volvió a Noruega todavía creía en el Führer y en la sagrada misión del Tercer Reich, que era crear un mundo nuevo y mejor.[14]

Un mes después del infeliz encuentro entre Hamsun y Hitler, se lanzó la Operación Gomorra en Hamburgo, que prácticamente destruyó la ciudad. Bridget le escribió a Hugo:

> Jamás ha habido una tragedia como la de Hamburgo. Querido, no puedes imaginártelo, no queda nada, nada, nada en pie. Cada noche es lo mismo: tenemos suerte de salir del refugio con vida. Cada día, el cielo se oscurece con el humo y el jardín se cubre de cenizas. Hoy a las 6 habremos tenido que evacuar todo Hamburgo. Las calles están llenas de cadáveres ennegrecidos y hace un calor terrible. Como no hay agua y la gente ha bebido del Elba, se ha declarado una epidemia de tifus. Hay cerca de noventa mil heridos y más de un cuarto de millón de muertos.[15]

Días más tarde, Peg le escribió a Bridget desde Krampnitz. «Gracias a Dios que estás en casa. Parece como si se me fuera a romper el corazón, y lo único que quiero es arrastrarme a los brazos de alguien y gemir». Se encontraba en Mecklemburgo cuando bombardearon Rostock y habían tardado dos días en regresar a Berlín, aunque los separaba una distancia de solo doscientos kilómetros. «He visto y he vivido escenas que no imaginarías —le dijo a Bridget—, tanta tragedia en carne viva que al llegar aquí estaba histérica». Pero, solo tres semanas después, le escribía de nuevo desde Wolfsgarten: «No puedo describir lo feliz que soy aquí. Es como si frotáramos la lámpara de Aladino cada vez que sale un billete para la estación de Langen. No siento el menor pánico y ahora mis cartas desde Krampnitz me parecen exageradas y bordeando la histeria».[16]

Mientras, en Berlín, ese julio Biddy Jungmittag y sus niños se preparaban para la evacuación:

> El transporte salía de la estación Frankfurter Allee Ringbahn. Teníamos que estar allí a las nueve de la mañana. Había un montón de gente alrededor del tren y muchachos de las Juventudes Hitlerianas que cargaban el equipaje. Llegamos tarde y el tren ya estaba lleno. Había una alarma, pero pronto se silenció y, hacia las once, el tren arrancó lentamente. Era viejo y las puertas no cerraban bien, así que las atamos con un cordel. Pusimos a los niños más crecidos a dormir encima de las baldas para el equipaje.

Hacia el amanecer cruzaron el Vístula. «No teníamos permiso para levantar las cortinillas y mirar, pero lo hice», escribía Biddy. Mientras el tren atravesaba «el gran río de plata» se consoló pen-

sando que allí seguiría «mucho después de que los nazis y sus crímenes demenciales se hayan olvidado».

Por fin llegaron a Kuckernese, un pueblo grande a orillas del río Niemen, no lejos de la frontera rusa. Biddy puso las pesadas maletas en el cochecito y lo empujó hasta el ayuntamiento, donde se sentó mientras las amas de casa locales «venían y se llevaban a los evacuados que pensaban que les podrían ser útiles». Por suerte, Biddy y sus hijos terminaron con la generosa *Frau* Dregenus, cuyo padre era dueño de la tienda del pueblo. «Nos llevó a la cocina, nos hizo sentar y nos dio sopa de patatas», recordaba Biddy. La cocina estaba terriblemente desordenada y las dos criadas iban descalzas. Biddy le dijo de entrada que era inglesa. «En cierto modo, nuestros esqueletos en el armario se compensaron: yo era inglesa y ella tenía un niño deficiente». Les asignaron dos habitaciones, pero *Frau* Dregenus advirtió a Biddy que en invierno hacía tanto frío que las patatas que había guardado allí se habían congelado. Sin embargo, la vida en Kuckernese no fue desagradable. Daban largos paseos a lo largo del río mientras oían a los ruiseñores, y uno de los maestros de Berlín organizó un coro. «Ensayábamos en una habitación encima del banco, donde también nos reuníamos para coser juntas por las tardes», escribió Biddy. Cada domingo cantaban en la austera iglesia luterana del norte, iluminados por sus sencillas ventanas de cristal. Cuando confirmaron a los niños locales del pueblo y de la granja, Biddy recordaba con qué placer el coro cantó el *Magnificat* de Bach. «Fue un servicio muy conmovedor —escribió—, con las niñas en sus vestidos blancos y los niños en sus primeros trajecitos».[17]

En octubre de 1943, Peg le dijo a Bridget que su última estancia en Wolfsgarten había sido «demasiado triste como para ser tan maravillosa como era costumbre».[18] El motivo era la muerte, en un accidente de aviación en los Apeninos, del príncipe Cristóbal de Hesse, el bisnieto de la reina Victoria y sobrino del káiser. Al principio de la guerra, el príncipe, que era *Oberführer* de las SS, había dimitido de su cargo como director en la Forschungsamt (la agencia de inteligencia de Göring) para unirse a la Luftwaffe. Su viuda, la princesa Sofía, era la hermana más joven del príncipe Felipe, el futuro marido de la reina Isabel II. La princesa Sofía, o «Tiny», como sus amigos la llamaban, vivía en el castillo de Kronberg, a treinta y dos kilómetros al norte de Wolfsgarten, con sus cuatro hijos (y otro en camino) y su suegra, la *Landgräfin*

princesa Margarita de Prusia, que era amiga del coronel Stewart Roddie desde 1919. De los seis hijos de esta, dos habían muerto en la Primera Guerra Mundial y ahora un tercero había muerto en la Segunda.

«El día del funeral fue como una tragedia griega —informó Peg a Bridget—. El hermano gemelo de Cristóbal y dos sobrinos que venían desde Kassel no llegaron y no sabemos si están vivos o muertos». Después del servicio, Peg y Lu regresaron a Krampnitz en un tren agónicamente lento. En su vagón, que estaba a rebosar, viajaba un niño con una tos persistente que se despertó doce veces esa noche, dolorido. Unas semanas después, la capilla de Kronberg fue bombardeada y los ataúdes del *Landgraf* y sus hijos, destruidos por el incendio subsiguiente. «Ha sido todo muy duro para la *Landgräfin* —escribió Peg—. Ni siquiera dejan en paz a los muertos».[19]

Pero no todo fue tristeza ese otoño. Bridget bailaba encima de la mesa en la fiesta de cumpleaños de Victor von Plessen, mientras, en Berlín, una interpretación de la Séptima Sinfonía de Beethoven dirigida por Furtwängler «inundaba» el alma de Peg con «sonido y emoción». Luego, de regreso a Wolfsgarten y tras acumular suficiente comida, Peg y Lu dieron una fiesta para un grupo de amigos íntimos, incluida la pobre Tiny, todavía de luto. «Ha llegado un jabalí salvaje que sabía divinamente, ¡y hasta hemos logrado reunir veinticuatro ostras!». Era un valiente intento de olvidarse de la guerra durante unas horas, pero, en realidad, Peg le confesó a Bridget que «todos tenemos un pedazo de plomo en el pecho, en lugar del corazón».[20] En cuanto a Bridget, a pesar de su posición privilegiada, sin duda hablaba por todos cuando resumió 1943: «Aparte de munición y niños, nadie crea ya nada. No se hace nada hermoso y toda la belleza que existe se destruye. No hay tiempo libre ni hay romanticismo».[21]

Escribió esas palabras poco antes de que el Fráncfort medieval, una de las glorias culturales de Alemania, fuera arrasado a principios de 1944. La ciudad estaba tan solo a veinticuatro kilómetros al norte de Wolfsgarten y, el 29 de marzo, Peg le escribía a Bridget: «Ya no existe. Es como Hamburgo, Berlín o Kassel. Han muerto muchos».[22] Tras describir todo el horror del ataque aéreo, se concentraba en las primeras señales de la primavera, en las escilas y el azafrán, en las flores del melocotonero y las violetas que acababan de florecer. «Pero todo lo que uno toca —añadía— está

cubierto de hollín y ceniza de Fráncfort; y el jardín está lleno de páginas arrancadas en inglés, alemán y español, de los libros de la fábrica de papel que atacaron».

A medida que el mundo se desintegraba a su alrededor, Peg modificaba su perspectiva. «Un viaje a Darmstadt es como ir de fin de semana a París», le decía a Bridget.

> La «pequeña» costurera de Egelsbach es como el Worth de Londres. Disfruto cada segundo de cada día porque siento que dentro de un año mi vida ya no será tan cómoda y feliz como ahora. Cualquier momento puede ser el último. Ayer se oyó un enorme zumbido en el cielo mientras estábamos en el tren, a diez kilómetros de aquí. El tren se detuvo, así que Lu y yo salimos a dar un delicioso paseo hasta llegar a casa, por entre los campos recién cortados y los bosques de árboles rejuvenecidos.[23]

Es posible que en Wolfsgarten la primavera equivaliera a sol y flores, pero en Kuckernese, donde Biddy había sobrevivido durante el invierno con sus hijas, aún había nieve en el suelo en mayo. «Todo el tiempo los rusos avanzaban —escribía—, y una madre tras otra recibía la noticia de que su marido había caído en el frente o había desaparecido. Una de ellas estaba terriblemente preocupada porque no tenía medias negras que ponerse para el luto».

A finales de mayo, Willi vino desde Berlín y todos se fueron juntos a pasar las vacaciones en el Báltico:

> Nos fuimos en el barco a vapor que salía de Kuckernese. Teníamos que llegar temprano, hacia las seis de la mañana. Empujamos el carrito por todo el pueblo. Acababa de amanecer y las sombras de los árboles trazaban rayas diagonales en la carretera recta que llevaba al río. En el barco había un grupo de *Arbeitsdienst Mädel* [muchachas del servicio de trabajo femenino] con sus vestidos de lino azul y sus delantales bordados. Cantaban canciones típicas mientras el barco avanzaba por el río hacia el Nehrung. Iban a hacer una excursión al mar de un día. Nos alojamos en un hotelito en Nida y paseamos por las dunas del Báltico, que son plateadas y solitarias cerca del mar azul. Hacía calor y los pinos y las flores de las dunas olían muy bien.[24]

Era la última vez que Willi vería a sus hijas. A su regreso a Berlín, lo arrestaron. Un vecino suspicaz descubrió que estaba ocultando a un prisionero fugado y lo denunció a la Gestapo.

El 6 de junio de 1944, los Aliados desembarcaron en Normandía. «Bueno, Bridget», escribía Peg unos días más tarde.

> ¿Qué te diré de la invasión? Trato de no pensar demasiado en ello, porque tengo muchos amigos y parientes que luchan en ambos lados y la masacre debe haber superado lo que se puede describir con palabras. Siento como si mi corazón estuviera preso en una caja fuerte de plomo y, solo cuando la dejo entreabierta, siento que tengo que dejar de respirar, porque me duele infinitamente.[25]

Una semana después del Día D, el 13 de junio, se lanzó la primera bomba V-1 sobre Londres. Francis Stuart fue uno de los primeros en dar la noticia y afirmó que «el arma secreta alemana» había atacado el sur de Inglaterra. «Es uno de los días más sensacionales de la historia moderna —escribió—. Aunque odio toda la guerra, creo que los alemanes tienen razón al usar esta bomba. Están resistiendo como pueden y eso siempre es algo que despierta simpatía».[26] Sin embargo, el 9 de julio decía:

> Malas noticias para Alemania en todos los frentes. Los rusos están a unos ciento sesenta kilómetros de Prusia y Caen está a punto de rendirse. Pero, incluso si pudiera, no me iría de aquí ahora. No es mi guerra, pero aun así no puedo olvidar las cosas buenas que Alemania todavía posee, como si no tuvieran nada que ver conmigo. A pesar de lo odioso, aún conserva una chispa de hermosura.[27]

Tres semanas más tarde escribe en su diario que «la guerra llega a su punto álgido. Los rusos han alcanzado la frontera de Prusia Oriental y han cruzado el Vístula; por el sur empujan hacia Cracovia y, por los pasos de montaña, hacia Eslovaquia y Hungría».[28] Pero, a pesar de las malas noticias, Stuart, como millones de alemanes, todavía esperaba un milagro. «Es cierto que las cosas no van bien —escribió el 17 de agosto—, pero, en conjunto, no creo

que sea una situación tan mala para Alemania como parece. Todavía hay un plan, que quizá sea algo parecido a esto: una ofensiva contra Rusia con el nuevo anti-Panzer y, si esto tiene algo de éxito, se llega allí a un acuerdo y se concentran todas las fuerzas en el sur y en el oeste».[29]

Por si fuera poco, el verano de 1944 fue terriblemente caluroso. El termómetro que había en el exterior de la ventana de Stuart llegó a marcar cuarenta y cinco grados centígrados. En septiembre, Stuart y su novia alemana Madeleine (nacida en Polonia) ansiaban irse de Berlín. Pero, como era imposible hacerlo sin documentos, no les quedaba más remedio que aguardar. «Esperando —escribía el 4 de septiembre—. Lo más difícil de aceptar es la incertidumbre; es lo peor de todo». Finalmente, le concedieron un permiso de viaje temporal y, el 8 de septiembre, la pareja tomó un tren hacia Múnich. «Hay tensión, excitación y un poco de preocupación en el ambiente»,[30] escribió justo antes de irse. La «preocupación» estaba más que justificada, pues pasarían los últimos meses de la guerra vagando desesperadamente de un hotel disfuncional a otro, con hambre, frío y solos.

Aparte de fantasear acerca de la comida, Ji se pasó los meses del verano de 1944 trabajando en su tesis y mantuvo un registro meticuloso de los ataques aéreos. De vez en cuando se distraía con alguna mujer. «Irmgard está tecleando su disertación y está muy guapa. Estar tan cerca de ella me distrae».[31] Pero una conversación con sus amigos chinos un par de semanas más tarde le hacía reconsiderar la idea de una esposa europea:

> A las cuatro de la tarde fui a la casa de la señora Hu, porque me había invitado a cenar con algunos amigos. Hablamos de la devoción filial en China y de cómo no existía en Alemania. Las relaciones entre las parejas alemanas casadas tampoco son como las chinas (y aquí incluyo a los británicos y los estadounidenses). Sus relaciones se basan en el individualismo extremo: piensa primero en ti y ni se te ocurra pensar en los demás. Creo que sería una desgracia para un chino casarse con una chica alemana. Son bonitas, animadas y atractivas, pero muy ambiciosas. Para un chino que quiere tener éxito en sus estudios es mejor buscar una muchacha china.[32]

El debate terminó abruptamente con una alarma de ataque aéreo. Ese septiembre, Ji anotó no menos de diecisiete ataques. Cada noche se tomaba cuatro tipos distintos de píldoras para dormir.

El lunes 12 de septiembre se produjo un ataque catastrófico contra Darmstadt. «Lu y yo vimos cómo bombardeaban Darmstadt hasta hacerla pedazos —le escribió Peg a Bridget—. Estábamos en nuestro refugio, la tierra temblaba y cada avión que nos sobrevolaba rugía por encima de nuestras cabezas. En tres cuartos de hora todo terminó. Murieron entre seis mil y ocho mil personas (algunos dicen que veinte mil, pero no lo creo).* Las nueve décimas partes de la ciudad han quedado arrasadas».[33]

Poco después, Franz Wolfgang Rieppel, un economista suizo que había sido educado en gran parte en Alemania, conoció a una pareja que huía de Darmstadt en el tren. Solo llevaban pijamas bajo las gabardinas e iban en pantuflas. Tenían un maletín donde guardaban sus documentos y algunos objetos valiosos que habían logrado salvar de su apartamento durante el bombardeo. Lo que más le llamó la atención a Rieppel fue que a nadie le pareció extraño.[34] No se sabe exactamente por qué viajaba por Alemania en 1944, pero al año siguiente publicó una gráfica narración de su viaje bajo el pseudónimo René Schindler. En el tren de Bregenz a Múnich, reparó en que la conversación en su vagón se centraba casi enteramente en la comida. Cuando los demás pasajeros se enteraron de que era suizo, le preguntaron con insistencia por el racionamiento en Suiza. Anhelaban el amplio abanico de alimentos disponibles en ese país y, en especial, el alcohol y el tabaco sin racionar. Pero, incluso más que la comida, envidiaban las noches apacibles de los suizos. El hombre sentado al lado de Rieppel se preparó la pipa y la encendió con una cerilla. Un soldado le preguntó qué fumaba. «*Brust Tee* ['té de eucalipto'] —respondió—. Me lo dio el farmacéutico. Sabe bien y mi esposa me ha asegurado que es muy sano». Cuando uno de los pasajeros anunció que las «armas secretas no eran ningún farol», otro le dijo que el enemigo había roto el frente sur. Cuando cayó la noche en el vagón, todo se oscureció, excepto por la cerilla ocasional que volvía a encender la pipa.

Al llegar a Buchloe, a setenta y dos kilómetros al oeste de Múnich, inesperadamente les pidieron que bajaran del vagón.

* Fueron cerca de trece mil.

Esperaron dos horas antes de subirse a otro tren («terriblemente lento, lleno de gente, todo a oscuras»). Cuando estaban a cierta distancia de Múnich, el tren volvió a detenerse, y de nuevo les ordenaron que se bajaran. «Nos "empujaron a unos camiones" —recordaba Rieppel—, y nos condujeron por ruinas humeantes antes de alcanzar por fin la ciudad destrozada. El olor a quemado lo impregnaba todo».[35]

Sorprendentemente, incluso después del bombardeo de Fráncfort y de Darmstadt, Peg aún pudo telefonear a Tiny. «Pobrecita, va muy lenta con todos los niños cuando tiene que entrar y salir del refugio», le dijo a Bridget. El 29 de septiembre, Peg y Lu fueron en bicicleta a Kronberg a visitarla, en un viaje de ida y vuelta de sesenta y cuatro kilómetros. «Fuimos por la autopista, porque era el único camino. Cada cincuenta metros había que evitar el cráter de una bomba. Íbamos de camuflaje, vestidos de verde oscuro, como si fuéramos arbustos en bicicleta (¡Macbeth en bosques movientes!). Fue fantástico ver a Tiny de nuevo. Nos bebimos su última botella de vermut y nos comimos su último paquete de *Petit Beurre*».[36]

Cuando Biddy se enteró del arresto de Willi, regresó a Berlín al instante con los niños para suplicar por su vida, pero todas sus peticiones de clemencia cayeron en saco roto. Acompañada por la madre de Willi, fue a la prisión de Brandemburgo para ver a su marido por última vez. «Era un precioso día de otoño —recordaba—. Nos permitieron abrazarnos y nos sentamos juntos. Estaba demacrado y nos dijo que lo mantenían encadenado todo el tiempo, excepto para el momento de la entrevista. Oma [la abuela] había tenido la previsión de traer algunas manzanas de Bremen. Se las comió mientras hablábamos. Nos despedimos». El 20 de noviembre, Willi fue guillotinado.

Después, con Clara evacuada en Sajonia y la pequeña Gerda de cuatro años en una guardería, Biddy se puso a buscar trabajo. Encontró uno en una fábrica de bombillas, pero los cortes de luz no permitían que el trabajo avanzara demasiado. Aunque sus compañeros la miraban con suspicacia al principio, a ella le gustaba la camaradería. «Bromeaban acerca de lo que pasaría cuando llegaran los rusos». Después, cuando tanto la fábrica como la guardería de Gerda fueron bombardeadas, dejó de ir. «Nos quedábamos sentadas en el piso y comíamos patatas frías».[37]

Ese invierno no hubo calefacción, aunque las temperaturas casi siempre eran bajo cero. Incluso en una situación tan desoladora como la de Biddy, de vez en cuando surgían señales que recordaban que la belleza aún existía en el mundo. Una noche sin luna y cubierta de escarcha, mientras regresaba a su casa después de donar la ropa de Willi a un centro de refugiados, se quedó ensimismada por lo maravilloso del cielo nocturno, cuyas estrellas destacaban aún más a causa de los cortes de luz.[38] Ji, que también pasaba frío en Gotinga, no encontraba consuelo. «Fui al pueblo a comprar salchichas —escribía el 19 de diciembre—. Luego al Instituto de Sánscrito, donde la calefacción ya no funcionaba. Me puse el abrigo, me envolví en una manta y aun así tenía frío. Tener frío es casi tan desagradable como pasar hambre».[39]

La princesa Sofía (Tiny) tenía que cuidar ahora de nueve niños, pero, a pesar de eso, también se esperaba que trabajase en el esfuerzo bélico. Peg le contaba a Bridget que, después de pasar la noche en Wolfsgarten, su amiga tenía que irse al amanecer para llegar a tiempo al trabajo («donde pega suelas de corcho a zapatos de madera»).[40] Peg también trabajaba, en el hospital local y en una residencia de ancianos. En otoño también supervisaba a las docenas de refugiados que enviaban a Wolfsgarten. «El gran evento de la semana —le escribió a Bridget en noviembre— fue cuando nuestra médica vino a vernos y se tomó una galleta de patata y una copa de vino. Tiene veintidós años y está a cargo de ochenta pacientes. Trajo flores, hablaba francfortés sin parar y tiene dos hermanas gemelas de tres años».[41] En diciembre, mientras los rusos avanzaban por el este y los Aliados desde el sur y el oeste, nadie en su sano juicio dudaba de la inminente derrota alemana. Pero para Peg, a pesar de todas las desgracias humanas, esas últimas Navidades en guerra no fueron infelices:

> Una espesa capa de nieve y hielo cubre el mundo de plata y blanco; el sol brilla con fuerza desde un cielo azul sin nubes y se filtra entre los árboles durante el día. De noche, la luna casi llena reina en un cielo oscuro y lleno de estrellas, lo que convierte las horas nocturnas en algo bello. Wolfsgarten está instalado en el paisaje cómodamente, con el humo de su chimenea que se eleva hacia el cielo.

Pasaron la Nochebuena en el hospital. Las enfermeras se congregaron alrededor del árbol decorado y cantaron canciones navideñas tradicionales. Luego, un niño vestido de blanco con una banda plateada (obtenida de un avión estrellado) recitó un poema. «Claro, todo el mundo se emocionó —escribió Peg a Bridget—, y tanto los hombres como las mujeres se echaron a llorar durante *Stille Nacht.* Tres enfermeras han perdido a sus maridos en la guerra, los hombres echaban de menos sus casas y la madre del pobre niño que hacía de Christkind había muerto en el bombardeo, pero aun así sentíamos la bondad, la dulzura y el amor, que se aliaban para vencer a las fuerzas de la oscuridad». Al día siguiente, «las fuerzas de la oscuridad» recibían un nuevo golpe, en forma de una fiesta navideña espléndidamente generosa gracias a los lujos acumulados:

> ¡Faisanes, ocas, cerdo, curri (+ chutney), pastel de Navidad de verdad y brandi! Piñas, langostas en lata, trufas y por supuesto café aquí y café allá, licor y champán, té y pastel como si no fuera nada. *¡Cómo* hemos disfrutado y qué placer nos ha dado comer de nuevo como lo hacíamos en los viejos tiempos![42]

A medianoche del 31 de diciembre de 1944, Peg y Lu abrieron su ventana esperando oír las campanas de Año Nuevo. «Pero no oímos nada —escribió Peg—, excepto el monótono rugido del frente».[43]

Para Francis Stuart y Madeleine, la Navidad fue muy distinta. Con grandes dificultades encontraron una habitación en un hotel de tres al cuarto en Múnich llamado el Exquisite. Como se habían congelado las cañerías, no había agua corriente ni calefacción. Después de la comida de Navidad, que consistió en puré de patatas y guiso, se acurrucaron en la cama para conservar el calor. Cuando un ataque aéreo destrozó toda la instalación eléctrica y de agua del hotel, les asignaron una vela por semana. Decidieron abandonar los lujos del Exquisite y unirse a los miles de refugiados que esperaban cruzar la frontera suiza. Viajaron en trenes que, en lugar de cristales, tenían pedazos de cartón en las ventanas, caminaron kilómetros bajo la llovizna y la nieve y durmieron en salas de espera sucias hasta que por fin encontraron una habitación en Tuttlingen, a unos cuarenta kilómetros al nor-

te de la frontera suiza. Sin embargo, también fue un alojamiento desastroso. El lunes de Pascua (el 2 de abril), Stuart escribía en su diario: «¡Qué pesadilla! Esta gente nos quiere echar, nos grita y luego no nos dirige la palabra, y nosotros no tenemos adonde ir». Más tarde escribía: «¡Qué mes de abril tan horrendo! Y, sin embargo —añadía—, ¡qué momento para los milagros interiores, para las revelaciones inauditas».[44]

Después de varios intentos fallidos de cruzar la frontera, la pareja se refugió en Dornbirn, un pequeño pueblo austríaco a dieciséis kilómetros al sur de Bregenz. Allí, el 3 de mayo, Stuart escribía: «Ayer a la una y media, las tropas francesas ocuparon el pueblo. Para nosotros, los largos años de la guerra y una fase de nuestras vidas ha terminado».[45]

Como Stuart, Ji Xianlin también escribió en su diario el día 2 de abril. «Los tanques estadounidenses están a cuarenta kilómetros y sus ametralladoras alcanzan las ventanas de la ciudad. Hasta yo tengo miedo. Ahora solo esperamos que lleguen pronto. Y, cuando lo hagan, todo el mundo está de acuerdo en izar la bandera blanca». Tres días más tarde no quedaba pan y Ji tenía que ir andando cada mañana a por agua con un cubo. Pero entonces, el 10 de abril, llegaron las buenas noticias. No solo los soldados franceses estaban acumulando comida en un almacén cerca del aeropuerto, sino que permitían que los chinos, junto con otros extranjeros, accedieran «a esa cueva del tesoro para llenar sus bolsillos y sus bocas».[46] Después de la rendición, a Ji aún le quedaba un largo camino por delante. No pudo volver a China hasta enero de 1946.

Después de tres años luchando en el frente oriental, dos de los cuales en retirada perpetua, Erik Wallin, oficial sueco en las Waffen-SS, alcanzó los alrededores de Berlín el 21 de abril. Su compañía, implacablemente rechazada por las tropas rusas, formaba parte de la 11.ª División de Voluntarios de las SS, *Panzergrenadier Nordland,* una división que se componía de reclutas extranjeros, muchos de ellos escandinavos. Reparó en que los árboles del bosque escaseaban cada vez más, hasta que «luchaban entre tiendas, quioscos, oficinas de correos, cines y jardines» de los suburbios de Berlín.[47] Para su sorpresa, pronto se toparon con un grupo de civiles que, en lugar de huir como sus vecinos, habían decidido quedarse y esperar a los rusos. A esas alturas, aunque la defensa de Berlín era poco más que un acto desesperado, casi una bravuco-

nada, Wallin y sus camaradas siguieron luchando juntos hasta el último minuto. «En los cruces de carreteras y caminos importantes había barricadas contra los tanques rusos, listas para mantener la posición con tractores o tanques —escribió—. Había tramos rellenos de adoquines y enormes vagones con nombres conocidos como *Knauer, Berliner, Rollgesellschaft* y *Schmeling*».[48] Vio a hombres ancianos y a jóvenes de «las Juventudes Hitlerianas, de ocho, doce o trece años», al frente de las trincheras. «Esos niños —comentó— eran tan duros como los veteranos del frente».

Al final, Wallin fue herido de gravedad en el muslo. De alguna manera, sus compañeros lograron llevarlo a un hospital provisional donde, el 1 de mayo, su guerra terminó por fin con la llegada de los rusos. Anunciaron que Hitler había muerto. «*Chitler kaputt! Bärrlin kaputt, Garmanija kaputt!*». A su lado, un soldado alemán empezó a llorar en silencio.[49]

El sábado 28 de abril, dos días antes de que Hitler se suicidara, Bridget von Bernstorff escuchaba cómo la artillería británica caía sobre Luneburgo. «Pensábamos que iban a venir de un momento a otro», le dijo más tarde a Peg.

> Pero el domingo pasó, y el lunes también, y nada. El martes a mediodía estaba estirada en el suelo del salón estudiando un mapa de los pueblos aledaños, me preguntaba dónde demonios estarían, cuando empezaron a bombardearnos a nosotros. Las ventanas de Wotersen estallaron en mil pedazos. El miércoles me lo pasé golpeando con un martillo los trozos de cristal que aún pendían de las ventanas para despejarlas y casi me corto un dedo. Más tarde, *Frau* Johns me dijo que había visto unos tanques esa mañana (ella había colgado una sábana blanca, por si acaso). Todo el mundo se reunió en el pueblo. Se llevaron algunos soldados prisioneros, nos dieron Gold Flakes [cigarrillos] que llevaban en los tanques y se fueron. Justo después de la hora de comer llamaron a la puerta. ¡Era nada menos que Dunstan Curtis, que estaba de camino a tomar Kiel y que, como mamá le había dado mi dirección, se pasó a ver si estaba bien! Me eché a llorar.[50]

A lo largo de abril, Biddy oía el ruido de las armas rusas que se acercaban. Luego llegó el último ataque aéreo sobre Berlín. Sin embargo, no hubo descanso después, porque tras los bombardeos empezó «un ruido enfermizo que se mantenía todo el tiempo y te ponía de los nervios, como el dolor de muelas». Se llevó a Gerda al refugio donde todos los ocupantes de su bloque de apartamentos habían ido, y allí esperaron, en la más completa oscuridad, y se limitaron a encender una vela cuando alguien necesitaba encontrar algo. De vez en cuando, Biddy subía a su balcón para cocinar patatas en un balde roto con madera que había encontrado en los edificios bombardeados. De repente oyeron soldados que corrían por la calle. «Entonces alguien golpeó la puerta del refugio y la abrió. Todos nos quedamos sentados e inmóviles, como si nos hubieran convertido en piedra». Un soldado ruso entró en el refugio y se sentó un momento mientras se vendaba un dedo. Le dio un dulce a Gerda y dejó un mensaje en una postal que Biddy luego hizo traducir. «Ahora ya están todos a salvo y tienen democracia, y la pequeña aprenderá ruso». Luego siguió una semana de caos, durante la cual Biddy, como el resto de los habitantes de su calle, se fue a saquear las demás casas. Entonces, por fin, el milagro: la lluvia de metralla cesó.

«No sabíamos qué había pasado en realidad. No había periódicos y yo no tenía radio»,[51] escribió. Pero una cosa estaba clara: la guerra había terminado. Nadie volvería a viajar jamás al Tercer Reich.

Epílogo

Al intentar resumir todas las impresiones y experiencias contenidas en estas páginas, es fácil simpatizar con W. E. B. Du Bois. Después de meses viajando por el Tercer Reich en 1936, escribió: «Resulta extremadamente difícil expresar una opinión acerca de Alemania que sea verdadera en todos los aspectos sin numerosas modificaciones y explicaciones».[1] Que un observador inteligente como Du Bois pensara que la Alemania nazi era tan confusa resulta sorprendente para cualquier persona acostumbrada a examinar esa etapa con la claridad y el privilegio de la mirada retrospectiva de la posguerra. Después de todo, Du Bois era un académico negro y, por lo tanto, un objetivo primordial de los nazis en ambos aspectos. ¿Por qué no condenó la Alemania de Hitler de entrada y sin rodeos? La verdad es que numerosos visitantes extranjeros estaban igualmente atónitos. Los ataques de los periódicos contra los nazis desde los primeros meses del régimen, los incidentes de violencia y represión en las calles, la apertura de Dachau apenas unos meses después de que Hitler se convirtiera en canciller y, sobre todo, la quema de libros en mayo de 1933 deberían haber alertado a todos los potenciales viajeros de la realidad de la nueva Alemania. Pero, una vez que estaban allí, la propaganda era tan insistente y la verdad se distorsionaba tanto que muchos se sentían confusos acerca de qué creer. Además, en las etapas iniciales había razones respetables para darle a Hitler el beneficio de la duda: se creía que su revolución desembocaría en un gobierno responsable, la culpa que generaba el Tratado de Versalles también contribuía a ello, y algo tan sencillo como el recuerdo de unas agradables vacaciones alemanas suponían otro elemento a su favor. Muchos visitantes extranjeros pensaban que no era asunto suyo entrometerse en las cuestiones internas de Alemania y muchos más simplemente no estaban interesados.

Pero, a medida que pasaban los años, para los extranjeros era cada vez más difícil seguir siendo escépticos. Frente a hechos como la aprobación de las Leyes de Núremberg en 1935 (que privaban a

los judíos de su ciudadanía), resultaba imposible creer a los alemanes moderados, quienes aseguraban que los nazis se calmarían con el tiempo y se volverían civilizados. A esas alturas, los extranjeros o bien quedaban horrorizados ante el abanico siempre creciente de atrocidades nazis o impresionados por la igualmente larga lista de supuestos logros. Hacia mediados de la década de 1930, la mayoría de los visitantes ya habían decidido a qué lado pertenecían incluso antes de llegar. Es fácil señalar que los que ya eran de derechas se sentían atraídos por la Alemania nazi, y por qué los izquierdistas pusieron kilómetros de por medio. Resulta más interesante estudiar a los visitantes que despreciaban a los nazis pero seguían amando y admirando Alemania. Muchos de los que pertenecen a esta categoría habían viajado o estudiado en ese país antes de la Primera Guerra Mundial, y la experiencia había resultado transformadora y difícil de olvidar. No es difícil entender por qué. La extraordinariamente rica tradición cultural y académica de Alemania era más seductora incluso que la belleza física de su paisaje y, por eso, a pesar de la Primera Guerra Mundial, siguió desempeñando un papel clave en la vida intelectual británica y estadounidense. La guerra había sembrado la desesperación entre los germanófilos, no solo a causa de la tragedia humana, sino porque había cortado los lazos que los unían a una parte significativa de sus propias vidas. No es que fueran insensibles a los horrores nazis, pero sí que se aferraban a la esperanza de que Hitler pasaría rápidamente y que su Alemania (la verdadera) volvería a emerger en toda su gloria cultural. Otros, que, como *sir* Thomas Beecham, estaban en situación de formular una protesta pública, evitaron la oportunidad porque las compensaciones profesionales que ofrecía la Alemania nazi eran demasiado tentadoras. En este sentido, el escritor estadounidense Thomas Wolfe se define como un verdadero héroe.

Fue la misma admiración por la literatura, la música y la filosofía alemanas lo que llevó a muchos padres de orientación liberal a enviar a sus retoños a estudiar a Alemania durante el Tercer Reich. Para ellos, la importancia de la cultura y el idioma alemanes superaba con creces un régimen desagradable pero que consideraban transitorio. En cuanto a los aristócratas británicos, que también enviaban a sus hijos a la Alemania nazi a montones, en su mayoría admiraban abiertamente a Hitler por la manera en que había insuflado una nueva energía a su país y, en particular, por su determinación de luchar contra los bolcheviques. También había razones más

prosaicas para enviar a sus hijos a la Alemania de Hitler. El cambio de divisas era favorecedor y siempre había alguna baronesa empobrecida dispuesta a alojarlos por una modesta cantidad de dinero. Pero, aunque cuesta encontrar una única explicación satisfactoria que justifique la gran cantidad de adolescentes británicos y estadounidenses que se paseaban por Alemania hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, es mucho más fácil comprender por qué los veteranos de la Primera Guerra Mundial apostaron por Hitler. Muchos viajaban repetidamente a Alemania en un esfuerzo, desde su punto de vista, por impedir otra guerra. Lo que está menos claro es por qué un número significativo de estos patriotas, a menudo condecorados, se convirtieron en extremistas de la derecha. Sin duda, tras haber sobrevivido a una guerra tan horrenda, muchos de ellos se sentían decepcionados por la paz. En comparación con la disciplina ordenada y la concentración de objetivos que veían en la Alemania nazi, sus propios gobiernos democráticos parecían desesperadamente débiles e inadecuados.

Ningún viajero al Tercer Reich, ya fuera un turista casual o un diplomático veterano, escapaba a la implacable propaganda. Pero ¿hasta qué punto les influía? En su nivel más sofisticado —como, por ejemplo, las Olimpiadas— era muy eficaz. Pero, hacia finales de los treinta, resultaba demasiado burda en su mayoría como para dejar huella en los visitantes extranjeros, incluso en los simpatizantes nazis. Les impresionaban mucho más las conversaciones con los ciudadanos, especialmente con los jóvenes. Muchos viajeros se quedaban boquiabiertos ante el grado de idealismo y devoción patriótica que los alemanes de a pie expresaban, y que no era comparable a nada de lo que sucedía en sus países de origen. Esa sensación de objetivo común era lo que a muchos extranjeros les parecía admirable, sobre todo cuando se acordaban de los jóvenes desempleados que vagaban sin objetivo por las esquinas de sus ciudades. «¡Basta comparar una muchacha alemana con una francesa de su misma edad!», exclamaba el académico suizo De Rougemont después de oír que una alemana de dieciocho años empleaba todo su tiempo libre en organizar para su grupo las clases de gimnasia, las sesiones políticas y las visitas a los pobres.[2] Los relatos de los viajeros también desvelan otro aspecto del Tercer Reich que puede resultar sorprendente: la vulnerabilidad del hombre de la calle. Su deseo de gustar, de ser comprendido y, por encima de todo, respetado por los extranjeros, especialmente por los británicos y los estadounidenses, es un

elemento constante. Esta necesidad choca con la imagen habitual, más familiar, de una población agresiva y racista deseosa de ir a la guerra. De hecho, si hemos de creer a los testigos que han desfilado por estas páginas, la gran mayoría de los alemanes aborrecía la posibilidad de la guerra tanto como los que la sufrirían a sus manos.

Los visitantes extranjeros que se preocupaban por el desgraciado destino de los judíos (si bien la gran mayoría no lo hacía) debían enfrentarse a una cuestión irresoluble. ¿Cómo era posible que ese pueblo cálido y amable, conocido por su ética del trabajo y su devoción por los valores familiares, tratara tan cruelmente a sus compatriotas alemanes, con tanto desdén y sin piedad? Cualquier viajero que recorría el Tercer Reich decidido a descubrir su espíritu se veía enfrentado a ese tipo de contradicciones a cada momento. La similitud de métodos, por ejemplo, entre el nacionalsocialismo y el comunismo; los judíos que eran, en algunos casos, también antisemitas; la amabilidad y la crueldad, la comodidad y la violencia en las calles; las canciones de taberna y la reverencia hacia Beethoven... No es de extrañar que a Du Bois, al igual que a muchos otros, le resultara difícil formular un juicio global que abarcara todos esos matices.

Por si fuera poco, sin duda existen pocos Estados totalitarios que acojan a sus visitantes extranjeros con tanto entusiasmo y cordialidad como la Alemania nazi. Cuando uno recorría el Rin en barco, bebía cerveza en un jardín iluminado por el sol o caminaba al lado de una feliz banda de niños cantores, resultaba muy fácil olvidar las historias de tortura, represión y rearme que circulaban. Hasta finales de la década de 1930 era posible para un extranjero pasar semanas en Alemania y no tener el menor incidente desagradable. Sin embargo, hay una diferencia entre «no ver» y «no saber». Y, después de la Kristallnacht del 9 de noviembre de 1938, no había ninguna excusa posible para el viajero que afirmaba que «desconocía» el verdadero comportamiento de los nazis.

Quizá el hecho más estremecedor que emerge de los relatos de los viajeros es que hubiera tanta gente del todo decente que regresaba a sus hogares y alababa la Alemania de Hitler. La maldad nazi impregnaba todos los aspectos de la sociedad alemana, pero, cuando se mezclaba con los placeres seductores que aún se ofrecían a los visitantes extranjeros, la horrenda realidad a menudo se ignoraba durante el tiempo que hiciera falta. Más de ocho décadas después de que Hitler se convirtiera en canciller, los nazis todavía son un fantasma que recorre nuestras vidas. Y está bien que sea así.

Agradecimientos

Como esta larga lista de agradecimientos dejará claro, *Viajeros en el Tercer Reich* ha sido un esfuerzo colaborativo. Un libro que depende tanto de material nuevo precisa de la buena voluntad de un gran número de personas. Y gracias a todos los que me han permitido acceder a sus documentos personales y a los bibliotecarios y archiveros de todo el mundo que me mandaron documentación escaneada, este libro existe.

Sin la increíble generosidad y el apoyo permanente del doctor Piers Brendon y su disposición a compartir conmigo su profundo conocimiento de este período, el libro sería mucho peor. Estoy en deuda con él. Hugh Geddes no solo me mostró las cartas de su tía, la princesa real Margarita de Hesse y del Rin, sino que también me puso en otras direcciones variadas y muy fructíferas. Le agradezco su tiempo, entusiasmo y, en especial, la amistad que surgió durante nuestras exploraciones conjuntas. Mi querida amiga Angelica Patel, que también ha escrito acerca del período nazi, contribuyó con una perspectiva alemana esencial para el proyecto y me sugirió numerosas mejoras. La doctora Frances Wood no solo localizó fuentes chinas desconocidas, sino que también las tradujo. En un sentido muy amplio, me ha dado ánimos a lo largo de los años y numerosos consejos sabios. No todos los académicos son tan generosos con su tiempo y su información como el doctor Bradley Hart, que fue tan amable de dejarme leer su libro *George Pitt-Rivers and the nazis* antes de su publicación. *Sir* Brian Crowe compartió conmigo su extenso conocimiento de Alemania y de su historia. Leyó el libro con generosidad cuando era un manuscrito e hizo numerosísimas sugerencias que me ayudaron mucho. En la etapa inicial, la doctora Barbara Goward y Camilla Whitworth-Jones me dieron unos ánimos que me hacían mucha falta y plantearon aspectos muy útiles. Durante años, Phoebe Bentinck ha apoyado mis esfuerzos como escritora con paciencia. En este caso, quiero agra-

decerle especialmente que me indicara el camino hacia una serie de importantes fuentes.

Las siguientes personas mostraron gran confianza en mí al dejarme estudiar y citar fragmentos de sus documentos familiares, y estoy profundamente agradecida a todos ellos: el vizconde de Astor, Brigid Battiscombe, Jonathan Benthall, Dominic Graf Bernstorff, Mary Boxall, la honorable *lady* Brooksbank, *sir* Andrew Cahn, *sir* Edward Cazalet, Randolph Churchill, Sebastian Clark, Miranda Corben, *sir* Brian Crowe, April Crowther, Gloria Elston, el doctor Richard Duncan-Jones, Francis Farmar, el difunto *sir* Nicholas Fenn, Clare Ferguson, Diana Fortescue, Rosamond Gallant, George Gordon Lennox, la doctora Joanna Hawthorne Amick, Francis Hazeel, Rainer Christoph Friedrich Prinz von Hessen, Rachel Johnson, Jackie y Mick Laurie, *lady* Rose Lauritzen, la doctora Clara Lowy, Judy Kiss, Colin Mackay, Richard Matthews, Joanna Meredith-Hardy, Keith Ovenden, Jill Pellew, Charles Pemberton, lord Ramsbotham, David Tonge, Celia Toynbee, Evelyn Westwood, Camilla Whitworth-Jones, Anne Williamson y Patricia Wilson.

Tuve la suerte de conocer a estas mujeres, las cuales, a pesar de su avanzada edad, conservaban claramente los recuerdos de su época en Alemania durante la década de los treinta: la difunta Mary Burns, Alice Frank Stock, Marjorie Lewis, Sylvia Morris, la difunta Hilda Padel, la doctora Jill Poulton (ya fallecida) y la honorable señora Joan Raynsford. Alice Fleet me contó la notable historia de cómo sus padres rescataron a una niña judía, y Annette Bradshaw, la experiencia de su madre durante la Kristallnacht. Quiero dar las gracias a ambas por dejarme utilizar estos relatos tan personales.

Tengo la fortuna de tener amigas como la doctora Nancy Sahli y Ken Quay, que emprendieron una profunda tarea de investigación para mí en Estados Unidos. Sus esfuerzos les llevaron mucho tiempo y esfuerzo, y estoy profundamente agradecida.

Las siguientes personas me han ayudado de muchas y diversas maneras. Les doy mis más sinceras gracias a todos y cada uno de ellos: Bruce Arnold, Nicholas Barker, el profesor Gordon Barrass, Ian Baxter, *lady* Beecham, el profesor Nigel Biggar, Embla Bjoernerem, Tony Blishen, la honorable *lady* Bonsor, Catherine Boylan, Alison Burns, *lady* Burns, *sir* Rodric Braithwaite,Georgina Brewis, Edmund y Joanna Capon, Joneen Casey, el profesor C.

C. Chan, el doctor Peter Clarke, Harriet Crawley, Ronia Crisp, Lavinia Davies, Thomas Day, el profesor Nicholas Deakin, Guy de Jonquières, Harriet Devlin, David Douglas, *lady* Fergusson, Martin Fetherston-Godley, la doctora Lucy Gaster, Sally Godley Maynard, lord Gowrie, el difunto Graham Greene, Barbara Greenland, Jon Halliday, baronet *sir* Richard Heygate, *lady* Holderness, Fiona Hooper, *lady* Howell, Elizabeth James, Linda Kelly, el profesor James Knowlson, Beatrice Larsen, Barbara Lewington, Jeremy Lewis, Nigel Linsan Colley, *lady* Mair, el doctor Philip Mansel, Jane Martineau, Christopher Masson, Charlotte Moser, Konrad Muschg, el doctor Mark Nixon, *sir* David Norgrove, la marquesa viuda de Normanby, James Peill, Matt Pilling, la doctora Zoe Playdon, Catherine Porteous, David Pryce-Jones, el embajador Kishan Rana, John Ranelagh, Clare Roskill, Nicholas Roskill, Daniel Rothschild, lord y *lady* Ryder, la profesora Jane E. Schultz, el doctor David Scrase, Kamalesh Sharma, William Shawcross, Michael Smyth, la doctora Julia Stapleton, la doctora Zara Steiner, Rupert Graf Strachwitz, Jean-Christophe Thalabard, Michael Thomas, *sir* John y *lady* (Ann) Tusa, el profesor Dirk Voss, *sir* David Warren, Brendan Wehrung, Joan Winterkorn, Dalena Wright, la difunta Melissa Wyndham, *lady* Young y Louisa Young.

Quiero agradecer a los siguientes archiveros y bibliotecarios, que fueron mucho más allá de lo que su deber les exigía para enviarme copias de documentos o ayudarme de múltiples maneras: Carlos D. Acosta-Ponce, Elaine Ardia, Julia Aries, Pamela Bliss, Bodil Børset, Lorraine Bourke, Jacqueline Brown, Christine Colburn, Mary Craudereuff, Kelly Cummins, Jayne Dunlop, Deborah Dunn, Angie Edwards, Jenny Fichmann, Susanna Fout, Neil French, Maggie Grossman, Alison Haas, Amy Hague, Ellie Jones, Christopher Kilbracken, el doctor Martin Kröger, Brett Langston, Aaron Lisec, el doctor Rainer Maas, Evan McGonagill, Duncan McLaren, Diana McRae, A. Meredith, Michael Meredith, el doctor A. Munton, Patricia C. O'Donnell, Janet Olsen, Robert Preece, Carrie Reed, Susan Riggs, Andrew Riley, Steve Robinson, Emily Roehl, el doctor Ingo Runde, Sabin Schafferdt, Florian Schreiber, Helge W. Schwarz, Wilfried Schwarz, el doctor Joshua Seufert, Adrienne Sharpe, Paul Smith, Angela Stanford, Sandra Stelts, James Stimpert, Rachel Swanston, Susan Thomas, Kristina Unger, Debbie Usher, Anna van Raaphorst, Nathan

Waddell, Katharina Waldhauser, Melinda Wallington, Jessica West, Madison White y Jocelyn Wilk.

Estoy especialmente agradecida a Allen Packwood, director del Centro de Archivos Churchill en el Churchill College de Cambridge, y a su excepcional equipo; a Spencer Howard, de la Biblioteca Presidencial Herbert Hoover, y a Andrew Lownie, mi agente, que fue el primero que me sugirió el tema. Trabajar con Jennie Condell y su equipo en Elliott & Thompson ha sido un verdadero placer.

También estoy profundamente agradecida a Zita Freitas, que ha llevado nuestra casa durante treinta años. Sin su apoyo, estaría perdida.

Por último, quiero dar las gracias a mi editor personal, traductor, consejero, compañero de viajes y paciente oyente: mi marido, John.

Bibliografía

Adlon, Hedda, *Hotel Adlon: The Life and Death of a Great Hotel,* ed. Norman Denny (Londres: Barrie Books, 1958)

Allen, Mary S., *Lady in Blue* (Londres: Stanley Paul, 1936)

Allen, Mary S. y Julie Heyneman, *Woman at the Cross Roads* (Londres: Unicorn Press, 1934)

Allen, Reginald Clifford, *Plough My Own Furrow: The Story of Lord Allen of Hurtwood as Told through his Writings and Correspondence* (Londres: Longmans, 1965)

Armstrong, Hamilton Fish, *Peace and Counterpeace: From Wilson to Hitler* (Nueva York: Harper & Row, 1971)

Baranowski, Shelley, *Strength through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004)

Baring, Sarah, *The Road to Station X* (Bracknell: Wilton 65, 2000)

Bartlett, Vernon, *Nazi Germany Explained* (Londres: Victor Gollancz, 1933)

Bell, Anne Olivier (ed.), *The Diary of Virginia Woolf* (Harmondsworth: Penguin, 1983). Edición en castellano: *El diario de Virginia Woolf vols. I y II* (Madrid: Tres Hermanas, 2017 y 2018), trad. Olivia de Miguel.

Benoist-Méchin, Jacques, *À l'épreuve du temps,* ed. Eric Roussel (París: Julliard, 1989)

Bernays, Robert, *Special Correspondent* (Londres: Victor Gollancz, 1934)

Blakeway, Denys, *The Last Dance: 1936, the Year of Change* (Londres: John Murray, 2010)

Bolitho, Gordon, *The Other Germany* (Londres: Dickson, 1934)

Bonnell, Andrew G. (ed.), *An American Witness in Nazi Frankfurt: The Diaries of Robert W. Heingartner, 1928–37* (Berna y Nueva York: Peter Lang, 2011)

Bowles, Paul, Miller Jeffrey (ed.), *In Touch: The Letters of Paul Bowles* (Londres: Harper Collins, 1994)

Breitman, Richard, Barbara McDonald Stewart y Severin Hochberg (eds.), *Advocate for the Doomed: Diaries and Papers of James G. McDonald* (Bloomington e Indiana: Indiana University Press, 2007)

Brendon, Piers, *Thomas Cook: 150 Years of Popular Tourism* (Secker & Warburg, nueva edición 1992)
Brendon, Piers, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Londres: Pimlico, 2001)
Brendon, Piers, *Edward VIII: The Uncrowned King* (Allen Lane, 2016)
Brown, Daniel James, *The Boys in the Boat* (Nueva York: Viking, 2013)
Brysac, Shareen Blair, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra* (Nueva York: Oxford University Press, 2000)
Bucknell, Katherine (ed.), *Christopher Isherwood: Diaries* (Londres: Methuen, 1996)
Buller, E. Amy, *Darkness over Germany* (Londres: The Right Book Club, 1945; primera edición 1943)
Burden, Hamilton Twombly, *The Nuremberg Party Rallies*, 1923–39 (Londres: Pall Mall Press, 1967)
Burn, Michael, *Turned Towards the Sun: An Autobiography* (Norwich: Michael Russell, 2003)
Butler, J. R. M., *Lord Lothian, Philip Kerr, 1882–1940* (Londres: Macmillan, 1960)
Byron, Robert, *Europe in the Looking-Glass* (Londres: Routledge & Sons, 1926). Edición en castellano: *Europa por un retrovisor* (Almería: Confluencias, 2012), trad. José Jesús Fornieles.
Cahn, Robert Wolfgang, *The Art of Belonging* (Lewes: Book Guild, 2005)
Carr, Jonathan, *The Wagner Clan* (Londres: Faber & Faber, 2007). Edición en castellano: *El clan Wagner* (Madrid: Turner, 2009), trad. Miguel Martínez-Lage.
Cazalet-Keir, Thelma, *From the Wings: An Autobiography*, (Londres: Bodley Head, 1967)
Chandler, Andrew (ed.), *Brethren in Adversity: Bishop George Bell, the Church of England and the Crisis of German Protestantism, 1933–1939* (Woodbridge: Boydell Press, 1997)
Clark, Christopher, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914* (Londres: Allen Lane, 2012). Edición en castellano: *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914* (Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2014), trads. Irene Cifuentes y Alejandro Pradera.
Cole, J. A., *Just Back from Germany* (Londres: Faber & Faber, 1938)
Collomp, Catherine y Bruno Groppo (eds.), *An American in Hitler's Berlin: Abraham Plotkin's Diary 1932–33* (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 2009)
Conwell-Evans, T. P., *None so Blind* (Londres: Harrison, 1947)
Cook, Ida, *Safe Passage* (Londres: Harlequin, 2016)

Cowles, Virginia, *Looking for Trouble* (Londres: n.p., 1942)
Cox, Geoffrey, *Countdown to War: A Personal Memoir of Europe, 1938–1940* (Londres: William Kimber, 1988)
Cox, Geoffrey, *Eyewitness* (Dunedin: Otago University Press, 1999)
Crittall, Ariel, *My Life Smilingly Unravelled* (Braintree: Braintree District Museum Trust Ltd, 2009)
D'Abernon, vizcondesa, *Red Cross and Berlin Embassy, 1915–1926* (Londres: John Murray, 1946)
Dalley, Jan, *Diana Mosley* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 2000)
De Courcy, Anne, *The Viceroy's Daughters* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2000)
De Courcy, Anne, *Diana Mosley* (Londres: Chatto & Windus, 2003). Edición en castellano: *Diana Mosley* (Barcelona: Lumen, 2005), trad. Montserrat Rosa Comet.
De Courcy, Anne, *Society's Queen: The Life of Edith, Marchioness of Londonderry* (Londres: Phoenix, 2004)
De Rougemont, Denis, *Journal D'Allemagne* (París: Gallimard, 1938)
Dean Paul, Brenda, *My First Life: A Biography, by Brenda Dean Paul, Written by Herself* (Londres: J. Long, 1935)
De-la-Noy, Michael, *The Life of Edward Sackville-West* (Londres: Bodley Head, 1988)
Dodd, Martha, *My Years in Germany* (Londres: Victor Gollancz, 1939)
Dodd, William E., júnior y Martha Dodd, *Ambassador Dodd's Diary, 1933–1938* (Londres: Victor Gollancz, 1941)
Domvile, *sir* Barry, *By and Large* (Londres: Hutchinson, 1936)
Domvile, *sir* Barry, *From Admiral to Cabin Boy* (Londres: Boswell, 1947)
Driberg, Tom, *The Mystery of Moral Re-Armament: A Study of Frank Buchman and His Movement* (Londres: Secker & Warburg, 1964)
Egremont, Max, *Forgotten Land: Journeys among the Ghosts of East Prussia* (Londres: Picador, 2011)
Elborn, Geoffrey, *Francis Stuart: A Life* (Dublín: Raven Arts Press, 1990)
Evans, Richard, *The Third Reich at War, 1939–1945* (Londres: Allen Lane, 2008)
Fergusson, Adam, *When Money Dies: The Nightmare of the Weimar Hyper-Inflation* (Londres: William Kimber & Co. Ltd., 1975). Edición en castellano: *Cuando muere el dinero: el derrumbamiento de la República de Weimar* (Madrid: Alianza, 2012), trad. María Hernández.
Firchow, Peter Edgerly, *Strange Meetings: Anglo-German Literary Encounters from 1910 to 1960* (Washington, DC: Catholic University of America Press, 2008)

Fischer, Heinz-Dietrich, *Germany through American Eyes: Pulitzer Prize Winning Reports* (Berlín: Lit Verlag Dr. W. Hopf, 2010)
Flannery, Harry W., *Assignment to Berlin* (Londres: Michael Joseph, 1942)
Fortescue, Diana, *The Survivors: A Period Piece* (Londres: Anima Books, 2015)
Franck, Harry A., *Vagabonding through Changing Germany* (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1920)
François-Poncet, André, *The Fateful Years,* trad. Jacques LeClercq (Londres: Victor Gollancz, 1949)
Fussell, Paul, *Abroad: British Literary Traveling between the Wars* (Oxford: Oxford University Press, 1982)
Geissmar, Berta, *The Baton and the Jackboot* (Londres: Hamish Hamilton, 1944)
Gibbs, Philip, *European Journey: Being a Narrative of a Journey in France, Switzerland, Italy, Austria, Hungary, Germany and the Saar in the Spring and Summer of 1934* (Londres: William Heinemann, 1934)
Gilbert, Martin y Richard Gott, *The Appeasers* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1967)
Griffiths, Richard, *Fellow Travellers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany* (Londres: Oxford University Press, 1983)
Griffiths, Richard, *Patriotism Preserved: Captain Ramsay, the Right Club and British Anti-Semitism* (Londres: Constable, 1998)
Guérin, Daniel, *The Brown Plague: Travels in Late Weimar and Early Nazi Germany*, trad. Robert Schwartzwald (Durham, NC, y Londres: Duke University Press, 1994)
Guinness, Jonathan, *The House of Mitford* (Londres: Phoenix, 2004)
Hamann, Brigitte, *Winifred Wagner* (Londres: Granta Books, 2005)
Hamilton, Cicely, *Modern Germanies* (Londres: Dent & Sons, 1931)
Harding, Brian, *Keeping Faith: The Royal British Legion, 1921–2001* (Barnsley: Pen & Sword Books, 2001)
Hart-Davis, Duff, *Hitler's Games: The 1936 Olympics* (Londres: Century,1986)
Hattersley, Roy, *David Lloyd George: The Great Outsider* (Londres: Little, Brown, 2010)
Hawes, James, *Englanders and Huns* (Londres y Nueva York: Simon & Schuster, 2014)
Heingartner, Robert W., *An American Witness in Nazi Frankfurt: The Diaries of Robert W. Heingartner, 1928–1937*, ed. Andrew G. Bonnell (Nueva York: Peter Lang, 2011)

Hessen, Robert (ed.), *Berlin Alert: The Memoirs and Reports of Truman Smith* (Stanford: Hoover Institution Press, 1984)

Henderson, Nevile, *Failure of a Mission* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1940). Edición en castellano: *El fracaso de una misión* (Coín: Alfama, 2008), trad. Manuel Arias Maldonado.

Heygate, John, *Motor Tramp* (Londres: Cape, 1935)

Hillblad, Thorolf (ed.), *Twilight of the Gods* (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2009)

Hills, Denis, *Tyrants and Mountains: A Reckless Life* (Londres: John Murray, 1992)

Hitler's Winter Olympic Games 1936 (World Propaganda Classics, 2009)

Holtby, Alice y J. McWilliam (eds.), *Winifred Holtby: Letters to a Friend* (Londres: Collins, 1937)

Hutchison, Graham Seton, *Challenge* (Londres: Hutchinson & Co., 1939)

Isherwood, Christopher, *Christopher and His Kind* (Londres: Methuen, 1985). Edición en castellano: *Christopher y su gente* (Barcelona: El Aleph, 1999), trad. Jordi Mustieles.

Isherwood, Christopher, *The Berlin Novels* (Londres: Vintage, 1999)

Johnson, Gaynor, *The Berlin Embassy of Lord D'Abernon, 1920–1926* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2002)

Jones, Thomas, *A Diary with Letters, 1931–1950* (Londres: Oxford University Press, 1954)

Juvet, René, *Ich war dabei...* [Yo estaba allí...] (Zúrich: Europa Verlag, 1944)

Kennedy, Richard S. y Paschal Reeves (eds.), *The Notebooks of Thomas Wolfe, volume II* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1970)

Kent, Madeleine, *I Married a German* (Nueva York: Harper & Brothers, 1939)

Kershaw, Ian, *Hitler, 1889–1936: Hubris* (Londres: Penguin, 1999). Edición en castellano: *Hitler, 1889–1936* (Barcelona: Ediciones Península, 2002), trad. José Manuel Álvarez Flórez.

Kershaw, Ian, *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain's Road to War* (Londres: Allen Lane, 2004). Edición en castellano: *Un amigo de Hitler: Inglaterra y Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial* (Barcelona: Ediciones Península, 2013), trad. José Manuel Álvarez Flórez.

Kessler, Charles (ed./trad.), *Berlin in Lights: The Diaries of Count Harry Kessler (1918–1937)* (Nueva York, Grove Press, 1999)

Keynes, John Maynard, *Collected Writings of John Maynard Keynes* (Londres: Macmillan, 1981)

Kirkpatrick, Ivone, *The Inner Circle: Memoirs* (Londres: Macmillan, 1959)
Knowlson, James, *Damned To Fame: The Life of Samuel Beckett* (Londres: Bloomsbury, 1996)
Knox, James, *Robert Byron* (Londres: John Murray, 2003)
Kolloen, Ingar Sletten, *Knut Hamsun: Dreamer and Dissenter* (New Haven: Yale University Press, 2009). Edición en castellano: *Knut Hamsun: soñador y conquistador* (Madrid: Nórdica Libros, 2009), trad. Anne-Lise Cloetta de Sagarra.
Lancaster Marie-Jaqueline (ed.), *Brian Howard: Portrait of a Failure* (Londres: Blond, 1968)
Laqueur, Walter, *Weimar: A Cultural History, 1918–1933* (Nueva York: Putnam, 1974)
Larson, Erik, *In the Garden of Beasts* (Nueva York: Crown Publishers, 2011). Edición en castellano: *En el jardín de las bestias* (Barcelona: Ariel, 2012), trad. Ana Herrera Ferrer.
Leitner, Maria, *Elisabeth, Ein Hitlermädchen: Erzählende Prosa, Reportagen und Berichte* [Elisabeth, Una chica de Hitler: prosa narrativa e informes] (Berlín y Weimar: Aufbau-Verlag, 1985)
Lewis, Jeremy, *Shades of Greene* (Londres: Jonathan Cape, 2010)
Lewis, Wyndham, *Hitler* (Londres: Chatto & Windus, 1931)
Lewis, Wyndham, *The Hitler Cult* (Londres: Dent, 1939)
Lindbergh, Anne Morrow, *The Flower and the Nettle: Diaries and Letters of Anne Morrow Lindbergh, 1936–1939* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976)
Lochner, Louis (ed. y trad.), *The Goebbels Diaries* (Londres: Hamish Hamilton 1948)
Lockhart, Robert Bruce, *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart*, ed. Kenneth Young (Londres: Macmillan, 1973)
Lubrich, Oliver (ed.), *Travels in the Reich 1933–1945: Foreign Authors Report from Germany* (Chicago: University of Chicago Press, 2010)
Lucas, John, *An Obsession with Music* (Woodbridge: Boydell, 2008)
McKenna, Mark, *An Eye for Eternity: The Life of Manning Clark* (Melbourne: Miegunyah Press Melbourne University, 2011)
Markham, Violet R., *A Woman's Watch on the Rhine: Sketches of Occupation* (Londres: Hodder & Stoughton, 1920)
Mears, John H., *Racing the Moon* (Nueva York: Rae D. Henkle Co., 1928)
Melchior, Ib, *Lauritz Melchior: The Golden Years of Bayreuth* (Fort Worth: Baskerville, 2003)
Min, Shi, *Deguo youji,* Tao Kangde (ed.), *Ou fen*g mei yu, 3.ª edición (Shanghái: Yuzhou feng she, 1940).

Mosley, Charlotte (ed.), *The Mitfords: Letters between Six Sisters* (Londres: Fourth Estate, 2008)

Mowrer, Lilian T., *Journalist's Wife* (Londres y Toronto: William Heinemann, 1938)

Naess, Harald y James McFarlane, *Knut Hamsun: Selected Letters, 2 volumes* (Norwich: Norvik Press, 1998)

Natwar-Singh, Kirpal, *The Magnificent Maharaja: The Life and Times of Bhupinder Singh of Patiala, 1891–1938* (Nueva Delhi: HarperCollins India, 1998)

Noakes, Jeremy y Geoffrey Pridham (eds.), *Documents on Nazism, 1919–1945* (Londres: Cape, 1974)

Norwood, Stephen H., *The Third Reich in the Ivory Tower: Complicity and Conflict on American Campuses* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009)

O'Keeffe, Paul, *Some Sort of Genius* (Londres: Jonathan Cape, 2000)

Parker, Peter, *Isherwood: A Life Revealed* (Londres: Picador, 2005)

Picton, Harold, *Nazis and Germans* (Londres: Allen & Unwin, 1940)

Pottle, Mark (ed.), *Champion Redoubtable: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter, 1914–1945* (Londres: Phoenix Giant, 1998)

Pryce-Jones, David, *Unity Mitford: A Quest* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1976)

Rawson, Andrew, *Showcasing the Third Reich: The Nuremberg Rallies* (Stroud: History Press, 2012)

Reynolds, Rothay, *When Freedom Shrieked* (Londres: Victor Gollancz, 1939)

Rhodes James, Robert (ed.) *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Londres: Penguin, 1937)

Rhodes James, Robert, *Victor Cazalet: A Portrait* (Londres: Hamish Hamilton, 1976)

Roberts, Andrew, *The Holy Fox: The Life of Lord Halifax* (Londres: Head of Zeus, 1991)

Roddie, W. Stewart, *Peace Patrol* (Londres: Christophers, 1932)

Roskill, Stephen W., *Man of Secrets* (Londres: Collins, 1970–74)

Sachs, Harvey, *Reflections on Toscanini* (Londres: Robson Books, 1992)

Saikia, Robin (ed.), *The Red Book: The Membership List of the Right Club–1939* (Londres: Foxley Books, 2010)

Schindler, René, *Ein Schweizer Erlebt Das Geheime Deutschland* [Una experiencia suiza de la Alemania secreta] (Zúrich y Nueva York: Europa Verlag, 1945)

Seymour, Miranda, *Noble Endeavours: The Life of Two Countries, England and Germany, in Many Stories* (Londres: Simon & Schuster, 2013)

Shapiro, James, *Oberammergau* (Londres: Little, Brown & Co., 2000)
Shirer, William L., *Berlin Diary* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1941)
Smith, Howard K., *Last Train from Berlin* (Londres: Cresset Press, 1942)
Smith, Michael, *Foley, the Spy Who Saved 10,000 Jews* (Londres: Hodder & Stoughton, 1999)
Spender, Stephen, *World within World: The Autobiography of Stephen Spender* (Londres: Readers Union, 1953)
Spotts, Frederic, *Bayreuth: A History of the Wagner Festival* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1994)
Sylvester, A. J. y Cross, C. (eds.), *Life with Lloyd George: The Diary of A. J. Sylvester, 1931–45* (Nueva York: Harper & Row, 1975)
Sylvester, David, *The Brutality of Fact: Interviews with Francis Bacon* (Londres: Thames & Hudson, 1987)
Taylor, D. J., *Bright Young People* (Londres: Chatto & Windus, 2007)
Tennant, Ernest, *True Account* (Londres: Max Parrish, 1957)
Tifft Fuller, Raymond, *The World's Stage: Oberammergau*, 1934 (Londres: Cobden-Sanderson, 1934)
Tobias, Fritz, *The Reichstag Fire: Legend and Truth*, trad. Arnold J.Pomerans (Londres: Secker & Warburg, 1963)
Tuohy, Ferdinand, *Craziways Europe* (Londres: Hamish Hamilton, 1934)
Tusa, Ann y John Tusa, *The Nuremberg Trial* (Nueva York: Skyhorse Publishing, 2010)
Tweedy, Owen, *Gathering Moss: A Memoir of Owen Tweedy* (Londres: Sidgwick & Jackson, 1967)
Urbach, Karina, *Go-Betweens for Hitler* (Oxford: Oxford University Press, 2015)
Van Til, William, *The Danube Flows through Fascism* (New York y Londres: Charles Scribner's Sons, 1938)
Vansittart, reverendo, *Lord, Lessons of my Life* (Londres: Hutchinson, 1943)
Vassiltchikov, princesa Marie 'Missie', *The Berlin Diaries*, 1940–45 (Londres: Pimlico, 1999)
Waddell, Dan, *Field of Shadows: The Remarkable True Story of the English Cricket Tour of Nazi Germany 1937* (Londres: Bantam Press, 2014)
Waddy, Helena, *Oberammergau in the Nazi Era: The Fate of a Catholic Village in Hitler's Germany* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2010)
Wagner, Friedelind, *The Royal Family of Bayreuth* (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1948)
Waln, Nora, *The Approaching Storm: One Woman's Story of Germany, 1934–1938* (Londres: Creset Women's Voices, 1988)

Walters, Guy, *Berlin Games: How Hitler Stole the Olympic Dream* (Londres: John Murray, 2006)

Ward Price, George, *I Know These Dictators* (Londres: Harrap, 1937)

Wessling, Berndt W., *Toscanini in Bayreuth* (Múnich: Desch,1976)

Wheeler-Bennett, John, *Knaves, Fools and Heroes* (Londres: Macmillan, 1974)

Williamson, Anne, *Henry Williamson: Tarka and the Last Romantic* (Stroud: Alan Sutton, 1995)

Williamson, Henry, *Goodbye West Country* (Londres: Putnam, 1937)

Wilson, Arnold Talbot, *Walks and Talks Abroad, The Diary of a Member of Parliament in 1934–36* (Oxford: Oxford University Press, 1939)

Wolfe, Thomas, *You Can't Go Home Again*, 2 vols. (Gloucester: Dodo Press, 2008)

Woolf, Leonard (ed.), *A Writer's Diary: Being Extracts from the Diary of Virginia Woolf* (Londres: Hogarth Press, 1953)

Woolf, Leonard, *Downhill All the Way: An Autobiography of the Years 1919–1939* (Londres: Hogarth Press, 1967)

Wrench, John Evelyn, *Immortal Years (1937–1944): As Viewed from Five Continents* (Londres: Hutchinson, 1945)

Wrench, John Evelyn, *Francis Yeats-Brown* (Londres: Eyre & Spottiswoode,1948)

Wrench, John Evelyn, *Geoffrey Dawson and Our Times* (Londres: Hutchinson, 1955)

Wright, Jonathan, *Gustav Stresemann: Weimar's Greatest Statesman* (Oxford: Oxford University Press, 2002)

Xianlin, Ji, *Zehn Jahre in Deutschland (1935–1945)* [Diez años en Alemania (1935–1945)], (Gottingen: Gottingen University Press, 2009); trad. de *Ji Xianlin liu De huiyi lu* [Recuerdos de mis años de estudio en Alemania] (Hong Kong: Zhonghua shuju, 1993)

Xianlin, Ji, *Ji Xianlin ri ji: liu De sui ye* [Diarios de Ji Xianlin: Mi estancia en Alemania], (Nanchang Shi: Jiangxi Renmin Chubanshi, 2014) 6 vols.

Youngday, Biddy, *Flags in Berlin* (publicación privada de Mary Brimacombe y Clara Lowy, 2012)

Ziegler, Philip, *King Edward VIII* (Londres: Collins, 1990)

Archivos consultados

Alemania
Auswärtiges Amt Politisches Archiv, Berlín
Archivo estatal de Hessisches, Darmstadt
Museo Richard Wagner

Australia
Biblioteca Nacional de Australia, Canberra

Estados Unidos
Archivos de la Universidad de Columbia
Archivos de la Universidad de Noroeste
Archivos de Universidades Norteamericanas, Washington, DC (AUNA)
Archivos y colecciones especiales, Recursos de Aprendizaje del Centro Rembert E. Stockes, Universidad de Wilberforce
Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale
Biblioteca de la Universidad de Chicago, Colecciones Especiales
Biblioteca del Congreso, División de Manuscritos
Biblioteca Presidencial Herbert Hoover
Biblioteca Rush Rhees, Departamento de Manuscritos Raros y Colecciones Especiales, Universidad de Rochester
Biblioteca Swem de Colecciones Especiales, College de William y Mary.
Bryn Mawr College
Centro de Investigación de Colecciones Especiales, Biblioteca Morris, Universidad del Sur de Illinois
Centro Harry Ransom en la Universidad de Texas en Austin
Colección Sophia Smith y Archivos del Smith College
Colecciones Especiales de la Universidad de Kentucky
Colecciones especiales Louis Round Wilson, Universidad de Carolina del Norte
Museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos (en línea)
Museo Olímpico Lake Placid
Repositorio digital de Stanford

Sociedad Histórica de Virginia
Universidad de Massachusetts, Bibliotecas Amherst de Colecciones Especiales y Archivos Universitarios

Nueva Zelanda
Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington

Reino Unido
Archivo Beckett, Universidad de Reading
Archivo de Oriente Medio, St Antony's College, Universidad de Oxford
Archivo Literario de Henry William Williamson (HWLEA)
Archivos de Eton College
Archivos de la catedral de Exeter
Archivos de la Escuela Charterhouse
Archivos de la Universidad de Warwick
Archivos del Museo Marítimo Nacional, Greenwich
Archivos Militares de Liddell Hart, King's College, Londres
Archivos Mitford, Chatsworth House
Archivos Nacionales
Archivos Thomas Cook, Peterborough
Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford
Biblioteca Coleraine, Universidad de Ulster
Biblioteca de la Sociedad de Amigos, Londres
Biblioteca de la Universidad de Cambridge
Biblioteca Nacional de los Archivos Parlamentarios de Gales
Borthwick Institute, Universidad de York
British Library
Centro de Archivo de Cumbria
Centro de Archivos Churchill, Churchill College, Universidad de Cambridge
Centro Histórico de Hull
Oficina Pública de Registros de Irlanda del Norte
Oficina Pública de Registros de West Sussex
Real Academia de Música

Los viajeros

Aga Khan III, *sir* sultán Mahommed Shah (1877–1957). Líder de los ismaelíes nizaríes. Fue presidente de la Liga de las Naciones cuando conoció a Hitler en 1937. Como muchos otros visitantes distinguidos a Alemania, salió de su encuentro con Hitler convencido de la sinceridad de este.

Allen, Mary (1878–1964). Mujer policía británica y pionera, de extrema derecha. Por muy poco no fue internada durante la Segunda Guerra Mundial.

Anderson, Ida (de soltera, Watt; 1918–2013). Alumna de la escuela femenina George Watson de Edimburgo. Fue a Renania de viaje escolar en 1936.

Auden, W. H. (1907–1973). Su estancia en Alemania durante diez meses, entre 1928 y 1929, lo expuso por primera vez a la agitación política y económica que se convertiría en uno de los temas centrales de su poesía. Además, le ofreció la oportunidad de explorar su homosexualidad.

Bacon, Francis (1909–1992). Uno de los artistas más homenajeados del siglo XX. Sus potentes imágenes se centran en el trauma humano, la alienación y el sufrimiento. Pasó varios meses durante su adolescencia en Alemania en 1927.

Barlow, Brigit (1916–2004). Escritora y música. Casada con Erasmus Darwin Barlow. Su autobiografía, *A Family Affair,* cubre su estancia en Alemania de adolescente, la vida en Inglaterra durante la guerra y su matrimonio en el clan Darwin.

Beckett, Samuel (1906–1989). Dramaturgo y novelista irlandés. Una de las figuras literarias más influyentes del siglo XX. Estuvo de viaje en Alemania desde septiembre de 1936 hasta abril de 1937. Durante la guerra se unió a la Resistencia francesa.

Beecham, *sir* Thomas (1879–1961). Director de orquesta. En 1932 fundó (junto a *sir* Malcolm Sargent) la Orquesta Filarmónica de Londres, que llevó a una polémica gira por Alemania en 1936. Empleó a una refugiada judía, Berta Geissmar, como su responsable de gestión después de que la obligaran a abandonar su trabajo en Berlín con el director de orquesta Wilhelm Furtwängler.

Benoist-Méchin, Jacques (1901–1983). Político y periodista de derechas. Fue destinado al Ruhr como joven oficial durante la ocupación francesa. Fue colaborador del gobierno de Vichy y encarcelado tras la guerra.

Bernays, Robert (1902–1945). Periodista y político. Fue elegido diputado liberal por Bristol North en 1931. Crítico permanente de los nazis; visitó Alemania varias veces durante la década de 1930. Murió en un accidente de aviación sobre el Adriático.

Bernstorff, condesa Bridget von (1910–1987). Nacida en Inglaterra, se casó con Hugo von Bernstorff en 1939. Sus cartas proporcionan un vívido relato de cómo era la vida en Alemania durante la guerra.

Birchall, Frederick (1871–1955). Corresponsal del *New York Times.* En 1934 ganó el premio Pulitzer por sus artículos sobre la Alemania nazi.

Block, Gösta (1898–1955). Periodista, editor de prensa, consultor de relaciones públicas y empresario. Sus simpatías por la derecha lo llevaron a aceptar un trabajo en la radio en Berlín en 1942.

Boettcher, Emily (1907–1992). Concertista de piano de Dakota del Sur que estudió en Berlín a finales de la década de 1930.

Bogen, Dorothy (de casada, Farrington; 1905–1996). Una turista de California que, a los diecisiete años, visitó Alemania con sus padres en 1922.

Bonham Carter, *lady* Violet (1887–1969). Activista liberal, hija de Herbert Asquith, primer ministro británico de 1908 a 1916.

Boyle, *lady* Margaret (de casada, Stirling-Aird; 1920–2015). Hija del octavo conde de Glasgow. Como muchas otras muchachas de clase alta de su generación, la enviaron a Múnich para continuar sus estudios.

Boyle, doctor William (1903–1982) y señora Eithne (1911–1984). Rescataron a Greta, la niña judía tullida, durante su luna de miel en Alemania en 1936. Se la llevaron a su casa en Kenia.

Bradshaw, Margaret (1906–1996). Licenciada en Historia por la Universidad de Cambridge, se casó con el coronel John Bradshaw, del Servicio Político indio. Por casualidad, estaba sola en Berlín durante la Noche de los Cristales Rotos, pues había ido a hacerse un tratamiento médico.

Brown, Ivan (1908–1963). Deportista de *bobsleigh* estadounidense. Ganó una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1936.

Bryant, *sir* Arthur (1899–1985). Historiador de derechas cuyos libros recogieron grandes elogios durante su vida. Fue columnista habitual para el *Illustrated London News.*

Buchman, reverendo Frank (1878–1961). Fundador del Grupo de Oxford, también conocido como Rearme Moral (1938-2001), y posteriormente como Iniciativas de Cambio. Asistió a los Congresos de Núremberg de 1935.

Bulgaria, rey Boris de (1894–1943). Asistió a los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936. Durante la guerra, impidió personalmente la deportación de judíos desde Bulgaria a los campos de la muerte.

Buller, Amy (1891–1974). Estrechamente asociada con el Movimiento Estudiantil Cristiano, organizó varias conferencias en Alemania con el objetivo de entender mejor la filosofía y la religión nazis. Su libro, *Darkness over Germany,* registra las numerosas conversaciones que mantuvo con un variado abanico de alemanes.

Burn, Michael (1912–2010). Soldado, periodista y escritor. De joven, la Alemania nazi le impresionó favorablemente. Visitó Dachau y asistió al congreso de Núremberg de 1935.

Byron, Robert (1905–1941). Escritor, crítico de arte, historiador y ferviente crítico de los nazis. Estuvo en los Congresos de Núremberg de 1938. Murió cuando el barco en que viajaba hacia Egipto fue torpedeado.

Çambel, Halet (1916–2014). Miembro del equipo de esgrima turco en las Olimpiadas de Berlín de 1936. Fue la primera mujer musulmana que participó en unos Juegos Olímpicos. Se negó a conocer a Hitler.

Cazalet, Thelma (1899–1989). Ferviente feminista, fue diputada conservadora por Islington de 1931 a 1945.

Cazalet, Victor (1896–1943). Diputado conservador por Chippenham en 1924, viajó con frecuencia a Alemania en la década de 1930. Murió en un accidente de aviación en Gibraltar.

Chamberlain, Houston Stewart (1855–1927). Escritor y filósofo británico que se nacionalizó alemán en 1916. Se casó con Eva, la hija de Richard Wagner, y vivió en Bayreuth. Los nazis reverenciaban su racista (e internacionalmente aclamado) libro *Las bases del siglo XIX* (1899).

Chamberlain, *sir* Neville (1869–1940). Recordado sobre todo por su política de apaciguamiento para con Hitler. Fue el primer ministro británico de 1937 a 1940.

Channon, *sir* Henry (1897–1958). Conocido como Chips, fue diputado conservador británico (aunque nació en Estados Unidos), miembro de la clase alta y cronista. Asistió a los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936.

Chardonne, Jacques (1884–1968). Escritor y colaborador del régimen de Vichy. Fue miembro del Groupe Collaboration, que animaba a estrechar los lazos culturales entre Francia y la Alemania nazi.

Christie, John (1882–1962). Fundador de la Ópera de Glyndebourne (1934), fue visitante habitual de Haus Hirth. Este modesto chalet cerca de Garmisch-Partenkirchen fue uno de los refugios favoritos de los intelectuales estadounidenses y británicos en el período de entreguerras.

Christie, capitán de grupo Malcolm (1881–1971). Ingeniero de aviación que viajó con frecuencia a Alemania desde 1933 hasta 1940 para recopilar información para el Ministerio de Asuntos Exteriores británico.

Clark, Manning (1915–1991). Historiador australiano y autor de la *Historia de Australia* en seis volúmenes. En 1938, visitó a su novia,

Dymphna Lodewyckx, que por aquel entonces era estudiante de doctorado en la Universidad de Bonn.

Cole, J. A. (fechas desconocidas). Escritor británico cuyo libro *Just Back from Germany* presenta una narración gráfica de la vida cotidiana bajo el poder nazi a finales de la década de 1930.

Conwell-Evans, T. Philip (1891–1968). Historiador y figura misteriosa. En apariencia, era un acérrimo defensor de los nazis (fue uno de los fundadores de la Alianza Angloalemana en 1935 y, más tarde, editor de la *AGR,* la *Anglo-German Review),* pero es posible que, en realidad, trabajara para la inteligencia británica.

Cook, Ida (1904–1986) y Louise (1901–1991). Hermanas y amantes de la ópera que hicieron múltiples viajes a Alemania a finales de la década de 1930 para rescatar refugiados judíos y llevar sus objetos de valor de contrabando a Inglaterra. Ida escribió novelas románticas bajo el pseudónimo de Mary Burchell.

Cox, *sir* Geoffrey (1910–2008). Antes de asistir a la Universidad de Oxford con una beca Rhodes en 1932, Cox pasó un verano aprendiendo alemán en Heidelberg. Después de la guerra, se convirtió en un periodista televisivo pionero.

Crowe, doctora Sibyl (1908–1993). Académica de Oxford que estudiaba su doctorado en la Universidad de Cambridge cuando visitó Alemania en junio de 1936. Su padre, el diplomático *sir* Eyre Crowe, era el principal experto en Alemania del Ministerio de Asuntos Exteriores británico en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial.

D'Abernon, Edgar Vincent primer vizconde (1857–1941). Fue el primer embajador británico en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, de 1920 a 1925. A su esposa, Helen (1886-1954), no le gustaba Berlín, pero apoyaba los esfuerzos de su marido por restaurar las relaciones anglo-alemanas.

De Margerie, Pierre (1861–1942). Su mandato como embajador francés en Alemania (1922-1931) incluyó la ocupación francesa del Ruhr.

De Rougemont, Denis (1906–1985). Filósofo y escritor suizo. Se pasó un año impartiendo clase en la Universidad de Fráncfort, de 1935 a 1936.

Detzer, Dorothy (1893–1981). Cuáquera estadounidense implicada en labores de ayuda a la población después de la Primera Guerra Mundial.

Dodd, Martha (1908–1990). Hija del embajador estadounidense William E. Dodd. En un principio, apoyaba a los nazis, pero más tarde fue reclutada como espía soviética.

Dodd, William E. (1869–1940). Embajador estadounidense en Berlín de 1933 a 1937. Demócrata liberal, fue un crítico consistente de los nazis. A menudo sus opiniones chocaban con las del Departamento de Estado.

Domvile, vicealmirante *sir* Barry (1878–1971). Director de Inteligencia Naval desde 1927 hasta 1930 y presidente del Colegio Naval Real de Greenwich, de 1932 a 1934. Sus simpatías pronazis lo llevaron a ser internado durante la Segunda Guerra Mundial.

Du Bois, W. E. B. (1868–1963). Académico afroamericano y activista de los derechos civiles, germanófilo y amante de Wagner. Su experiencia en la Alemania nazi le resultó difícil de resumir. Fue uno de los muchos viajeros extranjeros que se fijó en los paralelismos entre el nacionalsocialismo y el comunismo.

Duncan-Jones, Arthur (1879–1955). Deán de Chichester desde 1924 hasta su muerte.

Duncan-Jones, Ursula (de casada, Baily; 1920–2007). Hija del deán de Chichester Arthur Duncan-Jones. En 1938 pasó varios meses viviendo con una familia alemana en Osnabrück. Durante la guerra estuvo en el Servicio Femenino Naval (WREN) y, más tarde, en Amnistía Internacional.

Fairbank, Lucy (1892–1983). Maestra de escuela de Yorkshire y aficionada a las cámaras cinematográficas. Fue a la *Pasión* de Oberammergau con su amiga Clarice Mountain en 1934.

Fenn, reverendo Eric (fechas desconocidas). Teólogo presbiteriano y director de escuela. En la época de su visita a Berlín en 1935 era el director adjunto del Movimiento Estudiantil Cristiano.

Finlayson, Horace (1885–1969). Asesor financiero de la Embajada británica en Berlín en el momento álgido de la crisis de hiperinflación en 1923.

Flannery, Harry W. (1900–1975). Periodista de radio estadounidense. Fue corresponsal de la CBS en Berlín de 1940 a 1941.

Forwood, *sir* Dudley, baronet (1912–2001). Caballerizo mayor del duque de Windsor, acompañó al duque y a la duquesa en su gira por Alemania en 1937.

Franck, Harry A. (1881–1962). Escritor de viajes. Fue soldado durante la Primera Guerra Mundial y después estuvo en Renania con las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses.

François-Poncet, André (1887–1978). Embajador francés en Alemania desde 1931 hasta 1938. Los alemanes lo detuvieron tres años durante la guerra.

Fry, Basil (fechas desconocidas). Primo de Christopher Isherwood. Durante la primera visita de Isherwood a Alemania en 1928, se alojó con Fry en Bremen, donde este ostentaba el cargo de vicecónsul británico.

Fry, Joan Mary (1862–1955). Cuáquera británica que hizo campaña por la paz y la reforma social. Viajó por toda Alemania apenas acabada la Primera Guerra Mundial para dar conferencias y distribuir ayuda humanitaria. Su hermano era el artista y crítico Roger Fry, del círculo de Bloomsbury.

Gibbs, *sir* Philip (1877–1962). Escritor y corresponsal de guerra.

Gide, André (1869–1951). Escritor francés y ganador del Premio Nobel de Literatura en 1947.

Gilbert, Prentiss (1883–1939). Diplomático. Asistió a los Congresos de Núremberg de 1938. Murió en Berlín mientras era encargado de negocios en la Embajada estadounidense.

Glickman, Marty (1917–2001). Atleta estadounidense. Fue elegido para competir en la carrera de relevos de cuatrocientos metros en las Olimpiadas de Berlín en 1936, pero lo retiraron en el último momento, y todo el mundo supuso que se debía a que era judío.

Goldberg, Herman (1915–1997). Miembro del equipo estadounidense de béisbol que fue a las Olimpiadas de Berlín. El equipo no compitió, pero sí jugó partidos amistosos que introdujeron ese deporte en Alemania.

Goodland, Mary (de casada, Burns; 1915–2016). Tras graduarse en la Universidad de Oxford, dio clases de trabajo social y salud mental en la Escuela de Economía de Londres.

Gordon Lennox, Diana (1908–1982). Hija de un almirante, participó en los Juegos Olímpicos de Invierno como miembro del equipo de esquí femenino canadiense.

Greene, Hugh C. (1910–1987). Corresponsal del *Daily Telegraph* en Berlín desde 1934 hasta que lo expulsaron, en 1939. Director general de la BBC de 1960 a 1969 y hermano menor del novelista Graham Greene, quien lo visitó en Berlín.

Griffin, Kenneth P. (1912–2002). Gimnasta estadounidense que participó en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936.

Guérin, Daniel (1904–1988). Escritor francés de izquierdas cuyo libro más conocido es *El anarquismo: de la doctrina a la acción* (1970).

Halifax, Edward Wood, primer conde de (1881–1959). Antiguo virrey de India, fue secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores británico de 1938 a 1940, así como uno de los máximos defensores de la estrategia de apaciguamiento. Fue embajador en Estados Unidos de 1941 a 1946.

Hamilton, Cicely (1872–1952). Actriz, novelista, periodista y feminista. Recogió las experiencias de su viaje por la Alemania de Weimar en su libro *Modern Germanies* (1931).

Hamsun, Knut (1859–1952). Escritor noruego. Ganó el Premio Nobel de Literatura en 1920. Admiraba a los nazis y odiaba a los ingleses en igual medida.

Hankey, Maurice, primer barón (1877–1963). Secretario de gabinete de Lloyd George durante la Primera Guerra Mundial, puesto que conservó hasta 1928.

Hartley, Marsden (1877–1943). Artista estadounidense influido por el expresionismo alemán.

Heingartner, Robert W. (1881–1945). Diplomático estadounidense que fue funcionario consular en Fráncfort de 1928 a 1937.

Henderson, *sir* Nevile (1882–1942). Defensor de la estrategia de apaciguamiento y embajador británico en Alemania a partir de 1937, después de *sir* Eric Phipps.

Hesse y del Rin, su alteza real Margarita de (1913–1997). Conoció a su marido, el príncipe Ludwig, en Haus Hirth, cerca de Garmisch-Partenkirchen. Se casaron en Londres en 1937, mientras él trabajaba en la Embajada alemana.

Heygate, *sir* John, cuarto baronet (1903–1976). Periodista y novelista que trabajó en los estudios UFA de Berlín a principios de la década de 1930. Asistió a los Congresos de Núremberg de 1935 con Henry Williamson.

Hill, Derek (1916–2000). Pintor y retratista inglés que vivía en Irlanda. Estudió escenificación teatral en Múnich en 1934.

Hirschfeld, doctor Magnus (1868–1935). Médico y sexólogo judío-alemán. Su Instituto de Investigación Sexual se abrió en Berlín el 6 de julio de 1919.

Howard, Brian (1905–1958). Descrito por Auden como la persona más desesperadamente infeliz que había conocido jamás, fue un miembro clave del grupo *Bright Young Things*. Odiaba Berlín, ciudad que visitó en 1927. Era amigo de los hijos de Thomas Mann, Erika y Klaus.

Isherwood, Christopher (1904–1986). El escritor que inmortalizó la Alemania de Weimar en sus *Historias de Berlín* (1945), que consisten en dos novelas cortas, *Adiós a Berlín* y *El señor Norris cambia de tren.*

Jamieson, Robert (fechas desconocidas). En 1939 enviaba informes regulares a lord Londonderry desde Alemania, donde impartía clases de inglés.

Ji Xianlin (1911–2009). Uno de los eruditos chinos más distinguidos de su generación. Se doctoró en Estudios Sánscritos en la Universidad de Heidelberg en 1941. Su intención inicial era pasar solamente un par de años estudiando en Alemania, pero quedó atrapado allí a causa de la guerra y no regresó a China hasta 1946.

Jones, Gareth (1905–1935). Periodista galés que acompañó a Hitler y a Goebbels a un congreso electoral en 1933. Fue asesinado en China.

Jones, Rhys (fechas desconocidas). Profesor galés que, de joven, mantuvo un diario vívido de sus vacaciones en 1937 por Renania.

Jones, Rufus (1863–1948). Cuáquero estadounidense, escritor, filósofo y profesor universitario. Fue el líder de una delegación que viajó a Alemania tras la Noche de los Cristales Rotos.

Jungmittag, Biddy (de soltera, Macnaghten; 1904–1987). Hija de un juez de Irlanda del Norte, se rebeló contra su formación de clase alta uniéndose al Partido Comunista y casándose con un fotógrafo alemán de clase obrera. Publicó su obra bajo el nombre de Biddy Youngday.

Kiaer, Alice (1893–1967). Capitana del equipo femenino de esquí (las «Medias Rojas», *Red Stockings)* en las Olimpiadas de invierno.

King, Michael (1899–1984). Padre de Martin Luther King. Cambió su nombre y el de su hijo a «Martin Luther» a su regreso de Alemania en 1934.

Kirkpatrick, *sir* Ivone (1897–1964). Primer secretario de la Embajada británica, de 1933 a 1938. Acompañó a lord Halifax a la reunión de

este con Hitler en noviembre de 1937. Después de la guerra, lo nombraron alto comisionado británico para Alemania.

Larkin, Sydney (1884–1948). Padre del poeta Philip Larkin, fue nombrado tesorero de la ciudad de Coventry en 1922. Él y su familia viajaron regularmente a Alemania durante sus vacaciones de verano durante toda la década de 1930.

Legge, Walter (1906–1979). Fundador de la Orquesta Filarmónica, asistió al Festival de Bayreuth en 1933 como crítico musical para el *Manchester Guardian.* Estaba casado con la soprano Elisabeth Schwarzkopf.

Leitner, Maria (1892–1942). Escritora y periodista judía húngara. Entró ilegalmente en la Alemania nazi a fin de recopilar información para los periódicos de izquierdas. Murió en Marsella cuando trataba de obtener un visado para ir a Estados Unidos.

Lindbergh, Anne Spencer (1906–2001). Aviadora, al igual que su marido, Charles Lindbergh. Escribió numerosos libros sobre diversos temas.

Lindbergh, Charles (1902–1974). Fue el primer piloto en hacer un vuelo transatlántico sin paradas en 1927. La tremenda publicidad que generó el secuestro y posterior asesinato de su hijo pequeño en 1932 obligó a la familia a refugiarse en Europa. Él y su esposa, Anne, residían en Berlín con Truman Smith (el agregado militar de la Embajada estadounidense) durante la década de 1930.

Lindsay, *sir* Ronald (1877–1945). Después de lord D'Abernon, fue el siguiente embajador británico en Alemania, de 1926 a 1928.

Lloyd George, David, primer conde Lloyd-George de Dwyfor (1863–1945). Político liberal y estadista. Fue primer ministro del Gobierno de coalición durante la guerra, de 1916 a 1922, y desempeñó un papel importante en la Conferencia de Paz de París en 1919.

Lodewyckx, Dymphna (1916–2000). Lingüista y educadora australiana. Fue testigo de la quema de libros en 1933 cuando era una colegiala en Múnich. Más tarde, volvió a Alemania para estudiar un doctorado en la Universidad de Bonn. Estuvo casada con el historiador Manning Clark.

Londonderry, Charles Stewart Henry Vane-Tempest-Stewart, séptimo marqués de (1878–1949). Destacado defensor del apaciguamiento, viajaba con frecuencia a Alemania en la década de 1930, donde los principales líderes nazis lo recibían con deferencia. La hija adolescente de los Londonderry, Mairi, los acompañó a los Juegos Olímpicos de invierno.

Lubin, Frank J. (1910–1999). Jugó en el equipo de baloncesto estadounidense en las Olimpiadas de Berlín en 1936.

Lunn, *sir* Arnold (1888–1974). Esquiador, montañista e inventor de la carrera de eslalon. Fue juez en las Olimpiadas de Invierno, mientras que su hijo Peter capitaneaba el equipo británico. Ambos se negaron a desfilar en la ceremonia inaugural.

McDonald, James Grover (1886–1964). Diplomático estadounidense que fue alto comisionado en la Liga de las Naciones para los refugiados procedentes de Alemania, de 1933 a 1935. Después de la guerra, lo nombraron embajador en Israel, de 1949 a 1951.

Mann, Tom (1856–1941). Comunista británico y sindicalista que visitó Berlín en 1924.

Markham, Violet (1872–1959). Escritora, reformista, administradora y nieta del arquitecto y diseñador de jardines *sir* Joseph Paxton. Acompañó a su marido (un coronel) en su destino a Colonia en 1919.

Marten, doctor Karl (fechas desconocidas). Un médico charlatán que «trató» a muchos hombres ingleses de clase alta para «curarlos» de su homosexualidad.

Martin du Gard, Roger (1881–1958). Escritor francés que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1937.

Melchior, Lauritz (1890–1973). Tenor danés famoso por sus papeles wagnerianos. A principios de su carrera, recibió el respaldo financiero del novelista inglés *sir* Hugh Walpole.

Miller, doctor Edmund (fechas desconocidas). Director del programa de intercambio en el extranjero Año Júnior, que ofrecía a los estudiantes

estadounidenses la oportunidad de estudiar en Europa. Miller residía en Múnich y dimitió poco después de la Noche de los Cristales Rotos.

Mitford, Diana (1910–2003). La cuarta hija de lord y *lady* Redesdale. Su primer marido fue Bryan Guinness. En 1936 se casó con *sir* Oswald Mosley en la residencia de Berlín de Joseph y Magda Goebbels. Su estrecha relación con los nazis provocó que la internaran durante la guerra.

Mitford, Thomas (1909–1945). El único hijo varón de lord y *lady* Redesdale. Murió luchando contra los japoneses en Birmania.

Mitford, Unity (1914–1948). La quinta hija de lord y *lady* Redesdale, cuyo encaprichamiento con Hitler provocó un conocido escándalo.

Morris, Sylvia (de soltera, Heywood; 1920–). Música profesional que más tarde se dedicó al teatro. Estudiaba en Dresde hasta una semana antes del estallido de la guerra.

Mowrer, Lilian (1889–1990). Escritora y crítica de teatro casada con Edgar Mowrer, el corresponsal en Berlín del *Chicago Daily News*, a quien los nazis obligaron a abandonar Alemania en 1933.

Nicolson, *sir* Harold (1886–1968). Diplomático, autor, diarista, político y marido de Vita Sackville-West. Devoto francófilo, lo destinaron a Berlín en 1928, pero dimitió del Servicio Diplomático al año siguiente.

Patiala, *sir* Bhupinder Singh, maharajá de (1891–1938). Fue teniente coronel honorario en la Primera Guerra Mundial, un notable jugador de críquet y el primer hombre en poseer un avión en toda India. De 1926 a 1931, sirvió como canciller en la Cámara de Príncipes.

Paul, Brenda Dean (1907–1959). Una de las muchas jóvenes aspirantes a actriz atraídas a Berlín por la esperanza de encontrar trabajo en los estudios UFA.

Pegler, Westbrook (1894–1969). Periodista estadounidense que informó acerca de los Juegos Olímpicos de Invierno de 1936. Su columna *«Fair Enough»* se leía en numerosos periódicos.

Pemberton, Barbara (de casada, Lodge; 1921–2013). Durante la guerra sirvió en el servicio «Y» de las WRAF, donde su dominio bilingüe del inglés y el alemán fue de gran provecho.

Phipps, *sir* Eric (1875–1945). Fue embajador británico en Berlín después de *sir* Horace Rumbold, puesto que ocupó desde 1933 hasta 1937, cuando lo destinaron como embajador a Francia.

Pitt-Rivers, capitán George Henry Lane-Fox (1890–1966). Antropólogo, eugenista y antisemita. Sus extremas posiciones pronazis lo llevaron a un campo de internamiento durante la guerra.

Plotkin, Abraham (1893–1998). Nacido en Ucrania, Plotkin emigró con su familia judía a Estados Unidos cuando era niño. Fue un destacado activista en el Sindicato de Trabajadoras de la Industria Textil.

Pollard, Emily (1896–1972). Sobrina del gobernador de Virginia, John Garland Pollard. Escribió un diario donde narra sus vacaciones en Alemania en 1930.

Porritt, Arthur, primer barón (1900–1994). Médico, estadista y atleta neozelandés. Miembro del Comité Olímpico Internacional que estuvo en las Olimpiadas de Berlín.

Poulton, doctora Jill (de soltera, Hunt; 1923–2017). De adolescente, a finales de la década de los treinta, viajó con su familia varias veces a Alemania de vacaciones, donde conducían por todo el país. Tras estudiar medicina durante la guerra, fue médica en Cambridge.

Prusia, princesa Margarita de (1872–1954). Casada con el príncipe Federico Carlos de Hesse, era nieta de la reina Victoria y la hermana pequeña del káiser Guillermo II. Vivió en el castillo de Friedrichshof en Kronberg, cerca de Fráncfort. Dos de sus hijos murieron en la Primera Guerra Mundial y otro hijo (el príncipe Cristóbal de Hesse) murió en la Segunda Guerra Mundial. Su nuera, la princesa Sofía de Hesse, era la hermana más pequeña de su alteza real el príncipe Felipe, duque de Edimburgo.

Remy, Arthur F. J. *(c.* 1871–1954). Profesor de la cátedra Villard de Filología Alemana en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Es-

tuvo presente en las celebraciones del aniversario de la Universidad de Heidelberg en junio de 1936.

Rieppel, Franz Wolfgang (1917–2000). Economista suizo que escribió sobre sus experiencias en la Alemania en guerra bajo el pseudónimo de René Schindler.

Rothermere, Harold, primer vizconde (1868–1940). Dueño del *Daily Mail* y del *Daily Mirror.* Fue, en un principio, un entusiasta defensor de Hitler, con quien se reunió en varias ocasiones.

Rumbold, *sir* Anthony, décimo baronet (1911–1983). En 1935 siguió los pasos de su padre, *sir* Horace, y entró en el Servicio Diplomático. Terminó su carrera como embajador en Austria.

Rumbold, Constantia (1906–2001). Hija de *sir* Horace y *lady* Rumbold, cuya descripción de la vida en Berlín es tan vívida como la de su madre.

Rumbold, *lady* Etheldred (1879–1964). Esposa de *sir* Horace. Escribió cartas deliciosamente naturales y sencillas a su madre a lo largo de su estancia en Berlín.

Rumbold, *sir* Horace, noveno baronet (1869–1941). Fue el embajador de Alemania en 1928, después de *sir* Ronald Lindsay, puesto que ocupó hasta 1933. Fue muy crítico con los nazis.

Runkle, Barbara (de casada, Hawthorne; 1912–1992). Estudió piano y canto, primero en la escuela Juilliard de Nueva York y luego en Múnich. Era una escritora y lingüista con mucho talento. Se casó con un inglés en 1951 y se instalaron en Cambridge.

Sackville-West, Edward, quinto barón Sackville (1901–1965). Crítico musical, novelista y primo de Vita Sackville-West. Fue por primera vez a Alemania en 1924 para someterse a la «cura» de la homosexualidad del doctor Marten. Regresó en 1927 para estudiar música y alemán en Dresde.

Sackville-West, Vita (1892–1962). Escritora, diseñadora de jardines y esposa de *sir* Harold Nicolson. No le gustaban ni Alemania ni los alemanes.

Schiefer, Clara Louise (fechas desconocidas). Visitó Alemania con un grupo escolar estadounidense en verano de 1933.

Sefton Delmer, Denis (1904–1979). Corresponsal del *Daily Express* en Berlín a principios de la década de 1930. Fue testigo del incendio del Reichstag.

Shirer, William (1904–1993). Periodista estadounidense y corresponsal de guerra, famoso por sus emisiones desde la Alemania nazi.

Sinclair-Loutit, Kenneth (1913–2003). En 1934, recorrió Alemania en bicicleta con un compañero de estudios. Después de dejar Cambridge, estudió Medicina y luchó en la guerra civil española. Entre 1961 y su jubilación en 1973, trabajó para la Organización Mundial de la Salud.

Smith, reverendo H. K. Percival (1898–1965). Ferviente simpatizante de la Alemania nazi, ofreció un resumen radiante de su visita allí en la primavera de 1939. Fue archidiácono de Lynn de 1956 a 1961.

Smith, Howard K. (1914–2002). Periodista estadounidense, comentarista político y locutor. Tomó el último tren que salió de Berlín hacia Suiza antes de que Estados Unidos entrara en guerra.

Smith, Katherine Alling Hollister (1898–1992). Conocida como Kay, fue la esposa de Truman Smith. Mujer de fuertes ideas conservadoras, escribió *Mi vida,* unas memorias no publicadas de su época en Alemania.

Smith, coronel Truman (1893–1970). Después de luchar en la Primera Guerra Mundial, lo destinaron a Coblenza con las Fuerzas Expedicionarias estadounidenses. Lo nombraron asistente del agregado militar en la Embajada estadounidense en Berlín de 1920 a 1924, y luego agregado militar de 1935 a 1939. Fue el primer funcionario de la Embajada estadounidense que entrevistó a Hitler (en 1922), y más tarde se hizo amigo de Charles Lindbergh.

Spender, Stephen (1909–1995). Poeta inglés cuya estancia en Alemania durante la República de Weimar influyó profundamente en su obra, al igual que Auden e Isherwood.

Stewart Roddie, teniente coronel William (1878–1961). Sirvió en Berlín en la Comisión de Control Interaliada, de 1920 a 1927. Conoció personalmente a muchas figura políticas y militares clave de la época, así como a miembros de la antigua familia real alemana.

Stuart, Francis (1902–2000). Escritor irlandés. Los años que pasó en la Alemania nazi provocaron mucha polémica, pero no le impidieron recibir los galardones literarios más importantes de Irlanda.

Tétaz, Numa (1926–2005). Empresario suizo residente en Múnich desde 1923 hasta 1943. Escribió con el pseudónimo René Juvet y describió sus experiencias en su libro *Ich war dabei* (1944).

Tonge, Joan (1916–2004). Una de las numerosas muchachas inglesas de clase alta a las que enviaron a Múnich para continuar sus estudios durante la década de 1930.

Toscanini, Arturo (1867–1957). El gran maestro italiano dirigió dos veces en Bayreuth, en 1930 y en 1931. Sin embargo, como protesta por la manera en que los nazis trataban a los músicos judíos, se negó a volver en 1933 a pesar de las súplicas de Winifred Wagner.

Toynbee, Antony (1913–1939). Hijo del historiador Arnold Toynbee. Estudió en 1934 en la Universidad de Bonn.

Tresidder, Mary Curry (1893–1970). Asistió a las Olimpiadas de Invierno junto a su marido, Donald Tresidder, que fue rector de la Universidad de Stanford de 1943 a 1948.

Turville-Petre, Francis (1901–1941). Arqueólogo británico amigo de Auden e Isherwood en Berlín.

Tweedy, Owen (1888–1960). Soldado británico, funcionario y periodista *freelance.* Mantuvo un registro detallado de su visita a Alemania en 1933, en las semanas inmediatamente posteriores al ascenso de Hitler al poder.

Vane-Tempest-Stewart, *lady* Mairi (de casada, Bury; 1921–2009). La hija más joven del séptimo marqués de Londonderry y de su esposa,

Edith. Visitó Alemania con sus padres en 1936 y asistió a las Olimpiadas de Invierno.

Vansittart, Robert, primer barón (1881–1957). Subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores británico desde 1930 hasta 1938. Asistió a las Olimpiadas de Berlín. Vansittart y *sir* Eric Phipps eran cuñados.

Wakefield, Joan (de casada, Raynsford; 1920–). Tras estudiar en Berlín durante la primavera de 1938, pasó el verano con una familia alemana en la Alta Silesia. Volvió a Alemania al verano siguiente y solo regresó a Inglaterra unos meses antes del estallido de la guerra.

Wall, Edward (1908–1988). Maestro, abogado y político. Viajó largamente por Europa Central y del Este a finales de la década de 1930 y se convirtió en un experto en las minorías poblacionales alemanas. Más tarde lo nombraron juez en el Tribunal de Restitución Supremo de Alemania.

Wallin, Erik (1921–1997). Soldado sueco que sirvió como oficial en las Waffen-SS en el frente oriental y luchó en la batalla de Berlín.

Waln, Nora (1895–1964). Novelista y periodista estadounidense. Vivió en Alemania de 1934 a 1938.

Walpole, *sir* Hugh (1884–1941). Homenajeado novelista británico. Acompañó al tenor danés Lauritz Melchior al Festival de Bayreuth en 1925, donde conoció a Hitler y se hizo amigo de Winifred Wagner.

Ward Price, George (1886–1961). Durante su etapa como corresponsal del *Daily Mail* en Berlín, formó estrechos lazos con los nazis y se ganó la confianza de Hitler.

Wasserman, Bradford (1918–1986). *Boy scout* de quince años judío de Richmond, Virginia. Llevó un diario durante su visita a Alemania en 1933.

Westminster, Loelia, duquesa de (de soltera, Ponsonby; 1902–1993). Se quedó con su amiga Constantia Rumbold en Berlín a principios de la década de 1930.

Wheeler-Bennett, *sir* John (1902–1975). Historiador británico que pasó gran parte de su vida en Alemania entre 1927 y 1934. Mantuvo estrechas relaciones con la mayoría de los políticos clave de ese período.

Wildman, Herbert (1912–1989). Jugador estadounidense de waterpolo que compitió en las Olimpiadas de 1932 y 1936.

Williams, Archie (1915–1993). Atleta afroamericano que ganó la medalla de oro en los cuatrocientos metros en las Olimpiadas de Berlín.

Williamson, Henry (1895–1977). Veterano de la Primera Guerra Mundial, granjero y autor de *Tarka la nutria* (1927). Acompañó a John Heygate a los Congresos de Núremberg de 1935.

Wilson, *sir* Arnold (1884–1940). Soldado, escritor y político. Lo eligieron diputado por Hitchin en 1933, viajó mucho por la Alemania nazi y estuvo de acuerdo con gran parte de lo que allí veía. Sin embargo, cuando estalló la guerra y aunque tenía cincuenta y cinco años y era diputado, se presentó voluntario para la RAF. Murió cuando abatieron su bombardero.

Windsor, duquesa de (1896–1986). Wallis Simpson, estadounidense de nacimiento y doblemente divorciada. Su marido, el rey Eduardo VIII, abdicó para casarse con ella.

Windsor, su alteza real el duque de (1894–1972). Se convirtió en el rey Eduardo VIII en enero de 1936, pero abdicó el 11 de diciembre para casarse con la señora Wallis Simpson. Como duque y duquesa de Windsor, la pareja hizo un polémico viaje a Alemania al año siguiente.

Wolfe, Thomas (1900–1938). Novelista estadounidense y germanófilo. Viajó mucho por Alemania, donde sus libros se tenían en muy alta consideración.

Woodruff, John (1915–2007). Atleta afroamericano que causó sensación en las Olimpiadas de Berlín cuando remontó durante su carrera de ochocientos metros y ganó la medalla de oro.

Woolf, Leonard (1880–1969). Escritor, teórico político y marido de Virginia Woolf, con quien fundó Hogarth Press en 1917.

Woolf, Virginia (1882–1941). Escritora y miembro destacado del Grupo de Bloomsbury. Una enfermedad mental la llevó a quitarse la vida ahogándose en un río.

Wrench, *sir* Evelyn (1882–1966). Defensor apasionado del Imperio británico, fundador de la Liga Real de Ultramar y de la Unión de Hablantes de Inglés. Fue editor de *The Spectator* desde 1925 hasta 1932.

Wright, doctor Milton S. J. (1903–1972). Académico afroamericano que obtuvo un doctorado en Economía por la Universidad de Heidelberg en 1932. Mientras estuvo allí tuvo un encuentro con Hitler que duró varias horas. En 1959, se convirtió en decano del Wilberforce College en Ohio.

Wyndham Lewis, Percy (1882–1957). Pintor, novelista y fundador del movimiento vorticista. Tras visitar Alemania en 1930, publicó *Hitler,* el primer estudio en profundidad acerca del Führer.

Zamperini, Louis Silvie (1917–2014). Atleta estadounidense. Corrió la carrera de los quinientos metros en las Olimpiadas de Berlín.

Notas

Introducción

1. Martha Dodd, *Through Embassy Eyes* (Londres: Gollancz, 1939), pág. 25.
2. Columna de Pegler, «Fair Enough», 2 de abril de 1936.
3. Citado en Dirk Voss, «Travel into the Heart of Evil: American Tourists in Nazi Germany 1933–1939»; «Ernst Schmitz Gives Talk on German Travel Facilities», *Daily Boston Globe*, 29 de marzo de 1938. Para estadísticas más detalladas sobre los viajes británicos y norteamericanos en Alemania, ver Rudy Koshar, *German Travel Cultures* (Oxford y Nueva York: Berg, 2000), pág. 129.
4. Louis MacNeice, de *Autumn Journal, IV* (Londres: Faber & Faber,1939).
5. Nancy Mitford, *Pigeon Pie* (Londres: Hamish Hamilton, 1940), pág. 43.

Capítulo 1: Heridas abiertas

1. W. Stewart Roddie, *Peace Patrol* (Londres: Christophers, 1932), pág. 97.
2. Hedda Adlon, *Hotel Adlon: The Life and Death of a Great Hotel* (Londres: Barrie Books, 1958), pág. 74–75.
3. Harry A. Franck, *Vagabonding Through Changing Germany* (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1920), pág. 172.
4. *Ibid.*, pág. 37.
5. *Ibid.*, pág. 25–26.
6. *Ibid.*, pág. 28–29.
7. Violet R. Markham, *A Woman's Watch on the Rhine* (Londres: Hodder & Stoughton, 1920), pág. 181.
8. Franck, pág. 74.
9. 20 de diciembre de 1918, documentos de Truman Smith (TSP), Biblioteca Presidencial Herbert Hoover.
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*, 23 de diciembre.
12. «The American Watch on the Rhine by an American», Biblioteca de la Sociedad de Amigos, Londres, *Friends' Emergency War Victims Relief Committee* (FEWVRC) 1914–1924, 10/3/7.

13. Truman Smith a su esposa Kay, 20 de diciembre de 1918, TSP.
14. Markham, pág. 15–16.
15. *Ibid.*, pág. 56–57.
16. *Ibid.*, pág. 71.
17. Alice Holtby y J. McWilliam (eds.), *Winifred Holtby: Letters to a Friend* (Londres: Collins, 1937), pág. 280.
18. Truman Smith a su esposa Kay.
19. Truman Smith a su suegra, 16 de marzo de 1919.
20. Truman Smith a su esposa Kay, 14 de febrero de 1919.
21. *Ibid.*, 23 de diciembre de 1918.
22. Franck, pág. 114.
23. Stewart Roddie a lord Stamfordhaven, 30 de enero de 1920, archivos parlamentarios, documentos de Lloyd George, F/29/4/6.
24. Stewart Roddie, págs. 22–23.
25. *Ibid.*, pág. 1.
26. Franck, págs. 115, 130, 132–133.
27. *Ibid.*, pág. 102.
28. Stewart Roddie, pág. 20.
29. *Ibid.*, págs. 138, 139.
30. Franck, pág. 19.
31. *The Friend*, 2 de mayo de 1919.
32. Joan Mary Fry, *In Downcast Germany* (Londres: James Clarke, 1944), pág. 13.

Capítulo 2: Aumentar el dolor

1. *The Friend*, 8 de agosto de 1919.
2. 2 de agosto de 1919, Biblioteca de la Sociedad de Amigos, misión de ayuda a Alemania, Joan M. Fry, FEWVRC/Missions/10/1/6/7.
3. *Ibid.*, 2 de agosto de 1919.
4. Franck, págs. 190, 195.
5. Truman Smith a su esposa Kay, 11 de mayo de 1919, TSP.
6. Stewart Roddie, pág. 96.
7. Essen, 28 de julio de 1919, Biblioteca de la Sociedad de Amigos, FEWVRC/Missions/10/1/6/7.
8. Markham, pág. 128.
9. Franck, pág. 268.
10. *Ibid.*, págs. 272–273.
11. Bonham Carter, diario, 1–2 de marzo de 1923, vol. 15, Universidad de Oxford, Biblioteca Bodleiana (Bod.), Colecciones Especiales, MSS. Citado en Mark Pottle (ed.), *Champion Redoubtable: The*

Diaries and Letters of Violet Bonham Carter 1914–1945 (London: Weidenfeld & Nicolson, 1998), pág. 141.
12. *Ibid.* (no citado en Pottle).
13. *Ibid.*, 5 de marzo de 1923.
14. Vizcondesa D'Abernon, *Red Cross and Berlin Embassy*, 1915–1926 (Londres: John Murray, 1946), pág. 69.
15. *Ibid.*, pág. 83.
16. *Ibid.*, págs. 68–69.
17. *Ibid.*, pág. 71.
18. *Ibid.*, pág. 78.
19. Bonham Carter, diario, 3 de marzo de 1923.
20. *Ibid.*
21. D'Abernon, pág. 112.
22. *Ibid.*, pág. 73.
23. Tom Mann a su esposa, 2 de abril de 1924, Archivos de la Universidad de Warwick, documentos de Tom Mann, MSS 334/3/6/14.
24. Bonham Carter, diario, 3 de marzo de 1923.
25. *Ibid.*, 5 de marzo.
26. *Ibid.*, 10 de marzo.
27. Stewart Roddie, pág. 50.
28. 3 de junio de 1921, documentos de Joan M. Fry, TEMP MSS 66/6.
29. Princesa Margarita de Prusia a *lady* Corkran, 21 de octubre de 1924, Bod., MSS Eng. Lett. d. 364.
30. *Ibid.*
31. 25 de julio de 1922, documentos Fry, TEMP MSS 66/8.
32. Dorothy Detzer, 3 de septiembre de 1923, Biblioteca de la Sociedad de Amigos, FEWVRC 1914–24, 10/3/7.
33. Jacques Benoist-Méchin, *À l'épreuve du temps* [La prueba del tiempo] (París: Julliard, 1989), pág. 167.
34. *Ibid.*, pág. 164.
35. Para pruebas contemporáneas que rechazan esas alegaciones, ver Sally Marks, «Black Watch on the Rhine: A Study in Propaganda, Prejudice and Prurience», *European Studies Review*, vol. 13, n.º 3 (1983), págs. 297–333.
36. Truman Smith, *Berlin Alert* (Stanford: Hoover Institution Press, 1984), pág. 57.
37. *Ibid.*, pág. 46.
38. Benoist-Méchin, págs. 172–173.
39. D'Abernon, pág. 117.

Capítulo 3: Sol y sexo

1. Horace Finlayson, diario, Universidad de Cambridge, Churchill College,Centro de Archivos Churchill (CAC) GBR/0014/FLYN.
2. René Juvet, *Ich war dabei...* [Estuve allí...] (Zúrich: Europa Verlag, 1944), pág. 5; René Juvet era el seudónimo de Numa Tétaz.
3. Dorothy Bogen, diario, 26 de septiembre de 1922, Farrington Historical Society, San José, CA.
4. *The Friend*, 22 de febrero de 1924.
5. John Wheeler Bennett, *Knaves, Fools and Heroes* (Londres: Macmillan, 1974), pág. 21.
6. D'Abernon, 19 de octubre de 1923, pág. 113.
7. Citado en Jonathan Wright, Gustav Stresemann: *Weimar's Greatest Statesman* (Oxford: Oxford University Press, 2002), pág. 505.
8. Wright, pág. 271.
9. Charles Kessler (ed./trad.), *Berlin in Lights: The Diaries of Count Harry Kessler* (Nueva York: Grove Press, 1999), 13 de abril de 1926, pág. 290.
10. *Sir* Ronald Lindsay a *sir* Esmé Howard, 17 de agosto de 1926, Centro de Archivos de Cumbria (CAC), Carlisle, documentos Howard, DHW/4/2/17.
11. Christopher Isherwood, *Christopher and His Kind* (Londres: Methuen, 1985), pág. 10.
12. Edward Sackville-West, 8 de noviembre de 1927, British Library (BL) Add. MS 68906.
13. Sackville-West, diario, 19 de marzo de 1924, BL, Add. MS 71871C. 14 *Ibid.*, 6, 9, 10, 14 de marzo de 1924.
15. B. H. Fry, *Friends, Philosophers and Fishermen* (Oxford: Basil Blackwell, 1932), pág. 15.
16. Peter Parker, *Isherwood* (Londres: Picador, 2005), págs. 153–154.
17. *Christopher and His Kind*, pág. 10.
18. *Ibid.*, pág. 17.
19. Parker, pág. 168.
20. *Christopher and His Kind*, págs. 19–20.
21. *Ibid.*, pág. 28.
22. Spender a Isaiah Berlin, s. f. 1931, cartas sin catalogar, Bod.
23. *Christopher and His Kind*, pág. 30.
24. Michael De-la-Noy, *The Life of Edward Sackville-West* (Londres: Bodley Head, 1988), pág. 117.
25. David Sylvester, *The Brutality of Fact: Interviews with Francis Bacon* (Londres: Thames & Hudson, 1987), pág. 186.

26. «Europa Revisited 1: The Rhineland», *The Spectator,* 20 de septiembre de 1929.
27. Lilian T. Mowrer, *Journalist's Wife* (Londres: Heinemann, 1938), pág. 194.
28. Emily Pollard, diario, 29 de julio 1930, Universidad de Carolina del Norte, Biblioteca de Colecciones Especiales Louis Round Wilson, vol. 7, *dossier* 19.
29. 10 de octubre 1930, Spender a Isaiah Berlin.
30. Octubre de 1927, cartas a James Stern de Brian Howard 1927–1955, BL, Add. MS 80860.
31. Junio de 1931, Paul Bowles a Daniel Burns y Edouard Roditi, Jeffrey Miller (ed.), *The Letters of Paul Bowles* (Londres: HarperCollins, 1994), pág. 68, 72.
32. 26 de mayo de 1928, CAC, RDCH 1/2/41.
33. De-la-Noy, págs. 112–113.
34. *Lady* Rumbold a su madre, *lady* Fane, 17 de diciembre de 1929. A menos que se indique lo contrario, todos los documentos Rumbold citados pertenecen a una colección privada (p.c.).
35. Kessler, 22 de enero de 1929, pág. 361.
36. *Ibid.,* 10 de mayo de 1929, pág. 362.
37. Peter Edgerly Firchow, *Strange Meetings* (Washington, DC: Catholic University of America Press, 2008), pág. 134.
38. Piers Brendon, *The Dark Valley* (Londres: Pimlico, 2001), pág. 90.
39. Cicely Hamilton, *Modern Germanies* (Londres: Dent & Sons, 1931), pág. 13–14.
40. «Europa Revisited 1», *The Spectator*, 20 de septiembre de 1929.
41. Stephen Spender, *World within World: The Autobiography of Stephen Spender* (Londres: Readers Union, 1953), pág. 92.
42. Kessler, 4 de junio de 1930, pág. 390.
43. Hamilton, pág. 188.
44. Geoffrey Cox a su madre, 3 de agosto de 1932, p. c.
45. Mowrer, pág. 169.
46. Pollard, diario, 25 de julio de 1930.
47. Hamilton, pág. 140, 145.

Capítulo 4: «El caldo de cultivo»

1. Pollard, diario, 26, 28 de julio de 1930.
2. Hamilton, págs. 160–161.
3. John Henry Mears, *Racing the Moon* (Nueva York: Rae D. Henkle Co., 1928), pág. 99.

4. *Ibid.*
5. *Lady* Rumbold a su madre, 11 de septiembre de 1928.
6. Loelia, duquesa de Westminster, *Grace and Favour* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1962), pág. 135.
7. Martin Gilbert, *Sir Horace Rumbold* (Londres: Heinemann, 1973), pág. 325.
8. *Lady* Rumbold a su madre, 16 de octubre de 1928.
9. *Ibid.*
10. *Ibid.*, 11 de enero de 1929.
11. Victor Cazalet, diario, 1–12 de enero de 1929, Archivos de Eton College, MS 917/2/4.
12. *Lady* Rumbold a su madre, 16 de marzo de 1929.
13. *Lady* Rumbold a una amiga, 27 de marzo de 1929.
14. *Lady* Rumbold a su madre, 16 de marzo de 1929.
15. *Ibid.*
16. Victor Cazalet, diario, primera semana de septiembre de 1928.
17. *Berliner Zeitung*, 12 de abril de 1929.
18. *Observer*, 28 de abril de 1929.
19. Mowrer, pág. 181.
20. Kessler, pág. 353.
21. Mowrer, pág. 221.
22. *Lady* Rumbold a su madre, 13 de enero de 1929.
23. Brenda Dean Paul, *My First Life* (Londres: John Long, 1935), págs. 78, 80–81.
24. Loelia, duquesa de Westminster, pág. 115.
25. Constantia Rumbold, «Changing Night Haunts of Berlin», s. f., *c.* 1930.
26. Stephen Spender to Isaiah Berlin, 30 de enero de 1930.
27. Mowrer, pág. 210.
28. Rumbold a Harold Nicolson, 3 de noviembre de 1930, Bod., MS. Rumbold, dep. 38.
29. Kessler, 29 de noviembre de 1931, pág. 405.
30. Pollard, diario, 25 de julio de 1930.
31. *Christopher and His Kind*, pág. 43.
32. *The Spectator*, 26 de septiembre de 1930.
33. Rumbold al rey Jorge V, 31 de octubre de 1930, Bod., MS. Rumbold dep. 38.
34. Rumbold a su madre, 19 de octubre de 1930, *ibid.*
35. Citado en Gilbert, pág. 319.
36. Rumbold a Constantia, noviembre de 1928, Bod., MS Rumbold dep. 36.

37. *Lady* Rumbold a su madre, 27 de febrero de 1931.
38. John Maynard Keynes, 22 de junio e 1926, *Collected Writings of John Maynard Keynes* (Londres: Macmillan, 1981), vol. 10, pág. 383.
39. Hamilton, págs. 180–181.
40. W. H. Auden, carta a lord Byron parte V, citado en Edward Mendelson (ed.), *The English Auden* (Londres: Faber & Faber, 1977), pág. 198.
41. Wyndham Lewis, *Hitler* (London: Chatto & Windus, 1931), pág. 42.
42. *Ibid.*, pág. 10.
43. Mowrer, págs. 229–231.
44. Lewis, pág. 46.
45. Rumbold a Arthur Henderson, 31 de octubre de 1930, Bod., MS Rumbold dep. 38.

Capítulo 5: El nudo se estrecha

1. Rumbold a *sir* Robert Vansittart, 29 de mayo de 1931, Bod., MS. Rumbold dep. 38.
2. *Observer*, 10 de agosto de 1930.
3. Kessler, 30 de junio de 1930, pág. 394.
4. *Lady* Rumbold a su madre, 18 de junio de 1930.
5. Rumbold a Constantia, 7 de enero de 1931, Bod., MS. Rumbold dep. 38.
6. *Ibid.*, 10 de marzo de 1931.
7. *Time*, 23 de marzo de 1931.
8. Agencia Telegráfica Judía, 12 de marzo de 1931.
9. André François-Poncet, *The Fateful Years: Memoirs of a French Ambassador in Berlin 1931–1938* (Londres: Victor Gollancz, 1949), págs. 10–11.
10. *Lady* Rumbold a su madre, 28 de junio de 1932.
11. Rumbold a *lady* Rumbold, 30 de julio de 1931, Bod., MS. Rumbold dep. 38.
12. *Lady* Rumbold a su madre, 27 de septiembre de 1931.
13. Tom Mitford a Randolph Churchill, 19 de noviembre de 1931, CAC, RDCH 1/2/41.
14. *Lady* Rumbold a su madre, 16 de julio de 1931.
15. Spender, pág. 111.
16. Bob Boothby a W. S. Churchill, 22 de enero de 1932, CAC, CHAR 1/398A/48–50.

17. Cox a su madre, 3 de agosto de 1932
18. Geoffrey Cox, *Eyewitness* (Dunedin, Nueva Zelanda: Otago University Press, 1999), pág. 71.
19. Cox a su madre, 11 de agosto de 1932, p. c.
20. *Lady* Rumbold a su madre, agosto de 1932.
21. *Pittsburgh Courier,* 30 de mayo 1942. También material en Archivos y Colecciones Especiales, Centro de Aprendizaje y Recursos Rembert E. Stokes, Universidad de Wilberforce, Ohio.
22. *Lady* Rumbold a su madre, 11 de agosto de 1932.
23. Margaret Sanger a Havelock Ellis, 16 de julio de 1932, *The Selected Papers of Margaret Sanger: Birth Control Comes of Age, 1928–1939,* vol. 2, Esther Katz, Cathy Moran Hajo y Peter C. Engelman (eds.) (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 2006), págs. 196–197.
24. *Ibid.*
25. *Lady* Rumbold a su madre, s. f., agosto de 1932.
26. *Ibid.*
27. Thelma Cazalet, 6 de octubre de 1932, archivos del Eton College, MS 917/2/8.
28. Kessler, págs. 432–434.
29. *Lady* Rumbold a su madre, 15 de octubre de 1932.
30. Wheeler-Bennett, *Hindenburg* (Londres: Macmillan, 1967), pág. 40.

Capítulo 6: ¿Monstruo o maravilla?

1. Isherwood, *Christopher and His Kind,* págs. 92–93.
2. Constantia Rumbold, s. f.
3. *Ibid.*, y Mowrer, pág. 247.
4. Constantia Rumbold, s. f.
5. Owen Tweedy, diario, 16 de febrero de 1933, Universidad de Oxford, St Antony's College, Archivo del Centro de Oriente Medio, GB165-0289, caja 3/4. Todas las citas de Tweedy posteriores proceden de esta fuente y están fechadas entre el 16 de febrero y el 31 de marzo de 1933.
6. «Reflections on the German Revolution», *The Nineteenth Century and After,* mayo de 1933, pág. 518.
7. Catherine Collomp y Bruno Groppo (eds.), *An American in Hitler's Berlin: Abraham Plotkin's Diary 1932–33* (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 2009), 6 de febrero, pág. 148.
8. *Ibid.,* 11 de febrero, pág. 157.

9. Gareth Jones, *Hitler-Diary*, Biblioteca Nacional de Gales, documentos de Gareth Vaughan Jones, B1/9.
10. Denis Sefton Delmer, *Daily Express*, 2 de febrero de 1933 y *Trail Sinister* (Londres: Secker & Warburg, 1961), pág. 185–200.
11. *Lady* Rumbold a su madre, 1 de marzo de 1933.
12. Philip Gibbs, *European Journey* (Londres: William Heinemann, 1934), pág. 313.
13. Harold Picton, *From Republican to Nazi Germany* (Letchworth, 1938), pág. 175.
14. Lady Rumbold a su madre, 22 de marzo de 1933.
15. *Christopher and His Kind*, págs. 96, 98.
16. 2 de abril de 1933.
17. Christopher Isherwood, *The Berlin Novels* (Londres: Vintage Books, 1999), págs. 488–489.
18. Richard Breitman, Barbara McDonald Stewart y Severin Hochberg (eds.), *Advocate for the Doomed: Diaries and Papers of James G. McDonald* (Bloomington e Indiana: Indiana University Press, 2007), 4 de abril de 1933, pág. 40.
19. *Ibid.*, 7 de abril de 1933, pág. 48.
20. *Ibid.*, 9 de abril, pág. 50.
21. Karina Urbach, *Go-Betweens for Hitler* (Oxford: Oxford University Press, 2015), pág. 300.
22. T. Conwell-Evans, «Impressions of Germany», *The Nineteenth Century and After*, enero de 1934, pág. 72–82.
23. Robert Bernays, *Special Correspondent* (Londres: Victor Gollancz, 1934), pág. 124.
24. Evelyn Wrench, «What I saw in Germany», *The Spectator*, 13 de abril de 1933.
25. Biblioteca de la Universidad de Chicago, Colecciones Especiales, documentos de Martin Flavin, caja 1, *dossier* 9.
26. Citado en Mark McKenna, *An Eye for Eternity: The Life of Manning Clark* (Melbourne: Miegunyah Press of Melbourne University, 2011), pág. 133.
27. Conwell-Evans, «Impressions of Germany», págs. 74–75.
28. *Lady* Rumbold a Lucy Wingfield, 11 de mayo de 1933.
29. Frederick Birchall, *New York Times*, 11 de mayo de 1933. Citado en Heinz-Dietrich Fischer (ed.), *Germany through American Eyes: Pulitzer Prize Winning Reports* (Berlín: Lit Verlag Dr. W. Hopf, 2010), págs. 76–78.

Capítulo 7: Vacaciones de verano

1. Daniel Guérin, *The Brown Plague,* trad. Robert Schwartzenwald (Londres: Duke University Press, 1994), pág. 85. Prohibido en 1934, fue publicado en 1937, y luego publicado como *La peste brune* (París: Spartacus, 1965).
2. *Ibid.*, pág. 90.
3. Citado en Richard Griffiths, *Fellow Travellers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany* (Londres: Oxford University Press, 1983), pág. 157.
4. Carta de *sir* Eric Phipps a *sir* Maurice Hankey, 26 de octubre de 1933, CAC, documentos Hankey, HNKY 5/5.
5. Nora Waln, *The Approaching Storm: One Woman's Story of Germany 1934–1938* (Londres: Cresset Women's Voices, 1988), págs. 42–43. Publicado primero con el título *Reaching for the Stars* (Boston: Little, Brown & Co., 1939).
6. Hankey a Phipps, *ibid.*
7. *Ibid.*
8. Guérin, pág. 93.
9. *Ibid.*, pág. 148–149.
10. Hankey a Phipps, *ibid.*
11. Marsden Hartley a Adelaide Kuntz, 27 de mayo de 1933, «Letters from Germany», Archivos del *American Art Journal,* 1985, vol. 25, n.º 1/2.
12. Hartley a Kuntz, 12 de julio de 1933, *ibid.*
13. *Manchester Guardian,* 26 de mayo de 1933.
14. Citado en Kristen Semmens, *Seeing Hitler's Germany* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2005), págs. 144–145.
15. *Ibid.*
16. Bradford J. Wasserman, diario, 17 de julio–21 de agosto de 1933, Sociedad Histórica de Virginia.
17. Clara Louise Schiefer, diario, julio–agosto 1933, Colecciones Especiales del Centro de Investigación, Biblioteca Swem, College of William and Mary, Williamsburg, Virginia.
18. Louise Willson Worthington, diario, 1 de agosto de 1933, Biblioteca de la Universidad de Kentucky, Colecciones Especiales.
19. Entrevista con la difunta señora Mary Burns, Londres, 9 de febrero de 2015.
20. Constantia Rumbold, alrededor de mayo 1933.
21. *Ibid.*
22. Andrew Chandler (ed.), *Brethren in Adversity,* Registros de la Iglesia de Inglaterra, vol. 4 (Londres: Boydell Press, 1997), págs. 47–48.

23. «Memorandum by the Dean of Chichester on His Visit to Germany», *ibid.*, págs. 52–58.
24. Gibbs, pág. 323.
25. Duncan-Jones, borrador de carta al editor, *The Spectator*, 11 de julio de 1937, West Sussex PRO, papeles no catalogados Duncan-Jones en tres cajas.

Capítulo 8: Festivales y espectáculos

1. Houston Stewart Chamberlain, *Foundations of the Nineteenth Century* (Londres: John Lane, 1911), pág. 542, traducido por John Lees.
2. Citado en Jonathan Carr, *The Wagner Clan* (Londres: Faber & Faber, 2007), pág. 105.
3. Franck, pág. 326.
4. *Ibid.*
5. Hugh Walpole, diario, 23 de julio de 1925, Colección Hugh Walpole, Harry Ransom Center, Austin, TX.
6. *John O'London's Weekly,* 11 de octubre de 1940; citado en Rupert Hart-Davis, *Hugh Walpole: A Biography* (Londres: Macmillan, 1952), pág. 264.
7. Walpole, diario, 23 de julio 1925.
8. Hart-Davis, pág. 264.
9. Walpole a Macmillan, 14 de julio 1925, BL, Add. MS. 54958–61.
10. *Ibid.*, 1 de agosto.
11. *Time,* 4 de agosto de 1930.
12. Documentos en el Museo Richard Wagner, Bayreuth; citado en Harvey Sachs, *Reflections on Toscanini* (Londres: Robson Books, 1992), pág. 112.
13. Citado en Brigitte Hamann, *Winifred Wagner* (Londres: Granta Books, 2005), pág. 143.
14. *Ibid.*, pág. 159.
15. *Ibid.*, pág. 160.
16. Sachs, pág. 119.
17. *Ibid.*
18. *Manchester Guardian,* 5 de agosto de 1933.
19. Friedelind Wagner, The Royal Family of Bayreuth (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1948), págs. 99–100.
20. *Manchester Guardian, ibid.*
21. Waln, págs. 74–76.
22. *The Times,* 2 de octubre de 1933.

23. Konrad Warner, «Harvest Festival 1935»; ver Oliver Lubrich (ed.), *Travels in the Reich* (Chicago y Londres: University of Chicago Press, 2012), págs. 77–78.
24. *Sir* Eric Phipps a *sir* Orme Sargent, 3 de octubre de 1934, CAC, PHPP, 2/10.
25. Lubrich, pág. 78.
26. *The Times*, 2 de octubre de 1933.
27. *Ibid.*, 1 de agosto de 1934.
28. *Traveller's Gazette,* abril de 1930, Archivos de Thomas Cook & Hijo.
29. *Observer,* 20 de mayo de 1934.
30. Citado en Raymond Tifft Fuller, *The World's Stage: Oberammergau, 1934* (Londres: Cobden-Sanderson, 1934), pág. 17.
31. *Manchester Guardian,* 30 de mayo de 1934.
32. Tifft Fuller, págs. 11, 12.
33. Sydney Larkin, diarioW, 8 de agosto de 1934, Archivos de la Universidad de Hull, Hull History Centre, U DLN.
34. *Hitler's Table Talk*, 1941–44 (Nueva York: Enigma Books, 2000), 5 de julio 1942, pág. 578.
35. *New York Times,* 30 de septiembre de 1930.
36. *The Times,* 18 de mayo de 1934.
37. Lucy Fairbank, diario de viaje de 1934
38. *Ibid.*
39. «Hitler at Oberammergau», carta a *The Times,* 26 de marzo de 1940.
40. Reverendo John W. Bradbury, *Watchman-examiner,* 13 de septiembre de 1934. Citado en Walter Wink, *Naming the Powers* (Philadelphia: Fortress Press, 1984), vol. 1, pág. 116.
41. Wink, *ibid.*
42. 10 de agosto de 1934 (de un resumen de cartas a su esposa, Helga), Bod., documentos de Hugh C. Greene, dep. c. 888. Partes de las citas de HCG utilizadas también se citan en Jeremy Lewis, *Shades of Greene* (Londres: Jonathan Cape, 2010), pág. 153.
43. Phipps a *sir* John Simon, 8 de agosto de 1934; citado en Gaynor Johnson (ed.), *Our Man in Berlin: The Diary of Sir Eric Phipps 1933–37* (Londres: Palgrave Macmillan, 2008), pág. 69.
44. *New York Times*, 22 de agosto de 1934.
45. *Ibid.*
46. *Ibid.*, Frederick T. Birchall, 25 de junio de 1935.
47. *Manchester Guardian*, 27 de junio de 1938.

Capítulo 9: *Heil Hitler*

1. Andrew G. Bonnell (ed.), *An American Witness in Nazi Frankfurt: The Diaries of Robert W. Heingartner, 1928–37* (Berna y Nueva York: Peter Lang, 2011), pág. 235.
2. Michael Burn, *Turned Towards the Sun: An Autobiography* (Norwich: Michael Russell Publishing, 2003), pág. 72.
3. Robert Byron, «Nuremberg 1938», *The Spectator*, 22 de agosto de 1987.
4. *Manchester Guardian* , 9 de septiembre de 1936.
5. Geoffrey Cox, *Countdown to War: A Personal Memoir of Europe, 1938–1940* (Londres: William Kimber, 1988), pág. 21.
6. *Observer*, 3 de diciembre de 1933.
7. David Pryce-Jones, *Unity Mitford: A Quest* (Londres: Phoenix Giant, 1995), pág. 99.
8. *Ibid.*, pág. 132.
9. John Heygate, *Motor Tramp* (Londres: Jonathan Cape, 1935), pág. 177.
10. *Ibid.*, págs. 198–200.
11. John Heygate a Henry Williamson, 18 de marzo de 1934, de «John Heygate: some notes on his life in the 1930s as gathered from documents in the Henry Williamson archive (HWLEA), compiled by Anne Williamson».
12. Robert Byron a su madre, sin fecha, 1937, documentos Robert Byron, Yale University, Biblioteca Beinecke, GEN MSS 605, caja 4, *dossier* 32.
13. Geoffrey Cox a su hermano, 7 de septiembre de 1934
14. J. A. Cole, *Just Back from Germany* (Londres: Faber & Faber, 1938), pág. 124–125.
15. Jan Dalley, *Diana Mosley* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2000), pág. 186.
16. Anne de Courcy, *Diana Mosley* (Londres: Chatto & Windus, 2003), pág. 135.
17. Joan Tonge, memorias, p. c.
18. Kenneth Sinclair-Loutit, *Very Little Baggage* (www.spartacus-educational.com, 2009). El autor optó por no identificar a su compañero de viaje, llamándolo «Matthew».
19. Sinclair-Loutit, pág. 20.
20. Edward Wall, diario, 1935.
21. *Ibid.*

22. *Ibid.*
23. Sinclair-Loutit, pág. 22.
24. Citado en Jeremy Lewis, pág. 140.
25. Cazalet, diario, sin fechas, 1934, archivos del Eton College, MS 917/2/5.
26. Arnold Talbot Wilson, *Walks and Talks Abroad, The Diary of a Member of Parliament in 1934–36* (Londres: Oxford University Press, 1939), pág. 126.
27. *Ibid.*, pág. 83.
28. McDonald Stewart *et al.*, pág. 97.
29. Burn, págs. 76–77.
30. Bruce Arnold, Derek Hill (Londres: Quartet Books, 2010), págs. 29–30; Ariel Crittall, *My Life Smilingly Unravelled* (Braintree: Braintree District Museum Trust Ltd, 1988), págs. 35–36.
31. Tonge.
32. Crittall, pág. 36.
33. *Ibid.*, pág. 32.
34. Sarah Baring, *The Road to Station X* (Bracknell: Wilton 65, 2000), pág. 1.
35. Carta de *lady* Margaret Stirling-Aird a David Pryce-Jones, sin fecha.
36. Baring, pág. 2.
37. Dodo Lees, *Dodo* (Self Publishing Association Ltd, 1993), pág. 39.
38. Baring, pág. 4.
39. Documentos de Hugh C. Greene, Bod. 887.
40. De Courcy, págs. 144–145.
41. Shi Min, *Deguo youji,* Tao Kangde (ed.), *Ou feng mei yu,* 3.ª edición (Shanghái: Yuzhou feng she, 1940), págs. 162–184. Bod., HD Chung Chinese Studies, traducido por Frances Wood.
42. Cox a su hermano, 7 de agosto de 1934.
43. Cox, pág. 137.
44. *The Spectator,* 1 de noviembre de 1934.
45. Antony Toynbee, diario, 5 de noviembre de 1933
46. *Ibid.*, 14 de febrero de 1934.
47. *Ibid.*, 1 de noviembre de 1934.
48. Brigit Barlow, *A Family Affair* (Lewes: Book Guild Ltd, 1990), pág. 46.
49. *Ibid.*

Capítulo 10: Antiguos soldados

1. Kirkpatrick a R. F. Wigram, 17 de septiembre de 1935, NA, FO/371/18858.

2. Truman Smith, *An Estimate of the Inner Political Situation 1935–1936*, TSP, caja 2, *dossier* 1.
3. Informe de Yencken al Foreign Office, 6 de octubre de 1935, NA, FO/371/18858.
4. *Ibid.*
5. Katherine (Kay) Smith, *My Life*, 11, TSP, caja 3.
6. Informe Yencken, *ibid.*
7. *Ibid.*
8. Reproducido en Nina Boyd, *From Suffragette to Fascist: The Many Lives of Mary Sophia Allen* (Stroud: The History Press, 2013).
9. Mary Allen, *Lady in Blue* (Londres: Stanley Paul, 1936), pág. 148.
10. *Ibid.*, pág. 149.
11. *Ibid.*, pág. 150.
12. Conversación entre la autora y *lady* Normanby.
13. Phipps a Vansittart, 8 de enero de 1935, CAC, PHPP 2/17.
14. William L. Shirer, 28 de noviembre de 1934, *Berlin Diary* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1941), pág. 25.
15. Gaynor Johnson (ed.), *Our Man in Berlin*, pág. 56.
16. *Ibid.*, págs. 56–57.
17. *Ibid.*, pág. 57.
18. *Ibid.*, pág. 58.
19. Graham Seton Hutchison a Ezra Pound, 15 de junio de 1934, BL, ADD MS 74270.
20. Graham Seton Hutchison, *Challenge* (Londres: Hutchinson & Co., 1939), pág. 195–196.
21. Documentos Pitt-Rivers, CAC, PIRI caja 3, 17/3.
22. Karl Astel a Heinrich Himmler, 14 de junio de 1937, citado en Günter Grau (ed.), *The Hidden Holocaust: Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933–45*, (Londres: Cassell, 1995), pág. 119.
23. Astel a Pitt-Rivers, 31 de diciembre de 1935, CAC, PIRI 17/3.
24. Fotografía publicada en Brian Harding, *Keeping Faith: The Royal British Legion 1921–2001* (Barnsley: Pen and Sword Books, 2001), pág. 152.
25. Citado en Iain Kershaw, *Hitler, 1889–1936: Hubris* (Londres: Penguin, 1999), pág. 558.
26. Crónica del Regimiento de los Voluntarios del Príncipe de Gales (South Lancashire), vol. X, 4 de octubre de 1935, págs. 305–306.
27. *Ibid.*
28. *Ibid.*
29. Reverendo Eric Fenn, profesor, memorias no publicadas.

30. El libro de Buller, *Darkness over Germany* (publicado por primera vez en 1943), registra las múltiples entrevistas que mantuvo con una gran diversidad de alemanes durante la década de 1930.
31. S. C. Carpenter, *Duncan-Jones of Chichester* (Londres: A. R. Mowbray,1956), pág. 88.
32 .Memorias de Carpenter, archivos de la catedral de Exeter.
33. Fenn.
34. *Ibid.*
35. Almirante *sir* Barry Domvile, diario, 4 de agosto de 1935, Archivos del Museo Marítimo Nacïonal, Greenwich, Dom 52.
36. *Ibid.*, 5 de agosto.
37. *Ibid.*
38. Kirkpatrick a Wigram, 17 de septiembre de 1935, NA FO/371/18858. 39 Domvile, *Diary*, 7–14 de agosto de 1935, Dom 52.
40. Citado en K. Natwar-Singh, *The Magnificent Maharaja: The Life and Times of Bhupinder Singh of Patiala. 1891–1938* (Nueva Delhi: HarperCollins, 1998), págs. 273–274.

Capítulo 11: «Turistas» literarios

1. 1 de agosto de 1935, HWLEA. Un resumen de esta carta procede de Anne Williamson. Hacia 1935, Heygate había publicado *Decent Fellows* (1930), *White Angel* (1934) y *Talking Picture* (1935).
2. Henry Williamson, *Goodbye West Country* (Londres: Putnam, 1937), pág. 228.
3. Williamson, pág. 235.
4. Carta de Frank Buchman a Garth Lean, 29 de noviembre de 1936, Colección del Rearme Moral, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso, caja 54.
5. *Ibid.*
6. *Time,* 14 de octubre de 1935.
7. 19 de septiembre de 1935, NA, FO/371/188858.
8. Williamson, pág. 255.
9. Emitido el 11 de octubre de 1969.
10. *New Yorker,* «In From the Cold», Jeffrey Franks, 26 de diciembre de 2005.
11. 21 de junio de 1938, citado en Robert Ferguson, *Enigma* (Londres: Hutchinson, 1987), pág. 338.
12. Hamsun a W. Rasmussen, 11 de marzo de 1934, Harald Naess y James McFarlane, *Knut Hamsun Selected Letters, vol. 2, 1898–1952* (Norwich: Norvik Press, 1998), pág. 209.

13. Hamsun a su hija, 8 de febrero de 1934, Harald Naess, *Knut Hamsuns Brev* (Gyldendal: Norsk Forlag, 2000), vol. 6, 1934–50, carta 2368.
14. *Ibid.*, 29 de septiembre de 1934, carta 2399.
15. *Ibid.*, Hamsun a su hijo, octubre de 1934, carta 2406.
16. Richard S. Kennedy y Paschal Reeves (eds.), *The Notebooks of Thomas Wolfe, vol. II* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1970), pág. 748.
17. Katherine (Kay) Smith, pág. 2.
18. Martha Dodd, *My Years in Germany* (Londres: Victor Gollancz, 1939), pág. 81.
19. Kennedy y Reeves, pág. 745.
20. Thomas Wolfe, «I Have a Thing to Tell You», *New Republic*, 10 de marzo de 1937, págs. 132–136.
21. *Ibid.*
22. *New Republic*, 24 de marzo de 1937, págs. 202–207.
23. *Ibid.*
24. Denis de Rougemont, *Journal d'Allemagne* (París: Gallimard, 1938), pág. 19.
25. De Rougemont, pág. 17.
26. Amy Buller, *Darkness over Germany* (Londres: The Right Book Club, 1945; primera publicación en 1943), pág. 4.
27. Katherine Smith, pág. 24.
28. Entrevista, 2015.
29. Nancy Mitford a Deborah Mitford, 25 de septiembre de 1939, Charlotte Mosley (ed.), *The Mitfords: Letters between Six Sisters* (Londres: Fourth Estate, 2008), pág. 152.
30. De Rougemont, págs. 24–25.
31. Leonard Woolf, *Downhill All the Way: An Autobiography of the Years 1919–1939* (Londres: Hogarth Press, 1967), pág. 185.
32. *Ibid.*, pág. 191.
33. Anne Olivier Bell (ed.), *The Diary of Virginia Woolf, vol. IV, 1931–1935* (Harmondsworth: Penguin, 1983), 12 de mayo de 1935, pág. 311–312.
34. *Ibid.*
35. Leonard Woolf, pág. 193.
36. De Rougemont, págs. 26–27.
37. Maria Leitner, *Elisabeth, ein Hitlermädchen: Erzählende Prosa, Reportagen und Berichte, «Dorfschule im Dritten Reich»* [Elisabeth, A Hitler Girl: Narrative Prose and Reports, «Village Schools in

the Third Reich»] (Berlín y Weimar: Aufbau-Verlag, 1985), pág. 226.
38. *Ibid.*, «Die Stummen von Höchst», pág. 212.
39. *Ibid.*, «Besuch bei Heinrich Heine», pág. 224; ver Lubrich: «A Visit to Heinrich Heine», pág. 165. Publicado originalmente en *The Word* (Moscú), 3 de enero de 1938.
40. Beckett a Thomas MacGreevy (TM), 18 de enero de 1937. Citado en James Knowlson, *Damned to Fame: The Life of Samuel Beckett* (Londres: Bloomsbury, 1996), pág. 238.
41. Samuel Beckett, diarios de Alemania (DA), Archivo Beckett, Universidad de Reading, libreta de notas 2, 6 de diciembre de 1936. Citado en Mark Nixon, *Samuel Beckett's German Diaries 1936–1937* (Londres: Continuum, 2011), pág. 28.
42. DA, libreta de notas 6, 9 de marzo de 1937.
43. DA, libreta de notas 4, 13 de enero de 1937; citado en Knowlson, pág. 244.
44. Knowlson, pág. 244.
45. Citado en Nixon, pág. 90.
46. DA, libreta de notas 2, 24 de noviembre de 1936.
47. DA, libreta de notas 4, 2 de febrero de 1937; citado en Knowlson, pág. 251.
48. DA, libreta de notas 1, 29 de septiembre de 1936; citado en Knowlson, pág. 231.
49. DA, libreta de notas 4, Leipzig, 22 de enero de 1937.
50. DA, libreta de notas 3, Berlín, 31 de diciembre de 1936; citado en Nixon, pág. 33 y Knowlson, pág. 233.
51. Beckett a TM, 7 de marzo de 1937; citado en Knowlson, pág. 256.
52. DA, libreta de notas 1, 6 de octubre de 1936; citado en Nixon, pág. 7.
53. Ver carta de Beckett a TM, 18 de enero de 1937, *«I shan't be in Germany again after this trip»;* citado en Nixon, pág. 7.
54. Ver Lubrich, págs. 33–35.
55. Resumen de carta fechada en agosto de 1934, documentos de Hugh C. Greene, Bod. 888, 18.63.
56. Jean Genet, «A Race of Thieves», *The Thief's Journal* (Nueva York: Grove Press, 1964), trad. Bernard Frechtman, págs. 123–124; ver Lubrich, pág. 157–158.
57. Pryce-Jones, pág. 62.

Capítulo 12: Nieve y esvásticas

1. François-Poncet, pág. 203.

2. Nicholas Howe, «Alice Kiaer and her Red Stockings», *Skiing Heritage Journal,* junio de 2006, vol. 18, n.º 2, págs. 22–28.
3. Citado en Jim Ring, *How the English Made the Alps* (Londres: Faber & Faber, 2011), págs. 253–254.
4. Shirer, *Berlin Diary,* pág. 46–47.
5. Westbrook Pegler, columna «Fair Enough», *Evening Independent,* 14 de febrero de 1936, documentos Pegler, Biblioteca Presidencial Hoover.
6. *Ibid.,* 25 de febrero.
7. Shirer, págs. 46–47.
8. Mary Curry Tresidder, *Diary 1936,* Repositorio Digital de Stanford.
9. *Ottowa Evening Citizen,* 8 de febrero de 1936; álbum anual de la Asociación de Esquí Canadiense de 1936; conversación con el hijo de Diana, George Gordon Lennox.
10. Howe.
11. Tresidder, diario.
12. *Ibid.,* 13 de enero.
13. *Ibid.,* 7 de febrero.
14. *Lady* Mairi Vane-Tempest-Stewart, diario, 7 de febrero de 1936, PRONI, documentos de Londonderry, D4567/1/5.
15. *Ibid.,* 31 de enero.
16. *Ibid.,* 4 de febrero.
17. Citado en Lawrence Whistler, *Laughter and the Urn* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1985), pág. 136.
18. Citado en Max Egremont, *Siegfried Sassoon* (Oxford: Picador, 2005), pág. 326.
19. John Christie, 5 de enero de 1959, Hessisches Staatsarchiv, Darmstadt, documentos Haus Hirth, D26.
20. *Lady* Mairi Vane-Tempest-Stewart, diario, 16 de febrero de 1936.
21. Pegler, 17 y 20 de febrero de 1936.
22. *Lady* Londonderry a Hitler, D3099/3/35/1/1; parcialmente citada en Kershaw, *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain's Road to War* (Londres: Allen Lane, 2004), pág. 145.
23. Shirer, pág. 48.
24. Katherine Smith, pág. 84.
25. De Rougemont, págs. 44–45; citado en Lubrich, pág. 84.
26. Katherine Smith, pág. 85.
27. De Rougemont, *ibid.*
28. Katherine Smith, *ibid.*
29. *The Carthusian,* 1936, pág. 295, escuela Charterhouse.

30. Anne Morrow Lindbergh, *The Flower and the Nettle: Diaries and Letters of Anne Morrow Lindbergh, 1936–1939* (Nueva York: Harcourt Brace & Co., 1976), págs. 80–81.
31. Katherine Smith, pág. 95.
32. Citado en Truman Smith, *Berlin Alert,* pág. 95.
33. Anne Lindbergh, pág. 86.
34. Katherine Smith, pág. 98–99.

Capítulo 13: Los Juegos de Hitler

1. Kennedy y Reeves, vol. II, pág. 232.
2. Frederick T. Birchall, *New York Times,* 2 de agosto de 1936.
3. *Manchester Guardian,* 3 de agosto de 1936.
4. *Ibid.*
5. *New York Times,* 25 de julio de 1936.
6. Grabación de Olympia-Zeitung; citado en Karl Lennartz, «I had the Cup of Spiridon Louis in my Hand», *Journal of Olympic History,* 2012, vol. 2, pág. 25.
7. Birchall, *ibid.*
8. Arthur Porritt, diario, 1 de agosto de 1936, Biblioteca Alexander Turnbull, MS. Papers-9608-01-14.
9. Louis S. Zamperini, entrevista con George A. Hodak, junio de 1988 (http://library.la84.org/6oic/OralHistory/OHZamperini.pdf).
10. Archie Williams, entrevista con George A. Hodak, junio de 1988 (http://library.la84.org/6oic/OralHistory/OHWilliams.pdf).
11. Herbert A. Wildman, entrevista con George A. Hodak, octubre de 1987 (http://library.la84.org/6oic/OralHistory/OHWildman.pdf).
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*
14. *Ibid.*
15. Herman Goldberg, entrevista, 15 de mayo de 1996 (https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn504462).
16. Wildman.
17. Kenneth Griffin, entrevista con George A. Hodak, agosto de 1988 (http://library.la84.org/6oic/OralHistory/OHZamperini.pdf).
18. *Ibid.*
19. John Woodruff, entrevista (https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn504460).
20. Obituario, *Daily Telegraph,* 23 de enero de 2014.
21. Katherine Smith, pág. 108.
22. *New York Times,* 7 de agosto de 1936.

23. *Ibid.*
24. *San Francisco Chronicle,* 12 de junio de 1984.
25. Marty Glickman, entrevista, 1966 (https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn504463).
26. *Evening Post,* vol. CXXII, número 34, 8 de agosto de 1936, Biblioteca Alexander Turnbull, Wellington.
27. Iris Cummings Critchell, entrevista con George A. Hodak, mayo de 1988 (http://library.la84.org/6oic/OralHistory/OHCummingsCritchell).
28. Vansittart, *«A Busman's Holiday»,* 10 de septiembre de 1936, CAC, documentos Vansittart, VNST 1/17.
29. *Ibid.*
30. *Ibid.*
31. *Ibid.*
32. Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1954), pág. 65.
33. Vansittart, «A Busman's Holiday».
34. *Ibid.*
35. Goebbels, diario, 2 de agosto de 1939. *The Goebbels Diaries,* ed. y trad. Louis Lochner (Londres: Hamish Hamilton 1948).
36. Vansittart, «A Busman's Holiday».
37. *Ibid.*
38. Goebbels, diario, agosto de 1936.
39. *New York Times,* 7 de agosto de 1936.
40. *Ibid.*
41. *Sydney Morning Herald,* 17 de agosto de 1936.
42. *Milwaukee Sentinel,* 3 de noviembre de 1936.
43. *Chicago Tribune,* 6 de agosto de 1936.
44. François-Poncet, págs. 206–207.
45. Robert Rhodes James, *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Londres: Penguin, 1970), pág. 137.
46. *Ribbentrop Memoirs,* pág. 64.
47. François-Poncet, pág. 206.
48. James, pág. 140.
49. *Ibid.,* pág. 141.
50. Vansittart, «A Busman's Holiday».
51. *New York World Telegram,* 26 de agosto 1936; citado en Tom Driberg, *The Mystery of Moral Re-Armament: A Study of Frank Buchman and His Movement* (Londres: Secker & Warburg, 1964), págs. 68–71.

52. Vansittart, «A Busman's Holiday».
53. *Evening Post*, vol. CXXII, número 34, 8 de agosto de 1936.
54. *Ibid.*
55. *Pittsburgh Courier,* 5 de diciembre de 1936.
56. *Brooklyn Daily Eagle,* 15 de septiembre de 1936, y *New York Times,* 16 de septiembre de 1936.

Capítulo 14: La tierra baldía académica

1. Victor D. Lindeman a Du Bois, 26 de marzo de 1936, documentos W. E. B. Du Bois (MS 312), Universidad de Massachusetts, Bibliotecas Amherst, Colecciones Especiales y archivos de la universidad.
2. Du Bois a Lindeman, 31 de marzo de 1936, *ibid.*
3. Du Bois, artículo no publicado, «Russia and America: An Interpretation», *ibid.*
4. Du Bois al Comité Norteamericano para la Literatura Antinazi, 5 de mayo de 1936, *ibid.*
5. «Fact and Forum», *Pittsburgh Courier*, 19 de septiembre de 1936.
6. *Ibid.*, 7 de noviembre de 1936.
7. «Man of color tours Nazi Germany», *Staatszeitung und Herold*, febrero de 1937, documentos Du Bois.
8. *Pittsburgh Courier,* 5 de diciembre de 1936.
9. *Ibid.*, 21 de noviembre de 1936; citado en Werner Sellors «W. E. B. Du Bois in Nazi Germany: A Surprising, Prescient Visitor», *Chronicle of Higher Education,* 12 de noviembre de 1999.
10. *Staatszeitung und Herold, ibid.*
11. *Pittsburgh Courier, ibid.*
12. Du Bois a Stein, 10 de marzo de 1937, documentos Du Bois.
13. *Pittsburgh Courier,* 31 de octubre de 1936.
14. Sibyl Crowe, *Travel Journal.*
15. Citado en Stephen N. Norwood, *The Third Reich in the Ivory Tower: Complicity and Conflict on American Campuses* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), pág. 63.
16. De Rougemont, págs. 22–23.
17. *New York Times,* 28 de junio de 1936.
18. Crowe.
19. *Ibid.*
20. «A Report of the Celebration of the 550th Anniversary of Heidelberg University, June 27th–July 1st, 1936», por Arthur F. J. Remy, Archivos de la Universidad de Columbia, Documentos Principales, caja 549, *dossier* 13.

21. *Ibid.*
22. *Ibid.*
23. *New York Times,* 28 de junio de 1936.
24. Remy.
25. Señora Ida Anderson, memorias no publicadas, George Watson's College, archivo.
26. Ji Xianlin, *Zehn Jahre in Deutschland (1935– 1945)* [Diez años en Alemania], (Göttingen: Göttingen University Press, 2009), pág. 60; trad. Ji Xianlin liu *De huiyi lu* (Hong Kong: Zhonghua shuju, 1993).
27. Ji Xianlin, *Ji Xianlin ri ji: liu De sui ye* [Diarios de Ji Xianlin: Mi estancia en Alemania], (Nanchang Shi: Jiangxi Renmin Chubanshi, 2014) 6 vols., pág. 482, paginación consecutiva.
28. Ji Xianlin, *Zehn Jahre in Deutschland*, pág. 159.
29. Citado en Norwood, pág. 137, Tansill a Ernest S. Griffiths, 7 de septiembre de 1936, archivo de personal de Tansill, archivo de la Universidad Americana (AUA).
30. Transcripción de la charla de radio de Tansill, «Impressions of Germany», 20 de octubre de 1936, Biblioteca Presidencial Hoover, documentos Tansill.
31. Du Bois, «America and Russia: An Interpretation».
32. Runkle a la señora Robert C. Withington, 16 de marzo de 1937, p. c.
33. Runkle a su hermana, 14 de noviembre de 1936.
34. Vassar, Smith, Mount Holyoke, Wellesley, Bryn Mawr, Radcliffe y Barnard.
35. *Bryn Mawr College News,* 15 de enero de 1936.
36. *Manchester Guardian,* 10 de abril de 1934.
37. *Bryn Mawr College News.*
38. Grace M. Bacon, «German Department Report to the President», 1 de junio de 1938; citado en Norwood, pág. 106.

Capítulo 15: Acercamientos ambiguos

1. Berta Geissmar, *The Baton and the Jackboot* (Londres: Hamish Hamilton, 1944), pág. 211.
2. *Ibid.*, pág. 215.
3. Múltiples fuentes, incluido *Guardian,* 6 de abril de 2001.
4. Citado en Hamann, págs. 258–259.
5. Goebbels, diario, 14 de noviembre de 1936.
6. Geissmar, págs. 238–239.
7. *Western Mail,* 30 de septiembre de 1936. La cita es de Lewis Carroll, *Jabberwocky.*

8. Thomas Jones C. H., *A Diary with Letters 1931–1950* (Londres: Oxford University Press, 1954), pág. 242.
9. Biblioteca Nacional de Gales, documentos Sylvester, B1990/42, B55.
10. *Ibid.*
11. Lloyd George «Visiting Germany 1936» (https://www.llgc.org.uk/blog/?p=12184).
12. Documentos Sylvester.
13. Jones, pág. 250.
14. Documentos Sylvester.
15. *Ibid.*
16. *Ibid.*
17. *Daily Express,* 17 de septiembre de 1936.
18. Documentos Sylvester.
19. *AGR,* octubre de 1937.
20. *Ibid.,* diciembre de 1937.
21. *Ibid.,* septiembre de 1937.
22. *Ibid.,* enero de 1937.
23. Domvile, diario, 6 de septiembre de 1937, Dom 54.
24. *Ibid.,* 9 de septiembre de 1937.
25. *Ibid.*
26. Ivone Kirkpatrick, *The Inner Circle: Memoirs* (Londres: Macmillan, 1959), pág. 97.
27. *The Times,* 11 de septiembre de 1937.
28. Nevile Henderson, *Failure of a Mission* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons,1940), págs. 66–67.
29. Pitt-Rivers, 28 de septiembre de 1937, y Catherine Sharpe, 28 de junio de 1938 a Raymond Beazley, documentos Pitt-Rivers, PIRI 25/2, 25/3.
30. Domvile, diario, 10 de septiembre de 1937, Dom 54.
31. *Ibid.,* 11 de septiembre.
32. *AGR,* octubre de 1937.
33. Documentos Londonderry, 28 de septiembre de 1937, D3099/2/19/36. 34 *Ibid.*, D3099/2/19/37A.
35. Ji Xianlin, *Diaries*, 20 de septiembre de 1937, pág. 534.
36. Kay Smith a Kätchen Smith, 21 de septiembre de 1937, TSP.
37. Truman Smith a Kätchen Smith, 21 de septiembre de 1937, *ibid.*
38. *AGR,* mayo de 1938.
39. *Observer,* 10 de octubre de 1937.
40. Citado en el *Manchester Guardian,* 13 de octubre de 1937.

41. Obituario, *sir* Dudley Forwood Bt, *Daily Telegraph*, 27 de enero de 2001.
42. *Ibid.*
43. Philip Ziegler, *King Edward VIII* (Londres: Collins, 1990), pág. 391; *Daily Express*, 15 de agosto de 1938; *Manchester Guardian*, 13 de octubre de 1937.
44. Bruce Lockhart, diario, 22 de noviembre de 1937, vol. 1, pág. 403; citado en Ziegler, pág. 392.
45. Vizconde Halifax a Henderson, 24 de noviembre de 1937, documentos Halifax, Instituto Borthwick, A4.410.3.2 (i).
46. Andrew Roberts, *The Holy Fox: The Life of Lord Halifax* (Londres: Head of Zeus, 1991), pág. 96.
47. Kirkpatrick, pág. 94.
48. 19 de noviembre de 1937; citado en *The Earl of Halifax, Fulness of Days* (Londres: Collins, 1957), pág. 185.
49. Lord Rennell a Halifax, 14 de noviembre de 1937, documentos Halifax, A4 410.3.2 (ix).
50. Kirkpatrick, págs. 95–97.

Capítulo 16: Álbum de viaje

1. Rhys S. Jones, «Impressions of Germany 1937», documentos Rhys S. Jones, Biblioteca Nacional de Gales.
2. Discurso pronunciado en el congreso de Núremberg de 1935
3. Cole, págs. 138, 142–143.
4. Katherine Smith, pág. 104.
5. Anne Lindbergh, pág. 184.
6 Citado en William Craig, *Enemy at the Gates: The Battle for Stalingrad* (Nueva York: Penguin, 2000), págs. 10–11.
7. Runkle a su hermana, 16 de marzo de 1937.
8. *AGR,* mayo de 1938.
9. *AGR,* abril de 1938.
10. *AGR,* mayo de 1938.
11. Entrevista con Sylvia Morris *(née* Heywood), 2015.
12. Ursula Duncan-Jones, memorias no publicadas.
13. Barbara Pemberton, memorias no publicadas.
14. Carta de Emily Boettcher a sus padres, 9 de enero de 1938; biografía no publicada y sin fecha, editada por Elsa Heald, compilada a partir de cartas y otras fuentes; archivos de la Universidad del Noroeste, documentos Emily Boettcher, caja 1, *dossier* 1, serie 19/3/6.
15. Abril de 1938, *ibid.*

16. Jill Poulton, entrevista, marzo de 2016.
17. Cole, pág. 16.

Capítulo 17: Anschluss

1. Ji Xianlin, diarios, 12 de marzo de 1938, pág. 638.
2. Sylvia Morris, entrevista, 2015.
3. *Lady* Margaret Stirling-Aird *(née* Boyle) a David Pryce-Jones, sin fecha.
4. Katherine Smith, pág. 269.
5. Ursula Duncan-Jones, memorias no publicadas.
6. «Across Nazi Austria: A Traveller's Impressions», *The Times*, 16 de marzo de 1938.
7. Ji Xianlin, *Diaries*, 10–11 de abril de 1938, pág. 657.
8. *The Carthusian,* 1938, archivos de la escuela Charterhouse, págs. 904–7.
9. 2 de junio de 1938, CAC, PIRI 17/4.
10. Joan Wakefield, diario, 6 de julio 1938. Todas las citas de J. W. proceden de esta fuente.
11. Margaret Lavinia Anderson, *Practicing Democracy* (Nueva York: Princeton University Press, 2000), pág. 69.

Capítulo 18: «Paz» y cristales rotos

1. Thelma Cazalet, diario, 6–10 de septiembre de 1938, archivos de Eton College, MS 917/2/8.
2. Truman Smith a su hija, 23 de septiembre de 1938, TSP.
3. *Ibid.*
4. Juvet, págs. 67–75.
5. Edmund Miller al Consejo Ejecutivo del Programa de Un Año de Intercambio en el Extranjero, 17 de octubre de 1938, Archivos de Smith College, Colección Sophia Smith, Oficina del Presidente.
6. Truman Smith a su hija, 21 de octubre de 1938, TSP.
7. Katherine Smith, pág. 228.
8. Kay Smith a su hija, 10 de noviembre de 1938, TSP.
9. Sylvia Morris, entrevista.
10. Entrevista con la hija de la señora Bradshaw, Annette Bradshaw.
11. Imágenes y documentos históricos alemanes, vol. 7. *Nazi Germany, 1933–1945: Description of Anti-Semitic Persecution and* Kristallnacht *and its after effects in the Stuttgart Region* (12, 15 de noviembre de 1938).
12. Juvet, págs. 78–82; citado en Lubrich, págs. 176–178.
13. Documentos Boettcher.

14. *Ibid.*, 2 de diciembre de 1938.
15. Miller al profesor Diez, 27 de noviembre de 1938, Colección Sophia Smith, Oficina del Presidente.
16. Rufus Jones, «The Day of Broken Glass», documentos Rufus M. Jones, Colecciones Cuáqueras, Biblioteca del Haverford College, s. f. caja 81, 1130.
17. *Ibid.*
18. Citado en Elizabeth Gray Vining, *Friend of Life: The Biography of Rufus M. Jones* (Londres: Michael Joseph, 1959), pág. 288.
19. Citado en Vining, pág. 293.
20. Prentiss Gilbert a Pierrepont Moffat, 10 de diciembre de 1938, Universidad de Rochester, Biblioteca Rush Rhees, Departamento de Libros Raros y Colecciones Especciales, caja 1, *dossier* 5.
21. *Ibid.*, 23 de diciembre de 1938.
22. *Ibid.*

Capítulo 19: La cuenta atrás

1. *AGR*, julio de 1939.
2. Folleto de Thomas Cook, 1939, archivos del grupo Thomas Cook.
3. *Ibid.*, junio de 1939.
4. Manning Clark, diario, 23 de diciembre de 1938.
5. *Ibid.*, 25 de diciembre.
6. *Ibid.*, 28 de diciembre. Cuando Dymphna regresó a Múnich en 1964, no encontró rastro de la pareja ni de su familia.
7. *Ibid.*, 27 de diciembre.
8. Ji Xianlin, diarios, 15 de marzo de 1939, págs. 845–846.
9. Documentos Londonderry, D3099/2/19/214.
10. Jamieson a Londonderry, 8 de abril de 1939, documentos de Londonderry, D3099/2/19/280.
11. *Ibid.*, 20 de mayo de 1939, D3099/2/19/297.
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*, 19 de junio de 1939, D3099/2/19/B.
14. *AGR*, julio de 1939.
15. Citado en Geoffrey Elborn, *Francis Stuart: A Life* (Dublín: Raven Arts Press, 1990), pág. 114.
16. *Ibid.*, pág. 113.
17. *Illustrated London News*, 5 de agosto de 1939.
18. Buller, págs. 76–77.
19. Informe de Bryant a Chamberlain, 13 de julio de 1939, King's College, Archivos Militares Liddell Hart, documentos Bryant, C66, 8.

20. *Ibid.*, C66, 12.
21. *Ibid.*, C66, 19.
22. Carta a A. N. Rooker, 1 de agosto de 1939, C68.
23. Wrench, diario, 28 de junio, British Library, Add. MS 59594/40.
24. Wrench, *Immortal Years (1937–1944): As Viewed from Five Continents* (Londres: Hutchinson & Co., 1945), pág. 17.
25. Ida Cook, *Safe Passage* (Londres: Harlequin, 2016), pág. 121; publicado por primera vez en Hamish Hamilton en 1950 bajo el título *We Followed our Stars.*
26. *Ibid.*, pág. 135.
27. *Ibid.*, pág. 184.
28. *AGR,* julio de 1939.
29. Entrevista con Sylvia Morris.

Capítulo 20: Guerra

1. Howard K. Smith, *Last Train from Berlin* (Londres: The Cresset Press, 1942), pág. 66.
2. Biddy Youngday, *Flags in Berlin* (publicado por Mary Brimacombe y Clara Lowy, 2012), págs. 53, 56–57.
3. Hugo von Bernstorff a Bridget Gilligan, 21 de noviembre de 1938, documentos Bernstorff (BP) BL, Add. MS 71515.
4. Gilligan a Bernstorff, 1 de diciembre de 1938, *ibid.*, 71516.
5. Bridget von Bernstorff a su marido, 2 de febrero de 1940, *ibid.*
6. 9 de febrero, *ibid.*
7. Isak Dinesen (alias Karen Blixen), *Daguerretypes and other Essays* (Chicago: University of Chicago Press, 1979), pág. 101. Originalmente publicado en 1948 como *Letters from a Land at War* en el diario danés *Heretica.*
8. *Ibid.*, pág. 113.
9. *Ibid.*, pág. 130.
10. Howard K. Smith, pág. 114.
11. Princesa Marie «Missie» Vassiltchikov, *The Berlin Diaries 1940–45* (Londres: Pimlico, 1999), pág. 7.
12. Sven Hedin, *Sven Hedin's German Diary* (Dublín: Euphorion Books, 1951), págs. 82, 144.
13. 18 de junio, 1940, BP 71516.
14. 4, 10 de julio, *ibid.*
15. 27 de agosto, 3 de septiembre de 1940, *ibid.*, 71517.
16. Citado en Harry W. Flannery, *Assignment to Berlin* (Londres: Michael Joseph, 1942), pág. 95.

17. Howard K. Smith, pág. 100.
18. Flannery, pág. 95.
19. *Ibid.*, pág. 98.
20. *Ibid.*, pág. 295.
21. 15, 19 de marzo de 1940, BP, 71516.
22. 21 de marzo de 1941, *ibid.*, 71517.
23. Ji Xianlin, *Zehn Jahre in Deutschland*, pág. 117.
24. 15 de mayo de 1941, BP, 71517.
25. Ji Xianlin, diarios, 22 de junio de 1941 pág. 1210.
26. *Ibid.*, 14 de agosto de 1941, pág. 1231.
27. Howard K. Smith, págs. 46–47.
28. Youngday, pág. 62.
29. 12 de agosto de 1941, BP, *ibid.*
30. Youngday, págs. 62–64.
31. 6, 12, 22 de agosto de 1941, BP, 71518.
32. Jacques Chardonne, *Le Ciel de Niflheim* (autopublicado, 1943); citado en Lubrich, págs. 266–268.
33. Howard K. Smith, pág. 100.
34. *Ibid.*, págs. 261–264.

Capítulo 21: Fin del viaje

1. René Schindler, *Ein Schweizer Erlebt Das Geheime Deutschland* [Una experiencia suiza de la Alemania secreta] (Zúrich y Nueva York: Europa Verlag, 1945), pág. 44.
2. Juvet, pág. 121.
3. Reichssicherheitshauptamt, informe sobre *Tyskland inifran* [Alemania desde dentro], de Gösta Block, 18 de junio de 1943, Bundesarchiv R58/1091; citado en Lubrich, pág. 286.
4. Francis Stuart, diario, sin fecha, marzo de 1942, Universidad del Sur de Illinois, Centro de Investigación de Colecciones Especiales, Biblioteca Morris, 1/4/MSS 167.
5. *Ibid.*, 30 de agosto de 1942.
6. Ji Xianlin, diarios, 19 de enero de 1942, pág. 1298; 20 de abril, pág. 1366; 19 de agosto, pág. 1388; 2 de enero de 1943, pág. 1447.
7. Juvet, pág. 121.
8. Stuart, diario, 25 de noviembre de 1942.
9. Cartas entre su alteza real la princesa Margarita (Peg) de Hesse el Rin y Bridget, condesa de Bernstorff, Hessisches Staatssarchiv, Darmstadt (HStDA), D26 Nr. 41/1, 21 de febrero, 28 de abril de 1943.

10. Stuart, diario, 2 de marzo de 1943.
11. Hamsun a Goebbels, borrador, 17 de junio de 1943; citado en Ingar Setten Kolloen, *Knut Hamsun: Dreamer and Dissenter* (New Haven: Yale University Press, 2009), pág. 279.
12. Discurso de Hamsun en Viena, 23 de junio de 1943, impreso en el boletín de noticias del partido nazi *Fritt Folk,* 24 de junio; citado en Kolloen, pág. 280.
13. El relato del encuentro entre Hamsun y Hitler está basado en las notas de Ernst Züchner que este envió al Comisario de Policía de Noruega, 25 de junio de 1945; ver Kolloen, pág. 282–286.
14. *Ibid.,* pág. 288.
15. BP, 71520, Bridget a Hugo, 30 de julio 1943. De hecho hubo 45 000 muertos.
16. D26 n.º 41/4, Peg a Bridget, 2, 23 de agosto de 1943.
17. Youngday, págs. 71–77.
18. D26 n.º 41/1, Peg a Bridget, 30 de octubre de 1943.
19. *Ibid.,* 29 de noviembre de 1943.
20. *Ibid.*
21. D26 n.º 40/3, Bridget a Peg, 9 de octubre de 1943.
22. D26 n.º 41/2, Peg a Bridget, 29 de marzo de 1944. Cerca de 5500 personas fueron asesinadas.
23. *Ibid.,* 13 de mayo.
24. Youngday, págs. 78, 80.
25. D26 n.º 41/2, Peg a Bridget, 14, 22 de junio de 1944.
26. Stuart, diario, 18 de junio de 1944.
27. *Ibid.,* 9 de julio.
28. *Ibid.,* 1 de agosto.
29. *Ibid.,* 17 de agosto.
30. *Ibid.,* 4, 8 de septiembre de 1944.
31. Ji Xianlin, diarios, 18 de julio de 1944, pág. 1669.
32. *Ibid,* 11 de agosto de 1944, pág. 1679.
33. D26 n.º 41/2, Peg a Bridget, 17 de septiembre de 1944.
34. Schindler, pág. 17.
35. Schindler, págs. 8–10.
36. D26 n.º 41/2, Peg a Bridget, 24 de septiembre de 1944.
37. Youngday, págs. 92, 94–96.
38. *Ibid.,* pág. 95.
39. Ji Xianlin, diarios, 19 de diciembre de 1944, pág. 1730.
40. D26 n.º 41/2, Peg a Bridget, 23 de octubre de 1944.
41. *Ibid.,* 13 de noviembre.

42. *Ibid.*, 26 de diciembre.
43. D26 n.º 41/3, *Ibid.*, 12 de enero de 1945.
44. Stuart, diario, 3 de mayo de 1945, documentos de Francis Stuart, Biblioteca Coleraine, Universidad del Ulster.
45. *Ibid.*
46. Ji Xianlin, diarios, 2 de abril de 1945, págs. 1774, 1779.
47. Erik Wallin, *Twilight of the Gods,* ed. Thorolf Hillblad (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2002), pág. 72. Publicado por primera vez en 1945.
48. *Ibid.*, pág. 82.
49. *Ibid.*, pág. 99.
50. D26 n.º 40/5, Bridget a Peg, 7 de julio de 1945.
51. Youngday, pág. 100.

Epílogo

1. Du Bois a Stein, 10 de marzo de 1937, documentos de W. E. B. Du Bois.
2. De Rougemont, pág. 27.

Índice onomástico

Aberdeen 41
Abernon, *lady* D' 42–5, 50, 53
Abernon, lord D' 42, 53, 54, 60
Adlon, Lorenz 25
Aga Khan III 369
Alexandrine-Louise, princesa 233
Alfonso XIII de España, rey 95, 97
Alianza Angloalemana (AGF) 263, 264, 265, 267, 281, 282, 319, 324, 333, 335
Allen, Mary 173-75
Altena 127
Altona 342
Ammer, lago 160
Ammer, río 144, 147
Anderson, Ida 249
Anglo-German Review (AGR) 264, 267, 281, 282, 319, 324, 333, 335
Anschluss 291-302, 303
antisemitismo 31, 75, 81, 82, 112, 113, 114, 145, 147, 149, 154, 162, 200, 218, 219, 236, 240, 242, 279, 281, 323
Aquisgrán 159, 196, 288
arios 20, 112, 122, 135, 138, 146, 152, 168, 184, 201, 203, 207, 230, 239, 247, 266 268, 277, 310, 320, 321, 337, 347
Armisticio 24, 27, 28, 30, 39, 54
Astel, Karl 178
Astor, Nancy 90
Auden, W. H. 56-8, 62, 64, 77
Austria 62, 155, 156, 261, 268, 291, 292, 294, 299, 301

Bacon, Francis 16, 59, 60
Bacon, Grace M. 255
Bad Oberdorf 286
Baden-Württemberg 121
Báltico, mar 64, 267, 355
  estados 113
Bamberg 265, 267
Barlow, Biddy 169
Bauhaus 65, 66, 75
bávaros, Alpes 143, 144, 185, 212, 244
Baviera 18, 50, 51, 85, 133, 217
Bayreuth 133, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 159, 216, 243, 257, 258, 264, 284, 309
Beckett, Samuel 16, 205, 206, 207, 208, 209
Beecham, Thomas 258-59, 366
Bélgica 124, 292
  rey y reina de 187
Benoist-Méchin, Jacques 48-50
Berchtesgaden 180, 212, 261, 269, 270, 271, 282, 288, 303, 305, 327
Berghof 261, 262, 272, 304, 327, 351
Berlín 22, 25, 30, 31, 33-35, 37, 41-50, 52-57, 58, 59, 61, 62, 63, 65, 65, 69-79, 82, 86-91, 96, 98, 104, 105, 107-12, 115, 116, 119, 122, 126, 128, 131, 132, 142, 147, 149, 152-56, 164, 173, 175, 181, 182, 184, 187, 188, 190, 192, 194, 195, 196, 201, 208, 209, 211, 212, 215, 219, 220, 221, 222, 225, 226, 227-37, 239, 241, 247, 250, 258, 269, 271, 286, 293, 295,

296, 308, 309, 313, 314, 316, 317, 322, 324, 327, 329, 330, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 343, 345, 348-55, 357, 359, 362, 363
Orquesta Filarmónica de 74, 226
Universidad de 62, 90, 114, 199, 239, 293, 325
Berlin, Isaiah 58, 60
Bernays, Robert 108, 114
Bernstorff, conde Hugo von 336, 337, 340, 341, 342, 343, 344, 351
Birchall, Frederick 116, 117, 225, 230
Bismarck, Otto von 72, 201, 230, 250, 263
Bletchley Park 164
Blixen, Karen 208, 338, 339
Block, Gösta 348, 349
Blumenthal 56
Boettcher, Emily 286, 309, 310
Bogen, Dorothy 52
Bohemia 299, 319
bolchevismo 19, 21, 24, 27, 31, 43, 49, 72, 74, 93, 120-121, 130, 131, 199, 232, 251, 279, 367
Bonham Carter, *lady* Violet 41-2, 44-5
Bonn 52, 102, 103, 121, 168, 311, 320, 321
Universidad de 167, 310
Boothby, Bob 91
Boris III de Bulgaria, rey 233
Bowles, Paul 61
Boyle, doctor y señora William 281-82
Boyle, *lady* Margaret 163, 291
Bradshaw, Margaret 308
Bregenz 358, 362
Bremen 56, 338, 339, 341, 359
Bremerhaven 192
Brendon, Piers 63
Briand, Aristide 88
Brochów, batalla de 300
Brooke, Rupert 45, 59
Brown, Ivan 214
Brown, Nancy 333
Brown, Tarzan 227
Brühl 207
Brundage, Avery 226, 244
Brüning, Heinrich 85
Bryant, Arthur 320, 326, 327, 328
Buchloe 359
Buchman, Frank 191, 192, 235
Bückeberg 140, 141, 142
Buller, Amy 181, 198, 199, 327
Burn, Michael 151, 162
Bussche-Streithorst, Axel von dem 297
Bussche-Streithorst, baronesa de 293
Byrne, Joseph 281
Byron, Robert 152, 156

Çambel, Halet 229
Cambridge 15, 109
Universidad de 102, 157, 162, 244
Carinhall 176, 215, 267, 339
Carpenter, Spencer 181-82
Cazalet, Thelma 97, 303
Cazalet, Victor 72, 74, 160, 161
Chamberlain, Houston Stewart 133, 135, 136
Chamberlain, Neville 271, 303, 304, 305, 306, 307, 322, 326, 327, 331
Channon, Henry «Chips» 234, 235
Chardonne, Jacques 344
Checoslovaquia 294, 299, 301, 304, 305, 306, 307, 319, 321, 322, 324, 331
China 87, 165, 184, 250, 291, 322, 349, 357, 362
Christie, John 181, 217
Churchill, Randolph 62, 90
Churchill, Winston 53, 91, 331
Clark, Manning 310-11, 320-21
Clarke, Frank 264
Coblenza 12, 25, 26, 275
Cohn, Margarethe 66
Cole, J. A. 157, 278, 288
Collyer, Charles 69
Colonia 27, 28, 29, 52, 86, 119, 127, 148, 173, 174, 180, 220, 221,

222, 249, 277, 294, 304, 321, 332, 341
comunismo 24, 81, 114, 119, 120, 131, 154, 167, 168, 191, 198, 199, 251, 252, 253, 325, 368
Conant, James 244-45
Constanza 328, 329
Conwell-Evans, Philip 113-16, 260, 261, 262, 263, 265
Cook, Ida y Louise 320, 332
Cook, Philip 238
Corkran, Hilda 47
Corvey 294-96
Cox, Geoffrey 65, 91-93, 152, 156, 166-67
Cranz, Christl 213
Crawford, Archibald 264, 265, 282-83
Cristóbal de Hesse-Kassel, príncipe 233
Crosfield, teniente coronel 179-80, 188
Crowe, Sibyl 243, 249
cuáqueros 16, 35, 37, 46, 47, 52, 179, 312, 313, 314, 315, 316, 320, 330
Cummings, Iris 231, 235

Dachau 110, 160, 161, 162, 163, 166, 180, 183, 186, 265, 321, 325, 365
Dahlem 130, 234
Daladier, Édouard 306, 322
Danubio, río 208, 301
Danzig 38, 56, 156, 323, 327, 331
Darmstadt 338, 350, 355, 358, 359
Dawson, lord 260, 263
Dean Paul, Brenda 76
Depresión 85, 172
Dessau 65, 216, 339
Detzer, Dorothy 47-8
Deubel, Heinrich 162
Dietrich, Josef 183, 188
Domvile, Barry 182-86, 265, 266, 267, 268
Dornbirn 362
Dresde 13, 17, 54, 61, 74, 121, 126, 207, 221, 284, 291, 307, 308, 334, 341
Du Bois, William Edward Burghardt 237, 239-43, 250, 251, 365, 368
Dummett, Robert 157-58, 160
Duncan-Jones, Arthur 130, 285
Duncan-Jones, Ursula 284, 292
Düsseldorf 12, 37, 48, 128, 205

Ebert, Friedrich 25
Eckener, Hugo 328
Ehrenbreitstein, fortaleza de 26
Ehrlinger, Erich 314
Eicke, Theodor 162, 183
Elba, río 39, 105, 123, 228, 352
espartaquistas 24, 31
Estados Unidos 17, 18, 94, 95, 112, 125, 127, 135, 139, 152, 162, 196, 197, 203, 212, 234, 235, 238, 239, 240, 241, 242, 250, 254, 314, 317, 330, 335, 346

Fairbank, Lucy 146
Federico Carlos de Hesse, príncipe 46
Felipe de Hesse, príncipe y princesa de 233
Fenn, reverendo Eric 181, 182
Fetherston-Godley, Francis 178, 179, 180, 181
Finlayson, Horace 51
Flannery, Harry 340, 341
Flavin, Martin 115
Fleet, Alice 282
Fletcher, William 264
Forwood, Dudley 270
Fráncfort 15, 17, 23, 46, 64, 104, 115, 151, 198, 204, 220, 254
  Universidad de 197, 245
  ver también Höchst
Fráncfort del Óder 343
Francia 27, 29, 30, 41, 42, 47, 49, 50, 53, 79, 88, 98, 121, 130, 135, 152, 162, 165, 187, 200, 220, 245, 276, 304, 314, 322
Francisco José I de Austria, emperador 95

Franck, Harry A. 24-27, 29, 30-35, 38, 40, 136
François-Poncet, André 88, 211, 234, 266
Franconia 149
Frente Occidental 218
Friburgo 55, 154, 308, 346, 349
  Universidad de 248
Friedrichshafen 328
Fry, Basil 56
Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses (AEF) 25, 27, 30
Furtwängler, Wilhelm 105, 259, 354

Gales, príncipe de 179
Garmisch-Partenkirchen 211, 213, 216, 217, 218, 337
Gathorne-Hardy, Eddie 55
Gatwick, Lisa 253
Geist, Raymond 314-15
Gestapo 314-16, 336, 356
Gibbs, Philip 132
Gide, André 79, 97, 98, 193
Gilbert, Prentiss 266, 316-17
Gilligan, Bridget 336,337
Ginebra 192, 302
Glickman, Marty 230
Gliwice 13
Godesberg 304
Goebbels, Joseph 83, 88, 105, 110, 115, 117, 157, 164, 193, 226, 227, 232, 233, 235, 247, 259, 311, 313, 350, 351
Goldberg, Herman 229
Goldman, Henry 74
Goodland, Mary 128
Gordon Lennox, Diana 213
Göring, Hermann 83, 106, 110, 148, 149, 175, 176, 177, 180, 185, 201, 203, 215, 223, 224, 227, 232, 234, 235, 258, 267, 271, 311, 322, 339, 353
Goslar 66, 79, 127
Gotemburgo 332
Gotinga 249, 250
Gran Bretaña 17, 44, 54, 123, 124, 135, 152, 153, 179, 180, 187, 188, 215, 232, 235, 257, 260, 265, 266, 269, 281, 283, 294, 305, 322, 327, 330, 331, 342
Gran Guerra
  ver Primera Guerra Mundial
Greene, Hugh C. 148, 160, 164
Griffin, Kenneth 229
Grohmann, Will 207
Gropius, Walter 65
Guérin, Daniel 119-20, 123-24
Guillermo II 25
Guinness, Diana 192
Gustavo Adolfo de Suecia, príncipe 233
Halifax, vizconde de 271, 272
Hamburg 106
Hamburgo 12, 17, 52, 58, 65, 72, 78, 91 119, 123, 124, 125, 158, 205, 206, 207, 228, 286, 336, 337, 340, 341, 343, 351, 352, 354
  Universidad de 40
Hamelín 140, 142, 296
Hamilton, Cicely 63, 65, 67, 69, 82
Hamilton, duque de 342
Hamsun, Knut 189, 193-95, 202, 209, 350-51
Hanfstaengl, Ernst «Putzi» 108
Hankey, Maurice 120-24
Hannover 166, 195
Hartley, Marsden 124-25
Harz, macizo del 66, 141, 222
Haus Hirth 216, 217, 277, 337, 338
Havel, río 235
Haw-Haw, lord y *lady* 341
Hedin, Sven 208, 233, 311, 339
Heidegger, Martin 248
Heidelberg 65, 93, 94, 121, 154, 158, 201, 244, 247, 248, 249, 308
  Universidad de 92, 243, 245
Heilbronn 92, 308
Heine, Heinrich 115, 205
Heingartner, Robert 151
Helmstedt 158
Henckel von Donnersmarck, Guido, 300

Henderson, Arthur 84, 89
Henderson, Nevile 265, 266, 271, 331
Hess, Rudolf 130, 157, 171, 262, 272, 286, 342
Hesse 193
Hesselberg 149
Hewel, Walther 327
Heydrich, Reinhard 315
Heygate, John 154, 155, 156, 190, 192
Heywood, Sylvia
ver Morris, Sylvia
Hildesheim 66
Hill, Derek 157, 162, 163, 183
Himmler, Heinrich 162, 178, 183, 184, 185
Hindenburg, Paul von 45, 90, 91, 98, 102, 104, 110, 148, 149, 158, 227, 268, 328, 340
Hirschfeld, Magnus 57, 117
Hitler, Adolf 16-17, 19-22, 40, 49-50, 51-52, 75, 80-83, 90-91, 93-95, 97-99, 101-102, 104-14, 117, 119-28, 130, 131, 135, 137, 139-41, 145-47, 149-50, 151-54, 156-61, 163-64, 166-67, 169, 171, 173-77, 179-81, 183-84, 185-88, 189-91, 193-94, 197-200, 203, 208-09, 211-13, 215-16, 218-21, 224, 225-38, 240, 243, 250-51, 254, 257-63, 265-72, 276-77, 282, 284-86, 291-94, 297-99, 301, 303-07, 311, 313, 319-322, 324-27, 332, 336, 338-40, 343, 350-51, 363, 365-69
Hobday, Frederick 319
Hochberg de Pless, príncipe Lexy 76
Höchst 204, 205
Hohenkammer 40
Honaker, Samuel 308
Hoover, Herbert 37
Hossenfelder, Joachim 131
«Horst Wessel», canción 123, 167, 220, 225, 341
Hotblack, mayor 192
Hotham Cadbury, Joel 52
Howard, Brian 61
Hoyer, Hermann Otto 267
Humberto de Italia, príncipe heredero 233
Hutchison, Graham Seton 177
Hythe, Bablock 326

India 187, 188, 249, 272
Inglaterra 15, 25, 27, 35, 40, 45, 49, 56, 57, 64, 73, 86, 97, 114, 115, 123, 124, 125, 130, 131, 132, 158, 162, 163, 175, 181, 183, 186, 187, 192, 198, 208, 218, 222, 231, 244, 258, 263, 267, 271, 276, 277, 281, 288, 304, 305, 307, 308, 321, 324, 326, 328, 329, 332, 333, 334, 336, 337, 340, 343, 351, 356
Innsbruck 282, 292
Iremonger, Tom 158, 159
Irlanda 60, 114, 189, 336, 348
Isar, río 208
Isherwood, Christopher 54, 56, 57, 58, 59, 61, 62, 64, 77, 79, 101, 110, 111

Jamieson, Robert 322-24
Jena 109
Ji Xianlin 249, 268, 291, 293, 321, 342, 349, 362
Joachim, Joseph 55, 249, , 268, 291, 293, 321, 342, 349, 362
Johnson, Amy 86, 87
Jones, Gareth 104
Jones, Rhys 275, 277
Jones, Rufus 312
Jones, Thomas 260
Jorge de Dinamarca, príncipe 297
Jorge V, rey 81, 159, 187, 263
Jorge VI, rey 73, 270, 271, 340
Juegos Olímpicos 211, 212, 213, 215, 217, 218, 219, 222, 224, 226, 230, 231, 233, 234, 236, 237
Comité Olímpico Internacional (COI) 213, 225, 227

Jungmittag, Willi 336, 352
Juventudes Hitlerianas 120, 122, 128, 141, 190, 254, 352, 363

Karlsbad 96
Karlsruhe 121, 308
Kassel 103, 354
Keller, Edith 301
Kerchove, conde de 142
Kessler, Harry 54, 62, 63, 64, 79, 86
Kiaer, Alice 214
Kiel 24, 363
Kirchohsen 296
Kirkpatrick, Ivone 171, 172, 184, 271, 272
Knowlson, James 206
Kofel 144
Königsberg 161, 304
  Universidad de 113, 116, 260
Krampnitz 350, 352, 354
Krauss, Clemens 332
Kristallnacht (Noche de los Cristales Rotos) 307, 309, 310, 311, 312, 316, 317, 319, 323, 324, 368
Kronberg 46, 353, 354, 359
Kuckernese 353, 355

Lang, Alois 144
Larkin, Sydney 145
Laroche, baronesa 162
Lauenburg 56
Laval, Pierre 88
Legge, Walter 139, 140
legión británica 177, 179, 182
Leipzig 111, 119, 184, 221, 259, 294, 339
Leitner, Maria 201, 202, 203, 204, 205
Lenski, general von 350
Lewis, Wyndham 82, 83, 189
Ley, Robert 270
Liga de las Naciones 54, 112, 233, 269, 293, 331
Lindbergh, Anne 222, 223, 224, 278, 279
Lindbergh, Charles 16, 222, 223, 224, 278,
Lindeman, Victor 239
Lindsay, Ronald 54, 81
Linz 168, 292, 298, 301
Lischka, Kurt 314-16
Lloyd George, David 16, 260-63
Locarno, Tratado de 54
Lockhart, Bruce 270
Lodewyckx, Dymphna 310, 320
Londonderry, lord 215, 216, 219, 265, 267, 268, 322
Londres 28, 31, 35, 37, 41, 54, 75, 76, 87, 103, 136, 137, 142, 145, 147, 182, 192, 201, 205, 224, 232, 234, 236, 258, 260, 304, 310, 313, 320, 333, 336, 338, 341, 355, 356
Lothian, marqués de 265
Louis, Spiridon 226
Lubbe, Marinus van der 106
Lübeck 106, 107
Lubin, Frank J. 237
Ludwig (Lu), príncipe 338
Luftwaffe 223, 224, 266, 353
Luneburgo 158
Lunn, Arnold 211, 212
Lüttgens, Klaus 279

MacDonald, Ramsay 71, 89, 146, 215
Macnaghten, Biddy 169, 336, 341, 343, 344, 352, 353, 355, 359, 360, 364
Maginot, Línea 346
Maguncia 47
Maier, Karl 252
Maillol, Arístides 64
Mann, Thomas 117, 193
Mann, Tom 44, 45
Mannheim 93
Manowarda, Josef von 140
Marburgo 323
Margarita de Prusia, princesa 46, 47, 354
Margerie, Pierre de 42
María de Saboya, princesa 233
Marienbad 95, 96, 97
Markham, Violet 28-29, 40

Marsella 203, 281
Marten, doctor Karl 55
Marten, Tim 157
Martin du Gard, Roger 98
marxismo 151, 182, 305
Matthews, Peter 162
Mavrogordato, Jack 271
May, Ernst 65
McDonald, James Grover 112, 161, 183
Mears, John Henry 69-70
Mecklemburgo 39, 171, 340, 352
Melchior, Carl 82
Melchior, Lauritz 136, 137
Mendelssohn, Albrecht 40
Mendelssohn, Francesco von 138
Meno, río 204, 205, 208
Metternich, conde von 95
Milch, general 223
Miller, Edmund 306, 311
Minden 295, 326
Mirbach, Dietrich von 188
Mitford, Deborah 156, 257
Mitford, Jessica 153
Mitford, Nancy 21, 199, 272
Mitford, Tom 62, 90
Mitford, Unity 150, 153, 173, 192, 232, 257, 291, 303
Moore, Thomas 120, 186
Moravia 299, 319
Morris, Sylvia 284, 308
Moscú 86, 87, 90, 202, 267
Mosela, río 244
Mosley, Oswald 71, 192, 266
Motlava, río 56
Mountain, Clarice 146
Mowrer, Edgar 65, 83, 102
Mowrer, Lilian 65, 66, 75, 78, 79, 83, 102, 111
Müller, Hermann 71
Múnich 17, 40, 49, 50, 51, 80, 81, 93, 95, 116, 126, 129, 133, 145, 146, 154, 156, 157, 160, 161, 162-63, 180, 184, 208, 209, 212, 214, 251, 253, 255, 260, 261, 262, 264, 265, 271, 277, 279, 282, 285, 286, 291, 293, 302, 305, 306, 310, 312, 320, 321, 327, 332, 334, 337, 338, 339, 357, 358, 359, 361
Múnich, acuerdo de 305, 306, 307, 319
Múnich, *Putsch* de 51, 52, 80, 137
Mussolini, Benito 81, 139, 236, 306, 313

Neal, coronel 187
Neckar, río 92, 94
Neman, río 353
Nicolson, Harold 59, 62, 63, 71, 73, 201
Nidden 355
Niflheim 345
Noche de los Cuchillos Largos 153, 183, 243, 268
Normandía 356
Norton, Sarah 163
Noruega 73, 193, 194, 337, 340, 351
Noske, Gustav 30
Nueva York 23, 50, 70, 74, 127, 139, 239, 243, 313
Núremberg 21, 128, 150, 151, 153, 156, 190, 192, 250, 265, 266, 267, 272, 277, 299, 303, 309
  Leyes de 171, 366

Oberammergau 85, 142-46, 148-49
Oberlaender, Gustav 240
Oderberg 300
Olaf, príncipe heredero 73
Ompteda, Fekko von 284
Operación Barbarroja 343
Operación Gomorra 351
Osnabrück 221, 284, 285, 326
Owens, Jesse 230
Oxford 40, 71, 178, 191, 196, 201, 235, 321
  Universidad de 65, 89, 110, 128, 154, 162, 181, 310

Pakenham, Elizabeth 181
Papen, Franz von 268
París 52, 55, 75, 164, 165, 196, 197, 202, 231, 259, 308, 313, 355

Paxton, Joseph 28
Pearl Harbor 94, 346
Peg de Hesse y el Rin, princesa 335, 338, 350, 352, 353, 354, 355, 356, 358, 359, 360, 361, 363
Pegler, Westbrook 18, 212, 213, 218, 219
Pemberton, Barbara 286
Penshurst 222
Petley, Charles 221
Philippson, Alfred 310, 311
Phipps, Eric 121, 142, 149, 153, 174, 175, 176, 184, 231, 236, 266
Pitt-Rivers, George Henry Lane-Fox 178, 188, 294
Plan Dawes 53
Plessen, Victor von 354
Plotkin, Abraham 104
Plötzensee 228
Pollard, Emily 60, 66, 69, 79
Polonia 38, 92, 113, 132, 320, 322, 327, 330, 334, 347, 357
Ponsonby, Loelia 77
Porges, doctor 95, 96
Porritt, Arthur 227
Potsdam 31, 109, 127, 339, 350
Poulton, Jill 288
Praga 155, 299, 301, 315, 319, 321, 324
Preetorius, Emil 216
Pretzsch, Paul 138
Primera Guerra Mundial 16, 19, 23, 35, 103, 135, 171, 179, 243, 251, 299, 354, 366, 367
Prusia 25, 46, 121, 354, 356
  oriental, 38, 113, 148, 304

Rath, Ernst vom 308
Ratibor, duque de 295-97
Ratibor, Viktor von 299, 300
Ratisbona 208
Rauden 296, 298, 299, 300
Redesdale, lord y *lady* 62, 153, 303
Reichenau, general von 278-79
Reichswehr 148
Remy, Arthur 247, 248
Renania 15, 18, 26, 30, 40, 52, 53, 60, 97, 121, 173, 201, 219, 220, 221, 222, 240, 250, 282
Rennell, lord 272
Ribbentrop, Joachim von 130, 186, 219, 232, 234, 235, 258, 260, 263, 303, 322, 323
Riefenstahl, Leni 152, 226
Rieppel, Franz Wolfgang 358, 359
Rin, río 12, 15, 24, 25, 26, 27, 29, 38, 103, 120, 168, 201, 220, 235, 304, 333, 336, 346, 368
Röhm, Ernst 110, 129, 130, 153, 183
Roma 201, 272, 280, 330
Römerstadt 64, 65
Roosevelt, Franklin D. 303
Rosenberg, Alfred 49, 317
Rostock 341, 352
Rothermere, lord 81, 234, 260
Rougemont, Denis de 197, 198, 199, 200, 202, 209, 220, 245, 367
Rügen 64
Ruhr 41, 42, 48, 51, 159, 166, 205
Rumanía 322
Rumbold, Constantia 77, 87, 101, 105
Rumbold, Ethel 62-63, 70-774, 76, 86-90, 93, 95-98, 105-06, 111, 117, 128, 130
Rumbold, Horace 70-71, 81, 84-85, 89-90, 95, 109, 121, 128, 130
Rumbold, Tony 89, 93
Runkle, Barbara 251-52, 279, 281
Rusia 19, 70, 90, 104, 120, 132, 135, 136, 152, 252, 294, 314, 323, 330, 335, 342, 343, 344, 347, 357
  ver también Unión Soviética

SA 109, 110, 122, 123, 128, 148, 153, 156, 157, 173, 201, 245, 249, 254, 280, 286, 293, 309
Saar 168
Saarbrücken 168
Sachs, Willy 185
Sackville-West, Eddy 54-55, 59, 61, 62, 74

Sackville-West, Vita 54, 62
Sager, Walter de 182-86
Sajonia 31, 52
Sajonia-Coburgo, duque de 216
Salzburgo 158, 261, 282, 301, 302, 327
Sanger, Margaret 96
Schaffgotsche, Felix von 343
Schiefer, Clara Louise 127
Schirrmann, Richard 127, 28
Schlageter, Albert 205
Schorfheide 175
Schurman, Jacob Gould 244, 246
Schwerin 25
Scott-Morris, Ursula 264
Searle, Alan 209
Segunda Guerra Mundial 16, 169, 269, 354, 367
Selva Negra 126, 169, 249
Sergrave, barón 266
Shi Min 164, 165, 166
Shirer, William 175, 212, 213, 219, 340
Silesia 296, 297, 299
Sinclair-Loutit, Kenneth 157, 158, 160
Singh, Bhupinder 187
Smith, Henry Percival 324, 325
Smith, Howard K. 335, 339, 343, 345
Smith, Kay 195, 199, 219, 220, 222, 223, 225, 268, 278, 292, 307
Smith, Truman 27, 39, 49, 171, 172, 195, 220, 221, 222, 224, 230, 278, 303, 307
Sophie, princesa (Tiny) 353, 354, 359, 360
Spa 95
Spandau 107
Spender, Stephen 56, 58, 60, 64, 77, 78, 79, 90, 91, 101
SS 94, 122, 128, 153, 158, 183, 184, 185, 194, 227, 254, 265, 266, 267, 293, 309, 336, 345, 353, 362
Stalin, Joseph 21
Stalingrado 349, 350
Stoller, Sam 230
Straúss, Richard 74, 75, 226, 284, 332
Streicher, Julius 149, 150, 163, 184, 218, 279, 280, 281
Stresemann, Gustav 53-54
Stuart, Francis 325, 326, 348, 349, 350, 356, 357, 361, 362
Stuttgart 169, 293, 308, 309
Sudetes 303
Suiza 111, 268, 302, 335, 346, 358
Sylvester, Arthur 260, 262

Talbot, obispo Neville 181, 182
Tannenberg, Memorial de 148
Tansill, Charles C. 250, 251, 255
Tarbell, Ida 144
Tegernsee 184, 186
Temple, arzobispo William 181
Tennant, Ariel 163
Tennant, Ernest 263, 265
Terboven, Josef 351
Tétaz, Numa 51, 304, 305, 306, 309, 347, 348, 349
Thälmann, Ernst 90
Theresienstadt 311
Thomas Cook & Son 142, 143
Tifft Fuller, Raymond 145
Tirol 155-56, 190
Tobias, Fritz 106
Tonge, Joan 157, 163
Tongtian, Long 291
Toynbee, Antony 167-68
Tresidder, Mary 213, 214
Troost, Paul 128, 277
Tubinga, Universidad de 169
Turcan, Jim 102, 106, 109
Turingia 178
Turville-Petre, Francis 57, 58
Tuttlingen 362
Tweedy, Owen 102-03, 106-09, 111

UFA, estudios 76, 106, 155, 190
Unión Soviética 251, 279
ver también Rusia
Untergrainau 216
Urbach, Karina 113
Ursuleac, Viorica 332

Vane-Tempest-Stewart, Mairi 215
Vansittart, Robert 231-36
Varsovia 86, 87, 300, 314
Veidt, Conrad 76
Versalles, Tratado de 18, 19, 21, 32, 37-39, 41, 49, 54, 71, 80, 113, 128, 167, 219, 306, 365
Victoria, reina 25, 46, 184, 353
Viena 55, 292, 293, 300, 301, 344, 351
Vincent, George 216
Vístula, río 352, 356
Votsch, doctor 214
Vries, Carla George de 234

Wagner, Friedelind 140
Wagner, Richard 17, 24, 85, 95, 109, 135-38, 139, 140, 149, 163, 176, 207, 225, 243, 261
Wagner, Siegfried 136
Wagner, Winifred 135-38, 257
Wahnfried 258
Wakefield, Joan 199, 292, 294, 303
Wall Street, crac de 54, 78
Wall, Edward 158-60
Wallin, Erik 336, 362, 363
Waln, Nora 121, 140-41
Walpole, Hugh 136-37
Walton, George 312, 314, 315
Wangenheim, Johanna von 231
Wannsee 73
Ward Price, George 322
Warner, Konrad 141, 142
Washington DC 222, 224
  Universidad Americana 250
Washington, Booker T. 94
Wasserman, Bradford 126
Watts, mayor 267
Weilburg 103
Weimar 40, 53, 65, 66, 70, 74, 78, 80, 88, 90, 93, 95, 122, 178, 198
  República de 24, 51, 63, 66, 91, 97, 99, 119, 173
Weser, río 56, 295, 296
Wheeler-Bennett, John 53
Wiesbaden 48
Wildman, Herbert 228, 229
Williams, Archie 135, 230
Williamson, Henry 155, 189-93, 202
Wilson, Arnold 161
Wilson, Hugh 316
Wilson, Woodrow 38, 49
Windsor, duque y duquesa de 269-71
Wolfe, Thomas 195-98, 209, 225, 366
Wolff, Karl 185
Wolfsgarten 338, 350, 352, 353, 354, 355, 360
Woodruff, John 229-30
Woolf, Leonard y Virginia 62, 200-01
Worthington, Louise 128
Wotersen 336, 337, 338, 340, 363
Wrench, Evelyn 114-15, 320, 328-32
Wright, Milton S. J. 93-95
Wuppertal 127
Württemberg 121, 262, 308
Wurzburgo 208

Yarnall, Robert 312-14
Yeats-Brown, Francis 266
Yencken, Arthur 172-73

Zetkin, Klara 336

Títulos publicados en Ático Tempus

11. *El renacimiento del siglo XII*
Charles Homer Haskins

12. *La Alexíada*
Ana Comnena

13. *Los templarios*
Dan Jones

14. *El mar sin fin*
Roger Crowley

15. *El contraataque aliado*
James Holland

16. *El Mediterráneo*
John Julius Norwich

17. *Historia de Venecia*
John Julius Norwich

18. *Dominio*
Tom Holland

19. *El último duelo*
Eric Jager

20. *El sueño y la tumba*
Robert Payne

21. *Guerra, ¿para qué sirve?*
Ian Morris

22. *Milenio*
Tom Holland

23. *Sicilia*
John Julius Norwich

24. *Cazadores, campesinos y carbón*
John Julius Norwich

25. *Las cruzadas*
Thomas Asbridge

«Julia Boyd recoge magistralmente, rastreando en las fuentes originales, una abrumadora cantidad de testimonios de personas de muy diferente clase y condición.»
Jacinto Antón, *El País*

«Boyd compone un fresco histórico sorprendente.»
Anna Abella, *El Periódico*

«Una historia narrativa cautivadora [...]. Boyd deja que los testimonios que recoge en su libro, hábilmente orquestados, hablen por sí mismos, y lo hacen con gran elocuencia.»
The Daily Telegraph

«Viajeros en el Tercer Reich *es un libro con múltiples matices y basado en una documentación exhaustiva que nos muestra cómo veían Alemania aquellos que visitaron el país en los años treinta [...]. Una lectura verdaderamente fascinante.»*
Keith Lowe

Los fascinantes relatos de los extranjeros que viajaron por la Alemania nazi

Los acontecimientos que tuvieron lugar en la Alemania de entreguerras fueron terribles, pero ¿era realmente posible saber lo que sucedía, captar la esencia del nacionalsocialismo o predecir el Holocausto?

Viajeros en el Tercer Reich ofrece un retrato vívido del ascenso del nazismo a partir de los relatos de los extranjeros que viajaron a Alemania durante los años veinte y treinta.

En estas páginas convergen las apasionantes cartas, diarios y memorandos de diplomáticos, estudiantes o viajeros, pero también los de testigos célebres como Virginia Woolf, Samuel Beckett o Christopher Isherwood, cuyos escritos permiten al lector sentir la atmósfera en que surgió el nazismo y comprender las complejidades y paradojas del Tercer Reich que llevaron a su destrucción definitiva en 1945.

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS

ÁTICO DE LOS LIBROS
www.aticodeloslibros.com
9 788418 217920
THEMA: NHD
KR-594-968